VIDAS DE JESÚS / EDIBESA • 1
Colección dirigida por José A. Martínez Puche, O.P.

Fr. Joseph. M. LAGRANGE,
de la Orden de Predicadores

VIDA DE JESUCRISTO

SEGÚN EL EVANGELIO

Segunda edición

Traducción de Elías G. Fierro, dominico,
corregida y actualizada por J. A. Martínez Puche, O.P.



EDIBESA. Madre de Dios, 35 bis.
Tel.: 91 345 19 22 - Fax: 91 350 50 99
e-mail: edibesa@planalfa.es - http://www.edibesa.com
28016 MADRID

Gracias a:

P. Braulio González
Fr. Ángel Martínez Puche
D. Santos Martín
por su valiosísima colaboración

Título original:

L'Evangile de Jésus-Christ

Primera edición: diciembre 1999
Segunda edición: enero 2003

Madre de Dios, 35 bis. 28016 Madrid
Tel.: 91 345 19 22
Fax: 91 350 50 99
e-mail: edibesa@planalfa.es
http://www.edibesa.com

ISBN: 84-8407-117-0
Depósito legal: M. 01.430-2003

Fotocomposición e impresión:
Color 2002, S. L.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

PRESENTACIÓN

Por larga que sea la vida humana, jamás se llegará a conocer en plenitud a Jesucristo, el Hijo de Dios que se hace hombre para que el hombre pueda ser hijo de Dios. Dos apóstoles y dos discípulos se propusieron narrar de primera mano lo que habían visto y oído: son los cuatro Evangelios, imprescindibles para quien quiera acercarse al Jesucristo real y verdadero. Y San Pablo, el último de los apóstoles, pone el conocimiento de Jesús y la vida en Él como la meta más alta de su existencia. Merece la pena traer aquí sus palabras, de Filipenses 3, 7-11:

Todo lo que para mí era ganancia
lo consideré pérdida comparado con Cristo;
más aún, todo lo estimo pérdida
comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.
Por Él lo perdí todo, y todo lo estimo basura
con tal de ganar a Cristo y existir en Él,
no con una justicia mía, la de la Ley,
sino con la que viene de la fe.
Para conocerlo a Él, y la fuerza de su resurrección,
y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte,
para llegar un día a la resurrección de entre los muertos.

No puede decirse con más fuerza que Cristo lo es todo para el cristiano. Y conocer a Cristo, para amarlo más y estar más unido a Él en la vida y en la muerte, es la tarea más importante en la vida. Por eso, todo intento de conocer mejor a Jesús es ponerse en el camino de la salvación. Más aún, con palabras del mismo Cristo, ese conocimiento adelanta ya en este mundo la vida eterna: *Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo* (Jn 17, 3). Para ayudar a conseguir esa meta de todo cristiano, Edibesa se propone editar **12 Vidas de Jesús**, a lo largo de los 12 meses del año 2000.

LAS VIDAS DE JESÚS

¿Quién es capaz de enfrentarse sin temor y temblor a la tarea de escribir una Vida de Jesús? Fue para Georges Bernanos el sueño de su vida, lo que en su lecho de muerte le daba razones para seguir viviendo, aquel 30 de junio de

1948: si lograba superar la enfermedad se dedicaría por entero a escribir su Vida de Jesús. Cinco días más tarde se iba a vivir para siempre con el Cristo Resucitado. Y, leyendo las introducciones de las grandes biografías de Cristo, puede comprobarse que los autores, conscientes de su responsabilidad, se sentían abrumados, posponían una y otra vez, y se resistían a llevar a cabo la obra, por más doctorados en ciencias bíblicas y teológicas o por más extensa experiencia docente que tuvieran. Y es que nadie puede hablar responsablemente de lo que no conoce en profundidad. Y conocer profundamente a Jesús, en toda su grandeza, no es posible para la mente humana. Quizá sea ésta la razón principal de que hubieran de pasar catorce siglos hasta que aparecieran las primeras Vidas de Jesús, sin la servidumbre literal del *Diatessaron* de Taciano. En el principio estaban los Evangelios: apuntes de un mensaje oral sin pretender –ni siquiera los sinópticos– ofrecer una biografía de Cristo, pero aportando elementos biográficos y sólidos datos de tiempo y lugar, que han servido de fundamento a los biógrafos de Jesús.

Gracias a Dios, hubo algunos que se decidieron a escribir la Vida de Cristo, conscientes de que *la única vida de Jesucristo que se puede escribir son sus Evangelios* (Lagrange, *prólogo*, p. 6). Gracias a Dios, ha habido algunos privilegiados que lograron vencer miedos y resistencias y nos dejaron esas espléndidas *Vidas de Jesús*, de las que seleccionamos un puñado para ponerlas al alcance de los lectores hispanos del tercer milenio. A todos los beneméritos autores de Vidas de Jesús habría que recordarles lo que León XIII escribía a monseñor Le Camus, obispo de La Rochelle, autor de una de las grandes Vidas de Cristo: *Escribir una Vida de Jesucristo «es la mejor obra de caridad que se puede hacer a este mundo que se muere de hambre».*

Después de los cuatro Evangelios, la más antigua *Vida de Jesús* es el **Diatessaron de Taciano**, escrito a mediados del siglo II a base de los mismos textos evangélicos, de los que hace una «harmonía» o «concordia». Tan fiel es a la letra del Evangelio, que durante siglos se leía en las celebraciones litúrgicas. Hubo más tarde algunos comentarios con aportaciones biográficas sobre Jesús, sin que propiamente constituyeran una «vida» de Cristo, por parte de algunos Padres de la Iglesia. Así, podemos mencionar, entre otros, a **Eusebio de Cesarea** (primera sinopsis evangélica), **San Jerónimo** (comentarios al Evangelio de Mateo), **San Agustín** (*«De consensu Evangelistarum»*: solución de dificultades al contrastar los relatos evangélicos), etc. **San Bernardo** instruía a sus monjes con sus sermones y homilías sobre los principales misterios de la vida del Señor, de los que **Santo Tomás** hace su reflexión teológica y a los que **San Buenaventura** añade las *meditaciones sobre la vida de Cristo*, que algunos atribuyen a Santiago de Calvoli.

Hay que llegar al siglo XV para encontrarnos con obras que expresamente se titulan *Vida de Cristo*, con algunas variantes. La más famosa es la **Vita Christi**, de **Ludolfo de Sajonia, «El Cartujano»**, publicada en Estrasburgo en 1474, un siglo después de la muerte del autor. En 1495 se publicaba la edi-

ción española en Valencia. Y dos años después se editó en valenciano el **Llibre anomenat «Vita Christi»** (libro titulado *Vida de Cristo)*, escrito por la abadesa de la Trinidad de Valencia, sor Isabel de Villena, en el mundo doña Leonor, nacida en 1430 y perteneciente a la familia real de Aragón. Poco después aparecía el **Retablo de la vida de Cristo**, poema de estancias de arte mayor, compuesto por **Juan de Padilla** (1468-1522), monje de la Cartuja de Santa María de las Cuevas, por lo que pasó a la historia con el nombre de **El Cartujo** o también **El Cartujano**, prestándose a confusión con Ludolfo de Sajonia. En prosa o en verso, la línea argumental de estas primeras Vidas de Jesús se mueve en el terreno piadoso y místico, sin preocupaciones historicistas, literarias o culturales.

Fray Luis de Granada puso toda su alma y su dominio del castellano en las dos obras que dedica a la Vida de Jesús: en 1565, en su *Memorial de la vida cristiana* tiene amplios comentarios a los «pasos» y «misterios» de la vida de Cristo (una **Vita Christi**, dentro del Memorial) y anuncia en el prólogo que volverá sobre el mismo tema más ampliamente. Es lo que hace en la obra **Meditaciones sobre la vida de Cristo**, editada en 1574. En el mismo siglo XVI aparecen algunas Vidas de Jesús. El P. Rivadeneyra incluye en su *Flos sanctorum* la *Vida y misterios de Cristo nuestro señor.* Abundan las *Vitae Christi* en latín, de distintos autores, como G. B. de Ragusa (Roma, 1520), G. Branteghem (Amberes, 1537), C. Adriochomius (Amberes, 1578), H. Nadal (Amberes, 1593), etc. En italiano: V. Filicaia (Venecia, 1540); y en francés: C. Corrocet (París, 1549).

En los siglos XVII y XVIII proliferan las Vidas de Cristo en los distintos idiomas europeos. Muy vinculadas a su época, en general poco nuevo nos dicen a los lectores del siglo XXI. Entre todas ellas, podríamos destacar la del jesuita F. de Ligny, escrita en francés y publicada en Aviñón en 1774, en tres volúmenes: *Historia de la vida de N. S. Jesucristo desde su encarnación hasta su ascensión.* En nuestro tiempo sigue reeditándose la famosa **CRISTÍADA, Vida de Cristo, Señor Nuestro, escrita en verso,** de fray Diego de Hojeda, O.P., una de las grandes obras poético-épicas de la literatura española, en la que Jesucristo aparece como eje de la historia de la humanidad[1].

El siglo XIX se caracteriza por la orientación apologética de la literatura católica frente a los ataques del racionalismo, y las Vidas de Cristo no escapan a esta tendencia. A principios de siglo aparecían las primeras Vidas de Jesús que echaban por tierra lo sobrenatural del Evangelio: las obras de H. S. Reimarus y H. E. G. Paulus. En 1863 se editó la famosa *Vida de Jesús*, del racionalista **Renán**, que produjo un gran escándalo y suscitó una amplia polémica. Y al año siguiente aparecía en Berlín la *Vida de Jesús*, obra póstuma de **F. Schleiermacher**, teólogo alemán que no admitía la divinidad de Cristo, y

[1] La última edición es de Edibesa (Madrid, 1995): una edición facsímil de la edición monumental aparecida en 1896 en Barcelona, con láminas en color y dibujos-viñetas alusivas en cada página.

fue seguido por su discípulo **D. F. Strauss**, cuya obra (Leipzig, 1864) sitúa la vida de Jesús en el ámbito de lo mítico. Frente a esas irreverentes interpretaciones de la Persona de Jesucristo, surgieron distintas Vidas de Cristo, algunas de ellas con rigor científico y seriedad exegética: Stolberg, Genoude, Kuhn, Veuillot, Wallon, Coleridge... Destacan las de **Fouard** (Lyon-París, 1880), **Le Camus** (París, 1883) y **H. Didon, O.P.** (París, 1890), que se cuentan entre las grandes Vidas de Cristo. La Vida de Jesús de la monja Katarina Emmerick sigue otra línea: afirma que Dios le concedió el don de revivir la vida de Jesús en los mismos lugares en que nació, vivió, murió y resucitó.

El siglo XX ha visto cómo, de las cenizas de la polémica del siglo XIX, han surgido las mejores Vidas de Cristo, la mayoría de ellas editadas también en París, la ciudad de Renán: **A. D. Sertillanges, O.P.** (París, 1900), **G. Papini** (Florencia, 1921), **L. Fillion** (París, 1922), **L. de Grandmaison, S.J.** (París, 1928), **J. M. Lagrange, O.P.** (París, 1928), **J. Lebreton, S.J.** (París, 1931), **F. Prat, S.J.** (París, 1933), **K. Adam** (Augsburg, 1933), **F. M. Willan** (Friburgo B., 1933), **F. Mauriac** (París, 1936), **R. Guardini** (Würzburg, 1937), **G. Ricciotti** (Milán, 1941), **A. U. Fic, O.P.** (Poznan, 1941), **J. Leal** (Granada, 1942), **H. Daniel-Rops** (París, 1944), **A. Fernández, S.J.** (Madrid, 1954), **J. M. Bover, S.J.** (Barcelona, 1956), **J. Guitton** (París, 1956), **P. R. Bernard, O.P.** (París, 1957), **F. J. Sheen** (Nueva York, 1958) **M. García Cordero, O.P.** (Salamanca, 1961), **A. Nisin** (París, 1960), **J. M. Cabodevilla** (Madrid, 1963), **J. Gnilka** (Friburgo B., 1990), etc.

Entre las más populares en la España del siglo XX están las obras de los jesuitas **Remigio Vilariño** (*Vida de Nuestro Señor Jesucristo*. Bilbao, 1912) y **José Julio Martínez** (*El drama de Jesús*. Bilbao, 1942). Y la obra cumbre del sacerdote y escritor **J. L. Martín Descalzo** fue su famosísima *Vida y misterio de Jesús de Nazaret* (Salamanca, 1989), en la que une a la sabiduría, descubrimientos e intuiciones de todas las anteriores Vidas de Cristo su pasión por el Señor y su encantador estilo literario.

DOCE VIDAS DE JESÚS

Entre tan rico y tan diverso arsenal de Vidas de Cristo, no es fácil elegir con acierto las doce mejores para el homenaje a Nuestro Señor Jesucristo a lo largo de su Año 2000. Se imponen algunos criterios de selección:

1. Recuperar las agotadas. En las grandes bibliotecas no suelen faltar las mejores Vidas de Cristo, en alguna de sus distintas ediciones. Pero hay algunas de las mejores que están completamente agotadas en castellano: desapareció la editorial y se perdió el rastro del autor o de los herederos de sus derechos. En esa línea estamos trabajando en Edibesa.

2. Publicar las inéditas de valor especial. Tal es el caso del **Diatessaron de Taciano**, considerada como la más antigua Vida de Cristo, después de los

Evangelios, aún no traducida al castellano después de dieciocho siglos y medio. Y, al lado de la más antigua, la más reciente: la que **J. Salguero** ha redactado para Edibesa, recogiendo los últimos descubrimientos.

3. Diversidad de procedencias, de enfoques, de tratamiento y de estilo, en un solo tomo de 300 a 700 páginas. Pensando en parroquias, comunidades religiosas, bibliotecas populares, familias y colectivos con miembros de distinta edad y nivel cultural, es preciso ofrecer unas Vidas de Cristo que puedan responder a la variada demanda: obras en las que destacan las cualidades *exegéticas, o teológicas, o espirituales, o históricas, o divulgativas...*

Según estos criterios, he aquí la selección:

1. Vida de Jesucristo según el Evangelio, del padre J. M. LAGRANGE, O.P. (2.ª ed.)

Sin duda alguna es la obra clásica de la exégesis católica: «No conozco ningún libro que nos dé de la vida de Cristo un conocimiento tan seguro y tan profundo», decía el padre Lebreton, S.J.

2. La más antigua vida de Jesús: el DIATESSARON de TACIANO (2.ª ed.)

Inexplicablemente, una Vida de Jesús escrita a mediados del siglo II, a base de textos concordados de los cuatro Evangelios canónicos, con amplísima influencia en la vida y en la literatura cristiana de varios siglos..., permanecía inédita en castellano. Gracias al trabajo de traducción y notas del **padre Jesús Álvarez, OAR,** los lectores de habla hispana podrán conocer este antiguo tesoro.

3. Vida de Cristo, de FRAY LUIS DE GRANADA

El más extenso capítulo del *Memorial de la vida cristiana* lo dedica fray Luis a la «Vita Christi». Pero no quedó satisfecho: «*No se pudo tratar todo esto sino con brevedad, esperando que si nuestro Señor me diese espacio de vida podría tratar algunas de aquellas materias más copiosamente*», escribía en 1574. Se refería, sobre todo, a la *Vita Christi*, a la que dedicó las *Meditaciones de la Vida de Cristo*, uno de sus mejores libros. De ambas obras –completadas con algunos capítulos de la inmortal *Guía de pecadores* y del *Libro de la oración y meditación*– hemos compuesto una completa **Vida de Cristo**, que es el número 3 de esta colección de *Vidas de Jesús/Edibesa.*

4. Jesucristo, de Leonce DE GRANDMAISON, S.J.

El mundo católico esperaba con impaciencia –lo recuerda el dominico Lagrange, que hace suya esa impaciencia colectiva– la aparición de la obra del docto jesuita: *Jésus-Christ*, en dos volúmenes (París, 1928). Quince años antes, en su artículo sobre Jesucristo en el *Dictionnaire apologétique de la Foi catholique* (250 columnas), había demostrado su profundos conocimientos sobre Cristo. Y no defraudó. Luego, el padre Lebreton, otro de los clásicos biógrafos de Jesús, se hizo cargo de una edición liberada de gran parte del aparato crítico, en un solo volumen, que es el cuarto de esta serie de Edibesa.

5. Vida de Jesús según los Evangelios sinópticos, de José SALGUERO, O.P.

El padre Salguero, doctor en ciencias bíblicas y catedrático de Sagrada Escritura durante varias décadas en la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Roma, de la que fue rector magnífico, ofrece en esta obra inédita los frutos de su estudio, investigación, docencia, reflexión y meditación de toda una vida dedicada al Señor y a su Evangelio.

6. Nuestro Señor Jesucristo según los Evangelios, de L.-Cl. FILLION

Es, a juicio de eminentes biblistas, «la Vida de Jesús más completa que se ha escrito»: teología, exégesis y crítica de los textos se dan la mano para ofrecer una visión exhaustiva de la vida y el mensaje de Cristo. Ofrecemos la edición que apareció en un solo tomo.

7. Memorias de un reportero de los tiempos de Cristo, del padre Carlos M.ª de HEREDIA, S.J.

Una obra apasionante, cuya lectura cautiva como la mejor novela. A la fidelidad a los datos del Evangelio y de la historia, une la creación de personajes, relaciones y ambientes más sugestivos.

8. Vida de Nuestro Señor Jesucristo, del padre Remigio VILARIÑO, S.J.

Ha sido la Vida más popular en España. Fidelidad a los libros sagrados y solidez doctrinal, expuestas con un inmenso amor a Jesucristo, que invita a la piedad y a una respuesta de amor al Señor.

9. La vida de Jesús en el país y pueblo de Israel, de Franz Michel Willam.

El sabio alemán, gran conocedor del ambiente y costumbres del pueblo judío en tiempos de Cristo, desgrana la vida del Maestro en el mismo marco en que se desarrolló.

10. Vida de Jesús, de François MAURIAC.

Premio Nobel de Literatura, el gran escritor francés aplicó a su «Vida de Jesús» la elegancia de su estilo y el fervor de su fe católica.

11. Historia de Cristo, de Giovanni PAPINI.

Papini quiso llegar al ateísmo, pero Cristo le salió al encuentro, lo deslumbró y fue el eje y la razón de su vida. Con la fuerza y la pasión del convertido, expone la vida de Jesús, para que los que dudan conozcan al auténtico Cristo.

12. Vida de Jesucristo, de Giuseppe RICCIOTTI.

Hablar de Ricciotti es hablar de una famosa Vida de Jesucristo, en la que todos los detalles y puntos oscuros quedan aclarados satisfactoriamente: desde la ciencia y la crítica, y desde la fe y esperanza en Cristo, Príncipe de la Paz.

EL PADRE LAGRANGE Y SU «VIDA DE JESUCRISTO SEGÚN EL EVANGELIO»

Lagrange, santo y sabio dominico

El 4 de julio de 1991, Juan Pablo II escribía al biógrafo de Lagrange, Jean Guitton, de la Academia Francesa, con ocasión de sus noventa años: *Me siento feliz al saber que ha terminado usted la redacción de su libro sobre el padre Lagrange; me complacerá conocer un ensayo que ayudará a nuestros contemporáneos a reconocer en ese religioso un precursor de la exégesis y una gran figura de la Iglesia.* El académico francés había recibido del mismo Papa el encargo de redactar ese ensayo, según le escribía Juan Pablo II desde Castelgandolfo, el 12 de diciembre de 1990: *«Está escribiendo usted un libro sobre el padre Lagrange, para preparar su canonización. Yo mismo le he encargado ese trabajo»*[2].

Nos encontramos ante un *sabio*, que además es *santo*: inmejorables títulos para un biógrafo de Jesucristo. El *sabio*, profundamente enamorado de la Palabra de Dios, quiso dar respuesta a los problemas que planteaba a la fe católica la invasión del racionalismo del siglo XIX, especialmente cebado contra la sobrenaturalidad de la revelación cristiana y la divinidad del Jesús del Evangelio. Era urgente la dedicación plena de los mejores intelectuales católicos a presentar la Palabra de Dios en toda su plenitud, arropada con una crítica científica que lograra hacer frente a los ataques racionalistas. Es lo que hizo el padre Lagrange, fundando la **Escuela práctica de estudios bíblicos de Jerusalén**, la célebre *École Biblique*, y ponía en marcha la famosa **Revue Biblique**.

Ante la incomprensión de no pocos católicos, incluso de la alta jerarquía eclesiástica, Lagrange emprende su *Método histórico*, aplicado sobre todo al Pentateuco, para refutar a los racionalistas en su propio terreno, con argumentos científicos: aquí no valen los argumentos de autoridad o de tradición. Pero pronto surgieron ataques, desde fuera y desde dentro de la Iglesia: sospechas, denuncias y condenas. Sin embargo, en medio de la dura prueba –el patriarca latino de Jerusalén llegó a acusarlo ante Roma de *racionalismo* y de *desviacionismo protestante*, en abril de 1898– el sabio dominico ni se desanima, ni tira la toalla, ni ofrece resistencia a las decisiones de sus superiores. El momento más crudo de la batalla fue cuando en 1907 prohibieron sus libros en los seminarios y cuando tuvo que abandonar su Escuela Bíblica. Es cierto que el Papa León XIII lo había alentado, en carta personal del 17 de septiembre de 1892, un

[2] GUITTON, J. : *Retrato del padre Lagrange. El hombre que reconcilió la ciencia con la fe.* Ed. Palabra, Madrid, 1993, p. 9. El autor añade a sus conocimientos directos a través de largas y apasionantes conversaciones con el padre Lagrange, la documentación del padre Bernard Montagnes, biógrafo de Lagrange. Algunos de los datos y testimonios que ofrecemos aquí provienen de esas fuentes.

año antes de la promulgación de su encíclica sobre los estudios bíblicos *Providentissimus*. Y San Pío X, que siempre había admirado la absoluta fidelidad del dominico a la Iglesia, hizo que volviera a Jerusalén en 1913. Y dos años más tarde, el nuevo Papa Benedicto XV le escribía un autógrafo al Maestro de la Orden, padre Cormier: *Le sugiero que me envíe al padre Lagrange esta tarde a las 4: recuerdo que lo conocí hace algún tiempo, pero estaré encantado de recibirlo hoy.* Pero los enemigos llegaron hasta la más alta cúpula de la Iglesia.

Una biografía atormentada, vivida en paz

Albert-Henri Lagrange había hacido en Bourg-en-Bresse, no lejos de Ars, el 7 de marzo de 1855, «fiesta de Santo Tomás de Aquino», como gustaba subrayar al futuro José María Lagrange, nombre que adoptó al ingresar en la Orden de Predicadores. También la cercanía de Ars, y la visita que hizo al párroco Juan María Vianney con su madre, cuando sólo tenía tres años y estaba enfermo, la tuvo muy presente, hasta el extremo de incluir entre los documentos y recuerdos de la primera piedra de la Escuela Bíblica un trozo de la sotana del Cura de Ars, aún no canonizado en 1891. Albert-Henri, como su padre, fue seminarista. Ambos abandonaron el seminario. Y Albert-Henri alude a una cierta vida licenciosa en su juventud, hasta que, según su propia confesión, *«un día, estando en las carreras de Longchamp, me sentí tocado por la gracia y todo quedó resuelto. Me decidí a volver a mi antiguo camino. Me pusieron en contacto con M. Hogan, director del seminario de San Sulpicio, el cual me aceptó como seminarista externo... Pero, aun permaneciendo en el seminario de San Sulpicio, estaba decidido a hacerme dominico... En octubre de 1879, después de un año de reflexión, tomé el hábito religioso en los dominicos de la provincia de Toulouse, en el convento de Saint-Maximin»*. Allí conoció a quien tanto iba a significar en su vida: al santo padre Cormier, que luego sería Maestro General de la Orden, beatificado por Juan Pablo II.

En 1880, la comunidad de Saint-Maximin fue disuelta por las nuevas leyes de Francia, y aquellos dominicos decidieron continuar su vida de oración y estudio en el célebre convento de San Esteban de la ciudad de Salamanca, en cuya Universidad cursó fray José María Lagrange estudios orientales. El 21 de septiembre de 1883 recibió la ordenación sacerdotal y obtiene el grado de Lector. Comienza su docencia: primero, en Salamanca, enseña Historia de la Iglesia, y al regresar a Toulouse, en 1886, Filosofía. Sin saber por qué, el Provincial lo destinó a Viena dos años más tarde para que estudiara unos cursos de lenguas orientales: asirio, sirio y árabe. Y en 1890 lo enviaba a Jerusalén, para que fundara una escuela de Sagrada Escritura: el 9 de marzo desembarcaba en Jaffa y, al día siguiente, subía a Jerusalén. Comenzaba a ser realidad un viejo sueño de su juventud dominicana: *formar un equipo de dominicos en Toulouse dedicados a los estudios bíblicos*. Las circunstancias cambiaban: no sería en Toulouse ni para sólo miembros de su Orden, sino para toda

la Iglesia y en Jerusalén. Escribía Lagrange: *Me sentí conmovido, verdaderamente captado, arrebatado por esta Tierra sagrada: había amado mucho el Libro y ahora contemplaba el país.* Un viejo matadero municipal a las afueras de Jerusalén le serviría para las instalaciones de la Escuela Bíblica, de la que Lagrange fue el alma –y casi todo– en los primeros dificilísimos años, desde su inauguración el 15 de noviembre de 1890. Pero las dificultades materiales de entonces no eran sino un leve anticipo de los sufrimientos en la persecución que le acechaba.

Es cierto que los distintos Papas en varias ocasiones, cardenales tan importantes como Rampolla y Mercier, el Maestro de la Orden, padre Cormier, así como eminentes dominicos como Sertillanges, estaban de su parte y lo defendían. Pero la batalla –animada desde Lieja por el jesuita Delattre (1904), fomentada por las prohibiciones en Francia incluso dentro de su Orden, y alentada por la hostilidad del padre Fonck, primer director del reciente Pontificio Instituto Bíblico de Roma– acabaría por dejar fuera de combate al intrépido Lagrange: en mayo de 1907 le llegó la prohibición papal de imprimir su libro sobre el Génesis, que en 1935 seguía sin ver la luz. Esto laceraba el corazón de Lagrange. Pero ni esto ni los disparos de fusil que lo pusieron al borde de la muerte junto al padre Vincent a orilla del Mar Muerto en octubre de 1897, era lo más doloroso. Lo que más le dolía era ver cómo Loisy y los racionalistas campaban a sus anchas difundiendo el error sin el *Nihil obstat* de la Iglesia, de la que pasaban ampliamente, mientras que la luz de la verdad –apenas podía creer Lagrange que su doctrina no fuera verdadera– continuaba bajo el celemín. Más aún, en julio de 1912, un decreto del Vaticano prohibía introducir en los seminarios algunas obras del padre Lagrange, por considerarlas racionalistas.

Muchas fueron las pruebas, pero de todas le libró el Señor. Mientras, Lagrange, en devotísimas cartas al Papa Pío X, le declara: *Con sentimientos de la más perfecta obediencia... Dígnese considerarnos como hijos profundamente respetuosos y obedientes, y concedernos la bendición que suplicamos de rodillas*, le escribía en carta de septiembre de 1911, firmada por otros dos profesores dominicos. Y el 17 de agosto: *Mi primer impulso ha sido, y mi último movimiento será siempre, someterme de espíritu y de corazón, sin reservas, a las órdenes del vicario de Jesucristo... Me siento de corazón el hijo más sumiso.* No hay la menor duda de su obediencia a la Iglesia y de la paz que reinaba en su corazón. Al final se encontraron Papa y dominico en el ámbito casi celestial de la santidad, y, como intermediario, el santo Maestro de la Orden, padre Cormier: en junio de 1913, Pío X llama al padre Lagrange y le declara personalmente su decisión suprema de que vuelva a Jerusalén a dirigir su querida Escuela Bíblica, que había tenido que abandonar el 3 de septiembre de 1912. Los enemigos continuarán sus ataques. Pero Lagrange está con la Iglesia, que en adelante defenderá a su hijo fiel. Y en el seno de la Iglesia descansaba en el Señor el 10 de marzo de 1938.

El «Evangelio de Jesucristo»: Vida de Jesucristo según el Evangelio

Hasta 1927, el padre Lagrange había escrito para intelectuales y eruditos. No había llegado al público en general, al cristiano medio. Era hora de pensar en ese gran público, tan necesitado de alimento espiritual y del conocimiento de Jesucristo. Y comenzó **L'Evangile de Jésus-Christ**. Él mismo había confesado que el proyecto de escribir para los «pobres de espíritu» tenía su origen en una crisis personal en la que tuvo como una visión mística: sintió *el abrazo de la muerte y la esterilidad sobrenatural de una vida devorada por el estudio,* según sus palabras.

Dice el padre Lagrange: *He renunciado a escribir una* Vida de Jesús *al modo clásico, para dejar hablar más bien a los cuatro Evangelios... La única* vida de Jesucristo *que se puede escribir son sus Evangelios: el ideal está en hacerlos comprender lo mejor posible.*Y es lo que hace admirablemente Lagrange. En definitiva, lo que salió de su pluma fue precisamente una espléndida **Vida de Jesucristo según el Evangelio** (que son la única Vida de Jesús), enriquecido con las aportaciones de toda una vida dedicada al estudio de la Palabra de Dios y con un amor apasionado a Jesucristo sobre todas las cosas. ¡Qué consuelo para el padre Lagrange cuando se enteró de que no habían transcurrido dos años de la aparición de su obra y ya se habían vendido setenta mil ejemplares!

Lagrange deja hablar a los cuatro evangelistas, fundiendo en una sola sus narraciones, aclarando cada texto con todos los paralelos y con los datos de la historia, la geografía y la vastísima erudición que tenía de la cultura grecoromana. El vivir largos años en Tierra Santa, atento a las costumbres de los orientales y a las corrientes y problemas del mundo occidental, sitúan al padre Lagrange en un puesto privilegiado para comprender desde Israel acontecimientos que allí ocurrieron, contarlos en lenguaje inteligible a los occidentales y salir al paso de tergiversaciones de la realidad sagrada. Esta obra es fruto del estudio, de la investigación y también de la oración. La piedad aflora en cada página, aunque el autor, después de confesar que *durante este trabajo, mucho he implorado de la Santísima Virgen su asistencia,* declara: *Va tan poco adornado de elevaciones piadosas, que apenas me atrevo a decir que tiene por fin hacer conocer y amar mejor a Nuestro Señor Jesucristo* (p. 10). Las elevaciones piadosas no hacen ninguna falta. La sobriedad de la exposición que nace del amor al Señor se contagia de escritor a lector.

Esta obra se impuso desde su aparición como una de las clásicas en su género y parece que conservará largo tiempo el puesto que ocupó, escribía en 1962 el jesuita A. López Amat, buen conocedor de todas las Vidas de Cristo. Después de más de setenta años, el mejor libro del padre Lagrange sigue ocupando ese puesto de privilegio entre las Vidas de Jesús.

José A. MARTÍNEZ PUCHE, O.P.

VIDA
DE JESUCRISTO
SEGÚN EL EVANGELIO

SEGRETARIA DI STATO
DI SUA SANTITÁ
N.º 89211

Del Vaticano, a 25 de marzo de 1930.

Muy Rvdo. Padre:

Es para mí singularmente agradable comunicarle la paternal benevolencia con que el Soberano Pontífice ha aceptado el homenaje de vuestro hermoso trabajo *El Evangelio de Jesucristo*. Su Santidad agradece de todo corazón ese testimonio filial hacia su augusta Persona y os felicita por haber aumentado la serie de vuestros estudios bíblicos con estas nuevas páginas, que son un nuevo sondeo en el mar insondable de la divina Palabra.

Haciendo votos por que vuestro *Evangelio de Jesucristo* sirva de alimento al mayor número de almas, de que tan necesitadas están en nuestros días, el Soberano Pontífice concede con la mejor voluntad a la obra y al autor, como prenda de su paternal benevolencia y mejores favores de lo alto, una particular Bendición Apostólica.

Acepte M. R. P. la seguridad de mi religioso afecto.

E. CARD. PACELLI.

Al Muy Rdo. Padre J. M. Lagrange, O. P. Jerusalén.

PRÓLOGO

Hay escritas en francés admirables vidas de Nuestro Señor Jesucristo. La del abate C. Fouard, aunque editada en el 1880, puede decirse que no ha envejecido: tan delicadas son sus líneas, tan agradables sus narraciones y su información tan segura. Por muchos es considerada como la mejor.

Monseñor Le Camus comenta más el texto evangélico: su crítica aguda y el rigor de sus análisis le han obtenido seguro éxito[1].

Jesucristo, *por el P. Didón, es una obra hondamente pensada, escrita en su soledad por un apóstol que conocía su tiempo admirablemente; es la conciencia moderna juzgando un hecho antiguo, pero siempre actual, del que se desprende la divinidad de Jesucristo.*

Recientemente, como coronación a sus trabajos de exégesis, ha publicado M. Fillion una vida que titula Exposición histórica, crítica y apologética. *No se puede pedir nada más completo ni más moderno.*

Podrían citarse también las obras de M. Lesêtre, del P. G. Berthe, del P. Sertillanges y tantas otras que están haciendo mucho bien a las almas. Sabida es de todos la impaciencia con que es esperada la publicación de Jesucristo por el llorado P. De Grandmaison (*).

Entonces, ¿para qué escribir más sobre dicho asunto? El autor de este libro, con toda ingenuidad, confiesa que eso se ha preguntado a sí mismo muchas veces mientras lo escribía. Creyéndose obligado a consultar las obras ya editadas, le fue forzoso dejar de hacerlo seguido, para no desmayar en su trabajo, teniendo que repetir lo dicho, y tan bien dicho, por otros. Pero, en fin, el Evangelio es insondable, y jamás se dirá demasiado sobre Nuestro Señor Jesucristo, si lo que se escribe es útil a algunas almas. He renunciado, sin embargo, a escribir una Vida de Jesús *al modo clásico, para dejar hablar más bien a*

---

[1] Le Camus: *Los Orígenes del Cristianismo*, Editorial Litúrgica Española, de Barcelona.

(*) La obra de Fillion en castellano ocupa el número 6 de esta colección de **Vidas de Jesús / Edibesa,** y la de Grandmaison el número 4.

los cuatro Evangelios, que si son insuficientes como documentos históricos para escribir una historia de Jesucristo al modo que un moderno pudiera escribir la historia de César Augusto o del Cardenal Richelieu, tienen tal valor, como reflejo de la vida y doctrina de Jesús, tan grande sinceridad y belleza, que no hay nada para hacer revivir a Cristo que iguale a su inspirada palabra. La única vida de Jesucristo que se puede escribir son sus Evangelios: el ideal está en hacerlos comprender lo mejor posible. Ahondando en su espíritu y haciéndolos temas de piadosas meditaciones, han escrito antes otros. La Vida de Jesucristo, *por Ludolfo el Cartujano, antiguo dominico, es modelo en este género. Pero este don no lo tenemos todos. Muchos de nuestro tiempo, temerosos ante los continuos ataques contra los Evangelios, desean saber el valor que tiene todavía su testimonio. Para averiguarlo es preciso estudiar cada Evangelio en particular, y he creído un deber mío extremar la preocupación de explicar los unos por los otros y no señalar por adelantado su conformidad definitiva sobre la vida de Jesús. San Mateo, san Marcos, san Lucas y san Juan tenían su genio propio, sus informaciones especiales, su finalidad, se método, y es necesario preguntar a cada uno separadamente su secreto.*

Ejecutado este trabajo en la medida de mis fuerzas (nadie puede tocar más que su instrumento, me decía mi Maestro de Novicios), era preciso, sin embargo, averiguar si los cuatro Evangelios terminan en armonía o en real desacuerdo. A decir verdad, es antiguo el intento, y ya Taciano, en el siglo II, llegó de hecho a esta armonía formando un solo Evangelio, con los textos entremezclados de los cuatro (*). *Esta conclusión prematura y exagerada perseguida por el afán de armonizarlo todo, dio ocasión para que los nuestros no se fijasen en ciertas apreciables diferencias, y esta orientación subsiste aún en nuestros días.*

La crítica independiente seguía en todo la tendencia contraria: dividía, trituraba y pulverizaba. Aún hoy considera como resultado de sus esfuerzos haber llegado a convertir en polvo las tradiciones, ya poniendo en contradicción unas con otras o haciéndolas depender entre sí, más desafortunadas que los átomos de Demócrito, pues ellas jamás llegan a formar un ser viviente.

El análisis, en verdad, es legítimo, y esta operación delicada acaso dé sólo un resultado negativo, a saber, que no se reconozca nin-

(*) *El número 2 de esta colección de «Vidas de Jesús/Edibesa» es la primera edición en castellano de esa obra de Taciano: el* Diatessaron, *la primera Vida de Jesús.*

guna historia, por verosímil que sea, si no se apoya en hechos debidamente comprobados. Ésta es la opinión, según parece, de la crítica radical, la que mete más ruido y la que, aplicada al examen de la tradición, dedujo que Jesús no había existido.

Gran polvareda levantó esto en el campo de las críticas más auduces, pero se encontraron con que no podían explicar la gran conflagración del Cristianismo faltando la mecha encendida que la hiciera estallar. Debían comprender, por lo mismo, que estaban en la obligación de examinar lealmente si la tradición, supuesta fragmentaria en su origen y divergente en el orden de los hechos y en más de un detalle, no se orientaba hacia la unidad de la vida.

Viene aquí como anillo al dedo la admirable frase de Heráclito, el tenebroso de Éfeso: Más vale acuerdo tácito que manifiesto. *¿Qué quería, en rigor, decir este pensador, conciso en extremo, pero cuyas imágenes reflejan elevadas intenciones? Sin duda que la armonía oculta, realizada en un aparente desorden de las cosas, atendida la razón universal, es más poderosa y más bella que la armonía superficial que todo el mundo ve. Si esto es verdad en el mundo exterior, ¡cuánto más en el orden del pensamiento! Dos manuscritos, que son copia uno del otro, se consideran como uno solo; dos autores, uno de los cuales sigue servilmente al otro, son reputados como un solo testimonio; pero dos manuscritos que a veces difieren, suponen dos fuentes, y su conformidad es muy significativa. Todo autor, teniendo sus fuentes de información y utilizándolas a su modo, es un testigo que hay que escuchar, y si dos testimonios que parecían contradecirse en el modo de narrar un hecho están, sin embargo, de acuerdo en el fondo, este acuerdo es más imperioso que si repitiesen lo mismo palabra por palabra.*

Penetrando en el fondo de esta cuestión dos sabios enteramente independientes han dicho[2]: «La conformidad que en verdad satisface no está, como alguien naturalmente podría imaginar, en la semejanza completa entre dos narraciones; está en el cruzamiento de dos relatos diferentes que sólo coinciden en algunos puntos. La tendencia natural es mirar la conformidad como una confirmación de tanto mayor probanza cuanto es más perfecta, y la realidad, aunque parezca paradójica, es que su fuerza probativa es mayor cuando son pocos los puntos

---

[2] C. V. Langlois y Seignobos: *Introduction aux études historiques*. 8.ª edición, París, 1905, p. 172 s.

de contacto. Los puntos de contacto, en afirmaciones divergentes, constituyen hechos históricos científicamente probados».

Una reserva es necesaria: la conformidad tiene importancia si un autor posterior, después de haberse debidamente informado, se atiene a lo dicho por otro anterior a él. Pero lo que interesa aquí es que las divergencias secundarias de los testigos no pueden ser alegadas contra la realidad de un hecho si las diferencias pueden reducirse a la unidad, tomando en cuenta la diversidad de miras.

Los críticos bien pueden proceder a esta síntesis, si la pasión de destruirlo todo no los domina, ni juzgan de antemano imposible la reparación del desastre que con tanto gusto ellos consuman.

Tal vez los escritores católicos teman por el dogma de la inspiración, puesto que las decisiones de la autoridad eclesiástica no permiten admitir divergencias reales, ni aun secundarias, en los escritores sagrados. Pero no sucede lo mismo en el orden de los hechos. Si estuviéramos obligados a mirar como afirmaciones distintas de un suceso real las diversas soldaduras hechas de las diferentes enseñanzas del Salvador para componer un gran discurso o aun las fórmulas «después de esto», o bien el lugar diferente señalado a ciertos hechos y ciertos matices en el modo de contar las parábolas o los episodios, habría que multiplicar constantemente los discursos y los hechos, y sería imposible escribir una vida de Jesucristo que resistiese los argumentos de la crítica. San Agustín, tan positivo en su convicción de la absoluta veracidad de los escritores sagrados, ha sentado el principio de que un autor pudo haber señalado un hecho como sucedido antes, que otro pone después, y aplicando este criterio compuso su libro de la concordancia de los Evangelios. Aún más, estableció el principio de una armonía racional, admitiendo, no solamente que un evangelista pudo callar lo que otro refirió, sino que lo ha contado de diferente manera, de suerte que la inteligencia de un hecho resulte para el lector de la comparación de esos modos diferentes de narrarlo. El texto es admirable y fecundo a pesar de su concisión: Non enim discrepant rebus, si alius aliquid dicit, quod alius tacet, aut alio modo dicit: magis autem conlata invicem iuvant, ut legentis intellectus regatur[3].

Nosotros estamos obligados a imitar a este oráculo de la Teología y aun a dar a su método una extensión mayor.

[3] Carta CXCIX, 25.

Nos sale, sin embargo, al camino una nueva dificultad. Si, según nosotros, los evangelistas han desplazado los hechos y repartido los discursos sin cuidarse del orden cronológico, nos perdemos en un caos: aun prescindiendo de sus divergencias, tenemos que suponer siempre su poco cuidado en orden al tiempo, y entonces andaremos a tientas sin saber a qué carta quedarnos. Ésta fue precisamente la dificultad que nos ha impedido responder hasta ahora a requerimientos casi ineludibles y a urgentísimas solicitaciones para escribir una vida de Jesús siguiendo el orden de los hechos.

Nos hemos arriesgado a publicar una sinopsis en griego y después en francés con la ayuda del R. P. Ceslao Lavergne[4]*. Con eso indicamos que el orden de san Lucas y sobre todo la cronología de san Juan debían servir de base a una vida de Jesús, en cuanto se puede escribir, y como nuestro intento se limitaba a presentar al Evangelio a esta luz, la presente obra no viene a ser otra cosa que un breve comentario de la sinopsis, con algunas indicaciones históricas siguiendo un orden de hechos, más o menos cierto, más o menos verosímil o sencillamente conjetural. Con la sinopsis en la mano aparecerá menos oscura, y sus imperfecciones podrán ser corregidas a la luz de los textos.*

No obstante, me he esforzado en hacer esta obra inteligible a quienes, no teniendo a su alcance más que este libro, pueden dedicar muy poco tiempo a su estudio; me refiero a las personas que andan atareadas en trabajos manuales.

Por eso mismo no aparecerá suficientemente apoyado sobre razones plausibles para aquellos que conocen las dificultades de la empresa. Llegarán a pensar, sin hacer escrúpulo de ello, que yo las paso por encima. En verdad, no tengo la arrogancia de pensar que haya resuelto todas las dificultades, pero he intentado dar solución en los comentarios de cada evangelista, a las que conocí y me parecieron más serias. Sería exigencia ridícula querer que el público lea aquellos comentarios con pretexto de que esta obra descansa en ellos. Permítaseme, sin embargo, edificar sobre el fundamento, que yo he procurado establecer con solidez, una exposición accesible a las personas que me han suplicado que huya hasta de la apariencia de erudición[5]*.*

---

[4] Las notas de la *Sinopsis* francesa son trabajo suyo. Edibesa tiene el proyecto de publicar esa sinopsis

[5] Se hacen continuas y tácitas referencias a los comentarios para las indicaciones bibliográficas y de las fuentes. Remitiré algunas veces a la hermosa obra de Strack y Bellerbek, *Komentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch.*

La conformidad realizada sin violencia es, por otra parte, una prueba más de que los textos responden a una realidad.

Cuando diferentes evangelistas suministran para un mismo relato circunstancias particulares que se encadenan sin dificultad, he hecho una sola narración. Me pareció, por lo general, lo más indicado tomar de cada evangelista los textos que más lo hacían resaltar. En un hecho contado por san Mateo, san Marcos y san Lucas, de ordinario he seguido a san Marcos, que parece haber conservado mejor el carácter primitivo de la catequesis de san Pedro. En los discursos sucede ordinariamente lo mismo con san Mateo comparado con san Lucas. San Juan es el amigo, el que mejor ha penetrado en lo íntimo del pensamiento. Ya hemos indicado que san Lucas les supera como historiador.

Esta indicación general me excusa de multiplicar las referencias.

Los textos son muchas veces analizados o parafraseados, y otras, citados literalmente.

Conocido el carácter de la obra, las notas tienen la finalidad de subrayar las relaciones de los evangelistas entre sí.

Doy las más cordiales gracias a los RR. PP. Vincent y Barrois, por su colaboración. El R. P. Vincent ha tenido hasta la delicadeza de usar mi ortografía con preferencia a la suya en el caso de Bezatha, que él escribe Bezetha.

Durante este trabajo, mucho he implorado de la Santísima Virgen su asistencia y rogado que lo bendiga: quisiera que fuera irreprochable, lo mismo en el orden de información que en el de la crítica. Va tan poco adornado de elevaciones piadosas, que apenas me atrevo a decir que tiene por fin hacer conocer y amar mejor a Nuestro Señor Jesucristo. Pero la divina impasibilidad de los evangelistas, ¿no es la expresión más emocionante del asombro del alma en presencia del misterio de la Redención? El amor brota de la meditación de los textos sagrados, que son luz, fuerza y vida: a ellos hay que recurrir siempre.

Fr. J. M.ª Lagrange, O. P.

EL EVANGELIO DE JESUCRISTO

PRÓLOGO DEL EVANGELIO

Lc 1, 1-4

San Mateo y san Marcos no pusieron prólogo a sus Evangelios, y el que escribió san Juan para el suyo, más que un prefacio del autor, es una concepción teológica que da un aspecto especial a la doctrina sobre el Hijo de Dios, y será el epílogo de estas páginas. Sólo san Lucas puso un corto, aunque luminosísimo prólogo, que quisiéramos fuese más explícito.

Era costumbre de los griegos dedicar las obras literarias a algún personaje distinguido, y tal costumbre fue bien recibida por los judíos. San **Lucas,** pues, dedica su libro a Teófilo, un aristócrata entre los cristianos, si bien para nosotros desconocido. Años más tarde, Josefo, judío, escribiendo sobre asuntos judíos para los romanos, consideró como un deber insistir mucho sobre su imparcialidad. San Lucas, como Polibio, pensó que esto no era menester expresarlo. Además, no disimuló que su finalidad era probar a su noble amigo la sólida enseñanza que había recibido; con esto confesaba un designio apologético usando un término que más tarde prevaleció, designio que es también el de san Juan, claramente confesado cuando dice: estos milagros han sido escritos, «para que creáis que Jesús es Cristo, Hijo de Dios (Jn 20, 31).

Los apologistas no suelen gozar de muy buena fama. Se parecen a ciertos abogados, poco escrupulosos en la elección de sus pruebas, si logran que sus malas razones sean aceptadas como buenas por jueces venales y sin conciencia.

Para un historiador como san Lucas, que pretende ser digno de tal nombre, los jueces, además de Teófilo, son personas escogidas. Y precisamente la ambición de que triunfe una noble causa obliga a no servirse de hechos que no estén con toda verdad probados. Para esto es necesario recurrir a los más valiosos testimonios. Fue el camino seguido por san Lucas, el cual, desde que fue asociado a la predicación

apostólica, con todo ahínco se dedicó a conocer exactamente los hechos y era esto tanto más fácil para él, cuanto que podían informarle aquellos mismos que fueron desde el principio testigos oculares, como los apóstoles y los primeros discípulos. Empezaron predicando a los judíos, que acababan de condenar a Jesús apoyados en testimonios falsos, y si los apóstoles no se fundaran en pruebas fehacientes, no hubieran podido dar un paso sin verse contradichos con apasionada hostilidad. Un auditorio complaciente está en la mejor disposición para escuchar historias por más maravillosas que parezcan, cuando al calor de la lumbre se cuentan en el invierno, entrelazándolas con los sueños de la noche. Esto no trae ninguna consecuencia grave. Pero los discípulos de Jesús se atrevían a suscitar y defender una obra condenada por los jefes de la Nación, como atentatoria a la religión tradicional. La única tentación en que hubieran podido caer al hacer la apología habría sido la de atenuar los rasgos demasiado salientes de Jesús y representarlo como dócil a la Ley, deferente con los doctores y respetuoso con el Sacerdocio; pero merecían plena confianza cuando reproducían tales y cuales acciones y palabras, por las que lo habían condenado. Así su testimonio fue castigado desde el primer día con la prisión. San Lucas más de una vez había sido testigo de los violentos odios contra él concitados sin que nadie se atreviera a negar los hechos. ¡Tan ciertos eran los testimonios por él aducidos!

No fue el primero; otros le habían precedido en la narración de hechos que para tantos eran principio de una vida nueva, y aunque no los designa, la tradición los conoce con los nombres de san Mateo y san Marcos, y la erudición cita también a otros. ¿Cuáles son las relaciones entre los diversos escritores? ¿Cómo suplir el silencio de san Lucas?

Por antiguos que sean los escritos sobre los orígenes del Cristianismo, debieron ser precedidos de la enseñanza oral, que la escritura consigna y conserva sin agotar su contenido. La enseñanza de una doctrina nueva puede condensarse en unos cuantos puntos, los que parecen más apropiados para transmitirlos de viva voz, al menos en los comienzos. Pero para atraer las almas es de imperiosa necesidad darles a conocer la persona y la vida de quien la ha propuesto.

No hace falta decir que a los judíos toda doctrina debía ser anunciada en nombre de Dios y confirmada con milagros, a no ser que fuese simplemente una invitación al cumplimiento de la Ley. Lo que nosotros denominamos catequesis comprendía el cuadro de la predicación

de Jesús y la narración de los actos que la autorizaban. El primer maestro de esta catequesis fue naturalmente el asociado más íntimamente a la obra del Maestro, el compañero de sus correrías, el jefe indiscutible de sus discípulos, Simón Pedro. Fue el primero que predicó un discurso de catequesis, el primer Evangelio, y señaló como su punto de partida el bautismo de Juan, y como punto final, la Ascensión de Jesús a los cielos (Hch 1, 22; 2, 22 ss.). Entre estos dos puntos extremos, Pedro escogía para contarlos, como testigo ocular, los episodios más significativos, las palabras más interesantes y este tema era como el marco del Evangelio.

Entre los discípulos había uno que tenía hábito de escribir: era el publicano Leví, convertido en el apóstol san **Mateo**, acostumbrado a reconcentrar su pensamiento en fórmulas precisas y claras y proponer sus argumentos como antes hacía un recibo. Tomó como base los relatos que Pedro había narrado con su manera de decir tan espontánea, y los sometió a una dialéctica vigorizada por las citas del Antiguo Testamento, a fin de probar que Jesús de Nazaret era claramente el Mesías esperado, el promulgador de una Ley moral, idéntica a la antigua, aunque mejorada por la perfección de la caridad. El encanto y vida de la narración fueron algo sacrificados a su valor probativo; pero las palabras del Salvador, sobre todo en cinco amplias composiciones, conservan su tono, juntamente con su sentido primitivo en la lengua aramea, que era la del país y, por consiguiente, la de Jesús. Es de suponer también que otros hermanos redactarían tales o cuales recuerdos que les eran más queridos. La Pasión de Jesús era patrimonio sagrado de todos, y es probable que fuese lo primero que se contó y lo primero que se escribió.

Pedro había ido a fundar en Roma la sede de su primacía. Allí continuaba su catequesis con fervor, con naturalidad, dejándose llevar del recuerdo inolvidable, reproducido en su memoria con todos sus pormenores, y renovando de continuo la impresión en su tierna alma. Esta viva emoción, pluma ligera que un soplo eleva, esta imagen de la vida reflejada en una memoria fiel, ¿había de desaparecer cuando él faltase? Sus oyentes rogaron a san **Marcos,** su discípulo, que escribiese aquellos relatos, lo que él hizo sin detenerse en las máximas de Jesús, bien fuese porque Pedro insistiese menos en ellas o porque ya se hubiese logrado esto con las admirables composiciones de san Mateo.

San Mateo, puesta siempre la mira en probar que Jesús era el Mesías, no se cuidaba gran cosa del orden de los hechos. San Marcos siguió un camino que parecía más verosímil y que satisfizo más a san Lucas. ¿Dónde hubiera podido hallar él, que sólo era discípulo de los apóstoles, que no había seguido a Jesús, guía más seguro que en el depositario de la catequesis de san Pedro? Recogió, pues, en su obra casi todo lo que contenía el segundo Evangelio, y las más de las veces siguió también el orden de los episodios. Tenía, sin embargo, conciencia de haber mejorado este punto, gracias a un plan más preciso, apoyado en informaciones seguras; en efecto, promete «escribir con orden». Pero el orden de la antigua historia compuesta con arte no era de rigor el orden puramente cronológico de los anales primitivos.

A los hechos quiso san Lucas unir los discursos, repartiéndolos según las circunstancias, pues él ponía mucho interés en colocar cada cosa en su propio lugar, aun a riesgo de destruir la armonía de las grandes composiciones de san Mateo. Es probable que los griegos, más emocionados por las máximas eternas, que atraídos por las controversias con los fariseos, hubiesen sobre todo traducido, antes que nada, algunos discursos del Evangelio arameo de san Mateo, y san Lucas pudo leerlos sin conocer lo restante de aquel Evangelio: sea lo que fuere, los hechos y su orden, la coordinación de las palabras han ejercido sobre él muy poca influencia.

Debió también serle fácil advertir en san Marcos, y aun en san Mateo, si conoció todo su Evangelio, una gran laguna. No ignoraba san Marcos que Jesús había predicado en Judea (Mc 10, 1), pero limitó sus horizontes a Galilea y condujo a Jesús desde las orillas del Lago a Jericó, poco antes de la última semana.

San Lucas supo, acaso por los discípulos que había en Cesarea, o tal vez por Juana esposa de Cuza, de la cual sólo él hace mención en dos circunstancias (Lc 8, 3; 24, 10), lo sucedido en Judea durante la misión que duró algunos meses. Él lo ha relatado, pero no con aquel conocimiento de vista de los lugares, ni con aquella precisión de las circunstancias y de los actores del drama, que eran don peculiar de san Pedro. Seguramente san Pedro, galileo de pura cepa, no se encontraba a su satisfacción en Judea, o tal vez no hubiera hecho aquel viaje. Esta parte de inapreciable valor, aunque descrita con menos circunstancias que lo acaecido a orillas del Lago, es propia de san Lucas.

Ninguna alusión podía hacer san Lucas en el prólogo al cuarto Evangelio, pues fue compuesto más tarde. Éste pertenece a san **Juan,** hijo del Zebedeo y discípulo amado de Jesús. Haciendo suyo el tema del Evangelio, seguro de interpretar fielmente el pensamiento profundo de un corazón que se le había abierto, compuso san Juan lo que los Padres antiguos llamaban el Evangelio espiritual. Conocía ciertamente los tres Evangelios de san Mateo, de san Marcos y de san Lucas, pero no los glosó ni se limitó a completarlos. Siguió su rumbo, evitando repetir lo que ya todo el mundo sabía, menos cuando creyó necesario para su obra volver a relatar algún hecho, modificándolo según su modo de decir y según sus recuerdos. Para mejor distinguir las épocas se vio obligado a señalar ciertos puntos del itinerario. Gracias a él conocemos muchos lugares de Palestina del tiempo de Jesús; sabemos que su ministerio duró dos años y meses, y que predicó en Jerusalén en todas las grandes fiestas de la Pascua, de Pentecostés, de los Tabernáculos y de la Dedicación.

Hemos dicho ya que el Evangelio de san Mateo, escrito en arameo, había sido traducido al griego. El traductor hizo de él obra personal, conservando la substancia del Evangelio arameo, pero acercándose probablemente a san Marcos, aunque no fuese más que en algunos pormenores.

La época precisa en que fueron escritos los Evangelios no nos es conocida con certeza. San Marcos y san Mateo, traducido al griego, son ciertamente anteriores al año 70, fecha de la ruina de Jerusalén, aunque probablemente eran mucho más antiguos, al menos el original de san Mateo. San Lucas, que ha utilizado el de san Marcos, escribió el Evangelio antes que los Hechos de los Apóstoles, terminados hacia el año 67, fecha del martirio de san Pablo, o tal vez algo antes.

Éstos son los cuatro Evangelios que nos servirán de guía para recorrer la vida de Nuestro Señor Jesucristo, y cuya armonía tendremos ocasión de admirar sin atenuar en lo más mínimo lo que es original de cada uno.

CAPÍTULO PRIMERO

EVANGELIO DEL ORIGEN DIVINO Y HUMANO DE JESÚS

LA BUENA NUEVA

Evangelio significa buena nueva, y esta buena nueva fue desde un principio proclamada por Jesús, después del Bautista, por estas palabras: «El Reino de Dios está cerca». Cuando los discípulos comprendieron que esta buena nueva la había realizado el mismo Jesús, muerto y resucitado por la salvación de los hombres, se hizo más precisa, y entonces la buena nueva fue la doctrina de Jesús o sobre Jesús, predicada por los apóstoles y propuesta a la fe de los judíos primero y después de los gentiles.

Fue san Pablo, tal vez, quien primero empleó esta palabra cuando predicó el Evangelio, es decir, la salvación en Jesús (Rm 1, 9; 1Co 9, 12; 2Co 9, 13, etc.) para sus fieles por la virtud de su Pasión. Los demás apóstoles, especialmente san Pedro, testigos de la vida del Salvador, se extendieron sobre las circunstancias de su vida, de sus palabras y milagros, y esto también era el Evangelio. Hemos visto que comenzaba según el programa fijado por san Pedro, con el bautismo de Juan, y terminaba con la resurrección y ascensión. Así concibió el Evangelio san Marcos, discípulo de san Pedro.

Alguien pudiera considerar inútil tomar desde más arriba la vida de Jesús. Los hechos relativos a la infancia no habían trascendido al público y en nada contribuyeron a hacer brotar en el alma de los discípulos la convicción de quién era, porque Jesús pasaba por hijo de José, criado en Nazaret. Al parecer, pudieran omitirse, si solamente quisiéramos darnos cuenta de la impresión que en el ánimo de los judíos producían las palabras y los hechos de Jesús y transportarnos con el pensamiento a aquellos primeros días, para sentir en nosotros mismos el efecto de tales palabras y de tales milagros. Más que un preámbulo de

la fe, ha habido alguien que consideró esto como una conclusión anticipada de la creencia cristiana formada solamente por el ministerio público del Salvador. Pero los cristianos no dudaban, y con razón, de estos hechos, aunque nosotros ignoremos el tiempo en que los apóstoles los conocieron. Así cuando san Mateo se propuso probar sólidamente, en favor de los judíos convertidos y en contra de los judíos incrédulos, que Jesús era claramente el Mesías, juzgó oportuno indagar sus orígenes y probar, mediante un árbol genealógico, que Jesús descendía de David, que su origen en cuanto Hijo de Dios, es decir, que su concepción sobrenatural, había sido profetizada por la Escritura, así como su nacimiento en Belén y su estancia en Nazaret.

Después de san Marcos llegó san Lucas, y quiso también contar a su modo los hechos relativos a la infancia. Comprendemos perfectamente ahora, y solamente de algunos años acá, cómo estos relatos de la infancia pertenecen verdaderamente al Evangelio; son el Evangelio mismo en el sentido propio que tenía esta palabra en los labios de los antiguos. Cuando más adelante veamos el relato de san Lucas, nos daremos cuenta mejor de su oportunidad y de lo bien que conocía el ambiente de su tiempo. Jamás emplea la palabra Evangelio, pero en el relato de la infancia dice dos veces «evangelizar», «anunciar la buena nueva». Según hoy se sabe, era lo preciso del caso en las costumbres de aquellos tiempos.

Cuando a los soberanos orientales se les empezó a llamar salvadores y divinos salvadores, el nacimiento era el punto de partida de su grandeza: su origen divino los hacía dioses, y era consagrado y manifestado a todos por su nacimiento[1]. Ya por los años 238 antes de Jesucristo, el nacimiento de Tolomeo fue señalado como el principio de abundantes bienes para los hombres. Como manifestaciones divinas fueron consideradas por Antíoco Commageno su nacimiento y coronación (69 al 34 antes de Jesucristo aproximadamente). Eran también los momentos en que Virgilio anunciaba al mundo al maestro que haría renacer la edad de oro y lo saludaba desde el principio por su nacimiento milagroso. Finalmente, el año 9 antes de Jesucristo, el procónsul de Asia, Paulo Fabio Máximo, proponía que se comenzase a contar el año civil por el día del nacimiento de Augusto. «Se pregunta, decía

[1] Para los textos que siguen, véase: *Le prétendu messianisme de Virgile*, en *Revue Biblique*, 1922, p. 570 s.

en su proclama, si el día natal del muy divino César es más agradable o más útil: día que justamente se podría comparar al principio de todas las cosas, si no por la naturaleza, sí por las ventajas, puesto que él ha levantado lo que estaba en ruinas o caído en el infortunio y ha dado otro aspecto al mundo entero, que habría sucumbido en la abyección si César, la felicidad común de todos, no hubiera nacido.» ¡El natalicio de César Augusto era precisamente para el mundo el principio de las buenas nuevas, de los Evangelios! El advenimiento de cada príncipe era la segunda buena nueva, y así en el año 54, Nerón fue anunciado como la esperanza de todos los bienes y como el buen genio del universo[2].

¿Se atuvo san Lucas al protocolo oficial? Pudiera ser, pero, ¡en qué condiciones! Más bien se levantó contra el reto lanzado por el orgullo personal de los monarcas o por la adulación de los cortesanos reivindicando el título del Salvador para un niño nacido en un pesebre, y que todavía tenía muy pocos adoradores. Los acontecimientos posteriores, sin embargo, le han dado la razón. El nacimiento de Jesús es el punto de partida de una nueva era, contrapuesta al tiempo desconocido del origen de las cosas, como una restauración; no como se imaginó un procónsul de mucho tiempo atrás.

El Evangelio, según la más estricta acepción de la palabra debía ciertamente comenzar con la concepción sobrenatural de Jesús. Su misión pública ha probado su dignidad de Hijo de Dios, pero en el momento de la Encarnación fue cuando el Hijo de Dios se hizo el Salvador morando entre nosotros. Así san Juan, sin entrar en pormenores sobre la infancia de Jesús, ha señalado, sin embargo, desde las primeras líneas del cuarto Evangelio, su origen divino.

Si este Evangelio de la infancia no ha sido para los judíos que lo veían motivo para creer, es para nosotros una maravillosa luz y las delicias de las almas piadosas y contemplativas. Nos inclina a creer en los designios de Dios por medio de la bella y secreta armonía entre la preparación y su ejecución. Nos enseña que Jesús es Hijo de Dios y hombre perfecto. ¿Es esto poco? Aparece aquí más perfectamente hombre, si es permitido hablar así, que en el resto de su vida. Tanto que Marción, que sólo admitía un Cristo celestial, miraba con horror el pesebre y los pañales. Se nos muestra más hombre, porque es más débil: ¿Puede darse nada más débil que un niño en los brazos de su

[2] *Inscription d'Oxyrhynque* VII, 1021, descubierta en 1910.

madre, cuidado por ella y alimentado con la leche de sus pechos? En sus acciones nada revela de extraordinario. Jesús se contenta con ser niño: no hace ningún milagro porque los milagros son para confirmar una doctrina, y el tiempo de su magisterio no ha llegado aún. Lo sobrenatural está en el fondo de las cosas, excepción hecha de la aparición de los ángeles, necesaria para anunciar la buena nueva a un pequeño grupo de almas escogidas; pues era necesario que, además de María, que ya estaba advertida y había dado el *fiat,* y de José, para cumplir los designios de Dios, supiesen algunos pastores, en nombre de todo Israel, que el Salvador había nacido.

Por esto san Lucas, conocedor de la importancia de los hechos, para nada deja de acudir a testimonios seguros de que él sale fiador ante Teófilo. Dos alusiones discretas, pero suficientemente claras (Lc 2, 19, 51), dan a entender al lector que fue la misma Madre de Jesús quien había comunicado a los discípulos lo que hubo de más íntimo en estos humildísimos orígenes, que san Lucas no temió incorporarlo a la gran historia del tiempo.

ANUNCIO DEL NACIMIENTO DEL PRECURSOR
(Lc 1, 5-25)

«Eran en tiempo de Herodes, rey de Judea...»

Nos hallamos en Judea, es decir, en la antigua tribu de Judá, uno de los hijos de Jacob, quien a su vez fue llamado por Dios Israel. Esta tribu, con la de Benjamín, fue la designada para honrar la presencia del Señor en el Templo, y sus restos habían vuelto de la cautividad de Babilonia para fundar un nuevo pueblo unido en adelante al culto de único verdadero Dios. Los hijos de las otras tribus que quisieron unirse a este germen bendito se confundieron más tarde en una nueva unidad nacional. Esta porción elegida había resistido todo el tiempo que duró el dominio de los sucesores de Alejandro a las tentaciones seductoras de Grecia. Quebrantada por un momento, se rehízo de nuevo, no logrando la persecución de Antíoco Epifanes otra cosa que afirmarla en su fe. Los descendientes de los macabeos, siendo, como eran, de raza levítica, habían sido grandes sacerdotes antes de ser reyes: la nación, por tanto, estaba verdaderamente gobernada por Dios.

Sin embargo, el fausto real y las relaciones políticas con los reyes idólatras habían infestado a los príncipes asmoneos con algunos resa-

bios de costumbres profanas. Los más entusiastas auxiliadores de la reacción religiosa, los piadosos, convertidos en fariseos o en fieles separados, se apartaron del nuevo régimen y recordaron que el centro verdaderamente nacional, conservado por Dios para dar al pueblo la gloria de David y de Salomón, estaba reservado a la raza de David.

El hijo de David, rey ungido con el óleo santo, el Mesías, como se le llamaba en hebreo, anunciado por los profetas y por los salmistas, era esperado para que libertara a Israel y para hacerle triunfar de sus enemigos.

Lo que los exasperaba hasta exaltarlos era que el trono no estaba ya ocupado por una dinastía nacional. Una especie de mayordomo de palacio, que se creía descendiente de Edom, el viejo hermano enemigo de Israel, Antípater, había ocupado el poder en tiempo del débil Hircano. Su hijo Herodes, que llevaba como él un nombre griego, «hijo de héroes», se había quitado la careta y derribado a sus antiguos señores. Cultivando con habilidad la gracia de los romanos durante las guerras civiles, afanoso en rendir homenaje al vencedor, aunque fuese el enemigo de la víspera, había, al fin, ganado el favor constante de Augusto, único señor que quedaba en el mundo romano. Adulador con su señor, pero empeñado en mantener su propio poder, por la gracia del sufragio popular, Herodes había reedificado el Templo de Jerusalén con nuevo esplendor. El Templo en la Ciudad Santa era el centro religioso de todo el pueblo, con su sacerdocio legítimo, sus concurridas ceremonias a las cuales acudían de todas partes, sobre todo en los días de las tres grandes peregrinaciones de Pascua, de Pentecostés y de las Tiendas o de los Tabernáculos. Los diarios sacrificios se ofrecían allí con toda puntualidad, y hasta se sacrificaban humeantes víctimas por la salud del César.

Este homenaje tributado por Augusto a la religión de los judíos proyectaba, sin embargo, una sombra sobre el fervor religioso: el porvenir aparecía oscuro. Herodes estaba agotado y envejecido: sus hijos habían heredado sus prácticas tiránicas, pero no su genio. ¿A quién iría a parar el reino judío? Los romanos ansiaban la presa, pero la hora en que todo se había perdido, es el momento en que aparece Dios como Salvador.

Pedían ardientemente la salvación de Israel; imploraban la venida del Mesías, sobre todo en los momentos en que se inmolaba en la tarde el cordero del diario sacrificio. Entraba entonces el sacerdote en el *Santo* para quemar incienso delante del Señor.

No era el Templo, ya se sabe, lo que es la iglesia cristiana, casa común de Dios y de los fieles. Un recinto inmenso estaba dividido en atrios; el más extenso daba entrada libre a todo el mundo: después había una barrera que sólo podían traspasar los israelitas. En el atrio de los sacerdotes se elevaba el Santuario, pequeño edificio que comprendía el *Sancta Sanctorum* reservado para Dios, y delante de él, el *Santo,* donde los sacerdotes entraban, no sin misterio, para renovar los panes de la proposición, atizar el candelabro, ofrecer el incienso; mientras que al aire libre humeaba el altar del holocausto. En los momentos en que el humo del incienso subía hacia Dios, cantaban los levitas al son de sus instrumentos, y el pueblo, desparramado en los atrios, oraba en unión con el sacerdote. Cuando en alta voz se oraba por la felicidad del príncipe y del pueblo, los más fervorosos juntaban en su corazón una súplica por la libertad de Israel que se había de conseguir por el Mesías.

El día en que comenzó el preludio del Evangelio, el sacerdote que incensaba se llamaba Zacarías, cuya esposa era Isabel: los dos eran ancianos y no tenían hijos. ¿Por qué a éstos, que caminaban en presencia de Dios y eran irreprochables en la guarda de sus mandamientos y observancias, se les había negado aquella bendición?

Acaso una secreta esperanza animaba aún la oración de Zacarías, cuando imploraba al Señor por el pueblo entero.

Se le apareció un ángel puesto de pie, al lado derecho del altar del incienso, colocado entre los panes y el candelabro.

Tenía forma humana, indicada por su nombre de Gabriel, «el hombre de Dios» o el ser celestial bajo figura de hombre.

Zacarías se sorprendió hasta la turbación, preso del terror que causaba a los israelitas la proximidad de un ser superior que sólo las apariencias tenía de hombre. El ángel le dice: «No temas», frase de que muchas veces se valdrá Jesús, porque en adelante el mensaje de Dios no será una amenaza, será la buena nueva. Zacarías no es sólo el confidente; es un asociado a la realización de este feliz acontecimiento. Porque su mujer tendrá un hijo al que se le llamará Juan, en hebreo Yojanan, es decir, «Yaho» –el Dios de Israel–, «le ha sido favorable».

Este niño será tan grande, que desde el seno de su madre, sin aguardar al día de la circuncisión, en que los recién nacidos entraban a formar parte del pueblo de Dios, será lleno del Espíritu Santo; día de júbilo será el de su nacimiento; su consagración al Señor estará señalada por la abstención del vino y de toda bebida embriagadora. Cuando

llegue su día, el Espíritu Santo se valdrá de él como en otro tiempo se valió de los héroes libertadores y profetas; caminará con el espíritu y fortaleza de Elías, el más ilustre hijo del Espíritu. Ésta era hasta entonces la misión divina de los profetas, pero Juan se distinguirá de ellos en que preparará debidamente al pueblo para recibir al Señor: su misión no terminará con su muerte; ¿será el precursor de otro? Así lo dio a entender clarísimamente el ángel: los velos del porvenir serían todos descorridos. Zacarías no ignoraba lo que el profeta Miqueas había anunciado: que el Señor mismo vendría a su Templo precedido de un mensajero. «He aquí que yo envío a mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí y luego vendrá a su Templo el Señor, a quien vosotros buscáis y el ángel del pacto a quien deseáis vosotros» (Ml 3, 1). Los doctores habían pensado que la misión del precursor estaría confiada a Elías, bajando del cielo, a donde había subido en carro de fuego. Zacarías tenía la esperanza que este Elías anunciado era su propio hijo Juan, animado del Espíritu de Elías. Pero, ¿quién sino el Mesías sería el ángel del pacto?

Tan glorioso destino como era ser padre del nuevo Elías, era motivo bastante para hacer saltar de gozo el corazón del viejo sacerdote, pero, ¿podría, verdaderamente, confiar en esta tardía paternidad?

No dejó de notar el ángel la nubecilla de incredulidad que envolvía su espíritu y no debía negarle el derecho de pedirle una señal. «¿En qué conoceré yo esto?» Pero añadió tristemente la razón de su duda: «Porque yo soy viejo y mi esposa avanzada en edad». Su falta era ligera, sin duda, y por esto el ángel no retractó la promesa del Señor; mas, porque él fue un poco tardo en acoger estas buenas nuevas, que son las primicias del Evangelio, fue condenado a permanecer mudo hasta el día del nacimiento de su hijo.

En los atrios había murmullos de extrañeza ante la prolongada estancia del sacerdote en el santuario. Cuando salió, al querer dar explicación de ello, tuvo que reconocer su impotencia. El pueblo vio en esto la prueba de una aparición divina, pero no pudo columbrar el secreto.

Terminados los días de su servicio, el sacerdote Zacarías volvió a su casa, situada en la montaña de Judá. Su esposa Isabel concibió, y cuando estuvo segura de ello, evitó las salidas para no dar motivos a murmuraciones. La buena nueva no debía comunicarse a todos hasta su debido tiempo: era necesario ante todo que María estuviese avisada.

LA ANUNCIACIÓN
(Lc 1, 26-38)

La aparición del ángel Gabriel en el Templo fue de las últimas manifestaciones del favor de Dios en el lugar santo, que terminaron con las voces lúgubres de la ruina y el fragor del incendio: era el oráculo supremo en aquel recinto grandioso, coloreado por la majestad de los siglos, para anunciar al último heraldo de Dios. Estamos ahora en Nazaret. Aquí todo será, no sólo más divino, sino enteramente divino, todo aquí es mucho más sencillo. La sencillez es el único marco que conviene al Verbo encarnado que viene a servir. Nazaret no es nombrado en la Biblia, ni en Josefo, ni en los infolios talmúdicos. Las vidas de Jesús hacen de ella encantadora descripción. En efecto, es uno de los más hermosos rincones de Galilea, con casas limpias adosadas a una alta colina que domina el Santuario de la Anunciación. Transportado, sin embargo, a los tiempos de Herodes, el cuadro no sería más que un engañador espejismo.

El problema, no obstante, es de difícil solución, y aun cuesta trabajo, después de algunos meses de estudio, formarse idea exacta del crecimiento de la pequeña ciudad. Los padres franciscanos reconstruyen su convento del Santuario. Al levantar el edificio, Fr. Juan, que dirige las obras con perfecta competencia, creyó en un principio aprovechar un estrato de roca que parecía firme, pero pronto notó que estaba perforado por cavernas artificiales, formando así hasta tres pisos, de suerte que tuvo que apoyar su construcción sobre pilares de cemento armado de nueve metros de alto. Opina él que estas cavidades, en que no se encuentran ni huesos ni pedazos de vajilla, eran almacenes para granos *(silohs)*, que si no estaban en una fortaleza, estaban guardados en lugares fáciles de defender en interés de los habitantes de los alrededores.

El lugar del santuario, hoy en la parte baja del pueblo, era el *punto fortificado* en otro tiempo, como fue la antigua Sión de Jerusalén, primero ciudadela, después ciudad baja si se la compara con los fuertes macizos del Templo y de la ciudad alta.

Siguiendo esta dirección se reconoce[3] que el antiguo Nazaret se hallaba asentado sobre un pequeño promontorio, que ni el nombre de colina merece, claramente dibujado por el oriente, pero que apenas se

---

[3] Es la convicción que sacamos el P. Tonneau y yo en febrero de 1928.

destaca de la alta colina del oeste, yendo del sur al norte hasta la fuente llamada de la Virgen. Allí estaba, sin duda, el Nazaret de los tiempos de Herodes, y si queremos encontrar la cumbre desde la que quisieron arrojar a Jesús (Lc 4, 29), no la busquemos en los puntos más elevados de la actual Nazaret, sino en la antigua y modesta acrópolis.

Inmediatas a la basílica de la Edad Media, el R. P. Próspero Viaud[4] ha descubierto grutas transformadas en habitaciones, que parecen representar el estado de la casa de la Virgen antes de que fuera transformada en cripta de una iglesia. Éste, sin duda, era el tipo más común de las viviendas de Nazaret: existen aún viviendas semejantes en las calles de la ciudad moderna, disimuladas por las casas nuevas. El no saber a punto fijo dónde estaba emplazada Nazaret nos obliga a creer que su transformación no se realizó hasta los tiempos cristianos, motivada por la atracción del santuario. Aun hoy la ciudad de María va subiendo hasta el santuario de Jesús Adolescente y se extiende por la colina oriental, tomando forma de anfiteatro, desde donde se explaya la vista hasta el infinito sobre la planicie de Esdrelón.

Es, pues, verosímil que fue en un modestísimo cuartito donde se hallaba aquella a quien el ángel Gabriel va a llevar un mensaje mucho más augusto que el que dio bajo los dorados artesonados del Templo de Jerusalén. Se llamaba María, Mariam en hebreo, nombre bastante común entonces, que, según las analogías de la lengua hablada, quería probablemente decir *dama* o *señora*. Aun ahora decimos Nuestra Señora para designar a la Madre de Jesús.

Era una virgen desposada con José, de la casa de David, y ella misma pertenecía a esta descendencia, según lo da a entender san Lucas (Lc 1, 32, 69). Estaba, sin embargo, emparentada con Isabel, que era, como su esposo Zacarías, de la tribu de Leví. Las uniones entre una y otra tribu no eran raras, e Isabel descendía, sin duda, en grado que no sabemos, de una madre de la tribu de Judá y de un padre levita. Por segunda vez en seis meses el ángel Gabriel había sido encargado de un mensaje de Dios. Las particularidades de la segunda visita manifiestan una grandeza interior, muy por encima de la primera. En tanto que Zacarías se siente turbado y con miedo a la vista del ángel, que no se le aparece sin saludarle, María, en su casa[5], es visitada por

[4] Nazaret y sus dos iglesias de la Anunciación y de San José.

[5] El texto es formal. La tradición de los griegos ortodoxos de Nazaret, siguiendo los apócrifos, ponen la salutación en la fuente.

Gabriel, que, acercándosele, la saluda diciéndole: «Dios te salve[6], llena de gracia, el Señor es contigo». ¡Palabras tan repetidas por los cristianos! Era decir a María que poseía con plenitud el favor del Omnipotente. Solamente entonces se turbó la Virgen, es decir, se extrañó su humildad de oír tan gloriosa salutación. Aunque no estaba asustada, el ángel le dice que no tema, porque el fin de su visita era una gracia de Dios, más insigne que las que hasta entonces había recibido. Concebirá un hijo, a quien le impondrá el nombre de Jesús, en hebreo *Yeshua,* es decir, «Yaho (el dios de Israel), salva». Será grande y se le mirará como hijo del Altísimo, y será hijo de David, llamado por Dios a reinar en el trono de su padre, no como él por algunos años, sino por siglos, porque su reino no tendrá fin.

Así fue escogida María para ser Madre de Dios. Por elevado que fuese el título de Hijo del Altísimo, podía ser una señal del honor concedido al Mesías como hijo adoptivo de Dios. Lo que María veía clarísimamente fue que el Mesías que había de nacer de Ella sería hijo de David. ¿Sería menester que fuese hijo de José, su esposo, que precisamente era de la familia de David? El humano sentir que juzga que su parecer es el más razonable habría dicho: ¿Y por qué no? Es el curso de las cosas. Pero el curso de las cosas había procedido de otra manera desde los días de la eternidad, y el Hijo de Dios no había de tener otro Padre que a Dios Padre.

María se maravilla y pregunta: «¿Cómo será esto, pues yo no conozco a hombre alguno?» Palabra extraña seguramente, y que tan poco hacía al caso, que muchos críticos han querido borrarla del texto. El resultado sería manifiesto: no contendría nada de lo que san Lucas ha querido significar; sería quitar el diamante y dejar sólo el engaste. San Lucas, escritor atildado y acostumbrado a matizar, no intentó poner en los labios de la Virgen llena de gracia una frase inocente en extremo, una de esas banalidades llamadas *truismos* para intercalarla en los discursos divinos.

María quiso decir que, siendo virgen, como lo sabía el ángel, deseaba permanecer tal; o, como han interpretado los teólogos, ella había hecho voto de virginidad y esperaba guardarlo. No se atrevía, sin embargo, a contradecir la voluntad de Dios, que ya había empezado a

---

[6] El sentido de la palabra de que nos servimos para acercarnos con honor a uno, es siempre el mismo: los judíos le desean la paz, los griegos la alegría y los latinos y nosotros la salud.

comunicársele. «No conozco», es en su pensamiento: «Yo no deseo conocer». No dice «yo jamás conoceré» por no oponerse a los designios de Dios, y esperaba la solución de aquel enigma.

Objetará entonces el sentido vulgar: ¿Por qué se había desposado con José? Se puede responder: Porque debía inevitablemente obedecer la voluntad de sus padres, y sobre todo por la tiranía de la costumbre[7], que no admitía el celibato voluntario en una hija de Israel. O bien porque, obligada a resistir sin cesar, se hubiera empeñado en una lucha perpetua de uno contra todos y, según su pensar, contra toda razón. Estaba desposada, pero con José. Una sencilla conjetura basta para explicar cómo se conciliaba el voto de virginidad de María con su propósito de matrimonio, y es que José estaba animado de los mismos sentimientos, sentimientos en que vivían entonces muchos personajes llamados esenios. Unida en matrimonio a un hombre justo, casto como ella, aseguraba la dulce paz en una vida consagrada a Dios por dos almas que se comprendían y amaban en Él.

El ángel no le dijo una sola palabra para apartarla de su intención de matrimonio, que tan útilmente contribuía a los designios de Dios. Solamente le manifiesta que su propósito de virginidad responde mejor al intento, pues este nacimiento del Mesías será únicamente obra de Dios y de ella. «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo que nacerá será santo y se llamará Hijo de Dios».

Esta vez, si no estamos en plena luz, cuando menos nos ilumina aquella que proyecta sobre la razón, un misterio que la sobrepasa. El hijo que ha de nacer no tendrá más padre que a Dios. Verdad es que la obra divina en el seno de María no lo hará Hijo de Dios, porque ya lo era: su generación es eterna, y el Mesías no adquirirá una personalidad nueva, pero esta obra, dando ser a una naturaleza humana, no derivada de otra acción humana, se puede decir que será causa de una santidad sin igual del niño, y la razón por la que se le dará un título a que tendrá eternamente derecho, el título de Hijo de Dios.

La unión del Hijo de Dios con la naturaleza humana hubiese podido realizarse en un nacimiento ordinario (los teólogos no lo niegan), pero era convenientísimo que a nadie más que a Dios llamase con el

---

[7] Los indígenas de Palestina dicen aún hoy: o el matrimonio o el sepulcro (R. P. Jaussen: *Naplouse*, p. 59).

nombre augusto de Padre. ¡Qué claridad tan grande la que brota de la unión de estas dos naturalezas en una persona! ¡Qué dignidad tan alta para María, que sólo ella y el Padre puedan decir a Jesús: «¡Hijo mío!» ¡Qué consagración de vida de perfecta castidad tan fecunda en bienes espirituales entre los hombres!

María debía dar su beneplácito para la realización del misterio. Al pedir el modo cómo debía realizarse, no dudó como Zacarías. El ángel le ofrece una señal de un orden muy inferior, un milagro sencillo, indicio de la omnipotencia de Dios: que su prima Isabel había concebido un hijo en su vejez, y esta mujer estéril ya estaba en el sexto mes de su embarazo. Entonces María se inclinó, se abandonó a la voluntad de Dios, y con esto dio el consentimiento, que se dignaba pedirle. «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra», y el misterio de la Encarnación se realizó en su seno. La salvación del género humano comenzaba: la buena nueva fue conocida inmediatamente en el cielo, y poco a poco iba a difundirse por la tierra.

VISITA DE MARÍA A ISABEL
(Lc 1, 39-56)

El ángel Gabriel, al hablar de Isabel a María, le había sugerido la idea de hacer una visita a su prima. No le había explicado, como a Zacarías, la misión encomendada al niño que había concebido. María, sin embargo, debió conjeturar que las dos intervenciones divinas miraban al mismo fin. Se le hacía tarde, no para comprobar la señal, pues ella había creído con fe perfecta, sino para mostrar a Isabel su simpatía y tal vez para hablar con ella sobre la misión de los dos niños. Esclarecida de lo alto, movida de la caridad, se dio prisa a ir a felicitar y asistir a la mujer hasta entonces estéril, que ocultaba su secreto el más largo tiempo posible.

Aprovechando el paso de alguna caravana que se dirigía hacia Jerusalén, tal vez con ocasión de la Pascua, se encaminó hacia la montaña de Judá. San Lucas, empleando el nombre hebreo de Judá en vez de la forma «Judea», da a entender que la ciudad a donde ella se dirigió estaba en el territorio del antiguo reino de Judá, en la tribu de Judá, cuya extremidad norte confinaba con Jerusalén. El nombre de esta ciudad o, más bien, de este pueblo no es citado. Una tradición que ya existía en el siglo V lo llama Ain-Karim, «la fuente abundante», nombre

árabe que sustituye al hebreo Karem (Jos 15, 59, en el griego, pero que falta en hebreo). La tradición no ha sido interrumpida, y la fiesta de san Juan se celebra allí siempre con toda solemnidad[8].

María pudo hacer este viaje en cuatro días, y entrando en aquella casa amiga, a quien primero encontró fue a Isabel. Con cordialidad de prima, con deferencia de una joven para con una anciana y con gracia sonriente, indicando que nada ignoraba, saludó primero María. Entonces se realizó lo que el ángel había anunciado a Zacarías, que su hijo, antes de nacer, sería lleno del Espíritu Santo: el niño saltó de gozo en el seno de Isabel. Fue esto como oscuro presentimiento de la proximidad de Aquel a quien él debía anunciar entre los hombres. También su madre fue llena del Espíritu Santo y plenamente esclarecida sobre la dignidad de la Madre del Mesías. Y la saludó a su vez, y en arrobamiento divino exclamó: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿De dónde me es concedido que la Madre de mi Señor venga a mí? Desde que la voz de tu salutación ha llegado a mis oídos, el niño ha saltado de alegría en mi seno. Bendita tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá. Y María[9] contestó con las estrofas que nosotros conocemos con el nombre del *Magnificat*. Lo saben de memoria todos los cristianos, y nosotros no vamos a comentarlo. En momentos de intensa alegría se ve aún hoy a sencillas mujeres árabes improvisar un canto, como se vio en Madaba, después que los cristianos hubieran rechazado un ataque de los Sehur, beduinos cercanos[10].

Para los momentos solemnes –de victorias, de nacimientos, de bodas– existen temas tradicionales que se transmiten de una profetisa a otra. María estaba visiblemente inspirada en el cántico de Ana (1S 2, 1 ss.), madre de Samuel, saludando en el nacimiento de su hijo la salvación de Israel, seguida de la unción de un rey, es decir, de un Mesías.

---

[8] El lugar de la Visitación está un poco al Oeste de la hermosa fuente. Los padres franciscanos, en recientes exploraciones, han hallado entre las ruinas monumentales de la Edad Media importantes vestigios bizantinos.

[9] A. Loisy, y más tarde Harnack, han atribuido este cántico a Isabel. Después de haber felicitado a María con algunas palabras, volvería a hablar para dar gracias a Dios, con más extensión que lo había hecho con ella. No eran ciertamente los intentos de san Lucas hacer sobresalir en su relato a Isabel sobre María. Lo que es decisivo, aparte de la tradición manuscrita y patrística, es que el *Magnificat* es una respuesta a la felicitación de Isabel.

[10] *Au delà du Jourdain* (*Science cathol.*, 15 de octubre de 1880, p. 679).

Allí se manifiesta el poder de Dios y también su sabiduría, que triunfa de los vanos pensamientos del orgullo.

Sin desconocer la oportunidad que motivó el canto de Ana, hay que confesar que el *Magnificat*, desde las primeras palabras, se eleva muy por encima de la situación de una mujer estéril que se siente madre. Ana canta magníficamente la victoria del Dios de Israel porque los arcos de los poderosos fueron quebrados: Yahvé mata y da vida, juzgará los extremos de la tierra. Este acento triunfal de presentimiento mesiánico levantó el espíritu y el corazón de la profetisa hacia un porvenir tan alto, que el cántico de Ana ha podido suministrar algunos pensamientos a María. Lo propio del *Magnificat* es que esta vez las expresiones son incapaces de expresar la humildad de aquella que glorifica al Señor. Para que sea dada a Él toda gloria, confiesa Ella su bajeza, y, sin embargo, respondiendo a la felicitación de Isabel, confiesa que todas las generaciones la llamarán bienaventurada. El canto de Ana hubiera podido entonarlo un héroe, el de María sólo pudo entonarlo la Madre de Jesús.

La mirada de Dios, que es benevolencia y amor, se extenderá del mismo modo sobre los pequeños que conocen sus miserias, en tanto que los poderosos, los colmados de riquezas, que se elevan orgullosos en los pensamientos de sus corazones, serán humillados y se encontrarán vacíos. Si la mirada de Ana extiende la victoria de Dios a los confines de la tierra, María concentra su alabanza en la grande obra de misericordia prometida a Abrahán y a los de su raza por siempre. Todo en el *Magnificat* corresponde a las circunstancias, aun la parte indispensable en que se da honor a los atributos del Señor: no es el entusiasmo de un discípulo de Jesús en presencia de sus milagros o de su resurrección, es la alegría discreta de una hija de David, de una hija de Abrahán, remontando el curso de las edades para encontrar la promesa que veía cumplida en ella, iluminada ya con la aureola prometida a su frente de madre, por la aclamación suplicante de todas las generaciones. En efecto, todas las generaciones cumplen esta profecía saludando a la Madre de Dios.

Tres meses aproximadamente pasó María con su prima: se retiró antes del nacimiento del hijo de Isabel. Terminado ya su caritativo oficio, su lugar no era aquél[11]; con más razón que Isabel, no debía provocar indiscretas curiosidades estando lejos de su casa.

---

[11] R. P. Jaussen: *Naplouse*, p. 105.

NATIVIDAD DEL PRECURSOR. SE RETIRA AL DESIERTO
(Lc 1, 57-80)

Corrieron los días, e Isabel tuvo un hijo. La noticia se divulgó con tanta mayor rapidez cuanto se mantuvo más tiempo oculta, favorecida por el aislamiento de la casa y por la presencia de María, que evitaba a Isabel salir para proveer a las necesidades domésticas. Fue general el regocijo entre parientes y amigos. Al octavo día llegaron para la circuncisión, pues era el señalado por la Ley, y con tanta formalidad, que los rabinos autorizaban este ligero trabajo aun en el día de sábado. Por la circuncisión entraba un niño a formar parte de la comunidad espiritual de Israel, hacía con Dios una suerte de alianza y quedaba iniciado en su culto. También se le imponía el nombre, que muchas veces expresaba una alabanza a Dios o un acto de gratitud aun en el humilde suceso de un nacimiento. Es extraño que los vecinos, cual si fuera incumbencia de ellos, propusieran el nombre de Zacarías, pues era corriente que se le diese el nombre de su abuelo mejor que el del padre, para evitar equívocos; mas, como Zacarías era ya muy viejo, no temían que la confusión durase largo tiempo; además, como el más interesado estaba mudo, se prescindía de él y se obraba más libremente. Intervino Isabel, pues, como madre que era, estaba en su derecho. En la antigüedad patriarcal, tanto Raquel y Lía como otras mujeres de Jacob, habían escogido el nombre de sus hijos. Isabel declaró abiertamente que su hijo se llamaría Juan. Las comadres persistían en su sentir. ¡Si no hay en tu familia quien lleve tal nombre! Por fin, por señas, como si fuera sordo, se consultaría a su padre. El sacerdote sabía escribir, y tal vez valiéndose de la escritura, se lo había dicho a Isabel. Pidió una tablita cubierta de cera, donde se escribía con un punzón, y puso solamente: *Juan es su nombre*. El caso estaba zanjado y no admitía réplica. Después de este acto de fe y de obediencia, su lengua se soltó y habló bendiciendo a Dios más íntimamente que los demás.

¡Al fin, la lengua muda habló! ¡Cuántas preguntas sobre su mutismo, sobre la visión que había tenido en el Templo, sobre lo que se presentía de aquel niño milagroso! Saciada la curiosidad respecto al pasado, estaba ansiosa por el porvenir, si bien con acento de esperanza: ¿Qué será este niño sobre el cual se extiende tan visible la mano de Dios?

Zacarías expresó su alegría y sus aspiraciones con un cántico, el *Benedictus,* que la Iglesia proclama todos los días en los Laudes, en la

hora en que nace la aurora. El feliz padre había sido avisado de las esperanzas de María; la sola presencia de ella era para él una luz que creció con el nacimiento de Juan y con las confidencias maravillosas de Isabel. Así, lleno del espíritu que será el de su hijo, de aquel espíritu de Isabel, que depuso su dicha ante la dignidad más alta de María, sólo pensó en la salvación ya comenzada de la casa de David, según la promesa hecha a los antiguos profetas y la alianza y juramento hecho a Abrahán. Como todos los hijos de Israel, tenía por descontada su liberación de los enemigos que los aborrecen, aunque para él el reposo sólo será una condición, la mejor, para servir a Dios en justicia y santidad.

Solamente después de haber bendecido así a Dios por la venida del Hijo de María y de haberse asociado a sus pensamientos, es cuando Zacarías se acuerda de aquel pequeño niño que le ha sido dado y que será el Profeta del Altísimo y, lo que es más, preparará sus caminos. Los caminos de Dios son los caminos del Mesías, y Juan deberá preceder a Aquel que será a la vez enviado de Dios y obrará como Dios mismo.

En el porvenir, la esperanza de la liberación política se esfuma en una luz nueva, como si los verdaderos enemigos no fueran otros que las ofensas contra Dios. El ministerio de Juan será anunciar la salvación por la remisión de los pecados, como consecuencia de la misericordia del Corazón de Dios, que hará aparecer entre los hombres un astro levantado en las alturas. Los hombres, aun los de Israel, están sentados entre densas tinieblas, esperando la luz del día para ponerse en marcha. El Mesías les enseñará el buen camino, el de la paz, donde ellos hallarán su salvación. El cántico termina como había empezado: el Hijo de David aparece con rasgos de un ser divino, del cual Juan sólo era el precursor.

Esperando la hora de ser presentado a Israel, crecía el niño, y la fuerza del Espíritu se apoderaba más y más de él, hasta que le llevó al desierto para disponerle a su misión. Estas pocas palabras de san Lucas no bastan a los que quisieran asociar influencias humanas a esta acción del Espíritu. Han imaginado que Juan, en su adolescencia, había sido iniciado en doctrinas y prácticas de los voluntarios desterrados, que, sin embargo, vivían en comunidades en las riberas del mar Muerto, los **esenios.**

Sin romper con el judaísmo, estaban contagiados del pensamiento griego: la antigua doctrina de Pitágoras parecía revivir. Predicando con

energía la superioridad del alma sobre el cuerpo, del espíritu sobre la materia, los esenios miraban la muerte como la liberación del alma, y no se cuidaban de dar ocasión a la caída de las almas en los cuerpos, engendrando niños.

Juan habría sido educado en esta disciplina del espíritu, en este ascetismo y en incesantes purificaciones[12]. Toda la vida del Bautista, como veremos, es una protesta contra estas intrusiones de la filosofía extraña. El espíritu que le animaba era el de la Ley, aunque su misión, como último profeta, era orientar las almas hacia uno que era más grande que él.

JOSÉ ASUME LA PATERNIDAD LEGAL DE JESÚS
(Mt 1, 18-25)

María estaba de vuelta en Nazaret. Cuando llegó a la extensa planicie de Esdrelón y vio el pueblecito en lo alto de la montaña, no hay duda de que su pensamiento lo tendría puesto en José, su esposo. No parece que lo hubiera hecho confidente de su estado: estaba segura de su reserva y de su confianza, y contaba sobre todo con Dios, que la había de guiar en todas sus cosas. Romper con José hubiera sido exponerse a murmullos infamantes, aparte de que, según la costumbre judía, no tenía derecho para ello. Entre los cristianos, el matrimonio es sacramento, que en un momento dado hace el lazo indisoluble. Hasta ese momento, el marido no tiene ningún derecho: los esponsales pueden ser rotos por una y otra parte.

Entre los judíos, la joven concedida por sus padres a un hombre estaba en adelante sujeta a él, dependía ya sólo de él dar al matrimonio todo su valor llevándola a vivir bajo su techo. Podía también hacerla suya en casa de su suegro, a condición de que fuese de un modo oficial. En este intervalo, si la mujer faltaba con otro había cometido verdadero adulterio. La Ley permitía al novio denunciarla, y la pena normal era la muerte (Dt 22, 23 s.). No estaba estrictamente obligado a denunciarla, pero su silencio pudiera ser interpretado de connivencia vergonzosa. Llegó el día en que José notó que su prometida estaba encinta. Que un primer movimiento de sorpresa y de indignación se

---

[12] Volveremos a tocar este punto cuando hablemos del bautismo de Juan, página 60ss.

hubiera levantado en su pecho, hubiera sido lo más natural; sin embargo, no se deja arrastrar de él. Hizo aún más, resolvió no entregarla al descrédito público denunciándola y, según el texto que nos da a conocer este episodio, no lo hizo por indulgencia, sino «porque era justo». El justo jamás condena sin tener una prueba decisiva de la culpabilidad. José no la tenía. Se dirá que las apariencias condenaban a María. Sin duda, pero José tenía la seguridad tanto de su virtud y de su serenidad como de la inocencia de una criatura tan pura y de su propio amor, que no podía ser engañado. ¡Cuántas veces para hacer frente a la jauría murmuradora de la calle hemos acudido a lo desconocido, a lo inverosímil, para defender a una persona querida de cuyo amor ni un momento dudamos! Si José no hubiese creído que se encontraba frente a un hecho milagroso, difícilmente hubiera sido dócil a lo que se le advirtió en un sueño.

En esta ansiedad, le pareció el partido más prudente dejar a María en libertad, pero con tal discreción, que nadie pudiera suponer falta alguna de ella[13].

Antes de haber realizado su pensamiento se le aparece en sueños un ángel del Señor; lo llama hijo de David, enseñándole así que se trataba del Mesías, del cual había él de aparecer como padre, a fin de transmitirle por el matrimonio los derechos de la casa de David. «No temas recibir a María, tu mujer, es decir, de dar a tus esponsales la sanción legal definitiva, porque lo que en ella es engendrado, es obra del Espíritu Santo».

San Mateo, el primer evangelista, reúne en una frase lo que hemos visto expuesto por san Lucas[14] más extensamente. Expresa también a su modo la buena nueva, comunicada, no a María, sino a José, depositario de las promesas legales: María, tu esposa, «parirá un hijo, le pondrás el

---

[13] No es ésta una explicación piadosa nacida del creciente culto de María, es la que da san Jerónimo, el Padre de la Iglesia que mejor conoció la Escritura. «¿Cómo pudo llamarse justo a José, cuando ocultaba el crimen de su esposa? Este testimonio está en favor de María, que José, conociendo su castidad y admirado de lo que había sucedido, oculta en el silencio un misterio de que no tiene conocimiento». Los críticos que han buscado por todas partes historias de generaciones virginales (partenogénesis) deberían ser los últimos en rehusar admitir esta suposición en el alma de José.

[14] San Lucas, sin embargo, no amplificó el tema de san Mateo, considera, desde punto de vista diferente, el Evangelio de la infancia.

nombre de Jesús» –otra coincidencia sobre el nombre del Salvador–, «porque él salvará a su pueblo de sus pecados». San Mateo, como san Lucas, tiene conciencia de la elevación de estas almas escogidas. Lo que los apóstoles no comprenderán hasta pasado mucho tiempo, sobre la misión del Mesías, será anunciado a José al igual que a Zacarías: que será el libertador del pecado. Después, siguiendo su costumbre, de que tenemos aquí el primer ejemplo, el evangelista hace alusión a la profecía del Emmanuel de Isaías; la más clara referente al niño Dios. «He aquí que la Virgen concebirá y parirá un hijo y se llamará Emmanuel, es decir, Dios con nosotros». Profecía clara, decimos nosotros, aunque entonces velada aún, porque era el ambiente de los tiempos asirios, bajo el reinado del rey Acaz. Pero la profecía domina el tiempo como un avión los parajes: todo aparece en el mismo plano. Cuando el hecho se realiza, las circunstancias del pasado desaparecen, como niebla que los rayos del sol disipan y el alma se maravilla de la coincidencia de los términos, con un hecho grandioso que nadie se hubiera atrevido a imaginar. Las palabras de Isaías que siguen, consagradas a Emmanuel, llevan a las almas muy dulce convicción en la noche de Navidad.

«Porque un niño nos es nacido,
un hijo nos es dado;
y lleva la soberanía sobre sus hombros;
y se le dará por nombre
Admirable Consejero,
Dios fuerte,
Padre Eterno,
Príncipe de la Paz.
Para extender el imperio
y para la paz sin fin,
sobre el trono de David
y sobre su reino,
por disponerlo y confirmarlo
en juicio y en justicia
desde ahora para siempre.
El celo de Iahvé de los ejércitos hará esto»
(Is 9, 6 s.)

El nombre de Jesús, sin embargo, no es hallado en esta enumeración. El Nuevo Testamento no es una imitación que dependa del Antiguo: uno es la realidad, el otro sólo la figura.

Despierto de su sueño José, digno por su confianza de las confidencias de María, la llevó a su casa, y cuando ella tuvo a su hijo, le puso el nombre de Jesús. Es José quien introduce a Jesús en el mundo como descendiente de David.

GENEALOGÍA DE JESÚS

(Mt 1, 1-17; Lc 3, 23-38)

José, en efecto, descendía de David. San Lucas y san Mateo están de acuerdo en este punto, y nadie en vida del Salvador parece haber dudado, ya que nadie podía saludar al Mesías sin tenerlo por hijo de David. Y esto le venía por José, a quien todos tenían por su padre.

San Mateo, al principio de su Evangelio, nos da el árbol de su genealogía. Siendo Jesús el objeto de la promesa hecha a Abrahán, era conveniente remontarse hasta este padre de los otros patriarcas, Isaac y Jacob. Siguiendo corriente abajo las filiaciones contenidas en la Sagrada Escritura, fácilmente se llega, después de catorce generaciones, a David. Desde David a Jeconías, en tiempo de la cautividad de Babilonia, hay también otras catorce generaciones según la serie de los reyes, si bien omite a tres, a Ococías, a Joás y a Amazías, perfectamente conocidos, lo que indica que no intentaba hacer la lista completa de ellos. Hay también otras catorce generaciones desde Salatiel hasta José. Cifra cuya exactitud no se puede probar y no ofrece muchas seguridades. Acaso haya escogido el número catorce porque las letras hebraicas que entran en el nombre de David, tomadas como números, son catorce. La incertidumbre, sin embargo, del número de generaciones no quita valor a la genealogía.

En la primitiva Iglesia, los parientes de Jesús estaban en posesión del título de hijos de David, y por ello el emperador Domiciano se inquietó, según el historiador Hegesipo. Hechas indagaciones, se vio que no había que temer, y no se les hizo caso[15]. Se objeta, sin embargo, que si el árbol genealógico de san Mateo hubiese estado bien hecho y reconocido por todos, san Lucas no hubiese tejido otro que llega a David por Natán, en lugar de hacerlo por Salomón. Algunos comentaristas lo han explicado diciendo que san Lucas ha trazado la filiación, no de José, sino de María. Es un hecho, sin embargo, que el tercer

[15] Eusebio: *Historia Ecl.*, III, 20, 1-6.

evangelista termina también en José, con la clara noción de una filiación adoptiva. La tradición de los Santos Padres no es menos formal que el texto.

Lo importante aquí es que una de las genealogías pudo muy bien, sin dejar de ser verdadera, proceder por adopciones que reemplazan la línea recta por la línea colateral. En semejante caso, es el derecho quien lo regula y se transmite por hermanos, lo mismo que por los hijos. Una genealogía semítica consideraría a Enrique IV, rey de Francia, como hijo de Enrique III, que reconoció su derecho: lo esencial es que ambos descienden de san Luis. Un fenómeno semejante ha podido hacer descender a san José de dos padres diferentes.

Desde principios del siglo III, Julio el Africano vio en ello la aplicación de una institución legal. El hijo de uno que se casaba con la viuda de un hermano tenía, además de su padre natural, otro padre legal, que era el primer esposo de su madre[16]. No podemos comprobar que esto haya sucedido a san José, pero no se requiere en semejante caso una resolución precisa y decisiva. Para nosotros hubiera tenido mayor interés conocer la línea de María, pues sólo ella transmitió a Jesús la sangre de David, pero no tenemos ningún elemento para reconstruirla. Según el sentir de san Lucas, la descendencia davídica interesaba sobre todo a los judíos, pero como Jesús es el Salvador del mundo y no solamente el Mesías de los judíos, ha querido subir más allá de David, quiso remontarse hasta el padre del género humano, hasta Adán, que fue de Dios, no como hijo, sino como su criatura. De esta suerte Jesús es un nuevo punto de partida de la humanidad: la redención es una fecha que responde a la de la creación.

NACIMIENTO DE JESÚS EN BELÉN
(Lc 2, 1-20)

María y José, en adelante inseparables, tuvieron que hacer un viaje a Belén, en donde había de nacer Jesús según lo anunciado por las profecías[17]. A decir verdad, ellas sólo afirman una cosa: que el Mesías había de salir de Belén, que era la ciudad de origen de David. Siendo hijo de David, ya se podía decir que procedía de Belén.

---

[16] Véase cap. V. § 5.º, *Jesús defiende la resurrección*.
[17] Véase más adelante, al hablar de los magos, p. 44ss.

Sin embargo, una profecía de Miqueas se tomaba en un sentido más estricto, y el nacimiento de Jesús en Belén debía tomarse más a la letra.

Una crítica que se precia de perspicaz y elevada presenta la dificultad de que sólo para ver el cumplimiento de una profecía se ha dicho que el nacimiento fue en Belén. Renán ha escrito, sin inmutarse, como si todo el mundo estuviera conforme: «Jesús nació en Nazaret»[18]. Cuanto escribió san Lucas sobre el empadronamiento que obligó a José y a María a ir a Belén, sería una pura ficción.

Se reconoce hoy que dicho relato debió haber enseñado a los eruditos ciertas precisiones que se desprenden poco a poco de textos recientemente descubiertos.

La afirmación de san Lucas es que el emperador Augusto ordenó que se hiciera el empadronamiento en todo el imperio romano, nombre que se daba a toda la tierra habitada. Esta operación catastral fue aplicada a Palestina en tiempo de Herodes, y fue el motivo de ir a Belén José y María. Tuvo algo que ver en ella Quirino, que fue legado en Siria.

Este último punto no está aún completamente dilucidado. Nosotros hemos traducido así: «Este empadronamiento fue anterior a aquel que mandó hacer Quirino siendo gobernador de Siria». Así no hay ninguna dificultad. Es cierto que este gran personaje hizo el empadronamiento de Judea cuando fue incorporada a la provincia romana de Siria por los años 6 - 7 después de Jesucristo, conservando su magistrado propio, que recibía el nombre de procurador. Este empadronamiento, que consagraba el dominio de los señores adoradores de los falsos dioses, dio motivo a una terrible insurrección religiosa. Es célebre en la historia, y para evitar toda confusión, san Lucas habría distinguido el empadronamiento general de este particular de incorporación al imperio.

Otros prefieren admitir que Quirino, que fue dos veces gobernador de Siria, mandó hacer el primer empadronamiento cuando la primera legación; pero es difícil fijar la fecha y aún más hacerla concordar con la que supone san Lucas. De todos modos, hay que reconocer que una dificultad, o más bien una incertidumbre sobre un punto particular, no da derecho a ningún historiador a poner en duda un hecho por otra parte

---

[18] Se atrevió a aducir testigos a los evangelistas, sin hacer caso alguno de los más claros textos.

plausible. Si es cierto que Augusto tuvo cuidado de hacer el censo de su imperio, y si concibió el designio de comprender en él el reino de Herodes, cuya anexión estaba cercana, no es de creerse que lo dejarían de hacer por consideración a un viejo y desconsiderado tirano.

Cómo procedían los romanos en estas descripciones de personas y bienes, aun en las provincias, nos lo enseña maravillosamente un papiro hace poco descubierto. Se hacía por familias, es decir, por tribus, de suerte que se veían obligados, para inscribirse, a ir al lugar de su origen.

Cayo Vibio Máximo, prefecto de Egipto, ordenó que para hacer el censo por casas, los que se habían alejado, fuera cualquiera el motivo, volviesen a sus hogares para llenar las formalidades que el censo requería[19]. Si esto se hacía así ciento tres años después de Jesucristo, con más razón es de creer que se haría cuando las antiguas costumbres no se habían amoldado a los usos del derecho romano.

En Egipto, sólo a los sacerdotes se les exigía que presentasen sus títulos genealógicos debidamente arreglados. Entre los semitas, las familias, aun las de más humilde condición, sentían legítimo orgullo de conocer a sus antepasados. Aun hoy, el emigrante maronita en Jerusalén o en los Estados Unidos sabe muy bien a qué tribu pertenece y a qué pueblo debía volver para inscribirse si esto le fuera exigido.

José, por tanto, como descendiente de David, debía ir a Belén. Que llevase consigo a María, se comprende, por no querer dejarla sola. ¿Y por qué no habían de pensar en permanecer algún tiempo en Belén, habiendo sido avisados de que Jesús sería el restaurador del trono de David?

Así, por un decreto del señor del Imperio que obligaba a salir de su casa a humildes personas, se cumple una profecía. «¿Qué hacéis príncipes del mundo...? Pero Dios tiene designios divinos que vosotros ejecutáis, cuando pensáis en vuestros caminos humanos»[20].

De la mano de la erudición más detallista, podemos saborear tranquilos el encanto de esta narración, que llena de alegría los corazones de los niños y más aún los de las madres. José y María tomaron el camino que va de Nazaret a Jerusalén y de allí a Belén, distancia muy larga dado el estado de María, porque nosotros debemos pensar, a

---

[19] *Papiro de Londres*, III, p. 125.

[20] Bossuet.

menos de seguir a los apócrifos, que para ella no serían pocas las incomodidades. Los romanos aún no habían trazado sus admirables vías de comunicación, y aunque el viaje podía hacerse en carro o aun más cómodamente en literas, era muchísimo lujo para aquella pareja tan pobre. En Belén no encontraron alojamiento en las grandes posadas, a las que hoy llaman *jans,* donde se instalaban personas y bestias, unas al lado de otras, como podían. La oficina del censo, abierta entonces en Belén, atraía a mucha gente. Hallaron, sin embargo, albergue en una de las grutas que sirven para habitación de personas y para cuadra de animales. Tal vez estarían allí muchos días, teniendo José que esperar su turno para la inscripción, cuando María dio a luz a su hijo primogénito. San Lucas, que emplea esta expresión *–primogénito–,* sabía muy bien que ningún cristiano de su tiempo la *interpretaría mal.* Jamás habla de otros hermanos y hermanas de Jesús: nadie ignoraba que este primogénito permaneció único. Preparaba solamente, como escritor previsor, lo que había de decir de la presentación en el Templo referente a los primogénitos. En esta habitación o establo había naturalmente un pesebre en forma de navecilla, donde se echaba el pienso a las bestias de carga, y sirvió de cuna para acostar al niño, que María misma envolvió en pañales. El nacimiento de este fruto divino, como antes su concepción, en nada lesionaron su virginidad: uno y otro se realizaron de una manera inefable, digna, como debemos suponer, de Dios y digna de la Madre que había escogido para su Hijo.

El lugar del tradicional Pesebre, según lo distinguía una antigua tradición[21], estaba un poco al este, en la parte baja del pueblo, y corresponde ahora a la parte más alta de la ciudad actual. Bajando hacia el oriente, pronto hallamos los límites de las tierras cultivadas. Belén era, con más razón que Jerusalén, la reina del desierto. Aun hoy van allá las tribus nómadas a comprar trigo y a vender sus tejidos y sus quesos. Muy cerca de allí estaban los **pastores** guardando sus rebaños. En invierno, a fines de diciembre, fecha que señaló la liturgia, los rebaños de los pueblos probablemente estaban encerrados en los establos para pasar la noche, pero los verdaderos pastores permanecían en el desierto, donde la temperatura era más suave a medida que se baja hacia el mar Muerto. Un grupo de estos nómadas, que no eran de Belén, vela-

[21] *Bethléem,* por los padres Vincent y Abel.

ban aquella noche conversando sin duda para ahuyentar el sueño y guardar su rebaño. De repente se les apareció un ángel y una luz los envolvió. Este resplandor los llenó de espanto: les parecía sobrenatural. El ángel les dice: «No temáis.» Venía a anunciarles la buena nueva. El Evangelio es ante todo un mensaje del cielo a la tierra. La revelación es hecha a Israel y es objeto de un grande regocijo porque en la ciudad de David ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor, a quien se le debe rendir todo homenaje. Ellos deben buscarlo y convencerse de que aquello no es una ilusión: hallarán un niño en un pesebre, no abandonado en su desnudez, según se podía pensar viéndolo en aquella extraña cuna, sino envuelto en pañales.

Y, como si el cielo tomase parte en aquella alegría, un numeroso ejército celestial se apareció también, alabando al Dios de Israel, que quiso ser llamado Iahvé de los ejércitos celestiales, el cual iba a ser reconocido como único Dios del mundo:

Gloria a Dios en las alturas
y paz en la tierra a los hombres que ama el Señor.

Dios recogerá así la gloria, la gloria del perdón concedido a los hombres que quieran con voluntad recta recibir a aquel que ha venido a salvarlos y traerles la paz.

Tal es el Evangelio anunciado a estos hombres sencillos, que habían conservado en su desierto el antiguo ideal de Abrahán, llegado como nómada de Caldea y cobijado en la única tienda en que se conservaba entonces el culto del verdadero Dios. En tanto que los israelitas de las ciudades sólo evitaban el contacto de los gentiles por su aislamiento moral, en lo cual había mucho de orgullo, estos pastores, morigerados, de costumbres estrictamente regladas, habituados a la presencia de Dios a que continuamente les convidaban aquellas soledades, se mostraron dóciles a la voz del cielo. «Vayamos, pues, hasta Belén y veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos ha manifestado». Fueron de prisa, vieron la señal que el Señor les había dado, anunciaron por aquellas cercanías la buena nueva y volvieron a cuidar de sus rebaños.

El eco más fiel de todas estas palabras, la penetración más íntima de todas estas cosas, era el corazón de María donde convergían los designios de Dios.

OBSERVANCIAS LEGALES
(Lc 2, 21-28)

El Salvador prometido y anunciado a Israel, y en Israel nacido, debía presentarse como heredero de la promesa hecha a Abrahán, sancionada por la institución religiosa de la circuncisión. La Ley de Moisés conservó este rito. Los padres de Jesús, su madre y su padre adoptivo, no habiendo recibido ninguna instrucción en contrario, debían observar esta Ley como piadosos israelitas. Jesús, por tanto, fue circuncidado al octavo día, y se le impuso el nombre de Jesús, según indicación del ángel a María y a José[22].

María hubiera podido considerarse exenta de una Ley que obligaba a las madres jóvenes a presentarse en el Templo, para cumplir en él una suerte de **purificación** legal ofreciendo un cordero de un año para holocausto y una tórtola o dos pichones en sacrificio para expiación del pecado. Los pobres podían ofrecer indistintamente dos pichones o dos tórtolas (Lv 12, 6-8). Además, todos los primogénitos, aun de los ganados, pertenecían al Señor (Nm 18, 15). El niño era rescatado por cinco siclos. No había prescripción clara de que debiera ser **presentado en el Templo,** pero, ¿podía una madre piadosa desaprovechar la ocasión de asegurar a su hijo las bendiciones del Altísimo? María y José interpretaron así la Ley del Señor, y si ésta obligaba a consagrarle todo varón, primer fruto del seno de la madre, ¿no había de ser presentado el vástago de David, que debía ser reconocido como Hijo de Dios?

Esta entrada en los pórticos del Templo, aun con un tan modesto equipaje, era algo sublime. Por eso, según la profecía de Malaquías (Ml 3, 1), el Señor iba por primera vez a su Templo. Convenía que allí fuese saludado por un representante de esos hombres llenos del Espíritu de Dios, cuales eran los profetas. Éste se llamaba Simeón. Era justo, lleno de temor de Dios y tenía todo su pensamiento puesto en la redención de Israel. Reposaba en él, dice san Lucas, el Espíritu Santo, anunciando así que la antigua Ley era un preludio en algunos justos de la difusión del Espíritu que sería la característica de la Ley nueva. Le había sido revelado que no moriría sin ver al Mesías del Señor, y como lo guiaba en todas las cosas, lo llevó al Templo al mismo tiempo que a los padres de Jesús.

Los paganos más esclarecidos imaginaban que en los momentos de la muerte, tan pronto como el alma rompe las ligaduras que la te-

[22] San Lucas y san Mateo se completan así.

nían sujeta al cuerpo, adquiere un conocimiento más claro de las cosas divinas. Semejante gracia fue esta vez concedida por el Espíritu Santo. Simeón vio más lejos que Zacarías, cuya mirada se limitó a los horizontes de Israel. Tomando al niño en sus brazos, este heredero de Isaías saluda a Aquel que llevará la salvación a todos los pueblos, siendo la luz de las naciones sin dejar de ser la gloria de Israel. Esta luz, sin embargo, no disipará todas las tinieblas. Según el término legal, desde aquel momento, el primogénito de María quedó santificado a Dios. De este mismo término se valdrá Jesús en la víspera de su Pasión: «Por ello me santifico a mí mismo para que también ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17, 19). Así la consagración al Dios santo se hace por el sacrificio. Los primogénitos de los hombres no son inmolados, y el mismo Jesús es rescatado por cinco siclos el día de su Presentación: la inmolación le espera para más tarde. El anciano Simeón tuvo el presentimiento de esto, que sería como el resultado final de la contradicción y conduciría a Jesús a la muerte, muerte que sería vida para otros muchos. Y porque el niño aparecía dormido en la pasividad de su edad, dirige al corazón de su Madre la saeta dolorosa de su profecía. «He aquí que éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel y para señal de contradicción, y una espada traspasará tu alma». Primer dolor profundo de la Madre, la primera herida antes de ser asociada a la Pasión de su Hijo.

Desde María, hermana de Moisés, habían sido honradas con espíritu profético las mujeres de Israel. Una viuda, llamada Ana, hija de Fanuel, de ochenta y cuatro años de edad, y que después de siete años de matrimonio servía a Dios en el Templo con ayunos y oraciones, se asoció a Simeón para dar gloria a Dios. Anunció a todos los que esperaban la salvación de Israel que el Salvador había nacido.

Así estos ancianos, inclinados sobre este niño, repetían los oráculos y parecían la voz del antiguo Tabernáculo. ¿Se dieron clara cuenta de que Jesús sería en adelante el verdadero Templo donde a Dios le agradaría morar?

ADORACIÓN DE LOS MAGOS. HUIDA A EGIPTO

(Mt 2, 1-18)

Después de haber descrito cómo fue consagrado Jesús al Señor, san Lucas conduce a la Sagrada Familia a Nazaret, de donde habían salido María y José. Dado el laconismo de la narración, los historiadores no

tendrían ningún inconveniente en poner otros hechos entre la presentación en el Templo y su retorno a Nazaret. Así lo sugiere el relato de san Mateo. La verdadera dificultad está en explicar por qué san José, que vivía en Nazaret, llevó a María con Jesús a la villa de Belén después de la ceremonia del Templo. No hay indicio alguno que nos permita resolver positivamente la duda. ¿Sería que san José aprovechó alguna ocasión favorable? ¿No le había llegado aún la vez para inscribirse? ¿Hizo amistad con los que le ofrecieron asilo o con ocasión del censo reanudó las relaciones con algún pariente lejano? En fin, en aquella gruta arreglada para habitación de María y José estarían poco más o menos como estaban en Nazaret. San Mateo supone, pues, sin dar más pormenores[23], que ellos estaban aún en Belén a la llegada de los Magos. Esta visita no pudo realizarse antes de la escena del Templo, aun suponiendo que la estancia en Egipto fuera de algunos días solamente, porque ir a Jerusalén después del degüello de los santos Inocentes sería exponerse a un peligro que José debía evitar, como expresamente lo dice san Mateo.

¿Quiénes eran los Magos? Los antiguos, sobre todo en Occidente, han visto en ellos a sacerdotes de la religión de los persas; con esa palabra se les designaba. Pero también se usaba para señalar a los astrónomos, un poco astrólogos, porque en Oriente, fuera de la gran escuela de Astronomía de Alejandría, apenas se preocupaban de las estrellas, y menos de los planetas, como no fuera para adivinar el destino de los niños nacidos bajo tal o cual influencia. Este mal nombre de magos astrólogos, tal vez fue lo que hizo creer que los magos del Evangelio eran sacerdotes persas. Pero Persia no está precisamente al Oriente de Palestina, y los Santos Padres originarios de Tierra Santa, como san Justino, del siglo II, y san Epifanio, del IV, hacen venir a los magos precisamente del este, es decir, de los países situados al otro lado del mar Muerto, que formaban parte de Arabia. Así lo indica también la naturaleza de los presentes. Estos mismos presentes hicieron creer a Tertuliano que los magos eran reyes, porque el salmo 71 anunciaba que reyes de Arabia y de Sabá llevarían dones al Mesías. La tradición popular ha añadido un espléndido equipaje y ha dado el nombre de Melchor al representante de los semitas; de Gaspar, al resto de la raza blanca, y de Baltasar, al de los negros.

---

[23] Es su modo de exponer los hechos sin darlos a conocer en sus particularidades.

Nosotros debemos representárnoslos sencillamente como hombres graves dedicados al estudio de los cielos, deseosos de leer en ellos el porvenir y especialmente preocupados de la venida de un gran rey, esperado por los judíos de aquel tiempo. Eran por aquel entonces numerosísimos los judíos de Arabia, y no ocultaban sus esperanzas, especialmente acaso aquella profecía de Balaam, el profeta del país de Moab, que anunciaba que una estrella nacería en Jacob y un cetro se levantaría en Israel (Nm 24, 17).

Desde los días del vidente contemporáneo de Moisés se conservaban latentes las vagas esperanzas de una grandeza real, esperanzas que también se habían difundido por todo el mundo antiguo. La salida de un astro y el advenimiento de un rey estaban asociados en la opinión pública: la primera era pronóstico del segundo. Así, cuando los Magos vieron salir por Oriente un nuevo astro, probablemente un cometa, todo el mundo daba por seguro que era presagio de un rey glorioso[24]. Pensaron ellos en el futuro rey de los judíos, del cual éstos decían cosas maravillosas. Pensando, pues, en que había nacido, fueron a Jerusalén, la ciudad santa del judaísmo. Ignorantes de las circunstancias, especialmente de los celos feroces de Herodes, aun para con sus propios hijos, manifestaron con toda ingenuidad su intención de rendir homenaje al recién nacido, con sólo que les dijese el lugar de su nacimiento. Creyeron, sin duda, que nadie lo ignoraba en su propia tierra. Sucedió al contrario y hubo asombro general con el revuelo consiguiente a toda noticia extraordinaria. La policía de Herodes previno al viejo tirano, para que no tuviese en poco la hipótesis de semejante competidor. No acostumbraba a consultar al Sanedrín, cuyas atribuciones había reducido a ocuparse sólo de hacer justicia, algo así como era el parlamento de París en el reinado de Luis XIV. Esta vez, sin embargo, reunió en asamblea a cuantos podían darle luces respecto a profecías, a sacerdotes y a doctores, y les rogó que le dijesen, a él el primero, dónde había de nacer el Mesías, cuya sola imagen le inquietaba.

Los Maestros de Israel pensaron no comprometer su honor con un problema mal resuelto aún. Estaban concordes todos en que sería de la familia de David, pero muchos creían poder afirmar que su origen terreno sería misterioso, viviría al principio oculto, y al aparecer en público, sería súbitamente y con gran aparato presentado por el profe-

---

[24] Justino, *Hist.*, XXXVII, 2. V. Servio, estudio sobre la *Eneida*, X, 272.

ta Elías vuelto a la tierra para darle la investidura de Mesías, es decir, de ungido del Señor, derramando sobre su cabeza el óleo real[25]. Este hijo de David debería tener del jefe de su raza lazos de parentesco en Belén, pero no era igualmente seguro que hubiera de nacer allí. Había, no obstante, un texto de Miqueas, bastante preciso, y los doctores no dudaron en citarlo. El hebreo decía:

«Mas tú, Belén de Efratá,
pequeña en cuanto a tu clase, entre las casas de Judá,
de ti me saldrá (un príncipe) que sea soberano en Israel,
y sus orígenes son desde la edad antigua, desde los días remotos.
Él los dejará, pues, hasta el tiempo
en que aquella que lo deba parir lo haya parido» (Mi 5, 16).

Se habían fijado en la única profecía que sobre este asunto hay en la Biblia. San Mateo, al resumir el texto, da a entender que en adelante Belén no sería tan pequeña.

Herodes quedó satisfecho con esta respuesta, porque, ¿quién podía hacerle sombra en Belén entre los hombres que estaban en edad de reinar? Sin embargo, tuvo curiosidad en saber de los Magos el tiempo preciso de la aparición del astro: su héroe tenía indudablemente que contarse entre los niños. Todo esto le pareció bastante quimérico. De haber dado alguna importancia a las conjeturas de aquellos extranjeros, hubiese enviado en su seguimiento algunos de a caballo que a las dos o tres horas le habrían informado de lo que había. Se aquietó confiado en la política que había seguido. Allí estaban sus hijos, los que se habían librado de sus iras, prontos para sucederle en el reino: Arquelao, Antipas y Filipo.

Acaso Augusto pensaba agregar la Palestina al Imperio, pero si permanecía un rey, sería, según el sentir de Herodes, un príncipe de su casa. Tomar en serio la astrología y la profecía aquella le pareció indigno de un político de altura como era él. Con tono bonachón, en que se entreveía burlona ironía, dijo a los Magos: «Id y preguntad con diligencia por el niño y después que lo hallareis, hacédmelo saber, para que vaya yo también y le adore». Los que le conocían bien, se darían a pensar que, no obstante aquellas manifestaciones, aquellas bromas acabarían en sangre.

---

[25] *Le Messianisme*, p. 221s.

Partieron los Magos. Pasadas dos horas, estaban en Belén, y grande fue su alegría cuando la estrella que habían visto en el Oriente se les mostró en dirección al sur[26] y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño. El cometa, si es que era cometa, hacía el oficio de guía, y san Mateo le atribuye, con términos apropiados, orientación para realizar su destino providencial. No hay por qué no sobreentender lo que el texto no dice: lo mismo que los pastores, aunque esclarecidos por los ángeles, hubieron de preguntar para cerciorarse de la señal que se les diera, los Magos se informarían, sin duda, para hallar el lugar donde estaba el recién nacido[27]. Entrando en el establo que hacía de casa, mirando los Magos al niño con María y postrándose en su presencia y abriendo sus alforjas de viaje, ofrecieron sus presentes, de que venían provistos para el pequeño rey: oro, incienso y resina perfumada, que se llama mirra. Más tarde se vieron en ellos símbolos: el incienso está reservado a Dios, el oro al rey y la mirra fue empleada en la sepultura de Cristo. Los buenos Magos llevaron lo que los extranjeros iban a buscar con preferencia a su tierra. El instinto de sus corazones hizo que escogiesen lo que sería expresivo y afectuoso símbolo.

No quiso Dios que fuesen víctimas de su sencillez, y así les avisó en sueños que el retorno a sus casas lo hicieran por otro camino. Es muy creíble que si su venida la hicieron por el camino ordinario de Jericó, a su vuelta lo hicieran por senderos al sur del mar Muerto. Quien estaba en mayor peligro era el Niño, cuya hora de sufrir y de manifestarse haciendo milagros aún no había llegado. Un ángel del Señor previno, pues, a José, como siempre, en su sueño, y le ordenó que huyese a Egipto con el Niño y su madre, porque Herodes lo buscaría para matarlo.

José obedeció prontamente. Los cristianos egipcios estaban orgullosos de esta visita, y son muchos los lugares que se disputan el honor de haber recibido a la Sagrada Familia. María, dormida entre los brazos de la Esfinge con el niño en su regazo, y José, vigilante atento a

---

[26] Es exactamente lo que ha sucedido en Jerusalén el 10 de enero de 1910, cuando el cometa Halley pasó de este a oeste. Todos pudieron observar el fenómeno de su claridad, que fue haciéndose difusa y pasó al Occidente, donde se hizo luminosa después de algunos días. Muchos paisanos durmieron fuera de sus casas, temiendo morir aplastados. Este cometa pasó por su perihelio el 9 de octubre, 12 antes de Jesucristo.

[27] Se puede suponer, si se prefiere, que el astro esclarecía el lugar como si fuera un proyector de luz.

todos los ruidos del desierto, es una imagen muy del agrado de la piedad actual. Ninguna de estas tradiciones merece ser tenida en cuenta, pues bastaba a san José traspasar por el sur las fronteras de Judea para encontrarse ya seguro en Egipto. Fue esto bastante para que san Mateo viese en esta huida y en esta estancia, seguida de su vuelta a Judea, una semejanza entre Jesús Hijo de Dios e Israel su hijo adoptivo, que el Señor había vuelto de Egipto como largamente lo cuenta Moisés y lo recuerda el profeta Oseas. «De Egipto he llamado a mi hijo» (Os 11, 1).

¿Qué pensaría **Herodes** de los Magos? Le avisaron que no habían vuelto: se informó y supo que, contrariando sus órdenes, habían desaparecido. ¡Unos infelices miracielos se habían reído de él! Se dejó arrebatar de uno de esos furores que han hecho su nombre execrable y que hicieron decir a Augusto que prefería ser puerco de Herodes que hijo suyo[28], pues no comía carne de puerco, pero mataba a sus propios hijos. Su testamento contenía cláusulas bárbaras; así habría quien llorara en su muerte[29].

No es raro ver que a la incredulidad siga un terror supersticioso. El asesinato de una veintena de niños era bien poca cosa si con él se aseguraba la tranquilidad de su trono contra una tentativa descarada. Ya que no podía alcanzar a los Magos, se vengó en los competidores por ellos designados, hizo **degollar a los niños recién nacidos** en Belén, en la aldea y en sus cercanías. Para asegurar el éxito mató a todos los niños de menos de dos años.

Incidente sin consecuencias para Herodes el Grande, que sintiéndose herido de muerte se disponía a buscar remedio a sus intolerables sufrimientos en las caldas de Callirrhoe, a orillas del mar Muerto. ¡Y el dolor de las madres! San Mateo vio en él un verdadero duelo nacional, que le recordó las lamentaciones y gemidos por la deportación de las gentes de Efraín. Efraín descendía de Raquel por José y les parecía haber oído a la madre de la tribu, a la misma Raquel, llorando sobre sus hijos y rehusando ser consolada porque ya no existían (Jr 31, 15).

La comparación se imponía con toda viveza, porque si Raquel era la madre de Efraín, la tradición señalaba su sepulcro cerca de Belén. Por eso, ella tenía en la morada de los muertos, con los otros patriarcas, entrañas maternales para estas inocentes víctimas. La Iglesia sien-

---

[28] Juego de palabras: en griego *hys*, puerco y *hyios*, hijo (en Macrobio, *Saturn.*, II, LV, 11).

[29] Josefo, *Ant.*, XVIII, VI, 5.

te las angustias de Raquel y se asocia al duelo de las madres. En la liturgia de los santos Inocentes suprime el aleluya y se viste de morado (*). Es un último y perpetuo recuerdo del llanto de Jeremías.

LA VUELTA A NAZARET

(Mt 2, 19-23; Lc 2, 39)

Murió Herodes, según el testimonio del historiador Josefo, algunos días antes de la Pascua del año 4 antes de Jesucristo, que era el 750 de Roma. Erróneamente fijó el monje Dionisio el Exiguo, del siglo VI, la fecha del nacimiento de Jesús en el año 754 de Roma, puesto que había nacido antes de la muerte de Herodes. Según la fecha señalada por san Lucas, para los comienzos de la predicación del Bautista, Cristo no debió nacer antes del año 750 de Roma, por consiguiente, algunas semanas o algunos meses antes de la muerte de Herodes. Así la estancia en Egipto sería de corta duración, porque tan pronto como murió Herodes, fue avisado José en sueños por un ángel para que volviese al país de Israel. Herodes, en un principio, había designado a Antipas sucesor suyo, pero pocos días antes de su muerte dio la Judea y la Samaria a su otro hijo Arquelao, con el título de rey: la Galilea y la Perea las dio a Antipas, con el título de tetrarca. Augusto aprobó estas disposiciones, no dejando a Arquelao más que el título de etnarca o jefe de la nación. Arquelao, en los comienzos tuvo que sofocar una guerra civil y se portó como tirano: Augusto le quitó el poder diez años más tarde. El recuerdo del degüello ordenado por Herodes no permitía volver aún a Belén. José se dirigió a Galilea, donde Antipas gobernaba con más dulzura. Además, era de Nazaret, de donde había salido para Belén. Esto bastaría para explicar su vuelta según el modo de narrar de san Lucas, que sigue el hilo de la historia. San Mateo, que escribía para los cristianos de origen judío, les invita a reconocer en el curso normal de los acontecimientos una intención providencial. Domiciliado en Nazaret, Jesús debía llevar el nombre que se daba a los de aquel pueblo. El lugar era poco conocido; sus moradores sin nombradía, de poco talento y tenidos como gente de poco valer; el nombre

(*) Así era en tiempos del P. Lagrange. En la liturgia actual sigue dominando el color blanco de la alegría de la Navidad del Señor, no el color morado ni la supresión del aleluya. (N. del E.)

de nazoreno[30], que se tenía como sinónimo de habitante de Nazaret, era casi una injuria. Pero ¿no habían vaticinado los profetas que el siervo de Yahvé sería desconocido y despreciado?

Este último rasgo completa admirablemente la fisonomía especial del Evangelio de la infancia de Jesús según san Mateo, tan diferente de la reflejada por san Lucas. A primera vista parece que se trata de dos personajes distintos, tal divergencia hay; pero se nota después una concordancia manifiesta en los puntos esenciales: la concepción sobrenatural de Jesús, el matrimonio de María y José, José aceptando considerar al niño como si fuera suyo, puesto que lo hace inscribir como descendiente de David, el nacimiento en Belén y su domicilio en Nazaret. Esta conformidad no puede provenir de una dependencia, pues, de ser así, el tercer evangelista no hubiera afrontado el desacuerdo, y de haberlo hecho, hubiera dado las razones que para ello tenía. Es manifiesto que cada cual sigue su camino, según el designio propuesto, apoyándose en los hechos conocidos.

Hay un punto donde se ve uno tentado a descubrir una contradicción, y es que san Mateo parece creer a José domiciliado en Belén y deseoso de volver allí, en tanto que san Lucas señala claramente el lugar del nacimiento en Belén, como resultado de un viaje hecho por circunstancias particulares. El arte de escribir de san Lucas es el de todo historiador cuidadoso de explicar los hechos de un modo plausible. Los descubrimientos de la ciencia han corroborado lo dicho por él. San Mateo no se cuida tanto de los hechos humanos, que son la trama de la vida: se mueve en el campo del derecho. Es un hecho que Jesús nació en Belén y era allí, en efecto, en donde debía nacer el Mesías. Es otro hecho que Jesús se crió en Nazaret, y se podría pensar que fue así, porque esto había sido señalado en la Escritura. Este modo de ver las cosas lo hace aparecer, a los ojos de los críticos, como un escritor que inventaba los hechos para justificar una profecía. Pero en estos dos casos, que nosotros podemos comprobar, se ve lo contrario: su teoría, injertada en un hecho. Las aproximaciones no suponen coincidencia absoluta entre la profecía y el hecho: si el hecho fuera deducido de la profecía, un autor poco escrupuloso se las arreglaría muy bien para que su argumento fuese más concluyente. No puede decirse que san Mateo haya acudido a cualquier medio para probar que una profecía se había cumplido en los hechos que él mismo inventara.

---

[30] Para la distinción entre Nazoreno y Nazareno se puede ver *Revue Biblique*, 1927, p. 498 s.

JESÚS, EN LA CASA DE SU PADRE
(Lc 2, 40-52)

Jesús volvió a Nazaret con María, bajo la tutela prudente de José. Hasta aquí, san Lucas jamás pierde de vista esta doble realidad: Jesús es verdadero Hijo de Dios, y, por tanto, Dios como su Padre, pero es también hijo de los hombres que en todo aparece como niño. Como artista delicado que era, nos enseña aquí en un hecho, cómo la ley de la primera infancia es también la de la adolescencia de Jesús. El niño crecía en Nazaret. A su crecimiento físico correspondía su desarrollo intelectual con una plenitud que le era propia, y Dios lo miraba con mayor complacencia (Lc 2, 40 y 52). Era la parte de la humanidad. La inteligencia de esta humanidad, según la única doctrina segura de la Teología, había sido desde el primer instante esclarecida con la visión clara de Dios, tal como está prometida a los elegidos y en su más alto grado. Pero del mismo modo que la naturaleza humana ejercía libremente todos sus actos, a pesar de su unión con una persona divina, así la inteligencia no era impedida por el don de la visión, de la facultad de adquirir conocimientos como hacen los que crecen y se hacen hombres. San Lucas dice clarísimamente, y, de no tener en cuenta esto, el Evangelio sería ininteligible o se presentaría a nuestros ojos como una perpetua ilusión.

Igualmente ha querido dar a entender que Jesús, cuando contaba doce años, tenía clara conciencia de su origen divino; conciencia que los evangelistas no atribuyeron a una revelación o a un progreso, sino que era preciso atribuirlo a la visión inmediata originaria, que era la única que podía de suyo hacer penetrar a su inteligencia en la distinción del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en el seno de la inefable Trinidad.

En Nazaret estaban bastante cercanos a Jerusalén[31], para tomar parte en las grandes peregrinaciones, sobre todo en la de la fiesta de la Pascua. Las mujeres y los niños no estaban obligados a ir. Tal vez Jesús no había sido llevado por María y José hasta los doce años. Terminada la santa octava, los peregrinos volvieron a tomar el camino del Norte. Un niño de doce años sabe viajar solo, sobre todo en Oriente. Los padres de Jesús no extrañaron que los hubiera dejado a la hora de regresar, para ir con los parientes o con los niños de su edad. El viaje

[31] 141 kilómetros por la ruta actual.

se hacía ordinariamente en cuatro etapas: la primera era la más corta, de tres horas aproximadamente, y bastaba para hacerla, salir después del mediodía.

Llegada la tarde[32], se dieron cuenta de que el niño no iba en la caravana, entre los parientes y conocidos.

Inquietos, como pueden imaginar las madres, María y José se volvieron a Jerusalén a buscar a su niño. Pasó todo aquel día sin hallar indicio alguno, y así estuvieron hasta el tercer día, que lo encontraron en el Templo. Se había formado un grupo de doctores que, como siempre, discutían, y sus discípulos se apretaban, ávidos de recoger las perlas de sabiduría sagrada. Los niños podían escuchar, y entre ellos estaba Jesús, proponiendo de paso algunas cuestiones a los maestros. Éstos, como de ordinario hacían, y aun hacen hoy, preguntaban a su vez al niño sobre las razones en que se fundaba su propuesta, aunque no fuese más que por saber si merecía contestación. Pero las respuestas de Jesús manifestaban viva inteligencia: todos estaban maravillados.

La escena es tan sencilla como encantadora, mucho más plausible que lo que el historiador Josefo cuenta de sí mismo. «Siendo casi niño, cuando apenas contaba catorce años, todos alababan mi aplicación al estudio. Los príncipes de los sacerdotes y los principales de la ciudad se juntaban siempre y venían a mí para que los informase con más exactitud sobre puntos de la Ley»[33]. Esto es sencillamente grotesco. San Lucas no dice tanto del Hijo de Dios.

Sin embargo, la aprobación de los doctores hubiera servido para enorgullecer a los padres, y sobre todo hubiera dado ocasión de dulce complacencia a una madre; pero María estaba sumida en su dolor y sobrecogida de sorpresa. Delante de este areópago reivindica sus derechos: «¡Hijo! ¿Por qué hiciste esto con nosotros? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados». El niño, cuyas respuestas eran admiradas, contestó entonces lo que los escribas no pudieron comprender. «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo estar cerca de mi Padre, es decir, en su casa?» San Lucas añade que sus mismos padres no comprendieron estas palabras. Les daba Jesús un sentido muy profundo. Un joven israelita muy piadoso hubiera llamado al Templo la casa de Dios de Israel, nuestro Padre, y todos le hubieran entendido.

---

[32] Tal vez en el pueblo, llamado *el Bireh*, al norte de la antigua Masfa, o en la misma Masfa.

[33] *Vita*, 2.

Pero, según el pensamiento de san Lucas, Jesús hablaba ya de su Padre, de un modo particular, hablaba de Él como hijo único. Alboreaba ya el Evangelio. María, que conocía muy bien el origen de Jesús, podía buscar la causa de por qué había hecho aquella herida a su corazón...

Fue esto una luz fugitiva de relámpago para los doctores, benévolos con este niño precoz y tan duros más tarde con el joven Maestro que, según el pensar de ellos, intentaba ser su rival. Aquella sombra de tristeza de José y María muy pronto la deshizo el contento de haberlo encontrado. Jesús volvió con ellos a Nazaret, «y les estaba sujeto». Lo estuvo así muchos años, cumpliendo a su lado la más dulce y alta obra, la santificación de María y de José. También Él recibió mucho de ellos: misterio que en nuestra pequeñez no podemos comprender.

JESÚS, EN NAZARET

Habían pasado cerca de treinta años desde su nacimiento cuando Juan, hijo de Zacarías, y Jesús, hijo de María, se hallaron uno en presencia del otro. ¿Cómo se desarrolló su espíritu? ¿Cuáles fueron sus primeras impresiones, y qué influencias modificaron más sus almas? Los evangelistas no lo dicen, y esta laguna es tal vez la que hace más difícil una *Vida de Jesús*. ¿Habría quien comprendiese el genio de Racine si ignorase su estancia en Port-Royal, la melancolía de Chateaubriand sin las *Memorias de Ultratumba* y el granito tornasolado de Renán sin los *Recursos de juventud*? Verdad es que en la vida de Jesús los elementos de formación intelectual y moral no son indispensables, porque la luz y la vida que en sí mismo tenía bastaban para ello. No obstante, Él quiso ser hombre como nosotros; sus contemporáneos ignoraban su origen divino, y cuando en medio de ellos obraba según las disposiciones adquiridas, quisiéramos saber los indicios que podían tener de la educación que había recibido.

Buscar algo fuera de los Evangelios, de la vida oculta, es tiempo perdido y nos perderíamos en vanas conjeturas. Aprovechemos cuando menos una doble información dada por san Lucas. Hemos visto a Juan creciendo en el desierto, de donde deduciremos que casi se formó a sí mismo, bajo la mirada de Dios. Más tarde aparecerá como asceta, como profeta, con el espíritu y el vestido de Elías.

Jesús no se ha formado en el desierto, ha permanecido siempre al lado de su familia y vivido en su pueblo. Particularidad preciosísima:

cuando va a Jerusalén, se detiene en la escuela de los doctores, le gusta escucharlos aprovechando la fugitiva ocasión que se le presenta, y esto le permite oír de cerca a los más célebres maestros. Acostumbrado, pues, a asistir a las escuelas de Nazaret, estaba verdaderamente instruido en la explicación de la Ley y de los profetas. Claramente se ve esto en su carrera, y es una mala salida la de sus enemigos (Jn 7, 15) querer desconocerlo. Significa solamente que Jesús entendía de un modo distinto las cosas que había aprendido tan bien como ellos, con la ciencia adquirida a que ahora nos referimos. En su actitud, en su vida tan semejante a la de todos, es decir, a la de los hombres de su condición, excepto en su evidente santidad, tiene más aspecto de un maestro de las Escrituras que de un profeta al estilo de Elías.

Hablaba la lengua del país, que era el arameo, pero, llegado el caso, se expresaba también en griego y en hebreo.

Es verdad que ejerció un oficio manual: era carpintero, en el sentido más amplio de la palabra, y algunas veces tal vez trabajó en construcciones: esto mismo hicieron algunos rabinos célebres. Tenían a honra ganar su vida, para no verse obligados a pedir que les pagaran sus lecciones de ciencia divina.

En Nazaret vivía rodeado de gentes dedicadas al cultivo y a las viñas, y más tarde irá con sus discípulos a la pesca en el Lago, pero dejará la dirección a Pedro y a los otros discípulos más acostumbrados que Él a estas faenas. De todos tomará las costumbres e imágenes, para sus parábolas, que nadie *dirá como Él.*

Si estuviese permitido afinar en el análisis de su desarrollo humano se diría que hubo en Él, como en otros, algo de la influencia de su Madre: su gracia, su finura exquisita, su dulzura indulgente, le pertenecen. En eso precisamente se distinguen aquellos que han sentido muchas veces su corazón como templado por la ternura maternal; en su espíritu aguzado por la conversación con la mujer venerada y tiernamente amada, que tanto se complacía en iniciarlos en los matices más delicados de la vida.

Si José enseñó a su hijo adoptivo el arte de acepillar tablas, ¿no se ofreció a Jesús como modelo acabado de obrero honrado y digno del más piadoso israelita?

Oiremos aquí por última vez hablar de José en el Evangelio. No debía tomar parte en la predicación, siendo el gran silencioso y contemplativo del misterio. Había muerto cuando comenzó a anunciar el reino de Dios Aquel a quien los de Nazaret llamaban «el hijo de María».

CAPÍTULO SEGUNDO

JUAN EL BAUTISTA Y JESÚS

TIEMPOS DE SALVACIÓN

Después de largos años pasados en la oscuridad de Nazaret, va a comenzar Jesús su ministerio en Israel. Pudiera creerse que era un nuevo empezar del Evangelio, y, en efecto, según san Marcos, es «El principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios». Hemos visto que para los soberanos de Oriente deificados había dos epifanías: la del nacimiento, a causa de su origen divino, y la de su toma de posesión del poder soberano. Jesús no será Rey de la gloria hasta el día de su resurrección, pero desde el principio de su vida pública debía ser de alguna manera entronizado por su Padre, lo que e realizó en su bautismo.

Además, la dignidad de Hijo de Dios exigía un precursor que preparase sus caminos. Vemos cómo aquí se renuevan los designios de Dios, que había hecho encontradizos al hijo de Zacarías y al hijo de María. No son esta vez los ángeles los que van a visitar a las almas excelsas, acostumbradas a vivir en comunicación con el Altísimo, es una voz poderosa, que va a resonar y conmover todo el país de Israel.

La tierra de Israel, donde Jesús y Juan han nacido, no estaba, como ya sabemos, bajo el dominio de un solo príncipe. Judea había sido incorporada al imperio romano, heredero de todas las antiguas civilizaciones.

Roma, sucesora de los grandes imperios de Oriente, había establecido sobre las más diversas razas su más estable dominio. Los hombres de entonces o, más bien, la flor y nata que los gobernaba, podían creer que habían llegado a la cumbre, desde donde la civilización, penosamente adquirida, podía lucir con todo esplendor. La ciudad sentada sobre las siete colinas, con su Capitolio, su Foro y su Palatino, hubiera sido la más hermosa cosa del mundo si Atenas no hubiera

monopolizado el arte y la belleza. La violencia de las armas se rendía ante la autoridad más alta de la inteligencia. Lo que se llamaba «tierra habitada», el mundo en adelante organizado, estaba animado por el mismo espíritu. Nadie pensaba sustraerse a esta fuerza que la razón dirigía, a la manera que lo está el Universo.

Nadie, excepto los judíos. Ridículo hubiera parecido hacer un paralelo entre Atenas, Roma o Alejandría, mirando hacia el mar, como para enviar lejos sus órdenes o sus ideas, con una ciudad mediocre edificada sobre las altas colinas de la Judea, pero aislada, mirando hacia el desierto, más bien que hacia las playas. Esta ciudad, sin embargo, tenía también su grandeza, tenía su historia, el convencimiento de estar más instruida que Atenas en los grandes, los únicos grandes problemas, los problemas del destino del hombre, del origen del mundo y de sus relaciones con Dios. La victoria de las armas romanas no le infundía temor, y el encanto divino de Homero sólo le inspiraba desprecio. Sabía que las estatuas modeladas por Fidias, llenas de austera majestad, eran tan condenables como las sensuales Afroditas de Praxiteles, ya que ellas no tenían derecho a los homenajes de los hombres, únicas imágenes fieles de Dios. Estaba segura, con ciencia cierta, con la ciencia misma de Dios que le revelara su secreto, que toda aquella gloria mundana era frágil, y precisamente porque el mal triunfante era el desorden llevado al colmo, ella estaba segura de que el reino de Dios iba a manifestarse. Pero nadie aún había tomado la palabra en su nombre para continuar la interrumpida serie de reproches, de amenazas, de juicios terribles suspendidos sobre las cabezas, y, en fin, de lejanas esperanzas, cuando pasada la tempestad, el cielo apareciese de color de zafiro. El yugo del extranjero era pesado, pero el honor de Dios violado era una afrenta más intolerable que la insolencia de los agentes del fisco. ¿Duraría siempre la paciencia de Dios? ¿Qué esperaba ya? ¡Entonces fue cuando la voz de Juan, el hijo de Zacarías, se oyó en el desierto!

MISIÓN DE JUAN BAUTISTA Y SU PREDICACIÓN
(Lc 3, 1-18; Mc 1, 8; Mt 3, 1-12)

«En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconitide, y Lisanias

tetrarca de Abilene, bajo el gran sacerdote Anás y [bajo el gran sacerdote] Caifás, la palabra de Dios fue dirigida a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto» (Lc 3, 1-2).

¡Singular unión esta que pone en el mismo plano a Tiberio, emperador, omnipotente, y a Lisanias, principillo ignorado! Para comprenderlo es necesario ir a donde el evangelista nos lleva, al desierto, cerca de las **riberas del Jordán.** El valle en esta parte se ensancha, formando una especie de circo, pero está dominado de ambos lados por altas colinas. Es el único punto del globo que está aproximadamente 350 metros bajo el nivel del mar. Por el norte, el horizonte está cerrado por la *Montaña del Viejo,* el *Djébel-ech-cheikh,* el antiguo Hermón, cuyas nieves brillan en invierno y en primavera. Se diría que no hay nada detrás de esta montaña del Septentrión, donde los semitas ponían la morada de la corte divina. Al sur está el mar Muerto exhalando olores de betún y azufre en sus orillas. Con frecuencia aparece velado por una neblina, que se espesa hacia el mediodía, como si fueran jirones de la nube que derramó la destrucción sobre Sodoma y Gomorra. El Jordán no es, como otros ríos, un límite; es más bien un punto de unión, tanto para los habitantes de las dos riberas como para las aguas que descienden de sus colinas. Las dos riberas fueron dadas a Israel. Y he ahí por qué, después de nombrar al señor del mundo romano, cuyos años de imperio suministraba una fecha oficial que se imponía a todos, san Lucas enumera estos pequeños estados del país de uno y otro lado del Jordán, cuyo centro de gravedad era Jerusalén, situado en la ribera occidental.

Allí se halla Judea, reino propio de David, donde la vida religiosa y nacional volvió a resurgir después de la cautividad de Babilonia; de suerte que los israelitas se convirtieron en habitantes de Judea o, como nosotros los llamamos, judíos. Verdadero lugar del espíritu de toda la raza, es también el más vigilado, y Roma quiso que estuviese bajo su inmediata tutela, administrado por el romano Poncio Pilato. Al norte, la Galilea, a la que le habían anexionado una parte del otro lado del Jordán, la Perea, estaba bajo el cetro de Herodes, conservando una aparente independencia. El nombre de rey le hubiese venido demasiado grande a tan pequeño príncipe. Era tetrarca, es decir, estaba al frente de la cuarta parte del país, sin que se preocupase de saber si este término corriente resultaba en verdad de una división en cuatro partes. De hecho, no hallamos más que otros dos tetrarcas: a Filipo, que gobernaba frente a Herodes, al nordeste, del otro lado del Jordán, y a Lisanias,

cuyo pequeño estado cierra la perspectiva de la dominación de Israel por el norte.

Pero fuera y por encima de estos príncipes temporales, san Lucas quiso nombrar al Sumo Sacerdote, único lazo que unía aún a los descendientes de Israel. Este Sumo Sacerdote era Caifás, elevado por el favor del procurador romano, Valerio Grato. El respeto debido al sucesor de Aarón alcanzaba aún a Anás, Sumo Sacerdote depuesto, que el mismo Caifás, su yerno, estaba obligado a reverenciar.

No hay ningún dato político que no esté sólidamente fundado en los documentos históricos y se podría decir sobre el terreno. Si la erudición contemporánea ha querido levantar un caramillo a san Lucas sobre el nombre de Lisanias, dos inscripciones descubiertas en la región de Abil, antigua Abilene, le han dado la razón[1].

Aunque esta misma ciencia no esté de acuerdo en el cómputo de los años de Tiberio, puede juzgarse razonablemente que su decimoquinto año había comenzado el 1 de octubre del año 27 de la era cristiana. Fue, sin duda, poco después de esta fecha cuando Juan apareció predicando en toda la región del Jordán. «Andaba vestido de pieles de camello y con un cinto de cuero alrededor de los lomos, y comía langostas y miel silvestre» (Mc 1, 6).

El romano, envuelto en su toga, reconocía al filósofo discípulo la visión del más ardiente profeta. En otro tiempo, los enviados del rey Ococías habían dicho a su señor: «Hemos encontrado a un hombre en nuestro camino, era velludo y un cinto de cuero ceñía su cintura (2R 1, 8). Y dijo el rey: «Es Elías, el Tesbita». Este aparato exterior, por mucho tiempo respetado, había caído en desprecio, a causa del descrédito que sobre sí habían atraído tantos falsos profetas. Cubrirse con manto de pieles era exponerse al sarcasmo: era aparecer como impostor. En otro tiempo había dicho Zacarías: «Y será que, cuando alguno profetizare, le dirán su padre y su madre: no vivirás porque has hablado mentira en nombre de Yahvé; ... y acaecerá en aquel tiempo que todos los profetas se avergonzarán de su visión cuando profetizaren: ni nunca más se vestirán de manto velloso para mentir» (Za, 13, 3-4).

La profecía estaba muerta, y los falsos profetas cesaron de revestirse con su oropel mentiroso. Sólo después de largo silencio, en tiempos de elegancia y urbanidad, cerca de Jericó, la ciudad dada por

[1] *Revue Biblique*, 1912, p. 533 ss.

Antonio a Cleopatra por la belleza de sus aromáticos jardines, reedificada por Herodes para estación invernal en los confines de la suntuosidad y el desierto, se levanta Juan, nuevo Elías por *sus hábitos* y no menos audaz por la libertad de sus invectivas. Tan potente era su voz, que el desierto se conmovió, y sus rumores se extendieron hasta las ciudades de la tierra alta. ¿Será la hora de Dios? Se sabía, desde la profecía de Amós, que «el Señor no hará nada sin que revele sus secretos a sus siervos los profetas. Bramando el león, ¿quién no temerá? Hablando el Señor Yahvé, ¿quién no profetizará?» (Am 3, 7-8). En efecto, decía Juan: «¡**Haced penitencia** porque el reino de Dios está cerca!» (Mt, 3, 2).

En otro tiempo, cuando de los labios de un profeta brotaba la llamada a penitencia, el pueblo se recogía: la nación entera había pecado, ya adorando los dioses extranjeros, ya asociando prácticas impuras al culto del Dios santísimo: se derruían los altares consagrados a Baal, se quemaban los árboles de Astarté y se limpiaba el santuario. Yahvé perdonaba y el pueblo quedaba libre.

Los tiempos habían cambiado. El mundo, antes de los sucesores de Alejandro, jamás había presenciado el extraño espectáculo de un pueblo que rehusaba postrarse ante los dioses del vencedor. Los Macabeos habían hecho esto y habían arrojado al muladar los dioses de Grecia. Por eso Dios les había dado la independencia frente al extranjero y el poder sobre sus hermanos. Después de la nueva dedicación del Templo, continuaba el culto según las ceremonias sagradas: cada día los sacerdotes hacían el sacrificio, y las solemnidades se celebraban con la pompa prescrita. La nación nada tenía que reprocharse, ¿por qué entonces este llamamiento a la penitencia?

Lo comprendían, sin embargo, las almas escogidas, porque la religión había llegado a ser, si no más interior, al menos más individual. Cada uno se sentía responsable delante de Dios, y era la superioridad manifiesta de la religión de Israel, su intransigencia moral, que ni el oro ni el poder habían logrado doblegar. Era ésta la tradición de los antiguos profetas, menos cuidadosos de atraer al Templo rebaños de víctimas que de excitar en el corazón de los israelitas sentimientos de compunción y de temor filial y más aún, tal vez, porque era el punto difícil, moverlos al amor a sus prójimos.

«¿No sabéis cuál es el ayuno que yo quiero?
Dice el Señor Iahvé:

que partas tu pan con el hambriento,
y a los pobres sin albergue recojas en tu casa;
que cuando vieres al desnudo lo cubras
y no te escondas de tu carne.
Entonces nacerá tu luz como el alba»
(Is 58, 6-8).

La conciencia de muchos israelitas estaba bastante despierta para que fueran insensibles a tales acentos, y los que se consideraban culpables sentían la necesidad de hacer penitencia. Los maestros sabían muy bien, y eran los primeros en proclamarlo, que la penitencia era la disposición esencial requerida antes de la llegada del Mesías, que debía por sí mismo fundar el reino de Dios.

El aspecto de un hijo de los antiguos profetas, austero, sobrio hasta abstenerse del modesto alimento del pan cotidiano, sus presentimientos que penetraban los síntomas del tiempo, su acento patético, todos esos rasgos que hoy harían sonreír a espíritus ligeros o fuertes, eran la expresión espontánea e impetuosa de los antiguos profetas de Israel. Aun entonces en las ciudades acaso hubieran tenido a Juan por un hombre pobre de espíritu; atemorizaba, conmovía y aterraba las almas cuando su voz se elevaba sobre las dunas estériles o a lo largo de los tamarindos del Jordán, sobre las rápidas aguas, sobre los recuerdos milagrosos, haciendo oír su llamamiento tradicional, ¡Penitencia!, por última vez antes que llegue la hora de Dios.

Había, sin embargo, algo de singular en la predicación de Juan: invitaba al **bautismo.** La penitencia debía empezar por un signo sensible, del cual era él el ministro. En su presencia se sumergían en el agua, de modo que apareciesen como lavados por él mismo. Ser bautizado era ser lavado enteramente. La erudición moderna, preocupada demasiadas veces en reemplazar las iniciativas del genio por la lenta evolución de todo el mundo, no sabe qué pensar de los orígenes de este rito. No es que las purificaciones por el agua hayan faltado en la antigüedad. El agua limpia quita las manchas, devuelve al cuerpo una cierta pureza. La inocencia de las costumbres es naturalmente comparada a la pureza del cuerpo. El baño es, pues, un símbolo de retorno a una vida sin mancha. Lo que el bautismo es para el cuerpo, es la penitencia para el alma. Venid, pues, decía Juan, a recibir el bautismo, como para dar testimonio a Dios y a los hombres de vuestro arrepentimiento. Los judíos debían comprender esto al igual que los gentiles; pero

entre aquéllos, los lavados de los utensilios, y aun los de los alimentos, y los mismos baños que tomaban, tenían por fin sobre todo ponerse en estado de pureza ritual: un pueblo santo debía evitar toda suciedad, no sólo la que inspira repugnancia, sino también el contagio más misterioso que proviene de cualquier contacto profano. No se sabe que hayan llevado más lejos el simbolismo. El baño era, a lo más, una preparación de los prosélitos para la circuncisión; pero no era en el seno del judaísmo un signo sensible de penitencia y de renovación de vida.

Sin embargo, al lado de los que representaban la ortodoxia, y al margen de la Ley, se habían formado ciertos grupos, que daban un valor considerable a la pureza más perfecta de alma y cuerpo: se les llamaba **esenios**. Los antiguos comentaristas habían imaginado que en el desierto de Judá, Juan había recibido sus lecciones y había sido imbuido en sus escrúpulos[2]. La crítica se sonrió de esta conjetura, pero he aquí que exagera más inventando una secta de baptistas antes del mismo Bautista. Los antiguos mandeos[3], habitantes hoy de las riberas del Tigris, por encima de Basora, que pasan en el agua una parte de su existencia, habrían dado una suerte de culto al agua, a la que atribuían cierta virtud divina para devolver al alma, contaminada por el cuerpo, su prístina pureza. Juan habría sido su discípulo, pero tan aventajado, que sería su principal maestro, el reformador, ya que no el fundador de una religión, de la cual el Cristianismo habría tomado su bautismo.

Esta conjetura queda desvanecida por el acuerdo de dos testimonios: el del Nuevo Testamento y el del historiador Josefo. El retrato del Juan del Evangelio aparecerá a nuestros ojos con los rasgos de un israelita fiel a su Ley. Es el mismo que nos conservó Josefo. Herodes Antipas temió el movimiento desencadenado por Juan, pero solamente porque veía en él un movimiento revolucionario. En cuanto al bautismo, Juan no le atribuía ninguna eficacia para la remisión de los pecados: lo consideraba solamente como símbolo de la purificación del alma por la justicia[4]. Josefo da, pues, un testimonio preciso y decisivo sobre la naturaleza del bautismo de Juan, el mismo que, como veremos, da el Bautista. Sin embargo, si el bautismo no tenía virtud propia para

[2] Véase p. 32s.

[3] Véase *Revue Biblique*, 1927 y 1928. La *gnose mandéenne et la tradition évangélique*.

[4] *Antigüedades*, XVIII, V, 2.

perdonar los pecados, se consideraba como paso decisivo de penitencia e indicio manifiesto de arrepentimiento, que alcanzaba de Dios la misericordia y el perdón: por eso iba acompañado de la confesión de las faltas. Había allí aún otra cosa nueva. Al reconocerse culpable no solamente delante de Dios, en el secreto de su corazón, sino también delante de aquel que atrevidamente se presentaba como ministro de la penitencia cuyo heraldo era, el hijo de Israel daba una prueba de su sinceridad en volver a Dios. Confesar las faltas contra la Ley divina era comprometerse a no volverlas a cometer más. Debían esperar que la obediencia a la voz de Dios resonando en los acentos del profeta, el cumplimiento de un rito exterior de pureza, la confesión y la detestación de los desórdenes, moverían el corazón de Dios a la misericordia. Él sólo llama a los pecadores para atraerlos a sí y perdonarlos.

¿Se habrían hecho inútiles los sacrificios ofrecidos por los pecados en el Templo? Sabemos que estos sacrificios prescritos para casos particulares tenían por fin reparar una falta, haciendo reinar de nuevo el orden legal. Juan no los mandaba, pero no tenemos ningún indicio de que los reprobase. Una cosa era el cumplimiento de las ceremonias y de los mandatos, y otra el movimiento de los corazones hacia Dios, para que se dignase establecer su reino. El **reino de los cielos** que predicaba el Bautista era el mismo reino de Dios. La expresión de reino de los cielos, propia de san Mateo, es la que debía usar todo israelita piadoso que se cuidaba de no repetir con demasiada frecuencia el nombre de Dios, común a todos los países, porque el nombre de Dios de Israel, del Señor Yahvé, estaba severamente prohibido pronunciarlo. Decían «los cielos» porque el hebreo usa el plural para designar el singular, como nosotros decimos «las tinieblas» y no la tiniebla. Debiéramos, pues, traducir «del cielo», a no ser que imitemos a los griegos en su servil traducción. ¡Cuántas veces oímos decir: el Cielo lo ha querido; es preciso inclinar la cabeza a las órdenes del Cielo!

La dificultad, por tanto, de la expresión está solamente en el primer término. En francés, y lo mismo en español, decimos el *reinado* para señalar el poder, la autoridad que se ejerce, y así decimos el reinado de las leyes y llamamos *reino* a la región, al estado gobernado por un rey. En hebreo, y lo mismo en griego, se emplea la misma palabra para designar las dos cosas, de modo que en el Antiguo Testamento se debe determinar en cada caso el sentido, lo cual no siempre es fácil. Lo mismo pasa en el Evangelio, y ya veremos de qué matices apenas per-

ceptibles se ha revestido esta palabra. En la predicación del Bautista el significado no es dudoso. Anunciaba que Dios iba a inaugurar su reinado, que era precisamente lo que esperaban los judíos. La historia antigua les recordaba el tiempo en que ellos no habían querido el reinado de Dios. Entonces el profeta Samuel les notificaba su voluntad santa, y en la paz como en la guerra, Israel no tenía que mostrarse quejoso de tal régimen. El pueblo, no obstante, no se sentía satisfecho viviendo en medio de tantas naciones que tenían reyes: en la Edad Media, los ducados aspiraban a ser reinos. Se quejó Dios de que su pueblo no quisiera que reinase más sobre él, pero accedió a sus deseos (1S 8, 1-22).

Querían un rey, para que fuese al frente de ellos y los guiase en la guerra. Pero las guerras, si fueron victorias en tiempos de David, se convirtieron en constantes derrotas, no pocas veces vergonzosas para Israel. El rey no sólo reemplazó a Dios, le combatió muchas veces juzgando de buena política rendir homenaje a los dioses, sin duda muy poderosos, de los grandes imperios. La dinastía de David se eclipsó con la independencia de Judá, esclavizada en adelante por los persas, y después por los griegos de Egipto y de Siria. El heroísmo de los Macabeos les mereció la diadema real. Esta nueva dinastía, brote de una reacción fervorosa, si no hizo alianza con los dioses extranjeros, adoptó casi insensiblemente las formas de una monarquía profana, sin cuidarse lo bastante de que prevalecieran los derechos de Dios, y acabó por ceder el lugar a un hombre de sospechoso origen, aquel Herodes, cuyo verdadero Dios era Augusto, árbitro de sus destinos.

Dios, sin embargo, no había abandonado a su pueblo. Le había dicho muchas veces, por sus profetas y por sus salmistas, que establecería su reinado personal. La familia de David subiría al trono. El horizonte de las profecías se terminaba en un descendiente del santo rey, el Mesías, el Ungido del Señor, rey como David y sus sucesores, pero únicamente dedicado a hacer reinar al Señor.

Esta promesa era objeto de fe para los más fervorosos de Israel. Si se quiere medir el punto de perfección moral a que habían llegado la fidelidad de las familias piadosas, el heroísmo de los últimos mártires, merced a las continuadas revelaciones de castigos empapados en misericordia, es necesario comparar este ideal con el que habían concebido los más esclarecidos sabios del pueblo más culto. Sí, Platón había soñado con un estado organizado donde reinase la justicia interior, y hasta había emprendido personalmente la realización de esta empresa en sus

tres animosos viajes a Sicilia; pero volvió descorazonado, no atreviéndose a hablar de su sueño, por otra parte tan incoherente como todos los sueños, y nadie esperaba la reforma moral de un estado organizado por el filósofo. El estado aspiraba a hacer reinar el orden y la paz, lo cual era ya mucho y era cuanto se le podía pedir. Dios hubiera podido hacer mucho más y, ante todo, darse a conocer como principio de santidad y de toda justicia, como origen de mandamientos justos y como razón suprema de toda la vida moral. Todo esto se presentía. Pero decir, como los pitagóricos, «imita y sigue a Dios» y continuar adorando a los dioses del paganismo, ¿no era la suprema ironía o la inconsciencia de un pensamiento quimérico? ¡Cuánto más claro se veía todo en Israel! El Dios que había creado el mundo era el único Señor, y era Él a quien había que servir como a verdadero Rey. Pero, haciéndose los hombres sordos a su voz, le fue forzoso manifestarse para que fuera reconocido y tomara posesión de su reino. Era lo que se le suplicaba.

La fórmula de las dieciocho bendiciones se compuso después de la ruina de Jerusalén; pero ya hacía más de un siglo que la oración que brotaba incesante de todo israelita piadoso era: «¡Reina, Señor, sobre nosotros, pero tú solo!»[5].

El reino de Dios era deseado con toda el alma por los judíos piadosos y por los oyentes del Bautista. Sin embargo, el «tú solo» no era en verdad sincero en los labios de muchos, porque todo buen israelita esperaba reinar con Dios sobre todas las naciones castigadas y reducidas a esclavitud. En fin, Dios reina, es el único que tiene derecho a reinar; pero necesita la cooperación de ministros: ¡está tan lejos en su gloria inaccesible! Si reina sobre algo, es únicamente porque Israel acepta su dominación y la da a conocer, y seguirá haciendo lo mismo, y con más justa razón, cuando los injustos dominadores de Israel estén rendidos a sus plantas. Este sentir de sus corazones lo conocía muy bien el Bautista y no lo podía sufrir.

En toda conmoción de las masas entran en escena los elementos más diversos, pero no tienen importancia: lo que importa son los sentimientos de los directores. Esta porción selecta está lejos de serlo siempre bajo todos sus aspectos. No suele ser la parte más espontánea, ni la más sincera, ni la más desinteresada en las manifestaciones que suponen abnegación, voluntad generosa, entusiasmo e ímpetu avasa-

---

[5] *Le Messianisme*, p. 153.

llador. A esa clase directora, a los fariseos, es a quienes primero se dirige el Bautista, según lo describen los Evangelios. Poco a poco veremos a los fariseos y saduceos proyectar su figura en el luminoso telón de nuestros relatos.

Su primera entrada fue recibida, diríamos nosotros, con una injuria. «¡Raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de penitencia y no os deis importancia, diciéndoos a vosotros mismos: tenemos a Abrahán por padre, porque yo os digo que Dios puede suscitar hijos de Abrahán aun de estas piedras» (Mt 3, 7-9).

Se indigna para salvar. La víbora, sin dejarse ver, muerde y mata, y la animosidad contra ella nace de la compasión por sus víctimas. El pueblo humilde, a quien los fariseos despreciaban, los miraba como los intérpretes autorizados de la Ley divina; y no sospechando en ellos nada malo, no podía preservarse del veneno de su doctrina. Este veneno, denunciado por san Juan, es el orgullo que los hace considerarse instrumentos de que Dios no puede prescindir. Son hijos de Abrahán; Abrahán fue el depositario de las promesas hechas en su favor; la omnipotencia divina estaba sujeta a sus personas[6]. Pretensión intolerable al hombre religioso, que sondea lo que él es, miserable y, además, pecador, delante del Infinito. Abrahán había creído en la promesa, pero en su humildad se había postrado hasta juntar el rostro con la tierra (Gn 17, 3). Se creían ellos los indispensables y por este orgullo ridículo provocaban el castigo. Confiados de que Dios no los dejaría perecer, por temor de destruir su culto, iban a sostener una lucha desesperada y perecer en ella. Juan lo presentía o lo sabía de Dios: «El hacha está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y echado en el fuego» (Mt 3, 10).

Era, pues, un tiempo precioso para hacer penitencia, y la primera señal de arrepentimiento era humillarse, es decir, colocar, antes que su persona, la soberanía infinita de Dios, que podía de aquellas piedras desprendidas de las rocosas colinas suscitar verdaderos hijos de Abrahán, no según la carne, sino imitadores de su fe, humildes en su confianza.

¿Quién no había de creer, al oír esta ruda invectiva, que Juan, fascinado por la inminencia del juicio, dado por entero a la misión del último profeta, sobreexcitado por sus rigurosos ayunos y vigilias, iba a invitar a

---

[6] Sobre los fariseos, véase p. 118ss.

su auditorio a algo extraordinario? Judas, el Galileo, únicamente había querido admitir como jefe y señor a Dios[7] y arrastró a los judíos a la rebelión. Otros, no queriendo correr los peligros de una atroz represión o dejándolo todo a Dios, proponían un ayuno de tres días. Después de lo cual decía Taxo a sus siete hijos: «Escondámonos en una cueva y muramos»[8]. ¿O era necesario acometer alguna empresa extraordinaria para maltratar el cuerpo hasta extenuarlo? Los que habían confesado sus pecados y estaban dispuestos a abrazar una vida agradable a Dios se preguntaban esto a sí mismos. Pero este Juan, que Renán comparó a un *yogui* de la India[9], respondía con la discreción de un prudente director de conciencia. No había que adelantar la hora de Dios, sería insensata tentativa, ni esperarla con desalentadora actitud. Debían practicar la justicia y el amor: «El que tiene dos túnicas, reparta con el que no tiene, y el que tiene que comer, haga lo mismo» (Lc 3, 16). Él, asceta, ni viste túnica ni se alimenta de ricos manjares. Nada pide para sí: pide para sus hermanos, según el espíritu más puro de los profetas (Is 58, 7)[10].

Pero algunas profesiones, ¿no están más expuestas a la solicitación del pecado? Los publicanos se presentan y le dicen: «Maestro, ¿qué debemos hacer?» La opinión pública, sin duda, les hubiera respondido: «Renunciar a ese oficio de rapiña». En efecto, en él, la tentación era fuerte y continua. El Estado arrendaba a los particulares la recaudación de ciertos impuestos, como las aduanas. Los grandes postores, llamados arrendatarios generales bajo el antiguo régimen, encargaban a su vez a los empleados subalternos cobrar los impuestos. Éstos, o para hacer méritos delante de sus amos, o defraudando a la vez al público y a sus patronos, exigían impuestos desorbitados. Los israelitas se exponían, además, al contacto impuro de los extranjeros. Los mismos labradores, a quienes los fariseos despreciaban a causa de su ignorancia, eran menos despreciables. Es verdad que para evitar actuaciones demasiado arbitrarias, los príncipes establecieron tarifas públicas, como la de Palmira[11], recientemente hallada. Con esta arma, el comer-

[7] Josefo, *Ant.*, XVIII, I, 6.

[8] *Assomption de Moïse:* cf. R. B., 1905, p. 483.

[9] *Vie de Jésus.* También nos habla de los *gurús* del brahmanismo y de los *munis* de la India. O es que trataba de divertirse o se engañó a sí mismo con alardes de una erudición barata.

[10] Véase p. 59s de esta obra.

[11] 137 años antes de Jesucristo.

ciante estaba tan bien defendido entonces como en nuestros días en que las tarifas están expuestas al público.

Pero, en fin, no todos sabían leer, y las aduanas de Palestina no estaban muy bien organizadas, y así el fraude era fácil y la vigilancia impotente. Los buenos recaudadores de contribuciones eran raros, y a todos se les consideraba como una mancha en Israel. Juan, a ninguno de éstos dice: «Sígueme», pues su misión no es hacer prosélitos; solamente les dice: «No exijáis más de lo que está fijado».

Llegaron, en fin, aquellos a que ordinariamente se llamaban soldados, aunque tienen fama de cometer fácilmente actos de violencia, de robo y de pillaje, no acostumbraban hacer las falsas delaciones de que nos habla san Lucas. Más que soldados eran policías empleados como fuerza armada, bien para cobrar los impuestos directos, bien para servir de defensa al Gobierno y de apoyo a los mismos publicanos[12]. Seguramente eran israelitas, pues los extranjeros no eran invitados por Juan a la penitencia, y preguntan si también ellos deben dar muestras patentes de penitencia. Juan les dice: «A nadie molestéis y contentaos con vuestra paga» (Lc 3, 14)[13].

En otro tiempo, Moisés, cuya faz airada inspiraba espanto, era el hombre de más dulce carácter aun cuando su honor fuese tirado por los suelos, si no se ofendía la gloria de Dios (Nm 12, 3). Así san Juan, terrible en sus amenazas, pero indulgente con las buenas voluntades, rehusará con dulcísima voz el honor que no le pertenece.

Acudían a él de toda la llanura del Jordán, tanto los que vivían en las casas suntuosas de Jericó como los que moraban bajo tiendas en la falda de los montes de Moab: llegaban de toda Judea y aun de la misma Jerusalén, en donde toda aquella efervescencia había de originar necesariamente la cuestión fatídica: ¿Sería Juan el Mesías? Había en sus modales una austeridad que hería las imaginaciones. ¿Sería cierto que era hijo de Zacarías? Había aparecido de repente, saliendo del desierto, como un enviado de Dios, venido tal vez de lo alto. No hacía milagros, pero más bien que milagros, lo que se esperaba del Mesías

[12] Véase *Evangile selon saint Luc,* en donde este sentido se ve apoyado por textos del todo semejantes. El publicano Zaqueo (Lc 19, 8) se acusará más tarde eventualmente del crimen de falsa denuncia.

[13] Sobre las exacciones de los gendarmes que prestaban apoyo a los cobradores de impuestos, bajo el régimen anterior a la ocupación inglesa, véase a Jaussen, *Naplouse,* p. 324 s.

era que les liberara del yugo extranjero. Su potente voz sacudía la somnolencia de las masas; a la hora menos pensada, les daría tal vez la señal para la lucha y para la victoria. Las conjeturas se hacían y se deshacían con la misma facilidad, antes de ser formuladas rigurosamente por los guardianes de la doctrina.

El pueblo fue el primero en presentarle la cuestión: su bautismo, ¿no sería la primera señal del Mesías? ¿No era él el Mesías? Juan se dio prisa en desengañarlo, pero proclamando al mismo tiempo que la proximidad del reino de Dios significaba bien a las claras la proximidad del Mesías. «Viene en pos de mí el que es más poderoso que yo, al cual no soy digno de desatarle, postrado en tierra, la correa de las sandalias. Yo, a la verdad, os he bautizado con agua, mas Él os bautizará en el Espíritu Santo» (Mc 1, 7-8). San Mateo y san Lucas dicen: «En el Espíritu Santo y por el fuego».

Aquí «por el fuego» es sólo una imagen, pues no se puede suponer un bautismo más perfecto que el del Espíritu Santo. El bautismo en el Espíritu Santo es comparado a un bautismo de fuego. El agua lava, pero no tiene la virtud de quitar todas las manchas. Lo que es pasado por el fuego, si no es consumido por él, es semejante al oro que sale perfectamente purificado del crisol. El bautismo del Espíritu es un bautismo más perfecto, pues llega a las profundidades del alma, porque el alma hecha pura por el arrepentimiento, es como una nueva creación del Espíritu Santo (Sal 51, 12-13).

Pasando de una imagen a otra con movilidad oriental, Juan compara ahora la obra de la purificación al oficio de harnero. En el reino del Mesías sólo los justos reinarán con Él. ¿Qué hacer para separarlos de los malos? Lo que hace el segador para limpiar su parva. Arrojada con el bieldo al aire, cae el grano que es más pesado cerca, en tanto que la paja es tansportada lejos por el soplo del viento. Cae, sin embargo, se la amontona y se la quema, en tanto que el buen grano es guardado en el granero. Esta vez el fuego no purifica ni se le debe apagar. Ahora se observan las cosas desde otro punto de vista, pues aunque se emplee la misma imagen del fuego, no hay encadenamiento lógico ni sucesión de tiempo: el que no sea purificado por el fuego del Espíritu Santo será pasto de las llamas semejantes a aquellas que consumen la paja. El que ha de bautizar en el Espíritu Santo es el mismo que inmediatamente separará los buenos de los malos. De no entender las imágenes así, romperían toda ilación, no atribuyendo al Mesías la completa realiza-

ción de su empresa. El Mesías domina todas las edades, volviendo al fin después de una primera obra, cuya duración no está señalada, pues abarca el período mesiánico del Espíritu.

JESÚS, ES PROCLAMADO HIJO DE DIOS EN EL MOMENTO DEL BAUTISMO

(Lc 3, 21-22; Mc 1, 9-11; Mt 3, 13-17)

«Y aconteció en aquellos días que Jesús vino de Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán» (Mc 1, 9; Pl 5, 1).

Acontecimiento importante para la conciencia cristiana, que hubiera pasado casi inadvertido sin el presentimiento de Juan, convertido en certeza sobrenatural después de la manifestación divina.

Jesús venía de Nazaret: la agitación se había, pues, extendido por Galilea. Era el hijo de María, viuda de José, y pasaba naturalmente por hijo de José. Cierto que nada se había observado en su conducta que le obligase a someterse a la penitencia: era un excelente israelita, educado por sus padres en el temor de Dios y en el respeto de sus observancias, en una piedad reavivada por las peregrinaciones a la ciudad santa: no tenía, por tanto, pecados que confesar. Pero, como suele suceder, los que menos cargada tienen la conciencia suelen ser los primeros en confesarse. Los más santos sólo pensaban en asociarse a la penitencia general que abreviaría los días de salvación. Era tal, sin embargo, la reputación de piedad de Jesús, la modestia de su continente y también el candor de su mirada, que Juan, advertido ya por una voz interior, acaso por una emoción que se remontase a los recuerdos de la infancia, le dijo, según leemos en san Mateo (Mt 3, 14 s.): «Yo he menester de ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?» Sin embargo, no se postra a sus pies como hubiera podido esperarse de sus anteriores manifestaciones, y cuando Jesús le respondió: «Déjame hacer ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia», se inclinó y cumplió con él su oficio de Bautista. Su mano hubiera temblado si hubiera estado cierto de que estaba bautizando al Mesías, pero no tenía aún la certeza que le había sido prometida: «Sobre quien vieres descender el Espíritu y reposar sobre él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo» (Jn 1, 33).

No le fuera dada la señal divina si no hubiera sido dócil a la invitación de Jesús. Entonces, dice san Marcos (Mc 1, 10 s.): «Subiendo del agua, vio Jesús abrirse los cielos y al Espíritu Santo como paloma

que descendía sobre Él, y se oyó una voz del cielo: "Tú eres mi hijo muy amado; en ti tengo mis complacencias"».

Para los que no vieron más que lo exterior, el bautismo de Jesús fue un acto sencillísimo: una señal de buena voluntad, llena de deferencia para Juan, y una acción de un israelita deseoso de hacer más de lo que la Ley prescribía, si un profeta de Dios indicaba un medio de agradarle. Hacerse bautizar no era en modo alguno acto propio del Mesías. ¿Vieron la paloma y oyeron la voz algunos privilegiados? Los evangelistas parecen sugerirlo, aunque no lo confirman. El Espíritu Santo apareció bajo forma visible; pero la aparición de una paloma podía ser natural, y sólo aquellos a quienes Dios concedía la gracia podían dar a lo sucedido su verdadera interpretación. El Bautista lo entendió ciertamente, ya que la señal estaba destinada a él. Había anunciado que uno mayor que él bautizaría en el Espíritu Santo. La venida del Espíritu Santo reposando sobre Jesús después del bautismo era precisamente el signo apropiado. La paloma recordaba el modo misterioso con que el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas primitivas, como para fecundarlas (Gn 1, 2).

Comprendió entonces Juan que en adelante no habría más bautismo que en el Espíritu, y conoció que Jesús era el elegido, el hijo de Dios, el Mesías (Jn 1, 32 ss.).

Este hecho, que para Juan era una revelación, tenía en sí mismo su motivo de ser respecto de Jesús: hacia Él tendió el vuelo la paloma, y a Él se dirigía la voz, según san Marcos y san Lucas.

San Mateo escribió: «*Éste* es mi hijo» y no «tú eres mi hijo»; pero este tan ligero cambio[14], si manifiesta que la voz se dirigía a otros, no prueba que fuera oída de todos.

Muchos críticos modernos de la escuela protestante liberal han deducido de esta manifestación del cielo hecha a Jesús, que entonces fue la primera vez que tuvo conciencia de su dignidad mesiánica, o, como ellos dicen, se sintió más hijo de Dios que los demás hombres.

El texto, en verdad, no dice nada que se le parezca. Para comprenderlo es preciso confrontarlo con los textos que hablan del Espíritu de Dios. Este Espíritu obra, excita la voluntad o la inteligencia de ciertos hombres y los fuerza a realizar acciones heroicas para salvar a su pueblo (Jd 3, 10; 6, 34; 11, 29; 13, 25). Lo mismo hizo con Jesús. Jesús fue a recibir el bautismo como todos; pues, en efecto, tenía la natura-

[14] Esto no es del todo seguro, según ciertos testimonios antiguos del texto.

leza humana en toda su realidad. Había llegado para él la hora de emprender una misión difícil y llevarla hasta el heroísmo del último sacrificio. Del cielo desciende el Espíritu como para señalarle el momento. Porque él aceptó la humilde actitud de bautizado, más propia para apagar toda iniciativa mesiánica que para atraer la atención de los demás, se deja oír la voz del Padre, manifestándole su satisfacción y afirmando que estaría siempre con Él, tanto más cuanto que es su Hijo muy amado. Recibe la señal de su misión y aparece delante de los demás como investido de los derechos que tiene de su Padre.

Por este primer acto público se puede decir que Jesús no vino a abrogar la Ley y los profetas, sino a perfeccionarlos (Mt 5, 16 s.). Recibió del último profeta un bautismo que sólo era un símbolo y que por su muerte cambiará en fuente de gracia del Espíritu Santo. El bautismo de Juan invitaba a los judíos a la penitencia, el de Jesús sería propuesto a todas las naciones como iniciación por la fe en la vida divina de su resurrección, y sería conferido en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 19); del Padre que le llamó en el bautismo su Hijo muy amado, y del Espíritu Santo que se agitó sobre él con amor.

Para apreciar el valor de un hecho histórico, el historiador más atento a reproducirlo en el medio ambiente, tal como lo comprendieron los de su tiempo, no debe privarse de la luz que esclarece sus consecuencias, indicios manifiestos de su trascendencia y de su fecundidad. No es menester ser creyente para comprender el inmenso alcance del bautismo de Jesús. La Iglesia celebra el bautismo de Cristo el día de la octava de la Epifanía. Era bien que a la epifanía de su Natividad siguiese la segunda epifanía, la entrada en escena, y esto según el estilo de los reyes que se engreían de su origen divino: nosotros lo comprendemos hoy mejor que nunca.

El creyente ha visto aquí un admirable designio de Dios: no se maravilla de que la voz del Padre, que resuena desde la eternidad, haya sido oída a orillas del Jordán por su Hijo encarnado, y que el Espíritu Santo, nudo entre el Padre y el Hijo, haya aparecido como lazo de unión entre el cielo y la tierra.

JESÚS ES TENTADO
(Lc 4, 1-13; Mc 1, 12-13; Mt 4, 1-11)

La tentación de Jesús no forma parte de su ministerio público: la escena se verificó sin testigos, entre Jesús y Satanás. Ninguna influen-

cia ejerció en la opinión que el pueblo pudo formarse de la personalidad, del carácter y de la misión del predicador del reino de Dios. Los tres primeros evangelistas, especialmente san Mateo y san Lucas, pensaron, sin embargo, que proyectaba cierta luz sobre todo su ministerio, y sin duda por esto la reveló Jesús a sus discípulos. Debemos, pues, meditar este episodio para mejor comprender el modo cómo los apóstoles y los primeros discípulos concibieron la empresa de establecer el reino de Dios.

Es un pensamiento piadoso tan útil como verdadero ver en la tentación rechazada por Jesús la prueba de su condescendencia, la realidad de su naturaleza tan semejante a la nuestra, y un ejemplo y un esfuerzo en la lucha. Todo esto se halla en lo que dice la Epístola a los Hebreos: «Porque en cuanto Él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los tentados..., porque no tenemos un Pontífice que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas; para asemejarse a nosotros experimentó todas las pruebas excepto el pecado» (Hb 2, 18; 4, 15).

Pero si el Salvador debió servirnos de modelo, si quiso ser de nuestra sangre, si permitió a Satanás que le tentase en su cualidad de hombre, el resultado de esta lucha fue una gloriosa victoria después de un combate singular. Satanás lo vio dispuesto a fundar el reino de Dios, y temiendo que fuese el fin de su propio reino, creyó posible apartar a Jesús de su empresa, o más bien, le tendió lazos para hacerle entrar por una senda por donde habría lamentablemente ido a robustecer su propio imperio.

¡Extrañas concepciones para el modo de ser de nuestros contemporáneos! Es cierto, sin embargo, que aun después de tantos siglos de Cristianismo, los males del mundo son muy grandes, a juicio de aquellos que tienen por mal lo que contraría la voluntad de Dios. Los antiguos persas, a quienes siguieron después los maniqueos, estaban tan admirados del desbordamiento del mal, que el mundo estaba para ellos como en lucha entre dos potencias casi iguales: el Dios del Bien y el Dios del Mal, que seguirían entre alternativas de triunfos y derrotas hasta que sobreviniera en un lejano porvenir el triunfo definitivo del bien. ¿Participarían los judíos de esta creencia tan claramente incompatible con las nociones más elementales, de que todo pertenece al Bien Infinito, único Criador, único Señor, único Poseedor del Ser, que no puede pertenecer a otros sino en forma reducida? Así lo piensan y lo dicen algunos hoy, haciendo a los judíos adeptos del dualismo; Dios, señor soberano del cielo, y Satanás, rey de la tierra.

En realidad, sabían muy bien los depositarios de la revelación que Dios es el único Señor de todo, creyendo, sin embargo, en la existencia del mundo de los espíritus, unos buenos, los ángeles, y otros malos, los demonios, de los cuales Satanás es su jefe. Éste era el tentador por excelencia, el que había seducido a Eva y, mediante ella, hecho caer a Adán. Desde este primer triunfo no había cesado de trabajar por ir alejando a los hombres de Dios y arrastrarlos al mal: sus triunfos fueron la medida de su dominación. Dondequiera que los hombres adoraban a los dioses que no eran el único y verdadero Dios, Satanás reinaba y era el verdadero señor.

No es éste el lugar propio para probar esta creencia, que es también la de los cristianos. Si se niega la acción de los espíritus malos, sobre todo en la idolatría, será preciso explicar por qué el hombre antiguo era tan inferior a sí mismo en lo concerniente a la religión, cómo la tiranía de dos divinidades, cuya existencia nadie probara, ha podido obtener de los cartagineses que hicieran perecer en las llamas a sus propios hijos y de los griegos de la gran época de Pericles, que rindiesen culto divino a licenciosas divinidades, parodiadas de vez en cuando en la escena teatral.

Para los israelitas, todos estos cultos, siempre sangrientos e infames, aunque muchas veces adornados de incomparable encanto humano, eran una aberración, pero tenía su causa: la tiranía ejercida por Satanás. Satanás merodeaba en torno de este pequeño reino de Dios, que era la tierra de Israel y hasta lo invadía y disputaba palmo a palmo el terreno. Allí, sin embargo, se decía que Dios iba a reinar sobre toda la tierra y que un instrumento de este reinado iba a entrar en escena. Jesús parecía destinado a esta misión. ¿Sería el Mesías? ¿El Hijo de Dios? ¿El elegido de Dios? Era necesario intervenir. Es de creer que este prólogo dialogado, representado en una esfera misteriosa, en el desierto, pero con Satanás como protagonista, y de donde derivaría el desenlace del drama terrestre entre los hombres, esta decisión anticipada de lo que será la obra de salvación por la derrota de nuestro adversario, es un acontecimiento simbólico que encierra un secreto importantísimo para nosotros. Es así, empleando una comparación forzosamente inexacta, cómo en ciertos prólogos de Eurípides se introduce un personaje divino, que explica por adelantado las peripecias de la tragedia y señala su moralidad.

Jesús, inmediatamente después del bautismo, según se ve en los sinópticos, y antes de dar principio a su ministerio, fue conducido al

desierto por el Espíritu que le impulsaba a obrar, y, según san Mateo[15], especialmente para ser tentado del demonio. Estamos seguros del desenlace, porque el Espíritu debía permanecer vencedor. No intentaron, ciertamente, los evangelistas poner en ridículo al demonio, pues nadie es poderoso contra Dios. Aunque sus tentaciones son espantosas, no tiene poder bastante para forzar la voluntad. Podemos decir que sin la complicidad de nuestro corazón, saldría siempre desarmado. Procura seducirnos y arrastrarnos para la pendiente por la que el hombre resbala antes de caer. Sabe bien que si Jesús es verdaderamente Hijo de Dios, ninguna tentación prendería en Él, y ni siquiera lograría impresionarle. Pero, si Él se cree Hijo de Dios sin serlo, ¿no estaba ya mordido por el orgullo? Provocado por una cuestión presentada con habilidad, ¿no respondería a ella manifestando prontamente su poder para con Dios? El objeto de la tentación se lo ofrecen las circunstancias. Fue una lucha larga y tenaz, pero no conocemos más que los últimos ataques. Jesús había ayunado, como animoso atleta; después de cuarenta días, tuvo hambre. Entonces le dice el tentador: «Si eres Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en pan». Deseo demasiado ardiente de satisfacer una necesidad, por otra parte legítima, recurso a un poder sobrenatural por interés personal; diligencia para defenderse contra su provocación indiscreta, eran otros tantos móviles para desplegar la virtud de hacer milagros y comenzar el reino de Dios a despecho del eterno contradictor. Los móviles eran imperfectos, y así Jesús responde: «Escrito está: no sólo de pan vive el hombre». Frase enigmática, como lo son muchas veces los textos de la Escritura citados por los rabinos, cuya aplicación, al caso propuesto, no se ve a primera vista. San Mateo lo aclara algún tanto, dando la continuación del texto: «Sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios».

El hombre no ha de proveer solamente, y a toda costa, a su alimentación; debe, ante todo, seguir el orden manifestado por Dios. La negativa es clara, Jesús no intervendrá indiscretamente, haciendo servir a sus propios intereses, o a la satisfacción de su apetito, o a la vanagloria, el poder que había recibido de Dios.

Jesús cita la Escritura, ¡quién no le da importancia! También el demonio la conoce y la aduce igualmente para forzar a su adversario a

[15] Por qué se da preferencia al orden seguido por san Mateo, véase nuestro *Evangile selon saint Matthieu*.

descubrir su intención. Lo conduce al pináculo del Templo. El pueblo, reunido en los atrios, iba a presenciar un maravilloso espectáculo: a un hombre que se arroja al valle del Cedrón desde aquella vertiginosa altura. «Si eres Hijo de Dios, dijo el Demonio, arrójate, porque escrito está que te mandará a sus ángeles y te tomarán en sus manos para que tu pie no se haga daño contra la piedra». Si tan tierno era el cuidado de Dios para con los hijos de Israel, ¡cuánto más cuidadoso sería para con su Hijo muy amado! Sí, pero Dios, tan bueno para quienes confiadamente se arrojan en sus manos, es severo para aquellos que, imprudentes, le requieren para que acuda en su favor. También estaba en la Escritura: «No tentarás al Señor tu Dios». La respuesta era de maravillosa oportunidad. Pero, en fin, los rabinos eran maestros en barajar textos. Si Jesús, por dos veces provocado a ostentar su poder, se mostraba tan tímido, esta reserva tal vez sería expresión clara de su impotencia.

Al fin, si Jesús no se atrevía a aventurarse a algo grande, como muestra del poder del reino de Dios, acaso se daría por satisfecho con dominar sobre todos los reinos del mundo. La psicología de Satanás es muy limitada. No lee en los corazones, y no sabe arrancarles sus secretos, cuando buscan su defensa en la palabra de Dios. De tal manera le ciega la confianza en su prestigio, que le propone a Jesús que se postre delante de él, para recibir la investidura de la riqueza y de la gloria. Quien puede hacerlos aparecer por medio de sus sortilegios, ¿no es el señor de ellos? A la tercera instancia, Jesús abate a su adversario: «Retírate, Satanás, porque está escrito: adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás». Jesús no vino a reinar, vino para que Dios reine y acabe el reino de Satanás.

Se alejó esta vez el demonio, pero, añade san Lucas: «Se alejó de Él por algún tiempo», es decir, hasta el día en que le será permitido atentar contra la vida de su vencedor insurreccionando contra Él todos los poderes del país. Hasta ese día, Jesús tendrá campo libre para predicar el reino de Dios. Para mostrar claro que la victoria conseguida es de un orden sobrehumano, los ángeles, a quienes no veremos prestar a Jesús ningún servicio durante su ministerio, se acercaron a Él y le sirvieron.

Se querrá saber el lugar de este ayuno de cuarenta días y el nombre de la montaña donde la gran batalla fue ganada.

Se le dio el nombre, después del suceso, de «el monte de los cuarenta días» *(Djébel Qarantal)*. El lugar fue bien escogido por los anacoretas del siglo V, que vivían en ayuno continuo en las grutas cavadas

en las vertientes de las colinas que cierran, a manera de muralla, la planicie al Occidente de Jericó. Desde esta roca aislada se ven abajo los verdes jardines, oasis de verdura en medio de arenales, y hacia arriba, la meseta de Moab, vasta extensión limitada en un horizonte imaginario por la visión de Babilonia, la reina de los antiguos imperios. La parte opuesta conduce a Roma, que le acaba de arrebatar el cetro. Así se pueden ver, como dice san Lucas, todos los reinos del mundo en un instante. Se dirá que todo este episodio está como envuelto por una nube que no permite dibujar con claridad los contornos. Su realidad no es menos viva. La verdad más útil al espíritu y al corazón no siempre es la que soporta mejor un minucioso análisis.

EL TESTIMONIO DEL BAUTISTA. PRIMERAS VOCACIONES
(Jn 1, 19-42)

Según la perspectiva de los sinópticos, Jesús ya no tenía que pensar más que en comenzar su ministerio, y así lo conducen a Galilea.

Pero san Juan nos detiene todavía en las cercanías del Jordán. Mucho llamó la atención de los antiguos esa divergencia. Las dificultades puestas a ese relato son una clara señal de la vigilancia de los cristianos para no admitir las Escrituras que no estuviesen autorizadas. La autoridad del Discípulo Amado debía prevalecer, y por otra parte, la objeción es de las que deben desaparecer después de allanadas por una respuesta racional. Jesús hubiera podido tomar a sus discípulos de un medio libre de la influencia del Bautista; pero cuando el cuarto evangelista, conservando el anónimo para su persona, afirma que el testimonio que Juan dio de Jesús tocó el corazón de algunos de los suyos, no hay allí nada que no sea verosímil. Es conforme con la naturaleza de las cosas que los galileos se hayan acercado a Jesús en el fervor de una función religiosa, tan importante como era el bautismo, y se hubiera trabado amistad con él en una región en que no tenían antiguas relaciones, antes de renunciar a todo por seguirle a orillas del lago de Tiberíades. El cuarto evangelista completó felizmente lo que se puede llamar el período de la preparación, el tránsito de la Ley al Evangelio. El testimonio del Bautista guarda relación perfecta con su modo de anunciar la buena nueva. ¿De qué maravillarse si su convicción ganó a sus propios discípulos?

Permanezcamos, pues, en la región donde Juan bautizaba. El bautismo de Jesús se había realizado en el Jordán, pero sus aguas nada tenían de sagrado ni propiedad alguna particular. Además, en el invierno, la marga que bordea su curso, humedecida por las lluvias, apenas permitía el acceso al río. Llegar a su orilla era peligroso, pues se podía resbalar y manchar con el lodo, ya a la entrada, ya a la salida. Este inconveniente, por trivial que parezca, explicaría por sí solo que el Bautista hubiera escogido con preferencia para emplazar los baños otras corrientes que formaban remansos más o menos artificiales. Uno de ellos estaba en Betania, al otro lado del Jordán; hay alguna probabilidad de reconocer algún rastro de él, al pie de unas ruinas, el *Kh. et-Tawîl*. En Betania fue donde el Bautista recibió a los sacerdotes y levitas, entre los cuales se hallaban algunos fariseos, enviados por las autoridades religiosas de Jerusalén.

Se cree que el Sanedrín intervino aquí después de madura deliberación. En verdad, en la Iglesia de Jesucristo, el derecho de Jerarquía es absoluto; si la organización de los judíos hubiera sido la misma, sería de admirar que Juan se atreviese a predicar sin haber recibido tal mandado. Pero el pueblo de Israel no era una Iglesia. Jamás los hombres del Espíritu se habían sometido a la dominación del sacerdocio. Para distinguir los falsos profetas de estos varones de Dios se tenía solamente el recurso de su incapacidad para adivinar el porvenir (Dt 18, 23). Entonces intervenía la autoridad para castigarlos. Para castigar a los falsos profetas era el Sanedrín autoridad competente: eso al menos enseña la Michna[16]. Aun suponiendo que este punto estuviera entonces aclarado, el tribunal supremo no juzgaba más que en la acusación a él elevada. Grande distancia hay de esta atribución a la acusación a la de un consejo de vigilancia que velaba los diferentes movimientos de la opinión. El Sanedrín, compuesto de sacerdotes principales, de doctores de fama, de miembros de la aristocracia, era un organismo complicado que no se podía comprometer sino en virtud de acusaciones concretas. El Evangelio de san Juan más bien sugiere la idea de una liga de jefes, que a sí mismos se daban la misión de velar por la autoridad de su partido. Es la primera maniobra de aquellos que este Evangelio llama simplemente judíos, porque representaban al pueblo de que eran jefes espirituales. Éstos fueron los responsables de la animosidad del pueblo contra el Salvador.

[16] *Saned.*, I, 5.

Juan, con su nuevo bautismo, penitencia demostrativa y anuncio preciso del Mesías, turbaba la vida de entonces y el orden de la piedad; además, ningún caso hacía de los fariseos a los cuales llegó a maltratar. ¿A qué quedarían reducidos los privilegios de los sacerdotes y el prestigio de los doctores si un cualquiera, aun exhortando a la penitencia, desencadenaba semejante tempestad? Juan, sin embargo, no era ningún advenedizo, siendo como era hijo del sacerdote Zacarías. Por eso creyeron deber preguntarle sin formular contra él ninguna inculpación: «Tú, ¿quién eres?» Agitados como estaban los espíritus, esta cuestión ocultaba disimuladamente esta otra: «¿Tienes la pretensión de pasar por el Mesías?» Juan, con su franqueza, algunas veces ruda, responde sencillamente: «Yo no soy el Mesías». ¿Será, al menos, el que debía preparar los caminos del Mesías, restaurar la vida religiosa y moral en Israel antes que alborease el reino de la justicia, el profeta Elías, en una palabra, vuelto ya a la tierra? Elías había sido arrebatado al cielo en un carro de fuego (2R 1, 11), y esperaban que volvería para manifestar y ungir al Mesías.

Era ésta aún la esperanza del judío Trifón cuando en el siglo siguiente disputaba con san Justino. Juan, en efecto, estaba encargado de esta misión, pero no era Elías en persona; y él mismo lo declaró sin ambages.

Entonces, ¿no era el Profeta? Acostumbrados a recibir las órdenes de Dios de los labios de hombres inspirados por su Espíritu, que tantas veces habían pregonado el deber de volverse a Dios, es decir, de hacer penitencia, Juan no podía ser a los ojos judíos menos que un profeta, a no ser que estuviese desprovisto de toda misión divina. Le llamaban «el» profeta, el por tanto tiempo esperado, investido de altísima misión, semejante a Moisés (Dt 18, 15), el Elegido de Dios por excelencia, tal vez destinado a ser ungido como Mesías. Juan responde: «no», porque le parece que ese personaje es de más elevada talla.

Sin embargo, semejante hombre, hijo de un sacerdote que había ejercido con honor sus funciones sagradas, tan esforzado para levantar la opinión, debía tener conciencia de lo que era o de lo que pretendía ser. Los sacerdotes y levitas diputados por los judíos se excusan de tener que insistir alegando la obligación que tienen de dar cuenta de su cometido.

Les bastaba abrir los ojos: Juan era un predicador de la penitencia; así se lo dice con palabras tomadas de Isaías: «Yo soy la voz que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor», dando así a entender que el Señor iría por aquel camino y lo haría en adelante andadero. El Señor tiene sus caminos, pero se sirve del hombre para abrirlos.

Entre los enviados estaban algunos fariseos que tomaron el negocio por su cuenta. Todo buen israelita podía predicar la penitencia, estaba en su derecho, pero si Juan no era Cristo, ni Elías, ni el Profeta, ¿con qué autoridad introducía el rito del bautismo, verdadera novedad, en aquellas circunstancias y con aquella amplitud? A esta cuestión mal intencionada responde también Juan, y esta vez para inclinarse ante Aquel de quien él es precursor. Yo bautizo con agua; esta obra no es decisiva; pero hay otro que es más grande, cuyas obras lo serán también. Maravilla que la curiosidad de los fariseos no haya ido más lejos, pues seguramente no estaba saciada. Temieron, tal vez, borrar la pista, ocupándose de un desconocido que acaso no existía más que en la exaltada imaginación de Juan. Querían datos de él y él se esconde detrás de otro; no diría más. No había más remedio que atenerse a lo dicho.

Cuando pronunció aquella grave frase sobre la llegada del gran desconocido, que ya estaba en medio de ellos, a quien podían ver y hablar, Juan Bautista tendría el pensamiento fijo en la aparición del bautismo y no juzgó oportuno hablar más claramente a los mandatarios de los judíos. Pero a la mañana siguiente, estando con sus **discípulos** y con otras personas de confianza, viendo que Jesús venía hacia él, sale de sus labios el gran secreto: «He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo». He aquí la inocencia, la santidad, que viene a purificar el mundo del pecado. Las palabras que siguen son el más hermoso comentario de la escena verificada cuando el bautismo entre él, Jesús y el Espíritu de Dios. Se ha pretendido que el evangelista san Juan había pasado en silencio el bautismo. Es verdad que no lo describe, juzgando que este hecho era bien conocido por los primeros evangelistas, pero hace clarísima alusión a él: «Yo he visto al Espíritu descendiendo del cielo como una paloma y descansando sobre él». Fue el signo por el que reconoció a Jesús, y porque el signo debe tener relación real con lo que significa, afirmó que Jesús bautizaría en el Espíritu Santo.

El Bautista, el bautizador por excelencia, ve sobre todo en el Mesías, que es mayor que él, a Aquel que bautizará mejor que él, que quitará los pecados cuya malicia él denunciaba.

También en la mañana siguiente –aquellos días merecían ser contados, y el evangelista insinúa que él podía hacerlo–, dos discípulos se sienten extrañados por las palabras repetidas por Juan, y movidos por

su tierna mirada. Siguen a Jesús, sin ser invitados por Él, y cuando les dice: «¿Qué buscáis?», responden un poco atolondrados: «Rabí, es decir, Maestro, ¿dónde moras?» Aquellas honradas gentes no hallaron título más adulador. ¿Cómo imaginarse grande a un personaje delante de Dios, en Israel, si no estaba encarnado en un doctor, maestro en la ciencia de las Escrituras? Jesús les dice: «Venid y ved». Y fueron en efecto a donde moraba; eran como las diez. Comprendieron que Jesús era ciertamente el Mesías. Uno de ellos era Andrés, hermano de Simón, y el otro, ¿quién podía ser sino el narrador de esta escena, el más grato recuerdo de su juventud? Andrés va en busca de su hermano, y cuando Simón llega a la presencia de Jesús, el Maestro posa sobre él su mirada y le cambia el nombre por el de Pedro. Más tarde le explicará el porqué (Mt 16, 17 s.). Desde que tuvo esta delicada atención, lo contó entre los suyos.

JESÚS VUELVE A GALILEA
(Jn 1, 43-51)

Habiéndosele unido Simón y Andrés, que eran de orillas del lago de Galilea, y también un discípulo anónimo del Bautista, en el que creemos reconocer a Juan, hijo del Zebedeo, y originario de la misma tierra, es muy verosímil que Jesús volviese con ellos a Galilea y siguiese su itinerario. Para los ribereños del lago de Tiberíades, atraídos a las orillas del Jordán, el camino más corto era subir río arriba por Archelais y Escitópolis[17] hasta llegar al punto más meridional del Lago. Desde allí, las barcas, en muy pocas horas, llegaban a Betsaida, ciudad de pesca situada al norte, casi en la embocadura del Jordán. Por aquellos alrededores fue, sin duda, donde Jesús encontró a Felipe, que era natural de aquella pequeña ciudad, al igual que Simón y Andrés. Jesús llamó a Felipe, y Felipe, ardientemente convencido, apóstol ya, invitó a Natanael a reconocer al Mesías en Jesús, el hijo de José de Nazaret. No podía designarle de otra manera, ignorando, como todos, su origen divino, y esta precisión no carece de interés. Se ve que está cercana la patria de Jesús: todos lo saben. Natanael era también de por

---

[17] Archelais no es más que ruinas, pero Escitópolis, hoy Beisan, la antigua Beth-Shean de la Biblia, será en adelante célebre por las excavaciones, que allí han revelado, además de obeliscos egipcios, el templo de Astarté (cf. 1S 31, 10).

allí, muy próximo a Nazaret, pues era de **Caná** (Jn 21, 2). Caná, en efecto, debía ser el *Kefr-Kenna* actual, dista unos ocho kilómetros de Nazaret, designado según antigua tradición conocida por san Jerónimo, y pueblo antiquísimo, pues en él se ha encontrado una inscripción aramea. No suelen pecar de indulgentes los vecinos: los atenienses contribuyeron más que nadie a crear la reputación que los tebanos tenían de tontos. Natanael objeta a Felipe: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?» (Jn 1, 16). Accede, sin embargo, a los deseos de su amigo, y Jesús le muestra, a la vez que penetra el secreto de sus corazones, que no ha tomado a mal su desconfianza: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño». Todos podemos hacer un cumplido. Natanael sigue en las suyas: «¿De dónde me conoces tú?». Y Jesús le dice: «Antes que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera, yo te vi». ¿Qué hacía bajo la higuera? Nada malo seguramente, pues era un buen israelita: acaso soñase en la redención de Israel. Maravillado de aquella mirada que penetraba a través de los muros, grita: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel». Entiende por ello el Mesías, pero esta vez se adelanta demasiado. Jesús se lo da a entender, y dirigiéndose a los que allí estaban, a sus primeros amigos, dice: «En verdad, os digo, veréis los cielos abiertos y a los ángeles del cielo que suben y bajan sobre el Hijo de hombre».

En todo Israel se sabía que Jacob, en sueños, había visto en Betel una escala suspendida del cielo, y a lo largo de ella los ángeles subían y bajaban (Gn 28, 10-17). Era una prenda para el viajero, obligado a abandonar la tierra prometida, de que Dios estaría con él: «Porque yo no te abandonaré hasta tanto que haya hecho lo que te he dicho».

Lo que Dios había prometido al patriarca, Jesús afirmaba que lo obtendría para él, y con tanta evidencia, que los discípulos, viendo sus obras, se convencerían de su misión, no por impresión pasajera de una sorpresa, sino por la evidencia de hechos sobrenaturales.

Esta conversación fue de grande alcance, y se comprende que el evangelista la señale como punto de partida de un período de tres días, pasados los cuales se halló en Caná, patria de Natanael[18].

---

[18] Juan jamás nombra a Bartolomé, que los sinópticos asocian siempre a Felipe. Es muy verosímil que el mismo personaje tuviera dos nombres. Ichodad (hacia el 850) lo da por seguro.

LAS BODAS DE CANÁ
(Jn 2, 1-11)

Es muy natural pensar que Natanael, que era de Caná, invitara allí a sus amigos a la boda de algún pariente cercano, que no debía tampoco estar muy alejado de Jesús, pues María, su madre, estaba invitada a ella. Pero nada autoriza a creer que fuese Natanael el novio, y mucho menos que lo fuese Juan, hijo del Zebedeo, el autor del Evangelio. Estas opiniones no tienen más fundamento que conjeturas ociosas, y los historiadores modernos de la vida de Jesús apenas las mencionan. El evangelista insinúa solamente que María, venida de Nazaret, estaba allí invitada con anterioridad, y que Jesús, que no pudo ser invitado hasta su regreso, fue obligado a detenerse con sus discípulos a su pasada y encontró allí a su madre.

San Juan, que refiere tan pocos milagros, siete entre todos, tuvo especial empeño en describir el primero con todos sus matices. La presencia de Jesús en una boda tiene ya su significación. Más de una vez en el curso de la historia de la Iglesia se han levantado herejes, animados de falso celo, proscribiendo el **matrimonio.** Si estos «continentes», como se les ha llamado, pudieron ser tachados de herejía, fue a causa de la aprobación dada por Jesús a la unión legítima de los esposos. Actualmente hay otros, y en mayor número, que echan contra esta institución anticuada, y encuentran también en su camino el ejemplo del celoso profeta que mostraba ser un sabio. Quiso participar de las alegrías de las bodas, porque ellas consagran a Dios la vida común, en la que dos seres que se aman buscan la felicidad y se obligan a cumplir con todo empeño la misión encomendada a los padres de educar a nuevos seres en la práctica del bien.

En todos los pueblos, las bodas se celebran con regocijo. Lo principal en Israel (Jc 14, 10), como en todas partes, era un banquete que reunía en una fiesta a dos familias hasta entonces extrañas la una a la otra. El nombre de la comida en hebreo equivale a una *convidada,* sin la nota intemperante, porque el vino estrecha la amistad en una permitida alegría. Galilea era, casi tanto como Judea, un país vinícola. En Caná, el vino de la boda, reservado desde hacía mucho tiempo, llegó a faltar, debido, tal vez, a que el número de convidados aumentó a última hora. Jesús estaba en la mesa cerca de su madre. Dándose ésta cuenta, compasiva y segura de que Jesús tenía los mismos sentimientos que ella, le dijo simplemente: «No tienen vino». Era la más delica-

da súplica; apenas si le sugería; ni es siquiera la expresión de un deseo. En caso de disentimiento, Jesús no tenía que oponer una negativa formal; rehúsa, sin embargo, ceder a esta afectuosa insinuación. Respondió a su madre: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora» (Jn 2, 4).

Entre nosotros, nadie emplearía la palabra *mujer* hablando a su madre. Entre los hebreos su uso era constante, y este modo de hablar, más solemne que familiar en exceso, era sumamente honorífico, aun traducido en griego. Así llamó Eliecer a la madre de Rebeca[19]. La misma respuesta debe interpretarse según la costumbre semita, donde esta locución es frecuente y tiene un sentido perfectamente determinado[20].

De no conocer más que el griego, habría que traducir: «¿Qué hay entre tú y yo?»[21]. Sería no sólo durísimo, sino claramente un contrasentido, ya se atienda a las relaciones de un hijo con su madre, ya a las exigencias de una situación, nada propicia a una querella doméstica. Aun hoy los árabes de Palestina dicen constantemente *malech,* es decir: *a ti ¿qué?,* para decir: «No te inquietes», o más vulgarmente: «No hagas caso».

Jesús, pues, hace notar a su madre que ellos no debían intervenir en este asunto, porque sería llamar mucho la atención, cuando no había llegado la hora de hacerlo. Su intención era no darse a conocer hasta que el Bautista no hubiera terminado su misión: se ve por lo que sigue.

Y, sin embargo, cosa extraña, María, interpretando, sin duda, la mirada de Jesús, mejor que sus palabras, comprendió que el primer designio sería atenuado a causa de su ruego. Esperando algo que no era ordinario, dijo a los servidores. «Haced todo lo que os diga».

Había allí seis grandes tinajas de piedra, como se han hallado no pocas veces cerca de las fuentes y aun de las cisternas, las cuales los judíos podían cómodamente utilizar para hacer sus abluciones. A una palabra de Jesús, las tinajas fueron llenadas de agua, y esta agua se cambió en vino. El milagro fue obrado tan discretamente, que el maestresala, retenido por sus servicios en el salón donde se bebía, no lo notó al principio. Pero el hecho no podía permanecer oculto. Los discípulos lo sabían. Fue una manifestación de la gloria de Jesús, gloria siempre

---

[19] Josefo, *Ant.*, I, XVI, 3; cf. *Dion Casio,* LI, 12, etc.

[20] Se admite cada vez más que el cuarto Evangelio mismo supone un fondo arameo, sobre todo en las palabras referidas.

[21] Fillion.

invisible, pero que irradiaba en las obras de origen divino. Los discípulos creyeron en Él, no sólo viendo en Él a un maestro de doctrina, sino a un depositario del poder de Dios.

El milagro los decidió: acababa de ocurrir a sus ojos. Jesús domina los elementos, pero, su bondad, ¿no les maravillaría todavía más? En atención a su madre, el hijo, dueño de su hora, se digna adelantarla. Más de uno ha pensado que eso era, sin duda, derrochar un tanto el poder divino al hacer uso de él por un motivo tan baladí. Pero ¿pertenece al hombre quejarse, si la condescendencia de Dios es tan benévola, aun en favor de una necesidad de orden temporal? En fin, los antiguos discípulos de Juan aprovechándose de tan alta lección, verían en este milagro una imagen del gran cambio que el Mesías debía realizar. El agua, transformada en un licor reparador y confortante, ¿no era la figura del bautismo de Juan, convertido en un bautismo en el espíritu?

JESÚS, EN CAFARNAÚN
(Jn 2, 12)

El evangelista san Juan no pone otro hecho, entre las bodas de Caná y la Pascua en Jerusalén, que la bajada de Jesús a Cafarnaún. ¿Volvió en este intervalo a Nazaret? Es bastante posible que lo hiciera, tanto más cuanto que en Cafarnaún sólo estuvo de pasada con su madre, sus hermanos y sus discípulos. La tradición cristiana constantemente ha afirmado que estos hermanos no eran hijos de María, siempre Virgen. Volveremos a verlos mencionados a propósito de Nazaret. No insinúa el evangelista que figurasen a la cabeza de los discípulos de Jesús y más tarde afirmará la poca fe que tenían en Él (Jn 7, 5). Por aquel entonces, como Jesús aún no se había declarado Mesías, continuaban las antiguas relaciones: aquella agrupación más tenía carácter de caravana que de instalación definitiva. Bajaron a Cafarnaún para ir a Jerusalén, porque todos estos galileos se preocupaban poco de hacerlo por Samaria. El relato, por demás conciso, de san Juan acaso permita suponer que Pedro, Andrés y Felipe, que eran de Betsaida, se habían dado cita en Cafarnaún. Entre el bautismo y la Pascua debió transcurrir algún tiempo, porque Jesús no hubiera ido sólo por unos días a Galilea, y es muy poco verosímil que los pescadores de Betsaida abandonaran desde entonces sus ocupaciones, para no separarse de

Jesús. El evangelista pasa de un episodio a otro como gigante cuyos pasos son de colina a colina. Nos deja a nosotros suplir su silencio, encajando los hechos, como los podemos suponer en una descripción hecha al vuelo.

JESÚS ARROJA A LOS VENDEDORES DEL TEMPLO
(Jn 2, 13-22; Lc 19, 45-46; Mc 11, 15-17; Mc 21, 12-13)

San Juan nos ha dicho que Jesús *bajó* a Cafarnaún y añade, no menos justamente: y *subió* a Jerusalén. Estaba próxima la Pascua, y era deber de todo israelita ir a ofrecer al Señor sus votos y sacrificios en el Templo, lugar escogido por Él. De todas las partes de Tierra Santa se veían acercarse grupos de gente, llevando delante de sí rebaños de carneros destinados a servir de víctima pascual, y lo mismo de toros y terneras necesarios para los holocaustos más suntuosos. De todas las grandes ciudades del mundo romano, de Antioquía, de Alejandría, de Cirene y de Roma iban numerosos judíos, algunos entre ellos muy ricos y deseosos de agradar al César ofreciendo holocaustos por su salud. Era, pues, urgente tener a disposición de estos extranjeros una considerable cantidad de ganado mayor y menor. Compraban en Jerusalén, dirigiéndose a los cambistas para tener dinero, sobre todo el medio siclo, moneda legal del censo sagrado, que debían pagar.

Todo este tráfico se hacía en el Templo. Acostumbrados a nuestras iglesias, casas donde Dios habita, donde nos admite a su intimidad, no toleramos el comercio ni a la puerta del Santuario. Pero el Santuario (naos) del Dios de Israel era sólo morada de Él, y sólo algunos sacerdotes penetraban allí para cumplir su oficio. También se daba el nombre de templo o de *hieron* (lugar sagrado) a los atrios que rodeaban el Santuario, cerrados por una enorme muralla. Todo esto era casa de Dios. En estos vastos patios se emontonaban los rebaños de bueyes y ovejas, los traficantes de palomas y también los cambistas, sentados delante de sus mesitas en forma de pupitres, donde las monedas de oro y de plata atraían con su brillo las miradas.

Los musulmanes que han entrado en la Meca, en el inmenso *haram,* cuyo centro está ocupado por la piedra negra, comprenden mejor que nosotros esos espectáculos: indignamente explotados de quienes venden el carnero del sacrificio, vociferando para tener ofertas mejores, expresan al natural los sentimientos que debemos suponer

en los contemporáneos de Jesús. ¿Cómo orar en medio de semejante alboroto? ¿Cómo ofrecer al Señor con alegre corazón dones tan acaloradamente regateados? Los sacerdotes, sacrificadores patentados, ¿suplirían los sentimientos imperfectos de los fieles, al mismo tiempo que calculaban el beneficio que de cada víctima percibirían?

Jesús no toleró esta profanación. Sin otro mandato que su título de Hijo, no quiere que la casa de su Padre sea un mercado. Armándose con un látigo, que rápidamente formó de cordeles, echa a todo el mundo, que salió precipitado, no esperando apenas a que el ganado más perezoso saliese delante, y volcando las mesas de los cambistas, abandonadas con su provisión de pequeñas monedas.

La acción de Jesús fue tan repentina, que a sus discípulos, maravillados, no se les ocurrió siquiera ayudarle. Reflexionando en ello acaso mucho tiempo después, comprendieron el celo que le animaba y se acordaron de que la Escritura había dicho del celo por la casa de Dios: «El celo de tu casa me consume» (Sal 69, 10). Esta frase del salmista convenía a Jesús, consumido por el celo, como en otro tiempo Elías (1R 19, 10), con el presentimiento de que este celo muy bien podría costarle caro. En efecto: ya los judíos, aquellos judíos influyentes y sospechosos que habían intervenido cerca del Bautista, pedían a Jesús sus títulos para subvertir el orden establecido. Jesús respondió: «Destruid este Templo, y en tres días lo reedificaré». Sabemos que hacía ya milagros, pero no los alega a su favor. Pertenece a la tradición bíblica (Ex 3, 12; Is 7, 10 s. y 37, 30) proponer como signo de un hecho que se ha de creer en el presente un acontecimiento futuro. De esta suerte, hay todavía, aun con relación al signo, lugar para la fe y la confianza. Dios tiene el tiempo por suyo y está seguro del porvenir.

La respuesta, confesémoslo, era oscura. Los mismos discípulos no la comprendieron hasta mucho más tarde, hasta después de la resurrección, que les dio la clave. El Maestro estaba en su derecho al proponer un enigma a aquellos doctores que se creían tan sutiles. O más bien, estaba resuelto desde entonces a reservar para su resurrección el carácter de signo por excelencia, de su autoridad y de su misión. Todo a su debido tiempo aparecería claro. La forma enigmática es una garantía de que el suceso no tuvo parte en la profecía. Ni los hechos se calcaron en la profecía, ni la profecía fue inventada después de los hechos. Estaban en el Templo y tomó la comparación del mismo Templo: «Destruid este Templo y en tres días lo reedificaré».

«Hablaba del templo de su cuerpo», dice el evangelista, que no cayó en la cuenta sino hasta pasado mucho tiempo.

Los judíos no indagaron el sentido misterioso de aquellas palabras, pero, llevados de su natural pronto, las juzgaron absurdas: «En cuarenta y seis años fue edificado este Templo, ¿y tú lo levantarías en tres días?» Inútil era ya toda discusión. Los zelotes habían acostumbrado al pueblo a responder amén a todo. Jesús pertenecería a una facción de arrebatados. Los jefes inquisidores callaron por entonces, pero el escozor les quedó en el cuerpo.

Cuando los judíos decían que se había tardado en edificar el Templo cuarenta y seis años, se referían a la construcción emprendida por Herodes el decimoctavo año de su reinado[22], y que aún no estaba completamente terminada, pues no fueron despedidos los obreros hasta el año 63 de Jesucristo, bajo el procurador Albino[23]. Sin muestra de intención alguna vemos aquí un sincronismo muy satisfactorio. El decimoctavo año de Herodes corresponde al año 20-19 antes de Jesucristo. El cuadragesimosexto, después de este momento, nos lleva al año 27 ó 28 después de Jesucristo, que debe ser el decimoquinto de Tiberio, punto de partida de la predicación del Bautista[24]. Si dicha predicación comenzó al principio de este año decimoquinto, en octubre o noviembre, habiendo sido bautizado Jesús en enero, según la tradición litúrgica, esta Pascua correspondía a la del año 28 de nuestra era.

Los tres primeros Evangelios colocaron la expulsión de los vendedores del Templo en la Pascua que precedió a la Pasión. Su plan les invitaba a ello, ya que no mencionan ninguna otra Pascua. El cuarto Evangelio puso las cosas en su punto. Lo esencial es el acto de Jesús, que conserva su significación, en cualquiera época que sea: es la expresión espontánea del celo del Hijo de Dios, al entrar en la casa de su Padre, que no puede sufrir que su santidad sea violada. Era, además, este Templo también suyo: si antes estuvo en él, hasta entonces no había empezado su carrera. Él es propiamente el Dios que llega, según el oráculo de Malaquías, el último de los profetas: «He aquí que yo envío a mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí, y luego vendrá a su Templo el Señor, a quien vosotros buscáis y el ángel

[22] Jos., *Ant.*, XI, I.
[23] *Ibíd.*, XX, IX, 7.
[24] Véase nuestro *Evangile selon saint Luc.*, III, I.

del pacto a quien vosotros deseáis. He aquí que llega, y ¿quién podrá soportar el día de mi venida? ¿Quién podrá estar cuando él se mostrare?» (Ml 3, 1-2). Después del Precursor, el ángel de la alianza o el Mesías, que es también el Señor.

ENTREVISTA DE NICODEMO[25]

(Jn 2, 23; 3, 15)

Durante esta estancia en Jerusalén, Jesús hizo milagros y muchos creyeron en su nombre. Pero los escribas o doctores de la Ley estaban menos dispuestos a rendirse que el bajo pueblo, porque la fe más fácilmente brota de la docilidad del espíritu que aprende que de la suficiencia de los que enseñan. Había, sin embargo, algunos vacilantes, y temían resistir a una palabra venida del cielo. Cuando menos era preciso informarse, y si no se quería admitir todo a carga cerrada, tampoco se debía condenar sin examen. El paso en uno u otro sentido era, no obstante, delicado. Los mangoneadores de la opinión religiosa estaban mal dispuestos contra Jesús por su acto de celo, que les había parecido irreflexivo. Pero tomarlo en serio era comprometido para un doctor. Nicodemo, uno de ellos, fue a ver a Jesús de noche: su buena voluntad es evidente; pero, como sucede a los llamados intelectuales, el hábito de examinar el pro y el contra, y de considerar todas las posibles soluciones, le hacía titubear. No se entusiasma con los misterios que agitan el corazón: eso se queda para las almas sencillas. Tiene miedo de ser engañado con sonoras palabras que no encierran ningún sentido razonable. De ahí el extraño carácter de aquella conversación que no podemos comentar aquí frase por frase. Duró parte de la noche, y no nos ha quedado de ella más que el luminosísimo tema.

---

[25] Estamos fuertemente tentados a suponer que esta escena ha sido desplazada y la trasladaríamos con gusto a la última Pascua. Se lee aquí, v. 23, que Jesús hizo muchos milagros, y, más lejos, Juan habla del segundo milagro de Jesús (4, 54). De la enseñanza sobre el Hijo del hombre elevado, se volverá a hablar, cuando la última Pascua (12, 31 s.). También las antiguas sinopsis (Taciano, *Codex Fuldensis*) colocaron esta conversación después de la última entrada en Jerusalén. Pero adrede el evangelista colocó esta escena muy al principio, puesto que es como una explicación del bautismo en el Espíritu, señalando la superioridad sobre san Juan Bautista (Ver el texto de Taciano Diatessaron–, que es el tomo 2 de esta serie de *Vidas de Jesús / Edibesa*).

Porque Jesús, cuyo designio era tratar con los doctores de Jerusalén cuestiones de altura, en tanto que en Galilea se acomodaba a la capacidad del pueblo, abre a Nicodemo horizontes que se elevan hasta las cosas celestiales, miradas, sin embargo, en su relación con la salvación de los hombres. El primer paso necesario para ser admitido en el reino de Dios es nacer de nuevo o de lo alto, según el doble sentido del término griego empleado por san Juan. Había ya en esto mucho de que maravillarse, porque en el Antiguo Testamento nada semejante se encontraba, y probablemente las especulaciones de los judíos alejandrinos no habían penetrado aún en Judea, al menos las de Filón, que por aquel tiempo florecía. Este judío, deseoso de atraer a las personas instruidas a la Ley de Moisés, hablaba de un segundo nacimiento, el del alma al abandonar el cuerpo, para nacer o, más bien, para hacerse un ser simple, que no proviniese de madre, sino de solo Padre, el Creador[26]. Además, Filón nada sabía de este nuevo nacimiento de que Jesús hablaba, y que tomaba por una transformación del ser interior, que muy bien se podía llamar vida nueva, aun antes de que el alma se separase del cuerpo. El principio de este nacimiento era el Espíritu Santo, y el instrumento, el agua del bautismo. Era manifiesto que Juan había designado este bautismo como obra del Mesías. Al llegar aquí, Nicodemo debió empezar a comprender por qué los profetas habían hablado de los tiempos en que el Espíritu Santo se difundiría para cambiar los corazones, haciéndolos dóciles y puros. «¡Oh Dios!, había dicho el salmista, crea en mí un corazón puro y renueva un espíritu recto dentro de mí: no me eches de tu presencia, no me quites tu Espíritu Santo» (Sal 51, 12 s.; cfr. Ez 11, 19; 35, 26 s.). Esta transformación no es menos real que profunda y divina. El espíritu, como el viento, es invisible y no menos activo que él. Sócrates, el primero entre los griegos que inculcó fuertemente la existencia de seres espirituales, empleaba una comparación semejante. «A los vientos no se les ve en sí mismos, pero son evidentes los efectos que producen, y se les siente bien cuando soplan»[27]. Así sucede con los espíritus, como el alma, que se pueden alcanzar por la razón. Pero Jesús habla de la acción sobrenatural del Espíritu sobre las almas, el cual, siendo absolutamente libre, puede hacerse oír cuando le agrade, aunque no se sepa de dónde viene, ni adónde va, es decir, qué es lo que se propone.

---

[26] *Quaest. in Exod.*, II, 46; cfr., *De Vita Moysis*, II, 288.

[27] Xenofonte, *Memorables*, IV, III, 14.

Y con respecto a los hombres que él anima nacen de su Espíritu y reconocen en sí la acción del Espíritu sin darse cuenta de ello. Esta acción, se comprende, traspasa los límites de la naturaleza, y nadie podrá estar bien instruido en ella sino por Aquel que conoce las cosas del cielo. Jesús afirma que es el revelador de ellas: venido del cielo, conoce sus secretos, pero sólo revela aquellos que tienen relación con las cosas de esta vida; enseña lo que el hombre debe creer para salvarse. El mismo bautismo no puede llamarse segundo nacimiento si no le ha precedido una especie de muerte: es necesario morir realmente para renacer místicamente, pero no por la separación del alma del cuerpo.

La nueva vida del cristiano, continuando su existencia sobre la tierra, será una vida divina comenzada, porque habrá sido precedida de una muerte mística. Esta muerte es la unión por la fe con la muerte de Cristo. San Pablo la ha explicado más claramente. A Jesús le basta hacer entrever a Nicodemo la suerte que le espera al Hijo del hombre, es decir, al revelador que es Él mismo: deberá ser exaltado. Pudiera creerse que esta exaltación le volvería al cielo de donde ha descendido; pero no, Él será exaltado, como la serpiente de bronce en el desierto, atado a un madero: «Y todo el que hubiere sido mordido (de alguna serpiente) y le mirare, conservará la vida» (Nm 21, 8), con tal que ponga su confianza en Dios que ha querido obrar su curación por aquel signo. Del mismo modo, cuando el Hijo del hombre hubiere sido exaltado de esa manera, lo que debe de entenderse del suplicio de la Cruz, los que creyeren en Él, tendrán la vida eterna.

Jesús reveló a Nicodemo las etapas aún desconocidas de la vida sobrenatural: el nacimiento por el bautismo y por el Espíritu; la fe en Aquel que ha venido de lo alto, como revelador y redentor, conduciendo las almas a la vida divina. Todo esto, sin embargo, no era más que el primer germen sembrado en el espíritu de un doctor. Ya que era maestro en Israel, debía sondear estas palabras, y si no las veía con claridad, pedir nuevas explicaciones. Nicodemo se calló. Acaso empezaba a apuntar la aurora y no quería ser visto. Hay motivos para creer que esta noche fue el principio de su luz.

El evangelista claramente comprendió que esta conservación de Jesús con Nicodemo une el Nuevo Testamento con el Antiguo por medio del anillo de la doctrina del Espíritu. Con ocasión del Espíritu dijo Jesús a Nicodemo: «¿Eres doctor en Israel e ignoras esto?» Tenía conciencia de no haber bebido en otras fuentes: el don del Espíritu en

el Bautismo venía de Israel, por revelación hecha al Bautista. Sobre estos fundamentos, la autoridad del Hijo del hombre, en adelante autor de la fe, revelaba el misterio del nacimiento y de la vida espiritual.

Hay, sin embargo, muchos críticos que afirman, como si fuera verdad inconcusa, que este nacimiento o regeneración por el bautismo ha sido tomado de los misterios paganos. Es un tópico en la escuela de las religiones comparadas que la iniciación en los misterios era una regeneración, era el nacimiento a una vida nueva y divina.

No habrá quien diga que tal sentido tuviera la iniciación en los misterios de los antiguos griegos. Estaban tan lejos de toda mejora moral, que Sócrates no quiso ser iniciado en ellos, y por ese motivo precisamente. La asimilación, la iniciación con una reforma moral, ¿tendrá su origen en los misterios orientales? Los principales eran los de Cibeles y los de Attis, y se luchó largo tiempo para que tuviesen cabida en Roma a causa de su inmoralidad.

Los eruditos no debieran olvidar este hecho constante, que la moralidad teórica de los filósofos fue siempre muy superior a la de los santuarios. Las nociones de vida superior que acompañaban alguna vez a la iniciación, fueron debidas a la influencia de la filosofía.

Lejos de quitar nada a los misterios, Séneca da la pauta cuando expone el cambio que se obra en él a consecuencia de una resolución súbita y enérgica[28]. El empleo de la palabra transfiguración no es de extrañar, sabiendo que continuamente hablaba de metamorfosis, y dicha palabra no tiene el sublime sentido que nosotros le damos después de la transfiguración de Cristo. Los misterios que unían a ciertos privilegiados con las divinidades encargadas de su salvación fueron del mismo modo, y bajo la influencia de los filósofos, impregnados de sentimientos de reforma moral hacia el principio del Imperio. Ya mostraban la entrada del iniciado después de su muerte en la sociedad de las diosas. De aquí la iniciación vino a ser considerada como una muerte seguida de un nuevo nacimiento. A pesar de las más persistentes indagaciones, ningún testimonio se ha descubierto anterior a los

---

[28] Séneca, *Ep. IV: Intelligo, Lucili, non emendari me tantum, sed transfigurari.* «No solamente me siento cambiado, sino transfigurado». Lo que ha cambiado es su resolución: comprende que le falta mucho por hacer: *nec hoc promitto iam aut spero, nihil in me superesse quod mutandum sit.* Quisiera explicar a Lucilo aquel súbito cambio, *tam subitam mutationem,* pero no lo hace. Esto sólo pudo ser resultado de una reflexión filosófica y en nada influyeron los misterios.

textos de Apuleyo, que son de hacia el año 150 después de Jesucristo[29]. Cuando la teoría está con toda limpieza y claridad formulada en el Nuevo Testamento, como mística, la de Apuleyo sólo está bosquejada por modo de comparación y en una obra que ofende a la moral menos delicada. El autor quiso solamente juntar a los atractivos más groseros el encanto más elevado de un falso y equívoco misticismo.

La frase «nacido de nuevo», *renacido,* lejos de ser una expresión consagrada a expresar el estado del iniciado, es aplicada por Apuleyo, en primer lugar, a su héroe, en el momento en que, por gracia de Isis, cesa el estar metamorfoseado en asno y vuelve a tomar la figura humana[30]. Entonces «nace de alguna manera, de nuevo»: aún no está iniciado, sólo está consagrado al servicio del Santuario, nueva metáfora que Apuleyo tiene por tan exacta como la primera. Cuando, por fin, es iniciado, otra vez «nace de nuevo, de alguna manera», y el autor explica el porqué de esta comparación. La hora[31] de la revelación de los misterios es cuando el iniciado es sometido a un juicio en las puertas de la muerte, y aunque su muerte es mera ficción, ya se le pueden confiar los secretos: los muertos no hablan. Al mismo tiempo, y continuando la ficción, es salvado por la misericordia de la diosa. Esta salvación dura un instante, es una salvación precaria, como la llama Apuleyo; hay que empezar de nuevo la carrera de la salvación.

Se ve aquí por qué tanteos llega el escritor africano, que escribía cerca de cincuenta años después de san Juan, a una fórmula que le parece feliz. El que vuelve a ser hombre, después de ser asno, nace de nuevo, por decirlo así, y lo mismo aquel que es juzgado muerto para recibir la iniciación.

Y Apuleyo sólo habla de los misterios de Isis. Nada indica el empleo de esta expresión en otros misterios en una época tan remota. Nótese, sobre todo, que la expresión de Juan, tan firme, que encuentra eco en muchos pasajes del Nuevo Testamento (Tt 3, 5; 1P 1, 3; Jn 3, 9), supone también una comparación, pero una comparación entre dos

---

[29] *Metam.*, XI, 6. El pueblo grita: *Hunc omnipotentis hodie deae numen augustum reformavit ad homines* (a él le devolvió su forma humana): *felix hercules et ter beatus, qui vitae scilicet praecedentis innocentia fideque meruerit tam praeclarum de caelo patrocinium, ut renatus quodam modo statim sacrorum obsequio desponderetur.*

[30] *Metam.*, XI, 16.

[31] *Ibíd.*, XI, 21.

vidas, la vida temporal y la vida espiritual divina: la realidad de la segunda, que es, por su naturaleza, más perfecta a los ojos de la fe que la primera. Esta realidad no se halla en los misterios que no prometen al iniciado ninguna participación nueva de la naturaleza divina: solamente lo consagran a las divinidades que lo toman bajo su protección. En Apuleyo no se dice, ni aun a título de simple metáfora, que Lucio, debido a la iniciación, se convierta en hijo de la diosa: es sólo hijo del sacerdote que lo recibió al servicio de su común señora. Concluyamos: no se puede explicar una doctrina firme, fecunda, cuyos orígenes son claros y los resultados inmensos, deduciéndola de vagos símbolos que jamás han tenido unión, ni producido ninguna vida espiritual. En esta vida del Espíritu, ignorada de los misterios, lo esencial es que fue revelada por la enseñanza y por la muerte de Jesús. La semejanza en las metáforas deducidas de tan diferentes principios sólo merece la atención a título de curiosidad literaria.

ÚLTIMO TESTIMONIO DE SAN JUAN BAUTISTA
(Jn 3, 22-30)

El evangelista san Juan, único que nos da noticias de lo que precedió a la predicación oficial de Jesús, nos lo presenta caminando con sus primeros discípulos hacia el país de Judea: estando en Jerusalén estaba ya en Judea, más aún, en su capital. Ahora vuelve a un punto de la región que no determina. Como allí bautizaba, el agua debía ser de la llanura del Jordán o no lejos del lugar en que el evangelista colocó los primeros bautismos; de no ser así, debería indicar otro lugar diferente. Fue el Bautista el que cambió de lugar, como expresamente lo indica el texto: bautizaba en Enon, cerca de Salim. Una antigua tradición del tiempo de Eusebio, obispo de Cesarea en Palestina, a principios del siglo IV, designa el sitio a ocho millas al sur de Escitópolis, hoy Beisán. A esa distancia se hallan, en efecto, muchos estanques naturales unos y artificiales otros, especialmente en *ed-Deir,* donde una iglesia bizantina fijaba, sin duda, el lugar del bautismo[32]. Enon, en el arameo que hablaba Jesús, significa «las fuentes», y *tell Sarem,* como a cinco kilómetros del norte de nuestras fuentes, representa el nombre de Salim. Se ve aquí de todos modos el cuidado que pone el cuarto

---

[32] *Revue Biblique,* 1895, p. 506 s., y 1913, p. 223.

evangelista en fijar sólidamente los hechos en un terreno bien determinado.

No debían estar muy lejos uno del otro, san Juan y Jesús[33], puesto que los discípulos de Juan se consideraban eclipsados por lo que los discípulos de Jesús hacían. Con singular ingenuidad nos dice primero el evangelista que Jesús bautizaba, para advertir en seguida con más exactitud que no era Él quien bautizaba, sino sus discípulos[34]. Evidentemente cuenta con que el lector tendrá cuidado de interpretar su pensamiento, bastante claro en el fondo. Jesús permitía y autorizaba con su presencia el bautismo, pero no lo administraba por sí mismo. ¿No sugiere esto a un lector perspicaz que su bautismo, el bautismo en el Espíritu Santo, aún no había empezado? El bautismo en el Espíritu Santo supone evidentemente un don del Espíritu, y éste aún no había sido dado (Jn 8, 39). No podía ser el bautismo una iniciación a una vida nueva, antes que el cristiano estuviese unido a la muerte de Cristo, levantado en una cruz[35].

La doctrina del cuarto Evangelio se transparenta en estas alusiones muy coherentes y muy explícitas.

Si Jesús había fundado ya el bautismo en el Espíritu, san Juan ya habría dejado de practicar el suyo. Continuaba, empero, su misión, hasta que le fuese dada la señal por Jesús, satisfecho, por otra parte, de ver a algunos de sus discípulos encaminarse hacia Él. A su vez, Jesús dejaba a los suyos reclutar nuevos adeptos, dispuestos a escucharle y a seguirle cuando fueren llamados. Es muy verosímil que ésta fuese la fisonomía de este período de transición. Se acusa sin motivo al cuarto evangelista de sustituir al Jesús, tan humano, de los sinópticos por un Verbo de Dios que inunda el mundo con sus resplandores, olvidando que nos ha conservado multitud de hechos en que aparece retratado Jesús con humilde colorido, más bien que con tonos deslumbrantes.

A pesar de estos procedimientos, de actividad atenuada de Jesús y de atenta docilidad de Juan, hubo sus roces. Un judío profirió expresiones que los discípulos de Juan juzgaron intolerables. Se trataba de

---

[33] Extraña que Fouard ponga la acción de Jesús en Idumea y se apoye para ello en Mc 3, 8.

[34] Compárese Jn 3, 22 con 4, 2.

[35] Tertuliano, san Crisóstomo, san León el Grande y entre los modernos Fillion, contra san Agustín, Maldonado, Fouard.

la purificación. ¿Sería sobre el bautismo o sobre el principio mismo de las purificaciones a las cuales los judíos se creían obligados? No se sabe con certeza. Este judío obraba ardiendo de celo y en nombre de Jesús, cuyo espíritu no había comprendido, puesto que los discípulos de Juan lo hacían responsable, según su modo de ver, de levantarse como rival de su maestro, culpándole, además, del delito de arrastrar en pos de sí más gente. ¿No era ingratitud hacer el vacío alrededor de aquel que había dado testimonio de Jesús?

A los discípulos de Juan les desconcierta su misma fidelidad. Si ha dado testimonio del Mesías, siendo sólo su precursor, es que había aceptado atenerse a su propia misión señalada por Dios. Sus discípulos no conocen aún la verdadera grandeza del maestro, porque aquella alma ardiente, aquel corazón austero, pero muy amante, al ver opacarse su figura, no se acoge a una resignación melancólica. Su abatimiento le hace saltar de gozo, porque él es, a pesar de todo, el amigo del esposo, y habiendo oído la voz del esposo, su alma rebosa de alegría.

He aquí señalado con un solo rasgo, pero rasgo de caridad divina, la imagen del divino esposo que se ha unido a una misteriosa desposada en bodas inefables. Dios había manifestado su amor a Israel y había comparado la alianza a unos desposorios seguidos de perpetua unión. Pero la virgen de Judá, escogida entre mil, fue infiel. El tierno profeta Oseas había experimentado en su corazón y en su carne el dolor del esposo celestial engañado. La mujer culpable fue repudiada. ¿Dónde está el nuevo compromiso nupcial? ¿Es la humanidad con quien, esta vez, el Mesías quiere la alianza? Juan Bautista no lo dice, tal vez ni lo sabe; sabe que el esposo está allí y que él es su amigo; sólo el esposo debe atraer las miradas de todos, él con gozo queda envuelto en la oscuridad.

CAPÍTULO TERCERO

MINISTERIO DE JESÚS EN GALILEA

I. JESÚS ABANDONA JUDEA Y PREDICA EN GALILEA

PRISIÓN DE SAN JUAN. JESÚS COMIENZA SU MINISTERIO
(Lc 4, 14; Mc 1, 14; Mt 4, 12; Jn 4, 1-3)

Ignoramos si, después de escuchar estas palabras (*), los discípulos de Juan acertaron a comprender el alma de su Maestro, y si algunos de los que allí estaban siguieron a Jesús, al menos después de la muerte de Juan. Sólo alabanza merecen los que continuaron fieles a su servicio mientras estuvo en la prisión. Permanecieron algunos alejados de la acción evangélica, habiéndose tal vez expatriado, los cuales recibieron más tarde el bautismo en el Espíritu Santo en Éfeso (Hch 19, 1-7).

Juan mismo puso el sello a su misión en aquel grito de ternura salido de su animoso corazón. Poco tiempo después era reducido a prisión por Herodes Antipas, tetrarca de Galilea. Volveremos sobre este hecho cuando tratemos del martirio. Los fariseos, como corporación, poco atraídos por sus prédicas, se creyeron desde luego desembarazados de los accesos de celo importuno. Pero se percataron muy pronto de la agitación creciente alrededor de Jesús, en la cual, lejos de ganar, saldrían perdiendo, a juzgar por lo acaecido en el Templo. Jesús no quiso ser el blanco de sus intrigas, y, además, desapareciendo Juan, había llegado el tiempo oportuno para Él de empezar la predicación del reino de Dios, y en su nombre propio, en su tierra de Galilea. Y allá se volvió con algunos discípulos, compañeros de su peregrinación.

LA SAMARITANA
(Jn 4, 4-12)

Conociendo Jesús, como conocía, el descontento de los fariseos, parece que no debiera pasar por Jerusalén. Hubiese podido seguir el

---

(*) Las palabras de Juan son: «Él (Jesús) tiene que crecer y yo tengo que menguar» (Jn 3, 30) N. del E.

mismo itinerario de la primera vez, ganando la orilla del lago y subiendo río arriba el Jordán. Un motivo desconocido le decidió a tomar la ruta de Jerusalén a Nazaret, no lejos de la ciudad actual de Nablús[1].

Las fiestas de la Pascua habían terminado, y los samaritanos no acechaban ya el paso de los judíos para insultarlos. Por otra parte, la pequeña caravana, subiendo el valle del Jordán, sea por Aqrabeh o por wady-Farâ, llegaban a la ciudad hostil por el este, por donde no se esperaban a los judíos. Para conocer ciertos pormenores de la estancia de Jesús entre los samaritanos es preciso no olvidar la historia de sus disputas con los judíos de Jerusalén.

El reino de Israel, separado primero y enemigo después del reino de Judá, quiso tener su capital propia, Samaria, fundada por el genio de Omri, en un sitio muy fuerte sobre una colina aislada, donde nunca se había levantado construcción alguna[2]. Transformada por Herodes según la moda romana, Samaria se convirtió en Sebaste, es decir, Augusta, en honor de Augusto; aun hoy es conocida por el nombre de Sebastiyeh. La región, sin embargo, conservó el nombre de país de los samaritanos. Los judíos nacionalistas y ortodoxos de Jerusalén los miraban con profundo desprecio. No eran propiamente israelitas, ya que en gran parte eran colonos transplantados por los conquistadores asirios, sobre todo por Assarhaddon, que habían llevado consigo a sus dioses. Los antiguos elementos israelitas, no obstante, habían ejercido cierta influencia sobre el elemento advenedizo. Siguiendo los samaritanos la ley de todo el mundo antiguo, tuvieron que rendir culto al dios de la tierra, y estaban orgullosos, como siempre sucede, de sentir muy vivo cariño por su nueva patria y grande afecto a las costumbres del país[3]. Los samaritanos quisieron contribuir a la construcción del Templo, a la vuelta del destierro. Rechazados por los cautivos venidos de Babilonia, aunque adoradores del mismo Dios, pero enemigos de la jerarquía de Jerusalén, eran tenidos por los judíos, no como puros gentiles, sino como cismáticos.

Los griegos ortodoxos, que antes de la caída de Constantinopla

---

[1] Casi por entero destruida por el temblor de tierra del 11 de julio de 1927. Sobre esta ciudad, véase: *Revue Biblique*, 1923, p. 120 s. y la obra del P. Jaussen sobre las costumbres en Nablús.

[2] Pormenor bien comprobado en recientes excavaciones.

[3] Sobre los samaritanos en la época persa, véase el papiro de Assouan, ed. Sachau.

habían preferido el turbante a la tiara (*), son ejemplo palmario de esa suerte de odio religioso. Este odio entre los samaritanos y Jerusalén llegó al colmo cuando el sacerdote Manasés, arrojado por la jerarquía del Templo, se refugió en Samaria para erigir altar contra altar[4]. Al monte Sión opuso él el monte Garizim, que se levanta enfrente del monte Ebal y domina por el sur un valle estrecho, bien regado y muy fértil, por donde pasa el camino real que une a Galilea con Judea. Este valle, defendido al este por la antigua Siquem, se había convertido en centro de la secta, sobre todo después que Samaria, destruida por Hircano, príncipe de los judíos[5], había sido reedificada como ciudad pagana por Herodes. La religión estaba ligada a este suelo en las más viejas historias del tiempo de los Jueces, cuando Abimelec, rey de Siquem, era el primer príncipe de Israel, y aún se remontaba a los patriarcas, puesto que Jacob había dado a su hijo José una tierra cercana a esta ciudad (Gn 33, 19 y 48, 22). Desde la cumbre del monte Garizim se abarca con la vista la ciudad moderna de Nablús, el sitio del altar donde Josué promulgó la ley sobre el monte Ebal[6]; en la llanura se ven las ruinas de Siquem, el pueblo de Askar, la tumba de José y el pozo de Jacob[7], la campiña de Mahné, y las montañas que cierran por el sur el horizonte de Jerusalén.

Según el itinerario que había elegido para ir a Nazaret desde la baja llanura del Jordán perteneciente a Judea, Jesús debía pasar por Samaria. Viniendo de Aqrabeh, desembocaría al sur de la rica vega de ondulantes mieses en primavera, atravesándola diagonalmente, hasta llegar al pozo de Jacob. Caminando muy pocos minutos al norte del pozo se ven las ruinas de Siquem. La antigua ciudad estaba ya cubierta de escombros, y después de los seléucidas fue trasladada al valle formado entre el Ebal y el Garizim, donde tomó, bajo Vespasiano, el nombre de *Flavia Neapolis* (Nablús). Pero excavaciones recientes han atestiguado que en la época romana continuaba ocupando el antiguo lugar de Sequem[8], no con el nombre de Siquem, que había cambiado de sitio,

---

(*) Alude el P. Lagrange al nacionalismo de los ortodoxos, que prefirieron aliarse con el Islam antes que pactar con Roma. (N. de E.).

[4] Josef., *Ant.*, XI, VIII, 2.

[5] En 128 antes de Jesucristo.

[6] *Revue Biblique*, 1926, p. 98 s.

[7] Renán, *Vie de Jésus*. Apéndice, p. 493, la topografía de los v. 3-6 es satisfactoria. «Sólo un judío de Palestina, que hubiera pasado muchas veces por la entrada del valle de Siquem, pudiera describir esto».

[8] Según los descubrimientos hechos en el 1927 por MM. Sellim y Welter, y contrariamente a lo dicho en nuestro *Evangile selon saint Jean*. Todas las dificul-

sino con el de *Sichora,* pues es seguro que el Sicar del Evangelio es el nombre arameo más reciente de la antigua Sequem.

En el camino, antes de llegar a la pequeña ciudad de Sicar, se encontraba un pozo. Jesús, fatigado, deja a los discípulos ir en busca de los alimentos necesarios y se sentó en el brocal del pozo para dar descanso a sus cansados miembros por el esfuerzo de la subida. Quien nos da estos pormenores es el mismo que veía en Jesús el Verbo, Hijo del Padre y Dios como su Padre: pero sabía también que tomó sobre sí el poder sufrir, que es herencia de la naturaleza humana. Jesús, fatigado, tiene sed. Como a las doce se presentó una mujer que iba por agua: nada más natural, si vivía en Sicar, la antigua Siquem, que carecía de agua y estaba a 200 metros próximamente del pozo.

Cuando la mujer Samaritana echa el cubo al pozo, Jesús le pide de beber: es un pequeño servicio que jamás se niega, y aquella mujer no pensó en negárselo; pero le agrada mostrarle que ella ha reconocido en su interlocutor a un judío, y que ella va a hacerle una gracia. ¿Cómo, siendo él judío, no se le veía el desprecio orgulloso de sus compatriotas y pedía de beber a una Samaritana?

Jesús no aprueba aquel tono desenvuelto y a la vez agresivo. La mujer no ve en él más que a un judío de corazón estrecho, y eso que era un corazón poderoso y magnánimo, para concederle el agua viva. ¡Si supiera con quién trataba, sería ella quien le rogase!

La Samaritana se extraña de aquella salida. No tiene él con qué sacar agua del pozo, ¿de dónde sacará el agua viva? ¿Va a hacer brotar el agua del suelo, como si fuera más poderoso que Jacob, «nuestro padre Jacob», dice ella con énfasis, que tuvo que cavar este pozo para dar de beber a sus hijos y abrevar sus ganados?

Pero ¿a qué venía semejante milagro, y para qué serviría aquella agua viva ordinaria? De otra agua habla Jesús y de un milagro mucho más sorprendente, aunque permanezca oculto en el secreto de las almas. Quien beba de su agua no sentirá más sed, porque poseerá en sí la fuente, una fuente que salta hasta la vida eterna, a la cual conduce su fuerza.

---

tades sobre este lugar se hallan allí resueltas por las últimas excavaciones. La Samaritana vivía muy cerca del pozo y debía de ir allí, a buscar agua. El nombre de Sicar, transformado en Askar, se transportó a un kilómetro al este de las ruinas, cuando fue completamente abandonada, en tanto que las casas se edificaban cerca de la fuente que se ve en Askar.

La mujer responde: «Señor, dame de esa agua, para que yo no tenga más sed, ni necesite volver aquí para sacarla». Parece que ella asiente con docilidad a todo. Sin embargo, no hay allí ingenuidad, y la lección es demasiado alta para ella. En sus labios parece dibujarse una sonrisa burlona. Veamos ya el gran prodigio. ¡Esperemos! Entonces Jesús da el golpe de gracia. «Vete, llama a tu marido y ven acá».

La Samaritana, siempre viva, cree sorprender la perspicacia de quien presume que sabe los secretos de la vida eterna: «No tengo marido». «Es verdad», dijo el misterioso interlocutor, «porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido».

Interrumpamos aquí este tan ceñido diálogo. Ciertos oyentes, los críticos modernos, se han deslizado hacia los pozos de Jacob. También ellos quieren dialogar con la Samaritana, pero despojando a esta mujer de su feminidad tan expresiva, viendo sólo en ella un ente de razón, un símbolo de su patria, que en otro tiempo adoró cinco dioses importados de la Mesopotamia con los colonos llevados por el rey Assur. Es verdad, la Biblia (2R 17, 30 s.) habla de cinco naciones, pero de siete dioses. Los alegoristas no se detienen en pequeñeces, y ya un comentador del siglo XIII relacionaba los cinco falsos dioses con los cinco maridos de la Samaritana. Aquella época era muy propicia para los sentidos alegóricos. El buen comentador no dudaba de la realidad de esta mujer; solamente que en vez de creerla una esposa ligera y de sospechosas costumbres, le imputaba contra toda verosimilitud el haber profesado la idolatría de sus antepasados. Los críticos modernos, menos respetuosos del sentido literal, no han estado más felices. De creerlos, la Samaritana sería aquí la imagen de su nación, a quien se le dice: Vosotros, samaritanos, habéis sido idólatras y sois ahora cismáticos. Pero se cambia de nuevo en mujer para avisar a sus compatriotas, que Juan nos los presentará mejor dispuestos que los judíos y más dóciles hacia Jesús. No, la intención del escritor era pintar con precisión una mujer de carne y hueso, dotada de una inteligencia viva y con mucha trastienda, pero sensible y recta cuando la convicción se apoderó de su corazón, no a fuerza de argumentos sacados de la historia antigua, sino porque los secretos de su vida habían sido expuestos a la luz del día. Lo que le llegó al corazón fue su propia historia.

Había tenido, pues, cinco maridos, lo cual era muy poco digno. Uno o dos hubieran podido morir antes que ella. ¡Pero cinco! ¿Sería que la habían repudiado muchas veces? ¿Por qué motivos? Los mari-

dos descontentos, ¿eran todos culpables? No era ése el veredicto de la opinión pública, y ella, no encontrando otro partido, se había echado a la calle.

Cualquier judío ilustrado sabía de memoria la historia de la antigua idolatría; pero un extraño no podía estar al corriente de esta lamentable aventura. Esta vez la Samaritana se declara vencida: «Señor, veo que eres un profeta». Pero se retira rápidamente de esta escabrosa pendiente. El terreno de la religión le parece más sólido. Pudiera ser también que, convencida ahora de la penetración sobrenatural del profeta, le pide sinceramente un consejo que siempre sería para ella menos molesto que la reprimenda que teme. Los patriarcas –Jacob que hizo el pozo, José que heredó allí un campo, el mismo Abrahán, según una tradición local de los samaritanos inserta en la Escritura por un hábil cambio en el texto[9], todos los padres– han adorado sobre esa montaña, que la pobre mujer señalaba con insegura mano, en tanto que los judíos dicen que se ha de adorar en Jerusalén. Se debe optar por que un pueblo tenga sólo un centro de culto. Los samaritanos y los judíos reconocen a los mismos antepasados y tienen las mismas pretensiones. ¿A quién se debe creer? Esta cuestión debe resolverla un profeta.

Jesús no rehúye la cuestión. En el pasado tenían razón los judíos, porque la letra de la Ley indudablemente estaba a su favor y tenían, además, las promesas del porvenir. En adelante nada importa ésta o la otra montaña. Fuera de aquel pequeño país, ¿no tendría el Padre adoradores? Entonces añadió Jesús esta frase: «La hora viene, y es la actual, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad». No será ni en esta montaña ni en Jerusalén solamente, sino en todas partes en que, sabiendo que Dios es espíritu, se le adorará sinceramente con espíritu entregado a la verdad conocida y poseída. En Grecia ya habían sido combatidos los cultos nacionales por razonadores independientes, pero o no pusieron nada que los sustituyese, o bien, muchas veces, practicaban el culto de los falsos dioses cediendo a la costumbre. El culto nacional de los judíos se dirigía al Dios verdadero: pero este Dios, siendo el creador de todos los hombres, debía ser adorado por todos y en todas partes. No intenta, empero, Jesús suprimir el culto externo tan bien adaptado a la humana naturaleza. Adorar es rendir culto de homenajes y alabanzas. Lo esencial es que dondequiera que se le adore, se haga con disposición interior de

[9] Leyendo *Moreh* y no *Moriah* el lugar del sacrificio de Isaac. Gn, 22, 2.

espíritu para unirse con aquel que es Espíritu. La hora que llega es la hora del culto espiritual, tal como los cristianos lo han practicado siempre. Jesús, que era más que profeta, anunciando esa hora hizo una profecía cuyo cumplimiento es bien fácil de comprender en el mundo entero.

La Samaritana creyó excederse dando a Jesús el título de profeta. Lo que Él le ha dicho es muy bello, pero ella lo ve aún oscuro. No quiere, sin embargo, seguir luchando y da un paso más, confesando que ella y lo mismo sus compatriotas esperan al Mesías. Cuando Él llegue, lo explicará todo. Y Jesús le dice con sencillez, pero sin duda con un acento que obliga al alma a rendirse: «Yo soy, que hablo contigo». La mujer, atónita y fuera de sí, deja su cántaro y se marcha a la ciudad.

Su diligencia atestigua su fe, y, aun más que la diligencia, la prueba que da aludiendo a todo su pasado: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho cuanto he hecho en mi vida». Y como ella, débil mujer en verdad, no se atreve a imponer su convicción, apoyada sobre un motivo demasiado personal, la sugiere por una pregunta. ¿No será el Cristo?

La agradable verbosidad de la Samaritana, seguramente conmueve menos que las lágrimas silenciosas de la pecadora, o el grito de María Magdalena delante de la tumba vacía, pero, ¡qué vivacidad!, ¡qué ingenio!, y ¡qué arte! Es un corazón recto, a pesar de todos los extravíos, que seguramente habría podido justificar a los ojos de otros, aunque no a los suyos propios. Cuando Jesús le habló con autoridad, la defensa del orgullo nacional y el desprecio caen por tierra con su última réplica. El primer acto de su contrición es la confesión de su falta; el segundo, un apostolado en que de nuevo manifiesta sus miserias, maravilla incomparable del ascendiente de Jesús. Esta mujer, acostumbrada al juego de palabras, podremos decir sin inconveniente que halló al maestro que necesitaba, tanto la dominó la palabra de Jesús. No hablan el mismo lenguaje: ella, retenida en horizonte limitado de las comadres; Él, elevado con la mirada en los designios y en la misericordia de Dios: ella, saltando de un asunto a otro, del agua para beber, a Jacob y su pozo, a los patriarcas, a la montaña cuya cumbre está a la vista, todo en desorden caprichoso de una conversación sin finalidad, sin punto fijo; Él, conduciendo dulcemente a su interlocutora al deseo de la gracia, a la vida del espíritu y a la adoración del Padre. Nada hay en Jesús de la ironía socrática que, afectando ignorancia, llevaba infaliblemente al contradictor a dar muestras de su saber para

hacer más dolorosa la comprobación de que no sabía nada. No reivindica para sí el conocimiento de las cosas divinas, como con Nicodemo, que era doctor, pero da la sensación de que lo posee y lo comunica por bondad. Y todos estos miramientos, ¡para salvar a una mujer culpable! ¿Podría imaginarse de otra manera al Señor y Salvador?

Llegaron los discípulos. En el país de Israel, ayer como hoy, la mujer es respetada y casi intangible: nadie se atreve a preguntarle adónde se encamina: sostener con ella una larga conversación sería algo insólito. Los discípulos eran en extremo respetuosos con su Maestro para atreverse a preguntarle. Cuando la mujer hubo partido, le invitan a tomar los alimentos que habían traído de la ciudad. Él, que había hecho tema de su sed para despertar en el corazón de la Samaritana el deseo del don de Dios, no acepta comer sin haber instruido antes a sus discípulos. Su verdadero alimento es hacer la voluntad de Aquel que le ha enviado. Y esta obra, Él se la muestra inminente valiéndose de la imagen de las mieses que ya maduran delante de sus ojos con la blancura especial producida por la luz deslumbradora del mediodía. Hasta aquel momento, la inacción pudo ser defendida por el proverbio: «Aún hay cuatro meses para que llegue la siega»[10]. Dejemos que pasen; la tierra trabaja por nosotros y nos prepara abundante cosecha; pero es necesario saber trabajar cuando la hora llegue. Algunas veces no es el sembrador quien cosecha, pero ¿qué importa? Tratándose de la obra de Dios, el sembrador y el segador participan de la misma alegría. Hasta aquí habían sido los antiguos servidores de Dios los que habían sembrado, ahora empezaba la obra de los discípulos. En el pensamiento de Jesús ya han sido enviados, pero ¿a qué campos? No lo dice aún: más tarde (Jn 17, 18) les revelará que es el mundo.

Se presentaba abundante mies de almas. Los samaritanos de Siquem-Sicar, ganados por la convicción de su compatriota, corrieron al pozo e invitaron a Jesús a quedarse con ellos: estuvo dos días, y tan dóciles se mostraron a su palabra, que llegaron a decir: «Nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo».

---

[10] Es la interpretación de Orígenes. La mayoría lo entienden de un juicio formado por los discípulos, que faltarían aún cuatro meses para que las mieses madurasen en la llanura de Siquem. Sería entonces a fines de enero. Pero el giro: «no decís vosotros» indica más bien un proverbio, y la mies espiritual tiene por fundamento una imagen real, cuando Jesús añade: «Ved los campos que ya blanquean», estaban, pues, en el estío.

Tal vez cause extrañeza la amplitud de este título, pero hay que tener en cuenta que en sus labios no tenía el mismo sentido que nosotros le damos. Aquella población, formada de gentes diversas, estaba más habituada que los judíos a dar el nombre de salvador a todo soberano, aunque su acción fuese desastrosa. Con más poderosa razón era tenido por salvador del mundo el emperador romano, ¿y qué no habían de esperar ellos del Mesías?

No es sólo san Juan quien atestigua las buenas disposiciones de los samaritanos. La primera enseñanza cristiana, destinada sobre todo a los judíos convertidos, fue la de san Mateo y san Marcos[11] y éstos no hablan del apostolado de Jesús entre los samaritanos; pero san Lucas, que escribía para los gentiles, les es más favorable (Lc 10, 33; 17, 11 y 16). Estos primeros gérmenes fueron desarrollados por la predicación de los apóstoles después de la resurrección del Señor (Hch 8, 25).

CURACIÓN DEL HIJO DE UN FUNCIONARIO REAL
(Jn 4, 43-54)

Dejando, pues, a los samaritanos, llegó Jesús a Galilea y, como en la primera vez, se quedó en Caná, sin que sepamos el motivo. Muy pronto se le anunció la visita de un funcionario de la pequeña corte de Herodes Antipas, de un judío, por consiguiente, domiciliado en la ciudad de Cafarnaún. Este hombre había subido la escarpada pendiente que lleva desde el lago a la meseta de Galilea. Con el corazón afligido, porque su hijo estaba en peligro de muerte, ruega a Jesús que vaya a curarle. Su fe era sincera, aunque imperfecta, pues no suponía que el Maestro pudiera hacer milagros a aquella distancia[12]. Jesús se lo hizo sentir así, pero ¿era el momento oportuno de entrar en discusiones, cuando cada instante podía ser mortal? Con angustiosa impaciencia, el oficial real replica: «Señor, baja antes que mi hijo muera». A este requerimiento de un corazón turbado, Jesús responde satisfaciendo los deseos de este padre, más pronto de lo que esperaba. «Vete, tu hijo vive». El padre creyó y se fue, tal es la conclusión altamente concisa del evangelista. Puesto que él creyó, no debía mostrar mucha prisa de

[11] En la primera misión de los discípulos (Mt 10, 5), el Maestro les prohíbe ir a los samaritanos, a fin de no herir tanto los escrúpulos de los judíos.

[12] De 30 kilómetros aproximadamente.

cerciorarse de que el milagro se había hecho, y era también necesario dar descanso a las bestias y a la gente. Claramente lo indica el sagrado texto, diciendo que sólo hasta la mañana siguiente se encontró con los servidores, que venían a darle la buena nueva. La fiebre había desaparecido la víspera, a la hora séptima, es decir, hacia la una de la tarde: era el momento en que Jesús había hablado. La fe del funcionario real, en adelante inquebrantable, se extendió a todos los de su casa.

El poder sobrenatural de Jesús no dependía de ningún contacto, de ninguna manipulación, de ninguna fórmula, de ninguna influencia ejercida sobre el espíritu o sobre los nervios del enfermo: era, pues, superior a todo lo que los hombres engañados esperaban de la magia y de sus prácticas. La magia se sentía impotente para curar, o para matar, si el mago no tenía a su disposición un cabello, una uña, a lo menos un hilo del vestido llevado por la persona sobre la cual no podía obrar sin esto. Aquí estamos en otro orden, estamos en el orden espiritual.

COMIENZO DEL MINISTERIO PÚBLICO DE JESÚS
(Lc 4, 14-15; Mc 1, 14-15; Mt 4, 17; Jn 4, 45)

En todo movimiento humano, religioso o no, hay una marcha progresiva. El hombre más grande se prepara a cumplir su misión y el jefe se impone a sus partidarios, haciendo sus ensayos de mando. No estaba el poder divino de Jesús sometido a ninguna condición, pero entraba en sus designios sujetarse a las reglas ordinarias de la humanidad, excepto en ordenarlo todo a un fin sobrenatural. Este período de ensayos que sólo san Juan reseña es una segura garantía de su fidelidad a la realidad de la historia. Antes de dar la gran batalla, Jesús hizo maniobras para ejercitar a sus hombres e inspirarles confianza.

Al empezar parece seguir el impulso del Bautista a fin de recibir su homenaje, verdadera investidura conferida por un pasado envejecido, que se inclina ante el porvenir. Se presenta más tarde en el Templo como un vengador intrépido de los derechos de Dios, y permite a sus discípulos conferir un bautismo que se transformará en el propio de él. Atravesando Samaria, les invita a la acción y concede a los samaritanos de buena voluntad las primicias de su apostolado salvador.

En fin, ahora lo vemos de vuelta a su patria. La voz del Bautista que predicaba el reino de Dios ha sido reducida al silencio: él va a inaugurar su reino anunciando a su vez que la hora ha llegado. Obra,

dice san Lucas, con el poder del Espíritu, enseña en las sinagogas, y su nombre se extiende por todas aquellas cercanías.

ENSEÑANZAS EN LAS SINAGOGAS

Comenzó Cristo a predicar el reino de Dios en las sinagogas. El dulce recuerdo de las parábolas predicadas desde una barca a la multitud agrupada en la playa, y acaso también la falsa imagen dibujada en el alma por el idilio galileo de Renán, han contribuido a dejar este punto en la penumbra. Sin embargo, los cuatro Evangelios están concordes y uniformes en afirmar que Jesús habló muchas veces en las sinagogas. En ello seguía una vez más las costumbres recibidas y hacía honor a las antiguas instituciones religiosas, si bien animándolas de un nuevo espíritu.

La sinagoga, que nosotros nos la imaginamos sobre todo como casa de oración, era más que nada escuela de religión. No era propiamente lugar destinado al culto, ya que éste debía ser celebrado en el Templo de Jerusalén. Hasta el destierro, los hijos de Israel, muchas veces quebrantaron esta regla; todos iban a la colina sagrada más cercana para ofrecer las víctimas, no siempre al dios nacional, sino a Baal y a Astarté. Cuando en los triunfos de Nehemías y Esdras se impuso sólidamente el imperio de la Ley, el culto volvió al Templo, si bien las tres peregrinaciones anuales no bastaban a satisfacer las crecientes exigencias del sentimiento religioso. Con más razón sucedía esto en los países extranjeros, adonde los israelitas, en gran número, habían emigrado. El sacrificio era la única parte de culto que les estaba prohibido por la Ley; esta Ley era el único lazo que ligaba a los israelitas entre sí y a éstos con Dios. Era, por tanto, necesario conocerla y darla a conocer; y en esto empleaban su vida los doctores, mientras que el pueblo, encadenado por las necesidades, buscaba el pan de cada día. Había, sin embargo, cada semana un día de descanso, y éste se aprovechaba para reunirse. En seguida pensamos en la oración. Todos conocían esta oración; era el canto litúrgico que acompañaba los sacrificios. ¿Estaba permitido, separando lo accesorio de lo principal, cantar salmos fuera del Templo? Sin duda, mas parece que los jefes religiosos, no sacerdotes, pero que conocían la Ley, sintieron que era más importante instruir al pueblo, y así resolvieron aprovechar las reuniones del sábado, juntándose en una casa común, para comentar la Ley,

exhortar al pueblo a practicarla y reformar así las costumbres según los preceptos divinos. Lo que se llamaba el Camino *(halaka)* puede compararse a la predicación del Decálogo. Los profetas tenían su turno. Después de la enseñanza venía la exhortación, y el móvil más eficaz para volver Israel a Dios era la fácil comprobación de los castigos anunciados. La historia del pasado, con sus alternativas de apostasía y arrepentimiento, ofrecía inagotable tema de conmovedores ejemplos, era este relato *(agada)* semejante a nuestra predicación sobre la vida de los santos.

A esta reunión, en hebreo *keneseth*, se le llamó sinagoga (συναγωγή) por los que hablaban griego[13]. Muy pronto la palabra designó el lugar donde se reunían, como sucedió con la palabra iglesia (εκκλησία) otra palabra griega para designar una asamblea.

Semejante organismo no hubiera subsistido sin una cabeza: había, pues, un jefe de la sinagoga ayudado por una especie de sacristán. Pero faltando, fuera de Jerusalén, toda jerarquía religiosa, la instrucción no estaba reservada a nadie en particular. Había, es verdad, un grupo de personas competentes y más escuchadas, pero el presidente invitaba gustosamente a hacer uso de la palabra a algún israelita de vida irreprochable y suficientemente versado en el estudio de los escritos inspirados, aunque fuera a algún extranjero que iba de paso.

El organismo estaba perfectamente adaptado a lo que exigía la situación de los israelitas, pues se extendía por todas partes. Gustaban de ver en él desde los tiempos de Jesús una institución de Moisés. Desde entonces, la sinagoga fue el lazo que tan fuertemente unió, como una piña, a todos los judíos: la lectura de la Ley, el rezo de oraciones tradicionales, con un comentario de viva voz, es lo que ha mantenido en ellos una convicción religiosa ardiente, base de una moral elevada y sólida: y todo esto junto ha sido a la vez principio y resultado del sentimiento nacional. Se juntan por sentimiento de raza y se sienten más israelitas después de haber comulgado en la fe de sus mayores. Lo que era la institución para todo el judaísmo, era la sinagoga para cada pueblo un centro de patriotismo local entre la multitud de dispersos, con más fuerte razón en el suelo sagrado.

Se comprende que Jesús, vuelto a Galilea, resuelto a predicar el reino de Dios, no sólo como inminente, sino como inaugurado en su

---

[13] En Egipto προσευχή; documentos de tiempo de Tolomeo III Evergetes (257-221 a. Jesucristo).

persona, hubiese querido ofrecer a sus conciudadanos de Nazaret, en su sinagoga, en la reunión del sábado, las primicias de su palabra de salvación.

PREDICACIÓN EN NAZARET
(Lc 4, 16-22)[14]

Entró Jesús en la sinagoga, según su costumbre, dice san Lucas, porque él ciertamente había sido siempre asiduo a los oficios religiosos; de todos era conocida su piedad. Se sabía que, lejos de ser un iletrado, cuando la ocasión era propicia, aducía textos sagrados para edificación de parientes y conocidos. Cuando se presentó para leer, el servidor de la sinagoga no tuvo dificultad en darle el rollo sagrado de las Escrituras, que es, aun hoy en día, el tesoro de cada sinagoga. Lo desenrolló con respeto y se fijó al azar en un pasaje del profeta Isaías (Is 61, 1):

«El espíritu del Señor está sobre mí,
porque Él me ungió para anunciar la buena nueva a los pobres,
me ha enviado a pregonar la libertad a los cautivos,
a los ciegos, una luz clara,
a dejar libres a los oprimidos:
a proclamar un año[15] *de gracia del Señor.»*

San Lucas citó el texto según la traducción griega; pero Jesús debió leerlo en hebreo y traducir después el pasaje al dialecto arameo de Galilea. Era la proclamación de una buena nueva. Dios iba ya a intervenir; una suerte de jubileo empezaba. El profeta pensaba tanto en la vuelta de Babilonia, como en la felicidad prometida al pueblo en la época mesiánica, tomando sus imágenes de los sufrimientos padecidos en su tiempo: pobreza, cautiverio, ceguera, sobre todo moral, opresión

---

[14] En el orden de san Lucas, que parece más verosímil. Hace seguir a los aplausos también la reprobación: esto es menos probable. San Marcos y san Mateo sólo hacen un relato de los aplausos y de la expulsión, pero lo colocan más tarde. Nos parece que hay que distinguir dos episodios en dos épocas distintas. El mismo san Lucas, haciendo alusión a los milagros de Cafarnaún (4, 23), indica que la repulsa debió ser más tarde.

[15] Limitar la predicación de Jesús a un año a causa de este texto, es como limitar a un año el tiempo de salvación, período que todos creían que debía ser muy largo, indefinido. Este año dura aún.

de vencedores o de despiadados señores. Jesús explicó cómo esta Escritura se estaba cumpliendo, y dio a entender con delicadeza que era ciertamente él el mensajero de aquella gracia. Parecía muy digno que «todos le rindieran homenaje y admiraran las palabras llenas de gracia que salían de sus labios».

Si este gozoso entusiasmo no se disipó de repente, para dar entrada a una brutal animosidad, al menos Jesús no quiso apoyarse en el afecto de sus parientes y compatriotas. Además, Nazaret, un tanto apartada de las grandes vías de comunicación, no era lugar apropiado para una predicación de resonancia. Jesús abandonó aquel abrigo de su infancia y se fijó en Cafarnaún, si esto se puede decir de una existencia itinerante en busca de almas para llevarlas a Dios. Descendió, pues, hacia el Lago.

JESÚS, EN CAFARNAÚN
(Lc 4, 31; Mc 1, 21-22; Mt 4, 13-16; 7, 28 s.)

Cuando, desde las cumbres que lo dominan, se contempla el Lago, pequeño depósito de agua azulada, encajado entre áridas colinas, sin ninguna vela blanca sobre sus ondas, no reflejando ninguna alegre mansión, sino algunas veces las nieves del Hermón que surge en lontananza al norte, vienen a la memoria los lagos de los altos Alpes, rara vez visitados, casi desconocidos, porque Dios los ha encajonado entre inaccesibles y deslumbradoras cimas para ser espejo del cielo. A medida que se desciende, el estanque se agranda, las riberas se alejan, aparece la vida: los rebaños se meten en el agua para beber; las arboledas señalan los sitios de Cafarnaún y de Betsaida; Tiberíades aparece con su muralla de piedra negra. Es la desolación; pero bañada de luz, endulzada por la fiesta de los colores; transfigurada por los recuerdos. En los tiempos de Jesús, la ribera oriental, aunque muy escarpada, estaba más poblada que hoy, y el pequeño mar era surcado por las barcas, que transportaban de una parte a otra viajeros afanosos. La llanura de Genesaret, fecundada por abundantes fuentes y ardiente sol, ofrecía un campo riquísimo para el cultivo. Cafarnaún, situada en la ruta que va de Jerusalén a Damasco, protegía los límites de Tierra Santa, y era muy visitada a la vez por judíos y extranjeros. La playa, actualmente casi despoblada de árboles que convidan con su sombra, era, sin duda, una arboleda en toda su amplitud. Siempre corría allí fresco, y los pescadores, dejando sus lanchas, y los agricultores, abandonando sus yuntas,

formaban corrillos con los tenderos y gente ociosa de la ciudad, gozando así de las delicias del vivir en aquellos instantes encantadores. La raza era robusta y fuerte, no enervada, porque la temperatura, aunque es alta, no es bochornosa y pesada, gracias a la brisa que desciende de las montañas del noroeste. A diferencia de Samaria, los galileos reconquistados por los macabeos a la fe de sus mayores eran judíos sinceros sin los refinamientos casuísticos de que tan orgullosa se mostraba Jerusalén. Después de la ruina de la Ciudad Santa concurrirán numerosos hebreos a las célebres escuelas de Tiberíades. En tiempo de Jesús, la fe de los galileos, aunque no menos ardiente que la de los judíos, era más sencilla. También esperaban el reino de Dios, y aun podían confiar en que empezaría con ellos, pues ya Isaías había profetizado:

«Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí en el camino del mar,
país del otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles[16].
El pueblo, que andaba en tinieblas, vio una gran luz,
y sobre los que estaban en la región y sombra de la muerte,
una luz resplandeció» (Is 8, 23; 9, 1)[17].

Orgullosísimos de la luz de la Ley, a duras penas soportaban los galileos el yugo de Herodes, detrás del cual veían a los romanos. Siempre dispuestos a lanzarse a la lucha, sólo esperaban un hombre, y sus corazones acariciaban una esperanza mejor que la de Judas, el Galileo, ya del todo amortiguada[18].

Cuando Jesús empezó a enseñar en la sinagoga de Cafarnaún, el sentir naturalmente recto del pueblo comprendió muy pronto que su método era nuevo. Se maravillaban oyéndole, dice san Marcos, porque no enseñaba como los escribas, sino con autoridad (Mc 1, 22). Los escribas eran los doctores, y el mismo nombre de escribas, escribientes o copistas, indica bien a las claras que toda su autoridad venía de la Ley que ellos, en fuerza de haberla copiado muchas veces, eran reputados de conocerla bien. Aquí se hace necesaria una observación.

También los cristianos veneran las Santas Escrituras inspiradas por Dios, y ninguno, ni aun el Soberano Pontífice, podría arrogarse el derecho de contradecirlas. Pero la Sagrada Escritura no es todo; se la

---

[16] En hebreo literalmente «distrito de las naciones» *(gelil ha-goyim)*, es decir, pueblo de extranjeros; de Gelil se formó Galilea.

[17] Citado por san Mateo, 4, 15. El pasaje de Isaías pertenece al libro de Emmanuel, mesiánico por excelencia.

[18] *Le Messianisme*, p. 19.

completa con la tradición transmitida desde los apóstoles y tiene la misma autoridad. La regla de fe no es la explicación que tal o cual doctor da de la Escritura: es la fórmula reconocida por la Iglesia que representa exactamente la verdad revelada, o del dogma, y abarca las verdades de fe que se imponen a la inteligencia, y las verdades morales más especialmente destinadas a ordenar la conducta. Pero este dominio, por extenso que sea, no abarca más que las verdades inmutables que participan de la eternidad de Dios. Otra multitud de actos humanos están condicionados por las circunstancias del tiempo y del lugar: la legislación que las regula puede cambiar con las circunstancias. La misma disciplina de la Iglesia no debe perder de vista el desenvolvimiento de la sociedad y de las costumbres. La Iglesia católica, dirigida por su Cabeza, tiene plena autoridad para hacer las transformaciones útiles en un plano movedizo en relación con los intereses eternos, dejando a los poderes públicos disponer, según los dictados de la razón, lo que concierne a los intereses del tiempo.

En Israel se daba el caso como se da actualmente en las sociedades musulmanas[19], de que la ley religiosa lo ordenaba todo, aun aquello que nosotros estamos acostumbrados a ver como extraño a su jurisdicción. Y esta ley religiosa dada por Moisés en el Sinaí era considerada como algo intangible, que nunca había sido retocada, ni debía serlo jamás. Los doctores de la Ley y los escribas se veían obligados, haciendo esfuerzos extraordinarios, a extraer del texto lo que sugería y exigía la razón cuando las circunstancias cambiaban. Esta gimnasia intelectual obligó a hacer verdaderos prodigios de flexibilidad ingeniosa y de perspicacia refinada. La oportunidad de las decisiones las hacía aceptables y hacía olvidar la fragilidad de aquella exégesis artificial. Pero, en principio, todo mandato venía de la Ley y de su autor, Moisés, a quien Dios la había revelado. Si el desacuerdo entre la interpretación y la letra era demasiado manifiesto, había el recurso de suponer que una y otra tenían su origen en el Sinaí; la letra claramente y la interpretación que de allí descendía por el canal secreto de una interpretación no interrumpida: por Josué, los ancianos, los profetas y los hombres de la gran sinagoga. Las innovaciones, que llegaban a prevalecer, no estaban autorizadas sino a título de verdades tradicionales hasta allí desconocidas[20].

---

[19] Excepto Turquía, después de la reforma de Mustafá Kemal.

[20] *Le Messianisme*, p. 137-147.

No era éste el método de Jesús, cuya misión era descubrir la verdad con autoridad propia. La Iglesia no pretendió jamás gozar de tal poder: juzga que la revelación ha terminado cuando murió el último apóstol. Guarda el depósito, tesoro formado por Jesús y confiado a ella por Él mismo. Jesús hablaba en nombre de Dios, con la autoridad que había recibido y que era la de Dios.

Ésta fue la raíz más profunda de la hostilidad de los doctores contra Jesús. No atacaba la Ley, la observaba con exactitud, pero predicaba una doctrina enteramente religiosa, colocada por encima de todas las contingencias políticas y sociales, por encima de las modificaciones de la ciencia, cuando ellos habían ensayado acomodar toda la disciplina de la vida y la ciencia misma a su tradición legal.

Todo esto formaba el armazón de la vida nacional y subsistiría mientras su poder fuera respetado; pero si sólo la religión tenía importancia, todo lo demás caería por los suelos. Los adeptos de esta religión se atreverían acaso a mirar como caduco todo su sistema: su autoridad sería nula, y la Ley misma, abandonada la parte de legislación humana, correría peligro de perder todo su imperio. Sería tanto como decir que la existencia de la nación estaba comprometida y que la unidad religiosa, base de su unidad política, cedería a su propio peso.

La gente sencilla de Nazaret no preveía seguramente las consecuencias, que san Pablo sería el primero en deducir, pero algunos doctores no dejarían de presentirlas. La gente sencilla se asombraba no sin cierto aire de admiración. Jesús, no había duda, era cuando menos un profeta: hablaba tan bien y con tan persuasivo acento..., pero no a la manera de los escribas y con más autoridad que ellos.

CURACIÓN DE UN POSESO
(Lc 4, 33-37; Mc 1, 23-28)

Otros también estaban sorprendidos, y bien desagradablemente: eran los espíritus malignos, cuyo imperio estaba amenazado. La larga lucha que Satanás hubiera querido evitar, derribando a su adversario con un solo golpe, empezaba de nuevo. En la sinagoga de Cafarnaún se hallaba un hombre poseído por un espíritu impuro. Tal vez el demonio no se hubiera manifestado aún, pero la presencia de Jesús y sobre todo su palabra lo sacó de sus casillas. Habla en nombre de toda una legión: «¿A qué has venido aquí? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé que

eres el Santo de Dios». Jesús lo increpó y echó fuera. Entonces el espíritu impuro agitó convulsivamente al poseso y salió de él dando un fuerte grito.

La admiración provocada por la enseñanza se cambió entonces en estupor; el milagro probaba que Jesús no había usurpado su autoridad. Esta liberación de aquel pobre hombre venía en tiempo oportuno, poniendo el sello de Dios a la enseñanza de Jesús e indicando ya el uso que haría de su poder en favor de los hombres. El reino de Dios comenzaba por la curación de una víctima de los demonios que se veían compelidos a confesar su derrota.

CURACIÓN DE LA SUEGRA DE SAN PEDRO Y DE OTROS ENFERMOS

(Lc 4, 38-41; Mc 1, 29-34; 3, 11-12; Mt 8, 14-17)

En saliendo de la sinagoga, Jesús se fue a la casa de Simón y Andrés que, aunque originarios de Betsaida, habían ido a vivir a Cafarnaún, sin duda por estar más cerca del Maestro.

Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, fueron también. Ellos aún no habían sido nombrados, pero Juan probablemente era compañero de Andrés en las riberas del Jordán: pertenecía al grupo de los primeros discípulos[21]. La suegra de Pedro estaba con fiebre. Si Jesús se acercó a ella, fue después de que se lo rogaran sus compañeros y haberle indicado discretamente la secreta esperanza de que la curaría. Jesús la levantó de su cama, que probablemente consistiría en unas esteras extendidas en el suelo. De repente, la mujer quedó curada y en estado de servir a los pescadores su frugal comida.

Esta estancia en Cafarnaún condensa todo el Evangelio. Nos enseña que la curación de la suegra de san Pedro siguió a la expulsión del demonio. Al principio se contuvo el entusiasmo, porque el sábado prohibía toda agitación que indicase algún trabajo, pero el descanso sagrado terminaba con la puesta del sol. Muy pronto le fueron presentados a Jesús los enfermos y endemoniados: la pequeña ciudad se apretujaba a la puerta. Los que más alborotaban eran los demonios, que, obligados por una fuerza secreta a prosternarse, gritaban: «Tú eres el Hijo de Dios». Jesús, arrojándoles, les hizo callar, y curó a los enfer-

[21] Según el orden nuestro, antes del llamamiento definitivo.

mos de diferentes enfermedades. En este primer contacto afectuoso con el pueblo, su corazón indulgente se compadece de sus miserias y liberalmente las endulza.

SE EXTIENDE SU PREDICACIÓN
(Lc 4, 42-44; Mc 1, 35-39; Mt 4, 23)

Volvió Jesús a entrar en la casa de Simón, y si consintió en tomar allí reposo, fue ante todo para enseñar a sus discípulos cuál es el principio interior de todo apostolado. Muy de mañana se levantó, sin perturbar a nadie, y se retiró a un lugar desierto para orar. Simón, inquieto, va con los otros en su seguimiento y le dicen que todo el mundo lo quiere ver; pero Cafarnaún había sido bastante favorecida y era necesario ir a predicar a otras partes, y fue oído sucesivamente en todas las sinagogas de Galilea[22].

VOCACIÓN DE SIMÓN, ANDRÉS, SANTIAGO Y JUAN
(Lc 5, 1-11; Mc 1, 16-20; Mt 4, 18-22)

Según el orden de san Lucas, fue entonces cuando Jesús hizo comprender a **Simón** cuánta parte habrían de tomar en su obra él y sus compañeros. Era lo natural, pero convenía primero mostrarles en qué consistía esta obra, y, habiendo de seguirle, ponerles delante de sus ojos el programa de su acción.

Hasta entonces, los primeros discípulos dejaban a su Maestro solo en su obra, pues estaban ocupados en lavar sus redes mientras él predicaba a orillas del lago. Volvían de pescar en dos lanchas, no trayendo otra cosa que algas o algún despojo que flotaba en el mar. Jesús les interrumpe su trabajo; sube a la barca de Pedro y les dice que remen un poco. Sentado en la barca, sería más fácilmente oído, pues de ese modo, la muchedumbre no se agolpaba a su alrededor. Después dijo a Simón: «Boga mar adentro y echad vuestras redes para pescar». No se trataba simplemente de echar la red al azar, sino de ir echando poco a

---

[22] Si san Lucas dice Judea claramente, lo entendía sin duda en un sentido amplio, aplicable a Galilea.

poco una triple red larguísima a medida que la barca avanzaba. Llegados al punto deseado, los pescadores debían volver, formando un círculo, al punto de partida, dando golpes secos con sus remos sobre el agua, para espantar la pesca hacia las mallas de la red[23]. La misma maniobra la habían estado haciendo toda la noche Simón con su hermano **Andrés** seguramente, pero en vano. A pesar de la contrariedad que sentía en volverlo a hacer, sin embargo, le dice: «Maestro, ... fiado en tu palabra echaré la red». Esta vez la pesca fue tan abundante, que las redes se rompían con tanta carga. La otra barca de **Santiago** y **Juan** estaba algo lejos: los llamaron y se llenaron las dos barcas de peces. Aunque Pedro había sido testigo de otros milagros, éste le dio miedo. Comprendió, sin duda, que Jesús quería decididamente llevárselo consigo, pero titubeaba y hasta retrocedió, alegando su indignidad: «Aléjate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador». También los otros temblaban, sintiendo el escalofrío de lo divino. Jesús dijo a Simón: «No temas, en adelante serás pescador de hombres». El llamamiento y la promesa se dirigían al principio a sólo él; pero como participaron los otros en la captura de los peces, también son llamados a la pesca de los hombres. Habiendo sacado las barcas a tierra, dejándolo todo, le siguieron.

El espíritu moderno se levanta más airado contra el milagro que los hombres de otros tiempos. Hoy para él es el milagro una dificultad. Pero tiene también una razón más para creer, que el antiguo no tuvo; pues fácilmente puede comprobar el cumplimiento de la profecía. Verdaderamente, Simón fue pescador de hombres, y sus sucesores continúan dirigiendo la faena de la pesca fiados en la palabra del Señor, llamando a otros hombres en su ayuda, pero, responsables de la propagación del Evangelio, señalan territorios, escogen apóstoles, que si son jefes de la misión pacífica conquistadora, con frecuencia por la sangre de los mártires avanzan siempre hasta que en toda la tierra se haya oído el Evangelio. ¿Se nos puede exigir que leyendo esta pesca milagrosa no demos oído a esta palabra que se está realizando desde hace tantos siglos: «Navegad mar adentro: *duc in altum*»? Y, a la verdad, mucho más sorprendente es que se le haya concedido al sucesor de Simón avanzar siempre, que la admirable pesca milagrosa de tan gran número de peces.

---

[23] Biever, *Conférences de St. Etienne*, 1910-11, p. 305 s.

CURACIÓN DE UN LEPROSO
(Lc 5, 12-16; Mc 1, 40-45; Mt 8, 1-4)

En un lugar que los evangelistas no nombran, y según san Marcos en una casa, un leproso se presentó a Jesús. Suplicante y echándose a sus pies, gritaba: «Si quieres, puedes curarme».

La lepra existe aún en Palestina, y sobre todo en Jerusalén. Es siempre objeto de horror que solamente ha podido vencer la caridad cristiana de abnegadas mujeres que cuidan de los leprosos. En tiempo de Jesús se preocupaban sobre todo de aislarlos. ¿A qué se llamaba lepra? Es difícil decirlo, y seguramente este término tenía un sentido bastante amplio para aplicarse a muy diferentes enfermedades de la piel. Se designaba así la lepra tuberculosa con nudosidades de las articulaciones, que algunas veces llegan a caerse, como por ejemplo, las falanges de los dedos; si bien esta enfermedad, hoy frecuente en Jerusalén, no aparece descrita en la Biblia. Había lepras que se creían curables, y los sacerdotes eran los únicos calificados para decidir sobre su curación, porque esta enfermedad hacía a uno impuro y se la tenía como castigo divino. La verdadera lepra era incurable, y si alguna vez alguien quedó limpio de ella, sólo ha sido por la intervención extraordinaria de Dios (2R 5, 7). El temor del contagio, la repugnancia inspirada por la enfermedad, la impureza legal que infectaba al enfermo, habían determinado al legislador a apartarle lejos de las gentes con un hábito lúgubre, que le diera a conocer, obligándole aun a gritar: ¡impuro!, ¡impuro!, para denunciarse a los transeúntes (Lv 13, 45).

Se ve la audacia del leproso al entrar no sólo en un lugar habitado, sino, lo que es más, en una casa y acercarse a Jesús. Había violado la Ley, pero era de compadecer y venía lleno de fe. El primer movimiento del Maestro fue de compasión. El leproso apela a su buena voluntad. Sí, Jesús quiere. Le pide que lo limpie sanándole de la lepra. Jesús se lo concede y aún tiene para él un gesto, que ningún leproso se hubiera atrevido a implorar, y que es propio de almas heroicas; Jesús toca a este hombre impuro. Estaba en su derecho, tanto más cuanto que a su contacto la lepra desaparece.

Después de ceder a los impulsos de su corazón, Jesús atiende a la situación legal del leproso. Con cierta severidad[24] le indica que no de-

---

[24] Sobre el sentido de ἐμβριμάομαι se puede ver nuestro *Evangile selon Saint Jean*, p. 304.

bía permanecer un instante más a su lado, con riesgo de llamar la atención y de escandalizar a los que le han visto entrar. Aunque está curado, su situación legal no es clara. El milagro no le dispensa de presentarse a los sacerdotes para que comprueben su curación. Le darán ellos un certificado que podrá mostrar a todo el mundo, que le sirva de testimonio de haber recobrado sus derechos sociales. Deberá, además, ofrecer los sacrificios prescritos por Moisés para esos casos (Lv 14, 2-32). Hasta que esté todo en regla no debe decir nada a nadie. Corría peligro de que en el momento que fuese admitido entre los demás no se cuidase de cumplir con su deber.

Según parece, sucedió lo que debía suceder. La enfermedad de la lepra estaba, sin duda, en todo su auge, y tan avanzada, que había desaparecido toda esperanza de mejora. Así que cuando el enfermo hizo pública su curación instantánea, la admiración de todos fue grande. Una fiebre desaparece con más o menos rápidez; otros sufrimientos dependen en parte de las disposiciones del paciente. Las enfermedades de la piel aparecen y ya se sabe cuán pertinaces son. El milagro, pues, era bien fácil de comprobar. Sin embargo, Jesús impuso el secreto, aunque muy bien sabía que sus milagros no permanecerían mucho tiempo ignorados y que enardecerían las esperanzas populares, pero él estaba decidido a no desencadenar la agitación mesiánica. Evitaba, por lo tanto, entrar en las ciudades en pleno día. Así no comprometía su ministerio, ya que en adelante las muchedumbres irían en pos de Él aun a las más desiertas campiñas.

II. Cinco conflictos con los fariseos

Todo este movimiento no podía por menos de inquietar a los fariseos. Los sacerdotes de Jerusalén, absortos unos en sus funciones y ocupados otros en sus relaciones mundanas, tardaron más en darse cuenta de la creciente conmoción de Galilea; pero había allí, como dondequiera que los judíos se reunían, partidarios de los doctores de la Ley. A la sombra de las grandes escuelas de Jerusalén, vivían todos unidos sirviéndoles de lazo su amor al estudio de la Escritura, su celo y su sed de mando. Los de Galilea advirtieron lo que allí pasaba a los de Jerusalén, ya puestos alerta al ver la actividad de Jesús a orillas del Jordán y la expulsión de los vendedores del Templo. Aquel predicador en extremo

celoso se había alejado de Judea, pero había reanudado su campaña en otras partes y con mayor energía; hacía milagros, arrastraba las masas y reclutaba partidarios de los que siempre se acompañaba. Esto no debía tolerarse sin asegurarse antes de las disposiciones del personaje aquel.

Se había hecho sospechoso, pero si aceptaba ponerse al servicio de la secta, ¿por qué no aprovecharse de su prestigio? Había que espiarlo. Emisarios llegados de Judea se juntaron a los escribas de Galilea haciendo causa común. Seguirían a todas partes a Jesús, sin perderle de vista jamás, aprovechando cuantas ocasiones se les presentasen de examinarle. Sin que Jesús buscara el choque, las circunstancias, y sobre todo los milagros que el pueblo obtuvo de su bondad, produjeron cinco conflictos, que san Marcos y san Lucas han colocado seguidos en un orden lógico que parece ser el mismo en que se realizaron[25]. El final de todo fue la formación de un partido hostil a Jesús. No olvidemos esta agresión y los motivos de este veredicto, cuando al fin leamos el juicio severo pronunciado por Jesús contra esos adversarios de su misión y, por lo tanto, de la salvación del pueblo.

PRIMER CONFLICTO: LA CURACIÓN DEL PARALÍTICO
(Lc 5, 17-26; Mc 2, 1-12; Mt 9, 2-8)

Cafarnaún, que tenía una importante sinagoga y donde Jesús solía con frecuencia residir, era el punto designado por los fariseos para que les sirviera como de atalaya, desde donde podían, en inmejorables condiciones, observarle. Cuando se supo que Jesús, calladamente, había entrado y estaba en una casa, se dieron prisa en cercarla, de tal manera, que obstruyeron la entrada. A la cabeza de todos iban los fariseos y los doctores. Predicaba Jesús, y sin duda nada reprobable enseñaba, pues nadie le acusó por lo que decía. Una escena extraña turbó aquel recogimiento. Vieron que poco a poco agujereaban el techo, aunque no con tanto cuidado que no cayesen sobre los oyentes pequeños pedazos de tierra y de cal. Al fin, el agujero era bastante grande para que por él pasase una camilla colgada de unas cuerdas, en la que yacía un paralítico. Los cuatro hombres que lo habían llevado se habían subido a la terraza por una escalera exterior, y allí, haciendo un verdadero destrozo, formaron un montón de cascotes que pusieron sobre cañas y todo

[25] Mateo, ordinariamente más sistemático, ha puesto los cinco conflictos en dos grupos: no fueron, pues, reunidos por sistema.

ello estaba sostenido por las vigas del techo. Les bastó levantar una de aquellas mal ajustadas vigas para que se formase el hueco necesario. Esto era como forzar a Jesús, pero de antemano confiaban en su perdón y en que favorecería su demanda. El paralítico, dejado ya en el suelo, aguardó sin decir nada: su atrevimiento indicaba bastante su deseo y su fe. Jesús le dijo: «Hijo mío, tus pecados te son perdonados». Es de creer que el pobre pedía también perdón de sus pecados en el secreto de su corazón al implorar el favor de una curación que Dios no suele conceder más que a los que cuidan de agradarle. Estas palabras de Jesús suspendieron su esperanza, pero no la perdió.

Nadie se atrevió a hablar, pero los fariseos, como si se hubieran puesto de acuerdo, llevados del instinto de su unanimidad doctrinal, sintieron en sus corazones la misma sacudida de indignación: «¿Cómo éste habla así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios?» Sólo Dios, también, lee los pensamientos, y Jesús mostró que los leía; pero, para darles una señal más evidente de su poder, les dijo: «¿Qué es más fácil, decir a este paralítico: tus pecados te son perdonados, o decirle: levántate, toma tu lecho y vete? Pues, para que sepáis que el Hijo del hombre tiene autoridad de perdonar los pecados sobre la tierra –dirigiéndose al paralítico–: Yo te digo, levántate, toma tu camilla y marcha a tu casa» (Mc 2, 9-11). El hombre se levanta prontamente y toma su camilla.

Todos, vivamente emocionados, bendicen a Dios, pues a ellos no les cabe en la cabeza pensar que el depositario de poder tan extraordinario fuese un blasfemo. Lo inaudito de aquella remisión de los pecados deja de serlo por el milagro, tan fácil de comprobar, ya que el estado del enfermo era bastante desesperado para que pudiera ser apreciado como una estratagema de sus amigos. La muchedumbre es sensible sobremanera a la manifestación exterior del milagro. Tal vez algunos fariseos dirían también moviendo la cabeza: «Jamás hemos visto cosa semejante». La novedad precisamente era un mal augurio, pues ellos se mantenían firmes en su principio de que sólo Dios puede perdonar los pecados. En su opinión, ni el mismo Mesías lo hubiera hecho sin usurpar los derechos del Señor. ¿En virtud de qué título obraba Jesús? Él había hablado como «Hijo del hombre». Era evidente que no había tenido la intención de sostener que todo hijo de hombre podía hacer otro tanto[26]. ¡Esto hubiera sido demasiado! Pero ¿qué significaba el

[26] Opinión de Wellhausen.

Hijo del hombre y por qué Jesús se lo aplicaba a sí mismo? Aun hoy se agita este problema entre los estudiosos; ¿cómo hubieran podido resolverlo los fariseos?

Entre ellos, algunos, los más doctos, pudieron recordar la visión de Daniel y de aquel personaje celestial, semejante a un hijo de hombre que venía sobre las nubes (Dn 7, 13); pero ¿qué relación había entre esta aparición y Jesús de Nazaret? Esta aparición no podía ser la del Mesías, pues la aparición humana de Daniel venía del cielo, y el Mesías había de nacer de David, como verdadero Hijo del hombre.

Era precisamente lo que necesitaba conciliación, y los fariseos no leían en sus libros el secreto de este enigma. Jesús debía resolverlo en su persona, pero juzgaba prudente preparar las almas. No era recurrir a un equívoco escoger una expresión que señalase enérgicamente la naturaleza humana de que se había revestido en su realidad, y que un día, cuando compareciese ante el Sanedrín, revelaría que era el término mismo que Daniel había empleado para manifestar su origen celestial. La palabra Mesías no era la más apropiada al caso, porque despertaba la esperanza de liberación mezclada con deseos egoístas de dominación, de matanzas y de pillaje. Jesús correría el peligro de enloquecerlos. Era preciso despojar este título real, que Jesús no debía abdicar, de su sentido profano; había que depurarlo, espiritualizarlo y al mismo tiempo extenderlo a la humanidad entera. El Hijo del hombre fue el término escogido por Jesús para dar a los judíos idea de la salvación universal, la misma para todos, anunciada por sus Escrituras.

VOCACIÓN DE LEVÍ. ESCÁNDALO DE LOS FARISEOS

(Lc 5, 27-32; 15, 1-2; Mc 2, 13-17; Mt 9, 9-13; 12, 7)

El cargo de publicano era en tal grado despreciado, que Jesús se comprometía gravemente a los ojos de los fariseos si invitaba a seguirle a un hombre empleado aún en esta profesión, sentado en su oficina. Aún más: los cristianos sabían que Jesús había llamado a un publicano y se inclinaban reverentes; pero, por respeto a los apóstoles, procuraban designar veladamente a aquel que había sido objeto de esta misericordia. Es de creer que, por este motivo, san Marcos y san Lucas hablan de Leví, nombre desconocido en el catálogo de los doce apóstoles. Fue necesaria la humildad agradecida del primer evangelista, y esto casi vale por una firma, para dar aquí a Leví el nombre de Mateo,

añadiendo él en el catálogo oficial de los apóstoles su condición de publicano. Que la misma persona haya tenido dos nombres, lo hace verosímil un uso bien corriente. Pero, ¡qué difícil es, aun para muchos cristianos, entender que la más alta nobleza es el llamamiento de Jesús!

Pasando, pues, Jesús a orillas del Lago, ve a **Leví,** hijo de Alfeo, ocupado en su oficio de publicano, y le dice: «Sígueme». El hombre se levanta y le sigue.

Acompaña a Jesús con jubilosa obediencia. Ruega al Maestro que coma en su casa y, naturalmente, invita también a algunos de sus antiguos compañeros, cuya probidad era tal vez irreprochable[27], aunque también había «pecadores». Pecadores delante de Dios algunos habría: otros, si cumplían con la ley moral, no se preocupaban de las precauciones farisaicas para evitar las impurezas legales. El solo hecho de comer con los paganos era abominable, y, con todo, Jesús se presentaba entre esta gente poco escrupulosa y acepta sentarse a su mesa y no teme que esto contagie a sus discípulos.

Los fariseos se sentían manchados con sólo entrar en el comedor. Esperan, pues, a los discípulos a la salida, y no atreviéndose aún a interpelar al Maestro para que no maliciase de ellos, les dicen, sin siquiera nombrarlo[28] –¿a quiénes otros podían dirigirse?–: «¿Cómo es esto, que come con publicanos y pecadores?» Los discípulos, tal vez, no habían reparado en ello, ¡triste estado de sus almas! Jesús responde a su vez: «No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos». No lo ignoraban los fariseos, que se tenían por doctores-médicos de aquel pueblo necesariamente sumido en el pecado por su ignorancia. Pero su medicina era sobre todo preventiva, porque estaban bien decididos a huir de los enfermos para evitar el contagio, como no fuese para formular de lejos recetas imperiosas, cuyo primer artículo era tener que consultarles para todo. Jesús no teme el contacto de los pobres; al contrario, lo busca. Los justos, como los fariseos, no necesitan de Él. Y no añade que con esto sólo consiguen cerrarse a sí

---

[27] Los grandes publicanos de Roma no aceptaban la recaudación de los impuestos, sino para extorsionar a los países sometidos; pero entre los subalternos los había que cumplían con su deber. Con más razón haría esto mismo un judío empleado por Herodes Antipas, con relación a sus compatriotas. Pero toda la clase estaba deshonrada, y los fariseos veían con muy malos ojos a los judíos dedicados a este oficio.

[28] Según san Marcos.

mismos la puerta para volver a Dios, a causa de su orgullo desdeñoso; sólo dice: «No he venido a llamar a los juntos, sino a los pecadores». ¡Palabras verdaderamente divinas! Yo no he venido... ¿Dónde, pues, estaba antes? ¿No pertenecía a la tierra el que acababa de llamarse Hijo del hombre?

LA CUESTIÓN DEL AYUNO
(Lc 5, 33-39; Mc 2, 18-22; Mt 9, 14-17)

Poco después era día de ayuno para los fariseos y para los discípulos de san Juan. El ayuno para los griegos no era otra cosa que abstenerse de alimento. Los judíos conocían también esta práctica, pero en ellos la privación de alimentos era un símbolo: era un modo de humillarse, de empequeñecerse, de apaciguar la cólera divina o aceptar las consecuencias de ella: el ayuno era esencialmente un rito de penitencia y de duelo. La Ley sólo un día lo prescribía, el de la expiación, y era obligatorio para todos. Se ayunaba también conmemorando las grandes calamidades nacionales, como la toma de Jerusalén por los caldeos, el 9 del mes de Ab[29]. Los fariseos tenían, sin duda, otros ayunos, sin hablar de los de pura devoción, que los discípulos de Juan practicaban como ellos, siguiendo el ejemplo de su Maestro, el gran asceta. A la masa del pueblo, ocupada en penosos trabajos, no se imponía esta sobrecarga, ni Jesús se la impuso tampoco a sus discípulos.

¿Quién podía ver esto mal? Desde luego, los fariseos y los discípulos de Juan. San Lucas nombra a los primeros; san Mateo a los segundos; san Marcos no cita a nadie. Por todos los corrillos se hicieron malévolos comentarios; pero los que tomaron la palabra, animados seguramente del sentir de los fariseos, debieron afectar que no lo hacían por espíritu de casta. Eso es más propio de los espectadores que dan su parecer, o más bien de los observadores. Se informaron esta vez cerca de Jesús, pero no con franqueza, preguntándole los motivos que podían tener sus discípulos para no seguir el ejemplo de las personas piadosas, siendo ellos, sin duda, los escogidos para ser llevados por caminos más perfectos que los de la mayoría.

Jesús respondió con una comparación que apuntaba a su propia persona. Los amigos del esposo, que en la lengua figurada de los semi-

[29] Aproximadamente el 14 de julio.

tas se les llamaba «los hijos del pabellón nupcial», encargados de preparar el banquete, de alegrarlo con sus discursos y sus cantos, estos joviales compañeros de una vida que el esposo abandona, no deben, mientras dure la fiesta, mostrar tristeza. Se les quitará el esposo cuando haya entrado en su nueva vida; entonces les será permitido exteriorizar sus penas; pero no mientras dure su compañía. Jesús mismo es este esposo. Llegará el día en que les será arrebatado: en ese día ayunarán sus discípulos.

Jesús, pues, preveía su apartamiento de los discípulos. ¿Tendría tiempo de reinar con ellos? ¿Era sólo cuestión de reinar? La profecía estaba expresada con discreción, pero en su fondo se reflejaban tintes de melancolía: Jesús, arrebatado de los suyos, y éstos llorando de pena. Para nosotros, la profecía es clara y la vemos realizada en el ayuno del aniversario de la muerte de Cristo y en los días que preceden a esta dolorosa conmemoración.

La respuesta de Jesús justificaba la conducta de sus discípulos. Su presencia era motivo de alegría y no tenían por qué aparecer tristes amoldándose a una práctica de los fariseos como los discípulos de Juan, que dócilmente la seguían. Quiso, sin embargo, ir más al fondo de las cosas. Sus discípulos no estaban solamente a su lado para ser compañeros de su vida; les inspiraba con su doctrina un espíritu nuevo, que no estaba en contradicción con lo esencial de la Ley, como más tarde lo afirmaría claramente, pero de lo que ahora se trataba no era de un precepto de la Ley. Los fariseos habían añadido a ella nuevas prácticas, como para preservarla con más seguridad de las injurias del tiempo. ¡Sistema desastroso! Cuando un vestido está gastado, no se aconseja poner un remiendo nuevo, porque al menor movimiento el remiendo nuevo se desprende, llevando consigo parte de la tela que le rodea, haciéndose así el desgarrón más grande. Cuando los pellejos están gastados a fuerza de rozar sobre el lomo de los asnos, ¿es la hora de echar en ellos vino nuevo? Continuará la fermentación y reventará los pellejos. No se exija, por tanto, a sus discípulos, imbuidos de un espíritu nuevo, asociarse a prácticas inspiradas en el espíritu de la antigua Ley. La compostura no tendería a otra cosa que a dejar de manifiesto el lastimoso estado de las instituciones, tales como los fariseos las comprendían. No se proscribe el ayuno, se le prevé para el futuro, cuando, renovado el espíritu religioso, será practicado con intención nueva: «El vino nuevo en pellejos nuevos».

Sin duda, esta lección era más profunda que clara en su superficie. Jesús disponía del porvenir, contaba con él para esclarecer sus palabras, las cuales, por lo mismo, podemos entender nosotros. Las personas mal intencionadas que le habían interrogado suponían un atentado contra la Ley en el futuro, pero pudieron sacar muy poco provecho de su emboscada. En suma, no siendo el ayuno obligatorio, los discípulos, al no hacerlo, no eran culpables. Pero, a la verdad, que la solución dada favorecía bien poco las observancias de los fariseos. La hostilidad iba en aumento y la encendía más al no descubrir un motivo que la convirtiese en causa sagrada. El sábado debía ofrecer esta ocasión.

ESPIGAS RECOGIDAS EN SÁBADO

(Lc 6, 1-5; Mc 2, 23-28; Mt 12, 1-8)

Jesús atravesaba los trigales con sus discípulos. Éstos, bien porque tuvieran hambre o por distracción, cortaron unas espigas para gustar el grano ya maduro, pero tierno todavía. Se acercaba, por tanto, el tiempo de la siega. Si la conversación con la Samaritana la tuvo cuando las cebadas empezaban a blanquear, y aquí se trata del trigo, más agradable al gusto, se puede suponer, siendo igual la altura, un intervalo de quince días o tres semanas entre los dos hechos. A orillas del Lago las mieses maduran antes que en las llanuras de Nablús. Pero acaso Jesús estuviese a principios de junio en la meseta que cae hacia el Lago, en la llanura de Hattin.

El hecho de cortar algunas espigas o tomar de pasada algunos higos era costumbre de todos y nadie la veía mal. Pero esto sucedía en sábado. Estando consagrado ese día al reposo, sólo se podían dar cortos paseos, aun por los amantes del campo. Hoy mismo, los judíos de Jerusalén salen de sus casas caminando con paso lento por el recinto de los *erubin*[30]. Jesús no había caminado más allá de lo justo, pues no se le reprocha eso, pero ¿no es un trabajo prohibido frotar las espigas para sacarles los granos?

Esta cuestión que a nosotros nos hace sonreír, era asunto grave para los judíos. Cosechar en sábado estaba formalmente prohibido por

---

[30] Gracias a dos hilos llevados por el aire como los del telégrafo, muchas casas son consideradas como una sola. No todas las casas judías están unidas por hilos, pero las hay.

la Ley (Ex 34, 21). La casuística de los fariseos había asimilado al trabajo de la recolección todo acto de esta naturaleza, por pequeño que fuese[31]. Se lee esto en los libros rabínicos[32], y también que estaba prohibido recoger los frutos y subir a un árbol, por temor de que, sin querer, se desprendiesen. Además, siendo el sábado una ley de la creación, obligada a toda criatura, estaba al igual prohibido comer un huevo puesto en sábado o el fruto caído del árbol[33]. El reproche de los fariseos es perfectamente verosímil, pero se dirige al Maestro como responsable, sin decir siquiera que los tildados de la falta eran sus discípulos (Mc 2, 24). La insinuación la hicieron en forma tan velada, que no transparenta la intención malévola. Seguramente no estaría permitido lo que los discípulos hicieron, pero suponiendo, caritativamente, tendrían sus motivos para obrar así, que era lo que desearían saber.

Jesús responde con un ejemplo de la Escritura, con el hecho del joven rey David, en el tiempo de sus pruebas, cuando era el elegido de Dios. No se trataba allí del sábado, sino más bien de un punto de derecho reglamentado por la Ley con toda precisión. Sólo los sacerdotes estaban autorizados para consumir los *panes de la proposición* (Lv 24, 5 s.), es decir, expuestos sobre el altar del santuario en presencia de Dios. David, teniendo hambre y proveyendo a la necesidad de sus compañeros, obtuvo del gran sacerdote (1S 21, 2 s.)[34] que le diese los panes sagrados que acababan de ser reemplazados por pan tierno.

¿Había habido manifiesta violación de la Ley? ¿No la había interpretado sabiamente el gran sacerdote en aquella necesidad? Es verdad que sus discípulos no tenían aquella excusa, pero, en cambio, la derogación era en cosa insignificante. Lo esencial era remontarse a la razón de ser de la Ley, cuando sólo es una ordenación positiva sin implicar ningún principio eterno. Así era el sábado. Dios había mirado al bien de los israelitas obligándolos a descansar ese día: no era su designio sujetarlos con un precepto absoluto, sin consideración a las circuns-

---

[31] Strack y Billerbeck, I, p. 617.

[32] Ver en la Michna, tratado *Chabbat*, VII, 2, la lista de las treinta y nueve obras prohibidas.

[33] *Bessa*, I, 1; *Pesahim*, IV, 8b.

[34] Este texto da el nombre de Abimelec al sacerdote. Su hijo Abiathar, que estaba presente (1S, 22, 20), le sucedió poco después.

San Marcos dice: bajo «el gran sacerdote Abiathar», porque este nombre, que tanto se repite en la Biblia, estaba ligado al de David por un sincronismo corriente.

tancias o a la naturaleza de los actos. El sábado, en una palabra, según la fórmula atrevida de Jesús, «se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado».

Esta fórmula radical se halla en san Marcos, y no hay motivo alguno para dudar de su autenticidad. Añade, no obstante, una declaración, que sólo se comprende por el texto de san Mateo, «porque el Hijo del hombre es el Señor del mismo sábado».

No menos auténtica que el principio era esta consecuencia y muy verosímil, si no nos olvidamos del designio de Jesús de no responder a los astutos fariseos con la astucia, declinando el honor de empezar con un nuevo orden de cosas. No, al contrario, Él tiende a poner en plena luz su misión, sin revestirla de carácter mesiánico. En los conflictos precedentes reivindicó el poder de perdonar los pecados, como médico venido para curar a los atacados de aquella enfermedad; anunció un orden nuevo, dependiente de su persona. Ahora afirma que es señor hasta del mismo sábado (Mt 12,5 s.). Según su método de inducción, accesible aun a los más sencillos, acaba de recordar que en el Templo los sacerdotes se entregan a ocupaciones que en apariencia violan el sábado y, no obstante, se les juzga irreprensibles. Pues hay actualmente entre ellos alguien que es más grande que el Templo, el Hijo del hombre, el que perdona los pecados, que es también Señor del sábado. Señor, en el sentido de que es quien juzga lo que puede ser permitido a sus discípulos; Señor también en un sentido más absoluto, como se verá en el futuro. La Ley no está amenazada en sus fundamentos, pues el descanso semanal será siempre útil al hombre y le dará tiempo para acercarse más fácilmente a Dios; pero, en fin, el poder del Hijo del hombre, delegado a su Iglesia, se ha ejercido eligiendo el día conmemorativo de la resurrección de Cristo, cambiando por éste el del descanso divino después de la creación, símbolo de la conservación del mundo.

UN HOMBRE CON UNA MANO SECA ES CURADO EN SÁBADO
(Lc 6, 6-10; 14, 3b; Mc 3, 1-5; Mt 12, 9-13)

Se había suscitado la cuestión del sábado, cuestión entonces y siempre candente. En Jerusalén hemos visto a un alto comisario, antiguo ministro de la corona británica, hacer a pie un trayecto de dos kiló-

metros, y vestido de gran gala, el día del santo del Rey, por no obligar a su chófer a violar el sábado. Y cierto sabio, que compuso un folleto probando que la ley de Moisés no es inmutable[35], tenía escrúpulos sobre este punto fundamental.

Era cosa prevista que un conflicto con los fariseos sobre este particular asunto llegaría a ser mortal. El hecho que aquí nos proponen los tres primeros evangelistas es un caso típico, en el cual una legalidad despiadada se opone en vano al compasivo corazón de Jesús, eterna fuente de la caridad cristiana.

Volvió de nuevo Jesús a la Sinagoga, en donde se encontraba un hombre con una mano seca. La opinión que los fariseos tenían de Jesús les hacía suponer que se inclinaría a curar a aquel hombre; pero ¿se atrevería a hacerlo en sábado? Entonces, ¡qué bella ocasión para acusarlo de un hecho personal, en plena Sinagoga, al no respetar ni el lugar ni a la multitud de fieles escandalizados!

Jesús no escabulló el bulto esta vez tampoco, aunque el peligro era más agudo, y manifiesta abiertamente el principio contenido en aquel caso concreto del pobre desdichado. Le hace venir al centro del auditorio. ¿Qué es mejor en sábado, hacer bien o hacer mal: salvar una vida o cometer un crimen? Creemos que los doctores, sin comprometerse, hubieran podido responder afirmativamente, a lo primero, ya que esta solución general no impedía discutir otras hipótesis particulares. No obstante, se callan, porque están decididos a no hacer ninguna concesión que, sin quererlo, les pudiera perjudicar. Tal vez por orgullo no quieren terciar en la disputa con aquel aprendiz de lógica, más bien por dureza de corazón, pues el enfermo está a la vista de todos, su mal suplica, pero nada quieren decir que sirva a Jesús como pretexto para curarle. Los sabios modernos les dan la razón: la jurisprudencia de los rabinos autorizaba para obrar en peligro de muerte, pero no en otro caso, y al presente nada apremiaba. Se veía que Jesús miraba más lejos. Sugería que el valor moral de una acción la hace lícita en día de sábado, aun contrariando los tiquismiquis que una lógica estrecha había inspirado a los legistas: como eran no lavar un miembro magullado, ni hacer sangrar una herida. Los enemigos de Jesús se dijeron que allá Él hiciese lo que quisiese. Decididamente, la ocasión era como para pintada. Jesús entonces los miró con tristeza, viendo la dureza de

[35] *The Law of change in the Bible,* por Harold Wiener.

su corazón, y hasta con cólera, pasión santa, sólo esta vez advertida y sólo por un evangelista (Mc 3, 5), ¡tan incompatible pareció con su bondad! La cólera, sin embargo, permaneció inactiva y se desbordó la bondad. Al mandato de Jesús, el hombre extendió su mano y la encogió sana y buena.

PRIMER INTENTO DE ACABAR CON JESÚS

(Lc 6, 11; Mc 3, 6; Mt 12, 14)

Aquello era demasiado. Los fariseos estaban resueltos a no pasar por más. Desde hacía tiempo se les venía desafiando, y ahora tenían un motivo que juzgaban poderoso, y no faltaban testigos. Como aquello acontecía en territorio gobernado por Herodes Antipas, no sería difícil entenderse con algunos personajes influyentes de aquella pequeña corte. Hubo una reunión secreta, se discutieron los medios de acabar con el innovador, pero no se llegó a ningún plan fijo.

III. COMIENZOS DE LA DOCTRINA EVANGÉLICA

ELECCIÓN DE LOS DOCE APÓSTOLES

(Lc 6, 12-16; Mc 3, 13-19; Mt 10, 1-4)

Había llegado el momento decisivo de la vida de Jesús. En un principio predicaba sólo la penitencia en orden al reino de Dios. Sólo un rasgo particular han reproducido los evangelistas, que deja entrever que mantenía el tono de los antiguos profetas, sobre todo de Isaías, insistiendo sobre el carácter misericordioso de la intervención divina, como había hecho en Nazaret. Pero un grupo de discípulos le acompañaba desde los comienzos, a los cuales se había unido el publicano Leví, que en adelante se llamará Mateo. Natanael era, según todas las probabilidades, el nombrado más tarde Bartolomé. Otros, cuyos nombres ignoramos, se habían habituado a vivir en su compañía más o menos tiempo. La oposición instintiva de los fariseos, sus cuestiones insidiosas, habían servido de ocasión al Maestro para manifestar que su doctrina contenía un principio nuevo. Había dejado entrever que aunque Él desapareciera, su obra sería, no obstante, continuada (Mc 2, 20). Necesitaba, por tanto, formar a sus continuadores, conferirles una

autoridad derivada de la suya; contarlos entre los primeros oyentes de su doctrina, para que fueran más tarde sus testigos. Jesús se atuvo en su designación al número de doce, que era el número de las doce tribus de Israel. Como los patriarcas nacidos de Jacob eran para todo el pueblo los antepasados gloriosos de que cada tribu se gloriaba, y recordándole su origen común, la movía al amor de los demás; así los doce serían los padres del nuevo Israel, que Jesús había venido a fundar.

Antes de dar este paso, que era como el diseño de su obra, recurrió Jesús a la oración: subió a la montaña y pasó la noche orando. Siendo hombre, debía orar, y siendo nuestro modelo, invitaba desde entonces a su Iglesia a instituir oraciones especiales para pedir a Dios pastores fieles.

De los doce, siete participaban ya de privilegiada intimidad. Nada sabemos de cuando los otros se sintieron atraídos hacia Él: eran Tomás y Santiago, hijo de Alfeo para distinguirle del hijo del Zebedeo, Simón, cuyo sobrenombre en arameo *qanana*, es decir, *celoso*, pero no necesariamente *Zelote*, aunque en griego la misma palabra tenga los dos sentidos. Con el nombre de «zelotes» designamos una secta animada de un celo arrebatado por la independencia absoluta de Israel, sólo a Dios obediente. El principio era laudable, pero la ejecución fue demasiadas veces manchada con los peores excesos. El sobrenombre dado a Simón en la lista de los apóstoles debe, por lo mismo, ser entendido en sentido más general, de un celo ardiente por Dios. Simón está ordinariamente asociado a un Judas, a quien añadimos el nombre de Tadeo, para distinguirle del traidor. Por el mismo motivo, san Lucas lo llama hijo de Santiago; san Marcos y san Mateo le citan por su sobrenombre de Tadeo, «pecho fuerte». El último es Judas Iscariote, es decir, natural de Querioth, pequeña ciudad al sur de Judea. La presencia del traidor en la enumeración de los doce prueba por sí solo que este número fue instituido por Jesús, pues no se hubiera atrevido a introducir a Judas entre los íntimos si no hubiese sido conocido como tal por todos.

Simón, aunque no fue el primer llamado para seguir a Jesús, es siempre citado el primero por su sobrenombre de Pedro; indicio manifiesto de la situación singularísima y elevada que tenía entre los discípulos. Andrés, su hermano, no siempre ocupa el segundo lugar. Santiago y Juan serán más de una vez asociados a san Pedro en la estima de su Maestro. A estos dos hermanos les dio Jesús el nombre de Boanerges, hijos del trueno, por su impetuoso entusiasmo.

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA
(Mt 5-7; Lc 6, 17-49)

Los doce habían sido escogidos para ser jefes, pues aún no lo eran. Debían, sin embargo, ser los primeros iniciados en la doctrina del reino de Dios. Después de algunas luminosas indicaciones, Jesús iba a decirles abiertamente cuál era su posición con relación a la Ley revelada, y cuál era la alta perfección a que invitaba a los que quisieran seguirle. Esta declaración requería cierta solemnidad, aunque se excluyese de ella todo boato exterior. Cuando leemos el Evangelio con la santa sencillez con que fue escrito, llama nuestra atención ese rasgo de la fisonomía de Jesús: ama tan poco la pompa y el ruido, que no querría evocar lo teatral, ni aun para excluirlo. Se ha comparado, sin embargo, su sermón de la montaña a la promulgación de la ley antigua en el monte Sinaí. Pero ¿dónde están aquí los rayos y truenos, el espanto sagrado que sobrecogía a los israelitas al dárseles la orden de no acercarse a la humeante montaña? Como antes había tenido una barca por tribuna, ahora se sienta Jesús en tierra, rodeado de la muchedumbre. Y si está sobre una montaña, es que había subido a ella para orar y elegir a sus apóstoles, adonde le siguió la turba. Para mayor comodidad, sin abandonar las alturas, bajó de la cumbre hacia una esplanada donde todo el mundo podía encontrar fácil acomodo[36]. La meseta de Qorun-Hattin, dominada por colinas, pero muy elevada y alejada de Cafarnaún, tiene las condiciones deseadas. Otros han propuesto mejor a *Um Barakât* (madre de bendiciones), cerca de Tâbga.

Había sido tan general la conmoción, que trascendió los términos de Galilea, y había acudido gente del sur de Jerusalén, de aquella Idumea recientemente conquistada por los reyes Asmoneos y sordamente hostil. Gentes de Tiro y Sidón, del extremo norte de la tierra prometida, llegaban solicitando ser curados. Jesús, viendo aquella multitud atenta, abrió la boca y habló. Su discurso ha sido relatado de dos modos bastante diferentes, por san Mateo y san Lucas. Podría creerse que eran dos discursos, si las semejanzas no fueran tan estrechas y, sobre todo, si se pudiera suponer que Jesús había pronunciado dos ve-

---

[36] Es muy fácil conciliar a san Mateo que habla de una montaña y a san Lucas que habla de un llano, porque san Lucas había también colocado la elección de los discípulos en la montaña: indica solamente que descendió y se detuvo en un paraje llano.

ces un discurso de inauguración. Mejor es reconocer que san Lucas, que escribía para los gentiles convertidos, se atuvo a lo que miraba a la perfección nueva, a la ley de caridad, en tanto que san Mateo ha conservado fielmente lo que daba a la alocución su carácter histórico, la oposición de dos doctrinas y el lazo que las unía, la caridad sobrepasando a la legalidad y, no obstante, brotando de la revelación antigua, como el fruto que en esperanzas ofrecen ya las flores. Al texto, pues, de san Mateo debemos recurrir para saborear la fisonomía primitiva de su composición: nos parece que estamos escuchando las palabras, el tono, el acento mismo de Jesús. Para esto es preciso leerlo. Nosotros sólo podemos pensar en hacer aquí un discreto análisis.

El sermón tiene como una introducción, que se le llama **Bienaventuranzas,** si bien san Lucas presenta también el reverso, señalando las desdichas de las disposiciones contrarias; este contraste nada añade a lo esencial.

El cuerpo del sermón lo componen dos puntos: ¿Cuáles son las relaciones de la doctrina de Jesús con la Ley y los Profetas, de su espíritu con el espíritu de los fariseos hipócritas? ¿Y cuáles deben ser los sentimientos y las prácticas de sus discípulos?

Termina con una breve alocución invitando a obrar.

La introducción encierra por sí sola toda una doctrina apreciadísima de los místicos de todos los tiempos, extensamente esbozada ya por san Agustín, santo Tomás, y que Pascal ha hecho saborear a los modernos: la verdad no es fecunda en las almas, es más, no puede ser bien comprendida si la voluntad o, como se suele decir, el corazón no está bien dispuesto en orden a Dios. El entendimiento es ciego si el corazón no siente a Dios. Es preciso, por lo tanto, que las inclinaciones más ordinarias del hombre, que le llevan hacia los bienes temporales, sean desde luego reemplazadas por apreciaciones contrarias sobre el valor real de los bienes; tanto de los aparentes, que agradan a los sentidos como de los verdaderos. Es necesario realizar una inversión de valores, convenciéndose de que la dicha se encontrará al fin realizada a favor de los que parecían despojados de aquellas ventajas engañosas que son buscadas con tanto anhelo.

En san Lucas, la oposición es tan tajante entre el hambre y la hartura, entre las lágrimas y la risa, que un lector superficial se dejará fácilmente llevar de la idea de que esto se realizará en el mundo. Como buen revolucionario, Jesús había prometido a los miserables un des-

quite sobre las riquezas de los ricos, de quien son hoy despreciados, desquite que muy pronto vendría. Pero ¿qué hay de común entre esta sed de bienes terrenos saciada por la toma de posesión con el espíritu de venganza, y el llamamiento a la renuncia de todo, que resuena en el Evangelio? San Lucas, como san Mateo, ya ha indicado desde la primera línea el sentido que se le debía dar. La transformación se realizará, pero será en el reino de los cielos, es decir, en el reino de Dios, más allá de todos los tiempos. Está tan lejos Jesús de despertar en los corazones de sus discípulos codicia de bienes temporales, de que tan escasos estaban, que todavía les promete humillaciones y malos tratamientos a causa de su nombre; su recompensa será en el cielo. Es preciso reconocer que las fórmulas absolutas y duras de san Lucas, que imitan el contraste violento de los semitas, aunque son primitivas, tenían necesidad de ser suavizadas en favor de otros lectores, como lo fueron en san Mateo, vertido al griego. Es al modo de una clave musical que se repite en cada línea para que no se olvide que regula toda la pieza. San Mateo no dice solamente «los pobres», sino que añade «de espíritu», es decir, aquellos que tienen conciencia de su incapacidad para satisfacer sus aspiraciones al reino de Dios. Los que tienen sed, «están sedientos de justicia». Los misericordiosos, los limpios de corazón, los que se esfuerzan en hacer reinar la paz, están ya en camino para el reino de Dios. Lo mismo se habrá de entender en el sentido de la vida religiosa y moral, lo que se dice de los mansos y de los que lloran. De la misma manera, poseer la tierra en herencia no será acrecentar sus dominios, sino entrar en el cielo como hijo de Dios.

La única remuneración que en esta vida se concede a los discípulos es ser perseguidos, como lo fueron los profetas en la antigua historia de Israel.

Esta mirada al pasado que hace a los discípulos de Jesús continuadores de los profetas, nos vuelve, no sin elegancia, al primer punto del sermón. ¿Cuál es la situación de Jesús respecto a la **antigua Ley**[37].

---

[37] Hemos dado en nuestro *Evangile selon saint Matthieu* los motivos de considerar como adiciones al discurso primitivo los pasajes que por otra parte no están en el discurso de san Lucas, a saber: *Mt.*, 5, 13-16; 5, 18; 5, 25-26; 6, 7-15 *(el Padre nuestro)*; 6, 19-34; 7, 7-11; 7, 22-23. Mateo sin embargo, estableció estrecho lazo entre los versículos 17 y 18 del capítulo 5, y reveló el sentido completo de la perpetuidad de la Ley; sea por el lugar que da a esta idea, sea por las palabras con que termina el versículo 18.

Ésta es una de las más graves dificultades del Nuevo Testamento, dificultad que los apóstoles debieron resolver sobre muchos puntos, porque el Maestro no había dado más que un principio general y escasas aplicaciones. Hay quien llegó a pensar que san Pablo no está de acuerdo con Jesús sobre este principio. El Maestro afirma que la Ley no pasará: el discípulo la considera abrogada. Y no basta decir que Jesús quiso dar a entender que Él daba a la Ley toda su perfección. ¿Qué vale esta afirmación frente a la de que ni una *iota* ni una *tilde* de la Ley pasarán si es cosa probada que los cristianos han rechazado la circuncisión, el signo propio de la alianza entre Dios y su pueblo?

Iota es la forma griega del nombre de la más pequeña letra del alfabeto hebreo, *iod,* y la *tilde* es un rasgo insignificante de la Escritura. ¿Habrá que atribuir a Jesús la pretensión de los rabinos de que nada se cambiaría del texto escrito de la Ley, ni una letra, hasta el fin del mundo? Para asegurar su integridad tomaron las más minuciosas precauciones, hasta contar el número de las letras y asegurarse de que en cada copia no faltaba una sola. Jesús no estaba animado de tan puntilloso celo.

¿Quería decir al menos que todos los mandatos de la Ley subsistirían? San Pablo habría contradicho a Jesús y san Mateo lo habría puesto en contradicción consigo mismo en todo lo que sigue. También en esto los rabinos entendían la perpetuidad de un modo pueril e irrealizable. Para ellos, la Ley es una lista de mandatos o prohibiciones, que se pueden contar, y a los cuales nada es lícito añadir ni quitar. Cosa que ninguna ley ha logrado, si su duración es larga. La Ley mosaica fue modificada en el transcurrir de los tiempos, y Moisés mismo completó en el desierto las leyes promulgadas para siempre (Nm 9, 6 s., con relación al Ex 12, 14 s.). «Para siempre» significa aquí la estabilidad de las leyes, como contraponiéndolas a los preceptos que son transitorios. La opinión rabínica, inconciliable con la vida, no debe engañarnos.

Jesús se eleva muy por encima de este concepto, cuando, tomando la revelación como un todo que abarca la Ley y los profetas, afirma su derecho no para cambiarla, sino para completarla, es decir, para llevarla hasta la perfección (Mt 5, 17). El sentido de sus palabras no puede ser dudoso, y debe servir de clave para explicar aquella frase difícil de entender: «En verdad os digo que aunque pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde perecerá de la Ley, hasta que todo suceda» (Mt 5, 18). El fin de esta doble declaración no puede ser otro que extender la ley de la inmutabilidad esencial y de la perfección al período que se iniciaba. No se puede entender en el sentido de que Jesús

haya venido a *cumplir*[38] la Ley y los profetas, y que nada pasará de la Ley y de las profecías hasta que todo se haya *cumplido*. Esto sería considerar su misión sólo como término. Él era un término, pero también un principio. La Ley y los profetas eran la verdad moral y religiosa. La manera cómo una verdad se *desarrolla* es permanecer inmutable en su esencia, pero haciéndose más clara, dominando más conceptos y manifestando mayor fecundidad.

La verdad en Dios es infinitamente activa; la que revela al hombre no puede ser letra muerta. En tanto que el error cambia y desaparece, la verdad se perfecciona por su verdadero desarrollo, sin el cual no sería verdad viva y eficaz para el corazón humano. La antigua revelación no perderá ni una jota ni una tilde de sus elementos constitutivos. Hay en este modo de hablar una parábola latente. Como el escriba pone todo su cuidado y celo en no omitir ni una *iota* ni una tilde, porque las considera esenciales para la buena lectura, así Dios cuida de todos los gérmenes depositados en la revelación. Cristo traerá un desarrollo esencial; pero semejante salto no se repetirá. Sin embargo, el crecimiento de esta verdad subsistirá siempre, hasta llegar al término prefijado por Dios. Se desarrollará siguiendo las leyes de un progreso verdadero, sea a consecuencia de revelaciones particulares, sea mediante la meditación de las verdades reveladas, sea también por su práctica, siempre bajo la acción del Espíritu Santo[39]. Negar que Jesús no miró a los tiempos que seguirían a su misión temporal, es suponer la creencia de que el mundo acabaría con Él[40].

Puesto el principio, Jesús deduce algunas **aplicaciones:** la Ley prohibía el *homicidio*. Él no quiere que ni siquiera haya enojos con el prójimo. No sólo se le debe perdonar, se debe también buscar la reconciliación, aun cuando no se haya cometido contra él ninguna injusticia. La Ley condenaba el adulterio: es preciso entenderla de todo deseo malo. La Ley permitía el *repudio*, esto no era más que una tolerancia

---

[38] Cumplir no significa perfeccionar, sino ejecutar.

[39] Juan 16, 12 s., da la clave de este pasaje difícil. «El Espíritu de verdad os guiará hacia la verdad entera».

[40] Ver las admirables explicaciones del pensamiento de Newman, con todo su alcance, en la conferencia de Jaime Chevalier, en Oxford (*Les lettres*, julio de 1927): «La identidad de las formas sólo puede ser una identidad de muerte: la identidad viva supone un cambio continuo, cuya continuidad basta para asegurar la unidad y la identidad... Hay en el tiempo algo que cambia siempre, pero que no cambia si no es para permitir a alguna cosa permanecer la misma..., etc.»

temporal: la perfección que Jesús exige es la unión de los esposos, sólo la muerte tiene poder para disolver el matrimonio[41]. La Ley prohibía el *perjurio:* el verdadero discípulo evitará los juramentos y se contentará con decir *sí* o *no.* La Ley prescribía la *pena del talión:* «ojo por ojo y diente por diente». Jesús no la condena expresamente: la venganza privada se despachaba a su gusto en las sociedades desprovistas de una fuerte autoridad pública para castigar los crímenes: había necesidad de contenerla en los límites de la reciprocidad e igualdad de daños y perjuicios. La perfección sería no resistir al mal, cuando uno mismo es personalmente víctima. He aquí la expresión heroica de una paciencia sobrehumana: «Al que te da una bofetada en la mejilla derecha, ofrécele la izquierda». Se ve claro que aquí Jesús no impone un precepto, señala lo heroico para que hagamos lo digno. «A cualquiera que te cargare para una milla, ve con él dos».

La Ley, los profetas y los Salmos hablaban con insistencia del **amor al prójimo,** pero ¿quién era el prójimo? La cuestión vendrá más tarde[42]. Pertenecería, sin duda, a una categoría privilegiada diferente de la de sus enemigos, a los cuales un buen israelita, como ciertos salmistas, creían legítimo aborrecer y maldecir, ya que también eran enemigos de Dios.

La Ley, pues, no prohibía el odio, con tal que estuviese justificado. Así pensaban los fariseos. Jesús, expresándose en lengua semita, desprovista de matices, o para expresar los sentimientos intermediarios, o para distinguir un orden positivo de una simple tolerancia, resume la opinión corriente que se creía tradicional, según la Ley: «Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo» (Mc 5, 43)[43].

Jesús comprende mejor la fuerza subyugadora del precepto del amor. Que la caridad olvida las injurias, lo sabíamos ya, pero va más lejos; se extiende a los enemigos, no se le han de fijar otros límites que la bondad del Padre celestial que hace brillar el sol sobre buenos y malos. Amar solamente a los amigos, los publicanos lo hacen. Sus dis-

---

[41] La cuestión fue propuesta solemnemente por los fariseos: lo veremos más tarde en Mc 10, 11 s., y Mt 19, 9, pp. 348 s.

[42] Ver *Parábola del buen Samaritano,* cap. IV, § 4.º, pp. 284 s.

[43] La primera parte está escrita en la Ley (Lv 19, 18), pero no la segunda. La ley no ha sido citada textualmente. Se ve claramente que Jesús opone la revelación antigua mal comprendida, a su propia revelación que se apoya en el orden formal de la Ley, haciéndola desbordar sobre todas las situaciones particulares que legitimaban en la antigua economía el hecho de odiar a nuestros enemigos.

cípulos deben mirar más alto: es Dios su modelo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto».

De un mandamiento expresamente formulado en la Ley escrita, Jesús pasó insensiblemente a un dicho en que se creía ver encerrado todo el espíritu de la Ley. A la insuficiencia de la Ley, al espíritu que la falsea, contrapone la perfección que había venido a enseñar. Ahora la toma con las prácticas, buenas en sí, pero que no son de verdad agradarle las limosnas, las oraciones y los ayunos de los que las hacen buscando nada más la aprobación de los hombres? Se hallará siempre este defecto en personas aisladas; pero Jesús ve a toda una clase, la de los hipócritas. Aunque no quiso señalar más claramente a los fariseos, nadie desconocía que de ellos se trataba. El Talmud de Jerusalén habla de una clase de fariseos, que ponían sobre sus espaldas sus buenas obras para gloriarse en ellas[44].

Era algo característico bien conocido de la secta. La aristocracia religiosa de Israel estaba convencida de que a esta secta estaba confiado el honor de Dios, resultando de esto que las buenas o malas acciones de los judíos glorificaban o rebajaban a su Dios delante de los gentiles. Este sentimiento de responsabilidad obligaba eficazmente a evitar el mal, pero también a la hipocresía, cuando se había faltado: así, velando por la gloria de Dios, se procuraban la propia aureola. La solidaridad de la secta es más exigente aún. Los fariseos, que no tenían otro prestigio que el del saber y el del celo religioso, trabajaban por el honor de su corporación, distinguiéndose de la masa del pueblo por su apego a la Ley y sus buenas obras. Hacían limosnas, pero se daban maña para que se conociera; oraban, pero en los rincones de las plazas, donde gozaban de cierta tranquilidad sin dejar de ser vistos: ayunaban muchas veces, y el buen pueblo se extasiaba contemplando sus semblantes tristes y sus facciones descompuestas. Recibieron, pues, el galardón que buscaban, la estimación de los hombres. Para agradar al Padre, había que buscarle en secreto. Jesús deja caer de sus labios estas palabras, delicadas y finas, con ribetes de exquisita exageración: «Cuando hagas limosna, no sea a ruido de trompeta..., que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha» (Mt 6, 2)[45]. «Tú, cuando ores,

---

[44] Ver nuestro *Evangile selon saint Marc*, XIII, 40.

[45] Los rabinos han comprendido lo desagradable que es la ostentación de la limosna y han deducido la obligación del secreto del texto de los Pr 21, 14: «mi don hecho en secreto apaga la cólera» (de aquel a quien se le hace). Este ejem-

entra en tu habitación y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto»; y, en fin: «Cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro».

Así enseñaba a los hombres a que sólo hiciesen las cosas por Dios, sin poner en ello envidiosa afectación. Le basta con que Él esté contento: quien lo ame verdaderamente no quiere ser visto de nadie.

Lo admirable es que el amor de Dios haya de extenderse inmediatamente al prójimo. La caridad con el prójimo encierra toda la Ley. Estamos seguros de practicarla con perfección con sólo atenernos a esa sencilla regla: «Lo que quieras que hagan los demás contigo, házselo tú a ellos: en eso está la Ley y los profetas» (Mt 7, 12). Es verdad, pero es el espíritu nuevo quien lo lleva a la perfección. El jefe de los fariseos anterior a la venida de Jesús, Hillel, decía solamente: «Lo que a ti no te agrada, no lo hagas a otro: es toda la Ley, lo demás es explicación de ella»[46]. Está bien como regla de justicia. La caridad respeta también los límites que señalan los derechos del prójimo, pero esa abstención negativa no le basta. ¡Con qué intensidad nos amamos a nosotros mismos! ¡Con qué clarividencia! ¡Qué ingenio para hacer triunfar el propio interés! Emplear el mismo ardor al servicio del prójimo, ¡qué hermoso ideal! San Agustín veía en ello una regla de oro. Ni que decir tiene que no será observada hasta que el amor de Dios no haya enterrado el amor propio, para dar entrada al amor del prójimo.

La oración busca la soledad: cuando el prójimo aparece, la caridad se hace activa. Es lo esencial de la Ley nueva. La Ley antigua era una exhortación a las obras: a las obras, una vez animadas del amor puro de Dios y del prójimo, nada hay que quitarles. Ni una palabra ha dicho Jesús en su programa que induzca a creer que el conocimiento de su doctrina es como un talismán que garantiza por sí solo la vida eterna. Lejos de eso, el que hubiera escuchado sus palabras, aunque tuviera fe en ellas, será rechazado si no las pone en práctica. La doctrina se distribuye a todos, no tiene carácter de misterio pagano, y su eficacia no proviene de ser ciencia privilegiada y menos nos lleva a un ocioso y falso misticismo.

Es necesario obrar, pero obrar para hacer la voluntad del Padre. «No todo el que diga: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre» (Mt 7, 21).

---

plo, semejante en apariencia, muestra claramente las diferencias de espíritu y de método de la enseñanza.

[46] Talmud, *Chabbat,* 31.

Una vez pronunciada esta palabra, los pensadores cristianos sondearon el valor de las acciones morales y las condiciones de la perfección cristiana. En adelante su enseñanza nos dirá que toda la perfección humana consiste en la unión con la voluntad de Dios, en cumplirla en la medida de sus fuerzas, o al menos en abandonarse a ella. Una sola palabra de Jesús lo esclarece todo.

CONCLUSIÓN

Claramente se ve que este discurso inaugural, que tiene el aspecto y el alcance de un programa de renovación, está trazado para tiempos más bonancibles, aunque las condiciones físicas fuesen las mismas del presente. Si Jesús no ha querido ser más que el profeta de un reino de Dios establecido en una tierra transfigurada, por la inocencia y por la dicha, después de la catástrofe destructora de un mundo malo y condenado, el sermón de la montaña es ininteligible y no tiene sentido. Porque los discípulos tendrán necesidad de todas sus energías para hacer el bien, y se verán rodeados de malos ejemplos, contra los cuales tendrán que luchar. El nuevo período será, pues, de lucha, de duración indeterminada, pero bastante larga, regido por un principio nuevo en un mundo viejo, pues la antigua Ley no cesará.

Toda Ley, por su naturaleza, implica un conjunto de preceptos que todos pueden cumplir: manda, no aconseja, dejando a cada uno en libertad de hacer algo más perfecto. Si la Ley de Moisés sólo había sido una regla de conducta del hombre en razón de sus deberes positivos, sociales y aun religiosos, se puede decir que dejaba de ser para el futuro, pues Jesús propone, en lugar del móvil de la obligación, el móvil de la caridad, que puede ir siempre en aumento. Las reglas que exigen un mínimum de perfección, las substituye por consejos de perfección, que tienden hacia el infinito. El aspecto paradójico de algunas de sus indicaciones manifiesta que por este camino de la caridad lo andado hoy puede ser sobrepasado mañana. Podemos decir, con san Pablo, que no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia (Rm 6, 14).

Sin embargo, la misma Ley abría estos horizontes al amor de Dios en las encendidas exhortaciones del *Deuteronomio*. Este principio esencial debía darle vida siempre e igualmente a las consecuencias morales que de ella se deducían.

Jesús ha dicho de modo sencillísimo, intuitivo, concreto, por ejemplo, lo que más tarde probará san Pablo con su dialéctica. La enseñan-

za del maestro es sumamente práctica, condicionada, si así se puede decir, a las circunstancias bien poco variables en que vive en todos los tiempos la pobre humanidad. Bien clara es su intención de no substituir el régimen de la Ley por una edad de oro y de sueños, sino solamente de resumir la Ley en el precepto de la caridad, mejor comprendida y más activa, y tanto más activa cuanto que la lucha empeñada duraría siempre. Toda esta instrucción tiende a mejorar la justicia, a fin de que todos, súbditos del nuevo reino de Dios de aquí abajo, podamos llegar al reino de Dios de allá arriba, único en que se goza la dicha perfecta en compañía del Padre.

IV. Impresiones diversas sobre la acción de Jesús

EL CENTURIÓN DE CAFARNAÚN

(Lc 7, 1-10; Mt 8, 5-10, 13)[47]

Después del sermón de la Montaña, Jesús volvió a Cafarnaún. San Lucas, sin ánimo de introducir al lector en un medio histórico que le sería desconocido y como quien escribe seguro de que se le entiende, hace aquí alusión a un rasgo interesante del estado social y religioso de Galilea. Había en Cafarnaún un centurión, es decir, un oficial de baja graduación, que mandaba cien hombres. Era pagano. Hubiera podido, sin embargo, estar al servicio de Herodes Antipas, si el tetrarca fuera bastante rico para pagar soldados mercenarios, como su padre Herodes el Grande[48], y ya los reyes de Judá habían tenido jefes que mandaban cien hombres (2R 11, 10-15). Sin embargo, cuando san Lucas habla de un centurión, mira siempre a un oficial romano. En la pequeña fuerza de la legión, el centurión tenía el mando. También había centuriones en las cohortes auxiliares. Si fue voluntad de los romanos tener un puesto de guardia en los confines de los dominios de Herodes Antipas y Filipo, nadie lo vio con desagrado. El centurión, pues, estaba probablemente al servicio de Roma; en efecto, aparecerá imbuido en los principios de la disciplina romana. Como a muchos paganos de su tiempo, la religión de los judíos le subyugaba fuertemente. Los filósofos, incluso los panteístas y los que tenían prácticas idolátricas, gusta-

[47] Seguimos con Fillion el relato de san Lucas por ser más preciso.

[48] Josefo, *Ant.*, XVII, VIII, 3.

ban de hablar de un solo Dios. Los judíos indudablemente eran más lógicos, no adorando más que a uno. No profesaba nuestro hombre el judaísmo, pero estaba en muy buenas relaciones con los judíos, y les encargó que llevasen a Jesús su petición: tenía un criado, a quien mucho amaba, enfermo de muerte. Los antiguos, sobre todo en Oriente, no olvidaron la naturaleza hasta el punto que suponen las atroces disposiciones del viejo derecho romano con relación a los esclavos. Un amo llegaba a sentir afecto por un siervo útil. Animado por lo que había oído decir del poder extraordinario de Jesús, el centurión le rogaba que fuera a curar a su criado. Los judíos encargados de llevar el mensaje estaban convencidos de que Jesús, buen israelita, no rehusaría aquella gracia a un extranjero que había llevado su complacencia hasta edificarles la Sinagoga del lugar[49], donde Él mismo había orado, oído y comentado la Ley. Le exponen su petición, y Jesús los sigue. Un escrúpulo asalta la conciencia del honrado centurión. Sin duda, los judíos muchas veces habían ido a su casa sin miedo de contaminarse, gracias al cuidado que ponían en purificarse inmediatamente. ¡Pero un hombre como Jesús! Si es que era hombre, pues el centurión tal vez lo compara a los semidioses de quienes ha oído hablar. Si él no se había atrevido a presentarse en persona, ¿cómo invitaría a quien hacía milagros a traspasar el dintel de su morada? Envía, pues, a unos amigos a decirle: «Señor, no te tomes ese trabajo, porque yo no soy digno de que entres en mi casa... Basta que digas sólo una palabra y mi criado sanará» (Lc 7, 6 s.). Conocía él la maravillosa acción de la palabra, la eficacia de una orden. Una orden sale de los labios y va lejos y consigue lo que quiere. Lo tenía probado con los que le estaban sometidos. «Ven, ven», y la cosa está hecha.

Jesús lo admira, y con aires de sorpresa, que acompaña a toda admiración, pues seguía en todo los sentimientos de la humana naturaleza, exclamó: «En verdad, no he encontrado tanta fe en Israel». Al momento, el centurión tuvo la alegría de ver a su siervo curado.

La Iglesia ha honrado sus palabras poniéndolas en los labios de quienes van a recibir el cuerpo eucarístico de Aquel que vino para ser la salud de las almas.

---

[49] Se han descubierto en *Tell-Hum*, antigua Cafarnaún, ruinas aún muy hermosas de una sinagoga. Data del fin del siglo II después de Jesucristo, pero tal vez fuese levantada donde estuvo la antigua.

RESURRECCIÓN DEL HIJO DE LA VIUDA DE NAÍM
(Lc 7, 11-17)

El poder de Jesús era aún más grande. Su palabra vuelve a un alma del lugar misterioso en donde habitan después de la separación del cuerpo. Escena conmovedora, contada por san Lucas en un discreto tono patético. Un joven, víctima de la muerte y puesto en tierra en unas parihuelas; el hijo es único; la madre es viuda; la muchedumbre está emocionada. Jesús, movido a compasión, se atreve a decir a la madre: «No llores». Toca el ataúd abierto, manda al joven que se levante y lo entrega a su madre. El pueblo grita: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; Dios ha visitado a su pueblo». Admiran este soberano poder; era preciso también amar esta bondad. El nombre de *Naím,* evocador de este recuerdo, es aún el de un pequeño pueblo al sureste de Nazaret *(en-Nasira),* casi frente al Tabor.

LA MISIÓN DEL BAUTISTA Y LA DEL HIJO DEL HOMBRE
(Lc 7, 18-35; 16, 16; Mt 11, 2-19)

Si Dios había visitado su pueblo, era indicio de que el Mesías había llegado. Esta importante cuestión empezó a agitarse y debía serlo apasionadamente entre los discípulos de Juan Bautista, a quienes su Maestro había desde el principio prevenido de la llegada de Aquel que había de venir y que había designado a Jesús como destinado a quitar el pecado del mundo. Juan continuaba en su prisión en Maqueronte, según Josefo, es decir, lejos de Galilea, en las montañas que caen al oriente del mar Muerto. Sus discípulos podían, no obstante, entrar a conversar con él y le daban cuenta de las diferentes fases de la actividad de Jesús, de cómo anunciaba el reino de Dios, según él había hecho, y de cómo arrojaba los demonios y curaba a los enfermos. Todo esto, aunque extraordinario, no probaba que fuera el Mesías. Según la opinión corriente de los doctores los milagros habían sido ya la obra de los profetas; Elías y Eliseo hasta habían resucitado a muertos. Otra debía ser la misión del Mesías. No creían, pues, los discípulos de Juan que Jesús fuese el Mesías. Pero Juan había pronunciado su fallo. ¿Volvería sobre sus palabras? ¿Dudaría de la aparición que había visto en el bautismo, contradiciéndose a sí mismo, dudando de Jesús? No podía, esto mismo nos declara el estado de ánimo del Bautista. ¿Por

qué refieren la decisión tomada por san Juan de enviar a Jesús dos de sus discípulos para preguntarle: «¿Eres tú el que viene o esperamos a otros?» «El que viene» era la misma frase de que se había servido Juan (Mt 3, 2) para designar a Aquel que debía bautizar en el Espíritu Santo, para limpiar la era aventando la paja. Lejos de olvidar san Mateo lo que dijera, nos remite, en cierto modo, a lo mismo. Pero esto mismo nos declara el estado de ánimo del Bautista. ¿Por qué el Fuerte que él había anunciado tardaba tanto en cumplir con todo esplendor su alta misión? ¿No se deduciría de esto que habría que esperar a otro? No duda de la misión de Jesús, pero el tiempo se le hace largo en el calabozo de Maqueronte, y piensa ambién en sus discípulos, cuya duda no se ha desvanecido.

La respuesta de Jesús no podía ser una simple afirmación de lo que Juan sabía ya y lo mismo sus discípulos, pues fueron ellos los que le informaron. Para comprender el alcance de ella es necesario pesar el valor de un argumento sacado de la Escritura. Se pensaba que los milagros no eran prueba suficiente para atestiguar al que los hiciese por Mesías. Atiéndase, sin embargo, que son dados como tales en Isaías, cuyo texto era fácilmente reconocido (Jn 29, 18 y 61, 1), aunque Jesús no quiso citarlo.

«En aquel día, los sordos oirán las palabras del libro;
y los ojos de los ciegos verán sin sombra y sin tinieblas.
Los humildes se regocijarán en Yahvé,
y los más pobres se gozarán en el Santo de Israel» (Is 29, 18).

Lo que la Escritura enseñaba era no limitar el valor de los milagros al hecho material de la curación. Eran curados los que tenían fe para pedir y el milagro aumentaba su fe. Los oídos oían la palabra y se abrían los ojos a la verdad. Y para decirlo de una vez: «Los pobres recibían la buena nueva de salvación» (Jn 61, 1)[50].

Había, pues, empezado el reino del bien. Juan, lo mismo que Pedro, soñaba con un Mesías triunfante. ¡Que él deje obrar a quien fue reconocido como obrero del Espíritu Santo!

Cuando Jesús concluye: «Bienaventurado aquel que no se escandaliza de mí» no condena a su amigo, a quien va a rendir homenaje, pone en guardia contra esta tentación que está siempre pronta a exigir de Dios obras maravillosas, porque no se ha comprendido que sus caminos son paciencia y dulzura.

---

[50] Palabras que Jesús se había aplicado en Nazaret.

A los discípulos de Juan no les pareció del todo mal la respuesta, y bien podían comunicarla a su Maestro. ¿La comprendieron ellos? Cuando hubieron marchado, Jesús quiso dar a conocer el lazo querido por Dios, que unía la misión de Juan con la suya, el designio que subordinaba la antigua alianza al reino de Dios, la falta de penetración de los doctores que habían desconocido a Juan y llevaban camino de desconocer también al Hijo del hombre. Se muestra solidario de la obra de Juan, lo que prueba que no le ha visto flaquear en su testimonio de Precursor[51].

Pregunta, pues, Jesús a la multitud si fueron a ver al desierto una caña agitada por el viento. Nadie pierde el tiempo en ir a ver a orillas del Jordán, o cerca de las fuentes, esos matorrales de cañas que se mueven a todos los vientos. Como Juan estaba entonces presente en su pensamiento, se comprende que Jesús lo ponga como ejemplo de integridad indomable, en oposición a las flexibles cañas. ¿Han ido a ver a un hombre vestido con refinado lujo? Sabían muy bien cuál era la tosca vestidura que usaba el Bautista. Bajo estos vestidos que Elías usó en otros tiempos, era un profeta al que escuchaban. Era ciertamente un profeta el que estaba encargado de anunciar la venida de Dios. En nombre de Él había escrito Malaquías:

«He aquí que enviaré a mi mensajero,
que allanará el camino delante de mí» (Ml 3, 1).

Más tarde, el Precursor es identificado con Elías por Malaquías:

«Tan pronto como llegue el Precursor,
el Señor hará su entrada en su palacio, o en su templo,
vendrá a morar en medio de su pueblo,
dando así satisfacción a la espera impaciente de que es objeto»[52].

En su misma persona veía Jesús realizada aquella predicción. Elías, que debía venir delante del Señor, es, en realidad, Juan Bautista.

El mensajero del Señor es más que un profeta; o si es un profeta, es el más grande de todos, el más grande de los nacidos de mujer. ¿Quién pensaría, sin embargo, compararlo con aquel a quien anuncia pues toda su gloria está en anunciarle? Hay más, Juan había sido suscitado para cerrar la economía de la Ley y de los profetas. Inaugurando

[51] Hemos explicado este episodio así por parecernos más conforme al texto. Otra opinión muy autorizada juzga que Juan, perfectamente esclarecido, mandó a los discípulos mirando al interés de ellos.

[52] Comentario de M. Van Hoonacker.

apenas el reino de Dios, se le toma por asalto; los violentos, es decir, aquellos que lo sacrifican todo por conquistarlo, lo arrebatan. Y este reino está tan por encima de la alianza del Sinaí, hasta tal punto es el término vislumbrado por los profetas, que el menor en el reino de Dios es mayor que Juan. Jesús no habla aquí de los grados en el cielo –se negará a asignar los lugares (Mt 20, 20 s.)–, sino de la supereminente dignidad de cada uno de los miembros del nuevo régimen. Sentado el principio, estaba reservado a san Pablo explicar cómo el bautismo recibido con fe en la muerte redentora de Cristo es superior a la antigua circuncisión.

Los que escuchaban al Maestro eran excusables de no penetrar tan hondo misterio, pero no tenían excusa de su afectado desdén los directores espirituales, que se arrogaban el derecho de juzgarlo y condenarlo todo. Juan Bautista se había presentado bajo exterioridades de asceta. Esto, en verdad, a todos admiraba. Pero podía haber allí un artificio del demonio. El Hijo del hombre bebía y comía como los demás. No había, pues, nada que esperar de un glotón, dado al vino, amigo de los publicanos y de pecadores.

¿Qué habría que hacer para contentar a aquellos críticos atrabiliarios?

Se parecían a esos chiquillos malcriados que jamás se hallan a gusto en los juegos de sus camaradas. Éstos están en su derecho de hacerles este reproche:

«Por vosotros hemos tocado la flauta y no bailasteis: os hemos cantado endechas y no os habéis entristecido.»

Así, los judíos descontentadizos se aíslan y no quieren tomar parte en el entusiasmo religioso que Dios ha suscitado. Por dicha, hay otros más dóciles hijos de la Sabiduría, porque han comprendido sus caminos, y, rindiéndole homenaje, la justifican delante de sus contradictores.

En esta enseñanza, dada con ocasión de los enviados por el Bautista, está encerrada la economía de la antigua alianza, que Jesús ha aceptado, subordinándola a la nueva, sin rupturas y sin abandonar nada de ella, pero afirmando con muy poderosas palabras la superioridad del nuevo orden. Aquí está la teoría de san Pablo, excluyendo de antemano la de Marción, que condenaba de otro modo la Sabiduría, rechazando el Antiguo Testamento. Ningún pasaje nos da mejor a conocer cómo san Pablo no es más que lo que quiso ser: un discípulo del Señor, y cuán diferente era el carácter de su genio. Razona y de-

muestra por la Escritura y por la razón. En las palabras de Jesús no hay ningún rasgo de reflexión ni de esfuerzo lógico. Ve el plan divino que se está realizando; no se nota ningún esfuerzo del pensamiento para obligar a las palabras a expresar ideas nuevas. Como siempre, todo en Él es sencillo y familiar, acudiendo a comparaciones y símbolos que sin esfuerzos sean comprendidos por todos: la misma letra del Antiguo Testamento le sirve para manifestar con más claridad que la obra que Dios debía hacer la ha realizado Jesús. Si se rechaza la autenticidad de estas palabras, no habrá alguna razón buena para atribuirle otras. Si ha hablado de esta manera, ¿qué pensar de Él? Pero, por grande que se deje entrever, nada indica que autorice la esperanza ociosa de un reino de Dios bajado del cielo del todo perfecto. Este reino ya ha comenzado, y algunos se hacen violencia para entrar en él. Otros fríamente lo rehúsan: habiendo conocido el mensaje del Bautista, cierran sus oídos al Evangelio. Juzgando segús sus fantasías, no penetran los designios de Dios y hallan siempre pretextos para sustraerse a ellos.

PECADORA PERDONADA
(Lc 7, 36-50)

La santa violencia hecha al reino de Dios en la persona de Aquel que por desprecio era llamado «amigo de los pecadores», se manifiesta muy a las claras en el hecho de la pecadora, contado por san Lucas. Huelga aquí todo comentario. El mejor comentario es su lectura y las lágrimas.

No todos los fariseos habían adoptado la táctica de desconfianza y de reserva al acercarse a Jesús con insidiosas cuestiones. Hemos de creer, al menos, que Simón, que invitó al Maestro a su mesa, tenía por Él alguna simpatía natural, sin dejar por eso de observarlo.

Sucedía esto en Galilea, Jesús, como todos los demás, estaba recostado sobre un cojín, con las rodillas dobladas y los pies naturalmente vueltos hacia la parte dejada libre fuera de la línea de los convidados. Una mujer se presenta, era una pecadora, y por tal conocida en la pequeña ciudad: llevaba un vaso de alabastro lleno de óleo perfumado. Su intento, pues, era ungir los pies de Jesús con aquel óleo y dejar que lentamente se evaporase. En presencia del santo, y sin que Él la mirase, pues ella se había colocado detrás, y cerca de sus pies, se deshace en llanto, y como estaba inclinada para la unción, inunda con

sus lágrimas los pies de Jesús; no habiendo ella previsto esta explosión, suelta rápidamente las trenzas de su cabello, enjuga los pies de Jesús y los besa antes de ungirlos.

Jesús la deja obrar; no le horrorizaba su contacto ni hacía ningún gesto reprobatorio, natural en una persona virtuosa comprometida. Debía, sin embargo, saber quién era ella, si no por su fama, al menos por el don de profecía, si verdaderamente era profeta: eso pensaba Simón el fariseo. Era profeta y leía en el corazón del señor de la casa, y así le propuso una parábola: «Un acreedor tenía dos deudores; el uno debía 500 denarios y el otro 50, y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos amará más a su bienhechor?» Un pesimista por el estilo de La Rochefoucauld hubiera hallado ocasión para sondear la perversidad humana: a mayor beneficio, mayor ingratitud. Simón, sorprendido algún tanto de que se le propusiese una duda de tan fácil solución, respondió, no obstante, con toda la seriedad de los fariseos, conforme a los datos propuestos y al sentido común. «Pienso que aquel al que perdonó más».

El Maestro le advierte suavemente que es el caso de la pecadora, comparada al justo que es él. No teniendo nada que echarse en cara respecto de Jesús, no le habría hecho ninguno de los oficios debidos a quien trataba de honrar. Aunque correcto, se había mostrado frío. La pecadora..., ¡con qué indulgencia cuenta Jesús las manifestaciones de aquel amor penitente! San Lucas dice que había besado sus pies. Y Jesús: «Desde que entró, no ha cesado de besarme los pies», tanto le conmovía aquella caridad de arrepentida. ¿Cómo concluirá? «Ella ha manifestado mucho amor, porque Él la ha perdonado mucho», parece que sería la conclusión más lógica de la parábola. El Maestro no se sujeta a un paralelismo exacto de la realidad con la parábola, destinada solamente a indicar el camino a las almas. La pecadora está allí esperando el perdón, y Dios sólo perdona a los que le aman. Frente a Dios, el alma no puede permanecer indiferente. El pecado es un obstáculo a la caridad, pero si ésta lo vence, el pecado desaparece. Así Jesús, siguiendo el movimiento natural de su corazón, pronuncia una frase de donde surgirá la teología del perdón. «Le han sido perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho». La parábola apunta a aquellos que están en el caso de Simón: se les perdona poco, porque aman poco.

¿No se podrá entonces amar a Dios con grande amor sin haberle antes ofendido? Líbrenos Dios de pensar así. Se ve claramente aquí que el médico divino quería animar a los pecadores; al recuerdo de la

pecadora, correrán más tarde las lágrimas de Agustín. Quería también advertir a los que se creen dispensados de amar mucho a Dios, porque se tienen por bastante buenos y no han menester de perdón.

Se entiende todo esto de las ofensas contra Dios y del amor de Dios que borra las ofensas. Y, sin embargo, es a Jesús a quien la pecadora da testimonio de su amor. ¡Con qué sencillez representa Él a Dios, teniendo como dirigidas a Dios las seguridades de arrepentimiento dadas a su propia persona!

La curiosidad histórica, en vela siempre por sus derechos, desciende de estas alturas para averiguar quién sea esta mujer. Cuestión célebre. En nuestros días, la crítica independiente afirma que la unción de la pecadora es otra versión de la unción de Betania[53]. Ésta era también la opinión de Clemente de Alejandría, o más bien el resultado de una confusión que se había formado en su memoria[54]. Muchos Padres de la Iglesia han sido del mismo parecer, y desde entonces la pecadora no es otra que María, la hermana de Marta y de Lázaro. Pero las dos unciones difieren por el lugar: una fue hecha en Galilea, y la otra, cerca de Jerusalén; difieren por el tiempo: una fue al principio del ministerio, y la otra, días antes de la Pasión; difieren sobre todo por su espíritu: una termina con un perdón, y la otra, con un presentimiento de la sepultura. Y aunque en los dos casos figura un Simón, no hay que olvidar que este nombre era muy común.

Los escritores católicos están unánimes en distinguir las dos unciones, y entonces cambia de aspecto la cuestión. Sobre el texto del Nuevo Testamento no se puede apoyar ninguna razón para identificar la pecadora de Galilea con la honradísima María de Betania (Jn 11,2)[55]. La tradición no puede ser invocada, porque no existe tradición uniforme. Es verdad[56] que la Iglesia latina está por la identificación; pero

[53] Marcos, Lucas, Juan, n.º 228 de la Sinopsis.

[54] Ver *Revue Biblique*, 1912, p. 504-532: *Jesús a-t'-il eté oint plusieurs fois et par plusieurs femmes?*

[55] Debe entenderse de lo que el evangelista va a contar.

[56] El P. Urbano Holzmeister, S. J., concluye su muy cuidadoso estudio: «De esta indagación resulta clarísimamente este único resultado: propuesta la cuestión de si existe una tradición coherente (para la unidad) no se puede resolver en sentido afirmativo». *Zeitschrift für Katholische Theologie,* redactada por los padres jesuitas de Innsbruck, 1922, p. 584.

sólo después de san Gregorio el Magno, y la Iglesia ortodoxa siempre sostuvo lo contrario.

Si la pecadora no puede ser María de Betania, y si se identifica esta María con María Magdalena, jamás podrá ser María Magdalena. No es posible considerar como una misma persona a María de Betania y a María originaria de Magdala, venida de Galilea para seguir a Jesús. San Juan las distingue clarísimamente. No siendo María Magdalena la María de Betania, como la primera era de Galilea, podría bien ser la pecadora. Todo depende del pensamiento de san Lucas. Inmediatamente después de la escena del perdón nombra a las mujeres curadas por el Salvador, a quien demostraban su reconocimiento, proveyendo en cierta medida a sus necesidades. Una de ellas era María, de sobrenombre Magdalena; es decir, originaria de Magdala, de la cual habían salido siete demonios, y la presenta como figura de quien aún no se ha hablado. La posesión demoníaca no supone necesariamente vida culpable, pero tampoco la excluye. Se podría, pues, en rigor suponer que san Lucas no quiere dar a conocer las faltas de María Magdalena, convertida en fervorosa discípula y venerada de los primeros cristianos, y con todo designio se abstuvo de identificarla con la pecadora. Ésta, que absolutamente no pudo ser María de Betania, podría ser María Magdalena[57]. Pero si san Lucas ha querido disimular su identidad, ésta no resulta de su texto, muy al contrario, y a nadie ha revelado que tuviese otra intención secreta.

Los que en los nombres de las tres Marías no ven más que una persona, acuden a argumentos psicológicos. Les parece reconocer la misma persona por su temperamento, por su modo de ser y aun por su ardiente amor. Esa razón no carece de fuerza si se aplica a María hermana de Marta, en san Lucas, y a María, hermana de Marta, en san Juan; allí y aquí es la misma mujer que escucha ávidamente a Jesús, sin preocuparse de servirle, y permanece dentro de la casa hasta que su hermana la llama, entre tanto que Marta sirve a Jesús y sale a su encuentro. ¿Esta María, muy amante sin duda y a la vez muy amada, pero tan sosegada, tiene el mismo carácter de María de Magdala, ardiente, activa, inquieta, soñando imposibles, tal como san Juan la describe en el sepulcro del Salvador? María de Magdala y la pecadora tendrían más bien el mismo temperamento, pero ¿no habrá que con-

[57] Sobre Magdala, hoy *Mejdel*.

cluir con Bossuet: «¿Es más conforme a la letra del Evangelio distinguir tres personas?»[58]

Fillion, como el R. P. Knabenbauer, se inclina claramente por la distinción, sostenida «por graves autores, de la altura de Estius, Tillemont, Calmet y Mabillon».

LOS VERDADEROS PARIENTES DE JESÚS
(Lc 8, 1-3; Mc 3, 20-21; Lc 8, 19-21; 11, 28; Mc 3, 31-35; Mt 13, 46-50)

Eligiendo por sí mismo a los doce apóstoles, Jesús había enseñado para siempre que la autoridad espiritual en su Iglesia sería conferida a hombres especialmente llamados para aquel oficio, pero ¿no podrían hallar valiosos auxiliares en abnegadas mujeres consagradas a Dios, o en medio del mundo, que tomasen a su cargo el cuidado de cosas menores? Estaba esto figurado, como en germen, en la generosidad de algunas mujeres, que también quisieron seguir a Jesús, en reconocimiento a sus beneficios y ayudándole con sus recursos, puesto que desde entonces la predicación no le dejaría tiempo para trabajar con sus manos, como hasta allí lo venía haciendo. San Lucas nombra a algunas: María, que para distinguirla de otras Marías lleva el nombre de Magdalena; Juana, esposa de Cusa, intendente de Herodes (el título de ministro de Hacienda sería muy pretencioso), y, en fin, Susana. Pero añade que había otras muchas. No debemos imaginar que toda esta gente siguiese de continuo a Jesús, formando una especie de procesión constante. Cuidaban de que jamás estuviese solo ni desprovisto de lo necesario. Si los doce no estaban siempre todos con Él, parece que san Pedro, Santiago y san Juan jamás lo abandonaron, al menos en el tiempo que estuvo en Galilea.

Se formó de este modo a su alrededor el centro de una nueva familia espiritual, y, para animarlos, quiso enseñar a todos que sólo de ellos dependía el formar parte de su compañía. Así quedaba claramente bosquejada la Iglesia. Viviendo como vivimos tan deshermanados que sólo nos interesan, y a veces bien poco, los miembros allegados a la familia, no podemos comprender los fuertes lazos que unían a los antiguos, y no solamente en Oriente, en esta familia más extensa que po-

[58] Citado por Fillion, II, p. 329.

dríamos llamar el *clan.* El Oriente ha conservado hasta nuestros días esta constitución primitiva, que es fuente de admirables abnegaciones y es también muchas veces un grave obstáculo a la independencia del sacerdote, que se debe igualmente a todas sus ovejas. En los tiempos de Jesús, en Grecia y en Italia, la ciudad, pequeña patria chica, estaba formada de la reunión de *clanes,* y haciendo prevalecer su derecho atraía hacia sí los más dulces afectos. En Palestina, la familia *clan* existía por sí sola, responsable del bien de sus miembros, que le pertenecían más estrechamente por el afecto común de todos los israelitas hacia su nación.

Era, pues, muy natural y muy conforme a sus costumbres que los parientes de Jesús se hubiesen agitado viendo su actividad devoradora que le ponía en riesgo de perder sus energías. Un día, entre otros, bloqueado en una casa con sus discípulos, ni aun tomar su alimento pudo. «Los suyos» –que no eran los discípulos unidos a Él, sino sus parientes, tomada esta palabra pariente en un sentido amplio– salieron en su busca para llevárselo, porque se decía[59]: «No está en sus cabales». Su proceder, sin duda, nacía de un buen deseo. Pensaban que Jesús trabajaba demasiado y corría peligro de extraviarse, y pretendían volverlo al seno de la familia y a sus habituales ocupaciones. Acaso temían también que los hicieran responsables de todo aquel ruido y agitación. Este solo episodio bastaría para evidenciar la perfecta ingenuidad y veracidad de san Marcos.

¿De dónde habían venido aquellos parientes? Algunos de Cafarnaún mismo, pero es seguro que aquel ruido había llegado a Nazaret, y algunos parientes es probable que habían venido de allí. Llegan, y en este momento los tres primeros evangelistas sacan a escena a la Madre y a los hermanos de Jesús. No fue María, su Madre, la iniciadora de esta campaña, fueron los principales del *clan;* pero su Madre no podía sustraerse a ella y debía asociarse, aunque no participase en nada de aquella inquietud general. Su confianza, manifestada en las bodas de Caná, declara anticipadamente que no se dejaba arrastrar por rumores públicos. *Sus hermanos* son los que san Marcos llama *los suyos,* por tanto, *parientes,* que no eran necesariamente hermanos en el sentido que damos nosotros a esa palabra.

[59] He traducido al principio «ellos decían»; ahora pienso que hay que rendirse a las razones de Turner (*The Journal of theological studies*, XXV, p. 383 s.). Aquellas sencillas personas no fueron porque «ellas decían», sino porque «habían oído decir».

Llegar hasta donde Jesús estaba era imposible: le ruegan que salga. Uno le dijo: «Ahí fuera tu madre y tus hermanos, que te buscan». Y Él: «¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?» Y echando una mirada a los que estaban a su alrededor dijo: «He aquí mi madre y mis hermanos. El que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Mc 3, 33 s.). El parentesco espiritual estaba fundado: la gran fraternidad, que comprende, como dice san Lucas, a «todos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc 8, 21).

Esta respuesta contiene un punto esencial de la doctrina; indica el carácter de la predicación de Jesús, el llamamiento más cordial a la buena voluntad, con seguridad de encontrar, en cambio, en su corazón lo que los afectos humanos tienen de más tierno.

Esto aparece en todo su esplendor; otras consideraciones quedan en la penumbra. No se niegan los deberes sagrados de la familia. Jesús no reniega de su Madre; se ve solamente que tiene en más aprecio sus sentimientos para con Dios que los cuidados con que su Madre rodeó su infancia. La Iglesia, poniendo a María a la cabeza de la nueva familia espiritual de Jesús, muy por encima de todos los santos, ha interpretado su pensamiento.

V. Parábolas del reino de Dios

NATURALEZA Y FIN DE LA ENSEÑANZA EN PARÁBOLAS
(Lc 8, 9-10; Mc 4, 10-12; Mt 13, 10-15)

San Mateo, después de haber expuesto de un modo relativamente extenso el programa de Jesús en el sermón de la Montaña, consagra todo un capítulo a una serie de parábolas sobre el reino de Dios. Y es muy probable que también en este caso haya reunido en esta serie parábolas pronunciadas en diferentes circunstancias, pero san Marcos está de acuerdo con él al trazar el cuadro de una predicación familiar sobre el reino de Dios a orillas del Lago. Esta importante instrucción está muy bien traída en el tiempo en que la colocan san Lucas y san Marcos.

Desde el principio, los tres evangelistas dieron a conocer el tema de la predicación del Maestro, que era el advenimiento del reino de Dios. Para esto había sido enviado (Lc 4, 43). Ya había anunciado en

Nazaret que el tiempo de la gracia empezaría por su persona, e invitó a algunos galileos a trabajar con Él. En presencia de ellos llamó a la perfección a multitud de gentes y admitió en su familia a todos los que, habiendo oído sus palabras, se decidían a ponerlas en práctica. No era otra cosa el reino de Dios. Claramente lo había dado a entender así Jesús cuando, al examinar las relaciones entre la profecía y su obra, había puesto por encima del más grande profeta al más pequeño del reino de Dios. Era, al parecer, el momento oportuno para explicar más perfectamente lo que encerraba aquel término, objeto de tantas esperanzas, y así declaró lo que era el reino de Dios valiéndose de parábolas.

Hay algo aquí que nos parece extraño. Lo que podemos sacar de la nueva enseñanza es menos claro que lo que ya sabíamos. Para poder formarse una idea positiva y clara de la perfección, que es el reino de Dios, mejor se conseguirá meditando el sermón de la Montaña que las parábolas a él expresamente consagradas.

¿De dónde tan extraño fenómeno? A partir de cierta época, ¿se decidiría Jesús a envolver su pensamiento en formas menos claras? ¿Habría escogido para ello el género de parábolas para velar su pensamiento y castigar así aquel pueblo que tan mala voluntad mostrara para seguirle? Cuestión célebre, que divide los mejores espíritus y que nos obliga a hablar, antes de proseguir, de este género literario de la parábola[60].

Siendo las parábolas una de las joyas del Evangelio, era de esperar que una crítica malévola brotaría para disputar a Jesús algunas de las más bellas y más significativas. Para dar a esos veredictos una base racional objetiva, esa crítica ha dicho: «Parábola y alegoría son dos cosas esencialmente distintas». Todas las parábolas de Jesús que han llegado hasta nosotros con garantías de autenticidad se refieren a la comparación, no a la alegoría[61]. Añaden, y esto es exacto: la parábola es clara, la alegoría es más oscura.

Hay dos figuras retóricas, en efecto, que debemos distinguir siguiendo en esa materia el análisis preciso de los griegos. La alegoría es una metáfora continuada. Decir: «Se batió como un león», es una comparación; decir: «León en el combate, se arroja sobre su presa», es una metáfora o más bien dos, el león y la presa, y tenemos ya un prin-

---

[60] *Revue Biblique*, 1909: *La parabole en dehors de l'évangile*, p. 198, s.; 342 s.

[61] Loisy. *Etudes Evangéliques*, p. 37.

cipio de alegoría. Para mejor entenderlo, es preciso tener la clave; saber, por ejemplo, que el león representa a Alejandro y la presa a Darío Codomano. Si la alegoría se prolonga, podría ser difícil saber lo que cada imagen designa, de donde proviene la oscuridad bastante frecuente de este género.

Si la alegoría es una metáfora continuada, en la cual cada término es un símbolo, la parábola es una comparación única de una situación con otra; sus términos no tienen otra razón de ser que esbozar una verdad muy conocida o una historia, sin que sus términos correspondan a cada uno de los que deberán figurar en el punto que se dilucida. Los griegos han comprendido muy bien que el fin de la parábola es la claridad. Grecia es un país de ideas claras. La claridad está en el fondo de toda la dialéctica socrática, porque Sócrates gustaba de proyectar sobre las cuestiones oscuras la luz de conceptos corrientes valiéndose de ejemplos familiares. Aristóteles habló de esto y lo clasificó con su justeza ordinaria. Por ejemplo: ¿Se deben sortear los magistrados? No, porque sería tanta imprudencia como sacar por suerte a un piloto; en los dos casos se requiere una técnica. Poco importa que la comparación se prolongue y se convierta en pequeña fábula, como la del caballo, que para vengarse de un ciervo invita a un hombre a subirse a sus lomos; se habrá vengado, pero habrá perdido la libertad. Hay que procurar que buscando un defensor no encontréis un amo. Si la situación para resolver un caso dudoso no es clara en sí misma o está mal aplicada, la parábola es deficiente. Las parábolas de Jesús son modelo en su género: no debían, por lo tanto, ser oscuras.

Tal es el rigor del derecho literario, aunque el sentimiento estético no siempre se sometía a él y la misma retórica lo condenase; tenía el buen gusto de rendir homenaje a la belleza de un género mixto, en que se mezclaban la comparación o parábola, la alegoría y la metáfora[62].

Hay que hacer notar con toda franqueza el defecto de la información de la crítica, cuando pretende colocar entre los monstruos de la mitología o de la quimera la mezcla de fábula y alegoría[63]. Además, si con todo conocimiento se hacía uso de la parábola como de un género distinto, podía ésta resultar impotente para dar toda la claridad deseada a causa del tema escogido.

---

[62] *Illud vero longe speciosissimum genus orationis, in quo trium permixta est gratia similitudinis, allegoriae, translationis* (Quintilianus, *Inst. Or.*, VIII, VI, 48).

[63] Jülicher, *Die Gleichnisse Iesu*, I, 107.

La claridad anhelada por los griegos era ordinariamente la de las cosas que la razón podía apreciar. Tan pronto como la razón es llamada para probar la existencia de Dios, confiesa que toca a un dominio que le es inaccesible. El racionalismo griego, el más determinado y el más atrevido de todos, como el de Aristóteles, lo confesaba: «Los seres no engendrados e incorruptibles son, sin duda, preciosos y divinos, pero son los que menos conocemos..., sin duda que, siendo de tan subido valor, un ligero contacto con ellos es más agradable que el conocimiento de las cosas que nos rodean, como es mejor ver la menor parte de un objeto amado, que conocer en su totalidad muchos otros; sin embargo, la proximidad de estos seres, su parentesco natural con nosotros, he ahí en cambio sus ventajas sobre la ciencia de las cosas divinas»[64].

Los judíos sólo renunciando al conocimiento de las cosas divinas podían tener ideas claras: sólo la revelación disipaba gradualmente las tinieblas en que estamos envueltos aquí abajo. El modo de llegar a este conocimiento era, y no podía ser otro, la analogía con las cosas creadas: conociendo a Dios por sus obras. ¡Qué imperfecto era el método y qué abismo separaba los dos términos de la comparación! Por eso, el espíritu semítico jamás vivió como el griego prendado de las ideas claras. Transportados como por instinto hacia regiones más elevadas, entrevistas pero desestimadas por Aristóteles, no habían adquirido la precisión en asuntos menos difíciles. Hasta mostraban cierto gusto por esas oscuridades intentadas que exigen una indagación más atenta y hacen a la vez brillar el genio sutil del maestro capaz de formular un enigma, y fuerzan al discípulo a la reflexión para comprenderlo o le obligan a pedir explicaciones.

Las parábolas de Jesús nada tienen de sutiles; atraen la atención sobre el objeto, no sobre la habilidad literaria del orador; son claras tanto cuanto lo permiten los temas propuestos, pero están algunas veces mezcladas de alegorías. ¿Por qué derecho se condenará que Jesús se haya servido de la parábola como se practicaba en su pueblo, sin sujetarse a la distinción teórica de los géneros literarios, que los mismos griegos no siempre respetaban? Muchos Santos Padres y comentaristas antiguos veían demasiadas alegorías en las parábolas. Ninguno como san Juan Crisóstomo vio con toda justeza el carácter

---

[64] *Des parties des animaux*, I, 5. Trad. Brehier, *Histoire de la philosophie*, I, p. 324.

propio de ellas, y es necesario atenerse a su método. Así, cuando Jesús proponía una parábola a los fariseos dejándoles entrever los castigos a que les hacía acreedores su animosa obstinación, la comparación se convertía en alegoría, pero en alegoría muy clara, porque los términos señalaban a personas conocidas, a personas presentes. Y como el que proponía la parábola era el mismo Jesús, muchas veces considerado como representante del reino de Dios en el tema que quería sensibilizar, la alegoría penetraba necesariamente aun en la parábola, y lo sacaba a la escena. Esta mezcla no hacía la parábola oscura; mejor podríamos decir que la alusión a una persona conocida la hacía más insinuante.

¿Por qué, pues, los evangelistas parecen calificar toda esta enseñanza de oscura y de deliberadamente oscura? (Mc 4, 11 s.). Este testimonio, en verdad, es más oscuro que las parábolas, y hay que descifrarlo como se descifra un enigma; es tanto más difícil de penetrar su sentido cuanto que el pensamiento se presenta como la exégesis de un pasaje de Isaías, también muy difícil.

Todo, sin embargo, está suficientemente claro si convenimos en interpretar las palabras pronunciadas en una lengua semita, según las leyes de ese espíritu que hace brotar la luz del choque de expresiones absolutas, sin matices y opuestas las unas a las otras por colores claramente definidos. En el tiempo de Isaías, como en el de Jesús, Dios quiere la salvación de su pueblo, suscitando un predicador, le encarga que haga un llamamiento, vehemente, apasionado, tierno, muchas veces para apremiar la penitencia, a fin de obtener este resultado: la conversión. La intención de Dios es evidente y debe desprenderse con claridad del mismo lenguaje que emplea, claro, apremiante, que obligue a los israelitas a decidirse. Pero su decisión está prevista, y esa decisión los arrastrará al abismo. ¡Vete, pues, dice el Señor a su enviado, con la amargura irritada de un amor despreciado de antemano, háblales a fin de que se endurezcan y no se les pueda perdonar!

Palabra extraña, pero de emocionante belleza. Lo sucedido en tiempo de Isaías se repitió en el de Jesús: los evangelistas lo hicieron constar, y muy bien sabían que a Dios no era imputable aquella falta. Somos nosotros los que debemos estudiar su pensamiento, siguiendo el giro que ha tomado. Es verdad, sin embargo, que en las parábolas del reino de Dios y en interés de las turbas, Jesús no se propuso esclarecerlo del todo. El asunto no podía ser tratado de frente sin correr el riesgo de chocar con obstinados prejuicios. La enseñanza de los rabi-

nos en este punto estaba contenida en sus justos límites, por el estudio de la Escritura, y debía, no obstante, ser corregida[65].

Por otra parte, el pueblo, bajo la influencia de espíritus aventureros, miraba muchas veces el reino de Dios como una intervención fulgurante del Señor, que por ministerio de su Mesías daría la libertad política de Israel y el castigo de sus enemigos[66]. Y se les esperaba con ciega confianza, propia para neutralizar todo esfuerzo hecho para fundar el verdadero reino de Dios haciendo su voluntad.

A causa de estas nubes amontonadas por la literatura apocalíptica, era más fácil que aceptasen el sermón de la Montaña, o sea la cosa sin el nombre, que sustituir una concepción falsa por la noción verdadera de lo que debía ser el reino de Dios. Los rabinos, era su honor, predicaban sin cesar la práctica de la justicia para merecer la recompensa en un mundo futuro, el del más allá, que debía seguir a la resurrección. Exigir una justicia más perfecta que la suya, practicar la Ley en su verdadero espíritu, no originaría ningún choque contra las buenas voluntades que siempre aspiran a lo nuevo y generoso. Era éste, sin duda, un modo de hacer penitencia, un gran esfuerzo que había que hacer para conseguir las alegrías del reino de Dios. De este vocablo podía originarse una mala inteligencia. Cuando se pensaba en este nombre de reino de Dios, o se reconcentraban en el Mesías las esperanzas, se formaban mil ilusiones sobre el modo de intervenir Dios a favor de Israel. Era preciso interpretar en otro sentido el concepto del reino de Dios. En lugar de soñar en la victoria del pueblo, guiado por un jefe invencible, había que adherirse a una doctrina de certísima eficacia sobre el mundo entero, pero de principios modestos y de lentos resultados, y a la cual, no obstante, había que sacrificarlo todo. ¡Tan poca cosa era el reino de Dios en sus comienzos! No obstante, Jesús quiso responder a esta esperanza general pronunciando la palabra fatídica y dar al reino su verdadero aspecto en los designios de Dios e insistir aún más en los sacrificios a que había que sujetarse. Era llegado el momento difícil en que los oyentes debían renunciar a sus aspiraciones de grandeza, y hacer acto de adhesión, y dedicarse a la obra modesta y austera, pero tal como Dios la quería. Para preparar a los espíritus, Jesús se sirve de parábolas que los incitarán a reflexionar y a ver con más claridad. Sin proponérselo directamente, las enseñanzas de Jesús eran suficiente-

---

[65] *Le Messianisme*, p. 148 s.

[66] *Le Messianisme*, p. 116 s.

mente claras, y si a sus oyentes les parecían oscuras, se debía a que sus corazones no ayudaban a sus inteligencias: el sermón de la Montaña no había dado todo su fruto. Soñaban siempre con una felicidad temporal, que les sería concedida graciosamente. Antes de revelar Jesús a sus discípulos las renuncias y sacrificios y sufrimientos que tendrían que soportar, hizo un llamamiento a su buena voluntad. Ellos no quisieron comprenderlo.

No podía ser un castigo aquel modo tan misericordioso de enseñarles, por medio de las parábolas, tan bien adaptado a inteligencias poco instruidas y tan claro, cuanto lo permitía el estado de sus almas. Cuando llegue la hora del merecido castigo, el desconocimiento de esta bondad vendrá a añadirse a las razones que atrajeron sobre ellos la justicia, en vez de la misericordia que se les ofrecía. Esto ya lo sabía Jesús de antemano, y los evangelistas lo hicieron constar. Dios, que lo había previsto todo, dice al Mesías, como en otro tiempo a Isaías con la desolación del amor desdeñado: «Habla para no ser comprendido. ¡Ciégalos con resplandores para que no vean!»

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

(Lc 8, 4-8 y 11-15; Mc 4, 1-9 y 13-20; Mt 13, 1-9 y 18-23)

Un día, pues, tomó Jesús la resolución de hablar a las masas sobre el reino de Dios. El asunto era difícil y los oyentes poco dispuestos a aceptar la lección, que arrancaba de un solo tirón sus más bellas esperanzas de una felicidad espléndida, haciéndosela entender, sin que se apenasen. Para a la vez estimular su inteligencia y su buena voluntad, Jesús acudió a comparaciones, cuyos términos les eran familiares, no aplicándolos a un objeto en particular, sino en general, para despertar así la curiosidad y poco a poco hacer penetrar la luz.

El sermón iba a ser largo: la multitud, más heterogénea que la que le acompañó a la montaña, buscó sitio donde acomodarse. Para tener la debida tranquilidad, el Maestro subió a una barca y se sentó, quedando su auditorio a la orilla, de cara al mar.

La primera parábola fue la del sembrador, tan fácil de interpretar mirando los barbechos de Palestina. El sembrador esparce su semilla y algunos granos caen a lo largo del camino, que no está separado ni por muros ni por setos: éstos son para los pájaros. ¿No se les ve ansiosos

ir a comerlos cuando apenas han caído en el suelo? Aquí y allí, sobre todo en los cerros, donde apenas se pueden aprovechar algunos palmos de tierra laborable, hay pedregales; el sembrador los evita, pero sin cuidarse mucho esparce la semilla, donde la roca aparece recubierta por una delgada capa de tierra; el grano brota pronto, pero también muy pronto lo seca el sol. Nuestro hombre, poco trabajador porque la tierra fértil y ligera no invita al trabajo, no se cuidó de arrancar las espinas: se contentó con cortarlas cuando segó el trigo y la cebada. Como ya para entonces la mala hierba había dejado caer la grana, creció ésta con los cereales, y, más espesa que ellos, los ahogó. También la tierra buena recibe la sembradura y da el treinta y algunas veces hasta el ciento por uno[67].

A solas ya con sus discípulos, Jesús les explicó esta parábola, que sirve como de introducción a todo su discurso. El grano es la palabra o doctrina de Jesús. Tocamos el campo de la alegoría: pero nos veríamos con muchas dificultades si la quisiéramos hallar en todos los términos. El grano es siempre el mismo, siempre bueno dondequiera que caiga, y lo mismo la palabra. Pero cuando una repentina tentación del demonio impide a la palabra obrar antes que se hubiese reflexionado y meditado sobre ella, la barre del espíritu, no permitiendo que baje al corazón. ¿No sucede en el orden moral lo mismo que pasa cuando el grano caído en el camino es devorado por los pájaros? Lo mismo el pedregal, es imagen de las naturalezas ligeras, tan fáciles para el entusiasmo como prontas para los desmayos. Las espinas que ahogan la semilla son los deseos de riquezas u otros cuidados del mundo, que absorben toda actividad y paralizan los buenos deseos. La buena tierra es la buena voluntad. Al decir Jesús: «El que tenga oídos para oír, que oiga», picaba la curiosidad y se ofrecía a dar a todos esta explicación tan sencilla que ponía el rieno de Dios al alcance de sus manos, pues sin el concurso de ellos no podía Él fundarlo ni hacerlo fructificar.

---

[67] No sería fácil probar hoy tal rendimiento, aun en las partes más fértiles de Galilea: cifra tan alta hace pensar en una producción que *sobrepasa* la natural. Era, además, una expresión consagrada (*Gn.*, 27, 12). Ver sin embargo, *Bíblica*, p. 84, 1927, donde el R. P. Sonnen, de la Congregación de la Misión, habla de granos que dan de 240 a 250 por uno en las orillas del Lago de Tiberíades. Léase también el R. P. Biever en *Conférenes de St. Etienne*, 1910-1911, p. 274-275.

PARÁBOLA DEL GRANO QUE POR SÍ MISMO SE MULTIPLICA Y MADURA CON EL TIEMPO

(Mc 4, 26-29)

Esta parábola es propia de san Marcos. No fue explicada, como no lo fueron otras, y debía encontrarse su sentido después de diligente reflexión. Jesús mismo indica la clave. Desde el principio sabemos que la situación descrita tiene sus analogías con el reino de Dios, porque lo que sucede en el orden temporal es también ley del fenómeno religioso. ¿Qué sucede en la agricultura? El agricultor siembra su grano en tierra buena y espera el tiempo de la cosecha. Sus esfuerzos por darle prisa a madurar serían vanos. El grano se desarrollará por sí mismo, y para esto sólo se requiere tiempo; pero el tiempo es condición necesaria. La cosecha, esperanza del sembrador, no faltará.

Lo mismo en el reino de Dios. Todos saben que fue inaugurado por Jesús. Los galileos, ardientes por naturaleza, sobreexcitados por esta esperanza, están dispuestos a conseguir por sus esfuerzos tumultuosos el objeto de sus deseos. O bien deben esperar a ver a Dios establecer violentamente su reino de un modo repentino, como Él ha anunciado también por parábola, en el libro atribuido al antiguo patriarca Henoc: «Hablo de los elegidos y les digo esta parábola: Saldrá de su morada el Santo y el Grande. El Dios del mundo subirá al Sinaí y aparecerá en medio de su ejército, etc.»[68] No, la obra de Dios no se realizará en un abrir y cerrar de ojos. Como obra de grandes arranques, es obra de mucho tiempo.

Esta corta parábola es un modelo en su género: nada alegórico hay en ella. Aquí no es Dios el sembrador, porque, ¿cómo se le podría comparar con un hombre perezoso? ¿No es Él quien hace madurar las mieses, calentándolas con su sol y regándolas con sus lluvias? El sembrador no es tampoco un oyente cualquiera, porque no es el oyente quien entierra la semilla, y Jesús lo ha invitado más bien a trabajar en el reino de Dios. Tampoco se puede decir que es Jesús el sembrador, pues sería como aprobar su nula solicitud por el éxito de la obra. Hay que pensar sólo en el reino, que queda esclarecido por la comparación de lo que sucede en la naturaleza. Contentémonos con esta lección, muy propia para el momento en que fue dada y siempre oportuna, de confianza en la fuerza secreta del reino de Dios. Se obtendrá al fin una rica cosecha

[68] *Le livre d'Henoch,* I, 3-4.

en el tiempo fijado por el Señor, pues el tiempo es necesario a toda obra que gradualmente se desarrolla. Ni intervención violenta, ni desaliento, aunque nosotros no lleguemos a comprender por qué Dios parece dejar las cosas a sí mismas. Él trabaja para hacer madurar su grano.

PARÁBOLA DE LA CIZAÑA EN LOS SEMBRADOS
(Mt 13, 24-30, y 13, 38-43)

La comparación de la cizaña indica otro aspecto del reino de Dios. Según la parábola de san Marcos, al sembrador le fue indicado que confiase en la virtud interna de la semilla sembrada en buena tierra. Esto era bastante para asegurar la cosecha. Pero ¿no debía el agricultor intervenir, al menos cuando una mala semilla invadiese las cosechas, sobre todo si un maligno vecino había llegado hasta esparcir cizaña en las tierras ya sembradas? El acto, sin embargo, era delicado y más dañoso que útil; pues no había por qué exponerse a arrancar el trigo con la cizaña. Aun en este caso era necesario tener confianza en la providencia del Padre, que gobierna la naturaleza. Nadie pensó en dejar por siempre juntos el trigo que nutre al hombre y la cizaña, que ocasiona una muerte de embriaguez sin calmar el apetito[69]; pero el separarlos era fácil en la época de la recolección.

Así sería también la Ley del reino de Dios... ¿Estarían aún mezclados el mal y el bien? ¿O más bien no debía asegurar la floración de la virtud hasta producir su fruto? Tal era la opinión general. En los días del gran sacerdote que había de venir, decía el Testamento de los doce patriarcas, creyéndose eco de las profecías: «El pecado desaparecerá y los pecadores cesarán en el mal... y Él dará a los santos de comer del árbol de la vida y el espíritu de santidad estará con ellos y aprisionará a Belial»[70].

Desgraciadamente no será así en el reino de Dios anunciado y fundado por Jesús. La parábola era bastante clara sobre este punto culminante y también como parábola. Se le podía dar, no obstante, una expliación alegórica más precisa, y así lo hizo Jesús con sus apóstoles

[69] El R. P. Pablo Couvreur, prior de la Trapa de el-Athroun, cuenta que para venderle una mula bastante perezosa, le habían dado de comer cizaña y parecía muy ligera.

[70] *Le Messianisme*, p. 74.

para satisfacer sus deseos. Él mismo era el sembrador y distribuía su palabra en el mundo, con la satisfacción de ver juntos a sí a sus dóciles discípulos; pero el diablo se le oponía y ganaba adeptos. Muestra Jesús la paciencia de Dios soportando esa mezcla hasta el día en que vendrán los ángeles a llevar a los buenos al reino de Dios, en tanto que los malos serán arrojados al horno de fuego.

Así la perspectiva pasaba del reino de Dios sobre la tierra al reino de Dios en el cielo. Los oyentes, fieles a las doctrinas del judaísmo, sabían cuáles eran los destinos reservados a los justos y a los pecadores, pero aplicaban al tiempo las condiciones de la eternidad. No había venido Jesús para profetizar un cataclismo inevitable y definitivo, sino a mejorar a los hombres llevándolos a Dios: éste era el reino. La virtud se ejercitaría combatiendo el mal, sin pretender suprimirlo totalmente, que sería tentativa imposible. El sembrador no había intentado paralizar su esfuerzo y actividad, afirmando la virtud intrínseca del reino de Dios, ni mandaba permanecer indiferentes en presencia del mal, pues la lucha contra él exige precauciones para evitar el influjo de los malos. Ponía en guardia a sus discípulos contra la esperanza irrealizable de la extirpación absoluta del mal. La paciencia es buena, aun para plantar cara al mal que vive en nosotros y nos fuerza a invocar al Padre.

PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA
(Lc 13, 18-19; Mc 4, 30-32; Mt 13, 31-32)

Jesús vivía prevenido contra el escándalo de las turbas y de los mismos discípulos. El reino de Dios, ¡qué grande era! Si la Ley del Sinaí había sido dada con tan imponente solemnidad; ¡con cuánto más esplendor debía aparecer el reino de Dios! La mala voluntad del pueblo había chocado contra la Ley durante todo el curso de la historia, pero lo propio del reino de Dios debía ser imponerse con soberano poder, extendiendo de un solo golpe su señorío a los confines del universo. Un siglo antes lo había anunciado ya el libro de los Jubileos: «El Señor aparecerá a los ojos de todos y todos sabrán que yo soy el Dios de Israel, etc.»[71]

---

[71] *Le Messianisme*, p. 148.

Hasta se invocaba el testimonio de la Sibila, tan respetada de los paganos: «Del sol enviará entonces Dios un rey que hará cesar en todo el mundo la funesta guerra»[72]. Los mismos fariseos, más sobrios en sus descripciones del reino de Dios que los videntes de los Apocalipsis, esperaban una completa restauración por la súbita aparición de Dios: «También nosotros esperamos en ti, nuestro Dios, para ver prontamente la magnificencia de tu fuerza, haciendo desaparecer los ídolos de la tierra y los falsos dioses, que serán completamente destruidos»[73]. Cuando los profetas hablaban de la venida de Dios, los traductores judíos reemplazaban muchas veces la presencia de Dios por su manifestación. La presencia del Dios oculto era para ellos un esplendoroso acontecimiento exterior.

No lo entendía así Jesús. Compara el reino de Dios, no solamente a un grano de trigo, sino a una semilla más menuda, a una cosa imperceptible, cual es un grano de mostaza[74]. Se esfuman las vanas figuraciones teatrales y los oyentes se sienten atraídos hacia esta energía interior que arrastra. Por pequeños que sean en lo exterior los principios del reino de Dios, crecerá tanto, que en sus ramas encontrarán abrigo los pájaros del cielo (Ez 17, 23). Es él, siempre el mismo, que siendo pequeño se hizo grande. Decir con M. Loisy que hay aquí una antítesis entre la predicación evangélica y el reino de Dios en su manifestación definitiva[75], es volver a esa manifestación que Jesús excluye, es reemplazar el movimiento continuo por una explosión y un crecimiento normal por una transformación súbita. Es la predicación evangélica, reconocida también en este pequeño grano, que se convertirá en un grande árbol. Habrá, sin duda, un sorprendente contraste entre el punto de partida y el término final de su desarrollo, porque el reino habrá crecido en el exterior, pero por su propia virtud, sin dejar de ser lo que era. En los pájaros abrigados en sus ramas fácil es reconocer a los hombres dóciles en seguir la doctrina de Jesús. De esta manera se instruía a los primeros oyentes y se les preservaba de un prejuicio fatal, del escándalo en que se estrellaron los judíos. Esta enseñanza es para nosotros una profecía realizada. La historia nos hace asistir a los humildes comienzos y al progreso del reino de Dios, de sinagoga en sinagoga, de playa en playa, pasando de los judíos que lo hostilizan a los

---

[72] *Ibid.*, p. 117.

[73] Oración *Alennu*. Ver *Le Messianisme*, p. 153 s.

[74] Ver R. P. Biever, *Conférences de Saint Etienne*, 1910-1911, p. 280 s.

[75] *L'Evangile et l'Eglise*, 1.ª ed., p. 16.

paganos que lo desprecian. Nos basta abrir los ojos para verlo establecido en el mundo entero, dando abrigo a tantas almas que en él viven para Dios, invitando y esperando a los pueblos que quieran practicar la justicia y gustar los frutos de la paz.

PARÁBOLA DE LA LEVADURA
(Lc 13, 20-21; Mt 13, 33)

El grano de mostaza hecho árbol –nosotros lo llamaríamos arbusto–, indica la extensión del reino de Dios. El pan fermentado no ocupa más que el pan ácimo, pero tiene sabor diferente y para los gustos de todos los pueblos preferido. El reino de Dios será, pues, como una fuerza oculta que, mezclada a la harina, la transforma, y sus efectos se extienden a toda la masa. El reino de Dios, según se esperaba, debía ser un reino mejor: los israelitas eran ya buenos, los gentiles debían convertirse. Pero a los videntes, ni en sueños se les ocurrió la idea de una virtud interior que influyese en las almas o en medio de los hombres. Los mismos rabinos, inagotables en sus transfiguraciones de plantas, animales y hombres, jamás hablan de esta virtud, que, al decir de san Pablo, es todo el Evangelio (Rm 1, 16)[76].

También esta vez una sencilla comparación de Jesús hizo presentir la doctrina de su gran apóstol y se nos manifiesta a nosotros como una profecía. Por maravillosa que sea la extensión del Evangelio, hay otra doctrina, la del Islam, que se extiende también a nuestros ojos. No ha podido, sin embargo, imponerse por virtud de su persuasión íntima, y sólo ha prevalecido desde el principio por la fuerza de la espada. Esta levadura del cristianismo, ¡en qué masa fue depositada para esclarecer las inteligencias, mejorar las costumbres, regular las relaciones sociales, divinizar las almas!

PARÁBOLAS DEL TESORO, DE LA PERLA Y DE LA RED. CONCLUSIÓN
(Mc 4, 33-34; Mt 13, 44-50, 34-35 y 51-52)

Jesús, después de haber bosquejado el reino de Dios, invita a sus oyentes a apoderarse de él; y si preciso fuera, sacrificando todos sus

[76] En la enorme compilación de Strack y Billerbeck, el versículo de Mateo no tiene otra anotación que los pormenores técnicos sobre la levadura, etc.

bienes por conseguirlo. ¿Está al alcance de todos? ¿Depende de ellos su adquisición? Ninguno pensaba en esto de cuantos esperaban verlo venir con majestad, transfigurando los elementos y los hombres e imponiéndose por el esplendor del Señor Dios. Pero Jesús les había hecho entender que este reino era una doctrina, la misma, sin duda, predicada en el sermón de la Montaña, y que el porvenir de esta doctrina dependía de las disposiciones de ellos. Era, pues, llegado el momento de invitarlos, valiéndose de comparaciones familiares, a trabajar para obtener el beneficio de este reino, como ellos sin titubear lo hacían cuando de ganar dinero se trataba. Lo hizo valiéndose de las parábolas del tesoro y de la perla, tan claras y apremiantes. Y como estaban a orillas del lago, después de hablar de la agricultura y de cosas domésticas, termina por una comparación en que entran los pescadores. Ya antes había prometido a Pedro hacerlo pescador de hombres. También esto es reino de Dios. La red grande trae los peces, buenos y malos. Mientras dura la pesca, se les deja colear y bullir juntamente: al terminarla, se hará la separación de los buenos y de los malos, y esta separación será eterna.

En fin, el Salvador mismo indica con un rasgo la relación entre la doctrina del sermón de la Montaña y la obra del reino de Dios, que será palabra animada por la virtud de Dios. Como Jesús vino a completar o perfeccionar la Ley, los futuros doctores iniciados en esta palabra serán semejantes «a un amo de casa que saca de su tesoro cosas nuevas y antiguas» (Mt 13, 52).

LUZ QUE SE INTENSIFICA

(Lc 8, 16-18; Mc 4, 21-25)

Con el propósito de no interrumpir la serie de las parábolas relativas al reino de Dios, nada dijimos de una indicación preciosísima acerca de su aparente oscuridad, que debía ser temporal y condicionada. No había llegado el tiempo de esclarecerlo todo con luz meridiana, pues es condición de la profecía no aparecer clara hasta cuando se ha cumplido. El reino de Dios había sido propuesto como un porvenir que empieza columbrado por intuición. Dios jamás lo reveló como una película de acontecimientos cuyas escenas se verían de antemano.

No había motivo de enojo, ya que Jesús lo esclarecía con luz intensa, y la luz no se pone bajo el celemín: lo que no se vea ahora claro y

distinto, ya más tarde se esclarecerá. Fijad bien vuestra atención en lo que oís, dice el Salvador: esto es ya un don preciosísimo. Una gracia llama a otra gracia, cuando procuramos aprovecharnos de la ya recibida; de lo contrario, se apagará la misma lucecita que tenemos.

VI. Milagros. Malas disposiciones

TEMPESTAD CALMADA

(Lc 8, 22-25; Mc 4, 35-41; Mt 8, 23-27)

Jesús no había manifestado sus intenciones cuando dijo a sus discípulos: «Pasemos a la otra orilla». Según san Marcos, sucedió esto en el mismo día en que pronunció las parábolas sobre el reino de Dios. Tal vez quiso dejar a sus galileos tiempo para que reflexionasen, o trató de evadir sus apremiantes demandas al saltar a la playa, o fue por llevar la buena palabra a la parte opuesta del lago. Un fracaso previsto no le hubiese apartado de su intento.

Lo seguro es que su partida no era esperada. Obedientes los discípulos, sin recomendar a Jesús que tomase precauciones contra el frío de la noche, que se había echado encima, llevaron a Jesús como estaba. Precisa leer en san Marcos estos pormenores inútiles para un escritor literato, pero que expresan muy bien la familiaridad de aquella vida en común. Jesús, fatigado, sin duda, de haber hablado largamente y con mucho calor, dejaba a sus discípulos, más experimentados que Él, el cuidado y la fatiga de las maniobras; y se había sentado en la popa, «en el lugar del huésped»[77] y dormía reclinado sobre un cojín, que jamás falta en ella. Sobrevino un fuerte viento. En el pequeño lago, las tempestades que se precipitan por la bocana del noroeste, son muchas veces temibles, y más para las embarcaciones de los pescadores, que son poco resistentes. Un falso movimiento sería suficiente para hacer zozobrar la barca, que ya se llenaba de agua. Los remeros, inquietos, perdiendo un poco el respeto, despiertan al dormido: «Maestro, ¿no te da cuidado que perezcamos?» Jesús increpa al viento, y como si se dirigiese a una persona importuna, dice a la mar: «Silencio: cállate», y se hizo una gran calma. Volviéndose a sus discípulos les dijo: «¿Por

---

[77] Ya en tiempos de Homero se llamaba así (*Odisea,* XIII, 74 s.).

qué estáis así amedrentados? ¿Aún no tenéis fe?» Si hubieran tenido fe plena, habrían pensado que Jesús, durmiendo, velaba sobre ellos. Guiados por el instinto, le pidieron protección mediante una asistencia sobrenatural, pues sólo con manejar los remos no creían poder salvarse. Había rehusado a Satanás acudir al milagro para satisfacer el hambre; pero lo hace por los suyos, para asegurar en adelante su confianza: ahora ya saben que el mar y los vientos obedecen a Jesús.

CURACIÓN DE UN POSESO AL OTRO LADO DEL LAGO
(Lc 8, 26-39; Mc 5, 1-20; Mt 8, 28-34)

Calmada la tempestad, Jesús y sus discípulos desembarcaron. Lo que entonces sucedió lo cuentan los tres primeros evangelistas. Seguiremos la narración de san Marcos, que es quien da más pormenores. San Lucas seguramente la tuvo ante sus ojos, en tanto que san Mateo se contentó con darnos como un sumario de lo sucedido[78].

Apenas había desembarcado Jesús, cuando se vio como asaltado por un ser salvaje, salido de entre los sepulcros en los cuales vivía. Muchas veces se había intentado apresarlo con grillos y cadenas, como se hacía aún antes de la gran guerra en Palestina, en que se veía a los desventurados locos atados con cadenas de hierro, en los pórticos de las iglesias. Este hombre, de fuerza extraordinaria, rompía los grillos, hacía pedazos las cadenas y huía al monte que domina el Lago, y pasaba los días vociferando y golpeándose con piedras.

Con la ciencia de las cosas invisibles, muy pronto conoció Jesús que aquel hombre estaba poseído del demonio, y le dijo: «¡Sal de este hombre, espíritu impuro!» Él respondió: «¿Qué tengo yo contigo, Hijo de Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes». Por una graciosa ironía, es el demonio quien de alguna manera exorciza a Jesús en nombre de Dios, y, sin embargo, le ruega y saluda como hijo del Altísimo. Era el nombre que los gentiles daban al Dios de los judíos, pues su nombre propio, que no debía ser pronunciado, les era desconocido.

El que ejercía un imperio tiránico sobre su víctima, a pesar de su adjuración, se siente desarmado en presencia de Jesús. Muy lejos estamos de ese pretendido dualismo atribuido a los evangelistas, que ha-

[78] San Mateo habla de dos posesos, pero uno de ellos no era probablemente más que un compañero del personaje principal, y no lo caracteriza.

bría hecho del demonio un rival de Dios. Conformándose con los usos y costumbres de los exorcistas, Jesús ordena al demonio que se dé a conocer, que diga su nombre. El demonio elude la respuesta diciendo: «Legión, porque somos muchos». Esto hizo estremecer a los discípulos, porque una legión se componía de seis mil hombres, un verdadero cuerpo de ejército en aquel tiempo. Sin embargo, este demonio o esta multitud, san Marcos emplea primero el singular y después el plural, suplican a Jesús que no los mande fuera de aquel país, en que se encontraban muy bien, porque estaba habitado principalmente por idólatras. ¿Debían renunciar a sus homenajes para ser encadenados en los abismos donde les esperaba un terrible castigo? Como había allí una gran piara de cerdos, los demonios, pensando tal vez en jugarle una mala partida a Jesús, excitando la ira de los ribereños contra Él, le suplicaron que los enviara a los cerdos. ¡Pobre indemnización que no se les podía negar! Aunque Jesús veía su maniobra, usando de sus derechos, les concedió esta licencia. No hubo necesidad de decírselo dos veces; se metieron en los cerdos y toda la piara, que era como de dos mil, se arrojó al Lago. No se precipitaron al mar desde lo alto de una roca, pues hay en muchos lugares una distancia considerable[79], sino que tomando carrera loca desde la montaña no pararon hasta arrojarse al mar.

Los pastores, presos de espanto y temor, corrieron a la ciudad a dar cuenta de lo sucedido. Llegaron, y, ¿qué sucedió? La actitud del endemoniado se lo dio a entender. Aquel hombre –mejor que hombre verdadera bestia furiosa–, estaba sentado, vestido y en todos sus cabales. Al momento los recién llegados se dieron cuenta exacta de lo sucedido. Era la aparición del poseso y su curación lo que había causado la furia de los puercos. Habían perdido un importante capital, pero su país quedaba libre de la nefasta influencia que maleaba las personas y las convertía en bestias. ¿Qué partido tomarían? Prender a Jesús investido de tan mágico poder, no sería muy prudente. Darle las gracias por su acción, era lo mismo que reconocer en Él a un enviado del Dios de Israel. Hasta aquel día habían ido defendiéndose de los malos espíritus con ofrendas y sacrificios. Se contentaron con rogar a Jesús muy cortésmente que se retirase.

Sólo uno comprendió quién era y sentía que se alejase, y no pudiéndolo evitar, quiso seguirle: fue el pobre endemoniado. No lo re-

---

[79] Excepto al sur, donde la tierra está hundida, pero no está dominada por montañas.

chazó Jesús; pero le dio a entender que contribuiría mejor a la obra de Dios si se quedaba entre los suyos. Juzgó que sería él bastante para este oficio, pues sería como testigo irrecusable de un acto divino, que había devuelto su dignidad de hombre a un esclavo del demonio. «Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales qué grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti».

Menos conocido que Magdalena, de quien Jesús había arrojado siete demonios y fue «el apóstol de los apóstoles», este hombre fue también un apóstol y publicaba en la Decápolis todo lo que por él había hecho Jesús.

¡Don sin medida, expansión de la misericordia, que no saben apreciar aquellos que lo ponen en la balanza con la pérdida de una piara de cerdos! Hallan que Jesús toma excesivas libertades con el derecho de propiedad, ¡Él, que era soberano Señor! Pero ¿los demonios habían esperado un permiso formal para hacer daño? ¿Y no habrían cometido otros desafueros? Aquéllos, a lo menos, habían quedado reducidos a la impotencia.

Además, los ribereños, con su mala voluntad, no le habían permitido terminar su obra, librándolos de la esclavitud del demonio. Encarga al poseso curado de hablarles, primer incentivo para la conversión de los gentiles. Esta Decápolis, en efecto, o «diez ciudades», conquistada por Alejandro Janneo, había sido liberada del yugo de los judíos por Pompeyo. No hay acuerdo en señalar las ciudades que la componían: Gerasa y Gadara y también Escitópolis formaban parte de ella.

¿Adónde colocar el escenario de los acontecimientos? La dificultad es muy conocida y merece que nos detengamos en ella, sobre todo a causa de las variantes del texto evangélico. San Marcos habla del «país de los gerasenos», pero Gerasa, ciudad célebre (hoy *Djerach*), está situada a unas 30 millas al sur de las orillas del Lago. En nuestro caso mirado desde lejos, por ejemplo desde Roma, la distancia perdía interés, pero la separación real es demasiado considerable. San Mateo, en griego, seguramente escribió «país de los gadarenos»; pero Gadara, ciudad admirablemente colocada sobre una alta colina al sur del Lago, estaba separada por el Hieromax, en donde los cerdos se habrían ahogado. Orígenes terminó por decir que ninguno de estos nombres eran apropiados y, fundado en la autoridad de algunos que le hablaron de la ciudad antigua de Gergesa, situada a orillas del Lago, propuso, o al menos hizo prevalecer en numerosos manuscritos, la lección de «país

de los gergeseos o gergesenios», antigua ciudad destruida por los israelitas (Gn 15, 21); conjetura muy erudita, pero muy poco fundamentada.

Advirtamos que si los nombres difieren no son los de una ciudad, sino los de una región que podía ser muy extensa, y las ciudades enclavadas en ella, estar más o menos próximas al Lago. A pesar de las variantes, los evangelistas sólo quisieron señalar un mismo punto en la orilla oriental del Lago.

Gracias a perseverantes indagaciones, parece que puede determinarse el punto con verdadera probabilidad de acierto.

Hay que tomar como punto de partida el terreno por donde los puercos se precipitaron al mar. Ninguna pendiente abrupta de la montaña termina directamente en el mar, y en muchas partes distan mucho. Pero hay un lugar llamado *moqâ-edlô,* donde hay una fuente sulfurosa, que fue el límite de los mandatos francés e inglés, y allí la ribera sólo es de 30 metros de ancho, distancia que pudo ser menor en otros tiempos. Por aquel punto, la costa es muy escarpada y hay grutas naturales que no me atreveré a afirmar que fueron sepulcros, pero sí que pudieron servir para este uso.

Señalado este punto, ¿cuál era la ciudad más próxima? Podría dudarse entre dos montones de ruinas. Al sur está *Qalaat-el-Hosn,* que parece responder exactamente a la descripción de la ciudad que Josefo llama Gamala, dibujando frente al lago de Tiberíades la forma gigantesca de una giba de camello, de cuya semejanza tomó el nombre. Cerca se hallan numerosos sepulcros cavados en la roca, que pudieron servir de viviendas, que aún están provistos de una puerta de basalto. El nombre, no obstante, no se parece a los del Evangelio, ni jamás lo señaló la tradición. Al lado norte, a 2 kilómetros aproximadamente de *moqâ-edlô,* se halla en ruinas el pueblo *Koursi,* que en árabe significa «silla». El P. Abel ha demostrado[80] muy bien que la forma griega del nombre *chorsia* era una transcripción del arameo y existía antes de los árabes, porque este lugar fue visitado en el siglo VI por san Sabas, que allí oró, sin duda conmemorando algún recuerdo evangélico. Una tradición posterior señala allí el pueblo, cuyo emplazamiento buscamos. En efecto, al este del pueblo actual se distinguen aún los muros de una ciudad bizantina[81].

---

[80] *Koursi,* en *The Journal of the Palestine Oriental Society,* 1927, página 112 s.

[81] Reconocida por el P. Tonneau yendo de paso en febrero de 1928, recogió un fragmento que probablemente provenía de una iglesia.

El nombre arameo de Chorsia pudo dar pie al país de los gerasenos de san Marcos, o el de Gergesa de Orígenes, en tanto que san Mateo prefirió un nombre más conocido, el de Gadara, ciudad helénica muy célebre.

El lugar de la liberación del poseso debió ser *moqâ-edlô* y la ciudad próxima de Koursi, a no ser que se vaya más lejos hacia el sur, en busca de los sepulcros que habitaba el endemoniado, el cual vagaba por toda la montaña.

LA HIJA DE JAIRO Y LA HEMORROISA
(Lc 8, 40-56; Mc 5, 21-43; Mt 9, 18-26)

Con toda clase de pormenores cuentan san Marcos y san Lucas la historia del poseso en el país de los gerasenos, aunque terminan en aparente disconformidad. Ahora refieren también con el mismo cuidado dos milagros que hicieron gran sensación, al menos de momento; el primero, porque fue arrancado, como a hurtadillas, a la bondad de Jesús, y el segundo, porque Jesús tomó todas las precauciones para que de pronto no fuera conocido.

Claramente se ve el pensamiento de los evangelistas, aceptado por los primeros fieles: los milagros no han menester ser creídos por todos y tener por testigos a todo un pueblo; para que merezcan ser creídos bastan los testigos escogidos por Jesús, los cuales serán también los que garanticen su resurrección. Era bien conocido designio suyo (Hch 10, 41)[82], que a la vez ponía de manifiesto el principio de autoridad y de jerarquía.

Fue, no obstante, imposible a Jesús sustraerse a la curiosidad de la muchedumbre. Cuando desembarcó en Cafarnaún o muy cerca, apenas había dejado la playa, ya se vio rodeado de gente. Un hombre principal, llamado Jairo, acaso el presidente de la Sinagoga, o al menos un miembro muy principal de ella, abriéndose paso, llegó y se echó a los pies de Jesús suplicando: «Mi hija, joven aún, está en los últimos momentos: ven a imponerle las manos, a fin de que se cure y que viva». Jesús, sensible a aquel dolor y aquella fe, le sigue sin decir palabra. Si el padre, en su turbación, parece indicarle cómo debía hacer el milagro, es que había visto a Jesús imponer las manos sobre los enfer-

---

[82] No a todo el pueblo, sino a los testigos escogidos de antemano por Dios.

mos para curarlos. La multitud, interesada, se hace más compacta alrededor del taumaturgo.

Una mujer resolvió acercársele. Doce años hacía que tenía pérdidas de sangre, y había gastado todos sus haberes en consultas de médicos, sin provecho alguno, pues cada vez estaba peor. Sólo de milagro podía sanar. Pero su caso, según la Ley (Lv 15, 25), la hacía impura. La sola sospecha de su estado bastaría para que, sin compasión, fuese colmada de injurias por haber expuesto a tantos israelitas a semejante contaminación. No podía, por tanto, solicitar su curación en voz alta. No atreviéndose a ir abiertamente contra lo mandado, como hizo el leproso, acudió a otro recurso, que era tocar por sorpresa a Aquel que difundía alrededor de sí tal energía divina. Se le acerca por detrás, temiendo ser reprochada si se expone demasiado a las miradas, y llega a tocarle la orla del vestido, es decir, esa cenefa formada con vedijas o tirillas de lana que los judíos cosían a los cuatro bordes de sus mantos. La Ley era clara (Nm 15, 38), y Jesús se conformó a ella. De repente, la mujer se sintió curada. Como muy bien lo notan san Marcos y san Lucas, semejante milagro no podía ser hecho sin conocimiento de su autor. Tenía conciencia de la virtud curativa que de Él dimanaba y consintió en aplicarla. En efecto, aun prescindiendo de la luz divina que constantemente esclarecía su inteligencia humana y le permitía ver a Dios cara a cara, Jesús, teniendo la misión de profeta y taumaturgo, recibía especiales luces sobre los hechos sobrenaturales. No obstante, propone muy seriamente la cuestión: «¿Quién ha tocado mis vestidos?» Él no veía con sus ojos a esta mujer. Como cualquiera otro, adquiría, por el ejercicio de sus sentidos y de su inteligencia, las nociones de origen experimental: era ésta una de las condiciones de su abatimiento, cuando tomó nuestra naturaleza con su debilidad nativa y su poder de desarrollarse. San Marcos aun advierte que Jesús miró a su alrededor para ver quién lo había tocado.

Sus discípulos, Pedro el primero, no se maravillan de que pregunte para saber, pero la pregunta les parece tan inocente, que no se lo ocultan: «Veis cómo la multitud se os echa encima y decís ¿quién me ha tocado?» Todo el mundo. La mujer pensó que lo decía por ella y, espantada y temblorosa, se adelantó y le confesó la verdad, que Él no ignoraba. El Maestro no quiere que ella se imagine que es lícito obligarle o sorprenderle, como lo esperaban los paganos de sus prácticas de magia. No es un toque furtivo lo que le valió ser curada, sino su fe. Estaba curada de su enfermedad y se retiró tranquila. Así desaparece

esta mujer del Evangelio, pero la leyenda ha procurado suplir este silencio. Los Hechos de Pilato[83], apócrifos, la llaman Verónica. Eusebio, obispo de Cesarea en el siglo IV, espíritu crítico, se hace eco de una tradición que la hacía originaria de Paneas[84]. Hizo fundir en bronce su propia imagen arrodillada delante de un hombre que tiende hacia ella su mano y la hizo colocar sobre un obelisco levantado muy cerca de la puerta de su casa[85].

Este episodio, apenas si moderó un tanto la marcha del grupo que rodeaba a Jesús. Estaba aún hablando, cuando llegaron a decir al jefe de la Sinagoga: «Ya no importunes al Maestro: tu hija ha muerto». Antes que él tomase decisión alguna, Jesús, que lo había oído todo, le dijo: «No temas, basta con que creas». Había acordado premiar su fe con un milagro, y su promesa se cumpliría, con tal que su fe se mantuviese firme; la muerte en nada cambiaría el designio tomado. No dejó entrar en la casa más que a Pedro, a Santiago y a Juan su hermano, que habían de ser testigos de sus grandes misterios. En la puerta había un grupo de gente llorando y gritando. Jesús les dice: «¿Por qué alborotáis y lloráis? La joven no está muerta: durme». La muerte es comparada muchas veces al sueño; y la muerte que debía soltar su presa tenía un parecido mayor. Que aquella joven había muerto, estaba probado. Hacían burla de Él. Si ni siquiera sabía que la joven estaba muerta; ¿qué venía a hacerle? ¿La habría siquiera curado? ¿Quién pudiera pensar que tenía poder para resucitarla después de esta confesión de su ignorancia?

A pesar de tantos milagros, la ovación no era perpetua, el más pequeño incidente, explotado por el escepticismo, enfriaba el entusiasmo.

Sin esperar respuesta, Jesús despidió aquellas plañideras inútiles, algunas de las cuales sólo pensaban en su ganancia, y entró con el padre y la madre, seguido de sus tres discípulos, y tomando la mano de la joven la volvió a la vida.

Elías (1R 17, 19 s.) y Eliseo (2R 4, 33 s.) habían resucitado muertos, pero ¡qué lucha tan a brazo partido con Dios en oración apremiante, echado el cuerpo del profeta sobre el cadáver: poniendo boca con boca, ojos con ojos, manos con manos, etc., para calentarle y obli-

---

[83] *Acta Pilati*, VII.
[84] Hoy Banias.
[85] *Historia de la Iglesia*, VII, XVII.

gar al alma a entrar otra vez en él! A Jesús le basta un simple gesto y una orden soberana. San Marcos quiso conservar dos palabras de la lengua aramea, tal como fueron dichas por Jesús: *Talitha kum:* joven, levántate.

Aun hay otra diferencia que, mejor que el poder, manifiesta la bondad de Jesús. Los profetas habían devuelto el hijo a su madre, lo cual hizo también Jesús con el joven de Naím, pero esta vez, viendo a los padres estupefactos, les ruega que den de comer a su hija: ella había vuelto a la vida normal a la edad de doce años.

Al mismo tiempo, el Maestro impuso secreto, que fue bastante bien guardado. Los mofadores no quisieron rendirse a la evidencia desmintiéndose a sí mismos: los evangelistas no relatan que hubiera habido alguna admiración ni acción de gracias. Solamente san Mateo dice que este rumor se extendió por todo el país.

JESÚS, EXPULSADO VIOLENTAMENTE DE NAZARET. LOS «HERMANOS» DE JESÚS

(Lc 4, 22-30; Mc 6, 1-6; Mt 13, 54-58)

Hacía tiempo que Jesús vivía en Cafarnaún, convertido en centro de su predicación. No olvidaba, sin embargo, su patria chica, aquella humilde Nazaret, que le había alimentado y en donde había crecido, consagrando tantas horas al trabajo y a la oración y especialmente a perfeccionar su obra maestra, el alma de María. José, a quien había amado con cariño de hijo, había muerto, y el motivo de ir a su pueblo no era visitar a sus parientes, sino el anunciarles el reino de Dios.

Si hemos acertado repartiendo en dos episodios la narración de san Lucas, era ésta la segunda visita de Jesús. La primera vez, los de Nazaret, orgullosos de la reputación creciente de su compatriota, habían testificado una admiración de simpatía por su modo de predicar. Según los tres sinópticos, la expulsión siguió inmediatamente a la calurosa acogida. Cambio tan completo apenas se explica sin que una nueva circunstancia hubiera envenenado los corazones. Los de Nazaret hubieran podido, como otros, mostrarse fríos, despectivos, conociendo como conocían el humilde origen de Jesús, pero esto no era motivo para que trataran de arrojarlo desde un precipicio, como dice san Lucas. Tan repentina furia supone un odio reconcentrado, largo tiempo cebado, y no es difícil reconocer la causa. Su compatriota los había

abandonado, y era Cafarnaún la que recogía el fruto de sus milagros. Esta envidia la descubre con bastante claridad el modo de expresarse de Jesús: «Tantas cosas como hemos oído que has hecho en Cafarnaún, hazlas también aquí, en tu tierra» (Lc 4, 23).

Nos parece, pues, que debemos poner algún tiempo entre estas dos escenas: la primera debió ser cuando la pone san Lucas, y la segunda, en el tiempo indicado por san Marcos y san Mateo. Así la tela de la historia se urde de una manera natural: de la admiración descienden a la desconfianza y de la desconfianza caen en el furor, en un intervalo de tiempo que da lugar al cambio de los corazones.

Desde el primer momento se manifestó abiertamente el enojo: ¿Con qué derecho viene a enseñar? Lo conocemos demasiado para que creamos en sus palabras. Ha tenido entre nosotros el oficio de carpintero... ¿No es el hijo de María, hermano de Santiago, de José, y de Judas, y de Simón? Él no ha tenido a bien vivir en Nazaret, pero sus hermanos, ¿no viven entre nosotros?

Como Jesús nada les dice de que reconozcan en Él al Mesías, no hacen ninguna reflexión sobre el absurdo sueño de un artesano que se cree llamado al trono; pero se las echa de doctor y ellos saben que a un carpintero no le sobra mucho tiempo para dedicarse al estudio. Se dice que hace milagros. Entonces, ¿por qué trabaja para vivir? ¡Médico, pensaban ellos, cúrate a ti mismo! Hasta entonces los profetas hacían su aparición vestidos de extraña manera, originarios de un país ignorado, como Elías el Tesbita se levantó delante de Ajab, y Amós de Tecua delante del sacerdote del Santuario de Bethel. Por el contrario, Jeremías, a quien se le había visto crecer en el humilde pueblo de Anatot, sólo desprecios y malos tratamientos tuvo en su vida. No hay hombre grande para los que le vieron balbucir de niño, y en caso que lo sea, no debe dar lecciones a quienes le han dado coscorrones. No ignoraba esto Jesús, como tampoco que un profeta es mal recibido en su patria, entre sus parientes y en su casa. Si todo esto lo sabían muy bien sus compatriotas, debían acatar las consecuencias: ya que no tienen fe en el profeta, no esperar las gracias que se conceden a los que creen en Él. Y se aprovechan de esas gracias los extranjeros, como eran la viuda de Sarepta, en los tiempos de Elías, Naamán Sirio, en los de Eliseo (1R 17, 9-10 y 2R 5, 1 s.). ¿Por qué entonces se maravillan si entre ellos no hace los mismos milagros que en Cafarnaún? La fe es la disposición normal que pide los milagros y los obtiene. La mala voluntad tiene el triste poder de oponerse a la acción de la bondad.

La alusión a los de Cafarnaún y a los paganos preferidos sobre los israelitas desencadenó el furor en la misma Sinagoga: les exasperó que Jesús descubriese la oculta raíz de su envidia, y lo condujeron hasta lo alto de una colina, sobre la que estaba la ciudad edificada, para, desde allí, despeñarlo..., pero Jesús, sin hacerse invisible, por sólo el ascendiente de su persona, pasó por entre ellos sin que ninguno se atreviera a perseguirle.

¿Dónde estaba el precipicio? Ya lo hemos indicado[86]. Se ha buscado al sur de Nazaret, donde no faltan precipicios, pero están demasiado alejados de la ciudad. Una tradición nacida de la piedad de antiguas generaciones, consagrada por un pequeño santuario, señala el lugar desde donde María, acongojada, presenció aquella escena. Allí estaban los discípulos, y lo que veían era para ellos símbolo de la suerte que esperaba a Jesús. La patria chica figuraba al pueblo de Israel, rebelde a su profeta: Naamán Sirio, bañado en el Jordán, invitaría a los gentiles al bautismo. Si los discípulos no comprendieron entonces esta armonía preestablecida, se percataron de ella después de la resurrección y les dio alientos para ir a las naciones.

El lenguaje desconsiderado de los habitantes de Nazaret ha sido explotado muchas veces contra la virginidad de María. Estaban en mala disposición de ánimo para con su compatriota, pero lo conocían. ¿Que sentían y hablaban mal de Él? Tanto mejor. Mal podía, por tanto, ocurrírseles aquella invención metafísica de la concepción sobrenatural de Jesús, ni aquella singularidad ascética de la virginidad de una persona casada. Precisamente porque no se trata de ninguna noción filosófica, esta objeción hace reflexionar a muchas inteligencias privilegiadas, atraídas al Cristianismo por la elevación de la doctrina. Porque, en fin, un hecho es un hecho. Si Jesús tenía hermanos conocidos por sus propios nombres en Nazaret, ¿por qué la Iglesia rinde culto a la Virgen María?

¿Cuál es el hecho?[87] Hay que deducirlo de los textos. No creo exagerado afirmar que las palabras pronunciadas en Nazaret proyectan una luz decisiva sobre el hecho de que Jesús no tenía ni hermanos ni hermanas nacidos de María. Los evangelistas reproducen sencillamente esas palabras y no juzgan que estén en contradicción con lo que ellos creían.

---

[86] Ver pp. 24 s.

[87] Ver nuestro *Evangile selon Saint Marc*, III, 51.

San Lucas pone estas palabras en boca de los de Nazaret: «¿No es éste el hijo de José?» (Lc 4, 22). Aquellas gentes no podían estar instruidas sobre el misterio de que escribió san Lucas, y no podían hablar de otra manera. Hablaban de lo que aparecía, de lo que nadie dudaba, pues María estaba verdaderamente casada con José.

¿Pero los hermanos y las hermanas? En griego son, en verdad, hermanos y hermanas, pero el término semítico puesto aquí puede muy bien extenderse a los primos, y aun a los parientes más alejados.

¿Y los nombres propios? Precisamente nos vienen muy bien para llegar a la verdadera solución. Confesemos que si alguno en la Iglesia primitiva tuvo algún viso de pasar por hermano de Jesús, fue Santiago, a quien san Pablo expresamente llama «hermano del Señor» (Ga 1, 19). Ahora bien, un Santiago es el primero de la lista de Nazaret. Es, pues, el mismo, hermano de José, cuya madre, muy conocida de los evangelistas, es una María, pero no ciertamente María, la Madre de Jesús (Mc 15, 40; Mt 28, 56). Era conocida, y éste era su nombre de honor, según costumbre aún actual de los árabes, como madre de Santiago y José, o *Joseph,* según la manera de pronunciarlo. Si estos dos no son hijos de María, ¿con qué derecho se dará tal filiación a Judas y Simón, que vienen después? Tanto más que una antiquísima tradición, supliendo aquí al Evangelio, considera a Simón, bajo la forma de Simeón, como primo del Salvador[88]. De las hermanas, de quien no hay ningún recuerdo, no pueden pretender un parentesco más allegado con Jesús. Además, ellos y ellas son demasiados. En todo el grupo (1Co 9, 5) no hay más que parientes y sería divertido imaginar que quedaran olvidados los verdaderos hermanos de Jesús, cuando los citados por los de Nazaret, como más conocidos, sólo eran primos[89].

VII. Misión de los apóstoles y la inquietud de Herodes Antipas

MISIÓN DE LOS DOCE APÓSTOLES

(Lc 9, 1-6; Mc 6, 6-13; Mt 10, 5-16; 11, 1)

Aunque expulsado de Nazaret por sus compatriotas, Jesús no dejó por eso de predicar, y queriendo que la buena nueva del reino de Dios

[88] Hegesipo, historiador del siglo II, citado por Eusebio, *Hist. Ecl.*, IV, XXII, 4.

[89] Es la solución paradójica de Renán, *Vie de Jésus,* p. 25.

y la invitación a la penitencia se extendiesen más, llamó a los doce apóstoles y los mandó a predicar de dos en dos.

Era como un ensayo del apostolado, que más tarde, después de la muerte de Jesús, habían de llevar a los gentiles.

Por ahora, consagra todos sus cuidados a su pueblo: al que vino a llamar, al depositario de las promesas y de las Escrituras, al que dirige, por medio de los suyos, la palabra de Dios. Por eso recomienda a los Doce que no se dirijan a los gentiles y que eviten entrar en las ciudades samaritanas; que vayan más bien a las ovejas descarriadas de la casa de Israel.

El designio de esta misión no era atraer las miradas sobre su persona. A los discípulos no se les encarga que recluten adictos al movimiento mesiánico. Cuenta Jesús tan poco con el entusiasmo despertado en sus discípulos para hacer valer sus propios milagros, que les da el poder para obrar esos mismos prodigios: de expulsar los demonios, de curar a los enfermos y aun, añade san Mateo, de resucitar a los muertos. Con esto, ¿no se amortiguaría algún tanto la profunda impresión hasta entonces en Él reconcentrada? Poco importa. Lo esencial es que el llamamiento de Dios resuene en todo el país de Israel: ¡Penitencia!, porque el reino de Dios está cerca. El tiempo apremia y es preciso no estar ocioso. Sin embargo, Jesús no mete prisa a sus discípulos; las instrucciones que les da las limita a un país y a ciertas circunstancias, aunque su fondo sea inmutable. Para lograr el éxito de semejante misión, son necesarias dos disposiciones: desinterés e intensa aplicación a la obra.

El desinterés debe ser innegable, llevado hasta la pobreza, hasta una verdadera pobreza sin ostentación[90]. El viajero en Palestina llevaba siempre consigo algunas tortas para el camino, algunas monedas en el *turbante* o en su cinto; si iba cabalgando era en un asno, llevaba dos túnicas para defenderse del frío. El discípulo no debe tomar pan, ni dinero, ni dos túnicas; caminará a pie y podrá apoyarse en un pobre bastón; calzará simples sandalias, hechas de una suela, atadas con correas, a guisa de mendicante. Pero el mendigo, aunque haga profesión de mendicidad, lleva unas alforjas que espera llenar, aun el mendigo religioso. Un limosnero que pedía en nombre de una diosa siria,

---

[90] Seguimos aquí el texto de san Marcos, más matizado y espontáneo por la contraposición de prohibiciones y permisos. En san Lucas y san Mateo las prohibiciones parecen más absolutas. Lo esencial era señalar la pobreza del evangelizador.

fue a mostrar su reconocimiento a su patrona por el grande provecho obtenido: en cada salida llenaba setenta alforjas[91]. ¡Los discípulos no debían llevar alforjas! Debían vivir pendientes todos los días, y aun todos los momentos, de la Providencia divina.

Llegado a un pueblo, el obrero de la predicación del reino debía darse por entero a su trabajo. La hospitalidad en Oriente es algo natural: es ejercida por todos, y especialmente por las casas de huéspedes; pero un mesón, con tanto trajín de los que entran y salen, en medio de las preocupaciones de los viajeros y de la grosería no pocas veces inmoral de los criados, no es lugar adecuado para tratar los intereses del alma. Los apóstoles deben escoger mejor una casa particular: no faltará quien los invite. Tomada posesión de la casa, no deben abandonarla hasta la partida definitiva de la ciudad. Tal vez otros los inviten a su casa, pero no deben aceptar, pues esos cambios ocasionan pérdidas de tiempo y razonamientos poco caritativos. Sin salir de la casa se puede ver a todo el mundo. El oriental enseña con dificultad los departamentos interiores de su casa, pero la sala de recibir está abierta para todo el que llega. Mañana y tarde entrarán los que quieran conversar con los huéspedes llegados de las esperanzas que agitaban todos los pechos de Israel.

Tal vez algún pueblo no esté dispuesto a recibir a los mensajeros de la buena nueva, o bien, satisfecha la primera curiosidad, no se les dé ya crédito alguno. Al obrar de esta manera, aquella población atestiguaría contra ella misma que no pertenece al pueblo de Dios. La tierra de los gentiles es impura, y cuando el judío regresa de ella sacude el polvo de sus sandalias para no manchar el suelo sagrado con el contacto de aquel polvo. Sacudid, pues, también el polvo de vuestros pies en testimonio de su mal proceder.

Esta vez señala aquí Jesús la meta a que puede llegar el humano heroísmo: sus apóstoles deben servir de modelo a todas las generaciones de apóstoles. Tal consejo apropiado a las circunstancias no es obligatorio, tal como suena, en todo tiempo; pero emprenderá en vano la conquista de las almas quien no esté poseído por un deseo tan obsesionante de su salvación que excluya toda mira interesada. Perfectamente lo comprendieron así santo Domingo y san Francisco: el apostolado exige la pobreza, y la pobreza dispone para el apostolado. Irán,

---

[91] Un tal Lucio, enviado por la diosa Atargatis, se gloriaba de llenar sententa alforjas en cada viaje. (Inscripción publicada el 1897).

pues, los apóstoles predicando, arrojando a los demonios y curando a los enfermos. San Marcos añade que ungían a los enfermos con óleo y los curaban (Mc 6, 13). El óleo se ha empleado siempre en Oriente como medicina, sobre todo para curar llagas. Como san Marcos habla de enfermos y de apóstoles y no de médicos, la unción seguramente tenía carácter religioso para obtener la curación. Jesús no bautizaba ni usaba de este rito, y los discípulos no lo hubieran hecho tampoco si no se les hubiera mandado. La Iglesia ha visto en esta práctica como un preludio del sacramento de la Extremaunción[92], al cual Santiago hará alusión más clara (St 5, 14 s.). El racionalismo, negando el carácter sagrado de esta unción, ignora, sin duda, la profunda convicción de los primeros cristianos, porque la exagerada importancia dada a la unción de los enfermos por los gnósticos y los mandeos[93] indica que ellos no se habían engañado sobre el sentido que tenía en los textos del Nuevo Testamento.

No fue, sin embargo, la intención de Jesús ligar el poder de los apóstoles al cumplimiento de una unción para distinguirla de su poder soberano. Como los dejaba bautizar, los preparaba también a ser los despositarios de las gracias acordadas mediante la extremaunción a los enfermos en el seno de esta Iglesia por Él fundada, preparándolos para su ministerio futuro de pastores.

MUERTE DE JUAN BAUTISTA
(Lc 9, 7-9, y 3, 19-20; Mc 6, 14-29; Mt 14, 1-12)

La misión de los apóstoles fue en invierno, pues había terminado antes de la Pascua[94]. Terminada la labranza, se cruzaban de brazos esperando la cosecha: era el tiempo de las largas tertulias en las casas. Los enviados de Jesús habían avivado las esperanzas por todas partes llegando todos estos rumores hasta la pequeña corte del tetrarca de Galilea y de Perea, Herodes Antipas. Mil diversas conjeturas se formaban respecto a la persona de Jesús. En el Mesías no se pensaba, pues

---

[92] Concilio de Trento, ses. XIV, *doctrina de Sacr. extr. unct.*, c. I: *Sacramentum... apud Marcum quidem insinuatur, per Iacobum autem apostolum ac Domini fratrem fidelibus commendatur ac promulgatur.* (A partir del Vaticano II este sacramento se denomina «Unión de los enfermos». N. del E.)

[93] Ver *Revue Biblique*, 1927, 509.

[94] Lo veremos en Jn 6, 4.

éste había de manifestarse nimbado de gloria. Además, si Elías debía precederle y conferirle la unción real, ¿no era Jesús este precursor, el Elías bajado del paraíso, adonde había sido elevado? Otros, menos dados a cosas extraordinarias, se atenían a la tradición histórica de todos sabida: Jesús era sencillamente uno de tantos profetas, como Israel había oído. Herodes recordaba que otro hombre había agitado la conciencia del pueblo, Juan Bautista, que él había degollado. En ciertas horas, olvidándose de aquel hecho brutal, pensaba también en quién podía ser Jesús. A su alrededor se susurraba, sin atreverse a hablar muy alto, que Juan había resucitado, el cual, si durante la vida no había hecho milagros, después de la muerte disponía de virtud divina. Entonces, los remordimientos asaltaban el alma indecisa de Herodes, que esperaba ver a su víctima erguirse delante de él. Tomando ocasión de estos incoherentes motivos, cuentan san Marcos y san Mateo la prisión y muerte del Bautista.

La prisión de Juan había sido para Jesús la señal de su propia actividad: vamos a saber ahora el motivo. Todo se desarrolla según el ritmo de las tragedias del palacio que habían ensangrentado la morada de Herodes, hasta producir náuseas a Augusto[95]. La fatalidad que pesaba sobre los Atridas era más imponente, pero no más sanguinaria que las intrigas tramadas alrededor del tirano con sus envidias, sus desconfianzas, sus astucias femeninas, entre las cuales luchaba y de las que se desembarazaba cortando cabezas. Herodes Antipas era hijo suyo, que había heredado su ambición, pero no su energía indomable. Había tomado por mujer a Herodías, esposa de su hermano Filipo, dice san Marcos. Según la Ley, era verdadero adúltero (Lv 18, 16; 20, 21). Por aquellos días predicaba Juan la penitencia. ¿Cómo esperar la misericordia de Dios, teniendo delante semejante desorden suscitando serviles homenajes? Juan no dudó y, sea porque Herodes hubiera deseado verle para cerciorarse de sus sentimientos, o sea obrando bajo la inspiración del espíritu de justicia que enardecía a los antiguos profetas, declaró abiertamente: «No te es lícito tener a la mujer de tu hermano». Para hacerle callar, Herodes lo encerró en la cárcel. Revelar el verdadero motivo hubiera sido divulgar una vergonzosa infamia. Después de la agitación provocada por la predicación de Juan, el temor de un movimiento revolucionario que desagradaría a los romanos era un motivo plausible para obrar así.

---

[95] Ver p. 48.

Se vio claramente que el tetrarca quiso dar satisfacción al odio inquieto de Herodías. Ella exigía más; exigía que la muerte acallase aquella voz, ya que Juan no cesaba de hablar. Oculto en un calabozo, poco tenía que temer ya de él. Pero evocaba los juicios de Dios, y a Antipas, más judío que su padre, lo traían desasosegado. Entre Herodías y Juan no sabía qué partido tomar, literalmente no hallaba la salida[96].

Herodías espiaba una ocasión favorable. Como todos los príncipes orientales, Herodes celebraba con júbilo el día de su cumpleaños. Banquetes, largas libaciones, entrada de tañedores de flautas y de danzantes, todo iba sucediéndose según conocido programa, cuando se presentó con todo aparato una bailarina de la familia real de los Herodes y de los Asmoneos, la hija de Herodías y de su primer marido. La fácil complacencia, la dudosa gracia de los movimientos, que un hábito profesional hacía más seguros, pero vulgares, el deseo de agradar, entusiasmaron a Herodes y lo turbaron, los aplausos de los cortesanos lo acabaron de trastornar. Nada le parecía de excesivo precio para recompensar tantos atractivos. La frase tradicional: «Pídeme la mitad de mi reino» era una hipérbole sin importancia, pero él añadió un juramento. La joven había obrado obedeciendo a su madre; era preciso consultarla, y volviendo al instante, con aire resuelto e imperioso dijo: «Quiero que inmediatamente me des en un plato la cabeza de Juan Bautista». No admite dilación, platos no faltaban en la mesa, el rey no tiene más que mandar. La orden era dura. El tetrarca, volviendo en sí, comprendió el ardid y el aprieto en que le ponía. Temía a Juan: violar un juramento le parecía más espantoso aún: además, la bailarina, tan aplaudida, le reprocharía públicamente su falta de palabra; los que le rodeaban se sonreían una vez más de su carácter indeciso, que le vale el desprecio de la misma Herodías. Los satélites están presentes y sólo esperan sus órdenes... Algunos instantes después, el guardia, que había hecho el oficio de verdugo, entrega a la joven en un plato la cabeza de Juan.

Como dice admirablemente M. Fouard: «La sombra en que el profeta deseaba ocultarse envolvió su sepulcro. No hubo testigo alguno que contase cómo recibió la orden inicua, ni con qué serenidad murió»[97]. A sus discípulos no se les podía negar que le rindiesen los

---

[96] ἠπόρει según la lección de tres manuscritos. La Vulgata exagera diciendo que hacía muchas cosas siguiendo los consejos de Juan.

[97] *Vie de N.-S. Jesu-Christ*, I, p. 426.

honores de la sepultura. Fueron, tomaron el cadáver y lo depositaron en un sepulcro. Grandes homenajes haría la Iglesia a este sepulcro si lo conociese y lo tuviera en su poder. En el siglo V se creía que estaba en Sabaste, donde una iglesia, convertida en mezquita, perpetúa su recuerdo. Los más fervorosos discípulos de Juan jamás tuvieron la pretensión de creer que su Maestro hubiera resucitado. Los ruidos de la corte de Herodes se extinguieron con los remordimientos del tirano.

HERODES ANTIPAS Y LA MUERTE DEL BAUTISTA

En estos tiempos, en que la aberración del sentido crítico ha llegado hasta negar la existencia de Jesús, no estará de más notar cómo los evangelistas, sin pretender rozar sus narraciones con la historia general, están de acuerdo con lo que de ella se sabe, en particular por el historiador Josefo. La muerte del Bautista saca a la escena a Herodes Antipas. Por su carácter podemos apreciar sus relaciones con Jesús, que si fueron poco numerosas, no dejaron de ser significativas. También los hechos de su gobierno nos ayudan a fijar las fechas del Evangelio.

Herodes Antipas, instruido por la desgracia de su hermano Arquelao, en la cual se vio envuelto[98], adoptó la orientación más propia para mantenerse en su pequeño principado: ganar por la más sumisa actitud el favor del emperador fue su única mira. Puso en esto tal cuidado, que no pocas veces se adelantó, con sus informes secretos, a las relaciones de los generales romanos sobre las operaciones[99] que llevaban a cabo. Así y todo, no debía dar a los romanos un pretexto de intervenir con el descontento de sus súbditos. Antipas tuvo, pues, cuidado de respetar sus creencias religiosas. En tanto que su hermano Filipo, tetrarca de un país que la mitad era pagano, admitió imágenes en sus monedas, Antipas las rechazó. Edificó Tiberíades en honor de Tiberio, pero también construyó allí una sinagoga. Probablemente no

---

[98] Cuando Judea fue anexionada al Imperio, el año 6 de Jesucristo.

[99] El caso fue comprobado a propósito de Vitelio, Jos., *Ant.*, XVIII, IV, 5. Remitimos al lector una vez por todas a este libro XVIII de las *Antigüedades*, de Josefo. Ver también la monografía de Schürer, *Geschichte*, I, p. 431-449, y la de Walter Otto en la *Encyclopédie*, de Pauly-Wissova, suplemento, fascículo 2.º, artículos Herodes, Herodías, Herodes Antipas.

dejaba de asistir a Jerusalén en las fiestas. Menos personal que su padre, era más partidario del judaísmo, compartiendo con su pueblo el respeto a la Ley Mosaica y a la religión. Como era tetrarca de Galilea y Perea, estaba expuesto por su frontera oriental a las incursiones de los árabes nabateos, cuyo reino, entonces bajo el cetro de Aretas IV, se hallaba en su más alto grado de prosperidad. Como político previsor, se había casado con la hija del rey. En todos sus pasos se encuentra en él un calculador hábil, con más prudencia que pasión. Era una zorra, según la expresión de Jesús (Lc 13, 32).

Todos estos prudentes designios los echó por tierra una pasión fatal. Cuando su viaje a Roma, Antipas recibió hospitalidad en casa de su hermano Herodes, único nombre que le da Josefo y sería extraño que no tuviera otro para distinguirlo de sus hermanos. Este personaje llevó siempre una vida retirada, bien por ser de espíritu apocado, o tal vez porque no tuviera ambiciones. Su padre, Herodes I, lo había desposado probablemente, el año 6 antes de Jesucristo, con su nieta Herodías, descendiente, a la vez, de los Herodes y de los Asmoneos por su abuela Mariamna, a quien tanto amó Herodes antes de hacerla morir. No se sabe cuándo efectuó aquel fatal viaje. M. Otto lo señala desde los comienzos del reino de Tiberio, hacia el año 15, o al menos antes del 26, porque en ese año Tiberio abandonó Roma y no volvió a ella. ¿A qué iba Antipas a Roma, si no era por ver la manera de conservar el favor personal de Tiberio? Pudo, sin embargo, el emperador haber recibido a Antipas en *Caprea,* después de haber salido de Roma, como lo hizo con su sobrino Agripa I: o bien el tetrarca se contentó con tratar sus negocios con Seyano, que no fue muerto hasta el año 31. Y esto es muy verosímil, pues Antipas fue acusado más tarde de intrigas con Seyano. Atendido todo, convendría señalar el año 26 para el viaje y aun para el matrimonio.

En este momento, Herodías, mujer de Herodes, tenía más de treinta años[100], y Antipas se enamoró ciegamente de ella. Fue correspondido sin duda, pero ella, fina calculadora, exigió que despidiese a su primera esposa. En su ambición quería ser la esposa de un príncipe soberano y ser ella sola. Se cree que el rapto y el matrimonio se realizaron al retorno de Antipas. Éste fue el hecho, y no escandalizó menos a Josefo que a Juan Bautista aquel adulterio, contrario a las leyes de los

[100] No pudo nacer después del año 8 antes de Jesucristo ni antes del 15. Cuando los esponsales de que venimos hablando, tenía ella tres o cuatro años.

mayores, y tanto más culpable cuanto que Herodías tenía una hija de su primer matrimonio llamada Salomé[101]. Por él sabemos el nombre de la joven bailarina, de que habla san Marcos. Josefo no señala su edad[102]. Era todavía joven, según la costumbre del tiempo, cuando se casó con su tío Filipo, y fue, sin duda, poco antes de la muerte de este tetrarca, que sobrevino en el año 34 y no le dio hijos. Debió ser un matrimonio amañado por la ambición, porque Filipo tenía treinta años más que ella: era lo que se podía esperar de una hija de Herodías y de la impertinente persona que exigió la cabeza del Bautista.

Sin embargo, la mujer de Antipas, la nabatea, no pensaba soportar esta afrenta. Sabedora de lo que se tramaba, se marchó a Maqueronte y de allí a la casa de su padre, con el pretexto de hacerle una visita. Aretas sintió un odio violento contra el que había repudiado a su hija, y le declaró la guerra; no sólo se han de romper las hostilidades por cuestión de fronteras. Después de recíprocas incursiones devastadoras, se dio una batalla campal. Antipas, completamente derrotado, envió su informe a Tiberio. Vitelio recibió orden de vengarle; pero como no amaba al tetrarca, no se dio prisa alguna. La muerte de Tiberio, acaecida el 17 de marzo del 37, lo paralizó todo.

Con ocasión de la derrota de Antipas, habla Josefo de Juan el Bautista. Entre el pueblo, dice él, creyeron algunos que era un castigo de Dios, porque Antipas, temiendo que la predicación del Bautista degenerase en un movimiento sedicioso, le hizo dar muerte[103] en Maqueronte.

Desgraciadamente, el historiador judío no da la fecha de tan grave acontecimiento. Los judíos sabían desde mucho tiempo atrás que la cólera divina está amenazando la cabeza de los culpables. El crimen, pues, debió anteceder a la venganza algunos años.

---

[101] *Ant.*, XVIII, V. 4: «Tenían una hija llamada Salomé, y después de su nacimiento, Herodías, con desprecio de las leyes de los mayores, se casó con Herodes, hermano de su marido, hijo del mismo padre, que aún vivía cuando ella se separó». Sería forzar el texto deducir, con Otto, que el segundo matrimonio lo efectuó *inmediatamente después* de nacer Salomé.

[102] Suponiendo que su madre se hubiera casado a los dieciocho años, ella no podía tener más de veinte el año 29, o tal vez menos.

[103] *Ant.*, XVIII, V. 2. Temiendo Herodes que la confianza que inspiraba (Juan) a los hombres, trajese alguna sedición, porque parecían dispuestos a seguir en todo sus consejos, pensó que era mejor tomarle la delantera y hacerle desaparecer, que no tener más tarde que arrepentirse, si sobrevenía alguna dificultad revolucionaria de su parte.

Antes de comparar el motivo dado por Josefo de la muerte de Juan con el relato de los evangelistas, seguiremos a Antipas, arrastrado a la ruina a causa de su debilidad por Herodías. No podía ella ver sin pena que Agripa, su hermano de padre y madre, estuviese en situación muy denigrante, debida a su desorden; obtuvo, pues, de su marido que lo pusiese en honorable situación[104]. Después, un exceso en la mesa lo echó a perder. En una comida, y bajo la influencia del vino, dice Josefo[105], los dos cuñados se dijeron improperios. Agripa debió ir a probar fortuna a otra parte y la encontró magnífica en la amistad de Calígula. Habiendo muerto Filipo el tetrarca, Cayo dio sus territorios agrandados a Agripa, con el título de rey. Herodías no podía soportar que su marido fuera simple tetrarca y que una persona de su familia llevase diadema real. A fuerza de ruegos, pues Antipas sólo era un servidor ridículo del ceño de una mujer, obtuvo de él que fuese a pedir la misma gracia al joven emperador. Pero Agripa no lo había perdonado. Al mismo tiempo que la pareja pordiosera llegó a Bayas, donde estaba Calígula, una denuncia contra Antipas. Antipas, despojado de sus estados a favor de Agripa, fue desterrado a las Galias, adonde Herodías, fiel en su infortunio, le acompañó[106].

Evidentemente, el relato de Josefo no debe nada al Evangelio, pero tampoco los evangelistas dependen del historiador. El motivo de la muerte del Bautista es diferente en los dos casos. Hay, sin embargo, acuerdo manifiesto en otras muchas cosas: en el segundo matrimonio de Antipas con la mujer de su hermano, contrario a la Ley; en la existencia de una hija del primer matrimonio; en la influencia de Herodías sobre su marido, aunque éste se mostrase recalcitrante; en el tetrarca perdiendo el juicio por el abuso de la bebida; en su benevolencia con la religión judía cuando las pasiones no le ofuscaban; en fin, en la decapitación del Bautista, animoso predicador de la penitencia.

La crítica meticulosa habrá de poner reparos en puntos pequeñísimos. Dos se encuentran aquí. A san Marcos, que da al primer marido de Herodías el nombre de Filipo, se le acusa de haberle confundido con

---

[104] *Ant.*, XVIII, VI, 2, *agoranomo* en Tiberíades.

[105] ὑπ' οἴνου, en el mismo sitio.

[106] En *Lugdunum*, no a Lión, sino a *Lugdunum convenarum*, Saint-Bertrand de-Cominges, combinando *Ant.*, XVIII, VII, 2 y *Bellum*, II, IX, 6.

el tetrarca Filipo. Algunos intérpretes cristianos fueron del mismo parecer[107] e interpolaron una versión de Josefo en este sentido, pero san Marcos no nos pone en ninguna falsa pista, porque él no conocía al tetrarca y escribió antes que san Lucas, que habla del tetrarca Filipo (3, 1). De hecho el Herodes, sin más aditamentos, de Josefo, debió tener otro nombre, y bien pudo llamase Filipo como su hermano. El caso no era insólito en la época helena. Antipas tuvo un hermano llamado Antipater, que es el mismo nombre[108]. Además, es un punto sin consecuencias.

Lo más grave es que, según Josefo, Antipas procedió contra san Juan por propio impulso, por cálculo político. La historieta del festín sería un cuento: tal es el veredicto de la «crítica». Sin embargo, los mismos que lo aceptan, como Schürer y Otto, reconocen que los dos motivos son perfectamente conciliables, lo que es bastante evidente. Pensamos, además, que sin el relato de san Marcos no nos podemos dar cuenta exacta de los hechos.

Notemos, por lo pronto, una reflexión de Otto: Josefo, para escribir sobre los sucesores de Herodes, no dispone de historias particulares como la de Nicolás de Damasco, sino que escribe según una historia universal y por «aforismos»[109]. Uno de esos aforismos o lugares comunes es el motivo vano de las «novedades revolucionarias». Siguiendo a Josefo, Herodes hizo llevar a san Juan a *Maqueronte:* lo que es muy verosímil. En Galilea, la presencia de san Juan, aun en la prisión, y por eso principalmente, podría sobreexcitar a sus partidarios. Encerrándolo en Maqueronte, Antipas quedaba tranquilo. Esta fortaleza había sido construida por Herodes el Grande, que en los principios de su reinado tuvo necesidad de un refugio para ocultar a sus mujeres y esconder sus tesoros en espera de mejores tiempos. Era una guarida de bandidos. Las ruinas conocidas aun hoy con el nombre de *Mekawer,* al oriente del mar Muerto y casi enfrente de Hebrón, están poco más o menos al nivel de la meseta central, pero están separados por una gar-

[107] Fue la versión eslava de Josefo, en la cual no intentaremos apoyarnos para defender a san Marcos contra el Josefo griego: cfr. Beredents, *Die Zeugnisse vom Christetum in slavischen, «de Bello judaico» des Josephus,* en *Texte und Untersuchungen.* N. XIV, 4, 1906, p. 7 s. y 33.

[108] Otto, l.c. p. 159.

[109] *Ganzaphoristisch,* Otto, p. 172.

ganta profunda[110]. Antipas no había de dejar a san Juan acabar sus días en el fondo de una mazmorra, pues por temperamento no era cruel. Además, de no haber mediado la influencia de Herodías, ¿hubiera Antipas encarcelado a Juan? Los críticos, que admiten los hechos principales de la vida de Jesús, y existe sobre ella casi unanimidad, no podrían explicar las relaciones del tetrarca con Jesús, ateniéndose a la actitud hacia Juan, según la describe Josefo. ¿Sería el mismo hombre el que procedió con esta crueldad no motivada, por simple precaución tiránica, hacia Juan, y el que tuvo hacia Jesús tan grande tolerancia, mezclada a una curiosidad divertida más bien que vejatoria? Josefo sabe que el matrimonio de Antipas promovió la reprobación popular: ¿pudiera extrañar a nadie que el Bautista fuera el promotor de ella? Herodías había obtenido el alejamiento de su rival, pasando por encima de graves complicaciones, y ¿podría ella tolerar que su marido fuese condenado, amenazado en nombre de las leyes tradicionales judías? La protesta no se hizo esperar, y por eso pensamos que el matrimonio debió efectuarse el año 26, fecha la menos alejada del año 27, en que, según san Lucas (3, 1), empezó Juan su predicación. Después de haber caído en desgracia de Aretas, vio surgir por el Oriente amenazas de guerra, y aunque estaba en posesión de Herodías y con palabra de tenerla a ella sola, Herodes, con todo, debió temer desafiar el descontento de sus súbditos, ensañándose contra Juan. Irritado por el reproche personal del Bautista y empujado por su mujer, se decidió por fin a poner al importuno en una prisión segura. Creía Herodías no conseguir más, por eso recurrió a la astucia y a la complicidad de la lujuria y del vino. Encontró ocasión propicia, única, en que Herodes tuvo que ir a Maqueronte para organizar la defensa de la frontera, y así creyó poder consumar su crimen casi en secreto.

Los dos documentos, lejos de contradecirse, más bien se completan de la manera más satisfactoria. Una vaga razón de Estado era la explicación más sencilla de un crimen para un historiador insuficientemente informado. El verdadero móvil radica en el carácter del tetrarca, que el mismo Josefo ha trazado: prudente administrador, amigo de todos, cuando no lo manejaba la mujer o lo trastornaba el vino. Nosotros podemos con toda seguridad colocar la muerte del Bautista entre los hechos cuyas circunstancias públicas y secretas nos son mejor conocidas.

---

[110] R. P. Abel, *Une croisière autour de la mer Morte*, p. 30-41.

VIII. PRELUDIOS DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

PRIMERA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

(Lc 11, 10-17; Mc 6, 30-44; Mt 14, 13-21; Jn 6, 1-15)

Llegaron los discípulos del profeta mártir a dar cuenta del triste suceso al amigo de su Maestro y del piadoso cuidado que habían tenido de su sepultura. Entre ellos hubo muchos, sobre todo los que se inspiraban en el espíritu de Juan, que siguieron los ejemplos que les habían dado sus antiguos compañeros cuando se unieron al Cordero de Dios reconocido por el Bautista. San Marcos y san Juan nada dicen sobre las decisiones tomadas por Jesús a consecuencia de la noticia del martirio. San Mateo parece indicar que tomó la decisión de alejarse de Galilea (Mt 14, 13), pero como se preocupa poco de cronología y aún menos de establecer conexión entre los hechos que cuenta, no se puede deducir una consecuencia inmediata ni una relación de fecha exacta entre la muerte de san Juan y el alejamiento de Jesús.

Debió transcurrir cierto tiempo entre el crimen y la angustia, que suscitó en la imaginación de Herodes, a propósito de Jesús, el fantasma de Juan decapitado. Fue a la vuelta de Maqueronte cuando Herodes preguntó si era Jesús también un profeta, que se levantaba delante de él, y a quien sus sospechas hacían peligroso. En realidad, Jesús no quiso reemplazar al profeta justiciero. Él no estaba menos dispuesto a dar su vida en sacrificio, pero no ignoraba que debía ser en Jerusalén (Lc 13, 33). No quiso chocar con Herodes, que si quisiera enmendarse ya estaba suficientemente amonestado. Además, la misión de Jesús era superior a la de un profeta; lo que no quiere decir que debiera realizarla con más ostentación. El profeta, instrumento intermitente de la voluntad divina, conocido por su vida austera y por su ardiente celo, era el llamado a adoctrinar a los reyes. La misión de Jesús era más alta y duradera. Fundador de una sociedad permanente con la puerta abierta para todos los hombres, Jesús comía y bebía con todo el mundo, lo que no le impedía el ascetismo, aunque sin imponérselo como ley. No quiso que sus fieles se creyesen obligados a hacer advertencias a los depositarios de la autoridad legítima venida de Dios; esos avisos no serían dados por particulares bajo una inspiración también particular, sino por una autoridad espiritual regularmente establecida.

Jesús tenía otra razón para retirarse, y era la necesidad de reposo que tenían sus apóstoles después de volver de la misión (Mc 6, 31). En

la soledad y a su lado recobrarían sus fuerzas: tenían muchas cosas que contarle y muchas más que aprender de Él, y en Galilea la concurrencia extraordinaria del pueblo no les permitía platicar en paz.

Se alejó, pues, Jesús con sus discípulos en una barca, tomando el rumbo de Betsaida para pasar aun más allá, a un lugar desierto. Betsaida[111] estaba enclavada en el territorio del tetrarca Filipo, que la había embellecido, acaso transportándola más al norte *(et-Tell)*, y le había dado el nombre de Julias en honor de Julia, hija de Augusto, tan tristemente célebre.

Las ruinas del pueblecillo de pescadores están probablemente representadas por *el Aradj*, cerca de la desembocadura del Jordán. Al sudeste se extendía una gran llanura limitada por las colinas, y podía calificarse de desierto, sobre todo si se le comparaba con la llanura de Genesaret, de prodigiosa fertilidad. En primavera, sin embargo, lo mismo el desierto de Judá que la llanura y las colinas se cubrían de verdor. Los tres primeros evangelistas, hablando de la verde hierba, están en perfecto acuerdo con san Juan, que también habla de la hierba y de la proximidad de la fiesta de Pascua (Jn 6, 10 y 4), la fiesta de la primavera.

Atravesando el Lago en barca, la pequeña compañía debió llegar primero; pero, comprendidos los designios de Jesús, los ribereños del éste se apresuraron, y muy pronto se juntaron con los de Cafarnaún. Jesús, bien fuera por la calma o por la pesada temperatura de principios de abril, que imposibilita los brazos de los remeros, se retrasó en la travesía, y a la hora de desembarcar se vio rodeado de una turba numerosa.

¡Admirable sencillez la de los evangelistas, que no reparan en esta aparente contrariedad! ¡Más bien la han subrayado: Jesús quería un lugar retirado y se ve asaltado por todo un pueblo. Más admirable aún la bondad de Jesús, que no da la vuelta, buscando la soledad, sino que, compadecido de aquellas ovejas sin pastor, empieza en seguida y muy largamente a instruirlos!

Parece olvidarse de la hora que es. Los discípulos veían inquietos que el sol declinaba. Era muy hermoso oír hablar del reino de Dios, pero había que pensar en las necesidades de la vida. Ya era tiempo de

---

[111] Para conciliar más fácilmente algunos textos, pero sin verdadera necesidad, se ha supuesto la existencia de otra Betsaida al oeste del Jordán.

que Jesús terminase su discurso. A Él no se lo decían claramente, pero invitaban a todo el mundo a marchar para que buscasen su pan en los pueblos y aldeas vecinas.

Interviene entonces Jesús y, para tentar a sus discípulos encargados ordinariamente de aquellos menesteres, les dice: «¡Dadles de comer!»

Se decía fácilmente; pero, como notó Felipe, no bastarían 200 denarios[112]. ¿Y dónde los tenían?

¡Qué animosos estos amigos del Señor! Cada uno propone una cosa y quiere ser útil. Andrés, hermano de Simón, vio a un joven que tenía cinco panes de cebada y dos peces. Debía ser un muchacho muy avisado; estaba seguro de despachar pronto y con mucha utilidad su mercancía. Lo dicho por san Andrés era una confesión de que carecían de recursos. Jesús dice: «Haced que se sienten sobre la hierba verde para comer». Acostumbrados ya a ordenar multitudes, los discípulos los colocaron por grupos de cien y de cincuenta sobre el heno florido[113]. Eran como cinco mil.

Todos los evangelistas notan que entonces Jesús oró solemnemente, levantó sus ojos al cielo, pronunció la bendición y partió los panes, ordenando a los apóstoles que los repartiesen. Hizo lo mismo con los peces. Todos comieron hasta saciar su hambre. Después Jesús mandó que recogiesen las sobras, para que no se perdiesen. La costumbre judía, más que en aprovechar las sobras, consistía en recoger las migajas de pan caídas de la mesa.

La intención de Jesús claramente se vio que era dar a aquel refrigerio improvisado, que hubiera podido tomarse en pie, el carácter de verdadera comida. Los convidados se sentaron sobre la hierba, pero con cierto orden. El mismo amo de la casa parte el pan echándole la bendición como lo exige una buena costumbre; se recogen las sobras como si se estuviese en un comedor. Se acercaba la Pascua, y en la Pascua siguiente Jesús distribuiría entre sus apóstoles su cuerpo bajo la forma de pan. Sería un error decir que el Sacramento de la Eucaristía fue instituido entonces para la muchedumbre; pero era un preludio que el Maestro proponía a la reflexión. Así, san Juan llama acción de gracias, eucaristía, a la oración que los textos rabínicos llaman sencilla-

---

[112] Como 180 pesetas oro.

[113] En los prados al sur de Gaza recogimos anémonas, ajenjo y aun tulipanes. Las orillas del lago no tienen menos flores.

mente bendición. Toda la importancia de esta escena se halla en su simbolismo. Por maravillosa que sea en sí misma, lo es mucho más como presentimiento del porvenir y, sin embargo, se hace así más accesible al espíritu y al corazón, como signo sensible ordenado en una realidad espiritual, no sólo más alta, sino de otro orden.

Es un hecho que en el mundo entero, los fieles católicos reciben, bajo la forma del mismo pan, lo que la fe les dice que es el verdadero cuerpo de Jesús. Algunos lo profanan, otros lo reciben por vanidad, un número mayor por rutina: una multitud innumerable encuentra en él verdaderamente el alimento del alma, una invitación más viva para servir a Dios y un impulso nuevo para mejor amarle. Que esta prodigiosa institución estaba figurada en la multiplicación milagrosa del pan, parecerá plausible, y que el milagro haya dado tales frutos de bendición, lo hace verosímil. La armonía entre la figura y la realidad convence.

En sí mismo aquel milagro fue a la vez tan incomprensible y tan público, que un entusiasmo inmenso brotó de todos los pechos. Sólo san Juan nos da cuenta del entusiasmo y nos da también la clave de la situación. Aún no se pronunciaba el nombre de Mesías, porque Jesús no se había manifestado como rey; pero, sin duda, era el gran profeta esperado, porque ningún profeta había hecho cosas tan divinas en favor de Israel. Este profeta llegaría a ser el Mesías, si era coronado rey. Lo era ya en persona; sólo faltaba que lo reconociesen como tal y que Él quisiera empezar a ejercer funciones reales. Pretendieron, pues, obligarle a ejercerlas; pero no era ése el designio de Jesús.

CAMINA JESÚS SOBRE LAS AGUAS, Y DESEMBARCA EN EL PAÍS DE GENESARET

(Mc 6, 45-56; Mt 12, 22-36; Jn 6, 16-21)

Después de la multiplicación de los panes, nos dice san Marcos sin hacer transición alguna, que Jesús obligó a sus apóstoles a embarcarse y marchar sin Él. ¿Por qué, pues, había de separarse de sus discípulos sin que se les permitiesen excusas? Nos damos cuenta de aquel proceder después que san Juan nos reveló las disposiciones de las masas. Jesús, aunque discretamente, no había cesado de combatir el falso concepto del reino de Dios para el que se esperaba un rey temporal, rey como otros, pero investido, además, de poderes divinos. Si no lograba

calmar el tumulto, la revolución aumentaría, el error cobraría alientos y sería desconocida su verdadera misión. Las masas son olas. El peligro estaba previsto, pero conjurado a tiempo, la tempestad pronta a formarse se disiparía súbitamente. Era preciso, ante todo, alejar a sus discípulos de aquel contagioso arrebato, y los hizo partir. Si Él los hubiera acompañado, los más entusiastas del público le hubieran seguido en las barcas disponibles. Les dio, pues, la orden terminante de ganar la otra ribera frente[114] a Betsaida, es decir, cerca de Cafarnaún. Él se les uniría más tarde. Después se alejó. ¿Iría antes a arengar a las turbas para que se dispersasen? Los discursos del candidato que rehúsa sólo sirven para encender más los ánimos de sus partidarios. Lo más sencillo era ocultarse. Después de alguna inútil agitación, al echarse la noche encima, cada cual buscaría su abrigo. Jesús subió, pues, solo a una colina para orar.

Quedaron solos los discípulos, esperando todavía; a la caída de la tarde, y viendo que Jesús no venía, se decidieron a manchar.

Muchas veces, el empezar la primavera, después de un día de siroco, se levanta del sureste un recio viento. Sorprendió a los discípulos, y se dieron a bogar con fuerza. La lucha fue larga, la barca no avanzaba; eran como las tres de la mañana, cuando Jesús los vio de lejos, agotados. ¿No sería la compasión lo que le movió a caminar sobre las aguas? Sin embargo, para probarlos, quiso pasar inadvertido. A los de la barca, les parecía un fantasma, lo veían, les dio miedo y gritaron. Entonces les dijo: «Ánimo, soy yo, no temáis». San Pedro, impresionable como siempre, presto para arrojarse a las olas, creyéndose seguro en su animosidad, gritó: «Si eres tú, Señor, manda que yo vaya a ti sobre las aguas». Y Él dijo: «Ven», y Pedro fue hacia su Maestro; pero el viento arrecia y Pedro tiembla y se hunde. Y gritó, diciendo: «Señor, sálvame». Jesús, tomándole de la mano, le hizo entrar en la barca y cesó el viento. Muy pronto llegaron a la ribera, de la que no estaban lejos[115]. Mientras tanto, algunos, prosternados delante de Jesús, le decían: «Verdaderamente eres Hijo de Dios».

---

[114] Se ha traducido siempre «hacia» Betsaida (Mc 6, 45), se suponen dos ciudades del mismo nombre. Pero nosotros creemos que πρόζ puede significar «en frente de», sobre todo con πέραν.

[115] Según Jn 6, 19 habían recorrido ya de 25 a 30 estadios. El lago tiene más de 54 estadios en su parte más ancha (10 kilómetros aproximadamente); hacia el norte es mucho más estrecho.

Los discípulos, aunque estaban admirados con todos estos prodigios, no acababan de abrir los ojos. Ellos mismos habían hecho milagros en nombre de Jesús, habían sido instrumentos en la multiplicación de los panes, le habían visto caminar sobre las aguas; tenía, pues, Jesús pleno dominio sobre la naturaleza. Pero ¿cómo acabaría todo aquello, puesto que no quería dejarse aclamar rey por la multitud? ¿Adónde los llevaría, exigiéndoles una obediencia, cuyas razones no alcanzaban? San Marcos habla del estupor extremo, mal reprimido en sus pechos. Iba a sonar la hora crítica.

Algunos pescadores reconocieron a Jesús al aproximarse con sus discípulos a la ribera occidental. El pueblo estaba aún con la efervescencia de la víspera. La confianza en el poder milagroso de Jesús había aumentado. De todas partes llevaban enfermos y los curaba. Según el texto de san Mateo, esta escena pudo verificarse por la mañana. San Marcos agranda la perspectiva y da un resumen de lo sucedido en el viaje que Jesús emprendió después de la defección de los galileos (Mc 6, 53-56). A pesar de este apartamiento, hubo siempre en las muchedumbres movimientos favorables hacia Jesús. No rehusaba curar a los enfermos y esto era bastante para que acudieran a Él.

EL PAN DE VIDA: RUPTURA
(Jn 6, 22-71)

Los que habían quedado al otro lado del Lago sabían que en la playa no había más que una barca, que los discípulos habían tomado sin llevar a su Maestro. Sin duda se le buscó por la llanura y por las colinas; pero no dieron con Él. Pasada la noche como se pudo, turbada, sin duda, por la tormenta, los más entusiastas, especialmente los de Cafarnaún[116], se creyeron obligados a dar una vuelta en busca de Él, por el puente de Betsaida, pero sin la gozosa exaltación de la víspera. Muy satisfechos de ver llegar muchas barcas del Tiberíades, se aprovecharían de ellas para hacer la travesía a la ribera occidental[117]. No

---

[116] San Juan continúa hablando de las turbas, pues no varía de estilo, pero es evidente que sólo los principales agitadores se empeñaron en seguir a Jesús.

[117] A causa de la orientación de los vientos, las barcas jamás pernoctan en la ribera oriental. Las que salen de Tiberíades de noche, entran siempre por la tarde. La observación de los hechos coincide, pues, con los que san Juan dice, y se ha tachado de azar bien extraño.

habían renunciado a su propósito, sobreexcitados y descontentos de la desaparición de Jesús, y le buscaban para pedirle explicaciones. Su encuentro fue brusco: «Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?»

Entonces Jesús comenzó una instrucción de inmensa trascendencia, y, aunque le salieron con dificultades, la prosiguió sin doblegarse, a pesar de la oposición y de los murmullos. Se diría que era como una barca que navega siempre a pesar de las olas que le quieren cortar el paso y la sacuden con violencia. Tales asperezas en un diálogo ocultan muchas veces a los lectores superficiales la unidad de la enseñanza. Otros la han juzgado demasiado mística, demasiado alejada del tono familiar y sencillo de Jesús, tal como se desarrolla en los Evangelios sinópticos. El tema, en realidad, es místico y elevado, pero sugerido por las circunstancias y tratádo de modo que pudiera ser comprendido, en cuanto era posible, por un auditorio ordinario de judíos.

El motivo lo da el pan, que Jesús tan generosamente acaba de distribuir, y que se convierte en símbolo de su doctrina. Afirma que tiene la misión de dar el pan de vida, es decir, que es el revelador por Dios enviado, para conducir a la vida eterna a los que creerán en Él.

Y como el curso de la conversación lleva a la necesidad de admitir el origen celestial de este pan, Jesús declara que Él mismo es ese pan que da vida, y que está investido del poder de dar la vida a los muertos.

¿Cómo da esta vida al mundo? Por la inmolación de su carne. No se puede tener esta vida sin participar de esta carne inmolada, y de ahí la necesidad de comer su carne y beber su sangre para poseer en sí mismo la vida del espíritu, que se explayará en la vida eterna, en la resurrección.

Esta enseñanza de impecable lógica sobrenatural, ¿convenía a la situación, cuando apenas hacía un año que empezara la predicación del Evangelio?

Desde luego, no se puede negar que impresionó vivamente a las masas. La multiplicación de los panes le dio el tema, o al menos le sirvió de símbolo. Jesús da el pan verdadero, y Él mismo es el verdadero pan.

Mirando a la realidad, ¿no era tiempo ya de afrontar claramente el tema? San Juan no reprodujo los relatos anteriores de los Evangelios sinópticos, aunque los tuvo a la vista. Se junta a ellos en la multiplicación de los panes, en el momento preciso que le eran indispensables para poner a la luz del día la crisis que se produjo entonces. Recordemos estos preliminares.

Había predicado Jesús la penitencia con miras al reino de Dios; había hecho milagros, muchos de ellos para probar, además de su poder y de su bondad, la facultad que había recibido de perdonar los pecados y de fijar la práctica de la observancia del sábado. Después se había mostrado como legislador, con derecho para perfeccionar la misma Ley de Moisés. Cuando el mensaje del Bautista señaló claramente la superioridad del nuevo orden sobre la Ley y los profetas. Era la hora de preguntarle si pretendía ser el Mesías estableciendo el reino de Dios. ¿Qué sería este reino? El ideal del reino debía ser como el marco de la imagen del Mesías. Así, enderezando, sin herir, las aspiraciones populares, elevando las almas por encima de las preocupaciones terrenas hacia la justicia, la pureza, la caridad y el perdón, dejando entrever un gran desarrollo de la virtud divina entre los hombres, siempre con la mira puesta en la vida eterna en el reino de Dios, Jesús preparaba los corazones para hacerles comprender que la misión del Mesías sólo miraba al alma y a sus destinos. ¡Cuidados inútiles! El cálculo político, el deseo de comer bien y de venganza, todas las pasiones del corazón humano, apoderándose de una promesa divina como de un resorte poderoso, y al mismo tiempo como de especioso pretexto para encubrir las bajas concupiscencias; en los mejores, el celo mal dirigido a causa del desconocimiento de los verdaderos caminos de Dios, todo esto que, en mezcla confusa, fermentaba en Israel, acababa de hacer explosión. Ellos querían un rey, y querían obligar a Jesús a ser el Mesías de sus ensueños.

¿No había llegado aún el momento para Jesús –su tiempo estaba limitado– de decir claramente quién era, lo que Dios le había encomendado hacer, cuál era el deber de ellos para con Él, el único que los podía salvar? Salvarlos: no de sus enemigos políticos, sino del pecado; darles la vida, no la que se sustenta con la abundancia de trigo, de vino y de aceite, sino una vida espiritual, primicias de la vida eterna. La marcha hacia las alturas estaba señalada para aquel momento crítico. El peligro estaba en que no quisieran comprender, y que la misión de Jesús en Galilea terminase en el fracaso. Después de tomadas las precauciones debidas, habría que ir con Él. No es de maravillar que san Juan cuente este drama; lo sería que los sinópticos lo hubiesen pasado en silencio. Pero no es así, y una vez más la armonía está en el fondo, pues ellos dieron a los hechos otra expresión, a saber, la desavenencia que siguió a la exposición de las parábolas. Era esto el principio de la ruptura que, al decir de los sinópticos, se había de consumar por la des-

pedida a las ciudades del Lago. En san Juan, el llamamiento a la vida espiritual es más claro, y la persona de Jesús está puesta más de relieve: en ambos casos, la ruptura está consumada. ¿Puede reprocharse al cuarto evangelista de haber intervenido para explicar aquel enfriamiento de los galileos, que los sinópticos, como aún tendremos ocasión de probar, tan claramente suponen?

Con motivo del milagro de los panes, se hizo necesaria una explicación clara en Cafarnaún: la explicación espiritual de su misión, que Jesús no podía por menos de hacer, tal como equivalentemente resulta de muchos pasajes de los sinópticos, sirviendo de ocasión el símbolo del pan multiplicado milagrosamente. Este símbolo llevaba naturalmente a la Eucaristía. Por este motivo, y a causa de la unidad del tema, parecía propio colocar en el mismo lugar y en el mismo tiempo, la última parte del discurso, que se refiere especialmente a la Eucaristía (Jn 6, 51-58).

No parece, sin embargo, evidente la necesidad de una explicación sobre este asunto en aquel tiempo. Más bien parece que se debía evitar proponer semejante asunto a corazones mal dispuestos si antes no se les daban algunos conocimientos adecuados. Si san Mateo compuso el sermón de la Montaña con palabras pronunciadas en circunstancias diferentes, no hemos de pensar que san Juan no tuviese el mismo derecho, si lo creía ventajoso.

Era ciertamente una ventaja poner la Eucaristía, distribuida bajo la forma de pan y figurada en la multiplicación de los panes, en el punto culminante del discurso sobre el pan de vida. Esta maravillosa graduación es de tal belleza, que por el momento se prescinde del sentido histórico.

Acaso aparecerá más propio que las enseñanzas sobre la Eucaristía fueran dadas poco antes de la cena y en un círculo más restringido de discípulos, sin cesar por eso de admirar la composición de san Juan hecha con las palabras de Jesús.

Después de estas indicaciones preliminares, entremos en la Sinagoga de Cafarnaún, adonde Jesús llevó a sus partidarios indeseables (Jn 6, 59). No es de creer que fuese sábado, puesto que las barcas habían atravesado el Lago. Pero la atmósfera religiosa del lugar, sin ser bastante para excluir toda discusión, le aseguraba cierta gravedad. En lugar de contestar a la pregunta: «Rabí, ¿cuándo has llegado aquí?», Jesús empezó su discurso por una invitación a inquirir el verdadero motivo de su arrebato mesiánico. La multiplicación de los panes les había parecido como un preludio de aquella sobreabundancia de bie-

nes que les traería el Mesías: mieses entre las cuales no se vean hombres a caballo; viñas de las cuales corran ríos de vino. No era eso lo que debían buscar, sino el alimento del alma, que la nutre para la vida eterna. Ése es el alimento que Él da, porque el Padre lo ha marcado con su sello, confirmando su doctrina con milagros.

Los de Cafarnaún habían sido testigos bastantes veces de estos prodigios y debían tenerlo como el Maestro elegido para transmitirles las órdenes de Dios. Ellos preguntan: ¿Qué debemos hacer para responder a sus deseos? No pueden hablar más que de obras, y se les podría echar en cara el hablar como judíos. Pero la obediencia de las obras mandadas en nombre de Dios suponen la fe, y su fe era demasiado vaga. Ella se apoya en Dios y debe también apoyarse con entera confianza en Aquel que Él había enviado. ¿No estaban allí los que habían intentado hacer de Jesús un instrumento de sus codicias?

Comprenden que la pretensión de Jesús en aquellos momentos era altísima. Los profetas hablaban en nombre de Dios, invitaban a la observancia de la Ley: pero no exigían esta sumisión absoluta del espíritu, cuyo término no se presentía. Para exigirla Él no bastaba alegar un milagro de orden inferior a los que había hecho Moisés, dando al pueblo pan venido del cielo. Los panes de cebada no habían venido del cielo, ni siquiera de las nubes, como el maná. Todo esto importaba poco en verdad. El verdadero pan del cielo es aquel que sale de Dios, y, por tanto, aquel que es enviado por Dios. Moisés no tenía jurisdicción en esta esfera, es únicamente el Padre, el Padre de Jesús, quien puede dar la vida al mundo dándole este pan.

El pensamiento se va aclarando. El Hijo del hombre da el pan, es decir, la doctrina, Él es ahora el elemento vital. La Ley había sido comparada al pan, al árbol de la vida: esta comparación brota espontánea. La otra es más difícil de entender. Sin embargo, llegará R. Akiba a interpretar el «sostén de pan» (Is 3, 1) de los sabios talmudistas, puesto que los Proverbios, en nombre de la Sabiduría, decían: «Comed de mi pan» (Pr 9, 5, en *Khag.*, 14). ¿Era acaso Jesús la sabiduría de Dios, y contenía en su persona una doctrina espiritual útil a las almas? No comprendiéndolo, no atreviéndose a poner objeción alguna, ni a expresar un asentimiento reflexivo, dicen: «Señor, danos siempre de este pan (Jn 6, 34)[118] y no una sola vez, como cuando el milagro del pan

---

[118] Se ve uno tentado a traducir πάντοτε en el mismo sentido que «siempre» en español. «Cualquiera que sea, dánoslo simpre». Pero Jesús lo entiende en el

ordinario». No decían esto por hostilidad que sintieran contra el Maestro, era que no podían volar más alto y dan una última señal de su buena voluntad. También Jesús les contesta con gran bondad, no ofreciéndoles el pan que piden sin tener idea justa de lo que es, sino con una declaración y un llamamiento. El pan, de que Él habla, es un pan celestial, que no es necesario dar muchas veces, porque su virtud no se agota a la manera de las cosas materiales. Cuando se le ha gustado, no se sentirá jamás hambre, porque este don es de su naturaleza, imperecedero, mientras uno sea de Dios, no arrepintiéndose de serlo. Se lo dirá claro: este pan es Él mismo. Ha venido, y ahora son los hombres los que deben ir a Él por la fe. A ninguno rechazará, pues los que vienen a Él los manda el Padre, que lo ha enviado del cielo, y la voluntad del Padre es que Él los guarde hasta la vida eterna, hasta la resurrección del último día. Pero ¡qué desgracia! Aquellos a quienes Él ha hablado, que lo han visto y lo ven aún, no quieren creer en Él[119].

En efecto, este mesianismo los turba. Acaso hubieran admitido que la función del Mesías se extendiese a la resurrección de los muertos, a fin de que los mártires del pasado gozaran de la felicidad terrena de su tiempo[120]. Pero ¿se trataba de esta felicidad? La vida eterna, el último día..., ¿no indicaba con esto que suprimía toda dicha en este mundo, y la justa comprensión de tantos males sufridos? Sus aspiraciones no eran muy elevadas, su intervención no era tampoco oportuna y es excluida; por eso ellos se desaniman y lo abandonan.

Otros se presentan en escena, pero no dando la cara con franqueza, estilo que ya nos es bien conocido por los sinópticos. Éstos son llamados fariseos o escribas, y san Juan los designa frecuentemente llamándolos «judíos», entendiendo por tales a los de la oposición de Jesús. En lugar de preguntarle francamente como sus intempestivos partidarios, forman corrillos, cambian frases entre sí y el ambiente se carga de murmullos precursores de una hostilidad próxima a estallar, pero conservando un continente indiferente y frío. Acostumbrados a discutir a través de la metáfora del pan y de las sinuosidades del discurso, vieron claro su pensamiento: Jesús pretendía haber descendido

---

sentido «en todo tiempo», y no se ve que aquí tenga doble sentido como en el cap. 3, 3.

[119] El versículo 36 parece que debía estar después del versículo 40.

[120] Sobre esta dificilísima cuestión, véase *Le Messianisme*, p. 130, 176 ss.

del cielo. Era uno de los aspectos del Mesías, que estaba muy lejos de tenerlo Jesús, hijo de José, de quien conocían el padre y la madre. Estos «judíos» eran también compatriotas y no había de engañarlos. Con ellos, el Maestro emplea un tono más severo. Los desenmascara: «No murmuréis entre vosotros». Se creían jueces y las decisiones, tomadas según su entender, deberían ser aceptadas como normas de conducta. Estaban muy lejos de la realidad. Si no son dóciles, es que no han recibido la luz de Dios; esta luz es necesaria, y ella sola basta. Ellos no pueden venir, porque el Padre no los trae, pero no por esto son excusables. Para ser enseñados de Dios, es preciso desearle y no contentarse con el propio saber. Los que han sido enseñados de Dios vienen a Jesús. Podían decir los judíos: Esta enseñanza, pues, ¿da la visión de Dios? No, nadie vio al Padre a no ser aquel que está con el Padre. Éste es el Hijo, el mismo Jesús, y si los judíos reflexionaran sobre esto, se preguntarían si un Hijo, que ve al Padre, que está a su lado, no es el Hijo de Dios en sentido propio[121].

Jesús no se detiene a hablarles de su filiación divina; quiso solamente consolidar la idea de que a Él sólo se va por la fe, bajo el impulso y con la luz del Padre. Hecho un llamamiento a la fe, se contenta con repetir cuál es su objeto: Él es el pan bajado del cielo, y quien come de él no muere. Los que comieron del maná murieron, porque ningún pan natural, aun el milagroso, puede preservar de la muerte temporal; pero el pan espiritual y, por consiguiente, no sujeto a cambios, da la vida espiritual que será eterna. Cada pan obra conforme a su naturaleza y al fin a que está destinado. Deja sobreentender que el hombre tiene en su mano el uso terrible de la libertad; si puede aceptar la vida, puede también rechazarla, en tanto no sea transformada en vida eterna.

La vuelta sobre el mismo tema del pan bajado del cielo es aprovechada ahora para una transición hacia un misterio más difícil de entender. Jesús había dicho ya que el pan de Dios da vida al mundo (Jn 6, 33). Propio del pan es sostener la vida. Ahora insiste de nuevo: Yo soy el pan de vida, el pan vivo... ¿Cómo puede el pan *dar* vida? Propio del pan espiritual es dar verdaderamente la vida espiritual: Jesús, que es este pan, debía destruir el pecado y dar vida al mundo, mediante su muerte, tal como Dios se la había propuesto e impuesto, por la inmolación de su

[121] Por elevada que sea esta intuición hacia la vida divina, no es superior a lo que encontramos en Mt 11, 25-27, y en Lc 10, 21-22.

carne. Estaba, pues, en su derecho de decir que su carne inmolada era la vida del mundo, y para que se viese más transparente su pensar, no tardará en hablar de su sangre, de suerte que alimentarse del pan espiritual era alimentarse de su carne: así lo declara explícitamente.

Los judíos vuelven a formar corrillos: están estupefactos. Algunos tal vez querían interpretarlo todo en sentido figurado, pero la mayoría lo tienen por un absurdo y no tardan en manifestarlo. Jesús mantiene lo dicho con suprema energía: esta comida y esta asimilación de la carne y de la sangre es el medio necesario de enlace con el Padre, mediante el Hijo. Como el Hijo vive por el Padre, así aquel que se une al Hijo vive por el Hijo y obtendrá la vida eterna[122].

Los judíos no tenían ya por qué discutir entre sí. Tan precisas palabras desafían las más ingeniosas sutilezas de la exégesis. «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre... Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida». Había que dejarle que hablase lo que quisiera.

Leamos a Bossuet, cuyas palabras se levantan aún hoy contra los retardatarios amantes del sentido figurado. «Todo esto, decís vosotros, son misterios y alegorías: comer y beber es creer: comer la carne y beber la sangre es ver estos dos elementos separados en la cruz y buscar la vida en las llagas de nuestro Salvador. Si esto es así, Salvador mío, ¿por qué no hablas con sencillez, y por qué dejas que murmuren tus oyentes, yendo hasta el escándalo y hasta abandonarte, cuando todo se evitaría diciéndoles claramente tu pensamiento?... Aquí, cuanto más se murmura contra Él, cuanto más se escandalizan de tan extrañas palabras, más las recalca y repite Él, más se encierra, por decirlo así, en la dificultad y en el enigma. Bastaba una palabra, bastaba decirles: "¿Qué os conturba? Comer mi carne, es creer en ella; beber mi sangre, es pensar en ella, y todo ello no es otra cosa que meditar mi muerte". Eso es todo: aquí no hay dificultad ni sombra alguna. Sin embargo, Jesús no lo hace y deja sucumbir a sus propios discípulos a la tentación y al escándalo, y no les dice esa palabra. No es propio de ti obrar así, Salvador mío: esto seguramente no es tuyo. Tú no vienes a turbar a los hombres con palabras pomposas sin sentido: sería gozarte en proponerles paradojas sólo para aturdirlos»[123].

---

[122] Se podría entender también que Jesús vive para el Padre y que el fiel vive para Jesús.

[123] *Méditations sur les Evangiles*. La Cène, XXXVe jour.

La sesión no había sido mala para los constantes adversarios de Jesús: los amigos de un día habían ido a pique, pero estaban satisfechos de ver que el innovador había caído en sus propias redes. Otros sufrían: eran los discípulos ya antiguos que se habían entregado en cuerpo y alma al Maestro y parecían gustar hasta entonces de sus enseñanzas. Muchos, poco a poco, se entibiaron en su afecto y le seguían, esperando una ocasión propicia de alejarse. Aquel día, la mayoría vaciló y decidió retirarse. Aquel discurso, ciertamente había disgustado. ¿Podían siquiera oírlo sin protestas?

Jesús no los abandonó en aquella hora crítica. Haciéndoles ver que adivinaba sus pensamientos, hizo un nuevo llamamiento a su confianza; les pide que se confíen a Él por lo que toca al sentido de sus palabras, que son espíritu, es decir, que exceden la humana comprensión y, sin embargo, son vida, vida espiritual necesariamente misteriosa. Muchas veces les ha dicho que bajó del cielo y les repugna creerlo. Pero si lo ven subir al lugar de donde bajó, ¿se convencerán entonces? ¡Tengan, pues, paciencia! El espíritu del que ha hablado es quien da la vida; la carne, con todo lo que esta palabra encierra de movedizo, de corruptible, de mortal, la carne por sí misma de nada serviría; lo sabe tan bien como ellos. Nota Jesús que sus palabras no hacen mella en sus corazones; se confirma con pena de que algunos no creen en Él: muchos se retiran.

Actualmente hay numerosos críticos que se acogen a estas condescendientes palabras de Jesús, a esta distinción entre el espíritu y la carne, como si hubieran sido una retractación y no una ayuda, para penetrar más al fondo de su inmutable doctrina. Las entienden, pues, en otro sentido que los discípulos, a quienes, sin embargo, molestaron. Porque san Pablo habla de la oposición entre el espíritu y la letra (2Co 3, 6), toman aquí el espíritu que vivifica en sentido figurado, en tanto que la carne inútil tendría un sentido natural. Aquí no hay el menor indicio de que explique una parábola. Todo el discurso tiende a sustituir las tendencias naturales por las aspiraciones hacia una vida espiritual y divina. Si los discípulos creen que la carne puede servir de algo, es que no han comprendido nada. En cuanto a la carne de Aquel que descendió del cielo para dar vida al mundo, participa de su naturaleza espiritual: debían pensar que sería dada con esta calidad. Tal es, en efecto, el misterio de la Eucaristía. Cuando se ha afirmado la realidad de la carne y de la sangre, es necesario añadir que el gustarlas se hace de una manera espiritual, y sólo son útiles cuando se reciben en espíritu, y al mismo tiempo en verdad. Esto no lo dice tan claramente; era la primera indicación para la cual el Maestro exigía la fe.

Para nosotros es más fácil ese acto de fe, a causa del carácter verdaderamente profético de las palabras evangélicas, al afirmar la necesidad de alimentarnos con el cuerpo y con la sangre de Jesús para vivir de su vida y de la del Padre.

¿Qué vemos hoy? Gran número de hombres, absortos por los cuidados de la vida presente, se esfuerzan por obtener a cualquier precio la parte de dicha que no esperan gustar en la otra vida. Éstos vuelven la espalda a Jesús. Hay quienes suspiran por bienes espirituales y los buscan cerca de Jesús, su Señor; pero la Eucaristía les repugna, porque ellos sólo la miran como un recuerdo. Jesús no está presente para ellos: lo han despojado del atributo divino de estar en todas partes y de estar muy cerca de los suyos. Lo han relegado a una página de la historia, han perdido el hábito de buscarlo en el cielo. Con amor se declaran seguidores de su doctrina y de su persona; pero su doctrina es la de un profeta, la de un ser sabio, y nada más. Dicen: ¿Cómo este hombre podría darnos a comer su carne? A esto no hay otra respuesta sino que Dios, que ha dado la vida al mundo por su Hijo, no lo ha retirado del todo de los hombres; lo dejó para siempre en medio de ellos, y esta carne que los ha salvado continúa nutriéndolos, que todo esto es digno de su bondad y consecuencia del designio de su Encarnación. Es también el único sentido de la Escritura, admitido hoy por los incrédulos, cuidadosos de penetrar el sentido propio de los textos, aunque les nieguen autoridad.

En esta escena profética, los Doce representan a los fieles. Jesús, triste por la partida de tantos amados, se vuelve a los Doce diciéndoles: «¿También vosotros queréis marcharos?» Respondió por todos san Pedro: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que eres el Santo de Dios». Se había elevado hacia aquellos horizontes del mundo venidero, adonde Jesús quería llevar a todos aquellos galileos; creía en Él como enviado por Dios y asociado a su santidad. Más tarde estará mejor instruido aún. Otro discípulo, Judas, se conformó con lo dicho por su compañero, y apareció como tomando parte en aquella demostración de fidelidad, pero ya no estaba su corazón con su Maestro. ¿Había ido a Jesús por motivos interesados y ambiciosos y fue entonces tentado de la ambición y del orgullo? ¿Circunstancias desconocidas habían cambiado en aversión su simpatía por el Maestro? ¿Por qué no se marchó con los otros? Quiso Jesús que supiesen que no le engañaba, pero sufrió la presencia de aquel que le haría traición.

CAPÍTULO CUARTO

PREDICACIÓN FUERA DE GALILEA Y FORMACIÓN DE LOS DISCÍPULOS

El primer año de predicación, que con entusiasmo había empezado, y que continúa creciendo cada día, termina con el fracaso. San Juan, el revelador del Verbo encarnado y de quien se afirma que ha transformado el Evangelio para rodear de más gloria al Verbo, es quien nos ha hecho conocer claramente ese fracaso y sus causas. Pero las verdades que más hieren la parte dañada de la naturaleza son las más saludables a las almas. A nadie cegarán en adelante las ilusiones, y los discípulos estarán prevenidos. Jesús se consagraría más a formar a aquellos que había llamado para ser los continuadores de su obra, ya que la obra propia de Él era dar su vida. Con toda claridad les anunciará su Pasión y su muerte, y dirá las duras condiciones en que se obrará nuestra salvación. El reino de Dios se establecerá, no obstante, después de la resurrección, abiertamente prometida. Galilea no ha querido comprender qué clase de Mesías es Él y Jesús se aleja de ella y se marcha, sea a las fronteras del norte, bien a Jerusalén o a Judea y Perea. No es el temor a Herodes Antipas lo que le decide a alejarse: muy bien sabe que Jerusalén le será más inclemente. Será, sobre todo, allí, en presencia de los doctores, en el centro del culto y de la doctrina, en el Templo de su Padre, donde hará saber quién es Él.

Durante el primer año, Jesús, que había ido a Jerusalén por la Pascua, ¿volvió a ella por Pentecostés y por la fiesta de los Tabernáculos? Pudo ser. San Juan nada dice[1], bien sea porque esos viajes no se hayan realizado, bien porque nada notable para el progreso del Evangelio haya sucedido en ellos. El cuarto evangelista juzgó este tiempo suficientemente ocupado con la predicación de Galilea. En el

---

[1] Según el orden que nosotros seguimos, trasladando los hechos del capítulo V, después de los del cap. VI, según la tradición de antiguas armonías.

segundo año lleva a Jesús a Jerusalén para las fiestas de Pentecostés, de los Tabernáculos y de la Dedicación, y cada una de estas peregrinaciones serán ocasión propicia para que el ser divino de Jesús sea mejor conocido.

Causan extrañeza en esta repartición dos enseñanzas dadas por el Salvador, una, según la catequesis de san Pedro, en Galilea; otra, según los recuerdos de san Juan, en Jerusalén principalmente. No pretendemos decir con esto que san Pedro no haya acompañado a su Maestro a la Ciudad Santa, pero seguramente que no se encontraba allí tan bien como san Juan, que tenía allí, sin que sepamos cómo, relaciones aun entre la jerarquía. Tal vez san Pedro haya pensado que aquellas pláticas y disputas, en las cuales Jesús tuvo que ocuparse por la hostilidad de los fariseos, eran una trama demasiado sutil para hacerlas objeto de la enseñanza popular cotidiana. Acaso no vayamos descaminados si creemos que ciertas modalidades del genio de san Juan se hallan en esta manera de componer. Además, también en los otros evangelistas son las revelaciones del segundo año más profundas, y es más intensa la luz proyectada sobre Jesús, sobre su sacrificio y sobre lo que exigía a los suyos. Estamos en una región más elevada y su atmósfera es más pura. Los prejuicios de sus adversarios se acentúan más: la devoción y amor de sus discípulos, aunque imperfectos, son más reflexivos y se afirman gradualmente con la mayor y más íntima comunicación con su Maestro. Es que funda ahora su Iglesia en lugar del reino terrestre que desechó.

I. Pentecostés en Jerusalén

PISCINA DE BEZATHA EN JERUSALÉN. CURACIÓN DE UN ENFERMO
(Jn 5, 1-47; 7, 1)

La multiplicación de los panes fue cerca de la Pascua, fiesta que Jesús pasó en Galilea, subiendo después a Jerusalén a celebrar otra que, aunque no indicada, debió ser la de Pentecostés, pues será seguida de la de los Tabernáculos. La fiesta llamada «de las semanas», porque en ella se llevaban al Templo las primicias de las mieses, que maduraban durante las siete semanas después de Pascua, se llamaba en griego *Pentecostés,* o de los «cincuenta días», cifra equivalente a las

siete semanas. Ya en los días de Jesús estaba asociada a un recuerdo histórico, el de la promulgación de la Alianza en el Sinaí, ocasión propicia para encenderse más en el celo por la observancia de la Ley.

Bien fuese entrando o saliendo en el Templo, penetró Jesús en los pórticos de una piscina situada cerca de una puerta de la ciudad llamada «de las ovejas», porque por ella obligaban a entrar los corderos que debían ser inmolados. Esta piscina, hecha en un antiguo barranco, que protegía al Templo por el norte, estaba adosada a una colina, recientemente añadida a la Ciudad Santa, llamada *«el Corte»*, en arameo Bezatha, y naturalmente llevaba el mismo nombre. Era rectangular, rodeada de cuatro pórticos y dividida en dos cuadrados iguales por un quinto pórtico. Esta disposición, que las excavaciones nos han dado a conocer con certeza[2], explica el texto de san Juan, y es otra prueba de su perfecto conocimiento de los lugares[3].

Al llegar Jesús encontró allí gran número de enfermos: ciegos, cojos, paralíticos, que pedían limosna mientras esperaban cosa mejor. Porque esperaban ser curados, al menos aquel que se arrojaba a la piscina el primero después de removida el agua[4]. Entre estos enfermos vio Jesús a uno que los antiguos han dicho que estaba paralítico. En efecto, no se podía mover. Cuando se disponía a descender a la piscina, al agitarse las aguas, ya otro se le había adelantado. Jesús se ofrece a curarle, sin aguardar a que hiciese un acto de fe, pues veía su disposición para hacerlo y le dice: «Levántate, toma tu camilla y vete». El hombre se sintió curado, tomó su camilla y se fue ¡Y era sábado! Esta advertencia del evangelista no fue anotada casualmente: está cargada de amenazas. Jesús, no sólo había curado en sábado, sin necesidad

---

[2] PP. Vincent y Abel, *Jerusalén*, III, 4, 685 s.

[3] Si dice que la piscina *está* en Jerusalén, es exactísimo, porque la piscina existía seguramente aún en la época romana y se creía en sus aguas dotadas aun *de virtud milagrosa:* V. P. Vincent, p. 694. Se atribuía a las aguas cierta virtud curativa, probablemente más activa, cuando eran más puras, que era en los momentos en que, abierta la compuerta que las detenían, entraban bullendo en la piscina. Los judíos sin duda se inclinaban a atribuirles una virtud sobrenatural y esta opinión ha penetrado en el texto por medio de una adición, el v. 4 que no creemos sea auténtico.

[4] Strack y Billerbeck (II, p. 454) citan Lv R, 22 (121[b]) donde Rabbi Tanchuma (hacia 380) habla de un hombre curado de la sarna por haberse bañado en el momento en que el pozo de Mirian comenzó a rebosar en el lago de Tiberíades. Se tuvo por milagroso y probablemente se creía que sólo uno podía ser beneficiado cada vez.

urgente, sino que, además, dio orden al hombre curado de llevar su camilla. No estaba permitido siquiera llevar objetos de adorno, que hubiera que atar o desatar[5].

Los judíos, es decir, los enemigos de Jesús, fariseos y escribas, pegados a la más estricta observancia, no podían tolerar esta violación de costumbres introducidas por sus antepasados. El hombre, sin duda, juzgaba que quien tenía poder de curar era un buen intérprete de la Ley. ¿Quién era? No supo responder a los judíos, que minuciosamente le preguntaron. Jesús tenía tan poca intención de mostrar su poder, que desapareció entre la muchedumbre. El paralítico le halló, sin embargo, en el Templo y, averiguado su nombre, se lo dijo a los indagadores judíos. Pronto se acordaron de que Jesús acostumbraba a hacer eso (Mt 12, 14, etc.); hacía algún tiempo que lo habían perdido de vista. Viendo Jesús su enojo, quiso explicarles claramente su conducta: «Mi Padre, hasta ahora trabaja y yo trabajo también». Dios había descansado el día séptimo, y de allí provenía la institución del sábado (Gn 2, 1-3; Ex 20, 11; 31, 17). Los judíos instruidos sabían, sin embargo, muy bien que este descanso de Dios sólo era una expresión figurada, para señalar la estabilidad del orden introducido en el mundo. Dios continúa obrando, sin lo cual todo se hundiría en la nada. A imitación de Dios, Jesús obra también, devolviendo al sábado el espíritu por que fue instituido. Estas palabras, así entendidas, nada tenían de blasfemas, ni aun para los fariseos. Ellos las interpretaron en el sentido de que Jesús se apropiaba el derecho de obrar como si fuese igual a Dios, y si sólo era hombre, como ellos pensaban, sería un blasfemo: por esto más tarde lo condenaron a muerte.

No había llegado el momento de una declaración solemne. En lugar de responderles: «Es verdad, yo soy igual a Dios, o más bien, siendo yo Dios, soy igual al Padre», se contentó por entonces con protestar de su derecho como enviado del Padre. Su argumentación está muy lejos de excluir su divinidad, la supone, ya que este enviado es el Hijo único del Padre, pero su humana naturaleza recibió prerrogativas inherentes a su unión personal con la naturaleza divina, y estas prerrogativas son las que Él hace resaltar. Tal es, según san Cirilo de Alejandría, el sentido de este discurso, con que Jesús trató de calmar

[5] Todo esto son sutilezas casuísticas sobre la mayor o menor gravedad de la falta, según los rabinos. Jeremías (17, 21) había prohibido cargar fardos, pero para comerciar (Ver Nehemías, 13, 9 s.).

la cólera de los judíos adaptando el lenguaje a su condición de hombre, que era la naturaleza humana en su realidad, aunque adornada de más excelsos privilegios. Jesús no podía responder más modestamente que diciendo a los que le ponían como audaz rival del Padre: «El Hijo no puede hacer nada por sí mismo si no lo ve hacer al Padre... porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace»[6].

El discurso relativamente largo que tuvo Jesús en aquellas circunstancias no fue interrumpido, lo cual prueba que no debió parecer muy atrevido a los judíos. Jesús no se manifiesta como Mesías; este título, tal como los judíos lo entienden, no responde a su misión. Sería acaso un Mesías espiritual, tal como se había revelado en Galilea, el Hijo de Dios al que el Padre muestra sus obras, dándole poder para realizar los más grandes milagros. Lo esencial de su obra es dar la vida a quienes pasan por vivos y están muertos a los ojos de Dios.

Si ellos creen que Dios lo ha enviado, que honren al Hijo, y tendrán en sí mismos la vida eterna. El Hijo que les comunica la vida recibida del Padre será su juez en nombre del Padre, y como su voz hace nacer a la vida espiritual mediante la fe, resonará aún en el momento de la resurrección, de la vida o de la muerte.

Vemos aquí otra vez la doctrina de la primera parte del sermón sobre el pan de vida, sin el simbolismo sacado de la multiplicación de los panes. La dignidad de juez no añade nada esencial, porque el que cree no será juzgado, pasando así de la muerte a la vida. Lo que caracteriza este discurso, es la revelación de las estrechísimas relaciones entre el Padre y el Hijo, revelación que prepara a creer la identidad de la naturaleza divina entre ellos, sin menoscabo alguno de aquella relación del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, que supone distinción entre las personas.

En la segunda parte indica Jesús a los judíos las razones por las que deberían creer en su misión, a título de Hijo único. Estas razones no pueden ser deducidas de principios evidentes por medio de raciocinio, porque esta misión depende de la voluntad del Padre. Es preciso recurrir a testimonios, como se hace siempre en toda cuestión de he-

---

[6] Esta frase pudo ser interpretada en orden a la Trinidad, porque la naturaleza divina, increada, eterna del Hijo, idéntica a la del Padre, es recibida de Él, que es el Principio. *Filium habet potestatem a Patre, a quo habet naturam (Sum. Theol.*, I, q. 42, a. 6, ad I). En su conjunto el Hijo habla como ejerciendo su misión de encarnado.

chos. El primero es el de san Juan. Jesús habla de él en pasado: señal que ya había muerto[7]. Los judíos entonces parece que estaban a favor de Juan, sin duda a causa de su martirio en defensa de la Ley; Jesús les recuerda que Juan dio testimonio de la verdad al designar Aquel que vendría después que él. No hubiera tenido mucha fuerza el testimonio de un hombre, pero pesaba mucho el del último profeta en el seno de Israel. Sin embargo, tenía un testimonio más decisivo, el de las obras, es decir, los milagros, que tenían por fin hacer reconocer al enviado de Dios. Ni aun en el Sinaí habían visto a Dios, ni oído su voz los antiguos Padres. La fiesta de Pentecostés traía a la memoria el recuerdo de Moisés, el gran intermediario, cuyo testimonio estaba consignado en las Escrituras, y representaba el del mismo Dios. Atentos como estaban a escudriñar las Escrituras, deberían haber comprendido que también ellas daban testimonio a favor de Jesús. Pero su estudio más miraba a ganar reputación como sabios, que se otorgaban unos a otros, sin hallarse animados del amor de Dios. Así, Moisés, el más augusto depositario de la palabra de Dios, Moisés en quien colocaban sus esperanzas, ese Moisés los acusa delante de Dios: «Porque, añade Jesús, él ha escrito de mí».

Aunque con términos diferentes y de un modo menos didáctico, la argumentación de los evangelios sinópticos es la misma. Precioso era el testimonio de Juan, pero, en fin, más bien fue Jesús quien dio de Juan un testimonio autorizado (Mt 11, 7-10; Lc 7, 24-27). El testimonio del Padre eran los numerosos milagros dejados en la oscuridad por el cuarto Evangelio, pero enumerados por los sinópticos, como también las expulsiones del demonio, de que Juan jamás dice nada. Uno y otros acuden a citar las Escrituras, pero lo hacen de un modo más concreto los sinópticos (Mt 21, 42; 22, 43 y paralelos), especialmente san Mateo, citado aquí como quien cita un principio. El encadenamiento entre las dos alianzas subyugará a san Pablo y convencerá de antemano a Marción de error. Cuando tantos impostores, con grave escándalo de los judíos, hacían alarde, con absurdas pretensiones, de divinidad, apoyándose en las viejas fábulas del paganismo, era consolador para Israel mantener estrechísimo lazo entre la antigua palabra de Dios y la que su enviado profería. Jesús no proponía ninguna nueva religión, asociaba solamente al culto del Padre el de Hijo, que era Él mismo.

[7] Es muy grave indicio y una razón para poner el episodio de Bezatha en el Pentecostés que siguió a la muerte de Juan, decapitado poco antes de la Pascua.

Proponía un desenvolvimiento en la fe, paralelo al desenvolvimiento de la legislación, conservando infinito respeto al Padre, de quien era todo lo que Él tenía, cuya voluntad era su regla. El Padre era fuente de vida y fin supremo adonde llevaba el Hijo.

El resultado de estas enseñanzas en aquellos corazones mal dispuestos, fue intentar quitar la vida a Jesús. Viendo esto Jesús, tomó de nuevo el camino de Galilea (Jn 7, 1).

II. FORMACIÓN DE LOS DISCÍPULOS

LA TRADICIÓN DE LOS FARISEOS Y EL VERDADERO SERVICIO DE DIOS

(Mc 7, 1-23; Mt 15, 1-20)[8]

Acaba de decirnos san Juan que Jesús se dirigió de nuevo a Galilea. San Marcos y san Mateo nos lo presentan allí, espiado de cerca por los fariseos y escribas llegado de Jerusalén, pues los maestros de Israel, impresionados por las palabras de aquel que se adjudicaba el título de Hijo de Dios y se creía superior al sábado enviaron nuevos delegados suyos para sorprenderle en flagrante violación de las costumbres consagradas. No era esto difícil, teniendo que vérselas con los discípulos de Jesús, que aunque observantes de la Ley, eran sencillos y no estaban al tanto de minucias de la casuística rabínica. Muy pronto los sorprendieron tomando sus alimentos sin haberse antes lavado las manos o, como decían, con manos comunes, lo que era una grave falta. Se contó más tarde que R. Akiba, en su prisión, no teniendo agua sino para apagar la sed, se expuso a la muerte primero que dejar de derramar agua en sus manos antes de comer[9]. Gracias que el lavado de las manos, que debía hacerse dos veces, para que la segunda agua llevase todo rastro de la primera ya contaminada, era una operación bastante sencilla, pues sólo se mojaban las puntas de los dedos.

Si se había ido al mercado, donde se corría peligro casi seguro de contaminarse con el contacto de los paganos, había que remangarse y lavarse hasta los codos empleando 486 litros de agua de fuente o llu-

---

[8] San Lucas debía, siguiendo su plan, omitir estas cuestiones de casuística rabínica, excluidas de su discurso inaugural.

[9] Strack y Billerbeck, I, p. 702.

via: cantidad enorme en Palestina[10]. Con ocasión de esto, san Marcos añade que se lavaban cuidadosamente las copas, los jarros y los platos de bronce.

¿De dónde venía esta excesiva preocupación por la limpieza física hasta convertirla en pureza legal? No de la Ley, donde perdería el tiempo quien se ocupase en hallar algo semejante[11], y las más hábiles interpretaciones de los textos no resistirán la crítica. Hay que acudir a la autoridad de los antiguos doctores: ella bastó en otros casos para fijar el derecho sagrado, y los escribas se atenían a ella como si fuera la misma Ley.

Era esto una pretensión inadmisible. Los intérpretes de la ley tenían por oficio interpretarla; pero no añadir observancias que alteraban su espíritu. Los fariseos habían dado un alcance peligroso al principio admirable de la Ley, de que Israel debía portarse como un pueblo santo. Esta santidad le obligaba lo primero a la pureza legal, especialmente en la elección de los alimentos (Lv 2, 44 s.). Era esto levantar una barrera necesaria cuando Israel estaba rodeado de naciones, cuyo culto era impuro. Pero cosas tan exteriores no debían tomarse como asunto principal. Habían venido los profetas y, a la cabeza de ellos, Amós, predicando la pureza del corazón y sobre todo la caridad, más agradable a Dios que las observancias. En lugar de estimular a la práctica de las antiguas observancias por el amor de Dios, primer principio de la Ley misma, los fariseos sólo pensaban en despertar en el pueblo el sentimiento de su superioridad sobre los gentiles, haciendo consistir esta superioridad en evitar su contacto con todo lo que no era legalmente puro. Esta desviación del sentimiento religioso, tan sensible en toda la tradición farisaica, quiso rectificarla Jesús con un ejemplo manifiesto. Prescribía la Ley: «Honra a tu padre y a tu madre; el que los maldijere morirá» (Ex 20, 12; 21, 17).

No faltaban malos hijos en Israel. Seguramente había menos que en otras partes, pero lo grave era que allí la dureza del corazón o la ingratitud se cubría con la máscara del respeto hacia Dios. La Ley contenía también este precepto, que lo dedicado a Dios no podía consagrarse a otro uso (Lv 27, 1-34). El voto, que se refería a un caso deter-

---

[10] En nuestro *Evangile selon Saint Marc* habíamos creído en una aspersión de las cosas compradas en el mercado. Los textos nada dicen, hecho inexplicable si hubiera sido costumbre corriente.

[11] Se ha pensado, sin embargo, en el Lev 15, 51.

minado y concreto, debía, pensaban los fariseos, ser preferido a una obligación más general. Si la Ley mandaba honrar a los padres, no prescribía que se les suministrasen los alimentos o se les cediese tal o cual cosa. Cuando el padre o la madre solicitaban de su hijo un servicio de este género, el hijo, para acabar con toda insistencia, consagraba al Señor aquello que sus padres necesitaban. Consagración ficticia, pues el hijo no perdía el uso de lo consagrado, pero irrevocable, porque hubiese sido sacrílego desprenderse de ello a favor de otro que no fuese Dios.

Que este flagrante abuso del sentimiento religioso no era letra muerta, resultaba evidente de las discusiones habidas entre los rabinos. Rabbi Eliecer (hacia el 90 después de Jesucristo), conocido por sus singulares opiniones, hubiese deseado hallar un subterfugio para anular los votos impíos. Nada pudo hacer, porque la Ley, respecto a la validez del voto, era formal, lo cual se entendía incluso de los votos inmorales. Al fin, sin embargo, se admitió que un doctor pudiese dispensar los votos. Aunque los doctores contemporáneos no eran responsables de haber inventado o proclamado aquel subterfugio, cosa que Jesús no les echa en cara, atestiguando la validez de un voto tan contrario a la religión como a la humanidad, no permitían al mal hijo hacer cosa alguna a favor de su padre o de su madre, aun cuando se arrepintiese de lo hecho. Todo esto era, en suma, dejar a un lado el mandamiento de Dios, por pegarse a tradiciones inventadas y sostenidas por los hombres.

Expuestos claramente estos principios, dejó Jesús libres a los fariseos para que calificasen el valor de sus escrúpulos de pureza legal antes de comer.

Quiso, sin embargo, orientar hacia una solución a lo que de entre la multitud estaban bien dispuestos a escucharle. Opuso como en un enigma lo que entra y sale en el hombre. Según la situación que hizo nacer el debate, lo que entra es el alimento, que de suyo no tiene cualidad alguna moral; lo que sale son las acciones, que son buenas o malas. La Ley, es verdad, había catalogado los alimentos impuros y Jesús se abstenía de comer de ellos. Daba, pues, a entender que los alimentos puros según la Ley –de los otros no se trataba ahora– no podían manchar el alma, aunque se los tocara sin antes haber lavado las manos.

La fidelidad a la Ley no era asunto de discusión, y mejor que nadie lo sabían los doctores; pero sus tradiciones eran denunciadas al pueblo

como alteraciones de esta Ley. Ellos, al contrario, las miraban con cariño y las consideraban como la salvaguardia y valla protectora de la Ley, y estaban orgullosos de aquella obra maestra que tantas vigilias y talentos habían costado. Marcharon, pues, muy descontentos y afectaron haberse escandalizado. Los apóstoles se apenaron sin duda de ello: ¡incurrir en la reprobación de tales maestros! Seguramente que no habrían intentado defenderse. Jesús les dijo: «Dejadles; son guías ciegos, y si un ciego guía a otro, ambos caen en el hoyo». Un niño que ve bien, jugando, guía a un ciego. Pero si dos ciegos abandonados de todos se deciden a meterse entre la multitud ayudándose mutuamente, ¡cuántas precauciones y cuántos tanteos! Los escribas son ciegos que creen gozar de muy buena vista y van sin reparar al precipicio, arrastrando consigo las masas dóciles a su autoridad.

Aquietados con esto, los discípulos, o más bien san Pedro en nombre de todos, tan pronto como se alejaron y entraron en una casa, probablemente a aquella en que Jesús se retiraba en Cafarnaún, pidió a Jesús que les explicara el sentido de la parábola. A solas ya con ellos, se explica con una energía realista, que no es ordinaria y de la cual san Marcos ha conservado los términos. El corazón del hombre es aquí lo único importante, no puede mancharse con los alimentos. Un filósofo habría dicho: siendo el hombre, ante todo, razón y voluntad, no puede ser manchado por los alimentos materiales, que ningún contacto tienen con lo que en él hay de espiritual. Es manifiesto lo que significa la palabra corazón entre los hebreos. No se trata aquí de la acción propia del corazón. El corazón es aquí la facultad del hombre de amar a Dios y de conservarse puro delante de Él. Lo que entra en el hombre nada tiene que ver con el corazón; eso va a los intestinos y de allí al excusado.

Con esto queda resuelta una gran cuestión de principio. La Ley de Moisés había consagrado las costumbres tradicionales en Israel y, aprobando Dios aquellas costumbres, tenían fuerza de ley divina. Pero ella no había denegado con la aplicación de sus reglamentos un principio evidente para el sentido común: la elección de los alimentos en sí no liga la conciencia. Los apóstoles comprendieron más tarde la inmensa trascendencia de tan evidente principio, y san Marcos exclama: «Esto era declarar puros todos los alimentos». La ley positiva, empero, no estaba abrogada con esto; se la ponía solamente en su rango de ley positiva, dada tal vez para un tiempo determinado. Lo esencial desde aquel momento era no desconocer lo que Dios exigía al

hombre. Él jamás había prescrito esos extremos de limpieza exterior, que confundían con la pureza del alma. En el corazón es donde reside esta pureza; de él salen los malos pensamientos, raíz de todos los vicios, que comprometen verdaderamente la pureza del cuerpo, los que van contra Dios, como las blasfemias, o hacen daño al prójimo, como el robo y el asesinato.

JESÚS ATIENDE LA ORACIÓN DE UNA EXTRANJERA
(Mc 7, 24-30; Mt 15, 21-28)[12]

A su vuelta de Jerusalén, parece que fue en Cafarnaún donde Jesús se detuvo más tiempo. Lo vemos ahora dirigirse hacia el nordeste, penetrar en el territorio de Tiro, dirigiéndose al norte hasta Sidón. Pero muy pronto vuelve hacia el Lago, entrando en los estados de Filipo, en Betsaida y en Cesarea. Cuáles fueron sus designios no nos lo declaran los evangelistas. Si hubiera sido para librarse de una persecución iniciada por la policía de Herodes Antipas, no hubiese pasado por sus dominios. No se ve que tuviera intención de ir a predicar fuera de las ciudades de Israel, pues no se dirigió a los gentiles. Más bien se propuso, con estas frecuentes salidas, y alejándose de las cercanías del Tiberíades, donde Herodes de ordinario moraba, no reavivar sus inquietudes. Se le veía ir de un lado a otro, se le pedían milagros y se agrupaban con apremio para oírle: así no se creaba un centro permanente de agitación. Acompañándose de sus discípulos, apartados de sus ordinarias ocupaciones y de sus familias, lejos, en cuanto era posible, de las disputas de los fariseos, Jesús los tenía siempre a su lado para formar sus corazones.

Habiendo entrado en el territorio de Tiro, a pesar de sus deseos de soledad, fue reconocido. Una mujer se echó a sus pies suplicándole que librase a su hija poseída por un demonio impuro. Al igual que los judíos, creían los paganos en la esclavitud de un hombre por otro más fuerte, y ellos fueron los que crearon la palabra demonio para designar a seres inferiores a los dioses, pero superiores a los hombres y con malas intenciones hacia ellos, pues los vejaban de mil modos y los

---

[12] San Lucas no relata este episodio, pues algunos gentiles pudieran resentirse, aunque sin motivo, imaginándose que los perros era alegoría con que se les designaba. San Mateo declaró lo que en san Marcos es algo abrupto.

arrastraban a cometer malas acciones. Esta pagana es llamada por san Marcos «sirofenicia», porque la antigua Fenicia se había convertido en una parte de la provincia romana de Siria. San Mateo la llama cananea, del antiguo nombre que los israelitas daban a los habitantes del país, algo así como si a los franceses se les llamase *galos*.

Jesús no le concede la gracia solicitada, porque aún no había llegado la hora de los gentiles: «Deja primero hartarse a los hijos, porque no es bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los cachorros».

Estando tan cerca el país de Israel, nadie ignoraba las pretensiones de los judíos. Esta mujer sabía muy bien cuántos milagros había hecho Jesús a favor de ellos. La respuesta no fe ningún enigma para ella; era una negativa. Pero ¿volvería alguna vez Jesús, después de haber terminado su misión, cerca de los suyos? Empeñosamente, pero sin enojo y llena de confianza, opone ella parábola a parábola: «¡Sin embargo, cuando no han acabado aún los hijos de comer, ya los perrillos comen ansiosos las migajas que caen de la mesa!» En esta réplica espiritual, escapada de un corazón ansioso, Jesús sólo ve la fe, que obtiene de Él milagros. Éste ya está hecho, Él lo afirma. La madre marcha llena de confianza: su hija estaba libre. Si Jesús dejaba que le arrebatasen esta migaja, ¿qué sería cuando invitase a los gentiles a su mesa?

CURACIÓN DE UN SORDO TARTAMUDO
(Mc 7, 31-37; Mt 15, 29-31)[13]

Continuando su excursión hacia el norte, llegó Jesús hasta Sidón, la metrópoli más antigua de las ciudades fenicias, menos opulenta que Tiro en sus días de gloria, pero siempre renaciente y próspera, con sus incomparables alrededores de jardines bien regados. Si el Salvador entró en la ciudad, no se detuvo en ella. Atravesando las colinas, muy elevadas ya, del sur del Líbano, se dirigió al sudeste, como para caer en el Lago; pero cortando los dominios de Herodes, pasando al Jordán superior, probablemente por el puente de las hijas de Jacob, llegó a la Decápolis. Este itinerario, aun si hacer paradas, exigía cierto tiempo: ¡tiempo precioso para los discípulos!

---

[13] El cuadro del conjunto de san Mateo sólo es una introducción a la segunda multiplicació de los panes. El relato de san Marcos no tiene propiamente paralelo.

En esta vasta extensión de las diez ciudades y no lejos del lago (Mc 8, 10), llevaron a Jesús un sordo tartamudo, rogándole que le impusiese las manos. Creían, pues, en el poder del Maestro, pero también pensaban que esta ceremonia tenía especial eficacia, de que no podía prescindir. Ya anteriormente había Jesús juzgado a propósito no seguir el procedimiento que se le sugería (Mc 5, 23-41), y como en la resurrección de la hija de Jairo, no admitió a las turbas presenciar el milagro. Toma a un lado al enfermo –le acompañaban los discípulos–, le metió sus dedos en los oídos y le puso de su propia saliva en la boca, y levantando los ojos al cielo y suspirando, dijo: *¡Ephphata!*, es decir, «¡Ábrete!»

Pudiera pensarse que este milagro exige de Él mayores esfuerzos. Pero ¿no ha curado Él de lejos al hijo del funcionario real? ¿Por qué, pues, esta vez quiso adaptar su acción al origen del mal tocando sus orejas y su lengua y poniendo en ella saliva, empleando la palabra y el mandato cuando acaba de librar a una joven posesa sin dar siquiera orden al demonio de que saliera?

Acaso con esto quiso dar a entender a sus discípulos que su santa humanidad contenía apropiado remedio para todos nuestros males. El milagro procede de su libre voluntad, cualquiera que sea el modo de manifestarse; pero hay verdaderamente en Él, como ya lo había probado en el caso de la hemorroisa, una virtud que coopera a la acción de Dios, primer autor del milagro.

Jesús pidió que se guardase silencio: no lo logró. Pocas veces el estupor del gozo había arrancado semejantes aclamaciones.

SEGUNDA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

(Mc 8, 1-10; Mt 15, 32-39)

Acababa de llegar Jesús cerca del lago de Tiberíades, y subiéndose a una colina, se sentó y curó a todos los enfermos que le trajeron. Estalló una nueva explosión del sentimiento religioso, y a la vista de tantos milagros se elevó a la gloria del Dios de Israel un concierto de alabanzas (Mt 15, 31)[14].

---

[14] Después del episodio de la Cananea, no hay que esperar numerosas curaciones hechas entre los paganos, que glorificaban al Dios de Israel como a un Dios

Aconteció entonces lo que se podía esperar de la bondad de Jesús. Tres días llevaba allí aquella multitud; sin cesar llegaban nuevos enfermos; con las curaciones, el público aumentaba. Lo inaudito del espectáculo los hacía olvidarse de todo. Después de premiar su fe con estos milagros, Jesús tuvo compasión de tanta gente, que no tenía nada que comer y no quiso despedirla en ayunas, pues algunos habían venido de lejos y estaban expuestos a desfallecer en el camino. Era la época de los grandes calores, tan aplastantes en aquel hoyo rodeado de montañas. Los apóstoles esta vez tenían siete panes y algunos peces: pequeña provisión, que apenas bastaba para ellos. Jesús tomó los panes, y habiendo dado gracias, los partió y mandó a los discípulos que los distribuyeran. Lo mismo hizo con los peces. Eran como cuatro mil los que comieron y se hartaron, y se recogieron siete banastas[15] con los pedazos que sobraron.

La multitud oyó sin disgusto la despedida. Estaban poco más o menos en el mismo lugar que cuando la primera multiplicación, cerca de la ribera, porque muy pronto Jesús subió a una barca con sus discípulos.

Fue, dice san Marcos, a la región de Dalmanuta. San Mateo indica la región de Magadan[16]. Los dos nombres son desconocidos. Se dirigía hacia la ribera occidental, pues encontraremos allí a los fariseos.

NEGATIVA DE UN SIGNO DEL CIELO
(Mc 8, 11-13; Mt 16, 1-4)[17]

Apenas Jesús y sus discípulos habían saltado a tierra cuando ya los fariseos de la cercana ciudad fueron a su encuentro. Mal dispuestos

---

extranjero. Son judíos los que hablan. En los estados de Filipo, sobre todo al norte del lago, con seguridad estaban en mayoría.

[15] Las banastas de que se servían para llevar los alimentos eran más grandes que los cestos dedicados a las faenas de la tierra.

[16] Los dos evangelistas están de acuerdo en no señalar con precisión un pueblo, sino la región que pertenece a una ciudad. El nombre de san Marcos parece la repetición en siríaco de εἰς πά μέρη. El de san Mateo, leído por Eusebio: Μαγεδαυ equivale, según él, a Magedane, en los alrededores de Gerasa. La lectura de Magdala en san Mateo parece una asimilación de un nombre conocido.

[17] Seguimos a san Marcos. El texto de san Mateo es compuesto. Véanse Lc 12, 54-56; Mt 12, 38-42, que más tarde encontraremos. Es muy natural que con frecuencia le hayan pedido a Jesús una señal.

siempre, pues iban a disputar, y poco satisfechos, sin duda, del giro que tomaba la conversación, cortaron por lo sano pidiendo una señal al cielo. El Mesías, seguramente debía dar pruebas de su misión divina, pero Jesús no había cesado de suministrarlas con sus milagros. Que no hubiesen sido presentados como tales, al modo de los falsos mesías que prometían prodigios, como dividir las aguas del Jordán, a condición solamente de que se accediese a seguirlos, y que las curaciones hubiesen sido indicio tanto de la bondad como del poder, esto en nada disminuía el valor divino de las señales. La elección de tales señales pertenecía a Dios. Los fariseos quieren salir con la suya, y prefieren una señal extraordinaria del cielo. Esta obstinación en seguir su propio parecer arranca a Jesús un suspiro. Decididamente sus contemporáneos, que son también sus hermanos, esta generación que al mismo tiempo es su raza, no quiere rendirse sin haber recibido una señal por ellos acordada. Tal señal no les será concedida. Jesús marcha hacia la otra orilla del Lago, adonde los fariseos no irían en su persecución.

CÓMO JESÚS INSTRUÍA A SUS DISCÍPULOS
(Mc 8, 14-21; Mt 16, 5-12)

La marcha de Jesús había sido violenta. Los fariseos habían ido a entrevistarlo cerca de la ribera, y los discípulos no se habían cuidado de ir a la ciudad a comprar pan. Ya bogando, se acuerdan, pero era demasiado tarde. No tenían más que un pan, es decir, una torta delgada, que habían dejado en la barca. Muchas veces los discípulos habían hecho una ligera comida en la barca comiendo pan y pescado o aceitunas, y apagando la sed con agua del Lago.

Jesús estaba aún bajo la penosa impresión de la tristeza. En la ribera que veían huir tenían los fariseos trato con la pequeña corte de Herodes. Habían ido a ponerle dificultades, y tal vez el vivo deseo mostrado de una señal del cielo les había sido sugerida por cortesanos de espíritu ligero, poco atentos a las cosas del alma, pero amantes de novedades y satisfechos de sí mismos para ser testigos de un prodigio portentoso. El Maestro se preocupa de poner en guardia a sus discípulos contra el peligro de semejante espíritu. Lo compara a la levadura destinada a fermentar la harina, fermentación que pasaba ya con razón por una corrupción de sus elementos. Así es como los malos pensamientos, depositados en el corazón, alteran y pervierten la sencillez. La

gente de Herodes, como su señor, sólo piensan en los placeres del mundo, mendigando su favor como él mendigaba el de Tiberio. Predicaban los fariseos la virtud, pero la sobrecargaban con tantas prácticas, que impedían el movimiento libre del alma hacia Dios, aun en la suposición de que todo aquel celo fuera sincero. Jesús, pensando con solicitud amorosa en sus discípulos para llamarles la atención con una frase enigmática, rompe el silencio y grita: «¡Mirad, guardaos del fermento de los fariseos y del fermento de Herodes!»

Sólo Jesús tiene puesto todo su corazón en el negocio de las almas: los discípulos, a pesar de estar tan cerca de Él y ser testigos de su vida y oyentes asiduos de su palabra, viven como en una atmósfera diferente. Las mismas palabras tienen diferente sentido para Él que para sus discípulos. Piensan en el pan que los alimenta, y este recuerdo les trajo, sin duda, a la memoria su negligencia, pues Jesús les tenía confiada la provisión de las cosas necesarias. De pronto disputan entre sí, y es de suponer que sería sobre quién había sido el culpable de aquel olvido. A Jesús le aflige esto. ¡Y qué cerrados estaban para las verdades espirituales! También ellos tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, y su corazón está endurecido. Sin embargo, lo han visto todo, ningún pormenor se les ha pasado por alto: su memoria les ha sido fiel. Cuando Jesús les pregunta: «¿Cuántas banastas de pan sobraron en la primera multiplicación?», responden si titubear: «Doce». «¿Y en la segunda?» «Siete». Nada olvidan, pero no desentrañan el sentido de las cosas. Todo lo que Jesús hace y dice tiene trascendencia moral y sentido religioso, es un llamamiento para levantar el espíritu hacia Dios, en vez de dejarse arrastrar por los cuidados de la tierra. En modo alguno les promete renovar el milagro de la multiplicación de los panes en su favor para reparar sus negligencias. Pero ya que no piensan más que en los panes, cuando les habla de la misteriosa levadura, deberían recordarles los insignes milagros de que tan altas lecciones había sacado. Que entiendan, pues, también en sentido espiritual lo que les ha dicho de la levadura, de que ellos se debían guardar. Y, en efecto, reflexionan y comprenden que su Maestro ha querido inmunizarles contra la corrupción del espíritu[18]. En adelante, más atentos a los prodigios obrados en presencia de ellos, aprendieron a interpretarlos como señales en que debían creer.

---

[18] Esta especial conclusión la deduce sólo san Mateo, y ella cierra el episodio como lo habían comenzado.

Nadie podrá echar en cara a san Marcos el haber disculpado a los apóstoles, pues no faltan quienes piensan que por cálculo los desprecia. Es ir demasiado lejos: su actitud es la más natural. Unas línea más abajo, y nos encontramos con la confesión de san Pedro. Sus disposiciones en nada han cambiado con la admonición hecha, por fuerte que haya sido. No dudaban los discípulos de su Maestro, tenían fe en Él, le eran fieles; pero se dejaban llevar de sus preocupaciones de todos los días, y el celo por el reino de Dios no los dominaba por entero. ¿Quién se atrevería a vituperarlos? Una voluntad lenta supone una inteligencia roma. Hombres de pueblo, viviendo de su trabajo, absortos por entero en la cotidiana preocupación del vivir, no era fácil que se despojasen de este cuidado. Jesús los tomó como estaban y los fue habituando a vivir de más altos pensamientos. En ocasiones los reprende, pero con qué acento y energía lo sabemos por el Evangelio. Severo en sus admoniciones con sus adversarios, lo es también con los suyos. Nada de idilios, sino más bien escuela austera de perfección. Allí sólo se siente un amor profundo, exigente, pero tiernamente paternal.

EL CIEGO DE BETSAIDA
(Mc 8, 22-26)

Volvieron cerca de Betsaida, a la región en donde se había efectuado la multiplicación de los panes. El cruce del Lago parece que no dio ningún resultado. Seguramente los evangelistas no lo han contado todo, pero esta impresión al menos deja el relato de san Marcos, que es el más detallado. Lejos nosotros de escandalizarnos de esto; debemos reconocer aquí un rasgo esencial, una ley de la Encarnación. Jesús claramente dejó ver a Satán, que le tentaba, que se atendría a la voluntad de Dios, sin violentar la naturaleza en beneficio suyo. Le mandaba cuando los acontecimientos parecían exigir su intervención: se conformaba más frecuentemente con sus indicaciones, que eran como indicios, de la voluntad de su Padre. Al ser mal recibidos en la ribera occidental, marcha a la oriental, después vuelve a tomar la dirección del norte y entra en Betsaida. Allí era conocido y no había fariseos que lo alejaran de la multitud. Le ruegan que cure a un ciego tocándole. Accede Jesús, pero procede con más misterio que de costumbre. Acababa de rehusar dar una señal del cielo en presencia de sus discípulos. Acaso le contuviese no querer llamar la atención desde el pri-

mer momento, excitando el entusiasmo popular, por considerarlo como prueba de mesianismo (Is 35, 5). Toma, pues, al ciego de la mano, lo saca fuera del pueblo, le echa saliva en los ojos, le impone las manos y le pregunta si ve, como si no estuviera seguro de la eficacia de su medicina. El hombre responde: «Veo a los hombres semejantes a árboles que se mueven». Entonces Jesús pone sus manos sobre los ojos, y el ciego empezó a ver distintamente todas las cosas, y le mandó que se fuese a su casa sin pasar por el pueblo.

Así el público no se daba cuenta del milagro y pasaba casi inadvertido para los apóstoles, bajo las apariencias de un progreso lento y de la acción natural de la saliva, que era reputada como provechosa para las enfermedades de la vista, con tal de que el que escupía estuviese en ayunas[19]. El milagro era innegable, y san Marcos nos lo contó seguramente para explicar la confesión de Pedro. Era un prodigio hecho por Jesús y debía, como todos los otros suyos, encerrar alguna enseñanza. La luz creciente es el símbolo natural del progreso de la inteligencia. Si el ciego fue recobrando la vista gradualmente, ¿sería de extrañar que las lecciones de Cristo no hubieran penetrado sino paulatinamente en el entendimiento de sus discípulos? Ya llegaría el momento en que viesen con claridad, y entonces comprenderían también lo sabio de aquella lenta preparación. San Marcos, que ha insistido más que los otros evangelistas sobre la falta de comprensión de los apóstoles, quiso mostrar por este milagro que la pedagogía de Cristo estaba figurada por esta curación de la vista. Todo en Él era armonía, condescendencia suave, pero también eficacia poderosa para conseguir sus fines.

CONFESIÓN DE SAN PEDRO Y PROMESA DE CRISTO
(Lc 9, 18-21; Mc 8, 27-30; Mt 16, 13-20)

Llegó el día en que Jesús, en cumplimiento de los designios de su Padre, había decidido poner en plena luz sus relaciones con sus discípulos. Éstos le seguían, eran fervorosos partidarios suyos y le amaban tiernamente; lo tenían por profeta poderoso en obras y palabras, por Hijo del hombre y por Hijo de Dios. Todo lo que en Él se observaba

[19] Talmud de Jerusalén, *Chabbat*, XIV[d], ob.

eran indicios manifiestos de que era el Mesías. Pero ¿cómo respondían sus acciones a su misión? ¿Entraría pronto por el verdadero camino? ¿Cuál sería éste? ¿Cuál sería la misión de ellos mismos? Si desdeñaba el título de Mesías, que otros le daban, ¿consentiría que ellos le nombraran como tal? Pudiera creerse que, a pesar de haber entre Él y ellos relaciones tan íntimas y tan afectuosas, una nube separaba sus almas. Jesús va a intentar que se le franqueen, y va al mismo tiempo a abrirles su corazón, y logrado ya un acuerdo inquebrantable sobre este punto de que Él es el verdadero Mesías anunciado por las Escrituras, les revelará lo que Dios espera de su Mesías, la muerte que le ha señalado, la gloria que le está reservada y también lo que se exige a los que han decidido seguirle.

Son éstos los momentos escogidos en que aparecerá la verdadera naturaleza del Mesianismo, es decir, el espíritu del Cristianismo. Ya que Jesús debe morir antes de entrar en su gloria, debe proveer para los días que seguirán a su muerte, y fijar las líneas de su obra, divulgando su designio de fundar una sociedad de la cual Pedro sería su jefe. No se levantaban todos los velos del porvenir, el porvenir tiene siempre sombras, pero se entrevé una magnífica visión sobre la humanidad organizada, persiguiendo un nuevo ideal.

Caminando hacia el norte, habían llegado a los alrededores de Cesarea de Filipo, situada en los extremos del país de Israel, cerca de una de las fuentes del Jordán, peor en tierra que se había hecho pagana. La fuente del río sagrado estaba consagrada por un templo al dios Pan, de donde su nombre Banias, que aún conserva este encantador lugar. Cesarea recordaba al emperador cuyo culto muy pronto iba a dominar a todos los otros: se la denominaba Cesarea de Filipo porque el tetrarca semipagano había edificado la ciudad en honor de César Augusto. No llegaba hasta allí la dura protesta de los fariseos, que, teniendo por centro a Jerusalén, perseguían a Jesús hasta en Galilea. Las muchedumbres no obstruían los caminos; los discípulos, sabiendo que su Maestro no predicaría el reino de Dios a los paganos, se preguntaban el motivo de esta correría en medio de un país muy poblado, pero en donde ellos vivían más aislados que en el desierto. Después de orar, como invitando a sus discípulos al recogimiento y para grabar mejor el carácter divino de lo que iba a hacer, en un apartado (Lc 9, 18) del camino (Mc 8, 27), lejos aún de la ciudad, Jesús le pone en ocasión de que abran su pecho confiándole todo su sentir. Para facilitárselo les

pregunta primero qué piensan otros de él. Ellos responden: «Unos te tienen por Juan Bautista; otros, por Elías; otros, por Jeremías o por alguno de los grandes profetas». ¡Singulares conjeturas! La vida de Jesús estaba señalada por tantos milagros, que nadie lo tenía por un hombre ordinario. Agotada la savia de los grandes profetas con la muerte de Juan Bautista, no era de creer que en aquellos tristes días apareciese un nuevo profeta. Los ojos estaban puestos en el Mesías. Los más instruidos sabían que sería precedido y ungido por Elías. Jesús –que por lo que hasta allí se había visto no se manifestaba como el Mesías– podía ser Elías, su precursor. Otros atribuían esta misión a Jeremías o a cualquiera otro de los grandes profetas: era lo único que se sabía. En fin, la oscura muerte de Juan no podía ser ningún obstáculo insuperable a los evidentes designios de Dios. Juan resucitado empezaba ya su obra, y se daría claramente a conocer.

«Pero vosotros, insistió Jesús, ¿quién decís que soy yo?» Respondió Pedro: «¡Tú eres el Mesías!»[20].

Todos habían sido consultados, Pedro respondió en nombre de todos, aunque sin tiempo para conocer sus pareceres. Sea que le fuese bien conocido su modo de pensar, sea por su carácter ardiente e irreflexivo, afirmó sin titubeos lo que le dictó su fe y su amor. Jesús, pues, era el Mesías anunciado y esperado: era lo que creía Pedro con toda su alma.

El relato de san Marcos nos dice más al igual que san Lucas, que, según su costumbre, lo siguió, pero se nota que está sin terminar. ¿Cómo se puede pensar que Jesús, después de haber preguntado a sus discípulos sobre lo que otros y ellos opinaban de Él, no les dijese a su vez lo que en realidad era? No preguntó ciertamente por saber, sino para instruir. Recomendarles que nada dijesen, lo mismo podría tomarse por desaprobación que por plena conformidad. Acaso san Marcos no quiso decir más, porque Pedro, según costumbre, no quisiera verse honrado por la suprema felicitación que Jesús le había dirigido.

La respuesta exigida por las circunstancias se halla en san Mateo y se adapta a la terminante confesión de Pedro. Pedro había dicho: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo». Era lo propio.

Después de la primera multiplicación de los panes, Jesús había hablado de su persona. Había rechazado el título real porque otro le convenía mejor, el de Hijo de Dios bajado del cielo. Y cuando casi todos se escandalizaban, Pedro, en nombre de los Doce, confesó que

---

[20] Los tres sinópticos, con los mismos términos.

Jesús es el santo de Dios. Sólo san Juan ha contado los hechos y son precisamente la explicación de la segunda confesión de Pedro, más madura y más precisa, porque había recibido interiores luces. Además, los tres Evangelios sinópticos habían puesto el problema de conciencia sobre el Hijo de Dios, en las confesiones obligadas de los demonios (Mt 8, 29; Mc 3, 11; 5, 7; Lc 4, 41; 8, 28) o en la admiración de los hombres delante de un gran prodigio (ibíd. 14, 33). En este punto capital, la posición de Pedro es más clara y segura que ninguna otra, porque no solamente dice, como los testigos de la tempestad, calmada: «Verdaderamente eres un Hijo de Dios», sino: «Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo», mostrando así que ha comprendido el alcance de aquella palabra de Jesús: «Como mi Padre viviente me ha enviado» (Jn 6, 57).

Cuando Jesús se declaró Hijo de Dios en presencia de sus jueces, el gran sacerdote rasgó escandalizado sus vestiduras. Si Él realmente no lo fuese, debió manifestar una piadosa indignación a oír las atrevidas palabras de Pedro. De cualquier manera, debía responder.

Nosotros tenemos su respuesta, que aún resuena de día en día y de siglo en siglo ¿Por qué no anunciar el cumplimiento de aquella profecía y ver claramente su realización en la historia?

Saludado como Hijo de Dios, Jesús nombra también al padre de su interlocutor, haciendo inmortal el nombre de Jonás. Simón, hijo de Jonás, no ha aprendido de su padre ni de pariente alguno según la carne y la sangre la verdad que acaba de afirmar; fue el amor a Jesús lo que le introdujo en la amistad del Padre celestial, el cual se la había revelado. Jesús, pues, confirma, en nombre de su Padre, lo que Simón ha dicho de su persona. Ahora dirá Él a su vez lo que piensa de su discípulo. Antes de escoger a Jesús por su Maestro, se llamaba Simón, pero Jesús ya había manifestado (Jn 1, 42) su voluntad de llamarle *Cefas*, palabra aramea que significa piedra. No se sabe si este vocablo ya había sido usado como nombre propio, o si Jesús lo creó para expresar su designio. Apoyándose en esta significación declara: «Y yo te digo que tú eres Pedro *(Kepha)* y sobre esta piedra *(Kepha)* edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Contra ella, es decir, contra la Iglesia, palabra que no podemos pronunciar sin investirla de una grandeza inconmensurable, aunque entonces no afirmaba la extensión inmensa de los congregados que debían seguir a Cristo. Restringida o universal, esta comunidad fue comparada a un edificio levantado sobre roca. La roca era aquel que había publicado el misterio de la filiación divina de Jesús: Pedro, pues,

sería el fundamento, el órgano de la verdad revelada. Frente a este edificio se veían las puertas de otra ciudadela guarnecida de torres y convertida en baluarte de una potencia enemiga. Estas puertas[21] son las del Hades, nombre tomado del paganismo para designar la estancia de los muertos, y empleada por los judíos para señalar el lugar de suplicio de los condenados. El reino, pues, de Satanás se levantaría contra el reino terrestre de Cristo, sin poder jamás vencerle ni siquiera conmover la base sobre la que está edificado.

Pedro sería el jefe espiritual del reino: su maestro de la verdad. Otro símbolo indica también el carácter universal de su poder. El jefe del reino terrestre de Cristo recibirá de él las llaves que todos los amos de la casa confían siempre al mayordomo fiel durante su ausencia. Y porque el reino de la tierra sólo se funda en orden al reino de los cielos, las decisiones tomadas por Pedro en la tierra serán ratificadas en el cielo. Lo que él ate en la tierra será atado en el cielo, y lo que desate en la tierra, quedará desatado en el cielo. Atar y desatar son como dos extremos que abarcan todos los actos de la administración de aquel que tiene las llaves de este reino, comenzando acá abajo y consumado allá arriba, delante de Dios.

Esto fue lo dicho a Simón-Pedro; Jesús no dijo: «Yo te doy este poder a ti y a tus sucesores». Hubiera sido necesario explicar el modo de ser de los sucesores, y Jesús no quería dar noticia alguna que sirviera de indicio de la duración del reino por Él fundado. El historiador, que da a las palabras su justo valor, se guarda mucho de adelantar el sentido de ellas; concede de buen grado a todas las confesiones protestantes, que la promesa no nombra más que a Pedro, pero no sin exigir que reconozcan sinceramente que Jesús se dirigía muy a las claras a él y que no se trata de un juego de palabras. Jesús no ha acudido a un equívoco interpelando a Pedro para decirle: «Cosa singular es que te llames Pedro, pues yo edificaré mi Iglesia sobre una Piedra, y esa piedra soy yo mismo». No, es sobre Pedro sobre quien es edificada la Iglesia, es decir, que Pedro es el jefe de ella. Así lo entendió Pedro, y los apóstoles respetaron su autoridad. Fue a Roma, allí padeció el martirio y allí está levantada su tumba. La Iglesia le sobrevivía. ¿No tendría ya jefe? Sí, otro ocupó el puesto de Pedro como pastor del rebaño

---

[21] Decíamos hace poco aun «la sublime Puerta», tomado de un gran *vestíbulo* por el cual se entraba en los despachos del Gran Visir, en Constantinopla.

romano, y heredó su poder sobre el rebaño. Pero, entonces, preguntemos una vez más: la Iglesia, que tenía el sentimiento tan fuertemente inculcado por san Pablo, de ser una, de ser el cuerpo de Cristo, ¿no tendrá fundamento alguno? Cristo designó a Pedro como el fundamento de ella; el edificio subsistía, los mismos adversarios lucharán en su contra; se mantendrá firme, merced a la roca sobre la que está edificada. Era siempre Pedro quien se sostuvo, pero no Pedro en persona, era su oficio delegado a aquel que ocupara su puesto. La promesa de Cristo no podrá quedar incumplida: su objeto está señalado por el hecho de la sucesión. Aunque en términos encubiertos, aparece evidente cuando las realidades obligaron a revelar toda la verdad en ella encerrada.

Tan evidente es esto, que numerosos críticos, los más independientes, pretenden que la misma Iglesia romana compuso esas líneas que han sido su credencial en todos los siglos.

Es bien sabido que no ejerció su derecho sin que le saliesen al camino sus enemigos. Cuando el Papa Víctor impuso su voluntad en la cuestión de los cuartodecímanos, se opuso el obispo de Éfeso. Si el dichoso texto hubiera sido recientemente redactado, ¿habría nada más sencillo que publicar la impostura?[22]

Por otra parte, en los cuatro Evangelios no hay pasaje más claramente arameo por sus términos, por sus metáforas y por su construcción. Por eso se ha acudido a últimas fechas a atribuir su redacción algún judío cristiano para sostener las pretensiones de Pedro en Palestina. Pero el haber prevalecido estas pretensiones, ¿no será porque sencillamente se apoya en la palabra auténtica de Cristo? Cuanto más nos acercamos a su origen, resulta más fácil la explicación de los hechos. Después de la resurrección, Pedro toma el gobierno de todo. En el Evangelio figura ya como jefe. Esto no podía ser a espaldas de Jesús; y si era Él verdaderamente el jefe, debió explicarlo. Y lo explicó en términos grandemente honrosos para Pedro, mirando al porvenir, a un porvenir entonces velado, pero su palabra domina aún con claridad cada día más intensa y una fuerza que crece en eficacia.

---

[22] Escrito en favor de la Iglesia romana en el siglo II, el texto hubiera hecho alusión a los sucesores de Pedro. El hecho romano es más bien quien ha desprendido el sentido profundo de los términos. Este sentido fue auténticamente expuesto en toda su plenitud por el Concilio Vaticano I.

PRIMER ANUNCIO DE LA PASIÓN Y DE LA RESURRECCIÓN

(Lc 9, 22; Mc 8, 31-33; Mt 16, 21-23)

Había transcurrido más de un año, más de la mitad del tiempo destinado al ministerio, antes que Jesús recogiese y confirmase la fe de los apóstoles en su carácter de Mesías, de enviado de Dios e Hijo de Dios. Los galileos le hubieran aclamado como Mesías si se hubiera puesto al frente de ellos como jefe; pero rehusaron creer en un Mesías espiritual. Este término podía desorientar, y Jesús impuso silencio sobre este objeto a los suyos. Se ve claramente que ellos mismos ignoraban a qué abatimientos había de descender antes de ser glorificado. Desde luego creían fielmente en esta gloria; y había llegado la hora de arrancarles sus últimas ilusiones sobre los triunfos terrestres del Mesías. A esto se dedicó Jesús desde entonces. No había de transcurrir un año sin que la Pasión llegase, y los discípulos estaban en peligro de sucumbir ante un escándalo que, aun prevenidos, no supieron evitar. Aunque reconocido su Maestro como Hijo de Dios, era igualmente hijo del hombre, destinado a sufrir. ¿Se levantaría, tal vez, Israel en armas para salvarle? No, porque sería rechazado por los ancianos del pueblo y por sus sacerdotes y entregado a la muerte. ¿Qué se hará, pues, de la gloria del Mesías? Él resucitará al tercer día.

Tan dichosa salida no satisface al corazón de Pedro, ofuscado por la claridad de este discurso. Tanto más desconcertado cuanto que él sólo había expresado con más seguridad su fe, no ajena de cierta presunción, que era el punto flaco de su carácter decidido. Se cree con derecho a oponerse a su Maestro y aun a reprenderle: «No consiento esto, Señor, no será así» (Mt 16, 22). Pedro, hace poco tan esclarecido por el Padre, es ahora un triste eco de vulgares aspiraciones humanas. No tardó tampoco esta vez en venir la respuesta, y tan viva en el reproche como calurosa había sido en la aprobación. «Quítate delante de mí, Satanás: me eres escándalo». Sin embargo, hay que decir: ¡Dichoso Pedro, pues era tan fuertemente amado!

LA SALVACIÓN EXIGE EL SEGUIMIENTO DE JESÚS

(Lc 9, 23-26; Mc 8, 34-38; Mt 16, 24-27)

Pedro, en verdad, no podía ser para Jesús objeto de escándalo, es decir, no podía apartar a Jesús de que aceptase la pasión dolorosa,

impuesta por su Padre. Más bien era Jesús quien iba a ponerse como signo de contradicción, piedra de escándalo para las dos casas de Israel, de que había hablado el profeta Isaías (8, 14)[23]. Entre la multitud había almas atraídas por sus palabras y su bondad, pero ¿en qué condiciones se aprestaban a seguirle? Había que desvanecer todo equívoco, sobre todo en aquellos que eran ya discípulos suyos. Jesús pronunció, pues, unas palabras que oponen tan fuertemente la existencia de acá abajo a la de allá arriba, que obligan al hombre a escoger la renuncia del mundo, de la propia vida si fuera necesario, de sí mismo, para no ser rechazado por el Hijo del hombre cuando venga con su gloria. Ésta es, en pocas palabras, la subida del alma hacia la más alta perfección, acompañada de la firmeza necesaria para salvarse. Discurriendo sobre este tema, el escritor cuidadoso de ordenarlo todo a un fin determinado hubiese comenzado por lo que está aquí al terminar el discurso. El fin propuesto es no ser rechazado por quien pronuncia la sentencia sobre nuestra salvación; porque la salvación es lo único importante, ya que el mundo entero no vale la salvación de un alma. Preciso, por tanto, es salvarla, aun a riesgo de la vida, y para esto hay que seguir a Aquel que decide su destino.

En los labios de Jesús, el pensamiento sigue otro derrotero o más bien va sembrando en los surcos abiertos. Se presenta Él, y hombres bien dispuestos se declaran prontos a seguirle. Pero deben entonces renunciar a sus propias utilidades y deben estar resueltos a llevar su cruz, como los condenados a muerte. ¡Extraña paradoja! Por anticipado deben ellos hacer el sacrificio de su propia vida. Perder la vida es, como ahora decimos, rendir el alma[24]; pero cuando la vida es ofrecida por Jesús y su Evangelio, el alma inmortal está salvada. Es tal el precio del alma, que el hombre que la hubiese perdido nada podría dar en cambio para recobrarla; ni el mundo entero, dado que estuviera en nuestra mano, bastaría. Entonces, descorriendo Jesús el velo del porvenir, muestra al Hijo del hombre viniendo con sus santos ángeles en la gloria de su Padre; y a los que se hubieran avergonzado de Él y de sus palabras, que serán todos los que se escandalizaron de sus humillaciones y de su fracaso, no los reconocerá por suyos[25].

---

[23] Ver *Scandale de Jésus*, por el R. P. Allo.

[24] Este sentido está en Littré.

[25] Mc y Lc. San Mateo lo ha generalizado: Jesús dará a cada uno según sus obras.

En adelante deben saber quién es Jesús y lo que ellos deben ser. Él es el Mesías, investido de poder de juzgar, cosa que los judíos no concedían de ordinario al Rey futuro, por ser función reservada a Dios; pero es un Mesías sujeto al dolor, a quien es preciso seguir en su vía dolorosa.

En realidad, ¿en qué medida obligaría la renuncia de uno mismo? Jesús no lo dijo. Lo esencial es que estemos en disposición de no excluir ningún sacrificio, ni el de la vida, y tengamos la resolución de seguir realmente a Jesús, sin avergonzarnos ni de su persona ni de su doctrina.

El Evangelio del reino de Dios se condensa en lo que es necesario creer de Jesús y en la práctica de los deberes de sus fieles para con Él.

Su persona es la novedad de esta doctrina. Era ya familiar a los judíos la distinción entre el mundo presente y el porvenir, y el libro de la Sabiduría había dicho ya a precio de qué tormentos el justo despreciado llegaría a la vida según Dios (Sb 2). Jesús añade otra condición a los que se han de salvar: el seguimiento de él. Mantiene en todo y por todo cuanto ha dicho del reino de Dios sobre la tierra, cuya perpetuidad acaba de establecer, pero indica, además, la relación estrecha de su persona con este reinado y con el reino de los cielos. Es ya hora de que la muchedumbre entienda que su misión tiene como último término la eternidad. El verdadero oficio del Mesías es conducir a los hombres hacia ella, quedando excluidos los que se hayan negado a seguirle.

Este trascendental mesianismo ya había sido anunciado por Jesús después de la multiplicación de los panes y en la fiesta de Pentecostés; lo sabemos por san Juan. Hasta había sido explicado con significativos términos. Hallamos, sin embargo, aquí en los sinópticos algo más. Jesús se había revelado como dador de la vida y resucitador de muertos, y no había más que creer en Él para recibir esta vida y por premio ser admitido a la gloria. La pasión dolorosa no había sido anunciada[26]; pero había que contar con ella. La ley impuesta al Maestro tenía de alguna manera que ser aplicada a los discípulos. Jesús apela a su buena voluntad, a su entusiasmo y a su abnegación. Y tan enérgico fue este llamamiento y tan halagadora la promesa de acompañar a Jesús después de haber caminado sobre sus huellas, que millares y millones de seres humanos han seguido esta vía. La renuncia a las alegrías munda-

---

[26] Si no es por las fórmulas enigmáticas de Jn 3, 14 y 6, 51, y dado caso que esta parte del discurso sea de la misma época que el principio.

nas parece dulce a los que abrazan la cruz en seguimiento del Salvador, confiados en que los tendrá por suyos cuando entre en su gloria.

ADVENIMIENTO PRÓXIMO DEL REINO DE DIOS

(Lc 9, 27; Mc 9, 1; Mt 16, 28)

La salvación de las almas siguiendo a Jesús debía ser el fruto natural de su obra, comenzada por el establecimiento del reino de Dios en la tierra. Por esto, sin duda, los evangelistas sinópticos han subrayado aquí una palabra memorable, palabra que san Mateo ha relacionado muy estrechamente con lo que precede. La sombría perspectiva de la cruz pudiera hacer creer que el advenimiento del reino, de que Jesús les acaba de hablar, estaba muy lejos. Por esto afirma Él solamente que no tardará, que algunos de los que le escuchan serán testigos de su llegada. Hasta el día en que san Pablo (Rm 9, 18) creyó poder decir que la palabra de Dios se había dejado oír por toda la tierra, es decir, había llegado al extremo de aquel mundo que estaba dominado por el poderío romano, apenas pasarán treinta años. Entonces, el reino de Dios fue verdaderamente establecido, inyectado de la vitalidad divina, que es el Evangelio (Rm 1, 16), manifestándose por la palabra y por las obras (Rm 1, 4; 15, 19; 1Co 4, 20). Era el germen de un gran árbol. Por el punto de arranque podría juzgarse la altura del vuelo.

Jesús, una vez más, se manifestaba como profeta viendo tan cerca, fundado por Él, «el reino de Dios que viene con potencia», como dice san Marcos, o «la venida del Hijo del hombre a su reino», según san Mateo. Las dos expresiones son sinónimas, porque, según san Mateo, el reino del Hijo sobre la tierra no es otra cosa que el dominio donde ha hecho reinar a Dios (Mt 13, 24 s.) y donde su poder obra siempre (Mt 28, 20).

LA TRANSFIGURACIÓN

(Lc 9, 28-36; Mc 9, 2-8; Mt 17, 1-8)

Ocho días (Lc) aproximadamente, o sea seis completos (Mc, Mt) después de la confesión de Pedro, aconteció algo extraordinario: la transfiguración. Pudiera decirse que en la vida de Jesús nada hay de paralelo, si no existiesen la transfiguración y la oración de Getsemaní,

que son como la estrofa y la antiestrofa. En los dos casos se hace acompañar Jesús de Pedro, Santiago y Juan, para orar aparte con ellos: en los dos casos, los discípulos son vencidos por el sueño, y en los dos recibe Jesús una visita de lo alto. Pero en tanto que la transfiguración es prenda cierta de la gloria de Jesús, la escena de Getsemaní lo presenta en su mayor abatimiento, testimonio irrefutable de que estaba sujeto a las condiciones de la naturaleza humana. Algunos Padres de la Iglesia han pensado que fueron escogidos los mismos testigos para que el recuerdo de la luz resplandeciente les sostuviese en el escándalo de la agonía. Pedro fue escogido como jefe que estaba designado; Juan, por ser el discípulo amado, y Santiago, su hermano que no lo abandona, porque debía ser el primer apóstol que derramaría su sangre por el Evangelio.

La solicitud tomada por los evangelistas sinópticos por precisar en esta sola circunstancia el intervalo de tiempo que medió entre los dos hechos indica bien a las claras que veían alguna relación entre ellos. Y, en efecto, la transfiguración es la confirmación de lo que Jesús quiso enseñar incitando a la confesión de Pedro, aceptada después y rectificada en un punto decisivo tan difícil de admitir, el de los sufrimientos del Mesías, al mismo tiempo que mantenía la fe en su gloria. Tan luminoso es todo en esta nueva escena, que deslumbra. Jesús había dicho a los judíos: «Si vosotros hubieseis creído a Moisés, me creeríais a mí, pues él ha escrito de mí» (Jn 5, 46). Moisés bajó del cielo para dar testimonio de Jesús, y de Elías, no ignoraban que anunciaría la llegada del Mesías. Elías estuvo representado por el Bautista, y se asocia ahora en persona al homenaje de Moisés, y los dos conversan con Jesús. Lo que el pasado de Israel tenía de más divino se inclinaba delante del nuevo profeta y apoyaba cuanto había anunciado el escándalo de su muerte. La gloria, sin embargo, que Jesús había reclamado para su resurrección se manifestaba ya en él como cosa que por derecho propio le pertenecía. Jesús, en fin, había aceptado el nombre del Hijo de Dios, y ese nombre le era dado por una voz que no podía ser otra que la de su Padre.

Si de una sola mirada se considera la religión a través de la historia, la nueva alianza, apoyándose en la antigua revelación, de la cual se desprende para agrupar a todos los pueblos, la perpetuidad del plan de Dios terminando en la superioridad manifiesta de Jesús sobre los hombres más grandes del pasado, el culto que hoy, al igual que a su Padre, se le rinde, no es de extrañar que toda esta maravillosa historia se vea

ya bosquejada en algunos rasgos de la transfiguración. Esto no pudo ser obra de un genio, pues el genio no puede disponer del porvenir.

Además, el hecho es narrado con tal sencillez y realismo, que excluye la intención y la invención de crear un símbolo.

Es verdad que allí no es nombrada la montaña, pero esto mismo es indicio de que el relato no es una amplificación con apariencia histórica de una teofanía anunciada por el Antiguo Testamento. En este caso, hubiera sido nombrado el Hermón o el Tabor según el salmo (Sal 89, 13 [heb.]). «El Tabor y el Hermón cantarán tu nombre». Acaso esto haya dado motivo para que la tradición señalase el Tabor, más bajo que el Hermón, el cual hubiera exigido una difícil subida, y estaba más apartado del centro de la predicación de Jesús; aunque es más probable que provenga del recuerdo de hecho tan memorable[27]. La subida al Tabor es penosa, pero se concibe que Jesús escogiera aquella cumbre aislada, dominando todas las planicies de su alrededor para invitar a sus discípulos a orar. La pequeña villa que la coronaba no impedía que allí hallase lugar solitario.

Fatigados por la marcha –estaban en verano–, los tres discípulos se durmieron mientras Jesús oraba. Al despertar vieron su faz transfigurada, sus vestidos brillaban con una blancura que ningún lavandero podría conseguir. Moisés y Elías conversaban sobre la muerte que había de sufrir en Jerusalén, o cumplir, dice san Lucas, como un deber impuesto. Pedro toma la palabra, y –¡cómo se ve que es él!– su buena voluntad no carece de cierto aire de suficiencia. No en vano subraya él que se encuentra allí con sus compañeros, y podrán levantar prontamente tres tiendas de follaje, una para Jesús, otra para Moisés y otra para Elías. Los discípulos, como fieles servidores, dormirían a campo raso, velando a los aposentados en las tiendas. No había comprendido que ni Jesús, que en estos momentos manifestaba su gloria, ni Moisés ni Elías, huéspedes del cielo, tenían necesidad de abrigo.

---

[27] La tradición no puede citar a Orígenes, que nada dice del Tabor en su *Comentario sobre san Mateo*, porque los *Selecta in Psalmos*, que vagamente se le atribuyen, no pueden ser de él, especialmente en lo que mira al Tabor (*P. L.*, XII, c. 1548); en efecto, Eusebio no escoge entre el Hermón y el Tabor, que le eran sugeridos por el salmo 89, 13. El testimonio más antiguo es el de san Cirilo de Jerusalén (*Catech.*, XII, 16; *P. G.*, XXXIII, c. 744). Es preciso confesar que la tradición desde entonces en nada ha variado; hoy está representada por la magnífica iglesia que los padres Franciscanos han edificado en la cumbre del Tabor.

La respuesta les vino de lo alto, desde una nube. Esta nube no era una nube cualquiera. Los discípulos se sobrecogieron de espanto cuando vieron que se interponía entre el sol y ellos, como para envolver a Moisés y Elías con Jesús. Una voz se dejó oír: «Éste es mi Hijo muy amado, escuchadle». Entonces comprendieron que aquella voz era la del Padre, que venía de la misma nube, que otras veces, en el desierto de Sinaí, se extendió sobre el Tabernáculo mientras la gloria del Señor penetraba en él (Ex 40, 34). Fue entonces indicio sensible de la benévola presencia de Dios para con su pueblo: y aparecía ahora una vez más, porque en adelante Dios se manifestaría por su Hijo. Era, además, claro que el designado por la voz era Jesús, porque los discípulos, ofuscados de momento y mirando a su alrededor, ya no vieron más que a Él.

ELÍAS VINO EN LA PERSONA DE JUAN
(Mc 9, 9-13; Mt 17, 9-13)[28]

Jesús, descendiendo de la montaña con los tres discípulos privilegiados, les recomendó que guardasen silencio. No sin motivo había escogido sólo a ellos para ser testigos de aquella transformación luminosa. Un grupo más numeroso y menos instruido, hubiera podido sugestionarse más fácilmente y dar por hecho que la hora del triunfo ya había sonado. Aun quiso Jesús prevenir a los tres, exigiéndoles que nada dijesen hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado. Si había de resucitar, por fuerza tenía que morir. La resurrección, sin embargo, ¿daría un cuerpo más hermoso a aquel que había sufrido tan espléndida metamorfosis? Los testigos guardaron el silencio prometido, si bien se comunicaron su turbación... «¿Cuándo resucitaría de entre los muertos?» Obsesionados por la visión, que parecía perdurar en sus miradas, y no atreviéndose a preguntar al Maestro sobre un punto claramente por Él afirmado, se esforzaban en vano por conciliar la tardía venida de Elías y su rápida desaparición, con el destino oficial que le asignaban los escribas. ¡Si siquiera hubiera morado en la tienda ofrecida con tan buena voluntad por Pedro! En adelante no había ya que contar con él. Aquello era un punto oscuro, que sólo Jesús podía esclarecer. Pre-

[28] San Lucas no quiso hablar a los gentiles de esta cuestión especial de los judíos.

guntaron: «¿Por qué, pues, dicen los escribas que es menester que Elías venga primero?» ¿Primero, es decir, antes que el Mesías, y ha aparecido después?... Su segunda dificultad que Jesús adivina es que Elías debía poner las cosas en orden para preparar los caminos del Mesías[29]. Nada ha hecho y nada parece dispuesto a hacer.

Los discípulos, demasiado imbuidos en la doctrina de los escribas sobre el rey glorioso, no querían cambiar su punto de vista para estudiar todas las profecías partiendo del hecho de un Mesías sujeto al dolor. Jesús los invita a reflexionar. Si los escribas tienen razón, ¿cómo se ha escrito del Hijo del hombre que había de sufrir mucho y ser despreciado? Esta profecía, sin duda, la de Isaías, sobre el servidor de Dios desconocido y muerto (Is 53), debe tener cabal cumplimiento y todo se ha de regular según ella. La que mira a Elías tendrá su realización, pero interpretándola en el mismo orden. A tal Mesías, tal precursor. En realidad, Elías había venido ya en la persona de Juan Bautista, que pereció víctima de su celo: «Del mismo modo, el Hijo del hombre debe sufrir por parte de ellos» (Mt 17, 12).

Los hechos explican así el verdadero oficio de Elías como precursor, y no sólo por sus palabras, sino por su destino. Bastaba recordar que Elías, perseguido por haber incurrido en el odio de Jezabel (1R 19, 11; 21, 17-26), era como un ensayo del Bautista, víctima del odio de Herodías, y por una verdadera reciprocidad entre estas dos figuras, Juan Bautista era un verdadero Elías.

Había, por tanto, cumplido su misión y no había por qué esperar más su venida[30].

Es tan natural este diálogo, tan cargado de preocupaciones de la época y la solución que Jesús da tan en consonancia con el encadenamiento del plan, en que Él ocupaba el primer lugar, y está tan desprovisto de todo milagro, que la crítica se inclina a admitirle. La raíz de él está en la dificultad que tenían los discípulos para conciliar la gloria del Tabor y el anuncio de la pasión, la enseñanza de Jesús y la de los escribas. Es un rayo de luz venido de lo alto, que esclarece la caverna de aquellos espíritus sencillos, pero no libres de prejuicios.

---

[29] Ver p. 23.

[30] Las palabras de Jesús no hacen ninguna alusión al fin de los tiempos, más bien parecen excluirla, pues Elías ya vino en la persona del Bautista. El P. Huby, en su comentario de san Marcos (p. 204), sigue este parecer.

CURACIÓN DE UN JOVEN EPILÉPTICO POSESO
(Lc 9, 37-43a; Mc 9, 14-29; Mt 17, 14-21)

Hasta la mañana siguiente no se juntaron Jesús y sus compañeros al grupo de los otros discípulos. Es muy probable que su ausencia hubiera durado tres días al menos. En el intervalo, los otros nueve discípulos, si no faltaba alguno de los doce, se habían dedicado a un asunto del que no volvieron bien parados. Se les presentó un padre llevando de la mano a un hijo joven, y poseso, según decía, de un demonio mudo, cuya presencia en la crisis se notaba: el joven echaba espuma, rechinaba los dientes y se ponía rígido. El desventurado padre había oído hablar de Jesús y lo buscaba para pedirle que sanase a su hijo, y no hallando al Maestro, se había dirigido a sus discípulos. Se había formado un corrillo, y en él, los escribas, que nunca faltaban donde hubiera judíos, querían exponer sus ideas, disputando con los discípulos sobre el caso, es decir, sobre el modo más seguro de expulsar al demonio, tan astuto, que no quería dar su nombre. Dándose por vencidos los discípulos, los escribas los atacaban. Los espectadores se dirían, sin duda: «¡Si Jesús estuviera aquí!» Llegó en aquel momento; sorpresa y emoción de alegría. Lo rodearon, y Él preguntó lo que pasaba.

No hacemos más que devanar la madeja siguiendo el hilo de los hechos desde el punto de vista de los discípulos, lo que san Marcos ha puesto en un interesante cuadro, tal como se ofrecía a las miradas de aquellos que descendían de la montaña. La propiedad en la descripción de los detalles y su aspecto pintoresco no podían llevarse más lejos. La visión de los hechos roba la atención para no fijarse en el orden cronológico de las causas. Acompaña uno a Jesús, y participa de la ansiedad de los asistentes. Pero ¿a quién se dirigen aquellas palabras salidas de lo interno de su alma? «¡Oh generación infiel! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo que sufrir?» El padre pedía un milagro, pero al azar, sin estar seguro del poder del taumaturgo. Los escribas se reían de los discípulos, y tal vez les dijeran que su Maestro no lo haría mejor que ellos. La multitud, divertida, esperaba de todos modos un espectáculo poco común.

Lo que daba el tono a estos acentos, más melancólicos que enojosos, era la inutilidad de tantos esfuerzos. Jesús es un ser divino desterrado en el mundo, que ha venido por el bien de los hombres. Pero si éstos no lo comprenden, ¿no vale más que se vaya, que los deje entretenidos en sus vanos pensamientos? No, la bondad se sobrepone: «Traéd-

melo». Llevan al joven, y la crisis se le declara. Agitado convulsivamente por el espíritu, el joven se echa por tierra, revolcándose y echando espumarajos. Otros demonios habían expresado con gritos y palabras su espanto en presencia del Hijo de Dios; éste calla. Jesús pregunta a su padre: «¿Desde cuándo tiene esto?» Y el padre, extrañado acaso de que le pida informes como lo haría un médico, le responde de la misma suerte: «Desde niño, y muchas veces, este malhechor invisible y mudo lo arroja al fuego y al agua. Pero si tú puedes algo ten misericordia de nosotros y ayúdanos». «¿Si tú puedes?, replica Jesús. ¿Es ésta toda tu fe? Es necesario tener más fe para obtener un milagro». Y el pobre padre: «Creo: ayuda mi incredulidad». Su buen deseo suplió por todo y ni Jesús le exigió más. Como temiesen que el aumento de la concurrencia ocasionara algún desorden, Jesús mandó al espíritu sordo y mudo que saliese. El demonio, entonces, dio un grito rabioso: la crisis llegó al paroxismo, y el joven cayó al suelo rígido como un muerto. Jesús lo levantó, y se tuvo en pie. San Lucas, como médico que era, advierte que lo curó, distinguiendo así la expulsión del demonio y la curación de la enfermedad.

Los discípulos estaban, como es razón, anonadados delante de su Maestro, pero no podían olvidar su fracaso. ¿Por qué no habían podido arrojarlo ellos?

San Marcos[31] da una razón especial en este caso declarado por Jesús excepcionalmente serio, sin duda porque el tal demonio obstinado en su silencio cruel, no deja, por decirlo así, obrar al exorcista. De esta suerte, muchas veces pasará inadvertida su presencia. Deberían haber acudido a la oración, y si Jesús no oró, es porque su Padre le oye siempre (Jn 11, 42). Los discípulos no debieron arriesgarse tan fácilmente en asunto tan dificultoso y debían estar convencidos de su propia impotencia y pedir socorro al cielo.

Los síntomas de la enfermedad del joven eran claros. Los fenómenos de la epilepsia los describió mejor san Marcos que san Lucas, que era médico. Prueba manifiesta de la exactitud del intérprete de Pedro, al describir los pormenores, que la memoria de su maestro

[31] San Mateo alega la poca fe de los discípulos, nota general a que acude con frecuencia (6, 30; 7, 26; 14, 31; 16, 80), y que es el fundamento. Se halla aquí para recordar una palabra de Jesús que san Marcos y san Lucas colocan en otro lugar. La razón de san Marcos figura en san Mateo, 17, 21, que no es tenido por auténtico.

recordaba con toda fidelidad. Pero si el joven era epiléptico, es necesario decir que sus crisis no eran efectos de una influencia diabólica. ¿Quién se atrevería a considerar hoy la epilepsia como causada por un demonio que mora en el cuerpo del enfermo?

Hipócrates ya había reconocido el carácter natural de esta enfermedad, que se llamaba entonces mal sagrado, y no vamos a participar de una superstición popular; pero tenemos poderosas razones para admitir las posesiones demoníacas, sin hacer excepción de los epilépticos. ¿Acaso la depresión física y moral causada por la epilepsia ofrezca menos obstáculos a la acción del demonio que un temperamento sano? No estará, sin embargo, el epiléptico en situación religiosa menos favorable que los demás, ya que la posesión del cuerpo no da al demonio ningún imperio sobre la libertad de la conciencia. En el paso descrito en el Evangelio, Jesús reconoció la presencia del demonio, y para nosotros basta, y debemos creerlo.

Pero ¿por qué no fue contra el prejuicio todavía popular de atribuir a una causa preternatural la epilepsia? Porque no era misión suya enseñar a los hombres nada que sonase a ciencia, si bien nada indica de su parte la aprobación del error común. El padre del epiléptico participaba evidentemente de aquella creencia, y los evangelistas reprodujeron con fidelidad sus palabras, distinguiendo al parecer la expulsión del demonio de la curación de la enfermedad. Se ve claro en san Lucas (Lc 9, 42), y aún más en san Marcos; cuando el espíritu salió del joven, sufrió la más grande crisis. Entonces Jesús lo volvió, como quien dice, a la vida, cuando se le creía muerto (9, 28)[32].

SEGUNDO ANUNCIO DE LA PASIÓN Y DE LA RESURRECCIÓN
(Lc 9, 43b-45; Mc 9, 30-35; Mt 17, 22-23)

La transfiguración, espléndida enseñanza dada a los tres discípulos –Pedro, Santiago y Juan–, había sido seguida de una explicación

[32] Según el P. Huby (p. 207), la explicación de aquellos que piensan que la epilepsia era causada por la posesión concuerda mejor con el texto del Evangelio: «La expulsión del demonio será al mismo tiempo curación del joven». Es mejor decir que Jesús obró la una y la otra.

sobre el destino de Elías. La cura del joven epiléptico endemoniado había motivado una experiencia penosa para los otros discípulos, de la que se dedujo una lección provechosa para todos. En efecto, Jesús se proponía ante todo instruirlos, y así lo dice san Marcos con motivo de atravesar la Galilea[33] evitando toda notoriedad para consagrarse a ellos más fácilmente.

Insistió en especial sobre la Pasión, añadiendo que sería seguida de la resurrección. Sin embargo, los discípulos, aferrados en no admitir el escándalo de la muerte del Mesías, antes que hubiera recibido los homenajes de Israel y de los gentiles, o más bien antes que fuese entregado por Israel a los gentiles, no podían hacerse a esta idea y abrir sus corazones a una esperanza más alta.

Tampoco esta vez lo comprendieron, se abismaron más bien en la tristeza, y ni aun se atrevieron a preguntar sobre un asunto que tanto irritaba su sensibilidad. Poco a poco, sin embargo, fueron borrando aquella imagen fúnebre y acabaron por abrir sus corazones a consoladoras esperanzas, hasta el punto de disputarse por adelantado el primer puesto cuando llegase la dominación en que soñaban.

EL MÁS GRANDE DEBE HACERSE EL MÁS PEQUEÑO

(Lc 9, 46-48; Mc 9, 33-37; Mt 18, 1-4)

Atravesando Jesús la Galilea, era natural que fuera a Cafarnaún[34], donde estaba cierto de hallar seguro asilo, libre de ruidos, en lo que llamaban su casa, tal vez por ser de Pedro, o tal vez la que Mateo había puesto a su servicio. Cuando entró en ella Jesús, fatigado del viaje, se sentó; quería juntar a los Doce para darles una lección. Andando el camino, habían discutido fuertemente, y Jesús los había dejado. Pero ahora les pregunta: «Sobre qué discutíais», sabiendo que les era embarazoso contestarle. Ya conocían bastante a su Maestro para saber que aborrecía la ambición, y ellos no habían evitado disputar entre sí sobre la preeminencia en el reino de Dios tal como ellos lo

[33] Jesús, saliendo de un lugar situado al pie de la Montaña de la Transfiguración, atraviesa la Galilea. En el Tabor ya se estaba en ella. No era, pues, el Tabor. Es la principal dificultad que hay para la identificación de esta montaña y el Tabor. En rigor, sin embargo, se puede explicar: salidos de este lugar, continuaron para atravesar la Galilea.

[34] Ver en la pág. 249 el lugar que debe darse al n.º 129 de la *Sinopsis*.

habían concebido y cuyo advenimiento creían ya cercano. Pero ¿no se había asignado el primer lugar a Pedro? ¿No sería esto precisamente lo que había despertado la emulación, digámoslo claro, la envidia de los demás? No era fácil que confesasen su falta. Los apóstoles no respondían, y Jesús, en dos palabras, les enseñó las condiciones del poder espiritual. El que tiene autoridad sólo debe ejercer su derecho en interés general, haciéndose el servidor de todos. ¿Cada uno de vosotros quiere ser el primero? Séalo en buena hora. Esfuércese, en primer lugar, en ser verdaderamente el más pequeño en su propia estima, porque solamente con esta sincera disposición de ánimo hallará la clave de mandar útilmente, porque está resuelto a servir humildemente.

A la lección dada de palabra asoció un hecho simbólico. Tomó a un niño, lo puso en medio de todos, lo abrazó, acto que, seguido de las palabras que acababa de pronunciar, significaba que se ponía a su servicio, y entonces declaró: «Quien recibe a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe, y el que a mí me recibe, no es a mí (solamente) a quien recibe, sino a Aquel que me ha enviado».

Tal es la suprema dignidad de la autoridad cristiana: vive consagrada por caridad y aun por ternura a cuidar de los más pequeños. Pero esos pequeños, a quienes se cuida en nombre de Jesús, bien porque son de Él, o para que lo sean, vienen a ser el mismo Jesús y aquel que lo ha enviado.

Como siempre, Jesús, el Maestro, les da ejemplo ocupándose del más pequeño[35].

---

[35] Este caso es muy interesante para estudiar las relaciones de los sinópticos entre sí y con la tradición. San Marcos, contando con la penetración del lector, ha puesto sencillamente la lección oral y la lección de las cosas, resolviendo por la primera el enigma de la segunda, más impresionante, de manera que se completen. Es el nexo moral, que san Lucas ha establecido en términos expresos, aplicando las palabras a la escena contada. La conclusión, sin embargo, exigía ser completada: el discípulo más pequeño es grande; buscad, pues, la verdadera grandeza en la pequeñez. En cuanto a san Mateo, descuidándose de contar cómo había sido propuesta la cuestión, por la conducta misma de los discípulos, la coloca en labios de ellos. El niño es el tipo de esta humildad de corazón para hacerse el servidor de todos. La lección en lo esencial es la misma. No deben los discípulos preocuparse más que de una cosa, de hacerse los más pequeños, por la inclinación de su corazón: el más pequeño será el más grande. Puede decirse también que san Mateo ha querido orientar el espíritu del lector hacia el reino de Dios, que está en el cielo.

TOLERANCIA CON AQUELLOS QUE OBRAN EN NOMBRE DE JESÚS
(Lc 9, 49-50; Mc 9, 38-40)

En las pláticas de Jesús con sus discípulos no se encontrará nada que parezca un estudio con temas anunciados de antemano. Cualquier incidente suscita en ellos una duda e inadvertidamente la exponen, y Jesús no se desdeña de seguir las fluctuaciones de sus pensamientos. A Juan, que había sido apellidado, con su hermano Santiago, «hijo del trueno» (Mc 3, 17), le llamó la atención aquella frase: «Recibir a un niño en nombre de Jesús». Esto significa obrar por Jesús y, por consiguiente, por Dios. De pronto se acordó de que no hacía muchos días, los discípulos, oyendo que un extraño lanzaba los demonios en nombre de Jesús, se lo habían estorbado, tal vez llevados del celo por Él, porque aquel hombre no era de los suyos. ¿Quién le autorizaba, en efecto, para servirse de un poder reservado a ellos?

Jesús no aprueba aquella susceptibilidad. Aquel hombre obtenía felices resultados con sus exorcismos; por tanto, Dios no lo condenaba. Al servirse del nombre de Jesús, era que creía en su poder, y al ver la eficacia de sus procedimientos, se confirmaría en su fe naciente, y con estas disposiciones era moralmente imposible que se declarara contra Jesús. Si aún no seguía a los discípulos, ¿no terminaría por solicitar este favor? En estas condiciones, declara el Maestro: «El que no está contra nosotros, está por nosotros». Rechazarlo y prohibirle una acción buena en sí misma, por no pertenecer al grupo elegido, era alejarle para siempre, y tal proceder no era caritativo ni justo.

La Iglesia no ha juzgado que Jesús por esta decisión hubiese autorizado a cualquiera a practicar los exorcismos. Esta práctica, libre entonces, debía ser más tarde reservada a una autoridad competente. Lo que es eterno es la lección, para aquellos que están en la Iglesia, de no rehusar el concurso de los que no están en ella cuando se trata de hacer bien. Hacer bien es acercarse a Cristo, sobre todo si se hace en su nombre, ya que servirse de un bien imperfecto es ponerse en camino para un bien mayor. En vez de recordar agravios que separan conviene recordar lo que conduce a la unión.

Juan no olvidó esta lección: fue el apóstol del amor; pero no dejó que se apagase su antiguo celo. Encontrándose con Cerinto, enemigo

declarado de Jesús, no quiso morar bajo el mismo techo que el enemigo de la verdad[36].

CARIDAD HACIA LOS DISCÍPULOS DE JESUCRISTO. PELIGROS DEL ESCÁNDALO

(Mc 9, 41-49; cfr. Mt 10, 42; 18, 5-9; Lc 17, 1-3)

Acaba de enseñar Jesús a Juan que su nombre crea cierta unión entre aquellos que le invocan. Vuelve a su primer pensamiento sobre la ayuda dada a los niños en su nombre, pensamiento que dejó cortado a causa del incidente del exorcista. Sus discípulos son los principalmente amparados por su nombre: y así quien les diese un vaso de agua, porque ellos son de Cristo, tendrá su recompensa. Un vaso de agua, o al menos el derecho de beber del cubo sacado del pozo, es un beneficio bien pequeño, y aunque le parecería indigno alegarlo, no vería mérito en concederlo. Pero lo que se hace por Cristo (Rm 14, 13 s.; 1Co 8, 9 s.) adquiere un valor nuevo a los ojos de Dios, y lo que se hace a los discípulos es hecho a Cristo. Fuente especial de perenne caridad es ésta en medio de la Iglesia: los que de ella se benefician, sobre todo los pobres voluntarios, deben seriamente considerar si en verdad son de Cristo.

Jesús comenzó hablando de los deberes hacia un niño, niño que representaba a los discípulos. Ésta es la síntesis de su enseñanza: los discípulos son «pequeñuelos que creen». Si se les debe atender, es preciso, sobre todo y ante todo, deber sagrado y terrible no escandalizarlos. Grave advertencia hecha a quienes se creen fuertes y tienen obligación de serlo, pues están encargados de instruir y orientar a los pequeños. ¡Desdichados aquellos que con sus faltas ocasionan la caída de otros! San Pablo trató con más amplitud de este precepto. La persona ilustrada, que puede obrar libremente sin manchar su conciencia, debe abstenerse, sin embargo, si su hermano es débil y al imitarle crea que no puede hacerlo sin pecado[37]. San Marcos, considerado de la línea paulina, es seguro que no ignoraba el magnífico desarrollo hecho por

---

[36] Tradición de san Policarpo, recogida por san Ireneo en Eusebio (*H. E.*, III, 28, 6).

[37] La expresión es de los tiempos cristianos, mas el pensamiento es de Jesús recogido por Mt 10, 42, en términos y contexto diferentes.

el apóstol al precepto de Jesús sobre la caridad, pero él lo reprodujo, al igual que san Lucas y san Mateo, sin ninguna añadidura, expresado en aquella forma familiar que lleva el sello personal de los discursos de Jesús. «Quien escandaliza a un pequeñuelo que cree, más le valdría que le atasen una rueda de molino al cuello y fuera echado al mar». Eran bien conocidos de los discípulos aquellos molinos movidos por asnos, de donde tomaban el nombre las piedras de moler. La de abajo era semejante a un cono cóncavo con la base para arriba, y un grande agujero por debajo, para dejar pasar la harina cuando el grano había sido triturado contra las paredes de la muela superior. Acaso habrían visto ellos ya alguna muela agujereada puesta a manera de collar en el cuelo de algún desgraciado, para ser arrojado al agua. ¡Imagen muy sencilla, pero de espantosa significación!

¡Con qué santo empeño debemos abstenernos de dar escándalo!

De hecho, sin embargo, está en todas partes, y debemos preservarnos de él. En san Marcos y en san Mateo, el Salvador se dirigió también a aquellos que podían escandalizarse: allí aparece la antiestrofa después de la estrofa, según la ley del paralelismo por contraste. El discípulo, lo mismo debe evitar escandalizar que escandalizarse, aun a costa de lo que le sea más querido. Si el escándalo es dado por personas indiferentes, apenas conmueve. El peligro de caer es cuando arrastra el cariño de un maestro que seduce con sus errores, o de un amigo que atrae con sus malos ejemplos; es, en general, verse uno inclinado, por un efecto tal vez legítimo, a faltar al deber. Preciso es entonces alejarse, huir, dominar el corazón. Como dice Bossuet: «La violencia es la ley en esta materia».

Así Jesús habla con insuperable fuerza, cortando por lo vivo con frases de aparente y de feroz paradoja[38], si se hubiera de tomar a la letra lo indicado por una resolución meditada de sacrificarlo todo, una mano, un pie, un ojo, y dicho todo con ritmo inexorable, no dejando otra salida que la alternativa repetida de la Vida o de la Gehenna inextinguible.

No hay para qué pedir aquí el significado del pie, de la mano o del ojo. Los elementos de esta triple comparación están escogidos para señalar un sacrificio que cada vez es más trabajoso. Además, la separación debe ser tan completa e irrevocable, cuanto el peligro de pecar

---

[38] Es claro que nadie peligra si entra en el reino de Dios, de no encontrar allí lo que cortó para penetrar en él.

sea más seductor. Es sobre todo espantoso cuando la seducción se ha dejado sentir en lo interior del alma, por la complicidad del corazón, dulcemente atraído por el encanto de los objetos exteriores. Los ojos son, de ordinario, los principales cómplices, y por esto san Mateo hizo esta admonición en el sermón de la Montaña a propósito del adulterio. Las palabras del Señor tienen también allí el mismo sentido; pero a propósito del escándalo dado al prójimo tienen todo su sabor primitivo y su carácter puramente parabólico, sin alegoría distinta.

Si los objetos que debemos apartar de nosotros son muchos para que puedan ser enumerados, si la aplicación ha de nacer de las circunstancias, los dos términos de la Vida y de la Gehenna[39] permanecen en constante oposición: son dos reinos donde se entra o para vivir la vida divina o para sufrir castigo eterno: son dos perspectivas sin fin.

Pudiera creerse que el fuego consumirá en poco tiempo lo que es pasto de las llamas. Pero no; este extraño fuego, al mismo tiempo que consume, tiene la virtud de la sal, que es conservar. No se extingue, dice san Marcos, porque los allí arrojados serán salados por el fuego (Mc 9, 49)[41], es decir, conservados, no destruidos.

Jesús claramente se pone aquí en presencia del último destino del hombre, que, o va libre y gozoso hacia Dios, o será arrojado, a pesar de todo, en el suplicio. La vida ha de regularse por este supremo fin. El terror de estas palabras, ¡cuántas tentaciones ha vencido y cuántas generosas resoluciones han respondido a este llamamiento!

LA SAL
(Lc 14, 34-35; Mc 9, 50; Mt 5, 13)

En esta ocasión, o tal vez en el sermón de la Montaña, Jesús hizo de la sal el símbolo de la acción que debían ejercer sus discípulos. La sal conserva y sazona, y es esta segunda acción la principal y de la que aquí se trata.

[39] El lugar del fuego se le llama Gehenna, en recuerdo del valle de Jerusalén *(Ge-hinnom)*, donde se sacrificaban los hijos de Moloch, haciéndolos pasar por el fuego. (Ver el libro de Henoc, XXVII, 2).

[40] Tal nos parece el sentido de este versículo, muy claro, renunciando a unirle a lo que sigue. Filón, citando el Lev 12, 13, ve en él un símbolo de perpetuidad (*De Victimis*, 6).

La sal es buena, dice el Maestro, y de hecho, en árabe, la palabra «salado» se emplea siempre en sentido de «bueno». Si por un imposible perdiera su sabor, ningún otro alimento se lo podría devolver; es peculiar cualidad suya dar sabor a todas las cosas, y nada se lo puede dar a ella. Plutarco ha escrito que la virtud de la sal daba alma a las carnes muertas, y sin ella hay que arrojarlas al pudridero[41]. Los discípulos deben estar penetrados de este sabor, de un alto valor moral, que es el alma de la vida humana. Si lo perdiesen, ¿quién de nuevo se lo podría dar? Nadie. Que estén, pues, animados de esta virtud activa, un poco acre, pero saludable, y que, no obstante, vivan en paz unos con otros[42]. Es la última palabra de toda esta instrucción de san Marcos.

LA CORRECCIÓN FRATERNA Y LA POTESTAD DE ABSOLVER *(Mt 18, 15-20)*

San Mateo ha desarrollado el tema de los deberes que deben cumplir unos con otros, y especialmente el que resulta por ser todos miembros de un mismo cuerpo. Porque siendo los fieles miembros de la misma Iglesia santa, deben velar por la pureza de ella y, por tanto, alejarla de todo pecado, y para este fin está dotada del poder de absolver. Además, su unidad querida por Dios asegura a sus hijos el beneficio de que sus oraciones sean atendidas cuando juntamente oran. Aquí el concepto de la Iglesia lo invade todo y da unidad a la enseñanza de objetos que, aunque próximos, son distintos. Esta visualidad es propia de san Mateo y la sostiene con lógica. El pasaje de la confesión de san Pedro sobre la fundación de la Iglesia va sobreentendido en todo lo que

---

[41] *Quaest. conv.*, 669ª, citando a Heráclito: «Es más urgente desembarazarse de los cadáveres que alejarse del estiércol».

[42] En san Mateo el pasaje tiene más pormenores: «Vosotros sois la sal de la tierra», que sirve como para preparar otro enunciado: «Vosotros sois la luz del mundo» (v, 14). El contexto es claro, gracias a la forma expresiva del pensamiento de Mc (9, 50): «Tened en vosotros mismos sal». Lucas no tiene contexto apropiado. Siguió a san Marcos para el principio de la frase lo que prueba que la consideraba como formando sentido independiente, sin atender a lo que precedía en san Marcos; pero insiste como san Mateo sobre la suerte funesta reservada a la sal desvirtuada. En san Marcos la «paz» origina otra idea, porque la sal no puede ser símbolo de la paz. Suponemos, pues, que hay oposición: no se eche sal en exceso si ha de haber paz.

aquí se dice. Aunque usa términos bastante generales, han servido de punto de partida a san Pablo para sus enseñanzas sobre la Iglesia.

El tema de la corrección fraterna fluye de una manera natural en san Mateo de la solicitud para con los pequeños, que, por ser también débiles, están expuestos a extravíos, como la oveja que se aparta del redil. Si han caído en pecado, todos deben acudir en su socorro para volverlos al bien, no apresurándose a denunciar su falta, sino hablándoles a solas, como si dijéramos de corazón a corazón. Si alguien no hiciere caso, entonces llámese a dos o tres para intimidarle, ya que podrán ser testigos contra él. Si el recriminado, cuya falta no es dudosa y, supuesto que sea grave, no se rinde, intervenga entonces la Iglesia, y si ni a la Iglesia escuchare, lo arrojará de su seno y será considerado como gentil o publicano. No se le pondrá, sin embargo, fuera del alcance de la caridad. ¡Jesús fue tan bueno para los publicanos, que eran peores que los gentiles! La Iglesia ya no tendrá la responsabilidad del proceder vergonzoso de un miembro suyo, que ha sido cortado; el escándalo provendrá de un ser extraño a ella. Acostumbrados los discípulos a las prácticas de los jefes de la Sinagoga, que no se creían obligados a estas primeras medidas de dulzura, entendían esta separación de la comunidad en el sentido de anatema o de excomunión.

La Iglesia, más lenta en aplicar el castigo, tenía, además, un poder que la Sinagoga creía reservado a Dios, el poder de absolver. Ahora Jesús no dice a un cristiano cualquiera: «Si tu hermano ha pecado»; se dirige al grupo que le rodea, compuesto de sus más íntimos discípulos, futuros jefes de la Iglesia, y ambiciosos ya de los primeros puestos de ella. Les da a todos poder de atar y desatar en tal grado, que su sentencia será ratificada en el cielo. Al comunicar este poder a los demás no retira a Pedro el supremo poder a él confiado. El porvenir está indicado vagamente; debían comprender que sería el mismo de la Iglesia, combatida por las fuerzas del mal y sólidamente cimentada sobre Pedro, porque, en tanto que no se ausente Jesús, a Él le pertenece ejercer toda justicia.

Se ausentará, pues debe partir, pero sus fieles deben permanecer unidos. Si dos de ellos se juntan para orar, el Padre atenderá a su súplica, y por la virtud del nombre de Jesús los cubrirá. Su nombre no será solamente prenda de su protección; Él mismo estará en medio de los suyos con una presencia espiritual (Mt 18, 20 y 28, 20; concuerda con él; Jn 14, 23).

La oración pública es la flor que más naturalmente brota de esta enseñanza. La Iglesia la ha tenido siempre en mucha estima y ha

exhortado a hacerla; se ora mejor cuando son muchos para orar, sobre todo en presencia de Jesús en la Eucaristía. Los más pegados a la letra no podrán ver en las palabras de Jesús un privilegio exclusivo en favor de la oración pública. Lo esencial es que los cristianos estén de acuerdo en sus demandas, que pidan en nombre de Cristo, que vive en la Iglesia, cuyo cuerpo es, según san Pablo lo ha deducido. ¿No oran todos por las mismas intenciones generales? Sin duda, para tranquilizar a los que oran en los desiertos solitarios o en su casa, se ha atribuido a Jesús una frase concebida en estos términos: «Donde oran dos, no están sin Dios, y donde ora uno, yo os digo que estoy en su compañía»[43].

DEUDOR AGRACIADO, CONVERTIDO EN DURÍSIMO ACREEDOR
(Mt 18, 21-35; Lc 17, 3-4)

Con su pronta percepción comprendió Pedro que si Dios perdona y la Iglesia igualmente lo hace en su nombre, el discípulo debe estar siempre dispuesto a perdonar. Recalcando sus palabras Jesús ya había mandado a sus discípulos amar a sus enemigos (Mt 5, 44). El principio no era dudoso. El magnánimo apóstol, de corazón franco, entreveía que había llegado a la hora del perdón, ¿pero alcanzaría al que faltase por séptima vez? Traspasar este número le parecía desorbitado, porque acumular tantas ofensas después de tantos perdones, ¿no era irrisorio? ¿Y deberían prestarse a semejante comedia? Pero la misericordia de Dios es infinita y no cesa de perdonar. Pedro debía perdonar setenta veces siete veces, es decir: siempre. El que vive de la misericordia nunca debe negarla a los demás. En cierta manera, se pudiera decir, que debe estar más inclinado al perdón que Dios, ya que con tanta frecuencia lo solicita para sí mismo.

Así lo manifestó Jesús en una parábola apropiada a la cuestión propuesta en la del deudor agraciado, convertido en durísimo acreedor. La conclusión es que aquel a quien Dios ha perdonado y rehúsa la misma gracia a su hermano, se ha hecho indigno de perdón. Si ha movido el corazón y ha logrado ser objeto de tan grande indulgencia, ¿no se sentirá obligado a perdonar una deuda pequeña a su prójimo?

---

[43] Primer logion de *Oxyrhynco*.

Jesús, pues, compara el gobierno divino al de un rey de la tierra. El rey no es totalmente una metáfora empleada para designar a Dios, porque Dios no tiene necesidad, como la tiene este rey, de informarse del proceder de los demás; sin embargo, está bien tomada la imagen de Dios, porque un príncipe de la tierra no podría jamás mostrarse tan compasivo, y si la suma debida es enorme, inverosímil, es indudablemente porque la ofensa hecha a Dios por los hombres es algo inconmensurable. La parábola está, pues, coloreada de alegoría, como es frecuente en el Evangelio, y es de tintes semíticos. Los servidores del rey son, en realidad, sus ministros; la deuda ocasionada no es por un préstamo particular; el rey hace que se entreguen sus cuentas a un recaudador. Uno fue hallado con déficit y con una deuda loca, de cerca de sesenta millones de buena moneda. De seguro se había enriquecido prodigiosamente. El fisco, cuyos privilegios son los del soberano, hará valederos sus derechos contra los bienes del deudor; él mismo será vendido con su esposa y sus hijos. En derecho, podía hacerlo. El culpable, que lo era mucho, suplica. El rey le perdona por un acto que tiene más de misericordia divina que de clemencia real, pues le perdona aun la deuda. Apenas se ve en la calle, en los momentos mismos en que su corazón debía estar blando por el reconocimiento e inclinado dulcemente por el ejemplo de piedad con él usada, se encuentra el miserable con uno de sus compañeros, muy inferior a él sin duda, pero al fin un hombre como él, al servicio del mismo amo, el cual le debía apenas un euro. ¡Si al menos aquella pequeña cantidad le hubiera sido necesaria para contribuir a saldar su enorme deuda! Pero ya no debía nada y hasta conservaba satisfecho los bienes mal adquiridos. El canalla agarra por el cuello a su camarada; no le vale a éste hincársele de rodillas, homenaje que no le era debido, ni acudir a súplicas que no atendía. Como si se tratase de una cantidad debida al tesoro, mete preso a aquel pobre desgraciado. Los demás servidores, cortesanos acostumbrados a tratar con el príncipe, le llevaron noticias de lo que habían visto, llenos de triste indignación. El señor, irritado, entrega a aquel duro corazón a los ministros de justicia hasta que haya pagado cuanto debía. ¿Con qué podía pagar? ¿No era lo mismo que condenarle a cadena perpetua?

Tales son los actos reales; al compararlos con la acción de Dios no hay que olvidar la infinita perfección divina, porque Dios no se ha de retractar del perdón que jamás hubiera podido conceder, conociendo el corazón que no se ablandó a la misericordia. ¿Tenemos necesidad del

perdón? Comencemos nosotros por perdonar; ésta es la solución práctica de la parábola.

JESÚS PAGA EL CENSO DEBIDO AL TEMPLO SIN ESTAR OBLIGADO A ELLO
(Mt 17, 24-27)[44]

La presencia de Jesús en Cafarnaún no podía pasar inadvertida, y así, a pesar de sus precauciones para no ser reconocido, no pudo librarse de los agentes del fisco sagrado. Sabían muy bien que Él era el Maestro, pero Pedro se ocupaba con frecuencia, como diríamos ahora, de lo temporal, y es a él a quien se dirigen: «Tu maestro ¿no paga las dos dracmas?» Anualmente debía dar cada israelita medio siclo (Ex 30, 13; Esd B, 20, 32), que en moneda griega eran dos dracmas[45], para el Santuario. Acaso los recaudadores trataban de cobrar algún retraso bajo una forma indulgente y familiar, o tal vez también preguntasen como al azar, por si Jesús se creía exento y al igual sus discípulos. Pedro, con su natural pronto, no ha pensado que era una cuestión de principios, la resuelve sin titubear: «Seguramente», dice él. Entra en la casa, que sería la suya o la de san Mateo, no tanto para preguntar al Maestro cuanto para buscar el dinero. Jesús no tenía dinero, pero quiere hacer reflexionar a aquel que acaba de declararlo Hijo de Dios. Un soberano, le pregunta Jesús, ¿exige impuestos a sus propios hijos? Según la opinión, lógicamente deducida del despotismo oriental, el rey es el único propietario de los bienes de los súbditos, los cuales gozaban de ellos libremente, a condición de pagar un impuesto a manera de censo, del que estaban exentos los hijos.

Si Dios, soberano de Israel, exigía algún dinero para sufragar los gastos del culto, su Hijo no tenía por qué contribuir a él. Sin embargo, Él cumplía toda Ley como si estuviera a ella obligado, por no llamar la atención ni escandalizar a nadie. Pagará, pues, un didracma, pero

---

[44] San Mateo pone este episodio antes de la cuestión sobre la procedencia, insinuando de este modo que ha podido originarla; sin embargo, hace una alusión vaga a la estancia en Cafarnaún en tanto que san Marcos dice expresamente que la discusión fue tenida en el camino. A nosotros nos pareció mejor seguir este orden.

[45] Es decir, una didracma.

hará entender a Pedro que si lo hace es dejando a salvo su título de Hijo de Dios ya reconocido. Y porque en esta ocasión Jesús ya había asociado a Pedro al gobierno de la Iglesia, quiere pagar al mismo tiempo por los dos. Lo hace por medio de un milagro, como para mejor indicar que no estaba obligado y que no poseía nada como propio, siendo así que le pertenecían todos los bienes del mundo.

Los peces voraces tragan cuanto encuentran. Pedro, como pescador que era, fue a pescar, echó el anzuelo y en la boca del primer pez que cayó halló un siclo, que bastó para pagar por los dos.

Según el Talmud[46], el censo sagrado se cobraba antes de una de las tres grandes fiestas. Como la Pascua y Pentecostés ya habían pasado, es de creer que fue antes de la tercera gran fiesta de los judíos.

Después de la gran insurrección y de la derrota de los judíos el año 70, se siguió cobrando el impuesto, pero destinado al templo de Júpiter capitolino. De esto san Mateo no tiene la menor sospecha: su horizonte está circunscrito a los días de Jesús. Es éste también un rasgo favorable a Simón Pedro, pues no aparece señal alguna de haber sido inventado más tarde en favor de la Iglesia romana.

DESPEDIDA A LAS CIUDADES DE LAS ORILLAS DEL LAGO
(Lc 10, 13-15; Mt 11, 20-24)[47]

Jesús había terminado su misión en el norte de Tierra Santa. Dejando a Nazaret, se había dedicado a las ciudades situadas a orillas del Lago: Cafarnaún, Corozaín y Betsaida. En ellas había reclutado a sus mejores discípulos, si bien estas poblaciones, en su conjunto, aunque tenían ojos, no veían, y aunque tenían oídos, estaban sordas. Quiso hacerles, no obstante, un último llamamiento con tanta más insistencia cuanto más apenado se sentía, y emplazó a estas ciudades culpables ante el tribunal de Dios. Acariciadas por las olas del gran mar, al otro lado de las montañas, estaban las de Tiro y Sidón, ciudades de gran comercio y lujo, adormecidas en los placeres, a que las arrastraba una religión sensualista y brutal y se habían hecho acreedoras a un espantoso castigo. El Salvador sólo había estado en ellas de paso y no les

---

[46] Michna, *Cheqalim,* III, I.

[47] Este adiós está mucho mejor colocado por san Mateo en Galilea que por san Lucas, que lo intercala en la misión de los setenta y dos discípulos.

había predicado invitándolas a la penitencia. Había reservado sus cuidados y energías para sus compatriotas de Galilea: a ellos abrió su pecho y prometió la salvación, ofreciéndoseles como luz y como vida, luz que empezando a brillar jamás se extingue y prenda de vida eterna que no se pierde. El llamamiento hecho por un Dios despreciado cae pesadamente sobre sus cabezas rebeldes; han pecado con tra la luz, y el pecado contra la luz es el más grave. Ésta será la última enseñanza del Maestro bajo la espantosa forma de una imprecación: «¡Ay de ti, Corozaín! ¡Ay de ti, Betsaida! Si los milagros obrados en medio de vosotros se hubieran hecho en Tiro y en Sidón, hace mucho tiempo que sus habitantes, sentados en cilicio y ceniza, hubieran hecho penitencia. Y tú, Cafarnaún, que hasta los cielos te levantas, serás precipitada al infierno».

Cafarnaún se convirtió en una ciudad maldita, más abyecta que Sodoma y Gomorra, las dos ciudades citadas como tipo del crimen castigado por la maldición divina. A pesar de sus abominables inclinaciones, habían sido más dóciles que la orgullosa Cafarnaún, la cual será juzgada más severamente que ellas. La nueva amenaza no le llegó a conmover.

¡Y hoy! En el mundo no hay lugar que inspire más tristeza al discípulo de Jesucristo que las orillas tan rientes en la primavera del lago de Genesaret. La palabra, que ha despertado en sus riberas la gran esperanza de salvación, se ha esparcido amorosamente por el mundo entero; es salvadora dondequiera que es escuchada y practicada. Allí se ha extinguido su eco. En su Tiberíades, los judíos no quieren otros recuerdos que los de sus grandes rabinos. Tienen lámparas encendidas delante del sepulcro glorioso de Rabbi Méir, y Moisés ben Maimon[48] es para ellos un doctor comparable a Moisés. Algunos franciscanos veneran la presencia de Jesús en Cafarnaún, enteramente arruinada, lo mismo que Corazaín. De Betsaida sólo quedan inciertos vestigios.

Después de este adiós, Jesús dirigió sus pasos hacia Jerusalén, que le trataría con más inclemencia aún, y a la cual hará también entrever el castigo. Estos dos apostolados acabarán con igual fracaso, ocasionando el mismo dolor en el corazón amante de Jesús y produciendo el mismo endurecimiento en los jefes judíos, tanto más culpables cuanto más favorecidos habían sido.

---

[48] La inscripción de la tumba de Maimónides en hebreo suena como una provocación. «De Moisés a Moisés no ha surgido nadie comparable con Moisés».

III. La fiesta de los Tabernáculos

La tercera peregrinación obligatoria se denominaba «la fiesta de las Tiendas», o, como nosotros la llamamos, de los «Tabernáculos». Estas tiendas no eran las de los beduinos, «casas de pelo», sino «chozas de ramaje». Los viñedos todos tenían su torre de piedra, y en lo alto, una terraza, donde era fácil levantar una choza. Allí se quedaban a dormir todo el tiempo en que maduraban los racimos, defendiéndolos de los chacales y también de las personas. Hecha la vendimia, permanecían aún allí algunos días alegremente. Si la fiesta de las primicias se había convertido en recuerdo de la Ley del Sinaí, la de los Tabernáculos estaba consagrada a conmemorar la salida de Egipto[49]. Así una pedagogía divina transformaba la alegría muchas veces licenciosa de las vendimias; la gratitud hacia Dios por los beneficios recibidos del orden natural se convertía en Israel en conmemoración de los favores insignes de orden sobrenatural. En el Cristianismo ha llegado a su última perfección, pues en él todas las fiestas recuerdan los misterios de salvación.

Debido a su mismo origen, la fiesta de los Tabernáculos era menos solemne que la de la Pascua, y no evocaba recuerdos tan sagrados, prendas de un porvenir más santo aún; pero si era menos solemne, era más alegre, como siempre y en todas partes son las vendimias. Aparte de los sacrificios, comunes a todas las fiestas, el rito especial de ésta era tener en la mano durante la ceremonia un manojo de ramas con sus frutos. La Ley señalaba las palmeras y los sauces de los ríos. En tiempo de Josefo y, por tanto, en los días de Jesús, la tradición enseñaba que tales manojos debían ser de ramas de mirto, de sauces, de palmeras, con manzanas de Persia, es decir, con limones.

Por los días en que se celebraba la fiesta, a fines de septiembre o principios de octubre, terminaba el año agrícola[50] y quedaban las tierras convertidas en rastrojo. Los ojos se volvían hacia las esperadas

---

[49] Ex 23, 16: «Observarás la fiesta de la Mies (convertida en fiesta de la Ley)... y la fiesta de la Recolección a la salida del año cuando habrás recogido tus labores del campo». Cf. Lv 23, 42... «A fin de que vuestros descendientes sepan que yo he hecho habitar en cabañas a los hijos de Israel, cuando los saqué de la tierra de Egipto».

[50] Regulábase también por ella el año civil. El primer día del año era y es aún el primero de *Tichri*. La fiesta empieza el 15.

sementeras, suspendidas en tanto no llegaran las aguas. Sin duda para simbolizar la deseada lluvia se derramaba sobre el altar agua sacada de Siloé con un vaso precioso. Expresaba también el deseo de que el agua sacada de la fuente subiese a los cielos para descender de nuevo sobre Israel. Esta ceremonia se renovaba todos los siete días de la fiesta y aun el octavo, aunque tenía carácter diferente.

Los textos nada dicen de si los peregrinos fueron recibidos en Jerusalén con grande pompa, aunque es lo más probable, y sin duda llevarían consigo sus manojos, para no comprarlos muy caros. La entrada en la Ciudad Santa rodeado de los galileos hubiera sido para Jesús como una anticipación de su modesto triunfo en la Pascua siguiente.

JESÚS REHÚSA MANIFESTARSE EN JERUSALÉN
(Jn 7, 1-13)

Dejamos a Jesús despidiéndose de Galilea, por donde pasó como en secreto a fin de dedicarse más de lleno a sus discípulos. Al llegar aquí, reanudamos el hilo del cuarto Evangelio. También nos muestra a Jesús en su provincia, no habiendo vuelto a Judea desde el último Pentecostés. Los judíos habían resuelto deshacerse de Jesús después de la curación en sábado del paralítico de la piscina. Pasados cuatro meses, llegó la hora de volver a la Ciudad Santa para celebrar en ella la fiesta de los Tabernáculos. Los hermanos de Jesús, es decir, sus parientes más cercanos, eran sabedores de su presencia en el país y les irritaba tanta dilación. No tenían en él la misma confianza que sus apóstoles[51], pero si su pariente tenía el designio de hacer algo grande y quién sabe si sus milagros innegables le deparaban felices resultados, ¿por qué volverle la espalda? Era preciso tentar la suerte. Ésta parecía perdida en Galilea; pero Jesús tenía partidarios en Jerusalén, y allí era lugar más a propósito para manifestarse al mundo, es decir, a lo más granado de Israel. Una entrada triunfal en Jerusalén, rodeado de galileos resueltos, con las alegrías del Hosanna, ¡qué hermosa ocasión para presentarse como libertador! Los hermanos se mostraban dispuestos a prestarle su ayuda.

---

[51] Excepto Santiago, hijo de Alfeo, si como creemos es el mismo que el «hermano del Señor», hijo de una hermana o de una prima de la Virgen. Si Alfeo es o no el mismo que Cleofás, Ver cap. VI, § III, *La crucifixión*.

Jesús, sin embargo, prefiere que vayan sin Él. «Vosotros salid a la fiesta; yo no subo aún porque mi tiempo aun no se ha cumplido»: el tiempo fijado por Dios. No intenta el evangelista acusar a Jesús de simulación; indica sencillamente que quería que le dejaran en libertad. No se debe decir mentira ni aun al indiscreto indagador, pero nadie está obligado a revelar los designios que exigen secreto. Precisamente el secreto de Jesús era entrar sin ruido en Jerusalén[52]. Esta precaución era indispensable, porque los judíos lo esperaban, y cuchicheaban entre sí unos en pro y otros en contra, sin que ninguno se apresurase a dar francamente su opinión, previniendo el juicio de la autoridad.

JESÚS SE DIRIGE A JERUSALÉN
(Lc 9, 51-56)

Jesús, pues, tomó el camino de Jerusalén acompañado sólo de algunos discípulos: salió de Galilea para no volver a ella. San Lucas consigna este momento decisivo, esta última partida, cuyo final sería la muerte, aunque se difiriese algunos meses aún. En adelante todo se verá a través de este prisma.

El viaje más corto se hacía por el país de los samaritanos, y Jesús pensaba pedirles hospitalidad. Pero en la época de las grandes peregrinaciones, los sentimientos estaban más sobreexcitados. El pequeño grupo llevaba el camino de Jerusalén, lugar donde iban a cumplir los ritos que debían celebrarse allí, y esto equivalía a insultar a los samaritanos por sus pretensiones sobre Garizín. Éstos no los recibieron. Santiago y Juan, los hijos de Trueno[53], pensaron que esa vez estaba de más toda interpretación benigna: negándose a cumplir el sagrado deber de la hospitalidad, se presentaban claramente como enemigos declarados; y así, dirigiéndose a su Maestro, sintiéndose valientes para hacer lo que Elías (2R 1, 10-12) con sólo que Jesús consintiese en ello, dijeron: «¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma?» Jesús se volvió hacia ellos y los reprendió[54], con su dulzura acostumbrada, resignándose a buscar albergue en otro lugar.

---

[52] El sentido es: «Yo no subo *todavía*», como han suplido numerosos manuscritos.

[53] Véase p. 241.

[54] El texto primitivo no decía más, pero algunos testigos han añadido: «Él les dijo: no sabéis de qué espíritu sois; el Hijo del hombre no ha venido para perder

PRIMERAS CONVERSACIONES Y PRIMERAS IMPRESIONES EN LA FIESTA
(Jn 7, 14-36)

Cuando Jesús llegó a Jerusalén, la fiesta había ya comenzado; estaban a la mitad de aquella semana santa. Él fue derecho al Templo. Terminadas las ceremonias, gustaban los judíos de pasar el tiempo hablando en el vasto recinto que rodea el altar y el santuario. Los maestros enseñaban allí, y lo mismo hizo Jesús. No pocos se maravillaban de esto, porque juzgaban que no había asistido a las escuelas rabínicas, a las que era necesario concurrir largo tiempo para adquirir autoridad y dar a sus opiniones peso, según la fórmula consagrada: tal maestro dijo. Era ésta la gloria más envidiada por aquellos que pasaban los días y las noches en el estudio de la Ley.

A despecho de su afectada modestia, los maestros, que no querían pasar por repetidores, cedían con frecuencia a la tentación de hacer prevalecer a fuerza de ingenio una nueva solución, la suya; pero había que deducirla de la Ley, a expensas muchas veces de una exégesis correcta, porque tampoco debían herir los derechos adquiridos por otros doctores.

Jesús, lejos de pretender originalidad en su doctrina y buscar el honor que con ello le vendría, declaró desde el principio que su doctrina no era suya, sino de aquel que lo había enviado. A Él debía ser dada toda gloria; desde el momento en que por propia voluntad renunció a ella, no podía ser tildado de alterar la verdad por vanagloria. Con esto quiere decirles que es Dios quien le ha enviado, pero ¿cómo probarlo? ¿No es ésa precisamente la cuestión que le separa de sus adversarios? Jesús acude, en primer lugar, al testimonio de una conciencia recta. Para juzgar las cosas divinas vale más adherirse a Dios por la voluntad que buscar luces por el estudio. Sienta así un admirable principio de mística: el conocimiento de Dios por la semejanza con este objeto divino. Una pobrecita sin instrucción, pero piadosa, tiene más conocimiento del bien moral que un teólogo sin virtud. Era el caso de

---

las almas, mas para salvarlas». Esta adición sube hasta Marción, preocupadísimo de establecer oposición entre el Nuevo y el Antiguo Testamento. La oposición aquí no es grande: el espíritu del N. T. no es el mismo, gracias a Jesús, que vino para salvar a los hombres. La Iglesia no ha visto nada de reprobable en esas palabras que hasta el presente figuran en la Vulgata. *(Clementine et Wordsuorth-White).*

los enemigos de Jesús. Siempre con la Ley de Dios en los labios, pero no la practican según el espíritu de ella, y por eso no ven la interpretación dada por Jesús, según el espíritu de quien la ha dado. Cierto que las inspiraciones místicas no podrán prevalecer sobre una ley positiva emanada de Dios; mas para defender lo que se le reprocha a Jesús, de haber curado a un hombre en sábado, le bastó mostrar que allí sólo había una transgresión aparente. La Ley del sábado estaba suspendida para cumplir los ritos de la circuncisión en los recién nacidos, obligatoria al octavo día, ¿y había de ser un obstáculo para devolver la salud, o más bien, no debía quedar eliminada ante la ley de la caridad?

Jesús hacía con esto alusión a la curación del paralítico de Bezatha, en el último Pentecostés, y recordaba que entonces los judíos concibieron el designio de darle muerte. Entre la multitud, algunos que probablemente habían venido de lejos, creyeron que Jesús padecía delirio de persecución: «Tú estás poseído del demonio, ¿quién te quiere matar?» (Jn 7, 20). Otros, los de Jerusalén (Jn 7, 25), conocían muy bien los sentimientos de odio de sus jefes y no se sorprendieron. ¿Cómo, pues, dejaban a Jesús hablar libremente? ¿Habrían cambiado de opinión? ¿Estarían dispuestos a reconocerle por Mesías? Pero el Mesías debía venir sin que se supiese de dónde, de una manera milagrosa. Sin embargo se sabía demasiado de dónde provenía Jesús. «Es verdad, replica Jesús, vosotros me conocéis y sabéis de dónde soy, pero eso no hace al caso. Este origen terreno no impide para que yo venga de más alto, enviado por Aquel que tiene derecho de hacerlo, y si vosotros no sabéis quién es, yo lo sé, porque de Él soy y Él me ha enviado». De esta suerte, según su modo condescendiente, resuelve Jesús la dificultad en que espíritus ligeros tropezaron. Vivían aferrados a la idea del origen extraordinario del Mesías, y Jesús les hace ver que es más divino de lo que ellos se imaginaban, sin negar los lazos terrenos que ellos muy bien conocían. Él preexistía en Dios, que le ha enviado, y con Él mora. Algunos, heridos en su más íntimos sentimientos, al oír estas palabras quisieron echarle mano, pero otros decían: «¿Por qué no creer en Él, si lo que dice lo ha confirmado con milagros? El Mesías, cuando venga, ¿dará pruebas más asombrosas?» Y creyeron en Él.

Inquietos los fariseos, recurrieron a los pontífices, que eran los únicos que podían disponer de la fuerza pública del Templo, y varios satélites fueron encargados de arrestarlo en forma, con todas las de la ley. Conoció el pensamiento de ellos Jesús y les advirtió de antemano

la inutilidad de sus esfuerzos. Cuando llegase la hora, nada le impediría volver a quien le había enviado. Entonces le buscarán, pero en vano, porque no podrán darle alcance. No queriendo ahondar en el pensamiento de que Jesús podía ser enviado de Dios, los judíos no comprendieron lo que les había querido decir. ¿Tendría intención de ir a predicar a los hijos de Israel esparcidos por las naciones, o a las naciones mismas? No tendría tiempo, porque las órdenes contra Él estaban dadas.

ENSEÑANZA DEL ÚLTIMO DÍA DE LA FIESTA; DISENSIONES DE LOS FARISEOS ENTRE SÍ
(Jn 7, 37-52)

En todo lo dicho hasta entonces, según la redacción resumida de san Juan que conocemos, Jesús había respondido al pensamiento más o menos claramente expresado y disimulado por los que le rodeaban. El último día de la fiesta toma Él la iniciativa para una enseñanza fecundísima, inspirándose en la ceremonia del agua derramada. Era el día más solemne[55], al que se le daba el nombre especial de Hosanna, a causa del salmo (128, 25 [heb.]) que se cantaba en la procesión, llevando en las manos ramas de sauces. La oración por la lluvia se hacía con viva instancia; iban a terminar las rogativas.

Todas las aguas, aun las de las fuentes, descienden del cielo, y por esto Jesús compara este elemento puro y limpio al don de Dios. No hacía en esto más que seguir la tradición de los profetas, para los cuales el agua que regaba la tierra seca era la imagen del espíritu nuevo que debía señalar el tiempo de salud (Is 44, 3 s. etc.) Jesús, el Salvador, era, pues, el dispensador de esta agua, concedida a quienes creían en Él. Todo esto está contenido en esta frase: «Todo el que tenga sed, venga a mí; el que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura: ríos de agua viva manarán de sus entrañas» (Jn 7, 37 s.). Alusión enigmática, aunque clara para quien hubiera comprendido, como más tarde san Pablo (1Co 10, 4), que Cristo estaba prefigurado por la piedra, de donde salió en el desierto un agua milagrosa, porque este milagro debía renovarse en el orden espiritual en los días de salvación mesiánica, como predijo Isaías: «Decid: Yahvé ha rescatado a su siervo Ja-

[55] El séptimo día, más bien que el octavo, que tenía diferente sentido.

cob... Él hizo brotar agua de la roca y las aguas se han esparcido» (Is 48, 20 s.). La traducción griega añade: «y mi pueblo beberá».

El evangelista reconoce, sin embargo, que esta doctrina era entonces oscura. Él mismo la comprendió mejor cuando Jesús la explicó claramente a sus discípulos (Jn 16, 7). Además, les dará la clave: «Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyesen en Él, pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado». En la antigua alianza se habían conocido intervenciones del Espíritu, pero eran súbitas, irresistibles, acompañadas de luz y de fortaleza a favor de los héroes salvadores temporales de Israel, como Otoniel, Gedeón, Jefté, Sansón, Saúl, que luego, por haberse hecho indignos, fueron privados muchas veces de aquella gracia. La fuente no era perenne, pues el Espíritu no se comunicaba a ninguno que lo poseyese con toda plenitud. Esto era propio de Jesús, pero no la había de comunicar hasta después de su Pasión, después de haber entrado en su gloria. Todos los cristianos saben cómo esta era de salud permanente e irrevocable fue inaugurada en el primer Pentecostés cristiano, cuando bajó el Espíritu Santo.

Nosotros, que sabemos cuánto amor de Dios, cuánta caridad hacia los hombres, cuántos grandes pensamientos y magnánimas acciones han brotado de la fe en Cristo, nos maravillamos del cumplimiento de esta profecía, dada a conocer en aquel espléndido aislamiento. Fue sin duda, comentada por Jesús entonces con tal evidencia, que los de Jerusalén, tan sensibles al principio como lo habían sido los de Galilea al acento de la palabra de Dios, decían a su alrededor (Jn 6, 14 y 7, 40): «Verdaderamente es el profeta», el gran profeta esperado. Algunos iban más lejos y se atrevían a pronunciar el nombre del Mesías; pero entonces se hubiese lesionado la prerrogativa de Judá, al mismo tiempo que perdía prestigio la Escritura. El Mesías debía descender de la casa de David, y por tanto nacer en Belén, cuna de esta familia. Quedaban con esto en la incertidumbre; no obstante, los partidarios de Jesús aumentaban de día en día, sobre todo entre los galileos, y la oposición se debilitaba. Los esbirros mandados por los sumos sacerdotes y por los fariseos no se atrevieron a cumplir su misión, pues aunque era gente acostumbrada a aquellas maniobras, se sintieron extrañamente movidos y no ocultaron su sentir a quienes les dieron orden de detener a semejante hombre. Pero ¿qué pesaba en la conciencia de los fariseos la opinión de aquella muchedumbre, que no había estudiado los textos de la Ley? No podía haber virtud sólida sin esta ciencia;

eran, pues, ignorados o malditos de Dios. Entonces, Nicodemo, uno de los más doctos, se atrevió a objetar: ¿Se ha de juzgar a Jesús sin oírlo? Esto sería ciertamente contrario a la Ley. Es necesario indagar con buena fe sus obras. A este doctor hubieron de responderle. Él se acoge a los hechos, y se le opone una excepción de derecho. ¿Para qué entrar en examen? De Galilea no puede salir ningún profeta. ¿Le habrían respondido esto porque Nicodemo fuese galileo? Para corroborar la pretensión de este compatriota, ¡que señale primero un lugar de la Escritura!

Los fariseos no sabían que Jesús, en verdad, había nacido en Belén. Andaban siempre a caza de sutilezas exegéticas; pero Dios sabía muy bien cumplir de modo más natural las palabras de los profetas.

LA MUJER ADÚLTERA
(Jn 7, 53-8, 11)[56]

Después de tan acaloradas discusiones se fueron cada uno para su casa. Jesús se retiró al monte de los Olivos, donde contaba con amigos y en donde más tarde lo hallaremos (Lc 21, 37 s.). Muy de mañana estaba ya en el Templo para enseñar; a su alrededor se arremolinaba el pueblo para oírlo. Enseñaba sentado: la efervescencia de la fiesta ya había decaído mucho.

Cierto día fue interrumpido por un tumultuoso grupo de gente: habían sorprendido a una mujer en flagrante delito de adulterio y la llevaban a los escribas y fariseos, dejando a su celo aplicarle el castigo, siguiendo los trámites legales delante de un tribunal competente. Lo notorio del crimen parecía justificar una ejecución sumaria. Como quiera que fuese, la ocasión se pintaba sola para sondear los sentimientos de Jesús. Pasaba por recibir benignamente a los pecadores, y aun se decía amigo de ellos. ¿Se atrevería a perdonar en un caso tan grave? Acompañados los fariseos de una turba enfurecida, le llevaron

---

[56] Parece claro que este episodio no pertenece a la redacción del cuarto Evangelio, pero es canónico e inspirado. Tal vez se insertó aquí como perteneciendo a la tradición recogida por los discípulos de san Juan. Tiene, además, todo el sabor de los sinópticos y nada autoriza para poner en duda la realidad de los hechos.

la mujer y le exponen el caso. De un modo bastante cándido descubren sus secretas intenciones: «En la Ley de Moisés está prescrito apedrear a tales personas. ¿Tú qué dices?» La cita de la Ley no era muy exacta; condenaba a muerte a la mujer culpable (Lv 20, 10), pero la pena de morir apedreada sólo se aplicaba a las desposadas infieles (Dt 22, 23 s.), y algunos mantenían una diferencia en el castigo. Sin embargo, siendo aun más culpable la casada que la desposada, estaba muy puesto en razón que se le aplicara el castigo más espantoso. Jesús no los combate por esto, pero se muestra reservado en dar su parecer. Él no ha venido como ministro de un tribunal, que debe condenar según la Ley, sino que vino a invitar a los pecadores a prevenir por la penitencia los juicios de Dios. Afectando ser extraño a aquella escena enojosa, se inclinó, y con un dedo se puso a escribir en la tierra, como para dar tiempo a reanudar sus enseñanza, o para mejor fijar por la escritura sus pensamientos. Como en Jeremías (27, 13, pero no en el griego) está escrito: «Los que se apartaren de mí serán escritos en la tierra», san Jerónimo pensó que Jesús escribía los pecados de los acusadores. Esta ingeniosa salida, al mismo tiempo que suplía al silencio, satisfacía la curiosidad. Sostienen aún algunos esta interpretación, pero sin fundamento, porque los celosos de la observancia de la Ley no tenían por qué temer; estaban solamente contrariados al ver que Jesús descubría sus cálculos con una estudiada indiferencia, por eso volvieron empeñosamente a insistir. Él les dijo entonces: «Aquel de entre vosotros que esté exento de pecado, que tire la primera piedra». Era, en efecto, el denunciador quien primero debía arrojarla (Dt 8, 10; 17, 7).

Que un magistrado culpable, rojo por la vergüenza, pronuncie una sentencia condenatoria como representante de la Ley, es una consecuencia inherente a la flaqueza de la justicia humana; pero estos apasionados de un derecho estricto debían, antes de alardear de su celo, examinar mejor su conciencia. Los más ancianos se fueron largando. ¿Era que Jesús había penetrado en los secretos de sus corazones? Desentendiéndose tan claramente de la causa, ¿temieron que les tendiese algún lazo, para intervenir de nuevo con más fuerza? Desfilaron los primeros, y los demás ministros de la justicia los siguieron. Quedaron sólo Jesús y la mujer, y sin duda también los discípulos y algunos curiosos. Se enderezó Jesús e interpeló a la mujer, sobrecogida todavía de espanto. Fuera mejor que solicitara el perdón de rodillas. Jesús le dice: «¿Nadie te ha condenado?» Ella, toda azorada, apenas puede articular dos palabras: «Nadie, Señor». Jesús le dice: «Tampoco

yo te condeno a la afrentosa muerte de morir apedreada. Vete y en adelante no peques más».

La justicia y la misericordia se han unido: la justicia no podía consentir en una absolución jurídica, que no atendiese al carácter antisocial de la falta: la misericordia no podía consentir una condenación desde el momento que leyó el arrepentimiento en aquel corazón todavía embargado por el espanto. Recomendarle un firme propósito era suponerla arrepentida.

LA LUZ ES UN TESTIMONIO CONFIRMADO POR EL PADRE

(Jn 8, 12-20)

La fiesta había terminado, y ya no vemos a la multitud figurar como actor en el drama que se desarrolla entre los judíos y Jesús. En la primera tarde de la fiesta se encendían en el atrio de las mujeres cuatro grandes candelabros, y el Talmud habla conmovido del resplandor que aquella luz proyectaba sobre Jerusalén y sobre todo el país. No se sabe que esta ceremonia fuera practicada en los días siguientes. No sirvió, pues, de tema a Jesús para proclamarse luz del mundo. A lo más se puede suponer que, comentando el esplendor de aquella ceremonia, le hubiese dado ocasión para decir: «Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de la vida». Esta luz no será para el discípulo un conocimiento estéril: dulcificará el corazón, conmoverá la voluntad, será viva centella de la vida moral y religiosa y rayo de luz salido de Jesús para disipar las tinieblas que encuentra el hombre en su camino (Lc 50, 79).

Hablando así Jesús no se presentaba claramente como Dios, sino más bien como Mesías. Los profetas lo habían anunciado como luz de las naciones (Is 42, 6; 49, 6, etc.)[57], y no lo ignoraban los escribas. Comprendían, pues, perfectamente que Jesús se tenía como enviado de Dios. Pero nadie está autorizado para dar testimonio de sí mismo, y Jesús se lo había concedido espontáneamente cuando la precedente

[57] *Le Messianisme*, p. 47 y passim.

plática en la fiesta de Pentecostés. Había dicho también entonces que tenía en su favor el testimonio de su Padre, surgiendo de sus propias obras marcadas con el sello de la divina potencia. Ahora les hacía entender que este sello no es más que una garantía preliminar. Cuando un profeta habla, lo hace en nombre de Dios, y es necesario que con sus prodigios pruebe su misión. Hecho esto, ¿cómo se sabrá en qué consiste su misión si no es por Él mismo? Los milagros de Jesús habían probado que decía verdad, porque Dios no autoriza la mentira, y siendo el órgano de la verdad, es la luz, y a la luz le basta alumbrar para mostrarse como luz. Hablando, pues, Jesús de su misión, es preciso creer en Él; sólo Él sabe de dónde viene y a dónde va. Sin embargo, no se ha de olvidar lo que ya en otra ocasión (Jn 5, 31 s.) había manifestado claramente, que Dios ha autorizado su palabra; no está, pues, Él solo. El viejo refrán, por cierto demasiado pesimista, *un testimonio solo no debe tenerse en cuenta,* no puede aplicársele. Si está contenido en la Ley, aun frente de la Ley, Jesús está en regla con ella: su Padre está con Él; son dos. Saliendo fiador de su palabra su Padre, debe ser creído en lo que dice.

Los judíos parecían no tener en cuenta los milagros, testimonio que acompaña a la palabra y la acredita. Fingen haber entendido que Jesús les ofrece comparecer a su Padre. ¿Dónde está? Si habla de José, a quien todo el mundo lo tiene por su padre, sería como mofarse de ellos. Si se refiere a Dios, blasfema teniéndose por Hijo suyo. Jesús evita aún esta declaración demasiado terminante ¿Tienen razón ellos en decir que nada saben de ese Padre? Con sólo que conociesen bien a su Hijo Jesús, conocerían también a su Padre, pues debían comprender que el Hijo tenía la misma naturaleza que el Padre. Si ese tal pensamiento les parecía blasfemo, debían, al menos, reconocerle como enviado de Dios y escucharle: conocerían entonces mejor el Padre. Su primer paso debía ser reconocerle como intérprete de Dios; pero los judíos no querían concederle esto, presintiendo ya que a continuación tendrían que creerlo igual a Dios, y era preferible cortar por lo sano, apoderándose de Él. No lo hicieron porque su hora no había llegado. El evangelista termina siempre con lo mismo, como con un epifonema lastimero, triste conclusión de todas estas conversaciones. La particularidad de esta importante enseñanza tiene como garantía el lugar en que fue dada: fue hecha cerca del Tesoro del Templo, en el atrio, donde todos los israelitas podían entrar.

ES PELIGROSO DESCONOCER AL ENVIADO DE DIOS
(Jn 8, 21-30)

Fue poco después, según parece, cuando Jesús habló a los judíos de la necesidad de tomar alguna decisión. Ya habían gastado demasiado tiempo en disputas, argucias y tergiversaciones: y Jesús tenía las horas contadas y no tardaría en ausentarse. Entonces le buscarían (bien cuando el sitio de Jerusalén, bien a la llegada de los falsos mesías) llamando inútilmente un Salvador, pero será ya tarde y morirán en su impenitencia, juntando a los otros pecados el haber desconocido al Salvador enviado por Dios.

Más irritados que la vez primera (Cf. 7, 31-36)[58] a causa de esta misteriosa amenaza, comprenden, no obstante, los judíos que alude a la partida de la muerte. ¡Pero si Jesús iba cerca de Dios, ellos seguramente podían seguirle! ¿Tendría tal vez intención de matarse y así precipitarse en la Gehenna? A esta atroz suposición responde resueltamente Él: No, si no debemos encontrarnos es que pertenecemos a distintos mundos. Vuestras inclinaciones os llevan hacia abajo y yo soy de arriba. Sería vuestra salvación creer en mí y entonces os transportaría la fe a las alturas en que yo soy. Esto fue dicho en términos oscuros para quienes no conocieran bien la Escritura: vosotros debéis creer «que soy yo», según que el griego tradujo las dos palabras «*yo-el*» (Dt 32, 39; Is 43, 10-15), es decir, yo claramente soy aquel que está en lo alto, aquel que salva.

A tan elevada pretensión, contestan los judíos con una pregunta burlona: «¿Quién, pues, eres tú?»[59] ¿Convenía que les repitiera más claramente lo que con seguridad se habían figurado, por sólo satisfacer su ironía? Jesús hizo lo mismo que cuando el epiléptico (Mc 9, 19; Lc 9, 41)[60], deja entrever una especie de abatimiento melancólico, como quien ve despreciados sus esfuerzos. «Ni siquiera debiera yo hablaros». Pero es el órgano de la verdad, y nada repite fuera de lo que ha oído a Aquel que lo ha enviado. La respuesta, si no era directa, encerraba al menos nueva afirmación de su derecho a ser creído. La mayoría de los judíos no lo entendían así, si bien había entre ellos muchos animados de un verdadero deseo de seguir la senda trazada por

---

[58] Ver pp. 256 s.

[59] Compárese Hch 19, 15.

[60] Ver p. 290.

Dios. A éstos, sin duda, es a los que Jesús hace un último llamamiento: «Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonce entenderéis que soy yo». Estos hombres de buena voluntad no debían morir en su pecado. Conmovidos por el llamamiento tan generoso del Hijo del hombre, tan humildemente resuelto a hacer la voluntad de su Padre, creyeron en Él. Viéndolos juntos, dispuestos a manifestarle su naciente convicción, los acoge, pero les recuerda la condición formulada ya en el sermón de la Montaña. Su verdad no es un resplandor fugaz, y no basta adherirse a ella, es preciso permanecer en ella, es decir, vivir de ella, conformando sus actos con su fe (Lc 6, 46-49).

De todo esto dedujo esta dichosa consecuencia: la verdad practicada se desarrolla en el alma y le da aquella energía que es verdaderamente rescate y libertad.

LA SALVACIÓN ANUNCIADA A ABRAHÁN ESTÁ EN JESÚS *(Jn 8, 31-59)*

Aquella frase de aparente sencillez dirigida a los nuevos creyentes comprendía todo el nervio de la salvación: creer en el enviado de Dios, vivir de su verdad, estar así libre de error, y sobre todo del error religioso, que la verdad disipa y, merced a la acción de este principio vital, estar exento de pecado. Ignoramos el fruto que de esta enseñanza sacaron los nuevos convertidos. Otros, los adversarios más encarnizados de Jesús que la oyeron, se reunieron en junta[61]. Habían comprendido la altísima importancia del principio anunciado, y no lo aceptaban.

En un diálogo donde las frases se cruzan como espadas, no se debe buscar una tesis meditada, orientada con arte y probada por la evolución de las cosas. Las respuestas de los judíos y las mismas de Jesús brotan espontáneamente de las circunstancias y de las convicciones reales que chocan entre sí. No es menos cierto que todo el debate gira sobre un punto decisivo, que es necesario hacer resaltar, si se quiere comprender el alcance de las réplicas. Jesús hace hincapié en que la salvación se obtiene por la fe en su persona y en su misión: a este precio se consigue el rescate del pecado.

---

[61] Por ceñirse demasiado a la letra, se ha atribuido a los nuevos creyentes una volubilidad inaudita. En el lenguaje de entonces «responder» y tomar la palabra expresan lo mismo. Tenemos aquí nuevos interlocutores, como muy bien lo comprendió san Agustín.

Aceptando este camino se llegaría a no poder buscar más la salvación en la Ley: lo cual enérgicamente los judíos rechazan. Al pueblo salido de Abrahán le fue suministrado de mucho tiempo atrás todo lo necesario para la salvación. Por Abrahán tienen ellos a Dios por Padre. Admitido que Jesús estuviese unido con Dios de aquel modo, pero ¿con qué derecho se llama él Hijo de Dios, venido directamente del seno de su Padre? Esto es una blasfemia que merece la muerte. Tomadas así las cosas, los judíos se oponen a la verdad que Jesús les predica y se atollan en la mentira, y bien a las claras lo prueba su odio, porque el odio es hijo de la mentira, como la caridad es hija de la verdad. No son, por tanto, hijos de Dios, ni siquiera hijos de Abrahán, sino más bien hijos de aquel que fue desde el principio de la historia, en el jardín del Edén, embustero y homicida, homicida por su mentira. Los judíos se vuelven vivamente contra el reproche de mentira, y no quieren cambiar en nada el orden establecido desde Abrahán. Jesús no duda, entonces, en referirse a Abrahán, no porque dependa de él, sino más bien porque Abrahán esperó en el Mesías, a Él mismo, porque Él era anterior a Abrahán.

Se cerró la discusión y no quedaba otro camino que creer en Jesús y asociar su culto al del Padre, o apedrearlo como a blasfemo.

El nombre de Abrahán sale sin cesar: el mesianismo del pueblo de Israel comenzaba con él; Jesús lo admite, al igual que los judíos. Pero el Mesías para ellos será a lo más otro Abrahán, acaso sólo un restaurador de la fe de Abrahán. La sola idea de asociar el Mesías al culto del Dios de Abrahán los turba profundamente. Es que no sienten a fondo la obra sobrenatural del Mesías, de su misión, no sólo como predicador de la penitencia, sino como destructor del pecado.

Yendo de frente a su fin, saliendo al camino a las pretensiones del Salvador, afirman que las cosas no van tan mal: la posteridad de Abrahán jamás ha sido esclava y no tenía por qué ni de qué ser liberada. Es evidente que su imprudencia no les lleva hasta negar la sujeción a que su pueblo fue reducido por asirios, babilonios, persas y macedonios y, al fin, por los romanos. Jesús no les prometía liberarlos de una esclavitud temporal. Por triste que fuese el recuerdo de las antiguas historias, quieren decir, que después del regreso de la cautividad de Babilonia, jamás los judíos habían inclinado su frente ante los dioses extranjeros. Entonces, ¿de qué libertad les hablaba?

Olvidaban que la sola fe ortodoxa no bastaba para la salvación. Además de haberla perdido muchos descendientes de Abrahán, la ver-

dad religiosa no había tenido virtud de extirpar el pecado, que aún entonces se desbordaba por todas partes. Ellos, sin embargo, huían de la dolorida contrición de un Daniel, condición indispensable en todo tiempo para alcanzar misericordia, y primer paso de la verdad hacia la vida. Ciegos por el odio y decididos a pasar sin la ayuda de Jesús, le dicen con descaro que nada necesitan de Él.

A esto responde Jesús poniendo al desnudo sus íntimos sentimientos, sus deseos de darle muerte. En realidad de verdad, ellos son esclavos del pecado como toda su Ley lo daba a entender en sus purificaciones incesantes, como sus profetas lo habían proclamado en sus grandes aflicciones, y, por consiguiente, debían temer ser arrojados de la casa del Padre si no acudían al Hijo que con Él mora siempre. Esta repulsa de la salvación mesiánica, suprema esperanza de la nación, es tan extraña en la posteridad de Abrahán, que debe ser inspiración extranjera: por aquí se declaran hijos de un padre que no es Dios.

Los judíos manifiestan no comprenderlo. Repiten: «Nuestro padre es Abrahán». Jesús entonces les replica: «Haced, pues, obras de Abrahán y no las de otro padre».

De esta acusación ya no intentan los judíos defenderse. Se les dice que no son hijos de Dios; sin embargo, ellos bien saben que sus padres inmediatos no han adorado a los dioses extranjeros. Esto sólo hubiera sido el crimen de infidelidad de parte de la nación unida a su Dios por los dulces lazos de un amor legítimo, y el verdadero adulterio espiritual, que hubiera hecho de ellos hijos de prostitución, según la sangrienta frase del profeta Oseas (Os 1, 2). Ellos, pues, tenían conciencia de ser hijos de Dios.

Jesús replica: «Si vuestro padre fuera Dios, ciertamente me amaríais, porque yo he salido de Dios». No los acusa de ofrecer sacrificios a los dioses extranjeros, sean griegos o romanos; pero su propia Escritura les da a conocer el antiguo adversario de Dios, por quien entró la muerte en el mundo. Quien fomenta deseos de muerte contra un inocente, se hace hijo de aquel homicidio primordial, que es padre de la mentira. Un criminal podrá ser condenado a muerte, pero ¿cuál es el crimen de Jesús? ¿Qué pecado pueden echarle en cara? Su crimen es haber dicho la verdad por ellos rechazada, porque no son de Dios.

Los judíos rehúyen confesar sus intenciones homicidas. Eso, como antes dijeron, es una quimera de un poseído del demonio, a menos que sea samaritano. Respuesta de «más eres tú», tan corriente entre niños.

Jesús se contenta con rechazar la acusación, y, renunciando al manejo del escalpelo contra aquellos cadáveres espirituales, les ofrece de nuevo la vida del alma. «El que guardare mi palabra, no verá la muerte jamás».

Todas las palabras cruzadas hasta entonces se referían al orden espiritual: el rescate de la esclavitud era el rescate del pecado; la preservación de la muerte debía entenderse de la muerte eterna.

Los judíos, cambiando de campo, recogen aquella frase que va a poner en aprietos a Jesús. ¡Librarse Él de la muerte del cuerpo y librar a otros, habiendo muerto Abrahán y lo mismo los profetas! Quien habla así se cree más grande que Abrahán, verdaderamente tiene que estar poseído por el diablo.

Preciso es que Jesús proteste colocándose en el plano de ellos. Se excusa con modestia, pero lo hace o, mejor dicho, deja su defensa al cuidado de su Padre. No manifestar la verdad, pasar porque Él no conoce a su Padre, sería aliarse con la mentira, y eso le era imposible, a Él le ha sido confiada la verdad para que la predique en tiempo oportuno. Sí, Él es más grande que Abrahán; hacia Él volvió sus ojos suspirando Abrahán y cuando lo vio en el porvenir, aunque velado «en la luz de la visión profética, Abrahán, el padre de ellos, se estremeció de alegría».

¡Verdaderamente Jesús se creía muy bien informado de los sentimientos de Abrahán! ¡Lo había, pues, visto, y no tenía cincuenta años!

Y Jesús dijo con tal sencillez: «Antes que Abrahán hubiere nacido, soy yo». Toman piedras para arrojárselas, pero Jesús se libra de ellas saliendo del Templo.

Se advierte cierta analogía entre la discusión sobre los verdaderos hijos de Dios y lo que sobre el mismo objeto dice san Pablo (Rm 4; Ga 3). Es seguro que san Juan escribió mucho tiempo después que san Pablo. ¿Se dirá que siguió aquí a san Pablo y, por consiguiente, que la teoría contenida en esta discusión es una creación cristiana, puesta en los labios de Jesús? Sería desconocer la relación de origen entre las dos doctrinas. San Pablo quiere demostrar que la justificación no depende de las obras, sino de la fe en Cristo, y lo prueba porque la fe de los cristianos es la misma que la de Abrahán, quien creyendo en la promesa, fue inmediatamente declarado justo. Descendiendo después de Abrahán a los creyentes, san Pablo reconoce en él a su padre. Son todos hijos de Dios por la fe en Cristo, y teniendo la misma fe que Abrahán, son de su verdadero linaje, aun cuando sean incircuncisos.

Dedujo, pues, una conclusión positiva de lo que sólo estaba como en germen en el argumento de Jesús, y casi sólo en sentido negativo. Para resolver la objeción de los judíos, deducida su prerrogativa, probaba sólo Jesús que en realidad, no siendo hijos de Dios, tampoco lo eran de Abrahán. Esto exactamente era la consecuencia de la controversia, sin deducir nada en beneficio de los creyentes. San Juan, sin duda, había leído las epístolas de san Pablo. ¿Tendría bastante tacto crítico para ceñirse tan exactamente a la consecuencia de verosimilitud histórica, pudiendo deducir otras magníficas consecuencias de la argumentación, si no hubiese sido guiado por el recuerdo real de lo que fue la revelación del Salvador?

Jesús afirmó claramente esta vez su preexistencia en términos que incluyen la divinidad, y así lo juzgaron los judíos al querer taparle la boca apedreándolo. Más tarde se expresará más claramente aún.

EL CIEGO DE NACIMIENTO
(Jn 9, 1-41)

Fuera del Templo, Jesús no fue molestado: el golpe estaba parado. A no ser que sirviera de excusa la indignación causada por un flagrante delito, nadie podía ser sentenciado a muerte más que por la autoridad romana.

Andaba, pues, Jesús libremente, y a su paso[62] se encontró con un ciego de nacimiento. Para mover a compasión exteriorizaba a gritos aquél su desgracia, de que no tenía idea clara, pero sí su padres, que muchas veces la habían deplorado en su presencia. Los discípulos no se habían atrevido a intervenir en la controversia. A solas con su Maestro era cuando hablaban con libertad y sin cuidado, exponiendo las dificultades que se les ocurrían. A pesar de la lección decisiva y espléndida del Libro de Job, el pueblo no admitía de buena voluntad que fuese impuesto a uno un sufrimiento que no hubiera merecido. Aquel hombre, siendo ciego de nacimiento, no podía haber atraído sobre sí aquella pena por su falta. La hipótesis, apenas formulada, caía por tierra. ¿Serían los padres los culpables? No sabían qué pensar.

---

[62] Nada indica en el texto de san Juan que haya alguna relación cronológica entre este episodio y el precedente. Parece que hubo algún intervalo.

Jesús sabía que los sufrimientos de la vida no responden siempre a una falta; Dios tiene sus designios que a nadie es lícito sondear. Pero Jesús sabe también que, en el caso presente, Dios tenía intención de hacerlo objeto de su bondad. Siendo Él la luz del mundo, muy bien puede dar vista a un ciego, y así, para probar la confianza de aquel hombre, pone sobre sus ojos un poco de tierra ablandada con su saliva y le manda: «Vete y lávate en la piscina de Siloé».

La saliva de la mañana era tenida como remedio eficaz para los ojos fatigados, pero no el lodo[63]. Tan extraño remedio fue tal vez aplicado por Jesús como símbolo, para probar de una manera exterior y sensible la falta de vista. Las aguas de Siloé no tenían fama de ser buenas para la vista, como la tenían las de la piscina de Bezatha, pero eran más célebres en la Escritura por las profecías de Isaías (Is 8, 6) y por el canal de Ezequías, abierto en la roca para conducir a la parte baja de la ciudad las aguas de la fuente, de donde se alimentaba la antigua fortaleza de Jerusalén. El nombre de Siloé le venía del mismo canal, «el portador» de aguas. El evangelista lo entendió en pasivo, es decir, como significando «el enviado». El simbolismo resalta aquí sin misterio, y nada nos autoriza a cambiar el texto cuando el autor no lo sugiere, mucho menos a substituir por el simbolismo la realidad, cuando su intención, como aquí, es hacer hincapié sobre la palpitante realidad de los hechos. Jesús, que acaba de exigir la fe debida al enviado de Dios, el único con poder para deshacer el pecado, juzgó a propósito que figurase en este milagro el perdón concedido en las aguas del bautismo por la fe en el Enviado. La lección, sin embargo, no fue comprendida hasta más tarde.

El hombre fue, se lavó y vio con claridad[64].

Sucedía esto en sábado, día en que no estaba permitido aplicar remedios. Jesús, con esto, había añadido a su cuenta un nuevo agravio.

---

[63] De los textos citados en este sentido por M. Fouard, Suetonio (*Vespas.*, VII) habla de la saliva, y también Plinio (*H. N.*, XXVIII, 4). El lodo sólo aparece para el caso especial de un tumor en los ojos en un poema sobre medicina atribuido, con razón o sin ella, a Sereno Samónico (siglo III después de J.) en *Poetae latini minores* de Baehrens, III, V. 214 s.:

«Si tumor insolitus typho se tollat inani
Turgentes oculos vili circumline coeno.»

[64] Después de esto, primero los cristianos y más tarde los musulmanes, corren a buscar la salud bañándose en la piscina de Siloé. La emperatriz Eudosia mandó levantar una iglesia: aun se ven las ruinas de ella y de la piscina. Véase Vincent y Abel, *Jerusalem*, II, p. 860-864.

Al punto a que habían llegado las cosas, una nueva derogación no importaba nada a los enemigos de Jesús, sino en cuento aprovechaba a sus pretensiones para llamarse Hijo de Dios. Un milagro, milagro ciertamente extraordinario, había venido muy a tiempo para autorizar sus palabras y, por tanto, para ganarle muchos adeptos. Después de todo, quien procedía del Padre y afirmaba tan rotundamente conocerle, debía ser mejor intérprete que los escribas de las obligaciones del sábado. Los fariseos hicieron cuanto les fue posible para negar la realidad de esta inaudita curación, y, como suele suceder cuando una cosa está averiguada, ellos, muy a pesar suyo, hicieron que la evidencia apareciera más convincente.

El evangelista cuenta todas estas idas y venidas, no tanto para probar el milagro a los cristianos cuanto para dejar bien sentado que los judíos habían pecado contra la luz. Primero son los vecinos los que dudan si es o no aquél el ciego. Pero él dice: «¡Veis que soy yo!» En esto no cabe duda. Pero ¿cómo sucedió esto? ¿Dónde está quien hizo uso de un remedio tan ineficaz?

Como siempre, el pueblo, en su sencillez, acude a sus doctores, los fariseos, y le llevan al hombre aquel. Éste repite siempre lo mismo. Se informan de sus padres, que no querían verse encartados en aquel asunto. Nada han presenciado, pero su hijo nació ciego y ahora ve, es lo que no pueden negar. Lo demás que se lo pregunten a él; ya tiene edad para responder de sí, porque sus padres temen a los judíos y si dan a entender que creen en Jesús, se les arrojará de la Sinagoga; ya habían tomado la decisión y la aplicaban con todo rigor.

De nuevo llaman al ciego curado. Los fariseos han comprendido claro que gozan de gran ascendiente sobre los padres del ciego y saben el temor que les inspiran. El hijo acaso no sea menos tímido. Con que sólo consintiera en decir con ellos que Jesús es un pecador, acaso baste para echar tierra al asunto. El ciego se encoge de hombros: «Si es pecador..., lo ignoro», pero de lo que está absolutamente seguro es de él que estaba ciego y que ahora ve. Precisamente es lo que los fariseos no quieren admitir. No han sido ellos los últimos en negar un hecho milagroso en nombre de los principios. El racionalismo está allí encerrado. El ciego, finalmente, se cansa de repetir siempre lo mismo a los que ponen en tela de juicio su veracidad. ¿Tienen ellos interés en asegurarse del hecho? Ligeramente burlón añade: «¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?»

¡Ellos, discípulos de Jesús! ¡Que guarde esa honra para él! Y concentran en una frase todo el alcance de la discusión precedente: «Nosotros no queremos seguir la peligrosa senda de ser infieles a Moisés, escuchando a un desconocido». Entonces el ciego, fuera ya de sus casillas, continúa azuzándolos: «Cuando alguien hace un milagro en Israel, vosotros, los doctores, debías saber quién es; exigís que yo, pecador, lo declare: su poder prueba más bien que es de Dios». Aquellos maestros, entonces, disgustados por la lección recibida, lanzan una injuria que suena a herejía, porque le reprochan haber nacido enteramente en pecado; parecen imputarle la responsabilidad de su desgracia. Como última razón lo echan fuera.

Todo esto avivaba en él deseos de encontrar a Jesús, que ya le buscaba; su denodado reconocimiento le disponía a la fe. El que le había curado le pide que crea al Hijo del hombre. «Enseñádmelo solamente». Jesús le dice: «El que estás viendo y te está hablando, ése es». «Creo, Señor», y le adoró. Esta fe, fundamentada en la persona de Jesús, alcanzaba al Hijo de Dios.

El hecho de la curación desaparecía ahora ante el resplandor sobrenatural de esta luz concedida a este hombre sin cultura, según los fariseos, ciego en las cosas de Dios, en tanto que los doctos se mantenían infatuados en su orgullo. Jesús se lo manifestó de esta manera: «Yo he venido a este mundo para hacer juicio, y los que no ven, vean, y los que vean, sean cegados». Fuera del matiz especial que colora el hecho reciente, tenemos el mismo pensamiento de los sinópticos: «Gracias te doy, Padre, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños» (Mt 11, 25; Lc 10, 21).

Los fariseos, aunque renunciaban por lo pronto a la violencia, continuaban acechando. Están presentes, pero como por casualidad, y comprenden que Jesús les señala; quieren que claramente los señale para justificar su odio: «¿Seremos también nosotros ciegos?» Entonces, Jesús, hiriéndolos en lo vivo de su vanidad de intelectuales: Nada sería ser ciegos, aunque otra cosa penséis y digáis; lo que es grave es creerse iluminado y hacerse pasar por justos. ¿Cómo podrá ser perdonado el pecado que se niega? «Vuestro pecado permanece» (Jn 11, 41). Con esta severa conclusión sobre los fariseos terminó todo lo que se dijo después de la fiesta de los Tabernáculos.

JESÚS, PUERTA DEL REDIL Y BUEN PASTOR
(Jn 10,1-21)

Más tarde, pero todavía en Jerusalén, Jesús instruía a los que le rodeaban; sus palabras, mucho más dulces, no dejaban de tener cierta ilación con todo lo precedente, como en los profetas, las alegrías de la restauración prometida siguen muy de cerca a las amenazas del castigo. La misericordia luce después de la justicia.

Reconozcamos que en las anteriores discusiones, las palabras de Jesús fueron muy severas. Quiso dar a entender a los judíos hostiles que era sabedor de sus designios de darle muerte, y debió advertirles las consecuencias que sobrevendrían a su nación, a causa de su malquerencia hacia su Salvador, enviado por Dios. Los ojos de la fe descubren en estas admoniciones austeras, en este manejo del bisturí para abrir y hacer que supure la llaga, el deseo sincero y ardiente de provocar al arrepentimiento y la curación; pero los judíos despreciaban estas intenciones generosas. Suponían que Jesús buscaría todos los medios de librarse de una muerte dolorosamente presentida. ¡Qué mal lo conocían! Fue necesario que Jesús les abriera su corazón. Los adversarios obstinados quedaban debidamente advertidos, ahora se dirige a corazones más rectos y les dice, lleno de ternura por los hombres, que acepta por bien de ellos aquella muerte que va a sufrir. Lejos de rehuirla espantado, la desea, porque sabe que su obra se cumplirá con el sacrificio del pastor por sus ovejas. Sus ciegos verdugos correrán después tras la quimera de un salvador: será demasiado tarde, y sin esperanza morirán en su pecado. Otros los reemplazarán, y Él ve ya en el porvenir el redil abierto a otros rebaños al cuidado de un solo pastor.

Esta tierna instrucción no fue interrumpida por alguna voz discordante. No ganó todos los corazones, pero mientras las palabras de Jesús resonaron en los oídos, todos los que le escuchaban estaban bajo el encanto que aún ahora conmueve nuestras almas.

Ignoramos el lugar preciso en que Jesús pronunció estas palabras que encerraban tan gran secreto, el secreto de su muerte redentora. Tal vez sería frente al desierto de Judea, a juzgar por la comparación sacada de la vida pastoril. Hay aquí una verdadera parábola, con algunos rasgos alegóricos que apuntaban a las personas y circunstancias de la vida religiosa de Israel. El desierto estaba, como hoy, habitado por nómadas acampados bajo tiendas, persiguiendo de colina en colina las pobres señales de vegetación. Durante el día, cada dueño conduce sus

ovejas y cabras, a menos que alguno se pueda permitir el lujo de pagar un pastor. Llegada la noche, se encierran en un corral muchas veces cercado con barda, todos los rebaños de la tribu, y un solo pastor los guarda. Por la mañana, abierta la puerta, entran los pastores, y dando cada uno un chasquido con la lengua, conocido de sus ovejas, son seguidos de ellas inmediatamente. Cuando se descarrían, las vuelven a la manada llamándolas por el nombre que les han dado fijándose en su color o agilidad, bien en su docilidad o su espíritu veleidoso. Ladrón que se resuelva a asaltar de noche el corral se librará mucho de tocar a la puerta, por temor de despertar al pastor, más bien escalará el muro o la cerca. Las ovejas que haya logrado robar no le seguirán por su gusto, porque no conocen el timbre de su voz ni las modulaciones de su garganta. Esto es lo que Jesús recuerda a los judíos.

No lo comprendieron, ni era fácil que al principio pudieran seguirle. No hay parábola clara mientras no se vea a qué se aplica; es lo que ahora va a hacer Jesús. Acostumbrados nosotros a las enseñanzas cristianas, saltamos diciendo: ¡Jesús es el buen pastor! Esperemos todavía.

La comparación da por supuesta la buena armonía entre el rebaño y el pastor; pero opone también dos categorías: pastores que entran por la puerta y ladrones que escalan los muros; y así la puerta del redil es indicio de buenos pastores.

Así dice Jesús: «Yo soy la puerta del rebaño». Antes de Él nadie había pasado por esta puerta; los que habían venido eran ladrones y, por tanto, las ovejas no los habían escuchado. Vendrán otros entrando por Él, verdadera puerta, que conducirán el rebaño a los pastos. Claramente se reconocerá en éstos a los verdaderos discípulos de Jesús, a los que creerán en Él y enseñarán su doctrina. ¿Quiénes son los ladrones? Evidentemente no intenta calificar así a Moisés ni a los profetas, ni aun a los buenos reyes antiguos. Israel había tenido en todo tiempo buenos pastores y también pastores detestables, verdaderos ladrones de ovejas (Za 11, 15). La parábola no mira a estos tiempos lejanos.

Aun entre los contemporáneos de Jesús, los fariseos, que se creían pastores, si no lo eran en realidad, a lo menos habían sabido hacerse aceptar por las ovejas.

Cristo habla aquí como Mesías, y aquellos cuya actitud vitupera son los que sin misión han querido hacerse pasar por Mesías, como fueron, por ejemplo, Judas el Galileo, Simón esclavo de Herodes,

Atronges y otros más[65]. Vanamente habían intentado levantar al pueblo para satisfacer su ambición, o, llevados de su fanatismo religioso, habían terminado por llevar sus partidarios a la muerte. No era ésta la misión de Jesús, venido para dar a los hombres vida, y vida abundante.

Aquí la parábola toma un nuevo rumbo, y muy en consonancia con su carácter enigmático, y desorienta para causar más agradable sorpresa.

Si, pues, Jesús se pone en contraposición con los falsos pastores, se sigue que nos diga: «Yo soy el buen pastor». Pero lo que nos dice sobrepasa toda esperanza. «El buen pastor da su vida por sus ovejas», al contrario del mercenario, que huye a la vista del lobo. Vuelve a decir: «Yo soy el buen pastor... y doy mi vida por mis ovejas». Estas ovejas son los hombres que le conocen y son de Él conocidos. Todo conocimiento viene del Padre: Él conoce a su Hijo, y su Hijo le conoce a Él, y el Hijo conoce sus ovejas, y sus ovejas le conocen a Él. Como en la parábola, Jesús fue el primero que vino a buscar sus ovejas y se dio a conocer a ellas en el redil de Israel. Hay otras muchas que jamás han oído hablar de Él: irá a buscarlas también, y no habrá más que un solo rebaño y un solo pastor.

Este grandioso porvenir se presentaba claro; había sido anunciado muchas veces por los profetas: El Mesías sería la luz de las naciones y debía asociarlas a Israel en el culto del verdadero Dios.

Había, no obstante, un punto oscuro y algo que parecía irrealizable: después de dar su vida por sus ovejas, ¿cómo podría Jesús cumplir su oficio de pastor? Ha llegado la hora de revelarlo. Da Él su vida en cumplimiento de una orden del Padre, pero el éxito de este sacrificio está asegurado mediante el ser divino que le dio el Padre. El que tiene poder para ofrecer su vida por la salvación del mundo, tiene poder para volver a tomarla y dar el precio de ella. En los momentos en que el Hijo se manifiesta tan grande, acentúa más su obediencia al Padre, como para calmar los escrúpulos de los judíos, sometiéndoles a la orden de la voluntad del Dios de Israel y de las esperanzas que confirman su misión. «Este mandamiento recibí de mi Padre».

Le habían escuchado atentamente. Muchos del auditorio, insensibles a estos acentos, repiten que Jesús tiene el demonio, y así, al hacerse sordos al amor, tendrán que oír los oráculos de la justicia. Otros piensan que estas palabras vienen de Dios y no del espíritu del mal,

---

[65] Ver *Le Messianisme*, p. 18 s.

que es necesario creerlas, pues están apoyadas en tan grande milagro como era el dar la vista a un ciego de nacimiento.

A los gentiles, griegos y romanos, llevados al redil de la revelación concedida a Israel, impresionó de modo particular la imagen del buen pastor. En Roma fue muchas veces pintada en los muros de las Catacumbas. Estos primeros artistas, llenos de fe, pero formados en la escuela de pintores mitológicos, pudieron inspirarse en los acertados cuadro de Hermes llevando un carnero. ¡Pero qué diferente su sentido! Aquí es el carnero, no el pastor, el que desde el principio era ofrecido como la víctima expiatoria. A más de que esta plástica pagana no había penetrado en Judea, en tanto que los Libros Sagrados estaban llenos de evocaciones de este buen pastor, que era Dios, que debía ser el Mesías. Los eruditos son muy libres de buscar en las religiones paganas concepciones análogas, por otra parte, poco frecuentes y poco seguras, pero no tienen derecho a suponer que el cuarto Evangelio se haya inspirado en ellas para atribuirlas a Jesús. Que se acuerden del refrán burlesco de Ático: ¡Lechuzas a Atenas![66] Israel había celebrado con frecuencia al buen pastor, pero ignoraba que daría la vida por sus ovejas. Aun en el Evangelio esta revelación es nueva[67]. Jesús volverá a recordarla.

IV. Desde la fiesta de los Tabernáculos hasta la ida a la fiesta de la Dedicación

Ignoramos el tiempo que Jesús estuvo en Jerusalén después de la fiesta de los Tabernáculos. El cuarto Evangelio pasa inmediatamente a la fiesta de la Dedicación. Los dos meses que separan las dos fiestas parece que los pasó predicando el Evangelio, y sus principales enseñanzas las ha conservado san Lucas. Están repartidas, según el orden escogido, entre dos viajes a Jerusalén; el primero, que parece coincidir con el que hizo Jesús a la fiesta de los Tabernáculos, y el otro (Lc 9, 51) debe ser el que precedió a la fiesta de la Dedicación.

---

[66] Se puede referir a los salmos (heb.) 23; 74, 1; 78, 52; 79, 13; 80, 2; 95, 7; Is 40, 11; Jr 31, 10; Ez 34, 11-16.

También en los salmos llamados de Salomón, 17, 45.

[67] Siempre, salvo Jn 6, 51 (Vulg. 52), mucho menos claro.

En esa parte (Lc 13, 22) san Lucas no depende de san Marcos, con el cual tiene muy poco en común. Muchos personajes se hallan en otros lugares de san Mateo. No sabemos de qué informaciones se valió san Lucas; debieron ser muy poco precisas respecto a los lugares en que habló Jesús. Es manifiesto que aquí estamos menos en contacto con los lugares que en Galilea.

Los actores aquí resaltan mucho menos, y su personalidad, sus sentimientos, sus palabras, sus gestos, están más confusos. Sólo sabemos, según declaración explícita de san Lucas, que había bebido en buenas fuentes, y es probable que haya puesto los hechos según el tiempo en que sucedieron, al menos de un modo general. Por ciertos indicios parece que estamos en Judea, de la cual nada nos dicen san Marcos y san Mateo antes de los preludios de la última Pascua. Todo esto forma como un suplemento, en extremo precioso, suministrado por el tercer Evangelio.

ALGUNAS VOCACIONES
(Lc 9, 57-62; Mt 8, 19-22)

San Lucas juntó aquí tres modelos de vocaciones, como si quisiera hacer patente el modo de que se valió el Salvador para provocarlas o, si la iniciativa nacía del futuro discípulo, para que pensase en las pruebas a que lo había de someter... Por otra parte, la situación parece histórica, porque era en los días anteriores a una gran misión, en los cuales se comprende muy bien que todos los hombres de buena voluntad se presenten a Jesús y que Jesús no les haya interpuesto la menor dilación.

Estas pequeñas escenas están, a la verdad, enlazadas con el viaje de Jesús a Jerusalén, según el contexto de san Lucas, pero cabe suponer que haya pasado en silencio la estancia en aquella ciudad y que reanudara el hilo del discurso cuando Jesús salió de ella después de la fiesta de los Tabernáculos. La oposición contra Él era más viva, si bien, a pesar de ella, había ganado para su causa buen número de adeptos. Con toda claridad había anunciado su próxima muerte, y le quedaba poco tiempo antes de que llegara la noche para hacer un último esfuerzo y atraer las ovejas perdidas de Israel. ¿Por qué no habría enviado a sus discípulos a Judea y aun a Perea? La doble misión de los setenta y dos y de los doce, tan beneficiosa para Galilea, hubiera obtenido el

mismo éxito en otras partes. Sin duda, Jesús, antes de proceder así, quiso rodearse de un personal del todo adicto a Él y resuelto a no ocuparse más que de la obra del reino de Dios.

Vemos lo primero a un hombre que por sí mismo se presenta. San Mateo lo llama escriba, con lo cual no quiere dar a entender que fuera de mala fe o buscando alguna utilidad. Se ofrece sin reservas: «Te seguiré dondequiera que fueres». Jesús no lo rechaza, pero procura prevenirle. «Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos, mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza». El Hijo del hombre es Él mismo, que se sometió voluntariamente a las condiciones, muchas veces más duras, de la existencia humana, y escogió para sí vivir sin abrigo.

Se le ha objetado que tenía su casa en Cafarnaún. Pero ¿era de verdad suya? ¿No era más bien la de Pedro o la de Mateo? Arrojado de Nazaret, despreciado en Galilea, rechazado en Samaria, amenazado de muerte en Jerusalén, en los momentos de recorrer Judea, ¿dónde podría reclinar su cabeza, sino sobre un montón de tierra, al aire libre?

Los evangelistas no nos han dicho si se afianzó en su decisión o si perdió los ánimos.

Jesús dijo a otro, como en otra ocasión a san Mateo: «Sígueme». San Mateo le siguió (Mt 9, 9), esta vez el llamado acepta, pero pide una demora...: «Permitidme, Señor, primero ir a enterrar a mi padre». La petición parecía justa; el deber sagrado. Sin embargo, es de aquellas obligaciones que, en caso de urgente necesidad, se puede encomendar a otros. Acaso temería el Señor que este hombre, después de cumplir su deber de hijo, se dejase arrastrar del afecto a los suyos y no cumpliese su deber de discípulo. Es el caso en que muchos naufragan, por falta de heroísmo, que es en muchas ocasiones mal comprendido[68]. El evangelista prescinde de estas consideraciones superfluas para quien está convencido de la sabiduría y bondad del Señor; su respuesta basta: «Deja a los muertos que entierren a sus muertos». El discípulo debe dedicarse a obras espirituales, dejando a los que están dedicados a las cosas de esta vida, comparables a la muerte, que cumplan entre sí con estos oficios; nadie le reemplazará en la predicación del reino de Dios. Recibió orden formal, y sin duda obedeció.

---

[68] Así fue la vocación de santa Juana de Chantal, tan animosamente llevada a cabo, tan pronto como aseguró el porvenir de sus hijos.

Hubo un tercero[69] de quien no se puede decir que fuera llamado, y que se ofrece con estos miramientos: «Te seguiré, Señor, pero déjame que primero me despida de los de mi casa». También esto podría ser muy legítimo, pero a condición de que no fuera estorbo para llevar a cabo la resolución tomada. Jesús responde con una corta parábola. ¿Trazará un labrador recto el surco si, en vez de mirar al mojón, va mirando para atrás? Un corazón veleidoso no se decidirá a salir de su casa.

MISIÓN DE LOS SETENTA Y DOS DISCÍPULOS
(Lc 10, 1-12 y 16-20)

Seguro Jesús de las disposiciones de aquellos que iba a enviar a misionar, podía prometérselas muy felices de su celo. Designó a setenta y dos[70], entre los cuales tal vez se hallarían algunos de los doce: recibieron idénticas instrucciones que había dado a los apóstoles[71], lo cual no es de extrañar, ya que el fin era el mismo, aunque expresado en términos algo diferentes. El Señor «los envió de dos en dos delante de sí a las ciudades o lugares adonde Él mismo había de ir». Se ha imaginado que sirvieron como de precursores de Jesús, que los siguió de cerca, juntándolos a todos al fin de la jornada[72]. Pero es difícil coordinar treinta y cinco o treinta y seis parejas, y a Jesús siguiéndoles de cerca, yendo como lanzadera de un extremo a otro y visitando al mismo tiempo los lugares intermedios. Esto hubiera exigido considerable tiempo. No hubieran vuelto los discípulos a reunirse con su Maestro: hubiera tardado mucho Él en juntarse a ellos. San Lucas ni siquiera nos dice que todos tomaran la misma dirección; parece más bien indicar que el tiempo urgía. Hasta entonces en sólo Galilea, comprendida su frontera del norte, se había recibido la buena nueva. Jesús no podía consagrar igual tiempo a los otros países habitados por los hijos de Abrahán y Jacob. Envió, pues, a numerosos discípulos para

---

[69] Propio de san Lucas.

[70] Preferimos esta cifra, aunque sin negar la probabilidad de que fueran setenta.

[71] M. Levesque ha deducido que las dos misiones fueron al mismo tiempo (véase *Nos quatre évangiles...*, p. 119 s.); pero esto es del todo contrario a la intención manifiesta de san Lucas.

[72] Fillion, *Vida de N. S. Jesucristo*, III.

que en poco tiempo recorriesen muchas ciudades y pueblos a la vez. Es de creer que unos se habían desparramado por la Judea, otros habían recorrido la parte de la costa desde Lydda, por Jaffa, hasta el Carmelo, y otros, la región de más allá del Jordán.

No hay conformidad en señalar el punto de la dispersión. Muchos[73] suponen a Jesús en Galilea y señalan como lugares de la predicación de sus discípulos Galilea o Perea. Nosotros pensamos más bien que el punto de partida fue de algún lugar de Judea. San Lucas nada dice de la presencia de Jesús en la fiesta de los Tabernáculos, pues no mira la Ciudad Santa más que como el lugar de la Pasión y de la Resurrección de Cristo. Tal vez el Maestro señaló como punto de reunión de los discípulos, a su vuelta, Bethania, adonde le veremos diez o quince días más tarde.

El tiempo de la vuelta no podía fijarse con precisión, ni ser el mismo para todos, teniendo diferentes itinerarios y siendo las distancias más o menos largas. San Lucas no intentó mostrar a los discípulos volviendo todos juntos como a paso de desfile de punto señalado; juntó en un momento típico, y en una impresión dominante, impresiones seguramente muy diversas. Los discípulos volvieron gozosos, sin duda por haber sido bien recibidos y porque habían experimentado la eficacia de su palabra. Sobre todo se mostraban agradecidos al Señor por la protección que les había dispensado, dándoles poder para curar enfermedades y para someter a los demonios en nombre de Jesús.

Condensando todo lo sucedido en muy pocas palabras, Jesús les dice: «Yo veía a Satanás como un rayo que caía del cielo». Era la

---

[73] Se fundan en que las imprecaciones a las ciudades del Lago debieron ser dichas en presencia de estas poblaciones culpables por haber despreciado la gracia. Es, en efecto, evidente, que tan sombrío presentimiento debió ser proferido a orillas del lago, como lo indica san Mateo (11, 20 s.). Nosotros lo hemos considerado como un adiós (véase p. 250), dado en los momentos en que se dirigía a otras ciudades que tal vez serían más dóciles. Esto sólo es lo que parece indicar san Lucas, ya que por el contexto nos lleva más allá de Samaria, sobre el camino de Jerusalén, objeto final de toda la predicación del Evangelio; es más sencillo suponer que Él dijo aquéllas en otra parte, que no sobreentender un retorno a orillas del lago excluido de su plan.

Se repetirá el caso cuando el apóstrofe a Jerusalén (13, 34). San Lucas no supone que tenga la ciudad a la vista. Es además fácil comprobar aquí, que el apóstrofe (13-15) corta el hilo de las palabras a sus discípulos, que vuelve a reanudar en el v. 16.

visión de Isaías: «Cómo caíste del cielo astro brillante, hijo de la aurora», pero con un más siniestro resplandor; hendiendo las negras nubes cae el rayo en la tierra. Satán sintió el golpe; su imperio empezaba a declinar, pues ya había empezado el reino de Dios. Esta vez precedieron los discípulos a Jesús, pero habían de continuar su obra después de Él. Así el Maestro les comunica para siempre el poder de que tan buen uso habían hecho. Ya antes de enviar a sus discípulos había puesto el fundamento de la jerarquía con el principio de obediencia y de disciplina que rige en la Iglesia: «Quien a vosotros oye, a mí me oye, y quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza, porque quien me rechaza, rechaza a Aquel que me ha enviado». A la ida necesitaban los discípulos que se les infundiesen ánimos; a su vuelta, Jesús insiste sobre la abnegación de los superiores; la alegría por sus éxitos no debe aturdirlos, porque no hay razón de enorgullecerse ni tan siquiera para alegrarse por el poder que les fue conferido: «No os alegréis porque los espíritus se os sometan, sino porque vuestros nombres están escritos en el cielo». Sólo en el cielo fue Satanás enteramente vencido.

REVELACIÓN DEL PADRE Y DEL HIJO
(Lc 10, 21-24; Mt 11, 25-30; 13, 16-17)

Los dones concedidos a los discípulos, su gozoso reconocimiento y el feliz comienzo del reino de Dios, llenan el alma de Jesús y la transportan de alegría. Dada su unión con la divinidad, nada puede experimentar que se parezca al éxtasis, a un transporte que eleva al alma sobre la vida normal, atraída por Dios; pero se manifiesta en él más que de ordinario el contentamiento y la gratitud que le inspiran los designios de Dios. «Jesús se alegró en el Espíritu Santo», dice san Lucas como para asociar al Espíritu Santo a las expansiones del Hijo en el seno del Padre. Rinde homenaje al Padre, no a un dios desconocido por Él revelado por primera vez, sino al Señor del cielo y de la tierra, adorado de los israelitas, al Dios único que creó el mundo como lo enseña en su primera página la Escritura y le da gracias «por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños».

¿No había gastado Él sus fuerzas por alumbrar a los sabios y a los prudentes? Pero porque ellos se tenían por sabios, y confiaban en sus propias luces, y siendo ciegos, creían que veían, Dios los había aban-

donado y había curado a otros ciegos que pedían ver. Les había abierto los ojos mediante el Hijo, al cual le había transmitido todo el Padre, lo que sabía, lo que podía, lo que era, todo aquello de que era depositario. Este don es tan misterioso y la persona del Hijo tan alta, que «nadie sabe quién es el Hijo, sino es el Padre», así como «nadie sabe lo que es el Padre, sino el Hijo y a quien el Hijo lo revelare», y esto en la medida en que este secreto puede encerrarse en el humano corazón. Según san Juan, había dicho Jesús, después de la fiesta de los Tabernáculos: «Como mi Padre me conoce, yo también conozco a mi Padre» (Jn 10, 15). Pero esta sentencia tan semejante es menos vigorosa. Podría en rigor entenderse del conocimiento que tiene el Padre del instrumento por Él escogido, del Mesías, distinto de los demás hombres, en que mejor que ningún otro conoce a Dios como Padre. Las palabras de Jesús en san Lucas y en san Mateo excluyen más categóricamente esta explicación referente a las relaciones mesiánicas. Claramente estamos como transportados al mundo de una metafísica trascendental, donde el conocimiento es la medida del ser, y el ser fuente del conocimiento. Todos los seres creados están excluidos de lo que es propio de Dios, del conocimiento del Hijo por el Padre y del Padre por el Hijo, a no ser que el Hijo nos revele a su Padre mediante la comunicación de una gracia especial.

También se ha dicho que estas palabras son un bólido caído del cielo de san Juan, sin duda para significar que era una luz tomada de su enseñanza sobre la divinidad. Olvidan los que esto dicen que el cuarto Evangelio fue escrito mucho tiempo después que los tres sinópticos. Tenemos aquí una prueba de que la doctrina de san Juan ni es nueva ni diferente de la de los otros dos; es, además, demasiado original para no ser más que un reflejo o el desarrollo de la doctrina de los sinópticos y de la de san Pablo. Al racionalismo, perdido ya en sus vanas explicaciones, no le quedaba otra senda que poner en duda el texto de san Lucas y de san Mateo; pero está tan bien definido por la tradición de los manuscritos y de las versiones, que ningún editor se ha atrevido a cambiarlo. No se le puede ni retocar ni cambiar el sentido: lo que es, eso es, y quiere decir lo que dice. Es lo esencial; pero conviene advertir, además, que está en armonía con las circunstancias: del fracaso de Jesús en Galilea y en Jerusalén ante los fariseos, del progreso de la revelación en el Evangelio de san Juan, de la adhesión confiada y del celo de los discípulos, «de los pequeños», preferidos a los maestros de Israel.

A estos pequeños dirige Jesús, a continuación, este llamamiento nuevo para un jefe de escuela: Recibid mis lecciones, no porque yo sé más que vosotros, sino porque soy manso y humilde de corazón. Era instruido, era el único instruido en el más insondable de los misterios; pero si Dios revela sus secretos a los humildes, ¿convendría que les diese por maestro a un sabio orgulloso? Para recibir su doctrina no hay más bella disposición que la modestia y la dulzura. Es yugo y es carga; no es un vano juego de espíritu, tiende a la práctica, a la reforma de las costumbres, y a amar la penitencia y la abnegación; ya lo había afirmado con energía. Pero su yugo es suave y su carga ligera. Los que se encuentran desalentados, después de haber hecho vanos esfuerzos por practicar las observancias pesadas y abrumadoras, impuestas por los sabios y prudentes, hallarán reposo al lado del Maestro dulce y humilde.

Los discípulos, en aquel estado de sobrenaturales dulzuras, ¿se daban cuenta para saber apreciar tantas gracias? Jesús los invita a pensar en ellas. Los profetas y los antiguos reyes, que todos los contemplaban adornados con aureolas, cuyos nombres y hechos leían en la Escritura y veían alabados por el Espíritu Santo, vivieron con una gran esperanza, que no vieron realizada, la esperanza de ver y oír lo que los pequeños ahora veían y oían.

CARIDAD CON EL PRÓJIMO.
PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO
(Lc 10, 25-37)

Predicaba Jesús la próxima llegada del reino de Dios sobre la tierra y se sabía que el término de este reino debía ser para cada uno la vida eterna. En este punto no manifestaba ninguna divergencia con los fariseos. Recomendaba, sin embargo, una justicia más perfecta que la de ellos, al mismo tiempo que dispensaba de muchas prácticas por ellos añadidas. ¿Llevaría su audacia hasta promulgar nuevos mandamientos o a abrogar los antiguos? Un escriba o doctor de la Ley, sin dar a conocer sospecha tan ultrajante, quiso asegurarse de lo contrario y preguntó al nuevo Maestro con aparente docilidad: «Maestro, ¿qué he de hacer para poseer la vida eterna?» Se trata de algo práctico. Sin titubeos, Jesús le dice que consulte la Ley. ¿En qué otra parte había de buscarse la respuesta? «¿Qué está escrito en la Ley?» Y como si estudiase un tema de exégesis con un compañero: «¿Cómo lees?» El doc-

tor acepta esta cortés invitación para mostrar su saber. Cita la Escritura con maravillosa oportunidad. Porque el pasaje sobre el amor de Dios, (Dt 6, 5), que cada judío debía rezar dos veces al día, añadió el precepto del amor al prójimo (Lv 19, 18). Esta combinación no se halla en los textos rabínicos, y hasta podría parecer un procedimiento de composición de san Lucas, atribuyendo a un escriba la doctrina promulgada por el Salvador en los Evangelios de san Mateo y san Marcos (Mt 22, 34-40; Mc 12, 28-34), como punto firme de partida para una enseñanza más completa. El escriba, pues, enunció como mandamiento esencial: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo». Era el mismo pensamiento de Cristo; le replicó, pues: «Bien has respondido; haz esto y vivirás».

Preguntado de un modo al parecer sincero, Jesús cumple su oficio de Maestro con autoridad, no dando pie a ningún rastro de malevolencia. Su interlocutor no puede consentir ser tratado como un doctrino, de quien se está satisfecho; ¡su pregunta no era de tan fácil solución! Jesús, que tan fácilmente zanjaba las cuestiones, no había visto, sin duda, el nudo de la dificultad que encerraba la solución aceptada en principio: «¿Y quién es mi prójimo?» La Escritura lo había dado a entender: prójimo era, en primer lugar, todo israelita, que era tenido por descendiente de Abrahán. Pero nadie ignoraba la mezcla que se había formado a través de los siglos. Habían venido extranjeros al país de los israelitas, moraban con ellos, vivían la misma vida: ¿serían éstos también verdaderos prójimos? Sería necesario admitir a favor de éstos la derogación del principio estrecho de todas las naciones antiguas. El extranjero es un enemigo, no es un prójimo. Es verdad que desde la decadencia griega, después de las conquistas de Alejandro y bajo la influencia de los filósofos estoicos, el viejo y estrecho concepto de ciudadanos de cada ciudad se había ensanchado: la ciudad de todos los hombres era el mundo. De hecho, sin embargo, las guerras volvieron a empezar más atroces que nunca y la esclavitud se había vuelto más dura. El club de los filósofos nada podía y en hecho de verdad, ni pensaba en ello. El nuevo principio, prácticamente desconocido en todas partes, ni aún entre los judíos había penetrado. A pesar de todos sus esfuerzos, los sabios judíos modernos no han podido descubrir en toda su antigua literatura nada que verdaderamente parezca al amor de todos los hombres sin distinción de patria. Si no fue Jesús el primero en proclamar la solidaridad de todos los hombres, fue ciertamente el

primero en entender en este sentido los textos de la Ley, dándoles así su perfección. Además, fue sencillamente Él el primero en dar vida y fecundidad a un principio especulativo, que era letra muerta, en tanto que el amor del prójimo no fue unido al amor de Dios, su verdadero centro.

Según su costumbre de dar a las más altas cuestiones soluciones figuradas y concretas, a esta interrogación «¿quién es mi prójimo?», Jesús respondió con una parábola. Tomó pie para ella de los peligros del camino de Jericó, por el cual los habitantes de Jerusalén apenas se atrevían a andar por miedo de ser asaltados. Por lo que parece, el diálogo se tuvo en una de las alturas que dominan la Ciudad Santa, desde donde claramente se distinguía una mancha roja, suavemente coloreada de manganeso, lo que le había dado el nombre de «cuesta roja», o como la llaman los árabes «de sangre» (Jos 15, 7), a medio camino entre Jerusalén y Jericó, verdadera madriguera.

Cuenta, pues, Jesús que un hombre descendía a Jericó, que está más baja que Jerusalén cerca de 1.200 metros. El camino atraviesa el desierto. Era fácil a los beduinos acampados en los cercanos valles asaltar en despoblado, no para matar, sino más bien para desvalijar a los viajeros, a no ser cuando se resistían, que los molían a golpes. Fue el caso de nuestro viajero, dejado en el camino medio muerto, despojado de su bolsa y cabalgadura. Pasaron por allí primero un sacerdote y después un levita, y se fueron de largo y deprisa. Viviendo de los diezmos, debieron mostrarse más caritativos que los demás; los que los mantenían eran ciertamente sus prójimos, pero ni siquiera le preguntan si es israelita. Mas he aquí que aparece un samaritano, habitante de aquel pequeño pueblo detestado sobre todos los otros por los judíos, que de ordinario les pagaban con la misma moneda. No se pregunta si el lugar es poco seguro, ni si tiene que perder tiempo, ni de ello siente enojo. Viajando lejos de su casa, lleva provistas las alforjas de vino y aceite, lava las heridas que él venda como puede, sube al herido en su propia cabalgadura y camina despacio sosteniéndole para que no caiga. Llegó al mesón, tal vez el que marca la mitad del camino en la garganta y que existe todavía, llamado el *Khan* del buen Samaritano, y atiende al robado. No lleva consigo mucho dinero por temor de los ladrones, pero, en fin, saca de su cinturón dos denarios, valor de dos días de trabajo; a su vuelta pagará lo que falte. Concluye Jesús: «¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que cayó en manos de los ladrones?»

El desenlace no es el que podía esperarse de la propuesta. Prójimo, según la pregunta hecha, es aquél hacia el cual debe ejercerse la misericordia: en la aplicación por una de esas sorpresas propias de la parábola semítica se invierten los términos. El sentido, sin embargo, es claro. ¿Quieres saber quién es el prójimo? ¡Pregunta a cada uno de estos tres hombres! Los dos primeros no se han cuidado de nada. El tercero, el samaritano, te responderá: es aquel que tiene necesidad de un socorro, sea cualquiera su nacionalidad y creencias; llegada la hora, todo hombre es nuestro prójimo y nosotros somos también su prójimo. El escriba no se equivocó. Sabe quién es el prójimo, quién ha ejercido la caridad. Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo».

¡Qué fecha tan memorable señala en la historia de la humanidad este sencillo diálogo!

MARÍA Y MARTA
(Lc 10, 38-42)

La parábola del buen Samaritano recuerda los alrededores de Jerusalén, desde donde se ve la Cuesta de la Sangre, invisible desde Jericó. El encantador episodio de las dos hermanas Marta y María se realiza en los mismos lugares. San Lucas, que es el que lo describe, no dice el nombre de la aldea, pero Marta y María son seguramente aquellas de quien habla san Juan (Jn 11, 1)[74], que vivían en Betania, distante quince estadios al oriente de Jerusalén.

Por aquel entonces proseguía Jesús sus correrías apostólicas. Sucedió, según indica el orden de san Lucas, después del regreso de los setenta y dos discípulos; aunque tal vez colocó la vuelta de los discípulos a renglón seguido de la partida, para dar por terminado el asunto, dejando para más tarde lo que Jesús había hecho en aquel intervalo.

Llegó, pues, el Maestro a una casa donde era conocido y amado: se llamaba la casa de Marta, seguramente porque era la mayor de las hermanas, o porque, dado su carácter y sus aptitudes, hacía de ama de casa. Consagrada a los cuidados exigidos por la hospitalidad, cuidados que son sagrados entre los orientales, no pudo permanecer al lado de Jesús. Iba Jesús a anunciar la buena nueva, y en ello estaba, teniendo de oyente a María, sentada a sus pies.

---

[74] Ya tendremos ocasión de hablar de este lugar.

Marta, toda actividad, hubiera bastado para terminar con los quehaceres, pero su hermana, ¿se daba cuenta de la importancia de aquel oficio, pues, como si las cosas se hiciesen solas, no iba a ayudarla? Con familiaridad, testimonio de que el trato era antiguo, quiere asegurarse de si Jesús es insensible a su pena: «Señor ¿no ves que mi hermana me deja servir sola? Dile, pues, que me ayude». La buena de Marta, en estos momentos va más allá de lo justo, porque acompaña con críticas sus apuros. El Señor respondió amablemente: «Marta, Marta, te inquietas por demasiadas cosas y te turbas, empero bastan pocas y aun una sola». ¿Habla Él del pan que basta por sí solo de comida o de la palabra, alimento sustancial del alma? En lo de obligar a María a ocuparse de los cuidados de Marta, por oportunos que aparezcan, el Señor no se lo concede, «porque María escogió la mejor parte y no le será quitada». Esta buena parte, la mejor, es acercarse más y más a Jesús para oírle hablar al corazón[75]. Es tal la autoridad de la menor palabra del Salvador, que la Iglesia ha dado siempre la preferencia a la vida que escucha la palabra de Dios mediante la meditación, la lectura y la oración, que a la práctica de las obras buenas. Ha comprendido, sobre todo, que la vida activa debía tener por principio la unión con Dios mediante la oración; así está todo en orden. No obstante, la superioridad de un género de vida no lleva consigo una mayor santidad de todos los que se dedican a él: el más amado es el que más ama.

EL PADRENUESTRO
(Lc 11, 1-4; Mt 6, 7-15)

Despidiendo a Marta y a María, Jesús prosiguió su camino acompañado de los discípulos más íntimos que con Él moraban. En un momento dado se detuvo a orar. Los discípulos se decían: «¡Cómo

---

[75] El texto que seguimos, testimoniado por las mayores autoridades, contiene, pues, en sustancia el sentido de la Vulgata: «Una sola cosa es necesaria, María», etc. Si se adoptan estas palabras, el sentido no es que la vida contemplativa es la sola cosa necesaria, sino que, siendo la salvación, la sola cosa necesaria debe asegurársela de preferencia escuchando la palabra. De todos modos, hay algo que se sobreentiende. El texto mejor garantizado nos ha parecido también el que dice mejor con la situación y el más delicado.

ora!», y se extrañaban de que aún no les enseñara a orar como había hecho Juan con los suyos. Cuando hubo terminado se le quejaron, y Él satisfizo su demanda, enseñándoles el Padrenuestro.

Tal es la introducción de san Lucas[76]. Es del todo verosímil, y nos enseña la necesidad de pedir para saber orar. No está fuera de lugar advertir aquí lo que san Mateo dice sobre los inconvenientes del mucho hablar cuando se ora. Probablemente los apóstoles esperarían que Jesús les enseñase alguna larga oración, tan larga al menos como las bendiciones de la oración judía[77], ya que no imitase la parlería de los paganos, poniendo a los dioses al corriente de sus pequeños negocios, creyendo que así los ganaban para sus intereses. No, nuestro Padre conoce nuestras necesidades. Bastará, pues, una corta fórmula para alabar a Dios y para implorar el socorro a todos necesario. No sólo se callan los deseos particulares, hasta ha desaparecido el conjuro de los judíos tan insistente como emocionante en favor de Israel. Así como la caridad debe ser universal, así la oración debe ser pronunciada por todos los fieles juntamente y dirigida al solo Dios verdadero, que es Padre de todos. Dirán, pues, así[78]:

Padre nuestro que estás en el cielo: No nuestro Dueño, ni nuestro Rey, sino nuestro Padre; viviendo más arriba, adonde pueden subir nuestros pensamientos, o en nuestras almas, donde vos moráis;

Santificado sea tu nombre: Que seas reconocido de todos como perfección infinita y fuente de toda perfección;

Venga a nosotros tu reino: Que venga esa grande efusión de vuestra gracia, que esperamos de Vos;

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo: Ya que tu reino se establece y dilata, en la misma medida en que hacemos tu voluntad;

Danos hoy nuestro pan de cada día: El pan que alimenta al cuerpo y el que nutre el alma;

---

[76] San Mateo pone la oración dominical en el sermón de la Montaña, pero es fácil reconocer allí una adición en la estructura primitiva del discurso.

[77] Redactada después del año 70, pero sus elementos existían ya.

[78] Según el texto de san Mateo, que la Iglesia reza, san Lucas no pone la tercera petición ni la segunda parte de la sexta, acaso porque tienen un carácter complementario. En efecto, como los términos empleados por san Lucas son menos conformes que los de san Mateo al original semítico, da motivo a conjeturar que los ha abreviado, al contrario de san Mateo, que los había alargado, tanto que las seis peticiones con una invocación hacen un número perfecto.

Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden: Es decir, perdónanos nuestras ofensas, no en la medida en que nosotros perdonamos, sería un comercio, presuntuoso e imprudente, sino perdónanos porque nosotros perdonamos;

No nos dejes caer en la tentación: Que tu Providencia, propicia a nuestra oración, no nos deje arrastrar de las ocasiones de pecar, tan peligrosas para nuestra debilidad;

Y líbranos del mal: Del mal físico, tan doloroso y tan opresor, a menos que tu ayuda nos lleve al perfecto abandono: del mal moral, mediante tus luces, tu perdón y tu apoyo.

Una elevación al Padre, tres deseos del alma unida al Padre por amistad y que quiere su bien, bien que, al difundirse, se convierte en gloria para ella; tres peticiones de la indigencia y de la debilidad, que hallan su socorro y fortaleza en Dios; tal es esta oración. Supone la revelación del Antiguo Testamento, que Jesús no ha venido a abrogar, pero la completa, y rompe las ligaduras de un nacionalismo estrecho y desdeñoso. Los judíos, como particulares, estaban muy por encima de los gentiles por su fe en Dios y por el sentimiento de incomparable valor de los bienes religiosos; pero en sus rezos es la nación la que oraba, e iba a añadir una pretendida bendición especial para maldecir a los cristianos[79].

La oración enseñada por el Señor es la oración de la Iglesia que no desdeña a judíos ni a gentiles, que bendice a las naciones y a las familias, y las quiere a todas hijas de un mismo Padre.

¿Dónde enseñó Jesús a sus discípulos esta oración? Desde el siglo IV se venera en el monte de los Olivos el lugar de las enseñanzas de Jesús. Una espaciosa y bella basílica llamada la Eleona está allí consagrada a su recuerdo. Allí fue escuchado, sobre todo el discurso de los fines últimos, auténticamente colocado por los evangelistas sinópticos en el monte de los Olivos. Probablemente estaba también comprendido el *Pater noster,* llamado expresamente así desde el siglo IX. Resonará de nuevo en la basílica levantada por voto universal al Sagrado Corazón, monumento de reconciliación de los pueblos después de la gran guerra[80].

---

[79] Schurer, *Geschichte des jüdischen Volkes,* 4.ª ed., 11, p. 543; el texto hebreo véase en *Le Messianisme,* p. 338 s.

[80] Los más entusiastas son las Religiosas de la Visitación de Toulouse; la cripta fue bendecida en 28 de septiembre de 1927. Véase a los Padres Vincent y Abel, *Jerusalem,* 11, p. 365 s.

ORACIÓN SIEMPRE OÍDA

(Lc 11, 5-13; Mt 7, 7-11)

Importa saber orar, y sabiendo lo que debemos pedir a Dios, es necesario también que estemos convencidos de la eficacia de la oración, la cual, si es lo que debe ser, es siempre favorablemente despachada. Esta segunda enseñanza tiene su lugar adecuado después de la anterior, para evitar la ilusión de una suerte de violencia ejercida sobre la divinidad mediante la fórmula, sea cualquiera la finalidad que se proponga, pues esto más parecería un rito de magia que un acto de religión. El contexto de san Lucas es excelente, y es verosímil que el mismo Jesús haya seguido dicho orden instruyendo a sus discípulos[81]. Siguiendo su manera familiar de enseñar, resuelve el problema que los filósofos no lo tocan sin ansiedad. ¿Se ocupa Dios de nuestros ruegos? La sabiduría infinita que de una vez ha arreglado para siempre las cosas, ¿cambiará sus planes porque así lo desea la criatura más miserable? La omnipotencia ¿está a nuestras órdenes? Jesús no responde a estas cuestiones: todo lo sabrá conciliar su bondad; es su secreto. Y Él sabe que nosotros podemos contar con ella. Los hombres, aunque sólo sea por importunidad, conceden lo que se les pide, y ¡cuánto más pronto está Dios para despachar favorablemente nuestros ruegos! He aquí cómo sensibiliza esto por una parábola.

Se hizo de noche; un hombre ha cerrado la puerta y su mujer ha extendido por tierra las esteras y cobertores. Están ya acostados, y lo mismo los hijos, que tal vez duermen cerca de la puerta. Llaman, y a través de las hendiduras de la puerta se entabla un diálogo: «Amigo, dice el que llamó, préstame tres panes, pues ha llegado un amigo mío de viaje y no tengo qué darle». Este préstamo es un servicio que no se niegan los pobres. Pero..., ¡cuánta dificultad! Los hijos están dormidos, será menester descomponer las mantas que cubren la masera y la puerta, y esto requiere levantar a los dormidos... Verdaderamente, el amigo es indiscreto..., y ¡qué ocurrencia ha tenido el otro de viajar tan tarde!

Pero si el amigo necesitado ha de continuar alborotando, el mal ya lo hizo; todos se despertaron ya o se despertarán pronto: más vale darle lo que pide y que se vaya.

---

[81] Después la comida de pan y pescado haría pensar en las orillas del lago de Tiberíades; pero los galileos debieron encontrar en todas partes muy natural esta comparación.

El nombre de Dios ni una sola vez suena aquí. ¿Habrá quien se atreva a atribuirle tan mezquinos sentimientos como los mostrados por el amigo tan poco complaciente, que cede al fin y sólo porque lo dejen tranquilo? La filosofía protesta enérgicamente, pero el corazón halla una explicación muy natural. La oración apremiante, que no se cansa, es irresistible. Dios no cederá por tener paz; lo enseña el Hijo que también conoce a su Padre, que si Él se hace el sordo a nuestras instancias es para más obligarnos a perseverar en la oración que nos es tan beneficiosa. Toda oración es favorablemente atendida: pedid y se os dará, buscad y hallaréis; llamad y os abrirán. Pedir, buscar, llamar, son condiciones indispensables y hacen la oración necesaria. ¿Es eficaz? En el curso de nuestra vida pedimos muchas veces y nada obtenemos, buscamos y nada hallamos, llamamos a la puerta y la puerta no se abre. No sucede esto con Dios. Los que ruegan son hijos, pues ellos se dirigen al Padre: «Si uno de vuestros hijos pide pan a su padre, ¿le dará una piedra? O, si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? ¿O le dará un escorpión en lugar de un huevo?» Y, sin embargo, vosotros apenas sois buenos. Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le piden, es decir, como explica san Lucas, les dará este Espíritu Santo, que se derrama sobre los hombres, según la medida en que oran, para hacerlos semejantes al Padre! Quien en la bondad confía, por la bondad es socorrido. ¿Cómo se concilia esto con la inmutabilidad de Dios? Cierto que es inmutable, pero su designio inmutable no ha sido determinado sin consejo de su bondad.

EXPULSIÓN DE UN DEMONIO. CALUMNIA DE LOS FARISEOS[82]

(Lc 11, 14-26; 12, 10; Mc 3, 22-30; Mt 12, 22-32 y 43-45)

La instrucción sobre la oración fue interrumpida por la llegada de un grupo de gente. Presentaron a Jesús un hombre a la vez mudo y ciego. La ceguera nunca aparece haber sido atribuida a influencia demoníaca. Así san Mateo dice que Jesús curó a este hombre (Mt 12,

[82] En la Sinopsis el n.º 163 contiene dos milagros referidos por san Mateo en Galilea. Son dos rasgos de la bondad del Salvador, pero no hay por qué comentarlos en especial, ya que los mismos rasgos se encuentran aquí y en el n.º 225.

22) sanándole de la vista, y al mismo tiempo arrojó al demonio que, según san Lucas, era la causa del mutismo (Lc 11, 14). Se ve, pues, aquí más claramente que en el epiléptico, un caso en que la enfermedad y la posesión afectan a la misma persona. Los escribas que habían bajado a Jerusalén[83], lejos de mostrarse agradecidos a este favor insigne, se aprovecharon de él para reafirmarse en lo que con toda maldad acababan de decir en la fiesta de los Tabernáculos, que Jesús estaba poseído del demonio. Este demonio, decían ahora, es Beelcebul, príncipe de los demonios, que es quien le daba poder de arrojar los demonios, obligados a obedecer a su señor.

La injuria, que sería atroz en una acalorada discusión, no tenía nombre al serle atribuida con venenosa frialdad, como respuesta a un acto bondadoso. No dicen siquiera que es Satanás el adversario, nombre que tenía cierta grandeza, sino Beelcebul, para expresar todo su desprecio. Era, en efecto, un nombre inventado por ellos, con la sutileza maliciosa de quienes estaban acostumbrados a pesar las sílabas. Baal o Beelcebul[84], el dios de Accarón, era pronunciado Beelcebul, que significa «dios de la basura», en el arameo que entonces se hablaba. El sobrenombre injurioso de príncipe de los demonios caía sobre Jesús.

Tan violento ataque, autorizado por la personalidad de los doctores, era para envenenar contra Jesús las voluntades mejor dispuestas. A los mismos escribas iba a pedir cuentas. Los llama y les pregunta vivamente, dando a Satanás su propio nombre: «¿Cómo Satanás puede arrojar a Satanás?» (Mc 3, 23). ¿Qué sucede en el orden político o social? Toda división engendra ruina: cuando un reino es presa de la guerra civil, cuando en una casa los miembros de la familia están divididos[85], aquel reino y esta casa están perdidos. Vosotros suponéis que Satanás arroja a Satanás luchando consigo mismo; esto sería prepararle el fin de su dominación. Si se le cree vencido, ya lo está en realidad, porque su mando le viene de su prestigio y del temor que inspira.

---

[83] San Marcos lo relata en 3, 22. Está en pleno acuerdo con san Juan, si bien san Marcos parece haber colocado este episodio mucho antes.

[84] El dios de las moscas, o de un lugar llamado Zeboub. Probablemente era un juego de palabras, dando el nombre de dios en las moscas a Satán. Señor de las moscas significa, en arameo: señor de la hostilidad.

[85] San Lucas tomó las dos comparaciones de un reino devastado, en donde unas casas caen sobre otras.

Hasta este momento los judíos no dudaban de ello: daban importancia grande a los exorcismos, y, por tanto, arrojar a Beelcebul era un triunfo. ¿Creerán los escribas que se engañarán en esto sus discípulos? Lo que digan ellos para justificarse será la condenación de su calumnia contra Jesús. No hay más que dos poderes: el reino de Dios y la tiranía de Satanás. El poder de Satanás sólo puede ser abatido por el poder del espíritu de Dios. Si Jesús echa a tantos demonios, y esto sin exorcismos complicados, es porque Dios obra por Él con más poderío, y su reino entonces ha comenzado. Y en efecto, si Satanás es vencido, por decirlo así, en cosas pequeñas, si le arrebatan sus conquistas, si se le arroja de los lugares de que se había enseñoreado, es que está vencido. Jesús lo hace sensible por un ejemplo sencillo, sacado del orden natural: ¿Cómo puede un enemigo entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus muebles, si primero no encadena al valiente? Sólo entonces saqueará su casa (Mt 12, 29)[86]. Satanás, pues, está vencido, por haber Dios decretado que viniera su Hijo al mundo; sólo faltaba perseguirle en su derrota. La predicación de los setenta y dos discípulos señalaba un momento importante en esta campaña, en que Satanás caía del cielo como un rayo (Lc 10, 18). La lucha está empeñada, es preciso decidirse por un partido. El Maestro había recomendado a sus discípulos que fuesen indulgentes con aquellos que se tomaban la libertad de invocar su nombre en los exorcismos que echaban, sin antes estar dispuestos a seguirle (Mc 9, 38-40; Lc 9, 49-50). Pero ¡cuán diferente es la actitud de los escribas! A éstos bien se les puede decir: «Quien no está conmigo está contra mí». Y no juntarse con Jesús para negociar con Él es malgastar (Mt 12, 30; Lc 11, 23)[87].

Después de esta advertencia, aplicable a otras muchas circunstancias, indica Jesús enérgicamente la extrema gravedad de la actitud tomada por los escribas. «En verdad os digo, todo será perdonado a los hijos de los hombres, los pecados, las blasfemias y cuanto dijeren; pero el que blasfema contra el Espíritu Santo no tiene jamás perdón, sino que está expuesto a juicio eterno (Mc 3, 28 s.). ¡Palabras misteriosas que no se sabe cómo explicarlas!

---

[86] El giro de san Mateo es más vivo y probablemente más original que el de san Marcos. San Lucas lo estilizó.

[87] Se puede creer que esta parábola se pronunciara en otras circunstancias. Falta en san Marcos.

Si Jesús tenía intención de decir: todos los pecados son perdonables excepto el pecado contra el Espíritu Santo, ¿por qué no lo habrá anunciado con esta sencilla fórmula? Esta consecuencia tiende uno naturalmente a deducir, llevado por el hábito de una lógica categórica, mientras que el pensamiento de Jesús, mucho más matizado, mira más a las disposiciones del alma hacia Dios.

Afirma que todos los pecados son remisibles, aun las blasfemias, cualquiera que sea su gravedad, si bien mostrando una especie de paradoja exceptúa uno: el caso invita a reflexionar. Todos los pecados son perdonados, a condición, sin duda, de que el culpable pida perdón. Ningún israelita podía dudar de la necesidad de penitencia. Por tanto si un pecado jamás es perdonado ¿no será porque en virtud de su propia naturaleza y en tanto que permanece, excluye la penitencia? Así lo ha entendido la Iglesia, y es también el sentido del texto. Porque este pecado contra el Espíritu Santo es una ofensa directa y querida de quien se declara su enemigo, con quien rompe todos los lazos. El Espíritu Santo no representa aquí tanto la tercera persona de la Santísima Trinidad cuanto el atributo de Dios que perdona. Así el salmista, cuando ruega a Dios que le perdone su pecado, dice: «No me apartes de tu rostro, ni retires de mí tu Espíritu Santo» (Sal 51, 13 [heb.]). Cuando no se ha blasfemado de la misericordia, aun el más grande pecador no ha repudiado todo contacto con el Espíritu Santo, purificador del pecado. San Juan Bautista había designado el bautismo de Jesús, que debía perdonar realmente el pecado, como bautismo en el Espíritu Santo. Quien de Él blasfema, no quiere ser perdonado, y como dice san Marcos, «es culpable de un pecado eterno», lo que quiere decir que está ligado para siempre, es responsable por siempre jamás de la blasfemia en que se ha afirmado. A causa de esta mala disposición, jamás el pecado será perdonado; no puede serlo. Sólo con que el pecador recurra a la bondad cesa de blasfemar del Espíritu Santo. Los mismos escribas, a pesar de su grosera injuria, hubieran podido obtener perdón; sin embargo, es manifiesto que, a causa de su voluntaria ceguera y del peligro de impenitencia que los amenazaba, Jesús les da este aviso, pues san Marcos añade: «Porque decían ellos: tiene un espíritu inmundo». Atribuir al príncipe de los demonios, espíritu impuro por excelencia, la obra del Espíritu Santo, causa de toda pureza, fuente de perdón y de vida, era blasfemar del Espíritu Santo y ponerse fuera del alcance del perdón. Jesús se ve todavía como obligado a decir a los

escribas[88] que Dios estaba dispuesto a perdonarles sus propósitos contra el Hijo del hombre, es decir, contra Él, enviado por el Padre a fin de obtener para los hombres el perdón por el sacrificio de su vida. Lo que ellos hacían, ¿no era salirse fuera de los caminos de salvación y exponerse a la muerte eterna? San Pablo más tarde se acogerá a la misericordia y será apóstol. Otros le imitarán, con tal que no se obstinen en despreciar y blasfemar de este privilegio divino.

Aprovechándose del pasmo causado por la expulsión de los demonios, Jesús se sirve de las audaces prácticas de los demonios para dar a los que le rodean muy útiles enseñanzas. No se ponderará bastante el grave obstáculo levantado contra la predicación del reino de Dios, tal como Jesús lo anunciaba; era el orgullo de los jefes religiosos, el sentimiento de su propia satisfacción, el gozo de su situación moral y todo lo más opuesto al espíritu de penitencia, preámbulo obligado del reino de Dios. Jesús había venido a conceder perdón, pero era preciso pedírselo y, antes que nada, confesarse culpable. Los judíos se sentían muy superiores a los gentiles, siendo moradores de la casa de Dios, purificada de manchas antiguas y enriquecida con favores divinos.

Deberían, por tanto, saber ellos que el enemigo del género humano no cesa en su lucha. Se le vence una vez y vuelve luego a la carga, y si triunfa, la situación del vencido es más lamentable que antes. El Maestro pudo muy bien sacar la comparación de lo que pasa entre los hombres, cuando un pueblo antes vencido toma la resolución de vencer y triunfa de su adversario enervado y confiado en demasía de sus propias fuerzas. Prefiere, no obstante, sacar a escena a un espíritu del mal, que hubiera morado en un hombre por la posesión. Este estado, en sí mismo, no implica culpabilidad en el poseso. No se verá, pues, en lo que sigue, la descripción del pecador reconciliado por la penitencia, enriquecido por la gracia y que volviese al pecado por recaídas más graves. El Salvador llama más bien la atención sobre la indomable energía de un adversario a quien nada desconcierta. Arrojado de una casa, donde vivía a gusto, lo más que hace es huir a lugares áridos, es decir, al desierto de Judá, que probablemente los oyentes tenían a la vista. Allí no halla buen acomodo. Movido por el deseo de volver a sus comodidades, vuelve, espía, se da cuenta de que la casa que había dejado en desorden está barrida, en buen estado y libre. Para entrar necesi-

[88] Solamente en san Mateo y en san Lucas, pero no hay ninguna razón para dudar de su autenticidad. ¿Quién se hubiera atrevido a añadir esta frase?

ta refuerzos; va en busca de siete taimados, peores que él, y se posesionan de ella como señores. El pobre poseso, representado por la casa, tiene que sufrir más que antes.

Así, concluye san Mateo, le sucederá a esta generación culpable. En aquellos mismos momentos, Satanás, irritado por la victoria que Jesús acababa de ganarle, daba un último asalto a esta casa de Israel, que le habían arrebatado, comparándolo al menos con el imperio que tenía sobre el paganismo. Porque ella no abría los ojos al peligro ni quería hacer penitencia, su suerte sería peor que antes. Oyendo antes a los profetas había sentido horror a las antiguas idolatrías: adormecida ahora por sus doctores en una falsa seguridad, no se despertaría de su letargo espiritual, ni aun por los truenos del castigo.

¡DICHOSA LA MADRE DE JESÚS!
(Lc 11, 27-28)

Triste y sombrío era todo esto, pero va a brillar un rayo de sol. Las mujeres dan más fácilmente la cara que los hombres, cuando los ven ultrajados: su corazón las invita a ello, y no tienen reparos en hablar. Admiraba una la calma de Jesús, lo reposado de sus respuestas, la nobleza de su palabra, que domina la situación y que si se traduce en amenazas es para convertir. Candorosamente piensa que se honraría de ser madre de tal hijo, que bien pudiera ser el Mesías. Exclama: «Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te criaron». Pero Jesús, empeñado en apartar la atención de sí, para concentrarla sobre el objeto de su misión, dice: «Más bienaventurados son aun los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica».

No rehúsa la felicitación dirigida a su madre; asocia más bien a ella a todos lo que tienen buena voluntad. La Iglesia hace suyas las palabras de esta mujer, y hablando de la Madre de Jesús dice: «la bienaventurada Virgen María» y la juzga también menos dichosa por haber criado a Jesús según la carne, que por haber sido la Virgen fiel, con la inefable santidad que convenía a la Madre de Dios.

JESÚS MISMO ES UN SIGNO
(Lc 11, 29-32; Mt 12, 38-42)

Insensiblemente se fue formando un grupo numeroso alrededor de Jesús y de sus adversarios. Los más encarnizados habían sido

reducidos al silencio, terminando su derrota la intervención de una mujer desconocida, que tan francamente dio la razón al calumniado Maestro. Al pueblo siempre le agradan las palabras sentidas y espontáneas. La atmósfera, por tanto, estaba despejada. Sin embargo, algunos escribas de los menos apasionados, sintiéndose jueces para juzgar la misión de Jesús, le piden de nuevo[89] una prueba de ella, haciendo un prodigio en el cielo. Algo así como lo que hizo Samuel cuando desencadenó la tempestad de truenos y lluvia en tiempo de la cosecha de trigo (1Sm 12, 16 s.), y Elías, cuando hizo bajar fuego del cielo (1R 17, 18) o cuando con su oración hizo que no lloviera en tres años (1R 17, 1; 18 45). La primera vez Jesús había rehusado claramente conceder tal señal del cielo. Su resolución no había cambiado. Quiere solamente explicar con toda claridad a esta generación miserable que las palabras de Él y sus milagros son señales suficientes, y que ella es gravemente culpable cerrando su corazón con tanta pertinacia. Ver en sus milagros, especialmente en la expulsión de los demonios, una acción diabólica, era traspasar los límites ordinarios de la humana malicia. Él les pediría cuenta el día del juicio por no haber visto un prodigio divino en una existencia del todo divina[90]. Jonás había sido señal para los ninivitas y aquellos idólatras habían hecho penitencia, mostrándose dóciles a su predicación y, sin embargo, el que allí hablaba en medio de Israel era más grande que Jonás. La Reina de Saba había venido desde las extremidades de la tierra para ver a Salomón y rendir homenaje a su sabiduría, y quien les hablaba era más sabio que Salomón. Pero ellos permanecían sordos a las palabras de vida, cerraban los ojos para no ver sus evidentes milagros y le exigían que obrase prodigios en favor de ellos. Era la intimación dirigida a Dios de hacer un milagro ante las cinco clases del Instituto. Si Jesús hace milagros es por bondad, por esclarecer a las almas rectas, pero no acepta comparecer ante un tribunal de peritos.

---

[89] Véase pp. 218 s.

[90] San Mateo insiste en este rasgo de semejanza entre Jonás y Jesús, que Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de un pez, y que lo mismo haría Jesús en el seno de la tierra. Pero no es en esto en lo que consiste la señal de que Jesús habla en este momento, ya que está dada y debía ser comprendida. Más tarde sería la resurrección la señal por excelencia, y sin duda por esto la pone san Mateo de manifiesto.

CÓMO SE PUEDE RECIBIR LA LUZ QUE ES JESÚS
(Lc 11, 33-36; Mt 5, 14-16; 6, 22-23)

La verdadera señal había sido dada, pero no querían comprenderla. Cuando Dios envió al mundo esta luz, que es Jesús, no la puso bajo el celemín, sino en el candelero, para que ilumine a todo hombre que viene a este mundo. ¿Por qué no la veían? No basta que la luz resplandezca, es necesario que el ojo esté bien dispuesto. Si los ojos están sanos, todo el cuerpo, mediante ellos, goza de la luz; pero si están enfermos, el hombre cree que hay tinieblas. Tal era el estado de los fariseos, mal dispuestos para la luz, y Jesús les hace pensar en ello insistiendo en la causa de su error. Creyendo tener en sí mismos la luz, cerraban los ojos a la verdadera luz y vivían en la obscuridad. Valiéndose de estas comparaciones familiares, sobre los confines indecisos de las cosas sensibles y de las realidades espirituales, esclarece Jesús los designios de Dios y propone esta doctrina mística que san Juan ha conservado en fórmulas más precisas. Jesús es la luz, luz que es preciso desear primero, y luz que aumenta a medida que el hombre se despoja de la falsa ciencia y se expone a sus rayos, pero luz que se oculta a los soberbios.

Lo que es verdadero esencialmente dicho de Jesús, lo es también de sus discípulos. Él es la luz del mundo, y ellos también son la luz.

Jesús afirmó más claramente lo primero en san Juan (Jn 8, 12) y lo segundo en san Mateo (Mt 5, 14). Pero ¿cómo han recibido los discípulos esta luz que no les pertenece como propia, si no es, como explica san Lucas, abriendo sus ojos a la luz de Jesús, en tanto que otros viven satisfechos en sus tinieblas? (Lc 11, 33-36). Estas nociones de luz y de tinieblas, que se dicen propias de san Juan, provienen de Jesús por un rayo que, descompuesto en diferentes colores, fácilmente se juntan para formar la unidad primitiva. En el caso presente, san Mateo termina con una advertencia llena de melancolía, que parece un gemido de Jesús: «Si, pues, la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cómo serán las tinieblas?» (Mt 6, 23).

San Lucas lo ve bajo aspecto más alegre: «Así que, siendo todo tu cuerpo resplandeciente, no teniendo ninguna parte de tinieblas, será todo él luminoso, como cuando una antorcha de resplandor te alumbra» (Lc 11, 36).

San Juan, hablando, a nuestro modo de ver, en nombre propio suyo, pero seguro de reproducir fielmente la enseñanza de Jesús, lo ha

reunido todo en esta síntesis (Jn 3, 19-21)[91]. «La luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace el mal aborrece la luz y no viene a la luz, a fin de que sus obras no sean conocidas por lo que valen. Mas el que obra la verdad, viene a la luz, para que sus obras sean manifestadas como hechas en Dios». Confesamos que no sabemos exactamente las circunstancias ni el encadenamiento preciso de esta enseñanza de Jesús sobre la luz, pero vemos su resplandor y su reflejo.

LOS FARISEOS Y LOS DOCTORES DE LA LEY
(Lc 11, 37-48 y 52-54; Mt 23)

El hecho más llamativo del ministerio de Jesús, el mismo que causó su condenación, fue la divergencia entre sus enseñanzas y las de los doctores de la Ley, que eran del partido de los fariseos. Ya en su primer discurso había dicho con claridad que su camino era muy diferente. Muy pronto ellos se dieron cuenta de que no era de los suyos, de que nada podían esperar de Él. Para mejor asegurarse de ello lo espiaron, le tendieron lazos, intentaron comprometerle, apoderarse de Él, apedrearlo al menor descuido y llevaron su odio hasta suponer que era ministro de Satanás, precisamente cuando trabajaba con más ahínco por el reino de Dios, de quienes ellos se creían autorizados representantes.

Puestos frente a frente, la defensa de Jesús era legítima y estaba a su vez en su derecho de atacarles. Lejos, no obstante, de nosotros atribuir a este móvil las advertencias severas dirigidas a los fariseos. Siendo la luz, no había de tener amistad con las tinieblas, y pues los fariseos pretendían ser los adoradores del Dios verdadero, que era su Padre, debía Jesús mostrar que su religión hacia ese Dios difería de la de ellos. Debía, diríamos nosotros, esta explicación a aquellos de entre sus adversarios que apartaban a los que iban a Dios por la senda del amor. El sentimiento religioso de los fariseos apenas se diferenciaba de la actitud de un criado, que se contenta con hacer lo que le mandan de un modo exterior, sin acatar de corazón la voluntad de su señor. En lugar de mostrarse caritativos con los ignorantes, que ellos desprecia-

[91] N.º 31 de la *Sinopsis*.

ban, pretendían desentenderse de su obligación para con ellos, sujetándolos con más rigor al mismo servicio. Apasionadamente deseaba Jesús ilustrarlos, pero la generosidad de aquel corazón les parecía incompatible con aquella preciosa ciencia que les había costado tantas vigilias escudriñando los textos, tanto cuidado puesto en recoger de sus rabinos la tradición en torno de la Ley, tradición que al ser transmitida la habían hecho por demás complicada. Precisaba decirles que todo aquello era como una planta parásita que agota la savia del árbol: que cuando la planta parásita está más verde y más lozana, más pronto el árbol se seca o se pudre.

En fin, Jesús había venido a curar a los pecadores. También los fariseos lo eran, pero incurables por no someterse a una saludable, aunque dolorosa operación. Sería un error si los «¡Ay de vosotros!» de Jesús a los fariseos se entendiesen como maldiciones o imprecaciones. La imprecación primitiva era una promesa a los dioses infernales. El sentido de las palabras *«ay»* no es otro que el término griego *ouai* o del latín *vae*. Se decía «¡Ay de mí!» para significar: «Pobre de mí en estas circunstancias». Es una expresión de dolor, un gemido anticipado, presintiendo el golpe que nos amenaza. Si uno se ha hecho acreedor a la desgracia, la maldición va muchas veces mezclada con la tristeza que nace de la aprensión del castigo: sin embargo, un amigo se anticipa a prevenir al culpable, a fin de que se preserve de él mientras tiene tiempo. Así lo usaba el profeta Jeremías (Jr 13, 27). «¡Ay de ti, Jerusalén! Tú permaneces impura, ¿hasta cuándo será?»

Tan severo lenguaje fue de continuo usado por los profetas. Jesús había dejado ya su benignidad acostumbrada desde la fiesta de los Tabernáculos. Es el momento señalado por san Lucas, y el mismo ambiente, porque Jesús estaba todavía en Judea, donde los escribas hacían ostentación de más autoridad e imponían más pesado yugo con exteriores observancias de supererogación.

Dio ocasión un banquete en casa de un fariseo; pero sería extraño que habiendo aceptado la invitación se hubiera expresado durante la mesa en términos hostiles. Durante el banquete hubo los primeros encuentros. San Lucas habla a continuación de seis advertencias, tres hechas a los fariseos y tres a los doctores de la Ley. Los tiros iban contra dos grupos distintos, pero no figuraban formados alrededor de la mesa. San Mateo cita más tarde las mismas palabras, dirigidas juntamente a los escribas y fariseos. Lo importante es que las advertencias

fueron hechas y llegaron a rozar en lo vivo de las llagas, bien reales por desgracia.

Apenas terminara Jesús su instrucción sobre la luz, invisible para quienes se obstinan en vivir en tinieblas, que ellos tienen por luz verdadera, porque es la luz suya, cuando un fariseo le invitó a tomar con Él el desayuno. Este hombre, sin duda, le miraba con alguna simpatía, puesto que Jesús aceptó sentarse a su mesa; pero, esclavo de las prescripciones de su secta, se extrañó de que su huésped no se lavase[92] antes de comer.

Tomó entonces Jesús la palabra, y para mostrar que no se dirigía a su anfitrión en particular, como quien habla entre bastidores, dijo: «Vosotros, fariseos, laváis por fuera el vaso y el plato, pero vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad...» Después, mediante un giro sutil, poniendo la caridad sobre esta observancia, atribuyéndole aun el mérito de alcanzar el perdón de la injusticia y de recobrar la pureza: «Sin embargo, de lo que os resta dad limosna, y entonces todo limpio será para vosotros». Esta cordial invitación muestra a las claras que el Salvador, aun siendo severo, no quiere lanzar anatemas. Así lo dijo Dios por Isaías: «Acordaos de esto..., rebeldes; tornad a vosotros» (Is 46, 8), o como traducen los Setenta: «Volved a mí por el corazón». Porque lo que les faltaba a aquellos hombres tan escrupulosos, que pagaban el diezmo de la menta, de la ruda y de todas las legumbres, era la justicia o la santidad interior y el amor de Dios. Este duro reproche, que lo comprende todo, ya se lo había dirigido Jesús en Jerusalén (Jn 5, 42): «No tenéis en vosotros el amor de Dios». Por aquí hay que comenzar, sin menosprecio de lo demás: con este amor en el corazón, no pondrían tanto empeño en buscar honores en las sinagogas, ni en mendigar saludos por las plazas, a los cuales corresponden con pequeñas reverencias.

Vanidad despreciable y que no deja de ser peligrosa para los que se miran en ellos como en espejos de santidad. Se parecen a esos sepulcros que nada los hace sospechosos: se pasa por encima sin verlos y se contrae impureza. Los siguen, beben con avidez sus consejos, los practican al modo que los ven practicar..., y Dios no es más amado.

---

[92] El término griego parece indicar un baño, el cual no estaba prescrito antes de cada comida, según la costumbre más estricta. Se había imaginado este fariseo que Jesús era aun más escrupuloso sobre la limpieza, ya que venía a hablar a un auditorio muy complejo. ¿O será menester entender este lavado de un sencillo enjuague de manos?

Tan vehementes acentos iban dirigidos igualmente a escribas que a fariseos; en esto todos eran unos, pero aquellos miembros del partido, que tenían reputación de doctos comentadores de la Ley, eran más susceptibles. Entre ellos hubo uno que vio en la lección un ultraje, y no estando dispuesto a recibir lecciones de nadie dijo: «Maestro, con esto también nos ultrajas a nosotros». Justamente eran los doctores los más culpables, pues no se contentaban con imponer la Ley; pretextando interpretarla, creaban leyes y las imponían como pesada carga sobre los hombros de los demás; no tocándola ellos con la punta de un dedo. ¿Merecían los escribas tal reproche? ¿No daban ellos ejemplo de la más escrupulosa observancia? Así era cuando muy poco costaba cumplirla, pero los mejores doctores sabían que la misma casuística ponía en sus manos el secreto de dispensar las leyes a su voluntad o hacerlas más pesadas.

Cuando declaran que debemos ser más rigurosos con nosotros que con los demás[93], rendimos homenaje a esta tardía protesta que ya Cristo había condenado. Él supone, sin embargo, la práctica contraria. Bastaba para esto aplicarse las soluciones indulgentes de Hillel, reservando para los demás las decisiones durísimas de Chammai, como aquellas que no permitían curar en sábado y no dudaban de sacar una vaca suya caída en un hoyo[94].

Los doctores de aquel tiempo, sin embargo, embebidos en el estudio de la Ley, prestaban más atención a los profetas que prestaron y prestan sus sucesores. Les rendían entonces honores como a los justos, es decir, como a los depositarios de la Tradición. En Jerusalén, actualmente, la visita al sepulcro de Simeón el Justo es una gran fiesta nacional. Si se tratase de profetas mártires como, según la tradición, lo fue Isaías, los doctores manifestarían altamente su reprobación contra los verdugos, cuyo crimen pretenden que está bien reparado levantando monumentos a los testigos de Dios[95]. Nueva y especiosísima manifes-

---

[93] El Talmud de Palestina (*Sota*. III, 19.ª, 16), Rabbi Zeriqa (hacia el 300), dijo a nombre de Rab Huna († 297): «Es un ardid impío el de aquel que para sí decide alegando un sentido y para los demás alega un sentido más riguroso» (Citado por Strack y Billerbeck, I, p. 913).

[94] La tendencia de los teólogos cristianos es seguramente contraria. Un moralista absolutamente partidario del probabilismo no tiene escrúpulo, confesando a otros, en ser probabilista.

[95] Este rasgo sólo lo conocemos por el Evangelio, sobre todo por san Mateo, 23, 29. No queda vestigio alguno de tales monumentos.

tación de su celo esta que Jesús emplea como argumento contra ellos. Al reparar la injusticia de sus antepasados, confesaban que eran de su raza y que sus protestas eran sólo una vana demostración: eran los herederos del espíritu de los verdugos, y que se disponía a verter la sangre de Él: «Y vosotros colmáis la medida de vuestros padres»[96].

En fin, el tercer reproche a los doctores era que se reservaban para ellos solos la ciencia de la Ley. Esta Ley de Moisés, justo orgullo de Israel, era como un palacio, cuya llave estaba en sus manos. Impedían a los demás entrar en él y tampoco entraban ellos hasta el fondo de esta palabra de Dios, que ante todo enseña a amar. Ellos se quedan fuera, ocupados en plantar alrededor de la Ley una cerca, que preservará la letra, pero que no permitirá llegar al espíritu. Ni que decir tiene que los escribas quedaron tan descontentos como los fariseos de estas punzantes palabras. Desde entonces estudiaron con más empeño el modo de proponer a Jesús cuestiones capciosas, a fin de sorprenderle en alguna imprudencia que les permitiese pescarle en contradicción formal con la Ley (Lc 11, 53 s.)[97].

INSTRUCCIÓN A LOS DISCÍPULOS SOBRE SU FUTURA PREDICACIÓN

(Lc 12, 1-12; Mt 10, 24-33; 10, 19-20)

No se expuso Jesús abiertamente a la cólera de los doctores por el gusto de provocarlos; necesitaba poner de relieve en qué divergía su espíritu del de ellos. Después de manifestar las características de su método, va a decir a sus discípulos[98] lo que de ellos espera, llamados

---

[96] Aunque falta este pormenor en san Lucas, se debe sobreentender para explicar el enigma. Como la sepultura es el último acto en pro de los profetas condenados a muerte, así los doctores terminarán la obra de sus padres verdugos, llevando a Jesús al sepulcro. Para persuadirse que así sería, no tenían más que consultar a su odio. Además san Lucas (11, 49 s.) explica una parábola, haciendo alusión a las persecuciones de los judíos, que creemos mejor colocada por san Mateo en la última semana.

[97] Ésta no fue más que la conclusión de la disputa (ver *Evangile selon St. Luc*), puesta ya de relieve en la *Sinopsis* (n.º 172) como un segundo acto de sus diligencias.

[98] Este discurso está colocado aquí por san Mateo, cuando la misión de los discípulos; pero muchos rasgos miran más allá de lo que alcanzaba la mirada. Es-

como están a ser maestros de una doctrina antigua en sus principios, pero completada por Él y enseñada con espíritu nuevo. Acaso el haber oído la denuncia hecha de las prácticas poco nobles de los doctores fue lo que hizo que se juntase tanta gente. Mientras se disputaban los puestos más cercanos al Maestro, halló medio de aislarse con sus discípulos. El principio que lo domina todo, sugerido por las circunstancias, es que deben guardarse de la levadura de los fariseos, es decir, de ese método de simulación, que no le dice al pueblo más que lo que les conviene.

Jesús se ve aún obligado a guardar ciertos miramientos; habla, valga la frase, al oído, en la oscuridad, y con más razón lo harán así los discípulos cuando vayan a predicar en familia, pues no habían de decir más que su Maestro. ¿Qué discípulo sería tan osado que se lisonjease de obrar de otra manera? Ya llegaría el momento en que todo fuera revelado. La doctrina de Jesús no tiene dos sentidos: uno, para los que la conocen en secreto, y otro, para el común de los mortales. No, lo que Jesús dice ahora a sus discípulos deberá ser predicado desde los tejados. Si del Maestro han pensado mal y lo han perseguido, sus discípulos no correrán mejor suerte. No deben temer a los que pueden matar los cuerpos, pero no las almas, sino solamente a aquel que puede echar al infierno los cuerpos y las almas.

He aquí tres admirables motivos de confianza que iluminan, sin acudir a resplandores metafísicos, los atributos del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Y ninguno de ellos cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. No temáis, pues, más valéis vosotros que muchos pájaros». En fin, si es voluntad del Padre, que conoce el número de vuestros cabellos, que, como sucumbe el pajarito que cae en tierra, sucumbáis víctimas de la maldad, después de haberme confesado delante de los hombres, a mi vez yo, Hijo de Dios, os confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.

¿Se verán abandonados a sus propias fuerzas en la hora de la prueba? Los discípulos eran galileos y pertenecían a una raza valiente y generosa, a quienes no espantaba la muerte; pero tener que comparecer ante astutos jueces, tan versados en aquella ciencia del libro, del

---

te precisamente es el sentido del discurso de san Lucas. Lo extraño es que hable así a los discípulos cuando una gran multitud lo rodea. En su pensamiento, el grupo escogido estaría algo apartado.

cual ellos apenas tienen cortísimas nociones aprendidas en las sinagogas, escuchando a los doctores..., era para perder la serenidad. Ahora, en todas las disputas guardaban ellos silencio, dejando al Maestro que se defendiese y los defendiese; pero ¿qué harán cuando ya no esté con ellos? Tendrán la ayuda del Espíritu Santo: «Cuando os entregaren, no os apuréis de cómo o qué hablaréis, porque en aquella hora se os dará lo que habéis de hablar; porque no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre que hablará en vosotros»[99].

Fue el acento del Espíritu de Dios el que las almas de buena voluntad reconocieron en las confesiones de los apóstoles y de los mártires. Ya no sería la escritura de un libro sagrado, pero glosado ingeniosamente, solicitado con avidez, cuyo sentido era tergiversado por la sutileza puesta al servicio de un partido, desconocido a causa de las excrecencias que ocultaban su sencillez y su grandeza. Era la palabra sincera de los hombres que sólo temían a Dios, prestos a afrontar la muerte siguiendo el ejemplo de su Hijo y por amor a Él, hablando a todos el mismo lenguaje, con la simpática cordialidad del espíritu de amor: tal fue el Evangelio.

NO HAY QUE PEGARSE A LOS BIENES DEL MUNDO
(Lc 12, 13-21)

La multitud había logrado rodear al Maestro, guardando cierto orden; uno al menos pudo acercársele y recurrir a Él para que mediase entre dos hermanos litigantes: «Maestro, di a mi hermano que reparta conmigo la herencia». Si este hombre le hubiese parecido a Jesús apto para la perfección, le hubiera más bien dicho: dale alegremente tu parte y sígueme; pero no quiso suprimir entre los hombres el ejercicio del derecho de propiedad. Debían comprender todos que Él no estaba encargado de eso: no era su misión. Su misión era predicar el desasimiento de los bienes del mundo. Respondió, pues: «¡Oh, hombre! ¿Quién me puso por juez vuestro o para hacer vuestras peticiones?» (Lc 12, 14).

Les propuso una parábola: un hombre ya rico tuvo una cosecha excepcionalmente abundante. En un país donde la tierra produce poco

---

[99] Seguimos el orden de san Lucas, tomando las palabras de san Mateo, 10, 28, 29, 30, 31, 32, 19, 20.

y cuando las utilidades a causa del feliz reparto de las lluvias eran tal vez más del doble, una tan inesperada dicha le dio que pensar. ¿Acaso también nuestro hombre había hecho gastos abonando y labrando sus tierras y podía prometérselas muy feliz muchos años? Derriba sus graneros para agrandarlos y allí almacena todo lo que tiene de más valioso: cubas para el vino, arcas para la lencería, cofres para la vajilla y el dinero. Entonces, dirigiéndose a su cuerpo que puede gozar de estos bienes como si fuera su alma, le dice: ¡Alma mía, come, bebe y gózate, tienes bienes para mucho tiempo! Llegó la noche; ya no distingue sus cofres, que eran la alegría de sus ojos; está solo. Dios se dirige al alma de aquel hombre, que es lo que tiene verdadero valor, esa alma inmortal en la que él no piensa y que le va a ser pedida, sin duda, para juzgarla. De pronto ve aniquilados todos sus bienes que tenía asegurados. ¿A quién irán? Seguro de que viviría largos años no hizo testamento, acumuló todos aquellos bienes, tal vez para un heredero que detesta; en todo caso serán para otro. He aquí la suerte de los que amontonan las cosas de la tierra, con la mira en los goces, olvidando que su alma es de Dios.

Que las riquezas se deslizan de entre los dedos fríos de los muertos es tema socorrido de moralistas y satíricos; pero ninguno de ellos ha experimentado la emoción de la pérdida de un alma que vive sumergida en el oro. Sólo Jesús ha hecho oír esta palabra interior en la noche, último y supremo llamamiento de Dios a un hombre que, yendo camino de la perdición, puede aún salvarse.

CONFIAR A LA PROVIDENCIA DIVINA LAS NECESIDADES DE LA VIDA

(Lc 12, 22-34; Mt 6, 25-34 y 19-21)

Transcurrida aquella escena, se vuelve Jesús a sus discípulos. San Lucas no nos dice cómo se había modificado el grupo de los íntimos. El cuadro de estos avisos es bastante flexible. Aquellas instrucciones serían mejor comprendidas considerándolas como continuación de la enseñanza sobre la predicación futura del Evangelio, porque los simples fieles, obligados a asegurar el alimento y el vestido por el trabajo, no podrían seguirlas a la letra como si fueran mandatos. Son, por el contrario, verdad exacta para aquellos que, haciendo de la pobreza base de su acción apostólica, dejan realmente a Dios el cuidado de su

sustento y vestido. Además, si en el estado de voluntaria renuncia se vive con confianza primero, con gratitud después y siempre con gusto, todos los cristianos deben identificarse con su espíritu: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros –como este rico insensato– y vuestro Padre celestial los alimenta... Observad los lirios del campo cómo crecen: no trabajan ni hilan... Mas os digo que Salomón mismo, en toda su gloria, no vestía como uno de ellos (Mt 6, 25 s.). ¿Qué alma de artista ha sentido mejor la naturaleza? Pero lo que le transporta es la Providencia del Padre».

Después, esta indulgente ironía: «No os acongojéis, pues, diciendo: ¿qué comeremos?, o ¿qué beberemos?, o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan todos estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe que vosotros tenéis necesidad de esto».

Y aquella compasión por la triste raza de los mortales, a quien tortura el cuidado del porvenir: «No os acongojéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá sus inquietudes: bástale a cada día su afán».

Vosotros, pues, que no renunciáis a los bienes de la tierra, trabajad por adquirirlos, pero sin demasiada solicitud, ya que cada día tiene su afán[100]. Mas los que habéis consentido en seguir a Jesús para predicar después el reino de Dios, «vended lo que tenéis y dadlo en limosna»[101] Desprended todos de vuestras almas el afecto a los bienes perecederos, amontonad tesoros en el cielo: «porque donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón»[102].

NECESIDAD DE ESTAR PREPARADOS PARA CUANDO LLEGUE EL MAESTRO

(Lc 12, 35-48; Mc 13, 33-37; Mt 24, 43-51)

Después de haberse apartado Jesús de los fariseos, todo lo que dijo, a pesar de sus distintas aplicaciones, está regido por el predominio del alma, y todo lo que se refiere al alma mira a su salvación.

[100] Éste parece ser el sentido de san Mateo, porque el discurso inaugural habla de la perfección cristiana.

[101] Es el texto expreso de Lc 12, 32, dirigido a los futuros apóstoles.

[102] Principio común en los dos evangelistas: bien lo pongan al principio, como san Mateo, bien al fin, como san Lucas.

Exponer su vida para salvarla es de prudentes; y es de insensatos, por el contrario, envilecerla haciéndola gustar las dulzuras de la tierra, pues los más urgentes cuidados no nos deben apartar del camino del cielo. Sin embargo, todo será inútil si, llegado el último momento, falta el hombre a su fidelidad. Si no tiene vigilancia, está perdido.

Así lo expresa Jesús desde el principio haciendo resaltar la fidelidad y la recompensa verdaderamente inaudita que la corona.

Un amo se hizo esperar: estaba en una boda y, naturalmente le fue forzoso aguardar hasta última hora. Sus criados velaban teniendo las lámparas encendidas, y cuando llamó a la puerta, inmediatamente le abrieron, acudiendo solícitos con luces para llevarlo a su habitación. Asombrado él de tal celo, los sentará a su mesa, y ciñéndose les servirá. Si se atiende a las costumbres, hay hipérbole; pero es muy propia de la infinita condescendencia de Dios, porque se comprende que es Él el que llama a la puerta. Cuando el Salvador[103] haya de venir, con todos se hará lo mismo. Aquí, como en el caso del rico insensato, la suerte de cada alma está en juego: la llegada del Señor es el momento que espera el buen servidor, y es el Hijo del hombre quien viene y lo sienta en su banquete.

La misma imagen, un tanto modificada, expresa aún mejor cómo esta aparición puede ser súbita e inesperada. El señor tuvo cuidado de dar a entender que tardaría en volver, pero el ladrón no avisa. Con que el señor sospechase sus designios, ¡cómo extremaría la vigilancia! Tan inesperada es muchas veces la llegada de Dios, que sólo es comparable a la del ladrón, que ha tomado todas sus medidas para sorprender.

Interviene entonces san Pedro. Es la única vez que lo hallamos en todo este viaje a Judea. Pregunta a Jesús si habla solamente a sus discípulos o se refiere a todo el mundo. Antes se había dirigido Jesús a su pequeño rebaño (Lc 12, 32) aconsejándole el desprendimiento efectivo de todos los bienes. Esto sólo podía aplicarse a los más íntimos amigos, no así el consejo de la vigilancia, que importa a todos y, sin embargo, el Señor sacó a escena a los servidores, a los guardianes de la casa. ¿Qué es de los otros?

Es, en efecto, a los servidores a quienes Jesús prescribe la vigilancia, de que depende la suerte del alma; pero todos los que están en el mundo viven en su casa, y Él es el señor de ella. Además, lo que tiene

---

[103] Por eso pudo colocar Mt 24, 43-50, al fin de un discurso sobre la *parusia*. Lo mismo hizo Mc 13, 33-37.

valor a sus ojos no es sólo la espera de un señor, que indudablemente ha de llegar, es la fidelidad inquebrantable, que los libra siempre de toda sorpresa. Nadie tiene asegurada a su favor la sentencia: cuanto la confianza en el señor haya sido más absoluta, tanto más grande será la recompensa del buen servidor, pero también más terrible el castigo.

Ved primero a un servidor, que es más bien un intendente, con autoridad sobre todos los domésticos, de tales prerrogativas investido, que muchos han visto en él a Pedro mismo, jefe de la Iglesia. No es probable, sin embargo, que Jesús intentara en aquella parábola hacer una aplicación personal a Pedro. La amonestación está hecha a cualquiera que está en altos puestos. Siendo fiel, tendrá poderes sobre todo lo que pertenece al señor; pero si este intendente, que al fin y al cabo sólo es un servidor, se dice: «Mi señor tarda en volver, y comenzare a herir a siervos y criados, y a comer y beber hasta embriagarse, vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y a la hora que no sabe y lo arrojará con los infieles» (Lc 12, 45 s.).

Otros servidores menos amados y menos honrados, que habiendo recibido aviso de su voluntad no tuvieron cuenta con ella, serán azotados y castigados severamente. Por fin, aquellos a quienes no se dio aviso alguno, si se portaren mal sufrirán castigo más ligero. San Pedro ya sabe ahora lo que deseaba saber: «Se exigirá mucho a quienes se haya dado mucho (Lc 12, 48); los demás rendirán fácilmente sus cuentas».

Vemos aquí a Pedro solicitar una explicación como acostumbra en Galilea. Si en Judea no aparece más que en esta circunstancia, ¿sería porque, por algún ignorado e insospechado motivo, tuvo que alejarse? ¿Sería más bien que desorientado en una región desconocida, no pudiendo señalar el lugar fijo, no se hubiera extendido sobre la catequesis durante este período de enseñanzas del Salvador? San Lucas había recogido estos datos seguros, pero desnudos, de aquella vida que sabía imprimir san Pedro. Nos vemos, pues, obligados a suponer cambios de lugares y variadas impresiones en el auditorio. Es un hecho que, después de la instrucción fundamental, que ante todo mira al porvenir lejano del Evangelio y a los destinos eternos de las almas, san Lucas vuelve a las palpitantes cuestiones del día, a la agitación causada en las almas por la predicación de Jesús, a los signos de los tiempos y a la necesidad de no dejar para adelante la penitencia.

Como las discusiones con los fariseos habían provenido de sus calumnias después de un milagro, no es temerario conjeturar que se

dividieran las opiniones y se avivasen las querellas en alguna parte de Judea entre los seguidores de Jesús y sus adversarios.

JESÚS, SIGNO DE CONTRADICCIÓN
(Lc 12, 49-53; Mt 10, 34-36)

Jesús era amado, y los que le seguían sentían más vivos deseos de amar más a Dios. De lejos veía el nuevo fuego de caridad que debía consumir los corazones. Por eso exclamó: «Fuego vine a traer a la tierra, ¡y cuánto deseo que arda!» Dando su vida por los hombres será como moverá sus corazones. Quisiera que esa hora hubiera ya pasado, porque a la parte sensible de su alma le repugna someterse a tantos sufrimientos, y porque solamente entonces se avivará y tomará incremento esta llama, esta efusión del amor que Él tan al vivo siente. Compara su pasión a un bautismo[104]. «Debo recibir un bautismo, y ¡cómo me angustio hasta que se haya cumplido!» ¿Vendrá entonces la paz? No, al contrario, es también su destino atizar el fuego del odio y de las disensiones. «¿Creéis que vine a poner paz en la tierra? No, os lo aseguro, sino disensión. Porque estarán de aquí en adelante cinco en una casa divididos: tres contra dos y dos contra tres; el padre estará dividido contra el hijo y el hijo contra el padre».

Extrañas como tantas otras son estas palabras, y su sentido, más que de las mismas palabras, brota del acento con que fueron dichas ¿Quién consentirá en creer a Jesús con intención de sembrar discordias en las familias? San Juan no se engañó al poner como deseo y suprema aspiración de Jesús la unidad (Jn 17, 11), y era en los momentos en que Jesús sabía que sus discípulos serían expuestos al odio del mundo.

Sólo amor quisiera inspirar Jesús, pero su misión tenía un lado doloroso, que era ser ocasión de que el odio se desencadenase. ¡He ahí lo que vino a hacer! Se avivará el fuego, ¿podrá quejarse de ello? Va al encuentro de una Pasión, que Él desea para la salvación del mundo, aunque el solo pensamiento de ella le haga estremecerse, y después de esto romperá los dulces lazos de familia... ¿Quién hubiera creído que el Mesías no sería el príncipe de la paz? He aquí su misión, tal como la malicia de los hombres se ha disfrazado.

---

[104] Ver Marcos 10, 38 (pp. 368 s.).

Si fuera permitido substraerse a la profunda impresión de aquella confidencia patética en que Jesús, con toda su alma, protesta contra el sentido material de las palabras, sería necesario recordar que no hay en eso más que un aspecto de su misión, de tal manera aflictivo, que por el momento no deja ver otra cosas: la paz interior devuelta a los hombres y su unión en una sociedad regida por el amor. Es necesario también hacer notar que estas palabras tan evidentemente auténticas –¿quién se hubiera atrevido a proponer esta paradoja?– son el mentís más decisivo contra esos críticos que no ven en Jesús más que el profeta de un reino de Dios inminente, en perfecta inocencia, bajo la salvaguardia del Mesías.

Lo que Jesús ya había anunciado de las persecuciones que esperaban a sus mensajeros, lo abarca de una sola mirada por el lado más penoso a su amante corazón, ve una larga cadena de disensiones y de querellas. ¡Si al menos estas disensiones y querellas sólo fueran entre sus discípulos y los extraños!

LLEGÓ LA HORA DE RECONCILIARSE CON DIOS
(Lc 12, 54-59; Mt 16, 2-3; 5, 25-26)

Se había expansionado Jesús con sus discípulos. A las turbas ávidas siempre de escucharle, continúa hablándoles en parábolas, que con su evidencia familiar van a herir los corazones y están como pidiendo ser aplicadas a quienes se creen maestros de momento. Éstos se juntan y son llamados por san Lucas (Lc 12, 56) hipócritas, en los cuales es fácil reconocer a los fariseos y saduceos de que habla san Mateo (Mt 16, 1).

La primera parábola no está expresada lo mismo en los dos textos, y es verosímil que Jesús la haya propuesto dos veces. Debían comprender los adversarios de Jesús que los destinos de Israel estaban en litigio. En ninguna época de su historia se había visto Israel más cargado de responsabilidades para el futuro. ¿Se inclinaría ante el Mesías, o cometerá la locura de rechazarlo? Y, sin embargo, como todo el mundo, estos hombres doctos saben muy bien hacer pronósticos sobre el tiempo. Las dos comparaciones tienen, cada una a su manera, cierto sabor palestino. Es cuestión vital para aquel país que el agua llegue a tiempo. Según san Lucas, cuando las nubes vienen del suroeste, llevadas por fuerte viento, llueve; si el viento sopla del sureste, hará

calor[105]. En san Mateo, el pronóstico es más sutil, porque en los dos casos el cielo está rojo: si es por la tarde, es anuncio de buen tiempo, porque es la atmósfera misma inundada de sol; si es por la mañana, es presagio de lluvia.

Para adelantar estos pronósticos precisa haber hecho muchas observaciones; pero ¿se podían engañar sobre la gravedad de los tiempos, viendo a los judíos fieles a la Ley, en una semiesclavitud, y a los mesías sin vocación surgir invitando a la revuelta, y a Jesús reconocido por el Bautista, predicando la penitencia y el reino de Dios y haciendo milagros por todas partes?

Si los judíos no sabían qué partido tomar, todos al menos debían darse cuenta de la necesidad del socorro divino y, por consiguiente, de lo mucho que urgía reconciliarse con Dios. En la gran crisis nacional, los jefes, ¿querían tenerle por enemigo? Pretendían ser ellos los representantes de su causa y apenas pensaban en ponerse bien con Él haciendo penitencia. Sin embargo, para proceder en sus negocios no les falta sagacidad. Sabían muy bien que vale más un mal acuerdo que un buen pleito. Aun cuando la ofensa fuera ofensa de sangre, la familia ofendida tal vez aceptaría un arreglo pecuniario razonable. Sentado ya el juez para juzgar, sentenciaría según el rigor del derecho. Procura, pues reconciliarte con tu enemigo, aun en simples deudas, no sea que te consigne al juez, pues éste te obligaría a pagar hasta el último céntimo.

La aparición del juez y la inminencia del castigo son toda una revelación. A los judíos no les queda otro tiempo para convertirse sino hasta que empiece el castigo divino[106].

NO SE DEBE DEMORAR LA PENITENCIA
(Lc 13, 1-9)

Por aquel entonces fueron a anunciar a Jesús que Pilato había hecho matar a unos galileos, mientras ofrecían sus sacrificios en el Templo[107]. Como galileo que era, la noticia le tocaba de cerca. Los gali-

[105] Aunque sea a fines de octubre, época del caluroso siroco.

[106] Éste, al menos, es el sentido de san Lucas, según el contexto; san Mateo parece insistir más sobre la paz con el prójimo.

[107] El texto de san Lucas es, por otra parte, el único testimonio de este incidente.

leos son impetuosos, dispuestos siempre a echarse a la calle y Pilato más de una vez se había mostrado inhumano con ellos. Tal vez con motivo del Mesías se encendió la hoguera, fuera de las grandes fiestas. Se ve aquí con qué exquisita prudencia obró Jesús, no mezclándose con el cortejo de sus parientes en la última fiesta de los Tabernáculos (Jn 7, 1-10).

En Galilea hubiesen, sin duda, estado prontos a tomar el partido de sus compatriotas. Los judíos razonaban y se decían que las víctimas se habían hecho acreedoras al castigo, puesto que Dios así lo había decretado: habiendo sido castigados nada tenían que temer los demás. Doble error de los doctores al interpretar un juicio de Dios según su fanatismo religioso, en aquello que debían considerar como una advertencia, que a todos invitaba al arrepentimiento. Habían olvidado la lección del libro de Job. Jesús les replica: ¿Pensáis que esos galileos[108] eran más pecadores que todos los demás de Galilea y por ello han sufrido esta pena? No, yo os lo digo; pero si no hiciereis penitencia, pereceréis de la misma manera.

La dura represión de Pilato hace suponer una falta, aunque fuera ligera. Pero la imprudencia de condenar a las víctimas resalta más si el accidente ha sido fortuito. La torre de Siloé acababa de desplomarse aplastando a dieciocho personas. ¿Dirían que eran los más culpables de Jerusalén y satisficieron suficientemente a la divina justicia? «No, os lo digo: y si vosotros no hiciereis penitencia, pareceréis todos lo mismo». Cuando Jesús recordaba esta desgracia, bien conocida por sus oyentes, no estaba muy lejos de Jerusalén. La crueldad de Pilato, agente de Tiberio, y la caída de una torre, que probablemente formaba parte de la defensa de Jerusalén[109], eran presagios siniestros. La justicia de Dios sobre los individuos es un secreto, y los que son heridos por una súbita calamidad no son siempre los más culpables; estando asociada a la misericordia, es un aviso a los demás para que hagan penitencia, a fin de verse libres de la catástrofe si aún es tiempo. Los días de predicación de Jesús eran un remanso de gracia, una última manifestación de la bondad de Dios para su pueblo escogido.

Lo muestra bien a las claras la parábola familiar y amenazadora de la higuera. Esta higuera había sido plantada en una viña, como es cos-

---

[108] Esta expresión extrañaría a los de Galilea.

[109] Las excavaciones del capitán Weill en 1914 han dejado al descubierto las primeras hiladas de una torre a lo largo del muro de la parte baja del Cedrón, muy cerca del canal de Siloé.

tumbre aún hoy en Palestina. ¿Había dado alguna vez fruto? No se sabe: pero después de muchos años, tres es una cifra consagrada, el dueño se queja de no hallar ninguno. No hay más remedio que arrancarla. El hortelano, enojado de haber perdido su trabajo, ofrece hacerlo mejor. Casi se echa a sí mismo la culpa. ¡Un año más! Cavaré la tierra de alrededor para airear sus raíces y le echaré abono: y si diere fruto el año que viene...» ¡Ay! El cambio es tan poco esperado, que el pobre labrador no termina la frase..., y se resigna a lo inevitable: «Si no, tú la cortarás». ¡Cuán dispuesto está a esperar, y si se trata de los hombres, con qué llamamiento prodiga los últimos cuidados!

CURACIÓN EN SÁBADO DE UNA MUJER ENCORVADA
(Lc 13, 10-17)

San Lucas nada nos dice de cómo fueron acogidas tan apremiantes invitaciones a la penitencia; sin más aviso, pasa a otra cosa, o tal vez consignó completamente la última enseñanza dada por Jesús en la Sinagoga. ¿O, más bien, este escritor tan cuidadoso explica por este hecho, en apariencia desligado, la razón profunda del fracaso de Jesús y, en suma, la respuesta de la Sinagoga a sus apremios de caritativo médico? Es como cuando un padre espiritual, que, esperando el buen efecto de una exhortación severa, escuchada mirando al suelo, por una interrupción o un gesto ligero nota que no ha sido comprendido, o ni siquiera escuchado con seriedad. Era el mismo caso.

Los jefes sólo pensaban en la observancia exacta de las tradiciones de los doctores: un milagro de la bondad se consideraría inoportuno, aunque sólo en apariencia las contradijese. No se cuidaban de indagar si el autor de los milagros interpretaba el sentido de la Ley mejor que los escribas, y si éste, que curaba a los enfermos y violaba sus preceptos sabáticos, tenía la misión de curar también al pueblo. Una mujer, hecha un ovillo y encorvada hacía dieciocho años por Satanás[110] una hija de Abrahán. ¿no es un símbolo de la nación judía? Sin necesidad de recurrir a la alegoría, la lección es bastante clara. Jesús la cura sin que haya acudido a Él, con una palabra, pero imponiéndole las

---

[110] No indica esto que fuera posesión: era más bien un caso como el de Job, cubierto de llagas por Satanás.

manos. Sin duda era éste un acto exterior –en día de sábado– lo que excitó el enojo del jefe de la Sinagoga. El conflicto entre la caridad y la legalidad terminó en aquellos cerrados espíritus proponiendo esta casi cómica conciliación: «Hay seis días para trabajar. En éstos, pues, venid y sed curados, y no en el día de sábado». ¡Como si Jesús tuviera una clínica y fuera preciso cerrarla los sábados! El Señor le responde en plural, porque representaba a todos los de su casta: «¡Hipócritas! ¿No desata cada uno a su buey o a su asno el sábado y lo lleva al agua? Y esta hija de Abrahán, a quien tenía atada Satanás desde hace dieciocho años, ¿no se la podría desatar de esta ligadura en día de sábado?» Y acaso era necesario entender que la liberación de los lazos de Satanás –en moral sería la remisión de los pecados–, no sólo está permitida, sino que es muy oportuno hacerla en el día consagrado al Señor. El tiempo del Mesías era año de remisión y de gracia (Lc 4, 18).

Los enemigos de Jesús no tuvieron nada que responder: se fueron confusos, pero no convencidos. Las turbas gozaban con estos milagros, pero no sabían deducir de ellos que había llegado el tiempo de hacer penitencia. No sabía que si los favores divinos siguen al arrepentimiento son también concedidos para mover los corazones y quebrantarlos[111].

V. DE LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN A LA PARTIDA PARA LA ÚLTIMA PASCUA

VUELVE JESÚS A JERUSALÉN
(Lc 13, 22)

En dirección al oeste de Judea, ¿hasta dónde llegó Jesús? No hay datos para fijar el lugar. En el Evangelio no hay referencia alguna que lo señale. Conviene, no obstante, tener en cuenta una tradición referida por el historiador Sozomeno[112]. Cerca de Emaús-Nicópolis[113] había una fuente que se la creía saludable para los hombres y aun para los animales. Se le atribuía esta virtud porque: «Viniendo Cristo de viaje con sus discí-

[111] San Lucas pone a continuación las parábolas del grano de mostaza y de la levadura, como para indicar que el Reino de Dios se fundará a pesar de todo. Ya hemos hablado largamente de estas parábolas, p. 162-164.

[112] Su historia abarca los años 324-425. Migne, *P. G.*, XLVII, col. 1281.

[113] Su emplazamiento es cierto, al este de Jerusalén.

pulos, de un cierto lugar, hacia esta fuente, se lavó los pies y el agua adquirió entonces la virtud de curar enfermedades». Esta humilde circunstancia de lavarse los pies Cristo, después de un viaje, merecía ser recogida. Si la tradición es auténtica, y parece serlo, Jesús habría cuando menos llegado hasta el Emaús de los macabeos. ¿Llegó hasta Cesarea? San Lucas, que es el único que escribió sobre esta estancia en Judea, excepto san Juan, que sólo habla de Jerusalén, estuvo ciertamente allí acompañando a san Pablo (Hch 21, 8). Si fue a Cesarea en busca de datos, de aquellos que habían sido testigos oculares y servidores de su palabra, se puede pensar que hubieran conservado recuerdos del paso de Jesús, pero esto sería injertar una suposición en otra. Cuando el evangelista nos dice que Jesús «pasaba por todas las ciudades y aldeas enseñando al mismo tiempo que se dirigía a Jerusalén» (Lc 13, 22), se puede inquirir si con ello sólo quiere recordar la dirección general hacia el lugar de la Pasión, indicada a la salida de Galilea (9, 51), o si señala una nueva orientación positiva hacia la Ciudad Santa. Lo que nos inclina hacia esta segunda solución es que algunos versículos más abajo nos hallaremos en territorio de Herodes. Esto no era Galilea, pues Jesús la había abandonado ya definitivamente (Lc 9, 51)[114]: era, pues, Perea. Así nos dirá san Juan que, después de la Dedicación, Jesús fue a Perea. Creemos que san Lucas indica aquí el punto extremo hacia el oeste, adonde llegó predicando Jesús en Judea y de donde tomó directamente el camino de Jerusalén, lugar en que lo encontramos por la Dedicación. Si san Lucas no habla de su presencia en esta fiesta, como tampoco de la de los Tabernáculos, es que en su plan, calcado sobre el de san Marcos, no entraba más que una visita a Jerusalén, la última.

DECLARACIÓN SOLEMNE EN LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN

(Jn 10, 22-39)

Es san Juan quien nos da la noticia del viaje de Jesús a Jerusalén con ocasión de la Dedicación. Ésta no era fiesta legal de peregrinación

---

[114] Por las razones indicadas en el texto, modificamos ligeramente el orden de la *Sinopsis*. El n.º 186 debe seguir inmediatamente a Lc 13, 22; la instrucción sobre la puerta estrecha debe haber sido dada en Perea, donde nosotros estamos con Lc 13, 31, n.º 185, y donde estamos también según el n.º 187. El n.º 184, menos el primer versículo y el n.º 185 deben colocarse, por tanto, después del n.º 187.

como lo eran la Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos. Era de creación reciente, pues recordaba la nueva consagración del Templo profanado por Antíoco Epifanes y la erección de nuevo altar el 25 *Kislev* del año 165 antes de Jesucristo. El aniversario se celebraba poco más o menos dos meses y medio después de la terminación de la fiesta de los Tabernáculos, hacia fines de diciembre[115]. Duraba también ocho días, con brillantes iluminaciones y gran concurrencia del pueblo. Aún es hoy fiesta del nacionalismo judío.

Advierte san Juan que era invierno, y para evitar la intemperie, Jesús se resguardaba bajo el pórtico de Salomón, situado al oriente de los atrios del recinto sagrado. Enseñaba paseando, pues el frío entonces era bastante intenso. Los judíos, decididos a acabar con Él, lo rodearon cerrando el círculo y le presentaron la cuestión decisiva: «Si eres el Mesías, dínoslo claramente».

Precisamente Jesús jamás había querido responder a esta cuestión con un sí rotundo. San Juan está de acuerdo en este caso con los otros evangelistas; el secreto mesiánico estaba reservado a los discípulos, porque Jesús se lo había dado a conocer, insistiendo sobre el carácter doloroso de su misión, enteramente espiritual, haciéndose reconocer por ellos como Hijo de Dios. Aun esta vez los que le preguntan no formaban el tribunal supremo de la nación y rehúsa dar un sí, que hubiese levantado sus esperanzas políticas y les serviría de pretexto para denunciarle al procurador romano. Decir que era el Mesías era una confesión peligrosa y al mismo tiempo una verdad muy incompleta, ya que Él era mucho más que Mesías. Prefiere exponerse a su cólera y, desde el momento en que le requieren que diga quién es Él, les responde claramente como jamás lo había dicho. Les recuerda primero que ha apelado ya al testimonio de sus obras, que hablan por Él en nombre de su Padre. ¿Por qué habían rehusado creerle? Creerían si quisieran ser sus ovejas[116]. Él las llama, y si ellas le siguen, les dará la vida eterna. Recurre otra vez al tema del Buen Pastor, que había explicado en la fiesta de los Tabernáculos, que tal vez habían olvidado, si bien para comprenderlo bastaba la simple exposición de los términos. Si era el Mesías, no era para aparecer como rey glorioso, sino para sal-

---

[115] En 1927, el 19 de diciembre.

[116] Literalmente: «Vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas» (v. 26). Lo que equivale a decir: «Vosotros no sois de los míos, porque no me queréis reconocer como pastor».

var a sus fieles: deben confiar en Él, porque nadie podrá dañar a los que su Padre le dio y se han entregado a Él. Nada se le puede arrebatar, porque nada se le puede arrebatar a su Padre; por fin pronuncia una frase que lo revela todo: «Mi Padre y yo somos uno mismo». Había dicho que era el enviado de Dios, el Hijo de Dios, con la misma ciencia y el mismo poder que su Padre (Jn 5, 17, 19, 20; 7, 29; 10, 15). Ahora hará distinción entre su Padre y Él: son dos personalidades distintas; pero no son más que uno, lo que no se puede entender más que por una cierta identidad. Los judíos creen comprenderle: se hacía igual a Dios. Blasfema..., y agarran piedras para apedrearlo.

En verdad, tenían razón para juzgar así tan inaudito lenguaje. Entre los paganos, los atributos divinos estaban repartidos entre muchos dioses, atribuidos a seres tan diversos, que no era de maravillar ver a un hombre tomando el título de dios. Para los judíos era un gran escándalo, porque para ellos sólo había un Dios. Jesús tenía la osadía de algo más que colocarse en el mismo rango de Dios, pretendía ser el Dios único, y, sin embargo, a este Dios lo miraba Él como a su Padre, le rendía homenaje y le testificaba su amor. ¿En qué sentido, pues, era una misma cosa con Dios, siendo a la vez distinto de su Padre?

Viendo que iba a tomar la palabra, probablemente para explicar tan extraña declaración, los judíos, que estaban en actitud de tirarle piedras, consintieron en escucharle. Parece dispuesto a primera vista a hacer su proposición aceptable. Se refiere a la Escritura: «No está escrito en vuestra Ley, es decir, en vuestra Escritura Sagrada. *¿Yo dije dioses sois?* (Sal 82, 6 [heb.]). Si llama dioses a aquellos a quienes fue dirigida la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser recusada), a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo, vosotros decís: Blasfemas, porque dije: ¡Soy Hijo de Dios!»

De las palabras de la Escritura no concluye Jesús que Él es Hijo de Dios; son vagas en demasía y no han sido dichas de su persona, sino de los magistrados de Israel, a quienes se daba el título de hijos de Dios como una calificación honorífica en cuanto representantes de la autoridad divina. La intención del Maestro fue la de calmar los espíritus protestando de su respeto a la Escritura, y con mucha más razón a Aquel que dio la Escritura y así demostrarles el error en que estaban. ¿Tenían ellos derecho de acusar com blasfemo aquel que tomaba un título admitido por la Escritura? En materia tan grave, semejante precipitación era insensata.

Dando así tiempo a la reflexión, Jesús no rectifica nada de cuanto había dicho. Que no interpreten mal sus palabras: en nada quiere derogar el honor debido a su Padre, ni trata de ponerse Él en su lugar. Sus obras son las obras de su Padre y dan testimonio de Él, porque la unión del Padre y del Hijo es perfecta; no es solamente unión en los sentimientos y en el amor, sino una suerte de comunicación real, que hace que el Padre esté en el Hijo y el Hijo en el Padre. Lo cual era volver a su primera y esencial declaración. Los judíos procuran también prenderlo, después de pasado el furor de la primera tentativa, a fin de sujetarlo a un proceso en toda regla, pero Jesús se les fue de entre las manos.

Las palabras de Jesús no estaban al alcance del entendimiento de los judíos, sobrepasan todo entendimiento humano, pero les indica un camino por donde pueden seguirle. Asegurar que había hecho obras milagrosas y creer entonces en Él; creer que ha sido enviado por su Padre para dar la vida eterna, cuyo primer paso es conocer la verdad relativa al Padre y al Hijo; creer la verdad inefable de su unidad con el principio de luz que nos viene de sus afirmaciones.

JESÚS VUELVE A PEREA

(Jn 10, 40-42; Mc 10, 1; Mt 19, 1-2; cfr. Lc 13, 31-33)

Terminada la fiesta de la Dedicación, se retiró Jesús al otro lado del Jordán, donde al principio había estado, cuando el Bautista dio testimonio de Él (Jn 1, 28 s.) por vez primera. El texto de san Juan es terminante e indica aún cierta estancia en aquellos lugares, estancia que no excluye algunas salidas para predicar el reino de Dios. Nada hay, sin embargo, que autorice a afirmar que Jesús haya subido a las mesetas del este, hacia donde están las ciudades griegas de Filadelfia y de Gerasa. La llanura del oriente del Jordán está francamente indicada en san Juan y sugerida con bastante claridad por san Mateo: «Se alejó de Galilea y fue a la región de Judea al otro lado del Jordán», es decir, a la parte baja del territorio del otro lado del Jordán, considerado por todos como perteneciente a Judea, aunque entonces estuviese bajo el dominio de Herodes Antipas. Es verdad que san Mateo parece decir que Jesús fue allí directamente al salir de Galilea, pero es que no cuenta nada entre esta partida y la llegada hasta cerca de Jericó. San Marcos es aún más preciso. Cuando Jesús salió de Galilea, en el momento

mismo que en san Mateo, se volvió «hacia las regiones de Judea y del otro lado del Jordán». Hay, pues, según su texto, espacio para un viaje a Judea, y es del que san Lucas ha señalado algunos episodios, sin decirnos que acontecieron en Judea, pero poniéndonos sobre la pista, aunque sólo fuese por el episodio de Marta y María, según san Juan, en Betania, cerca de Jerusalén, y por la alusión a la torre de Siloé. El viaje al otro lado del Jordán seguía naturalmente al de Judea. Allí, pues, se hallarán los cuatro evangelistas, porque allí es también donde nos lleva san Lucas. En efecto, en el curso del viaje nos daremos cuenta de que estamos en las tierras de Antipas (Lc 13, 31-32), por tanto, en Perea, pues su intención era de no volver a Galilea.

LA PUERTA ESTRECHA; LA PUERTA CERRADA: LOS QUE ENTRAN Y LOS QUE SON EXCLUIDOS

(Lc 13, 23-30; Mt 7, 13-14 y 22-23; 8, 11-12)

Iba Jesús de camino[117] cuando se le propuso una cuestión, que aún produce ansiedad en muchas almas, precisamente porque el Maestro no ha querido revelar el secreto del Padre. Nos ha dicho lo que era útil que supiéramos. Uno que parece bastante simpático y que gustoso había escuchado las palabras del Maestro, le preguntó: «Señor, ¿son pocos los que se salvan?» Es frecuente esta preocupación en los rabinos. Se pensaba en la salvación eterna, sobre todo de la de los israelitas, porque los demás habían merecido su perdición y casi se alegraban de ella. En principio, se admitía sin dificultad que todos los israelitas fieles en recitar la profesión de su fe se salvaban; pero, a pesar de esto, había algunos muy culpables y también había habido infieles. La respuesta de Jesús tiene tres puntos: la salvación exige esfuerzo; la salvación no es posible sin obediencia a Dios; los gentiles serán admitidos, en tanto que los judíos serán reprobados.

La primera enseñanza es la de la puerta estrecha. San Mateo, más exacto en reproducir las parábolas del Salvador, las ha conservado mejor, o si se admite que la enseñanza fue expuesta dos veces, es quien la da más extensamente y con mayor claridad. La imagen está tomada de un hombre que busca su camino: delante de él se abre un ancho y

---

[117] Ya en Perea, porque fue poco después cuando se presentaron los fariseos de que habla Lc 13, 31.

espacioso camino por donde porfían muchos por ir, pero lleva a la perdición. Lo que importa hallar y no es fácil es la pequeña puerta de la ciudad, que da a una senda estrecha: es la que conduce a la vida.

El amor de Jesús perseguía a los pecadores y volvía a muchos; no todos los que han entrado por la vía ancha, al fin, se perderán. Pero ¡cuánto más importa tomar la senda difícil, que es la de la virtud y la que conduce a la vida!

La segunda enseñanza y la segunda imagen es la necesidad de presentarse a la hora debida a las puertas del cielo con obras buenas. Jesús supone esta vez el salón de un convite, símbolo ordinario entre los judíos para representar la vida cerca de Dios. Los invitados prontos en acudir al llamamiento, habían entrado, y el señor de la casa se levantó para cerrar la puerta. Se presentan otras personas después, pidiendo que les abra. El señor les responde: «¡No os conozco!» Ellos se extrañan: «Pero si hemos comido y bebido en vuestra presencia y habéis enseñado en nuestras plazas» Son, pues, sus compatriotas, los oyentes de aquel Mesías que abre las puertas del reino del cielo. Según san Mateo, añaden: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos los demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros?» ¡Vanos títulos de esperanza! Lo esencia era hacer la voluntad de Dios y han seguido la suya propia. La conclusión es la misma en los dos evangelistas: «Apartaos de mí, obradores de iniquidad».

El título de judíos, de hermanos del Mesías según la carne, que desde el principio ha invocado, ¿de qué les servirá? De nada, y es la tercera enseñanza. La puerta se abre, pero no para darles libre entrada: verán a través de ella a los antepasados, los padres de que ellos se mostraban tan orgullosos, Abrahán, Isaac y Jacob, sentados a la mesa en el reino de Dios. Y al mismo tiempo que ellos son arrojados y rechazados para dejar libre la entrada, vienen otros de Oriente y Occidente a colocarse al lado de los patriarcas. Los culpables son arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes[118].

---

[118] San Lucas y san Mateo tienen exactamente la misma enseñanza valiéndose de las mismas tres imágenes. Es difícil afirmar si estas tres imágenes fueron expresadas por Jesús en este mismo orden. Hay alguna dificultad al pasar de la puerta estrecha a la puerta cerrada, y podía creerse que son dos comparaciones distintas. Lo demás está muy bien encadenado en san Lucas, y el discurso tiene un carácter muy concreto; es una advertencia a los judíos para que no se crean seguros con su privilegio de compatriotas.

¡Extraña contradicción, enorgullecerse delante de Jesús de haber oído su palabra y negarse después a practicarla! ¿No había dicho muchas veces que lo esencial eran las obras? En verdad, esta justicia no era aquella de que se engreían los judíos, la propia de ellos, sino la justicia conferida por la gracia, activada por la caridad. Esta explicación estaba reservada a san Pablo; aunque conocida de los evangelistas, no la han insertado en el Evangelio.

ASTUCIAS DE HERODES Y DESIGNIOS DE DIOS
(Lc 13, 31-33)

Jesús terminó sus respuestas con estas palabras: «Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos». Era fácil comprender que los primeros llamados eran los doctores judíos: que se exponían a llegar demasiado tarde por su repulsa a escuchar al verdadero doctor enviado por Dios, en tanto que otros, en un principio descarriados por vías engañosas, serían admitidos después de hacer penitencia, aunque hubieran pertenecido antes al mundo de los gentiles.

Semejante alusión no podía ser agradable a los fariseos. Como era corriente en ellos, disimularon y, fingiendo una simpática inquietud, dijeron a Jesús con una brusquedad que traicionaba su secreto pensamiento: «Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar». Claramente se comprende que ellos se habían hecho cómplices diligentes de los deseos del tetrarca, el cual, cauteloso mejor que violento, no quería meterse en líos. La vuelta de Jesús a sus tierras podía ser un nuevo retoño de la agitación que había sacudido a Galilea, especialmente peligrosa en la frontera de los nabateos, sus enemigos desde el divorcio con la hija del rey. Aprisionar a Jesús y renovar el martirio de Juan Bautista sería una solución extrema, pero desagradable solución. Era mejor alejar al indeseable, mediante un consejo discreto y benévolo, haciéndole creer que así hacían fracasar una emboscada. Jesús, que no tenía otra regla de su conducta que la voluntad de su Padre y sabía que su misión no había terminado, responde: «Id a decir a esa zorra –esta astucia era digna del ladino animalejo tan sagaz en sus rodeos–: He aquí que yo arrojo los demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y al tercer día debo acabar». Hasta entonces no volvería a Jerusalén, donde la palabra de un profeta retumba más y tiene más consecuencias, bien sea que se le escuche como sucedió a Isaías, sea que se

le desconozca y maltrate como le tocó a Jeremías, porque no conviene que un profeta, sobre todo como él, perezca fuera de Jerusalén. Nada tiene que temer de Herodes, y Herodes tendrá que tener paciencia, aunque por poco tiempo, «hoy y mañana, y al día siguiente, yo debo continuar mi camino». Por dos veces, pues, Jesús anuncia la estancia de tres días manifiestamente con sentido profético. No son días naturales, lo que sigue lo indica bastante. Y menos, años, porque la pasión estaba cercana. Son más bien meses, pues si estas palabras han sido pronunciadas después de la fiesta de la Dedicación, hacia fines de enero, como es muy verosímil, le quedaban a Jesús dos meses y medio antes de morir en Jerusalén.

Ignoramos cómo acogió el tetrarca la respuesta, que sin duda los fariseos, lejos de atenuarla, la envenenarían más. Con ella se excitaría más aquella curiosidad, atemperada entonces por prudencia política, y que Jesús supo tener a raya como más tarde en la Pasión (Lc 23, 8 s.)[119].

JESÚS, A LA MESA DE UN PRÍNCIPE DE LOS FARISEOS

(Lc 14, 1-24; Mt 22, 1-14)

Se habían alejado los fariseos enviados por Herodes, cuando se presentaron a Jesús otros, menos prevenidos seguramente que los de Jerusalén y aun que los de Judea (Lc 11, 53), y que no tenían formada opinión hostil como los de Galilea. Todo parece indicar que era la primera entrevista con Jesús. Pudiera creerse que pisaban una zona inexplorada, y aunque abundaban en el mismo sentir que los de su partido, no habían aún formado un juicio definitivo sobre Jesús. Por su parte, Jesús los trata con más indulgencia que a sus compañeros. Invitado a la mesa por un personaje del partido, por un príncipe, como dice san Lucas, aprovecha la ocasión para hacer algunas advertencias, al parecer sin trascendencia religiosa, sobre el modo de portarse en semejante circunstancia: pero si se le sigue en su pensamiento, muy pronto se ve que se eleva a Dios, pasando de las conveniencias humanas a los intereses del alma. Jesús los comprendía de muy diferente manera que los fariseos. A la despedida no hubo ruptura declarada, pero no se ha-

[119] San Lucas colocó aquí (13, 34 s.) un apóstrofe a Jerusalén, que viene, bastante naturalmente, a recordar la muerte de los profetas en Jerusalén, pero está más en su punto en presencia de la ciudad como en san Mateo.

bían disipado las prevenciones del principio, más bien se habían cambiado en desconfianza.

El personaje que invitó a Jesús escogió un sábado. Aunque en ese día no podían preparar alimentos calientes, se podían preparar en la víspera y hasta era costumbre servirse una buena comida. Jesús no tenía por qué suponer que hubiera ninguna torcida intención; sin embargo, los fariseos le acechaban. Esta vez no les llamó la atención su negligencia en lavarse las manos. Todavía no se habían colocado en los lechos preparados para la comida cuando se les presentó un hidrópico. ¿Le habían rogado, a escondidas, que fuera para proponer el caso de conciencia? El Salvador no se habría prestado a semejante ardid. Aquel hombre le inspiró interés, porque esperaba de buena fe ser curado. Dejando entrever que adivina los sentimientos de aquella actitud expectante, Jesús pregunta a los doctores de la Ley, que no podían faltar entre los fariseos: «¿Es lícito curar en sábado?» Guardan reserva y aparentan estar tranquilos como sus cofrades de Galilea (Mc 3, 4). Jesús entonces sanó al hidrópico y lo despidió. Después, sin zaherirles porque la hostilidad era menos manifiesta que en otras partes (Lc 13, 15), sugiere una solución apropiada por medio de una pregunta, según era su costumbre: «¿Quién hay entre vosotros que si se le cae un hijo o un buey en un pozo en sábado no lo saca inmediatamente?» En Occidente nadie se maravilla de que, por imprudencia, un joven salte al borde de un pozo, ¡pero un buey! En Palestina, lo extraño es más bien que los rebaños no caigan más veces en las cisternas, abiertas sin bordes a lo largo de los caminos del desierto y aun en las entradas de las ciudades. Los más escrupulosos se dan prisa a sacarlos, aun en día de sábado. Los fariseos no sabían qué responder, pero no se mostraban muy irritados.

En este mismo momento estaban preocupados de algo que excitaba su vanidad por la cuestión de preferencia. Invitados, procuraban los mejores puestos, los más cercanos al señor de la casa. Era una ridiculez de tantas como tenían: Jesús les va a dar una lección. La propone bajo el velo transparente de una parábola, dirigiéndose por sentimiento de delicadeza, no a persona alguna determinada, sino a un interlocutor ficticio, que tantas veces figura en la predicación moral de los filósofos antiguos, y le recomienda –si por hipótesis fuese invitado a una boda– que jamás escoja el primer lugar, porque pudiera venir un invitado más digno, y se vería obligado a cederle el puesto, en tanto que el hombre modesto que ha escogido el último lugar será obligado

a subir más arriba. Pero ¿qué valdría esta pequeña ventaja si el humilde sentir de sí mismo no fuera agradable a Dios? Está sobreentendido que aquella afrenta y este honor no son más que un símbolo de lo que pasa en el mundo moral y lo que igualmente sucederá el día en que Dios señale los puestos en su festín: «El que se exalta, será humillado, y el que se humilla, será exaltado»[120]. La alusión era intencionada, pero, ¡cuánto más suave que el precedente apóstrofe dirigido a los fariseos que buscaban los mejores puestos! (Lc 11, 43).

Dirigiéndose luego al anfitrión mismo, Jesús le da una lección que parecerá fuera de propósito en un comedor del mundo occidental, aunque fuera modesto. En Oriente, la hospitalidad es un deber tan sagrado, que el pobre tiene su puesto en la mesa del rico. Especialmente en las recepciones algo solemnes no se excluye a nadie. Jesús recomienda esta costumbre, y así graciosamente dice Él, envolviéndolo en ligera gasa de paradoja, que la deja transparentarse: «Cuando tú des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos, porque ellos a su vez podrían invitarte y tu invitación quedaría pagada». Extraña contrariedad ésta, que es muchas veces el fin ardientemente perseguido: ¡ser invitado a la mesa de un grande! Jesús, dejando deshacerse aquellas burbujas de jabón de vanidad, no se detiene en nada que no sea sólido: obrar siempre mirando a la recompensa eterna. Los pobres, los cojos, los ciegos, que comen en un rincón de la calle pan duro, éstos no te devolverán la invitación, pero Dios se encargará de la recompensa cuando la resurrección de los justos.

Impresionado por estas palabras, un convidado exclamó: «¡Bienaventurado el que coma su pan en el reino de Dios!»

Los intentos de Jesús se habían realizado. En un ambiente en que con gusto se habla de cosas espirituales –tan poco frecuente en la mesa–, poco a poco había levantado los espíritus hacia su tema favorito, el reino de Dios. Ellos, que sabían apreciar el honor supremo de ser en él recibidos, ¿no se considerarían con derecho a él? Precisamente por sus estudios favoritos, su educación y por pertenecer al mismo partido, se hicieron acreedores a la distinción con que los honrara aquel noble fariseo. Estos israelitas de la clase más alta, como eran los fariseos, contaban entrar en el reino de Dios como quien entra en su casa. ¡Ay! Estaban entonces mismo en camino de perder sus puestos, por su

[120] La misma máxima tiene expresamente su sentido religioso en Lc 18, 14.

desdén hacia el supremo llamamiento del enviado de Dios. Les dice, pues, esta parábola:

Un hombre había invitado a numerosos convidados de su clase, como diríamos hoy. A última hora, como era costumbre antigua, se les enviaba un siervo, para recordarles su promesa y advertirles que todo estaba presto. Todos se excusaron. Uno había comprado un campo, probablemente por intermediario, por no dar la cara, y ya se le hace tarde ir a verlo. Otro ha comprado cinco pares de bueyes y quiere probarlos en seguida, no sea que le hayan engañado. Estos dos se excusan cortésmente. El tercero acaba de casarse, y esto explica suficientemente su abstención. Ningún invitado se presenta. El señor de la casa envía entonces a sus siervos por las calles, para llamar a los pobres, a los cojos, a los ciegos, a todos aquellos de quienes de ordinario nadie se cuida. Éstos no se hacen de rogar. Como hay todavía lugares vacíos, el servidor irá fuera de la ciudad, recorrerá los caminos, visitará los vallados, donde yacen otros menesterosos. Si ponen reparos por la distancia o por otros motivos, importúneselos, fuércenlos al fin a entrar, pues todos los puestos deben ser ocupados, porque ninguno de los que fueron invitados primero será admitido[121].

En estos pormenores no hay una alegoría positiva, no se puede decir que Jesús es el servidor encargado de invitar a los hombres a hacer penitencia. Los primeros invitados, se dice, son los judíos. Pero también eran de la ciudad los primeros que entraron a reemplazarlos; los invitados serían entonces fariseos. Sin embargo, ninguna de las excusas alegadas es característica de las resistencias de la secta, y los invitados encontrados, sobre todo los últimos, no mostraron buena voluntad. El sentido, pues, es claro: el señor de la casa seguirá, a pesar de todo, su programa; los que desprecien su invitación serán excluidos y reemplazados por otros, aunque sea por aquellos que ordinariamente nadie puede ufanarse de haberlos sentado a su mesa.

Evidentemente hay que aplicarlo al reino de Dios, y de ello se deduce por necesidad que el señor de la casa representa a Dios. Los invitados por Él y que tienen conciencia de ser sus amigos, deben

---

[121] Acabamos de analizar el texto de san Lucas. El de san Mateo tiene el mismo fondo. Jesús ¿no ha pronunciado más de una vez esta parábola, que los evangelistas acomodaron después según su fin especial? Se puede pensar esto, siguiendo a eminentes exegetas católicos. No insistiremos sobre el texto de san Mateo, que hace resaltar más el tema mesiánico.

mirar mucho de no dejarse arrastrar por los cuidados del mundo actual, a tal punto, que dejen de responder a su llamamiento cuando la hora fuere llegada. ¡Dichoso, decía un comensal a Jesús, quien comiere su pan en el reino de Dios! ¡Dichosos, responde Jesús, los que no olvidaren que fueron invitados a él y que no serán excluidos en la hora decisiva! Esta hora no es el advenimiento del reino de Dios sobre la tierra, puesto que el interlocutor hablaba del reino de Dios de más allá. No se trata aquí de mesianismo. Como el llamamiento se hace a todos al mismo tiempo, la perspectiva es más bien la del juicio final que la del juicio particular, si bien es el mismo para cada uno.

Jesús no se despide de sus huéspedes sin hacerles una muy grave advertencia, de la cual podrán sacar provecho, pero sin dar lugar a una discusión. Se ve que la atmósfera es menos pesada que en Judea.

DISPOSICIONES NECESARIAS PARA SEGUIR A JESÚS
(Lc 14, 25-33)

En aquellas regiones en que Jesús no se había presentado, pero que había enviado a sus discípulos para preparar los caminos, y donde ahora hacía milagros, las turbas le acompañaban para tener ocasión de escucharle. Probablemente también le tenían por el Mesías y se decidían a seguirle con la esperanza de algún acontecimiento sensacional, y algunos con la disposición de prestarle ayuda eficaz. No estaban allí los verdaderos discípulos. Lo que Jesús quería era discípulos resueltos a abandonarlo todo y sufrirlo todo con Él. La enumeración de las dificultades está expresada por tres frases, y la unidad del fin está señalada por la frase: «Ése no puede ser mi discípulo» (Lc 14, 26, 27, 33). Extraña que los obstáculos no vayan *in crescendo,* como lo hubiera exigido la retórica; más bien podría decirse que Jesús exige mayor renunciamiento individual en los dos casos extremos, para proponer en seguida a todos una renuncia menor. Quien quiera seguir a Jesús debe, pues, desde el principio, decir que podrá hallarse en contradicción con sus parientes más próximos y deberá entonces sacrificar sus afectos más legítimos, lo que en la ruda antítesis semítica se expresa por el odio a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos... Acaso sea necesario también sacrificar la propia vida. En fin, es necesario prever el sacrificio de los bienes temporales; pero esta pérdida es menos penosa a corazones bien nacidos; esos bienes se dan como de gracia.

¿Por qué, pues, esta perspectiva de la muerte? Porque entonces se presentaba frecuentemente a los ojos de Jesús la muerte en la cruz. Era necesario que primero por sí mismo llevase la cruz al lugar del suplicio; pero el discípulo debe estar presto para tomar parte, no en un cortejo triunfal, sino en una siniestra galera de condenados, llevando la cruz a cuestas.

Los que no tengan ánimos de seguirle, más vale que se abstengan, y no juntarse a Jesús para después abandonarle.

El pueblo fácilmente se entusiasma, pero desmaya ante el primer obstáculo. La presunción es más peligrosa aún porque, falta de serenidad, se expone por anticipado al fracaso y a caer en el ridículo. El Maestro hace más palpable esto por dos parábolas, que quieren probar sólo eso. Cuando alguien se propone edificar una casa, es menester que eche cuentas y vea si tiene bastante dinero para terminarla. Antes de declarar la guerra, aunque sea justa, hay que calcular las fuerzas con que se cuenta y también las del adversario: si las propias son menores, mejor es entrar en arreglos que ir a una catástrofe.

¿Es esto decir que Jesús disuada de que le sigan a los tímidos que no sienten en su pecho alientos heroicos? No, más bien aconseja prudencia a los demasiado audaces. Los entusiasmos irreflexivos valen mucho menos que las resoluciones serias. El buen discípulo debe asegurar el éxito, haciendo uso de medios apropiados. En las cosas humanas, el dinero es necesario para edificar y se le ha llamado también el nervio de la guerra. La vida espiritual cambia los valores, y de ahí el aspecto paradójico de la conclusión. Los recursos de que el verdadero discípulo se debe proveer son, en primer lugar, la renuncia de todos los bienes de la tierra... Descargado de este peso, puede seguir a Jesús con paso más ligero y alegre.

Se entenderá, como se ha dicho de la abnegación en las relaciones de la familia, según que las circunstancias y el llamamiento de Dios exijan sólo la renuncia en espíritu o el despojo de los bienes.

ALEGRÍA DEL PERDÓN DIVINO
(Lc 15, 1-32; Mt 18, 12-14)

Todo el capítulo XV de san Lucas es una revelación de la misericordia de Dios con los pecadores, misericordia que precede aún al arrepentimiento del culpable y lo persigue a fin de hacerlo digno de per-

dón. Hay más, porque la misericordia ya era conocida de los israelitas y celebrada en sus Salmos y por toda la antigua historia. Lo que el Hijo revela aquí es la alegría que se desborda del corazón del Padre cuando, por medio del arrepentimiento, ha conquistado a uno de sus hijos. ¿Quién se hubiera atrevido a creer esto si no lo afirmase Aquel que sólo ha penetrado este secreto, que se ha asociado a esta clemencia infinita, de la cual es instrumento y que la ha contado con tan conmovedores acentos, a los cuales han respondido tantas lágrimas?

Sin duda que por la bondadosa acogida con que los recibía Jesús y por los ánimos que les infundía para volver a Dios, fue por lo que los publicanos y pecadores, así en Perea como en Galilea, se acercaban a Él para escucharle. Pero el Maestro lo hacía mejor –para algunos peor–: comía con los pecadores, con riesgo de contaminarse, si no con sus ejemplos, al menos con su contacto. Los fariseos y los doctores, iguales en todas partes, se mostraban escandalizados de esto. Jesús no quiso provocarlos a una controversia en regla: colocándose en el terreno de ellos, nunca terminaría. Los trae a su terreno para enseñarles, y más aún, para enseñar a los despreciados pecadores, lo que pasa en los cielos, entre los ángeles y hasta en el corazón de Dios, cuando un descarriado pecador vuelve al redil. Es repuesto en el tesoro de Dios y recibe de su Padre el beso de dulce ternura. Son tres parábolas, que lo harán entender a los más empedernidos corazones.

¿Qué sentimiento invade el corazón del Creador cuando uno de sus íntimos seres por Él creados se aleja de Él y no teme ofenderle? No piensa en otra cosa, si así puede decirse, que en ganarle de nuevo. Es como un hombre que tiene **cien ovejas** y ve que una huye de la manada. En el desierto, a donde llevan los rebaños en invierno, cuando una ligera capa de césped tiñe de verde el rojizo color de las colinas, una oveja más ansiosa se fue en busca de aquella hierba más tierna: se la perdió de vista. ¿Qué hará entonces el pastor? Dejará las otras noventa y nueve, encargándolas, sin duda, a otros pastores, necesarios para tan gran número, pero lo que nos importa saber es que va él mismo en busca de la desaparecida. Cuando la haya encontrado, la cargará sobre sus hombros, lo que no ha hecho nunca, más que con los corderitos, porque ella está fatigada y él está contento y quiere que sus amigos y vecinos se alegren con él. Así sucede con los hombres. Jesús concluye: «Yo os digo –apena es concebible–: Habrá más alegría en el cielo por el arrepentimiento de un pecador, que por los noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia». Los justos son, sin duda,

más amados, pero no han sido objeto de solicitud tan grande, seguida de tanta alegría[122].

Ahora es una mujer muy hacendosa que poseía **diez dracmas,** aproximadamente diez francos, para el gasto de la casa. Nota que le falta una, y, ¿cómo encontrarla, estando la habitación con poca luz, entre los objetos que hay tirados en el suelo? Enciende una lámpara, barre el suelo y busca y rebusca hasta que halla su dracma. Seguramente había dado cuenta de su pérdida a sus vecinas, y ahora les da cuenta de haberla encontrado y les invita a tomar parte en su alegría. Así también se alegran los ángeles del cielo con un pecador arrepentido.

La alegría en el cielo entre los ángeles es también alegría de Dios: porque la vida de Dios, ¿no es bienaventuranza y gozo? Sabemos ciertamente por los filósofos que Dios es impasible, pero, ¿de qué nos sirve esto en el orden religioso? Lo que nos interesa es que hay en la plenitud de sus perfecciones algo que sustituye y sobrepasa infinitamente a toda tierna y humana solicitud. Por este conocimiento, el pecador se atreve a acercarse amorosamente a Dios, y son los sentimientos del Padre lo que Jesús nos ha revelado en la parábola del hijo pródigo.

Un padre tenía dos hijos: el más joven, hastiado de la vida regular y monótona que llevaba en casa, atraído hacia el espejismo lejano de las colinas azules, se presentó a su padre y le pidió sin miramientos que le diese inmediatamente la parte que le tocaba. Despoja a su padre aún en vida, pues ciertamente no se trata de otra cosa que de la herencia. Sin hacer ninguna reflexión, el padre repartió entre los dos hijos todos sus bienes, no cuidándose más de su fortuna, ya que perdía al hijo. **El pródigo,** por este nombre es conocido, vendió las tierras donde él se había criado, y muy pronto, en una ciudad lejana, disipó sus dineros en locos dispendios. Su situación se hizo aflictiva al sobrevenir un hambre, tiempo en que cada uno mira a sus propias necesidades: el corazón se endurece y se

---

[122] La parábola de Mt 18, 12-14 es evidentemente la misma reducida a los rasgos esenciales. Dicha a propósito del cuidado que es necesario tener de los pequeños, invita a los jefes, que deben ser los pastores, a no abandonar a los débiles de la comunidad, conformándose en esto a los deseos del Padre que está en los cielos. Son, pues, los sentimientos del Padre los que aquí también forman el fondo de la parábola.

niegan el alivio y la limosna a los extraños. Estando sin recursos, se ofreció a un rico, que lo envió como criado al campo, donde la vida era menos cara, a guardar puercos. Allí se le da una corta ración, más tasada que la de los animales, engordados para la venta, pues llegó a envidiar para su estómago vacío, como banquete regio, las algarrobas que se arrojaban a los puercos. Piensa entonces en sí mismo. Las inducciones de fuera le habían ofuscado; su miseria le abre los ojos para ver la triste realidad de su alma. Su primer grito es el de un animal que sufre: ¡Me muero de hambre! Los recuerdos le traen a la memoria a su padre, cuya bondad le era bien conocida, al mismo tiempo que comprende su propia ingratitud. Caído en tierra a causa del marasmo, se levanta confiado: «Iré a mi padre y le diré: ¡Padre mío! He pecado contra el cielo y contra ti; no soy digno de llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus criados». Vedlo ya cambiado por el pensamiento de Dios, por el sentimiento de su indignidad y con el propósito de reparar su falta. Y vuelve.

Aún estaba lejos cuando lo vislumbró su padre, que, en las horas del calor del mediodía, reclamaba al hijo con los ojos a las sendas que bajan de las polvorosas colinas. El hijo caminaba fatigado y confuso: el padre corre: se arroja a su cuello y lo cubre de besos. Escucha la confesión cuchicheada a su oído: «¡Padre mío! He pecado contra el cielo y contra ti; yo no soy digno de ser llamado hijo tuyo». El pródigo no añade más, ve claro que su padre no querría oír de sus labios la palabra mercenario: en medio de esta efusión sonaría como insulto a tanta bondad, y ni tiempo tendría para pronunciarla. Porque el padre le interrumpe. Y ¿qué padre de la tierra ha arrojado jamás tan lejos el olvido de una ofensa, borrando para siempre un vergonzoso pasado? «Pronto, traed el más rico vestido y vestídselo, poned el anillo en su mano y sandalias en sus pies. Y traed un becerro bien cuidado, matadlo y comamos alegremente porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, se había perdido y fue hallado». En semejantes ocasiones se abren los cielos y sólo se ve lo divino. Jesús continúa: la misericordia no menoscaba la justicia y así lo deben comprender los justos.

El primogénito, al marchar su hermano menor, se portó como buen hijo y dejó a su padre la administración de lo que le había dado. Volviendo del campo donde había trabajado en sus quehaceres ordinarios, oyó el ruido de los instrumentos y de los coros, indicio manifiesto de una no acostumbrada alegría. ¿Cómo su padre no

le había avisado? Tuvo que recurrir a un criado para saber lo que pasaba. Insensible a todo sentimiento delicado y casi burlón, no vio más que la francachela: «Ha venido tu hermano, y tu padre ha matado un becerro cebado, porque lo ha recobrado con salud». ¡Con salud! El hermano mayor no indagó más. No había visto el vestido andrajoso y los pies desnudos, ni las carnes flacas, ni el rostro lívido, ni el andar vacilante, ni las lágrimas. Juzgaba que después de haber malgastado su fortuna con prostitutas, conservando buen semblante a pesar de sus excesos, su hermano volvía contento y sin vergüenza, no pensando, sin duda, en más que en abusar de la debilidad de su padre para volver a las andadas. Así se explican con frecuencia las severidades de los justos: ignoran los sufrimientos de los pecadores, y si estas torturas han sido aceptadas como expiación de sus corazones arrepentidos. Dominado por esta idea que se había formado, el hijo mayor se enoja y no quiere tomar parte en aquella alegría, y viendo que su padre le sale al encuentro, se aprovecha para desahogar su enojo: «Hace tantos años que te sirvo, no habiendo desobedecido jamás tus mandatos, y nunca me has dado un cabrito para gozarme con mis amigos; mas cuando vino ese hijo tuyo, has matado para él un becerro cebado». Manifiesta, sin quererlo, cuán imperfectas son sus propias disposiciones. No dice «mi hermano», sino «tu hijo» y esto pudiera aún pasar, mas, ¿por qué no dice: «¡Padre mío!»? Sin duda porque ha cumplido con su deber más como criado que como hijo. No ha desobedecido sus órdenes y esto es mucho, pero por esta obediencia no se consideraba pagado con una sonrisa o una palabra cariñosa, le hubiera contentado más la propina que se da a la servidumbre. Y, sin embargo, era amado, y más de lo que él creía. Si su padre no le había dado señaladas muestras de cariño, ¿no era porque le detenía la frialdad de su hijo? Ahora, dulcemente le recuerda que no ha sabido gozar de su dicha, como era el estar con su padre y disfrutar de todos sus bienes. ¡Que entre, en fin, a tomar parte en su alegría de haber hallado a su hijo!

Jesús no ha explicado esta parábola, ni había necesidad de ello. El hijo pródigo es el pecador; su padre es Dios, el Padre de las misericordias; el hijo mayor algo se parece a aquellos fariseos que murmuraban de la indulgencia del Salvador para con los publicanos y pecadores, pero por su intimidad con su padre, aunque no la sabe apreciar debidamente, es el tipo real del justo que sirve leal-

mente al Señor, pero parándose demasiado a pensar en sus servicios. Dios los invita a una expansión más grande con Él y a una mayor indulgencia para con sus hermanos. La misericordia, como todos los atributos de Dios, sobrepuja infinitamente nuestro entendimiento y si no ha inundado nuestro corazón de dulzura, la parábola del hijo pródigo ha sido pronunciada para que nos sirva de luz y de consuelo.

USO QUE SE HA DE HACER DE LOS BIENES DEL MUNDO
(Lc 16, 1-31)

Las parábolas sobre la alegría que da a Dios la vuelta de los pecadores arrepentidos terminan con una mirada sobre la intimidad del justo con su Señor. En nada cambian el principio esencial de la resolución que es preciso tomar de servir a Dios, cueste lo que cueste. Parece que Jesús volvía esta vez sobre el tema de la renuncia para darle un aspecto positivo y animado.

Había dicho: «El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo» (Lc 14, 33). Pero ¿será preciso despojarse totalmente? ¿Y qué hacer de lo que se rechaza por Jesús? Su doctrina no es un nihilismo destructor, sino una invitación a la caridad para con el prójimo; es a los pobres a quienes han de ir esas riquezas, de que se desprenden, y aun si se guardan debe considerarse uno como administrador en nombre de Dios. Esta enseñanza la empezó Jesús por la parábola del mayordomo infiel, parábola que pasa por difícil y que, sin embargo, es muy clara.

Un hombre rico tenía un **mayordomo,** a modo de intendente de su hacienda, con quien podían entenderse libremente los que iban a comprar los productos del campo. Le era fácil reservarse parte del precio que había exigido, pero se exponía a ser denunciado por algún descontento que creyera haber obtenido más ventajas entendiéndose directamente con el propietario. Lo que sucedió. El señor, con todo, no se mostró muy severo, porque este tipo de beneficios o comisiones son muy corrientes, pero, en fin, le pidió cuentas, que debían ser las últimas, porque no quería tener más tiempo a aquel empleado tan poco escrupuloso. Éste, acostumbrado sólo a vigilar y hecho a las atenciones de los trabajadores o clientes, no sabía qué

partido tomar. No está hecho al trabajo manual y mendigar le avergüenza. Le vino un rayo de luz, ha hallado la solución. Lejos de rendirse bajo el peso de la desgracia, el mayordomo infiel se convierte en ladrón y falsario, con tanta habilidad, que logra que otros le secunden en sus enredos. Muchos comerciantes, que se habían surtido de la casa de su señor, le deben todavía grandes sumas. Les entrega sus facturas: «Pronto, en lugar de cien barriles de aceite que debes, escribe que llevaste cincuenta, y en lugar de cien medidas de trigo, escribe ochenta». No han de ser éstos quienes lo denuncien, al contrario, los tendrá a su favor. Despedido por su señor, irá a pedir hospitalidad a uno o a otro, y, si no lo reciben de buen grado, tendrán que tolerar su importunidad. ¡Y qué carcajadas darán juntos recordando la bonita jugada hecha a la candidez del señor!

El propietario, sin embargo, lo supo: Se había burlado de él, pero con tanta maestría, que era difícil encontrar pruebas convincentes contra el que le robara. Tomó la cosa a broma e hizo como si no fuera con él: ¡Es un canalla, pero ingenioso!

Sería, no obstante, mostrar poco celo por el ideal de la justicia pasar por todo. Así Jesús echa contra la connivencia culpable de los interesados y la divertida tolerancia del propietario. Tal es ciertamente el proceder de los hijos del siglo, que no piensan más que en lo terreno y en su provecho, se entienden a mil maravillas con medias palabras y son más avisados para sus negocios que los hijos de la luz. ¡Los hijos de la luz! ¡Expresión por primera vez usada, porque la luz acaba de hacerse por la parábola señalando con sus rayos las frentes de los que miran a lo alto! ¿Qué deben hacer los hijos de la luz? Los bienes terrenos adquiridos, transferidos, acumulados o ganados muchas veces por medios muy turbios, son dineros en que la injusticia ha dejado sus huellas. Los poseedores de ellos no son más que administradores como el mayordomo de la parábola. Que sean, pues, tan listos como él, no engañando al Señor, sino reservando algo para los pobres, que son sus amigos, si quieren ser recibidos en las eternas moradas por esos pobres que reinarán con Dios.

Los que quieran ser discípulos, deben mirar un horizonte más cercano. Su Señor los ha investido ya de una gestión necesaria a la existencia, bien pequeña cosa, la de los bienes de aquí abajo. Si no son fieles y se sirven de estos bienes para sus propios intereses, menos lo serán cuando se les confíen bienes mayores, los del alma.

Seducidos por cosas que no atañen a su propia personalidad, se hacen incapaces para cuidar del tesoro interior de su alma, y este verdadero bien no les será confiado, aunque a ellos estuviera destinado y sea bien propio de ellos. Están dominados, en realidad, por la sed de oro, del cual quieren servirse como de instrumento para los placeres y para la dominación. Incapaces de renunciar a ello para llegar a más alto fin, son verdaderos esclavos. Así, un hombre no puede servir a dos señores: al que le arrastra hacia fuera y al que le llama a una vida interior: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Lc 16, 13; cfr. Mt 6, 24).

Servir al dinero es estar tan ansioso de poseerlo, que todos los medios son buenos para conseguirlo; es darle el corazón, y estar prendado de él, y decir sin rebozo: «Mis ojos están en mi arca». Los teólogos debían hacer estas distinciones y otras más. Lo que se deduce claramente de las enseñanzas del Salvador es que no se puede levantar el corazón a Dios sin antes desprenderlo de las riquezas. Cuando la fortuna no es grande, la renuncia es más fácil. Si hay pobres devorados por la codicia y ricos pobres de espíritu, considerando en conjunto los hechos, la riqueza no es una bendición divina; los pobres están más llamados a ser los bendecidos y los amigos de Dios.

Esta ley moral, sugerida ya por muchos salmos, no era enseñada por la Ley antigua, que era el fuerte de los escribas. Según convenio hecho con todo un pueblo que no tenía destinos eternos, la Ley había prometido a Israel bienes de la tierra si observaba los preceptos del Señor. Y es aun muy cierto que la práctica de los mandamientos de Dios es para las naciones causa de prosperidad incluso material. Los fariseos aplicaban esta moral social a los individuos. Así los amigos de Job estaban persuadidos de que Dios recompensa siempre la virtud aquí abajo, especialmente con la riqueza, y que un siervo de Dios no puede estar por mucho tiempo condenado a sufrir, ni debe morir en el sufrimiento. Es aun hoy el gran argumento del Islam contra el Cristianismo: el enviado de Dios no ha debido ser rechazado ni sujeto a muerte, porque Dios tiene siempre razón y su razón es la victoria.

Los fariseos, pues, veían en la riqueza una señal de favor divino, una recompensa de la virtud, y su avaricia bonitamente se enmascaraba bajo estas bellas apariencias. A Jesús, que nada tenía,

¡qué fácil le era predicar la liberalidad! Ellos lo insultaban y Jesús los hería en el punto más sensible. Procuraban aparecer justos a los ojos de los hombres, pero sus mismas riquezas, ¿probaban que lo eran a los ojos de Dios? Dios juzga las cosas de muy distinta manera, pues lo que es tenido en mucho por los hombres, sobre todo si favorece a su orgullo, es una abominación a los ojos de Dios. Todo este exterior de blasonadas virtudes, esta sanción tenida por divina, de prosperidad y de honores, no ciegan al Señor. Sabe que los corazones llenos de estas imágenes de fuera están vacíos del verdadero bien.

Tal vez los fariseos intentaron defenderse alegando precisamente la Ley y sus tan explícitas promesas de bendiciones temporales (Lv 26, 3-13, etc.). Así al menos es como se pueden explicar las sentencias aducidas por san Lucas (16, 16-17)[123], que parecen aisladas, sin lazo de unión entre sí, ni con el conjunto de la instrucción sobre el buen uso de las riquezas. Jesús habría respondido que Él tenía algo nuevo que dar. La Ley había sido defendida por los profetas, de los cuales, Juan el Bautista era el último; pero, en adelante, el reino de Dios sería predicado y correrían a él con violencia, sobre todo los pobres, a los cuales despreciaban los fariseos. Sea lo que fuere, el Maestro se complació en probar a los fariseos que bastaba la antigua revelación para condenar su soberbio desdén hacia la pobreza. La parábola del **mal rico** y del **pobre Lázaro** está concebida según sus ideas y con imágenes que les eran familiares, de suerte que no pudieran esquivar la lección que encerraba.

¿Parábola o historia? Algunos Padres antiguos, a causa del nombre de Lázaro, han visto en la narración un hecho real, pues ordinariamente en las parábolas no entran nombres propios. Pero entonces sería necesario admitir que todos los pormenores eran verdaderos, y bajo el pretexto de atender más a la historia que a la enseñanza del Salvador, nos expondríamos a muchas dificultades teológicas. El rico en el infierno habla como si tuviese cuerpo, y esto antes de la resurrección general; tiene sentimientos caritativos

---

[123] Versículo 16: La Ley y los profetas llegan hasta Juan: desde entonces es anunciado el reino de Dios, y todos pueden intentar entrar en él. Versículo 17: Empero más fácil es que el cielo y la tierra pasen, que una tilde la Ley caiga. El versículo 18 no se sabe en verdad cómo unirlo al contexto.

para con sus hermanos, de que en realidad carecen los réprobos; el lugar escogido para Lázaro, el seno de Abrahán, parece más bien que es una metáfora. Si en los pormenores aducidos no podemos apoyarnos para conocer las condiciones del otro mundo, según nota el P. Knabenbauer, es porque Jesús propuso una verdadera parábola, adornándola con imágenes corrientes, escogidas para deducir una enseñanza.

La lección fácilmente se deduce del corto relato, y sobre todo del lugar que ocupa después de la parábola del mayordomo infiel y de la recomendación de atender a los pobres en orden a la vida eterna: quien se muestra duro con ellos, aunque sólo sea mirándolos con indiferencia, que no piensa más que en gozar, sin preocuparse de la salvación de su alma, este voluptuoso sin entrañas se expone a terribles castigos en la vida futura, que nada podrá suavizar. No tendrá excusa, pues estaba instruido de cuál era la voluntad de Dios por medio de Moisés y los profetas.

¿Cómo había merecido el pobre la bienaventuranza? No lo sabemos, ni la parábola tenía por qué decírnoslo, ya que su objeto no era enseñar a los pobres. Es de creer que había sufrido con paciencia su desgraciada condición como tantas otras personas modestas, sin fortuna y poco honradas de los hombres, que figuran en los salmos, donde la misma palabra designa a los pobres y a los que están contentos de su suerte y con Dios.

En la parábola, al pobre se le da el nombre de Lázaro, entonces bastante frecuente, y que llevó también un amigo de Jesús[124]. El deseo siempre aguijoneador de precisiones históricas ha llevado a algunos antiguos a llamar al rico *Nineve,* y también *Finess*. Jesús lo representa vestido de fina camisa de hilo y cubierto con manto de púrpura, dando todos los días banquetes espléndidos. Su prodigalidad la llevaba hasta el despilfarro, pues no se cuidaba de las sobras; más bien que recogerlas para los pobres las tiraba, y Lázaro, arrumbado cerca de la puerta de honor, no podía disputarlas a los perros, que habían acudido a aquel improvisado banquete y hasta le lamían las llagas.

El pobre murió al fin y fue transportado por los ángeles al seno de Abrahán, a un lugar escogido cerca del amigo de Dios. Murió

[124] Renán ha deducido de esta coincidencia que la resurrección de Lázaro había sido contada por san Juan, según esta parábola mal comprendida.

también el rico, y fue enterrado seguramente con muchos honores, pero fue éste el último fruto de sus riquezas. No hay que decir que en la morada de los muertos estaba entre tormentos. Por encima de esta zona colocaban los judíos[125] una región hermosa en donde manaba una fuente clara. Levantando el rico sus ojos vio a Abrahán y a Lázaro en su seno. «¡Padre Abrahán, ten piedad de mí y di a Lázaro que moje la punta de su dedo en el agua y que venga a refrigerar mi lengua, porque sufro en estas llamas!» Abrahán aun le llama su hijo, pero nada puede hacer por él. El cambio de condiciones es irrevocable; nadie está autorizado a salvar el abismo que separa a los justos de los malvados. Entonces, el rico, no como condenado que sólo respirase odio, sino como hombre que comprende ya lo que es el sufrimiento y lo que exige la justicia de Dios, tal como convenía al intento de la parábola, se acuerda, compasivo, de sus cinco hermanos, los cuales, viviendo como él había vivido, estaban amenazados por el mismo tormento. Si Lázaro no puede bajar a donde él está, que al menos vuelva a la tierra; sus hermanos, prevenidos de lo que pasa en el otro mundo, se convertirán. Abrahán, aun rehúsa esto: «Tienen a Moisés y a los profetas, que los escuchen». Pero él: «No, padre Abrahán, si alguno de entre los muertos fuera a ellos, harán penitencia». Abrahán no piensa lo mismo, nada hará cambiar su voluntad obstinada: «Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se dejarán persuadir si alguno de los muertos se levantare».

¿Será así? ¿A quién no convencería una palabra venida de ultratumba? Se ve, sin embargo, en una obra maestra del espíritu humano, a Hamlet, conversar con la sombra de su padre y poner después en duda su propia inmortalidad. La impresión producida por una aparición sería más viva, más aterradora que la enseñanza de la fe; pero esta turbación de la fantasía pasaría sin penetrar en el alma tan seguramente como la meditación repetida de la palabra de Dios. Además, los judíos no dudaban del otro mundo ni de la justicia ejercida allí por Dios.

El objeto de la parábola era el deber de los ricos de atender a los pobres. La visión de un pobre despreciado, que viniese a recodar a los ricos su obligación, corría peligro de ser ridiculizada por

---

125 *Henoc*, 22, 9.

los alegres compañeros como si se tratase de un escrúpulo quimérico. En fin, el hombre, de todos modos, es dueño de sus actos; si creyendo en la revelación rehúsa obedecerla, no se dejará guiar más dócilmente por la aparición de un muerto. Y, en efecto, la Ley y los profetas recomendaban la caridad de un modo terminante. El dueño de unas tierras no debía andar al rebusco en sus trigos, ni en sus olivares, ni en sus viñedos; un acreedor debía devolver el vestido tomado en prenda antes de ponerse el sol (Dt 24, 13, 19-22). Y si la legislación no debía extenderse al precepto individual de la limosna, ¿con qué energía un Amós había fustigado el lujo de los ricos durmiendo en lechos de marfil, y sin compasión con los pobres? (Am 6, 4 s.; 8, 4). ¿Un Isaías condenaba la ceguedad de los que ayunaban, que creían agradar a Dios, aunque no practicaban la caridad con el prójimo? Los fariseos que insultaban al Salvador deberían haberse reconocido en sus antepasados:

¿Encorvar la cabeza como un junco,
acostarse en el saco y la ceniza,
es lo que llamáis ayuno,
día agradable de Yahvé?
No sabéis el ayuno que yo prefiero...
Partir el pan con el hambriento,
albergar al pobre sin abrigo;
a quien se halle desnudo, vestirlo,
de la presencia de tu hermano, no ocultarte.
Entonces nacerá tu luz como la aurora... (Is 58, 5-8).

Una voz venida de ultratumba habría excitado el miedo egoísta del infierno. La Ley y los profetas, y Jesús sobre todo, han hecho oír su voz a la humanidad, han inspirado el amor al prójimo, el deseo de agradar a Dios: esto es lo que en realidad persuade, o no hay verdadera persuasión.

Esta aterradora parábola, tal como es, contiene en sí misma calma y serenidad, recordando un deber fácil de cumplir. Ésta es lección de bastante utilidad para que nos contentemos con ella. Según críticos perspicaces en demasía, san Lucas tuvo la intención de explicar por qué los judíos de su tiempo no creían en la resurrección de Jesús. ¡Qué extraño! ¡Infieles a Moisés, mucho menos habían de rendirse a Cristo resucitado! Pero los judíos no rehusa-

ban creer en Moisés, y este dardo disparado por san Lucas hubiera errado enteramente el blanco. En tanto que los fariseos, oyentes malévolos de Jesús, se veían obligados a convenir con Él en que su doctrina sobre las riquezas, que tanto les contrariaba, era ciertamente la de las autoridades que ellos hacían profesión de seguir.

Así enseñaba Jesús a Israel, unas veces advirtiendo a los que querían seguirle la necesidad de un desprendimiento que él sabía hacer fácil, y otras veces respondiendo a la inquina insidiosa de los fariseos. Muchas veces también tomaba aparte a los discípulos, y especialmente a sus apóstoles, para instruirlos de sus relaciones entre sí o de sus relaciones con Dios[126].

En una corta parábola trata de la humildad.

SERVIDORES INÚTILES
(Lc 17, 7-10)

No es costumbre de los señores del mundo mostrarse reconocidos con sus criados por haber cumplido su deber, y mucho menos lo era en la antigüedad, en que los esclavos de un señor vivían pobremente en el campo, y después de haber trabajado las tierras tenían aun que preparar la comida. ¿Quién hubiera entonces pensado que era ocupación digna de un señor hacer algo, por ejemplo, servir la mesa? Inconcebible. El esclavo, fatigado de los trabajos del día, debía aún continuar su pesada tarea, escanciar y estar atento al servicio, y sólo más tarde podía atender a sus propias necesidades. Y estaba todo esto tan autorizado por la costumbre, que el señor no se creía obligado a mostrarse agradecido. ¿Por qué Jesús, al recordar este estado de espíritu, no lo condenó? ¿Se deducirá de aquí que Dios, Señor de todos, nada retribuirá a los que hayan cumplido todo lo que les ha mandado? No es ése el sentido de la parábola. Quiere solamente encargar a sus apóstoles que deben estar animados de los sentimientos de aquel pobre esclavo. Sabe muy bien que sólo tiene derecho a sus sustento, pero después de servir a su señor. De cuanto hizo no siente ningún orgullo; es su humilde

---

[126] San Lucas pone aquí los avisos sobre el escándalo de los débiles, sobre el perdón del prójimo y sobre la virtud de la fe. Ya los hemos mencionado en otro lugar (p. 241 y 245) y lo haremos más adelante (p. 387).

trabajo de todos los días. Jesús invita a sus discípulos a que también ellos digan: «Somos siervos inútiles; hicimos lo que debíamos hacer».

Cuando los apóstoles hayan predicado, convertido muchas almas, procurado, según entienden, la gloria de Dios, podrán ser tentados de atribuirse alguna gloria. Si hacen esto, han comprendido mal cuál es su parte en la obra de la salvación. Aun el bien que hacen viene de Dios. Por eso es la verdad escueta cuando afirmando dicen: somos siervos inútiles.

VI. ÚLTIMO VIAJE ANTES DE LA SUBIDA A JERUSALÉN

(Lc 17, 11)

Parece que Jesús había dado sus enseñanzas sobre las riquezas dirigiéndose hacia el norte, en el país del otro lado del Jordán, en una de las primeras pendientes del este o más bien cuando atravesaba el valle. Llegó el momento en que vuelve a tomar el camino de Jerusalén. Pasó, pues, el Jordán, y san Lucas nos lo muestra volviéndose a la Ciudad Santa pasando entre Samaria y Galilea (Lc 17, 11). Si se hubiera de tomar la expresión a la letra, Jesús habría subido hasta la planicie de Esdrelón, situada entre las dos provincias; pero entonces, llegado al punto de intersección del camino de Nazaret a Jerusalén, hubiera tenido que atravesar Samaria, lo cual no está en san Lucas. Pudiera pensarse que solamente había tocado un punto de la frontera que separa a Galilea de Samaria, por ejemplo a Escitópolis, la antigua Beth-Cheâ, convertida en Beisân, para descender por la ribera derecha del Jordán en dirección a Jericó. San Lucas refiere a este período algunos episodios y discursos, y no tarda en juntarse con san Marcos y san Mateo. Fue por entonces cuando el Maestro pasó de nuevo a la otra ribera, como nos lo dice san Juan, si es ciertamente allí donde supo la enfermedad de Lázaro, lo que originó una ida rápida a Betania, cerca de Jerusalén. De allí, pasando por Efraín, volvió a descender al valle del Jordán.

Entró entonces en Jericó, subió después a Betania e hizo su entrada en Jerusalén para morir en ella. Los cuatro evangelistas se juntarán al referir la entrada en Jerusalén el domingo de Ramos.

CURACIÓN DE DIEZ LEPROSOS
(Lc 17, 12-19)

Se encaminó, pues, Jesús hacia Jerusalén. Al acercarse a un pueblecillo, salieron a su encuentro diez leprosos, sin duda para pedirle que los curase. Sin embargo, dóciles a la Ley, se detuvieron a alguna distancia gritando: «¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!» Es la sexta vez que en san Lucas se da a Jesús el título de Maestro en sentido de doctor; era, pues, tenido por eminente en la ciencia sagrada, aunque no fuese discípulo de los fariseos ni enseñase al modo de los escribas. Él responde, en efecto, según el mandato legal: «Id, mostraos a los sacerdotes». Obedecieron sin dudar, y su obediencia fue recompensada. En el camino, cuando aún no estaban muy lejos, se sienten curados, y uno de ellos vuelve prontamente, encuentra a quien le había curado, se arroja a sus pies y le da gracias glorificando a Dios. Era un samaritano.

Jesús se muestra sorprendido por la ingratitud de los otros nueve, si bien confirma el favor de la curación a su fe. Nada dice el evangelista de la nacionalidad de los otros nueve; pero, al no ser extranjeros, es que eran judíos. El samaritano se muestra reconocido, y tanto más cuanto que su curación era inesperada, sobre todo debiéndosela a un judío. Los otros se habrían dicho que aquel gran profeta había sido enviado a su pueblo y los milagros les pertenecían.

EL REINO DE DIOS HA VENIDO YA
(Lc 17, 20-21)

Los fariseos estaban diseminados por todas partes: sabían que Jesús, aun por esta nueva ruta, iba predicando el reino de Dios. Los discípulos lo habían anunciado, pero ¿cuándo llegaría? Los fariseos querían saberlo. Esperaban, sin duda, como el escritor de la Asunción de Moisés, ver el reino de Dios manifestándose con esplendor:

> *«Entonces aparecerá su reino sobre toda creación...*
> *Porque el Celeste se levantará del trono de su reino*
> *y saldrá de su santa morada, etc.»*[127]

[127] *Le Messianisme*, p. 85.

Mas Jesús le responde que el reino de Dios no es un fenómeno que podrá observarse, como se observa la aparición de un cometa, o la llegada de un conquistador, de quien se dice «helo aquí» o «allí está», «porque he aquí que el reino de Dios está en medio de vosotros».

Muy cierto es, en verdad, que Dios mora en los corazones que le aman y reina en ellos; pero esa clase de corazones no eran los de los fariseos. Y Jesús en ninguna parte enseña que el reino de Dios es invisible; lejos de eso, puesto que lo organiza ya como reino con su jefe. Él, pues, quiso sencillamente responder a la cuestión propuesta: ¿Cuándo vendrá el reino de Dios? El reino de Dios está allí ya, creciendo en medio de ellos y no lo saben ver, porque no es un fenómeno llamativo; necesitarían para ello tener abiertos los ojos de la fe.

LA VENIDA DEL HIJO DEL HOMBRE
(Lc 27, 22-37; Mt 24, 26-27, 37-41 y 28)

Esta respuesta llegó a extrañar a sus mismos discípulos. Era Él el Hijo del hombre, que inauguraba el reino de Dios con sus actos, con sus palabras, con sus milagros, pero de un modo humildísimo, yendo de pueblo en pueblo, sin hallar jamás asilo, viviendo de precaria hospitalidad. ¿No se manifestaría glorioso, como el hijo del hombre de Daniel, viniendo sobre las nubes? ¡Con qué impaciencia los que le amaban suspiraban por ese momento! ¿Qué signos le precederían?

Jesús quiso desvanecer para siempre aquellos sueños, que pudieran paralizar su acción con una estéril espera. Entre los profanos, que sólo atienden a sus intereses temporales y sus placeres, y los iluminados que se limitan a indagar las señales de salvación, están los discípulos que viven de eternas esperanzas, pero sabiendo que el Hijo del hombre llegará a su hora señalada y sin avisar. Éstos deben cuidar de estar prontos para el momento en que serán invitados a reunirse con Él.

Tal fue el tema de una instrucción sobre la venida del Hijo del hombre el día último que no se halla con este carácter distinto más que en san Lucas; pero si es el único en diseñar la trama, los términos primitivos parecen mejor conservados por san Mateo[128].

---

[128] El mismo tema está unido en san Marcos y en san Mateo al de la ruina de Jerusalén, como más tarde veremos. San Mateo englobó en este último gran dis-

Recuerda, pues, Jesús a sus discípulos que el Hijo del hombre debe lo primero sufrir mucho y ser rechazado por la generación que le rodea. Los discípulos quedarán solos, teniendo la certeza de que su Maestro está en la gloria, deseando que se les manifieste, aunque sólo sea un día. Pero no se les manifestará. Les dirán: «¡Ved que está en el desierto! –No salgáis. Ved que está en las azoteas. –No lo creáis» (Mt 24, 26). Porque cuando haya de venir «en su día», es decir, para el juicio, será con el resplandor y rapidez de un rayo que sale del Oriente para brillar hasta ocultarse en Occidente (Mt 24, 27).

Si los discípulos no deben agotar sus fuerzas en vanas idas y venidas, ¡cuánto más es de temer la indiferencia que olvida el juicio de Dios! A pesar del establecimiento del reino de Dios, de tantos milagros, del cumplimiento de sus propias profecías, Jesús prevé con dolor que sucederá en aquellos instantes supremos lo que en los día de Noé: «Porque como en los días que precedieron al diluvio comían y bebían, tomaban mujer o marido hasta el día en que Noé entró en el arca, y no se percataron de nada hasta que vino el diluvio y se llevó a todos; así será también la venida del Hijo del hombre» (Mt 24, 37). El mismo descuido ciego del tiempo de Lot: «Comían y bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban. Mas el día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre e hizo que pereciesen todos. Tal sucederá el día en que el Hijo del hombre se manifieste (Lc 17, 28-30).

¿Dónde están, pues, los que presentan a Jesús como un iluminado, soñando con un reino de Dios sobre la tierra en inocencia y santidad? Su profecía se cumple, se puede decir, a pesar de los deseos de su corazón.

Entonces, ¿qué se debe hacer? Acordaos de lo sucedido a la mujer de Lot, cuyo corazón quedó en Sodoma con sus bienes; quiso contemplar por vez postrera su casa que ardía en vivas llamas, con el secreto deseo de salvar alguna cosa. Siempre la misma lección: hay que desprenderse de todo, hay que renunciar incluso a la vida si fuere necesario. En lugar de dejarse llevar de la corriente de las ocupaciones diarias, vivir con aquella disposición de espíritu, que

---

curso rasgos que pertenecen al reproducido por san Lucas, entretanto que san Lucas puso en el suyo rasgos que resultan más naturales en el lugar en que san Marcos y san Mateo los colocaron.

prefiere perder la vida del cuerpo antes que arriesgar la salvación del alma. El juicio entonces será favorable, pues Dios juzga según el fondo del corazón, que Él sólo conoce. Lícitos son los cuidados de la vida y hasta debemos dedicarnos a ellos: no son ellos los que crean las diferencias a los ojos de Dios. Se hallarán dos en el campo, y uno es tomado y otro dejado; dos mujeres estarán moliendo juntas: la una, será tomada, y la otra dejada. Sin embargo, Dios es infinitamente justo y tomará para sí aquellos que antepusieron a todo el precio de su alma, concedida para caminar a la eternidad. Y aquellos que ha tomado para sí, ¿adónde irán cuando venga el Hijo del hombre? Es la cuestión de los discípulos desorientados al oír aquellas tan sencillas palabras, pero más fuertes que las escenas espantosas del Apocalipsis: «¿Dónde, Señor?» Jesús responde: «Donde está el cadáver se juntarán los buitres» (Mt 24, 28).

El cadáver, ¿era Él? –No, porque esta semejanza directa sería contraria al carácter propio de sus comparaciones parabólicas, que son alegorías. Es cierto que hacia Él tenderán los elegidos para unírsele, pero solamente para indicar la rapidez y seguridad de su vuelo Él compara a los buitres, que se precipitaban derechos sobre una presa, guiados por un instinto tan certero, que basta verlos haciendo círculos en los aires para saber dónde está el cadáver[129].

ORACIÓN PERSEVERANTE EN LAS PERSECUCIONES
(Lc 18, 1-8)

Descorrido por Jesús el velo del porvenir de su obra, se entreveía ésta bastante sombría, a pesar del desarrollo incoercible de su reino. Los discípulos en ciertos casos debían estar prestos a sacrificar su vida. Estas persecuciones habían sido anunciadas ya por el

---

[129] Numerosos comentaristas, juzgando impropio del Hijo del hombre que sea comparado a un cadáver, refieren estas últimas palabras al juicio de Dios ejercido por los demonios sobre los condenados. Ciertamente, no es éste el sentido de san Mateo en el pasaje paralelo. Además, esto es no entender que la parábola compara una situación con otra; no es una serie de símbolos. Vamos a ver un juez inicuo, cuya conducta nos servirá para comprender la de Dios, y sin embargo no lo representa. He visto en Petra a un beduino siguiendo el vuelo de los buitres para hallar el cuerpo del P. Vincent, a quien se le creía muerto, y que felizmente reapareció poco después.

Maestro (Lc 6, 22; 12, 11), ¿qué se debería pensar de la solicitud del Padre, velando sobre su rebaño? (Lc 12, 22-32). Seguramente en su angustia lo llamaría; pero ¿se haría sordo a las oraciones, precisamente en los momentos de peligro?

Jesús quiso responder a esta tentación del escándalo, siempre espantosa, porque, aunque Dios sea omnipotente, ni aun para salvar a los suyos suele acudir al milagro. Propuso una parábola:

Había un juez en una ciudad que no temía a Dios ni respetaba a los hombres. Vivía en la misma ciudad una viuda, que le pedía justicia contra su adversario. Esta pobre mujer lo demandaba, pues no había sido la agresora. Privada a un mismo tiempo de la ayuda de sus parientes, que le habían abandonado, y de su marido, que había muerto, veía amenazada su fortuna o tal vez los intereses de sus hijos por enemigos que al juez infundían miedo. Con desprecio de la Ley, que con marcada insistencia recomendaba piedad y justicia en las causas de las viudas y los huérfanos, este mal juez no quería sentenciar a favor de ella. Pero la viuda insistía con la tenacidad de quien no tiene otra cosa que perder y le sostiene alguna esperanza. El juez hacía poco caso de los juicios de Dios ni le importaba la opinión de la gente humilde; pero, al fin, aquella insistencia le llegó a cargar. No dudando de que aquella obstinada no cesaría de calentarle la cabeza, se resolvió a hacerle justicia.

¡Ved, pues, ahí, exclama el Señor, lo que obligó al juez inicuo a decidirse! Y Dios, infinitamente justo, ¿no hará justicia a los que ha escogido para trabajar en su obra y que claman día y noche, sin descorazonarse, viéndole tan paciente con sus adversarios? «Yo os digo, afirma Jesús, que los defenderá sin tardar».

Palabra del único que conocía al Padre, palabra alentadora y que es refugio seguro. Pero ¿cómo hay que entenderla? Cuando la Iglesia fue reconocida por Constantino, Lactancio pudo escribir un libro sobre la muerte de los perseguidores. Las persecuciones, no obstante, volvieron a renovarse, y muchos perseguidores murieron tranquilos, y los mártires, después de muchas luchas, cayeron, en apariencia, vencidos. La promesa de Jesús debe, pues, relacionarse con la constancia en su doctrina. ¿Qué mejor libertad ni mayor victoria que morir sirviendo a la verdad? Alguna veces, la oración insistente de los fieles obtiene la libertad de la Iglesia: así Pío VII volvió a Roma, modesto triunfador de un poder hasta entonces invencible, por aclamación universal; pero Gregorio VII murió en

el destierro. Lo indudable es que, a pesar de los triunfos parciales del mal, el triunfo final es de la virtud. Sea cualquiera la suerte que Dios reserve a los suyos, en este mundo vela por ellos y escucha sus oraciones; que no se cansen de orar, que serán liberados por caminos escogidos de la Sabiduría infinita. Esto no exige necesariamente una serie de milagrosas victorias que convertirán al mundo, pues Jesús deja a sus discípulos bajo la impresión de una melancólica inquietud: «Pero, cuando el Hijo del hombre viniere, ¿hallará fe en la tierra?» La hallará, acaba de decirnos, pues se salvarán muchas almas, pero en los últimos tiempos, por su abandono de la justicia divina, serán tiempos de prueba, y es la hora en que se deben redoblar los esfuerzos mediante la oración.

EL FARISEO Y EL PUBLICANO
(Lc 18, 9-14)

No todos los fariseos eran agresivos, pero había muy pocos que no estuvieran contentos consigo mismos, teniéndose por más piadosos y más doctos que los demás. Así al menos los caracteriza Josefo[130]. Algunos no ocultaban esta vituperable disposición de sus almas. El convencimiento que tenían de su justicia los lleva a despreciar a su prójimo, al humilde pueblo, que por ignorancia de la Ley se exponía a continuas transgresiones. Jesús les da una lección, valiéndose de un relato un poco satírico, emocionante, porque lo contrapone a una sincera humildad.

Como era sabido de todos los judíos, estaba el Templo de Jerusalén edificado sobre la antigua montaña de Sión. Allá subían solemnemente para cumplir sus ceremonias. Subían también para acercarse a Dios, presente en su Santuario, y orar. En el mismo atrio se encontraron un día dos hombres, uno fariseo y otro publicano. El primero oraba de pie, según costumbre, y satisfecho daba gracias a Dios porque no era pecador como los demás hombres, tantas veces ladrones, injustos, adúlteros, de la misma ralea que un publicano que él veía sumido bajo el peso de sus pecados. Rendido este home-

[130] *Guerra,* 1, 5.2. «Una secta de judíos que se creía más piadosa que los demás y juzgaba más exacta su manera de interpretar las leyes».

naje al divino favor, se complacía en repasar las particularidades de la justicia, que él cumplía con perfección, llevándola notablemente más allá de lo que exigía en nivel señalado por la Ley para ser justo a los ojos del Señor.

La Ley ordenaba ayunar una vez al año, el día de la expiación; él ayunaba dos veces a la semana como los más fervorosos judíos[131]. La Ley ordenaba al cultivador de los campos (Dt 14, 22 s.) pagar diezmos de todas sus tierras; él, temiendo que de los géneros vendidos en la plaza no se hubiese pagado lo debido a los sacerdotes y levitas, pagaba el diezmo de todo lo que compraba, y acaso también de lo que adquiría con su trabajo.

El Señor, en verdad, sería exigente en demasía si le pidiese más. Pero sólo hubiera deseado un poco menos de vana complacencia, porque Jesús continúa: el publicano, permaneciendo lejos del Santuario, donde moraba el Dios justo, no se atrevía a levantar los ojos al cielo y se golpeaba el pecho. Su actitud expresaba, a las miradas atentas de todos, lo que decía en su corazón: «¡Oh Dios, perdona a este pecador!»

Los doctores de la Ley no habían desconocido el valor de estos sentimientos de penitencia; pero un publicano, recaudador de impuestos indirectos, estaba en constante peligro de hacer daño al prójimo, y en esto seguramente era en lo que el publicano pecara. Dios, según ellos, no le debía perdonar hasta no haber reparado la injusticia cometida[132]. Jesús comprende mejor la misericordia de su Padre, que se contenta con la intención de restituir contenida en el arrepentimiento sincero. Y declara, sin condenar, no obstante, al justo orgulloso, que el pecador arrepentido es más agradable a los ojos de Dios que aquel que a sí mismo se concede tan benévolamente una credencial de justicia: «Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado».

De un modo concreto expresaba la advertencia hecha ya a los fariseos: «Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; pero lo que los hombres tienen por estimable es abominación delante de Dios» (Lc 16, 15).

---

[131] El lunes y el jueves. Se lee en efecto en la *Doctrina de los apóstoles* (VIII, I): «No ayunéis los mismos días que los hipócritas, los lunes y los jueves, sino los miércoles y los viernes».

[132] Strack y Billerbeck, II, p. 248.

EL MATRIMONIO CREA UN LAZO INDISOLUBLE ENTRE LOS ESPOSOS
(Mt 19, 3-12; Mc 10, 2-12; Lc 16, 18)

Jesús había tomado, en definitiva, el camino de Jerusalén. San Marcos y san Mateo, que con sola una palabra habían indicado el paso de Jesús a Judea y a Perea[133], reaparecen juntos antes de la entrada de Jericó. Como se acercan a la Ciudad Santa, los fariseos se disponen de nuevo al ataque, pues se sienten fuertes para tratar cuestiones difíciles en que el joven Maestro pudiera tropezar[134].

Trataron, pues, de sondear las razones que debe tener el marido para repudiar a su esposa. La cuestión parecía inofensiva, ya que las dos grandes escuelas de Hillel y Chammaï no estaban de acuerdo; pero suponía resuelta en derecho a favor del marido, a cuya voluntad quedaba romper el lazo que une a los esposos. Jesús no acepta esta pretensión. Metido en la disputa, quiere esclarecer completamente este punto, que se puede decir es de capital importancia para la vida moral de una nación.

Mirando al fondo, su respuesta no es dudosa. La Iglesia católica la entendió como una prohibición de pasar a un segundo matrimonio en tanto no muera uno de los esposos, y tal es el verdadero sentido de los precisos textos de san Lucas: «Cualquiera que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con la repudiada del marido, comete adulterio» (Lc 16, 18). San Marcos: «Cualquiera que repudiare a su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella. Y si la mujer repudia a su marido y se casare con otro, comete adulterio» (Mc 10, 11 s.)[135]. San Pablo escribe a los Corintios: «En cuanto a las personas casadas, ordeno, no yo, sino el Señor: que la mujer no se aparte del marido y de apartarse, que se quede sin casar, o se reconcilie con su marido; igualmente que el marido no repudie a su mujer» (1Co 7, 10 s.).

---

[133] Véase lo dicho anteriormente, p. 318 s.

[134] Como la representación de los niños sigue inmediatamente en san Mateo y san Marcos, es preciso colocar la cuestión del divorcio antes del momento en que convienen los tres. Además san Lucas acaba de poner la solución dada por Jesús un poco antes (16, 18), sin contexto alguno, seguramente por un recuerdo cronológico.

[135] Hay en este versículo una variante sin importancia para el sentido de la indisolubilidad.

En la Iglesia primitiva estaban de acuerdo sobre el precepto del Señor. Los esposo no deben separarse. Si no pueden vivir juntos y se separan, el lazo del matrimonio no queda disuelto; una segunda unión sería tan ilícita para el hombre como para la mujer.

¿De dónde, pues, viene que el protestantismo y aun la Iglesia griega no se atengan sencillamente a lo prescrito por el Maestro y autoricen a uno de los unidos para volverse a casar, si el otro fue infiel y condenado por adulterio?

Es a causa de la interpretación que dan al texto de san Mateo. Numerosos críticos modernos les echan en cara que sacrifiquen una decisión cierta del Señor a una adición de san Mateo, que no sería más que un arreglo posterior a favor de los judíos convertidos, los cuáles tendrían por demasiado duro renunciar al repudio en caso de adulterio. A pesar de esta divergencia sobre la autenticidad de la palabra de Jesús en san Mateo, estos críticos radicales están también de acuerdo con los teólogos protestantes y ortodoxos sobre la interpretación de este texto. Es lo que vamos a examinar. Lejos de aceptar la hipótesis de una alteración en el evangelista del pensamiento de su Maestro, pensamos, al contrario, que es san Mateo quien mejor reproduce, al menos al principio, el movimiento del diálogo y la expresión de Jesús, que de ordinario es privilegio de san Marcos. Pero aquí su raciocinio está mejor ordenado, no ha conservado el vaivén de la conversación, causa de repeticiones inútiles. Dando como dirigida a solos los discípulos la aplicación del principio, san Marcos realzó mucho la decisión impuesta por el Maestro a los suyos y, por tanto, a su Iglesia; pero sin cuidarse de la respuesta dada a los fariseos sobre una cuestión que no había expresado con toda exactitud. La última respuesta de san Mateo comprende a la vez la solución particular de su duda y la conclusión práctica que debiera deducirse del principio. Veremos que toda la dificultad radica en que el evangelista no distinguió suficientemente los dos puntos.

Lo que preguntaron los fariseos a Jesús fue: «¿Es lícito repudiar a la mujer por cualquier causa?» No preguntan si el divorcio es lícito, como hacen los modernos que reconocen a la mujer los mismos derechos que al marido. Eso se hacía ya en Roma, pero entre los judíos, como todavía sucede hoy con los musulmanes ortodoxos, la iniciativa de la separación pertenecía al marido. Que el marido podía repudiar a la mujer, estaba clarísimo en la Ley de

Moisés. Sólo precisaba que su voluntad irrevocable la expresase por escrito. De otra manera, el segundo esposo se expondría a una desagradable reclamación. Repudiada en debida forma, la mujer era libre de casarse y tenía alguna probabilidad de hallar esposo. Su situación, sin embargo, era precaria; aun apoyada por la opinión, la mujer despedida era mal vista. No debía, pues, usar el marido de su derecho más que por graves motivos. La Ley decía: «Alguna cosa indecente» (Dt 24, 1)[136]. La escuela de Chammaï tomaba este término en todo rigor; pero los partidarios de Hillel dejaban libre curso al capricho del marido. Según estos últimos, bastaba que dejase quemar la comida. Más tarde, el grande Akiba autorizó al marido repudiar a la mujer para tomar otra más bella. La antigua poligamia, a la cual de hecho se había renunciado, era menos injusta para la esposa abandonada.

Era contrario al carácter de Jesús meterse en esas controversias; corta por la raíz. Para Él, la cuestión ni siquiera se plantea. Con cierta impetuosidad pregunta a los maestros de las Escrituras sagradas: «¿No habéis leído que el que todo lo ha hecho, desde el principio los ha hecho varón y hembra? Y dijo[137], por tanto: El hombre dejará padre y madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne. Así no son ya dos, sino una carne. Que nadie, pues, separe lo que Dios ha unido».

Se pregunta cómo hubiera podido Jesús expresar mejor la indisolubilidad del matrimonio y establecerlo al mismo tiempo según el designio de Dios, que crea los sexos distintos para en seguida unirlos y así asegurar la perpetuidad de la raza. No solamente son «una carne» los esposos por la unión del acto del matrimonio; la palabra «carne», en hebreo designa también el lazo que une a los parientes más próximos. Pues este lazo, el más sagrado para los nómadas y sociedades primitivas, será en adelante el de los dos esposos. La unión del hombre y de la mujer crea una nueva familia. Serán siempre inseparables por voluntad de Dios, contra la cual ningún derecho humano podrá prevalecer.

Pero, entonces, ¿qué quiso decir Moisés? Los fariseos pudieron por unos momentos creer que a Jesús lo perdía su imprudente res-

---

[136] Trad. Crampon: *de repugnante,* lo que parece débil.

[137] Dios, por labios del autor sagrado.

puesta, oponiendo su interpretación del *Génesis* a un texto formal de la Ley. Para que mejor se pudiera ver el contraste, llevados de la ira o de la perfidia, mezclan la *permisión* de repudiar supuesta en el texto de Moisés y la *orden* de no hacerla sino por escrito: «¿Por qué, pues, Moisés prescribió dar el libelo de repudio y el repudiar?» Jesús contesta, puntualizando con toda calma: «A causa de la dureza de vuestro corazón, Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres, mas al principio no fue así».

Sonaría a injuria del Salvador la alabanza de su sentido crítico. Digamos más bien que dio la clave para la inteligencia de la Ley mosaica. No fue ésta una serie de mandamientos promulgados desde los alto para manifestar las intenciones de Dios, imponiendo a su pueblo una perfección ideal. Israel tenía sus costumbres, unas buenas y aprobadas, otras francamente malas y condenadas, como eran las prácticas idolátricas y de brujería, algunas de baja moralidad, pero que Dios se dignaba tolerar por algún tiempo, como la poligamia y el repudio.

El legislador mandado por Dios, más grande que Moisés, tenía autoridad para perfeccionar la Ley según el sentido primitivo de la Providencia divina. En el caso presente no titubeó en hacerlo, y la cuestión quedó zanjada.

Hubiera sido, sin embargo, muy duro obligar a un marido a cobijar bajo su techo a la esposa infiel, y tan incorregible, que su indulgencia hubiese podido tomarse por verdadera complicidad. En caso de adulterio de la mujer, el repudio, único punto discutible entre los judíos y el único que se ventilaba en la cuestión propuesta, continuaba siendo permitido. Pero el repudio hecho por el hombre en nada cambia la Ley de Dios. Quien repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio. Si san Mateo se hubiera expresado con esta precisión, su texto jamás hubiera dado lugar a controversias. Hubiera bastado que empleara un signo tipográfico, como un paréntesis o un guión, para quitar a sus palabras hasta la apariencia de contradicción con la afirmación principal. Por querer encerrar en una sola frase aun la respuesta directa a la cuestión de los judíos, convertida en puro incidente, ha dado ocasión al instinto de sensualidad a buscar un pretexto contra la orden formal del Señor en una construcción mal hecha: «Y yo os digo que cualquiera que

repudiare a su mujer –a no ser por mala conducta[138]– y se casare con otra, comete adulterio» (Mt 19, 9)[139].

Además, es probable que san Mateo, juntando las dos soluciones en una frase, no haya distinguido las dos situaciones en las cuales estaban propuestas.

Según san Marcos, la explicación definitiva sólo fue promulgada a los discípulos en particular, en una casa, que es también lo que supone san Mateo, pues la conversación continuó con sólo los discípulos extrañados de esta respuesta. Si, pues, ayudados de los dos documentos, se quiere reconstruir de un modo crítico lo sucedido, se llegará a esta solución. Declarado el principio de la indisolubilidad del matrimonio, Jesús quiso responder a la cuestión precisa de los fariseos sobre las causas legítimas del repudio, y les concedió que en el caso de mal comportamiento de la mujer, se la podía repudiar, aunque no por eso el lazo de «parentesco» (una sola carne) quedaría roto. Tomando después aparte a sus discípulos, les explicó con más claridad las consecuencias de esta doctrina, es decir, la prohibición de un segundo matrimonio. Es tan cierto que aquella decisión cortaba por lo sano, según el pensamiento de san Mateo, que él sólo refiere la sorpresa y casi el descontento de los apóstoles: «Si tal es la condición del hombre con su mujer, vale más no casarse».

Los discípulos sintieron el golpe, y muy bien comprendieron que la solución tenía mayor alcance que las controversias de las escuelas más o menos favorables a las arbitrariedades del marido. Y Jesús sabe que ha exigido a sus discípulos algo que sobrepasa, no el ideal humano, pero sí los límites que pretendían imponerle los intereses particulares por muy respetables que en algunas ocasiones fueran. Se trata de un bien social de primer orden que exige sacrificios. El hombre, impedido de volverse a casar, no merece más compasión que los desgraciados eunucos, impotentes por naturaleza o convertidos en tales por la crueldad o el egoísmo[140]. Tiene el

[138] Lo cual está permitido.

[139] Un nuevo matrimonio jamás está permitido. La misma solución se aplica al texto de san Mateo en el sermón de la Montaña (5, 32) y aun más fácilmente: «Y yo os digo que cualquiera que repudiare a su mujer –a no ser por causa de fornicación– la expone al adulterio, y el que se casare con la repudiada comete adulterio».

[140] Los judíos hacían así dos categorías a que daban el mismo nombre.

mérito de un sacrificio libremente aceptado. La prohibición del divorcio total forma parte de un orden que exige abnegación, sacrificios algunas veces de muy grande sublimidad, como cuando se renuncia al matrimonio mirando al reino de Dios. La sola sabiduría humana no alcanza tan altos ideales; es necesaria la fe, un don de la gracia divina. Desde aquella época hubo ya santos personajes que escogieron ese estado sujetándose a perpetua continencia. Llamando la atención sobre un hecho ya realizado, tal vez aludía el Salvador a san Juan Bautista o alguno de sus discípulos, tal como a Juan, hijo del Zebedeo. Invitaba, además, de antemano a imitarlos a cuantos les fuera concedida la inspiración de hacerlo, y si la continencia se hace necesaria, siempre será concedida a la oración.

JESÚS ACOGE A LOS NIÑOS
(Lc 18, 15-17; Mc 10, 13-16; Mt 19, 13-15)

Estaba Jesús en una casa, adonde se recogía con sus discípulos, cuando le llevaron a unos niños para que los tocase[141]. Seguramente los guiaban y tal vez los llevaban en brazos sus madres, cuya fe esperaba maravillas del contacto de sus queridos pequeñuelos con Jesús. A los discípulos les molestaba aquella importunidad. ¡Si al menos aquellos niños estuvieran enfermos! ¡Y meterlos en la casa! Es verdad que en Oriente entra el que quiere; pero es cuando no se tratan secretos íntimos, como entonces habían empezado a tratar. Esto era lo que disgustaba a los discípulos. Jesús se enojó y les dijo: «Dejad a los niños que se acerquen a mí; no se lo estorbéis, porque el reino de los cielos es de los que se asemejan a ellos». El reino es del Padre, el mejor medio para entrar en él es presentarse con la sencillez, confianza y abandono de los niños. Es preciso, pues, hacer esfuerzo por parecerse a ellos, y recibir el reino, es decir, la invitación a él, echándose en los brazos del Padre como un niño, seguro de que será amorosamente acogido. Hay motivos para temer de que no sean admitidos en él los que, confiando en sus méritos, reclaman un puesto preeminente.

---

[141] San Marcos, cuyo relato está más circunstanciado.

Jesús, entonces, con grande alegría de las madres que no pedían tanto, abraza a los niños y les bendice imponiéndoles las manos.

UN RICO, AMADO DE JESÚS, QUE NO TIENE ÁNIMO PARA SEGUIRLE

(Lc 18, 18-23; Mc 17-22; Mt 19, 16-22)[142]

Llegado el momento de emprender el camino, salió Jesús de la casa. Y vieron correr a uno que no había llegado a tiempo, y se puso de rodillas ante Jesús para obligarle a que le escuchara y para manifestarle su profundo respeto. No era costumbre arrodillarse delante de los doctores, y de ordinario no se le dirigían palabras tan respetuosas como éstas: «¿Maestro bueno, ¿qué debo hacer para obtener la vida eterna?» Casi era la única vez que Jesús había encontrado una persona tan dócil y tan exclusivamente preocupada de lo que Él recomendaba por encima de todo, los intereses eternos del alma. Había, empero, algo de excesivo en aquella efusión, por otra parte sincera. Jesús, que moraba entre los hombres y era realmente hombre, siempre atento a todo lo que fuera levantar las miradas del hombre a Dios, le respondió: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino Dios sólo»[143]. El desconocido calló. Si le hubiera contestado: «¿No eres tú el Hijo de Dios?», acaso hubiera sido admitido más adelante en el misterio. Saludando a Jesús con frases demasiado lisonjeras, Jesús, el buen Maestro, le contestó dándole una amable lección. Por lo demás, todos los judíos sabían que se llegaba a la vida eterna observando los mandamientos. Jesús se los recuerda omitiendo, no obstante, el principal, que es el amor de Dios, acaso porque es difícil darse cuenta de que se observa con perfección, o más bien porque es con toda seguridad guardado, si no se quebrantan los que miran al prójimo y no son más que otra función del primero y único mandamiento: «No mates, no cometas adulterio..., no hagas mal a nadie...» Este último precepto no estaba escrito en la Ley, pero dimanaba de su espíritu, que nadie comprendía mejor que Jesús, pues tenía la misión de perfeccionarla.

---

[142] San Marcos, como de ordinario, es más natural; san Lucas lo siguió. Indicaremos algunos rasgos de san Mateo.

[143] En San Mateo: «¿Qué bien haré para tener la vida eterna?» Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Uno solo es bueno.

El hombre respondió: «Maestro, todo eso lo he observado desde mi juventud»[144]. Dijo esto con gallardía juvenil, no exenta de candor. Jesús, interpretando su mirada, vio a través de ella su buena voluntad y rectitud, y lo amó. Y porque lo amó, le propuso lo que san Mateo expresa más claramente: entrar en el camino de la perfección vendiendo todos los bienes para darlos a los pobres. ¿No había enseñado Él que eso era adquirir un tesoro en los cielos, donde está la vida eterna? En cuanto a lo que has de hacer en la vida presente: «Ven y sígueme».

El llamamiento de Jesús había sido eficaz para Pedro y Andrés, para Santiago y Juan, Mateo y los demás apóstoles; pero no era un encantamiento mágico que arrastra, la voluntad permanece libre. Tiene el temible poder de resistir. El rostro de aquel joven, hasta allí bañado de alegría, se oscureció; sintió no poder seguir a Jesús, puesto que se retiró muy triste. Pero, en fin, se marchó, porque poseía muchos bienes... «¡Porque poseía!» ¡Razón tenía Jesús para enseñar a desconfiar de las riquezas!

ES MUY DIFÍCIL AL RICO Y MUY FÁCIL AL POBRE VOLUNTARIO OBTENER LA VIDA ETERNA

(Lc 18, 24-30; Mc 10, 23-31; Mt 19, 23-30)

El rico marchó triste, y su tristeza apenó también el corazón de Jesús y el de los discípulos. Por dos veces suspiró el Maestro: «¡Qué difícil es al rico entrar en el reino de Dios!» Por dos veces también los discípulos se ven invadidos por una especie de estupor. ¡Eran tan fuertes sus palabras! «¡Es más fácil a un camello entrar por el agujero de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios!» Es tanto como decir que hay imponibilidad absoluta. ¿Hay cosa más maciza que un camello ni más fina que el agujero de una aguja que difícilmente se enhebra como no se tenga muy buena vista? Los discípulos se miraron unos a los otros, sin atreverse a preguntar, pero diciéndose entre sí: «Entonces, ¿quién podrá salvarse?»

Los sucedido con el rico, fiel a los mandamientos, pero detenido en el camino de la salvación a causa de sus muchos bienes, era

[144] Según san Mateo, es un joven quien habla. Los jóvenes hablan muchas veces del pasado como si estuvieran ya entrados en años.

aterrador. Puestos en la pendiente fatal de su amor a las riquezas, los ricos estaban perdidos, pero el atractivo de los bienes podía ser vencido. Así como antes Jesús había fijado su mirada en el rico, la dejó caer ahora sobre sus discípulos para grabar en sus corazones esta importante verdad: «A los hombres es imposible, pero no a Dios, porque a Dios todo es posible». Se salvarán, pues, los ricos mediante la gracia, pero sólo aquellos que sean dóciles a su llamamiento. Había ya pobres voluntarios.

Aquel ambiente oscuro se esclareció merced a una iniciativa de san Pedro, siempre espontáneo, ofreciendo su fidelidad a Jesús como consuelo a su afligida alma por la defección de aquel que hubiera querido amar siempre: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido»[145]. De repente se cambian las palabras graves, cargadas de presentimientos, en alentadoras frases que descubren un gozoso porvenir: «¡En verdad os digo, que nadie habrá dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o herencias por causa mía o del Evangelio que no reciba el céntuplo desde ahora, desde este tiempo, en casas, hermanos, hermanas, madre, hijos y herencias!» Quedaba una sombra, porque nombrar el Evangelio es anunciar contradicciones. Preciso es, pues, contar con las persecuciones; pero la recompensa máxima será en el siglo futuro, que es la vida eterna.

Haciendo semejantes promesas a los suyos, les hablaba Jesús como Dios que dispone del porvenir, del don de la vida eterna, y aun de la asistencia y los consuelos ofrecidos a las familias espirituales a quienes lo han dejado todo por seguirle. Fielmente ha cumplido su palabra, como lo atestiguan tantos pobres voluntarios, reconocidos por su asistencia tan dulce, que les asegura asistencia y consuelos y que rara vez logran privarles las persecuciones. A pesar de esto, practicando verdaderamente la pobreza, son los últimos según el mundo, pero serán algún día los primeros, con aquellos que, teniendo riquezas, vivieron desprendidos de ellas y las administraron en conformidad con la voluntad de Dios. Por esto san Marcos cierra este episodio con estas palabras: «Muchos de los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros».

---

[145] San Mateo pone aquí la recompensa especial prometida a los doce apóstoles, que san Lucas coloca mejor en el discurso de la cena.

LA GRACIA DE DIOS Y LOS QUE MURMURAN DE LA GRACIA

(Mt 20, 1-16)

El juicio de Dios no es como el de los hombres, pues dará la vida eterna a los que en este mundo tuvieron una posición humilde. También se comprende que premie a los que todo lo abandonaron por Él. La parte que tiene la voluntad humana en la salvación aparece aquí con bastante claridad; pero hay otro elemento que el hombre desconoce, que es lo gratuito del don de Dios, su libertad soberana, que a nadie tiene que rendir cuentas. A propósito de los gentiles admitidos al lado de los patriarcas, mientras que los judíos se verán excluidos, el Salvador había ya pronunciado estas palabras. «Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos» (Lc 13, 30).

San Mateo funda esta sentencia sobre más amplia base. Todos los hombres están colocados frente a Dios en la parábola de los obreros llamados a trabajar en la viña. Un doble fin persigue la parábola. El principal es dejar bien sentado que Dios está en su derecho de dar por gracia la vida eterna aun a los que han trabajado poco por Él, con tal que al fin respondan a su llamamiento. De este principio se deduce una segunda conclusión: harán muy mal los que murmuran de esta misericordia, y se exponen así a perder el mérito de una larga vida de obras buenas.

El propietario de una viña sale, al romper el alba, a contratar obreros. Tendrán que escardar la viña, trabajo que rara vez se hace en Palestina, pero verán que este señor de la casa velaba por sí mismo y de cerca los trabajos. Los obreros profesionales o de ocasión para todo trabajo estaban reunidos de ordinario cerca de una puerta de la ciudad. Allí se entendían sobre el trabajo y el jornal que habían de recibir. El jornal fue fijado en un denario, y los obreros partieron a su trabajo.

Tres horas más tarde, a las nueve, el amo, que tenía prisa por acabar, volvió y los halló ociosos. Satisfechos de encontrar trabajo, éstos se contentaron con la vaga promesa de un justo salario. Volvió aun al mediodía y a las tres de la tarde, y hasta una hora antes de ponerse el sol y halló otros obreros venidos de otras partes, sin saber de dónde, y allí estaban cruzados de brazos. Sin que el amo les prometiese nada, atendiendo a su invitación, fueron también a la viña.

A la caída de la tarde, el dueño de la viña encargó a su mayordomo que pagase a los trabajadores, comenzando por los últimos llegados. Era el único medio de que los primeros fueran testigos de su modo de entender la justicia y la gracia; de ser los primeros pagados, hubieran echado el azadón al hombro y marchado prontamente hacia sus casas.

Colocado detrás de la mesa en que estaban apilados los denarios, el mayordomo, a vistas y sabiendas de todos, empezó a pagar. Los que no habían trabajado más que una hora y en la fresca de la tarde recibieron un denario. Los que se habían cansado trabajando desde la mañana esperaban recibir más. La liberalidad del amo les parecía muy bien si se extendía a todos en proporción; pero ellos no recibieron más que un denario. Murmuraban alto, de modo que se les oyese: «Los últimos trabajaron una hora y se les ha igualado con nosotros, que hemos llevado el peso y el calor del día». ¡Si se hubieran contentado con pedir algo más! Pero dejaron que estallase la envidia, que se resolvió en blasfemias contra aquella intempestiva generosidad. El señor tomó aparte el más revoltoso: «Amigo, no te hago agravio; toma lo que es tuyo y vete... ¿No me es lícito a mí hacer de lo mío lo que quiero? O, ¿es malo tu ojo porque yo soy bueno?» Así, «los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos».

Hay aquí una parábola del reino de Dios: el amo es el mismo Señor, y la recompensa que da, la vida eterna. El precio es único, porque es el mismo para todos: la cuestión de los grados de gloria no está resuelta aquí. Como si Dios se mostrara menos deseoso de su bien que de procurar la salvación de los hombres, no cesa de llamarlos. Los que se rinden a este llamamiento reciben lo que Él generosamente les da gratis, aunque no hubieran tenido mucho tiempo de hacer obras buenas, ni las obras les hayan sido muy costosas. Infinitamente bueno, el Señor se contenta con poco, mirando sólo a la buena voluntad final.

Los justos, los que han trabajado mucho tiempo, deberían conmoverse con este espectáculo y glorificar la misericordia divina. Acudiendo a la murmuración se exponen a perder aquello que creen que les pertenece en justicia, porque es una grave falta no tener en cuenta que también ellos lo deben todo a la invitación gratuita de su Dueño. Lección esta bastante provechosa para que nadie se pregunte cómo los justos, gozando ya de la vida eterna, pudieron

murmurar. Estas cosas son dichas a los justos de la tierra para que no echen contra el libre don de la gracia, si no quieren perder el beneficio de su justicia. No es necesario buscar en la historia la serie de estos llamamientos de Dios: de Adán a Noé, de Noé a Moisés, de Moisés a los profetas, para hallar el último llamamiento en la predicación de Jesús. Sin embargo, estaba muy en su punto este aviso tan serio, hecho por Jesús a sus contemporáneos, que tanto se extrañaban de verle acoger a los pecadores y publicanos. Habían sido llamados hacía mucho y se creían cargados de méritos. Su recompensa estaba bien asegurada; pero a condición de no murmurar de la indulgencia del Salvador hacia los obreros de última hora, y de no hacer de esta bondad motivo de escándalo. El mal ojo es el sentimiento de envidia. A pesar de la superstición general, sólo daña a quien mira mal al prójimo.

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO
(Jn 11, 1-44)

Andando en estas predicaciones, Jesús se había aproximado a Jerusalén, siguiendo el curso del Jordán. La ribera izquierda pertenecía a Herodes Antipas, y la derecha dependía del procurador romano.

San Juan conduce a Jesús al otro lado del Jordán, y allí, según parece, es donde recibió el recado que le llamaba a Judea, donde su amigo Lázaro estaba enfermo. Tal vez Jesús, terminado su viaje de Perea, preparaba su entrada en Jerusalén y ya estaba cercano a Jericó. Podía creerse uno en Judea estando en una u otra orilla, y aun en la orilla derecha se podía extender el nombre de Judea a la región montañosa. De todos modos, Jesús estaba a una jornada, más o menos larga, de Betania, situada a quince estadios de Jerusalén, poco más de dos kilómetros y medio. Era la aldea de María y de Marta, dos hermanas que avisaron a Jesús de la enfermedad de su hermano. No le pedían expresamente que fuera allá, sino que, sabiendo que amaba a Lázaro, le mandaron simplemente decir: «Señor, el que amas está enfermo».

Esta introducción de san Juan es un ejemplo sorprendente de la armonía oculta que gustamos señalar. Conocimos por san Lucas

(Lc 10, 38 s.) a María y Marta, que ahora vamos a ver retratadas con su diferente carácter, matizado del mismo modo. Ignorábamos que su ciudad se llamase Betania, cuya posición está aquí indicada, y que tuvieran un hermano. Para completar este informe, nota san Juan que esta María, como los cristianos del mundo entero saben, es la que ungió al Señor, según se contará más tarde (Jn 12, 1-11; cfr. Mc. 14, 9; Mt 26, 13).

Jesús amaba a Lázaro y amaba a María y a Marta, y, sin embargo, no se pone inmediatamente en camino; continúa dos días más en donde estaba. Sabía ya que un gran designio de Dios se iba a cumplir para gloria del Hijo de Dios y, por mediación de Él, para gloria de su Padre.

Pasados dos días, dijo a sus discípulos: «Vamos a Judea otra vez». Era esto exponerse a la muerte, pues, para los discípulos, Judea era Jerusalén, donde había que afrontar criminales proyectos. Sabiendo Jesús que su hora, aunque cercana, aún no había llegado, advirtió a los suyos que nada había que temer en tanto que Dios haga lucir su luz. La hora de sus enemigos era la hora de las tiniebla, y aún era de día. Los discípulos no comprendieron esto o no lo quisieron comprender; guardaron silencio. Jesús entonces les dijo: «Lázaro, nuestro amigo», el que nos ha dado a todos hospitalidad, «está dormido», y puesto que vosotros no parecéis estar dispuestos a ir conmigo, «iré yo a despertarle».

Como todos ellos sabían la enfermedad de Lázaro, aquellas palabras eran bastante claras. Jesús no iba a hacer una jornada para despertar a un enfermo. Lázaro había muerto, pero decididamente los amigos de Jesús aparentaban no entender. En un enfermo es muy buena señal que duerma[146]. Fue necesario que Jesús dijera clara y terminantemente: «Lázaro está muerto». Sabíais que podía curarle; si no lo hice fue para que seáis testigos de un milagro más grande. «Vamos, pues, a él».

No podían volver atrás. Tomás, en griego Dídimo, tuvo el mérito de arrastrar a los otros: «Vamos también nosotros para que muramos con él». Aun este hombre animoso no veía más que la muerte en la temida aproximación a Jerusalén.

---

[146] El R. P. Jaussen recogió el proverbio: «El que ha dormido está curado» (*Naplouse*, p. 153).

Cuando llegó Jesús a Betania ya hacía cuatro días[147] que Lázaro había sido enterrado. Marta, prontamente avisada, como más activa de las dos hermanas y la que mandaba, salió a su encuentro. ¡Ah, si hubiera estado allí aquel de quien sabe que todavía entonces tenía el poder de conseguirlo todo de Dios! Expresa ella su fe, más bien que una esperanza vaga todavía de la resurrección de Lázaro. Así, cuando Jesús la consuela: «Tu hermano resucitará», ella lo entiende de la resurrección en el último día, según la fe de aquellos judíos, que no se dejaban seducir por el escepticismo de los saduceos. Jesús le dice: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?» Ella le dice: «Sí, Señor, yo también creo que tú eres el Cristo Hijo de Dios que has venido al mundo», y puesto que da fe a la declaración del Salvador, cree también que, siendo Él la Vida, resucitará a los muertos. Sin embargo, ella no desciende de las alturas del dogma, de las perspectivas del juicio universal, cuando todos los sepulcros se abrirán a la vez. No dice que el autor de la resurrección general pueda devolver a su hermano aquella vida perdida pocos días antes. Y se fue.

María había quedado en casa, con los judíos llegados de Jerusalén a llorar con las dos hermanas, porque no había visita de pésame sin lamentaciones y sollozos. Marta habló a su hermana en secreto: «El Maestro está ahí, y te llama». Las amistades más o menos afectuosas o indiferentes habían estado llegando unas tras otras; ahora es el amigo el que se presenta, con el cual sería dulce cambiar breves palabras. María se levantó prontamente, cayó a los pies del Maestro y le dijo como Marta: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto». Y no añadió más que sus lágrimas. Sin embargo, fieles a su misión de consoladores, pensando que María iba a llorar cerca del sepulcro, los judíos fueron en pos de ella, dando testimonio con sus lamentaciones de su simpatía. Jesús se conmovió interiormente y dejó ver una emoción contenida cuando preguntó: «¿Dónde le habéis puesto?» Buscaba el sepulcro, pero pensaba en el amigo. Le dijeron: «Señor, ven y verás». Jesús lloró. No eran lágrimas de condolencia; lloraba porque le amaba. Así lo comprendieron los judíos. Algunos, no pudiendo pasar sin criticar, decían: «¿No podía éste, que abrió los ojos al

[147] Es decir, que era el cuarto día de muerto. El mensajero, salido poco antes, había tardado un día en el viaje, esperó dos Jesús, y en el cuarto subió.

ciego, hacer que éste no muriera?» Jesús aparentó no oírlos. Sumido a su dolor, una nueva ola de angustia le agita, esta vez acaso por la impresión del gran acto que va a realizar.

El sepulcro estaba abierto en la roca, según costumbre, y se descendía a la cueva por una escalera[148]. Sobre la estancia mortuoria estaba puesta una piedra. Jesús dice: «Quitad la piedra». Marta se inquieta: ¡violar el reposo de un muerto era un sacrilegio! Jesús, sin duda, quería verlo por última vez; pero ¿en qué estado le hallaría? «Señor, hiede ya, porque hace cuatro día que está muerto». Un embalsamamiento ligero era lo que se acostumbraba en las familias de cierto rango; pero no podía impedir la rápida descomposición del cuerpo, y esto debía saberlo el Señor. Jesús mantiene su mandato: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» Después levantó los ojos al cielo y oró en alta voz, no para ser oído de su Padre, pues de antemano sabía que sería atendido, sino para mostrar a los que le escuchaban que iba a dar en nombre de Dios una señal de su misión. Entonces clamó con gran voz: «¡Lázaro, ven fuera!» El muerto salió en la forma en que se la había dejado, atadas las manos y los pies con vendas y envuelto el rostro con un sudario. Les dice Jesús: «Desatadle y dejadle ir». La ayuda de los circunstantes era necesaria al resucitado, pero precisaba sobre todo que fuesen convencidos de un milagro, que habían tocado con sus manos, al ser admitidos a deshacer lo que por rito de la sepultura se hacía con los muertos. Después de esto, Lázaro no necesitaba de los servicios de ellos. Había sido vuelto a la vida ordinaria.

El cuarto evangelista ha contado la resurrección de Lázaro con muy precisos pormenores, emoción comunicativa, con gran solemnidad en aquel acto augusto del triunfo de la vida sobre la muerte, triunfo personal de Jesús, símbolo de su victoria definitiva, presentida para el porvenir. Frente a la luz, se espesan las tinieblas sobre los enemigos del Hijo de Dios, y se obstinan más que nunca en que perezca la Vida.

Para san Juan fue esto como el coronamiento de la predicación de Jesús, el preámbulo de su muerte, la prenda de su resurrección: el Hijo del hombre será precipitado desde esta altura.

Como nosotros, lo dicen los críticos modernos, rivalizando con los antiguos en poner de manifiesto la importancia de este milagro

[148] *El Azarieh*, nombre actual de Betania, recuerda a Lázaro.

en san Juan: pero es con el fin de negarlo con más seguridad. ¿Cómo los demás evangelistas iban a ignorar un hecho de tanta importancia? Puesto que nada dijeron, luego es un mito, destinado a simbolizar cómo Jesús es la resurrección y la vida.

Nadie, desde san Juan hasta nuestros días, ha tenido la pretensión inconcebible de edificar sobre el vacío. Describe el hecho como realidad sembrada de pormenores. Si lo ha inventado, no será un símbolo, sino una falsedad. Falsedad de poeta, se dirá, del divino poeta de la amistad, del dolor, de las lágrimas, de las esperanzas incoercibles de la humanidad, todo muy bello. Pero no fue esto lo que san Juan quiso hacer. Él quiso dar testimonio de la verdad, de una verdad religiosa, pero, antes que nada, de la verdad de los hechos (Jn 20, 30 s.).

Entonces, ¿el silencio de los sinópticos? ¿Qué católico pensaría hoy en escribir una vida de Jesús sin esta manifestación gloriosa tan pronto oscurecida? Nadie, seguramente, de cuantos hayan leído al cuarto evangelista. Pero los tres primeros no lo habían leído. El hecho, sin duda, no lo ignoraban; era un milagro extraordinario, y ellos ya habían mencionado otras resurrecciones. ¿Qué quedaría en la historia de Enriqueta de Francia o de Enriqueta de Inglaterra sin las oraciones fúnebres de Bossuet? ¿Quién sabría el nombre de Tesifonte partidario de Demóstenes, sin el discurso sobre la corona?

La ida de Jesús a Betania no entraba en el plan de la primera catequesis; sería en él una especie de adición que descomponía la estructura general del trazado. Podía omitirse sin que nada esencial faltase al Evangelio.

Podemos arriesgar una hipótesis. ¿Quién nos priva de ese derecho? Probablemente san Pedro no presenció toda esta historia. Si la hubiera presenciado, él, animoso hasta la presunción, hombre de todas las iniciativas, ¿hubiera permitido a Tomás que llevase a los demás discípulos desafiando la muerte? Por tanto, si Pedro no está allí, él, el creador de la catequesis primitiva, la predicó sin narrar este milagro. Como en otras ocasiones, san Juan, el amigo de Pedro, suplió aquí su silencio. Parece justo también que los primeros evangelistas hayan evitado comprometer a aquella familia de Betania, que el Sanedrín tenía tan cerca. San Lucas habló de Marta y de María, pero sin mentar el nombre del pueblo. San Mateo y san Marcos han narrado la unción de Betania sin dar el nombre de los que alojaron a

Jesús. El designio de san Juan de suplir estas omisiones es del todo manifiesto. Pone, como suele decirse, los puntos sobre las íes, sin afectación, pero con seguridad hasta en los pormenores. O quiso poner en plena luz histórica el hecho de la resurrección de Lázaro, o quiso dar armas a los que le acusarían de haberlo inventado.

Ha contado pocos milagros, pero con tanta precisión, que se ve su intento premeditado de poner los cimientos sólidos a su afirmación sobre el Hijo de Dios.

RESOLUCIÓN DEFINITIVA DE HACER MORIR A JESÚS
(Jn 11, 45-53)

La resurrección de Lázaro convenció a los judíos que fueron testigos de ella. Creyeron en Jesús, al menos como enviado de Dios, según su solemne palabra. Otros judíos, sabedores de los sucedido por una sencilla narración oral, se conmovieron menos y no quisieron renunciar a su odio. Fueron los que avisaron a los fariseos, los cuales no quisieron dar ningún paso sin antes dar cuenta a los Sumos Sacerdotes. Se celebró, pues, un consejo compuesto como el Sanedrín, sin carácter oficial, pero cuya decisión, una vez tomada, era seguro que prevalecería[149].

El Sumo Sacerdote era el presidente señalado. La asamblea, aunque era unánime en su hostilidad contra Jesús, dudaba de partido que debía seguir. Sus milagros eran patentes, incontrastables, y tenía con ellos conmovido al pueblo. Le bastaba al profeta agrupar a los partidarios a su alrededor. Los romanos eran los señores, pero respetaban el Templo y dejaban al pueblo cierta autonomía, no esperando más que una ocasión favorable para dar el golpe decisivo. Si se les obligaba a venir en armar y verter sangre, sería, sin duda, el fin de toda independencia y acaso la supresión del culto del Templo. Hasta entonces se había abstenido Jesús de toda agitación revolucionaria, pero era tal vez por cálculo, y, una vez desencadenada la tempestad, ¿podría el Jefe contener a sus partidarios? ¿No se vería precisado a seguirlos?

---

[149] Como sucede en las reuniones de los grupos del Parlamento que están seguros de obtener mayoría.

Cuando una asamblea deliberante está bajo la presión del miedo, no falta jamás uno que se levante para proponer una bajeza. En aquella ocasión no faltó un hombre, y ese hombre fue Caifás, el Sumo Sacerdote de aquel año, ya en funciones hacía doce años, cuya autoridad era robustecida por la de su suegro Anás, antiguo Sumo Sacerdote.

Y como estaban aún algunos indecisos sobre condenar a un israelita, con toda evidencia inocente, sacrificado por incurrir en el desagrado de los extranjeros e infieles, puso en la balanza la salvación de la nación. ¿A quién debe preferirse, decían en la Revolución francesa, a la nación o al rey? Presentada así la cuestión, la respuesta era de antemano conocida. Caifás no examina si Jesús es culpable; eso lo resolvería el tribunal oficialmente convocado para juzgarle. Políticamente, ¿era su vida más preciosa que la existencia de todo un pueblo? Era la cuestión que se debía resolver. Y para él era evidentemente mejor «que un hombre muera por el pueblo y que no perezca toda la nación». La expresión *morir por el pueblo* era una frase feliz. ¿Qué israelita habría rehusado morir por su pueblo? Expresaba al mismo tiempo este profundo sentido que la muerte de Jesús, en efecto, sería la salvación, no sólo de los judíos, si la querían, sino de todos los hijos de Dios llamados a formar una sola nación.

Caifás no dudaba de ello, y no era la primera vez que un Sumo Sacerdote había pronunciado palabras proféticas. Se decía de Juan Hircano[150] y Filón[151], por aquel mismo tiempo, pensaba que el Sumo Sacerdote tenía el don de profecía. San Juan no inventa ninguna nueva teoría sobre el particular, simplemente manifiesta que, siendo Caifás Sumo Sacerdote aquel año, el último del sacerdocio de la antigua alianza, bien pronto caído de su derecho a los ojos de Dios, por haberlo ejercido contra su propio Hijo, había involuntariamente rendido homenaje a su víctima.

La asamblea de los allí reunidos no miró más que al sacrificio oportuno de un inocente, y lo aprobó. Sólo faltaba prender a Jesús, hallar acusaciones contra él y hacerle morir.

---

[150] Josefo, *Ant.*, XIII, 10, 3.

[151] Filón, *De spec. leg.*, IV, 192; II, 367 s.

EN VÍSPERAS DEL GRAN ACONTECIMIENTO
(Jn 11, 54-57)

Advertido Jesús de estos propósitos amenazadores por las relaciones influyentes de Juan, el hijo del Zebedeo, se abstuvo de aparecer por Jerusalén. Se retiró a una ciudad llamada Efraín, situada, según una antigua tradición[152], a veinte millas hacia el norte. Es exactamente la posición del pueblo de Taiybeh, más bien al nordeste y dominando el desierto y valle del Jordán. De allí se baja fácilmente a Jericó por Ain-Douk. Allí pasó Jesús algunos días con sus discípulos, en íntimo trato y comunicación, en el recogimiento que precede a las supremas resoluciones. La fiesta de la Pascua estaba próxima y esperaban que se dejaría ver en Jerusalén. Sus enemigos habían tomado todas las medidas. Si alguno sabía dónde estaba, debía denunciarlo, para apoderarse de su persona. Los judíos de los pueblos, que con anticipación llegaban a la ciudad para purificarse antes de la fiesta, presentían un drama. Pero el principal actor, ¿no trataría de ocultarse? ¿Acudiría a la fiesta?

---

[152] Eusebio, *S. Jerónimo.*

CAPÍTULO QUINTO

ÚLTIMA PREDICACIÓN DE JESÚS EN JERUSALÉN

Jesús no permaneció en Efraín hasta la fiesta de la Pascua. No dice san Juan, es verdad, si de allí fue a Jericó, pero lo pone en Betania seis días antes de la fiesta. Para ir de Taiybeh a El Azarieh es preciso pasar cerca de Jerusalén o por Jericó. El primer camino es más corto, pero está claro también en san Juan que Jesús no hizo su entrada en Jerusalén hasta después de haber estado en Betania, y como era muy vigilado, no hubiera podido pasar ocultamente por el monte de los Olivos sin ser reconocido. Una vez más encontramos verdadera armonía entre san Juan y los Sinópticos, bajo las apariencias de desacuerdo, existente sólo para los que trazan los itinerarios sin tener en cuenta el terreno.

Durante la travesía de Efraín a Jericó por el único camino que pasa por Ain-Douk, las sombras de la Pasión se cernían sobre Él. Poco después de su llegada al llano es cuando empieza la subida de Jerusalén, cuyo triunfo del día de Ramos sólo será un episodio.

I. ÚLTIMO VIAJE A JERUSALÉN

TERCERA PREDICACIÓN DE LA PASIÓN Y DE LA RESURRECCIÓN
(Lc 18, 31-34; Mc 10, 32-34; Mt 20, 17-19)[1]

Caminaba, pues, Jesús por el valle del Jordán, bastante ancho por formar una grande llanura. Al oeste se levantan a pico altas colinas,

---

[1] Los tres sinópticos están de perfecto acuerdo. San Lucas añade la no inteligencia de los apóstoles. Seguimos a san Marcos que da más pormenores.

primer descanso de las tres mesetas que domina Jerusalén. No hac;ia mucho que parecía huir de las amenazas de los judíos, y ahora toma la ruta que «desde Jericó» escalaba las primeras pendientes. Marcha a la cabeza como jefe resuelto. Los que le seguían más de cerca, sus apóstoles, estaban atónitos, los otros aun le seguían, pero empezaban a tener miedo. El Maestro, entonces, contando sólo con sus más fieles discípulos, llamó a los doce, y para robustecerlos de antemano con el recuerdo de sus palabras, haciendo entrever la gloria después de la prueba, les anunció que iba a ser entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los doctores, maltratado por ellos, condenado a muerte, entregado a los gentiles, que se mofarían de Él, le escupirían, le azotarían y le harían morir. Después vendría la resurrección asegurada y prometida; pero era preciso pasar antes por todos aquellos sufrimientos, largamente descritos y por aquellas horas tenebrosas; pues la resurrección no brillaría sino después de tres días de mortal espera. Nada de esto comprendían los apóstoles. ¿Por qué Dios no había de manifestar primero al Mesías en su gloria?

LA AMBICIÓN QUE HAN DE TENER LOS QUE QUIERAN REINAR CON CRISTO: LOS HIJOS DEL ZEBEDEO
(Mc 10, 35-41; Mt 20, 20-24)

Entre los que seguían a Jesús se hallaban intrépidas galileas que suplían con sus cuidados a su indiferencia de bienestar. Las mujeres, sobre todo las madres, eran menos pesimistas que los hombres; sobre la frente de sus hijos veían un hermoso rayo del porvenir que les animaba a desafiarlo todo. La madre de los hijos del Zebedeo, cuyo nombre probablemente era Salomé, se mantuvo confiada viendo a Jesús caminar con tanta resolución. Había llegado la hora propicia de alcanzar el compromiso de que diese a su dos hijos los dos primeros puestos. Conociendo sus deseos, se hizo complaciente intérprete de ellos.

Se acercó, pues[2], a Jesús, y viendo ya con la imaginación al Mesías en su trono, se posternó delante de Él, indicio bastante claro de que iba

---

[2] Según san Mateo. En san Marcos son los hijos los que hacen la petición. Seguramente el deseo era de ellos, pero el tratar de conseguirlo por mediación de su madre, es una circunstancia muy natural, que san Mateo no tenía empeño alguno en inventar.

a solicitar alguna gracia. Jesús le dice: «¿Qué quieres?» La respuesta no se hizo esperar: «Di que se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha y el otro a la izquierda en tu reino». Jesús había adivinado la ingeniosa treta de los dos hermanos, y a ellos se dirige: «No sabéis lo que pedís». ¿No habían oído o no habían comprendido lo que acaba de decirles, que él mismo no estaría en la gloria sin antes haber sufrido? ¿Era decoroso solicitar puestos a su lado en la gloria, no estando dispuestos a tener parte en sus dolores e incluso en la muerte? Los sufrimientos y la muerte los compara a un cáliz amargo que deben beber (Sal 74, 9; Is 51, 17-22; Ez 23, 31) y también a una agua profunda en que deben ser sumergidos[3]. Los dos hermanos, en otra ocasión denominados «hijos del trueno» (Mc 3, 17) no consultaron más que a su corazón: «Podemos». Jesús acepta la confianza en su fidelidad: «El cáliz que yo bebo, beberéis, y en el bautismo en que yo debo ser bautizado, seréis también bautizados». Por aquellos sufrimientos serán seguramente recompensados, pero al Hijo de Dios en su misión de Mesías no le está confiado señalar puestos a su derecha o a su izquierda; esto pertenece al Padre. Los dos hermanos, sin duda, no distinguían con claridad el reino del Mesías que venía a fundar en la tierra, que era especialmente su reino (Mt 13, 41) y el reino de los elegidos, que es el del Padre. Su pensamiento iba con miras a la gloria. La gloria era la bienaventuranza al lado de Dios, donde Jesús reinaría también, pero sus grados estaban designados por Dios por un decreto eterno.

La pretensión de los dos hermanos no fue, pues, tenida en cuenta, ni la reconocía ni la rechazaba, porque los designios del Padre no debían ser revelados. Su destino en el mundo, empero, estaba predicho: serían asociados a los sufrimientos de su Maestro. ¿En qué medida? Fue evidente para Santiago el Mayor, a quien Herodes Agripa mandó decapitar (Hch 12, 2) algunos años después de la muerte de Jesús, en el año 44.

La tradición antigua daba por cierto que san Juan había terminado su vida de muerte natural, aunque, relegado a Patmos, había sufrido por su Maestro pruebas durísimas. Tertuliano creyó poder añadir que había sido metido por orden de Domiciano en una cuba de aceite hirviendo. Según otros, le obligaron a beber, aunque sin consecuencias,

[3] Ser bautizado, es decir, sumergido en la desgracia, es una expresión usada por escritores profanos; el último rasgo sólo se lee en san Marcos, pero con seguridad que es auténtico.

un cáliz emponzoñado[4]. Aun a falta de estas tradiciones, la metáfora del cáliz y del bautismo no pormenoriza tanto, que no puede entenderse de una larga vida de apostolado y, por consiguiente, de trabajos, sufrimientos y persecuciones.

Algunos modernos son más exigentes y quieren en absoluto deducir de la lectura de San Marcos la convicción del evangelista de que los dos hermanos habían sufrido la muerte de los mártires cuando él escribía. Esta ingeniosa manera de quitar a san Juan, hijo del Zebedeo, la composición del cuarto Evangelio, jamás prevalecerá contra una tradición constante. ¿Es, pues, el único caso en que los términos figurados del Evangelio deben ser entendidos con todo rigor?[5]

Los otros diez apóstoles no entendieron la predicción de Jesús de un modo tan trágico. Les impresionó menos la animosa fidelidad de los dos hijos del Zebedeo que su ambición. En vez de compadecerlos, se indignaron[6] contra ellos. Su imaginación los llevaba más fácilmente hacia la gloria del Mesías que hacia sus sufrimientos. La madre de los hijos del Zebedeo hubiera deseado una conversación confidencial; pero, colocados los otros a poca distancia, lo habrían oído todo. Jesús les hizo acercarse para darles a todos la lección que merecía su tendencia común de ambicionar honores, lección que se hacía más oportuna por no querer entender, a causa de la terquedad de ellos, su misión como Mesías.

JESÚS VINO PARA OFRECER SU VIDA EN RESCATE
(Mc 10, 42-45; Mt 20, 25-28; Lc 22, 25-26 y 30b)

A los doce, reunidos alrededor de sí, dijo Jesús (Mc 10, 42 s.): «Los que poseen el dominio sobre las naciones las gobiernan con imperio, y los grandes ejercen su poder sobre el pueblo. Pero no sea así

---

[4] Leucius Charinus, en *Acta Iohannis*, 9.

[5] En un artículo reciente del Rev. J. H. Bernard, en *The journal of theological Studies*, 1927, abril, p. 262 s., muestra que de las dos metáforas la primera *puede* significar la muerte, pero no la segunda, y que la concepción del bautismo de sangre es secundaria e introducida en la Iglesia, después de Orígenes.

[6] Este rasgo un algo demasiado humano está en san Mateo también: no pensaba, pues disculpar a los apóstoles atribuyéndolo a su madre.

entre vosotros»[7]. Muy lejos esté de vosotros desear la compañía de los grandes y de los primeros, y si habéis de ejercer cargos de interés general, sed verdaderos servidores unos de otros. En efecto, entre los cristianos, el que es llamado a mandar debe resueltamente figurar como jefe, pero no será aceptado por tal si no se le ve humilde y, en su propio sentir, el último de todo. El Romano Pontífice, Pastor supremo, ha querido ser llamado «el siervo de los siervos de Dios», y esto por imitar al Hijo del hombre, que ha venido a servir, no a ser servido. Después de este ejemplo, la palabra servir, de significado poco grato, se ha convertido en nobilísima. Revelando entonces Jesús el motivo íntimo de su caritativo abatimiento, cuya hora había ya llegado, les dice: El Hijo del hombre, que ha venido para servir, va a dar su alma, es decir, su vida, en rescate por muchos, por su rebaño (Jn 10, 15), como ya había indicado el buen Pastor.

¿Qué quería decir con esto? Estas palabras son oscuras, si se quieren aplicar todos los términos directamente a Jesús. Aquel gentío parece estar allí para representar a la multitud humana librada por un solo hombre. La humanidad, pues, gemía cautiva. ¿De quién? ¿A quién debía ser pagado el rescate? ¿Cómo pudo ser considerada la muerte de Jesús como pago de un rescate? Antiguos autores se han ocupado de estas cuestiones, exagerando algunas veces la estricta aplicación de un término parabólico[8] a la redención. Los que escuchaban a Jesús comprendían al menos esto, que Él se comparaba a un servidor apasionado por su Señor condenado a perder la vida, si nadie consentía en morir en su lugar, y que Él ofrecía su vida como en rescate. El Hijo del hombre, bajo la modesta figura de uno de tantos y de siervo, ofrecía su vida, no por una persona sola, sino por todos. Consentía en morir por ellos y en alguna manera en lugar de ellos. Dios aceptaba este sacrificio hecho con el más grande amor por la salvación de los hombres.

Esto bastaría para excitar a las almas a amar a quien tanto nos ha amado y amar también a los hombres y consagrarse como Él a su servicio, inspirados por la caridad.

---

[7] Estos pasajes están colocados en la Sinopsis en el n.º 257, entre los discursos de la Cena. Decididamente nos ha parecido preferible ver en ellos una lección dada después de la indiscreta petición de la madre de los hijos del Zebedeo. San Lucas, que no cuenta este episodio, ha agrupado en la Cena esta enseñanza. Hay, pues, lugar de referir aquí lo que san Lucas dice en 22, 25-26. 30b.

[8] Así aquellos que pensaron que el rescate había sido pagado al demonio.

Sabido es con qué entusiasmo desarrolló san Pablo el dogma de la muerte redentora de Cristo. Pero es preciso hacer constar aquí que esa enseñanza emana del mismo Jesús. En vano podrá decirse que es un rastro de paulinismo en el Evangelio. Es más bien que en las palabras de Jesús está el germen fecundo de una doctrina de salvación, todavía envuelta en la forma de parábola, como era costumbre suya. En san Juan, es el buen Pastor que da su vida por sus ovejas; en san Marcos y en san Mateo, es un siervo que ofrece la vida por su señor. La revelación es la misma bajo imágenes diferentes. En san Juan, como en los dos Sinópticos, está reservada a un momento de la predicación ya cercana a la Pasión. Después de haber dicho muchas veces que su oficio era sufrir y morir, explica Jesús, al fin, que aceptaba esta muerte por la salvación de los hombres.

CERCA DE JERICÓ, CURACIÓN DE BARTIMEO Y DE OTRO CIEGO

(Lc 18, 35-43; Mc 10, 46-52; Mt 20, 29-34)

Estas palabras fueron dichas para conciliar los ánimos de los apóstoles entre sí. La ambición mal contenida y la ambición contrariada se vieron confundidas por el ejemplo viviente del Maestro, y los sentimientos fraternales se avivaban al contacto de tanto amor. Prosiguieron su viaje más atentos desde allí a la suerte que amenazaba a Jesús, de la cual debían participar, abandonando a Dios el cuidado de repartirles la gloria.

Siguiendo las faldas de las colinas, después de la hermosa fuente de Douka *(Ain-Douk)*, se llegaba a otra fuente más abundante todavía (Ain-Soultân), que surtía de agua a la antigua Jericó. La fuerte ciudad cananea conquistada por Josué no estaba habitada, pero, en fin, su emplazamiento, descubierto más tarde[9] era entonces bien conocido.

Era camino para ir a la ciudad embellecida por Herodes, situada cerca de la entrada del valle escarpado del Kelt, en el cual había concentrado las aguas de las montañas para regar su ciudad de placer. Como Jesús iba a entrar allí, media hora probablemente después de haber dejado la ciudad antigua[10], una gran multitud le seguía, corean-

---

[9] *Revue Biblique*, 1909, p. 270 s.; 1910, p. 405 s. *Crónicas* del Padre Vincent.

[10] Se ve uno tentado a servirse de estos dos Jericó para conciliar a san Lucas,

do su nombre y aclamándole. Un ciego empezó a gritar: «Jesús, hijo de David, ten piedad de mí». Se llamaba Bartimeo, al decir de san Marcos, que seguramente lo había conocido entre los hermanos. Es verosímil que estuviese allí con algún otro ciego, según la costumbre de estos desgraciados, de caminar dos juntos: este segundo participó de la curación, si bien quedó desconocido[11]. Bartimeo, de carácter ardiente y espontáneo, gritaba tan fuerte, que trataban de imponerle silencio. Pero él seguía gritando desaforadamente: «¡Hijo de David, ten piedad de mí!» Jesús había pasado ya, pero conmovido de su desgracia y también de su confianza, se detuvo: «¡Llamadle!» La multitud, siempre impresionable, se interesa ahora por el ciego. «¡Ánimo! Levántate, que te llama». Entonces, el hombre, en lugar de caminar a tientas para probar con claridad que estaba ciego e inspirar compasión, tira su capa para quedar más libre, salta y, guiado por muy seguro instinto, se halla delante de Jesús. A fin de que pueda expresar públicamente su fe, el Salvador pregunta al ciego: «¿Qué quieres que te haga?» ¿Qué puede desear un ciego? «Señor, ¡que vea!» Y Jesús le dice: «Vete, tu fe te ha salvado». Curó de repente y, siguiéndole, prorrumpió, agradecido, en alabanzas a Dios. La curiosidad de las masas se transformó en piadosa admiración.

JESÚS EN LA CASA DE ZAQUEO
(Lc 19, 1-10)

Entró entonces Jesús en Jericó. En las ciudades orientales, lo mismo antiguas que modernas, se plantaban con agradable desorden, al azar, muchos árboles en las plazas y a lo largo de las calles.

---

que pone el milagro antes, con san Marcos y san Mateo que lo ponen después. En sí el milagro pudiera colocarse según la Jericó de entonces. San Marcos y san Mateo pudieron escribir «después» pensando en la Jericó bíblica, pero san Lucas, que insiste en el entusiasmo suscitado en Jericó, donde Jesús se detuvo, no podía colocarle más que «antes». Aquí como en otros casos, lo importante es el milagro, no su lugar cronológico.

[11] Sólo san Mateo habla de dos ciegos. Admitiendo la curación de los dos, se debe reconocer que el segundo era compañero del primero. Se puede pensar que habría dicho lo mismo que Bartimeo, pues compartía los mismos sentimientos.

Todavía crecen hoy en Jericó sicomoros de un hermoso verde oscuro, cuyas raíces fuera de tierra forman con el tronco como arbotantes, llegando casi a juntarse con las ramas bajeras.

El director de las oficinas de los publicanos, un judío de nombre Zaqueo, deseaba ver a Jesús, cuya fama corría de boca en boca. Era de pequeña estatura y exaltado por el entusiasmo general que lo autorizaba todo, se subió a un sicomoro, aun a riesgo de la rechifla de algunos: «¡Un publicano en un sicomoro!» Jesús levantó los ojos hacia él, y si pareció sonreírse, fue para decirle amablemente: «Zaqueo, baja pronto, porque hoy es necesario que me hospede en tu casa». ¡Incorregible profeta! Otra vez escoge para alojarse la casa de un pecador, cuando ya le saludaban como Hijo de David, es decir, como Mesías.

Se murmuraba; adivinamos bajo qué influencia Zaqueo, el publicano, se conmovió hasta el fondo de su alma por aquella cortesía, y mostró tener un alma delicada y sensible. Aun antes de que el Salvador ocupase su puesto a la mesa, de pie a la entrada, no quiso recibirle en su casa como un mal rico. Seguro de que comprendía los deseos de su huésped, cuyas preferencias repetidas veces había oído pregonar, declaró que daba a los pobres la mitad de sus bienes. Su oficio se prestaba al fraude; sin llegar a cometerlo, ¡qué fácil le era cobrar algo más, bajo el pretexto de ponerse a cubierto de los riesgos! Si hizo algún daño reparará aquella injusticia, condenándose a la pena de los ladrones, restituyendo el cuádruplo[12]. El Maestro aprobó aquel proceder: era ciertamente la salvación la que llevaba a aquella casa. Un israelita, expuesto al peligro entre los gentiles, volvía a ser un verdadero hijo de Abrahán, y así, respondiendo tal vez a las murmuraciones de las personas que entraban, dijo entonces Jesús, como a propósito de Leví-Mateo, aquel otro publicano (Lc 5, 32): «El Hijo del hombre vino para buscar y para salvar lo que estaba perdido».

El caso de Zaqueo ha servido a los discípulos atenuados de Pelagio para sostener que en la obra de la salvación el primer movimiento es del hombre. ¿Se hubiera encaramado al sicomoro si la presencia de Jesús, llegado a Jericó para convertirle, no hubiese movido su corazón? Es, pues, Dios el que comienza, pero es necesario seguir su impulso como Zaqueo, el santo amigo del Salvador, que Francia honra en Rocamadour.

---

[12] En la ley romana, para los robos manifiestos, y entre los hebreos, para los robos de ganado (Ex 22, 1, o 21, 37).

LA PARÁBOLA DE LAS MINAS O DE LOS TALENTOS
(Lc 19, 11-28; Mt 25, 14-30)[13]

Terminada la comida, y sin duda ya durante ella, muchas personas habían entrado libremente, según costumbre aun hoy en Oriente. Por otra parte, la curiosidad, excitada por la persona de Jesús, hubiera excusado cualquiera falta en los usos establecidos. La ansiedad era viva. El que saludaban como a Mesías no subiría a Jerusalén como un ordinario peregrino. La intervención divina se iba a dejar sentir, sin duda, por un golpe teatral, su reino iba a ser proclamado. Jesús resolvió afirmar una vez más que no venía en carácter de Mesías político, decidido a promover una revolución para sentarse en el trono de Israel. Por derecho de nacimiento era rey, pero debía desaparecer para recibir la corona de su Padre, y los que se decían sus discípulos habrían de manifestarle su fidelidad en su larga ausencia. Para inculcarles esta verdad a los que se obstinaban en no escucharla, se sirvió de una parábola, en que intervienen dos personas mezcladas en la política y los negocios.

Estaba en la memoria de todos que el primer Herodes había ido a pedir al senador romano el título de Rey de Judea. Su hijo Arquelao, designado sucesor en el testamento, no se había atrevido a coronarse sin antes recibir de Roma el permiso del emperador Augusto. Allá fueron también los judíos, dispuestos a combatir sus pretensiones[14]. Jesús, pues, podía referirse al caso conocido de todos los presentes de un hombre de origen noble, que hubiera partido a un país lejano, con la esperanza de recibir la investidura y la corona de rey. Este heredero al trono era Él mismo. ¿Qué debía hacer con sus servidores? ¿Se habrían de consumir en la espera de su pronta vuelta? No, porque el retorno tal vez fuese tardío. Los siervos debían velar por los intereses de su señor y hasta trabajar por mejorarlos. Diez de entre ellos recibieron una mina cada uno con orden de mejorarlas. Jesús no intentó con esto recomendar un préstamo a interés, pues ya había aconsejado prestar sin rédito (Lc 6, 35), sino que, hablando delante de publicanos, se expresa en tér-

[13] San Mateo habla de talentos, y san Lucas, de minas. Según su costumbre, san Mateo ha conservado lo esencial de la doctrina. San Lucas, a quien nosotros seguimos, ha conservado su marco histórico, si bien adaptado a las circunstancias que le dan tanto relieve.

[14] Josefo, *Antigüedades*, XVII, 9, 3-4.

minos que les eran familiares. Era cosa de poner mucho cuidado en su laboriosa fidelidad, por cuanto los amigos del príncipe no cejaban en sus maniobras. Se sabía también que Jesús tenía enemigos decididos a oponérsele con todo su poder. Sin embargo, como la parábola no es una alegoría, el Señor no insiste sobre esta furiosa oposición: la deja en la sombra en que ella se movía. De vuelta ya, investido con el poder real, el nuevo soberano se acuerda lo primero de sus siervos. El primero le dice sencillamente: «Señor, tu mina ha ganado diez». Reconocido de tanta actividad, y pudiendo ya disponer de todos los cargos del Estado, el príncipe le confía el gobierno de diez ciudades. Otros había ganado cinco minas y lo estableció sobre cinco ciudades. De los otros, hemos de pensar que fueron premiados en proporción de los primeros. Se presentó, por fin, el último: pudiera creerse en que estuvo indeciso entre pasarse al partido contrario o seguir en el del príncipe. No malgastó su mina; por lo que pudiera suceder, la envolvió en un pañuelo. Nada había hecho por su señor, pero tampoco había comprometido sus intereses; pensaba, sin embargo, que merecía un reproche. En lugar de excusarse modestamente, echa la culpa al rey: «Tuve miedo de ti, porque eres severo; tomas lo que no pusiste y siegas lo que no sembraste». Verdaderamente estuvo atrevido. ¿En qué funda sus agravios? ¿Se dirá que nada había recibido? El rey tenía motivos para mostrarse severo; sin embargo, se contenta con quitarle la mina, que él se desdeña de recibir, y manda que se le dé al más trabajador de sus siervos. El castigo para sus enemigos es más duro: ordena que sean degollados en su presencia. La parábola termina con este juicio que cierra el período de los hechos e inaugura el reino. Por el momento, las posiciones estaban bien tomadas: los enemigos debidamente advertidos, los discípulos dispuestos a cumplir su deber en la ausencia del Señor, y asegurados de su retorno y de su recompensa. Dicho esto, Jesús se dirigió hacia Jerusalén.

II. Sábado, víspera del Domingo de Ramos

LA UNCIÓN DE BETANIA
(Mc 14, 3-9; Mt 26, 6-13; Jn 12, 1-11)

De no existir más que los tres primeros Evangelios, pudiéramos pensar que Jesús desde Jericó había ido de una sola tirada a Jerusalén.

Su itinerario quedaría reducido, después de su salida de Galilea, a una gran línea recta (salvo los zigzag que hemos creído reconocer en san Lucas), y en ella no se nombra ningún lugar de descanso, si no es Jericó, que deja para ir a Jerusalén.

Pero san Juan ha descrito una etapa intermedia. Debiendo pasar por Betania, se detuvo en ella el día sexto antes de la Pascua, y se dio allí una comida en su honor. El sexto día antes de la Pascua fue sábado; pues este año caída la Pascua, como más tarde veremos, en viernes. No habiendo Jesús de caminar cinco o seis horas en día de sábado, es probable que partiera de Jericó el viernes, y habría dormido a campo raso, como hacen muchas veces las caravanas antes de entrar en las ciudades, a fin de estar en Betania en la mañana del sábado, sin hacer más camino que el permitido en dicho día, que eran seis estadios (Hch 1, 12) aproximadamente. La tarde del día festivo no excluía una comida bien preparada, como ya hemos visto[15].

Esta comida en la tarde, según san Marcos y san Mateo, se hizo en casa de Simón el Leproso, un individuo que, sin duda, conservaba este nombre después de ser curado por Jesús. San Juan, no le nombra, pero dice que Lázaro, el resucitado, era uno de los del convite. También se habían solicitado los buenos servicios de Marta, que velaba de que nada faltase. María va a entrar ahora en escena con el perfume, y también se mencionará a Judas. Pudiera pensarse que el cuarto Evangelio se complace en desenterrar los nombres que fuera de Palestina eran desconocidos, sin citar los que los otros evangelistas habían ya indicado[16]. La presencia de las tres personas amigas de Jesús hace presumir que había ido a su casa y que Simón, por conveniencia o por amistad, los había invitado.

Ya había empezado la comida cuando María, la hermana de Lázaro, tomando una libra, es decir, más de 300 gramos de perfume de nardo de la mejor calidad, ungió con él la cabeza de Jesús, siguiendo la costumbre ordinaria; después, como aun quedase mucho, rompiendo el vaso de alabastro lo derramó con profusión sobre los pies, tanto, que se vió obligada a enjugarlos con sus cabellos. El olor del aceite perfumado se esparció por toda la casa.

---

[15] Página 323. San Mateo y san Marcos ponen esta comida más tarde. Como ella explica en parte la traición de Judas, la han colocado entre las dificultades de los sacerdotes y la complicidad convenida del traidor.

[16] Le seguimos en esta narración, completándola con la de san Marcos. San Mateo no ofrece nada de particular.

Judas Iscariote, a quien Jesús había encomendado la administración de la pequeña bolsa común, estaba allí entre los otros discípulos. Avaro y temeroso del porvenir, guardaba el dinero aparte. Tal prodigalidad le disgustó. ¡Un perfume que se hubiera podido vender en 300 denarios! Disimulando su íntimo sentir, y apoyándose en lo que él miraba como una debilidad de Jesús: ¡se hubiera podido vender este perfume y dar a los pobres el dinero que sacase! Esta vez, el Maestro parecerá menos cuidadoso del socorro de los pobres que de defender a esta noble mujer de los ardides de un hipócrita: «Dejadla en paz», dijo. ¿Preguntas por qué ella no ha vendido este perfume? Por conservarlo para el día de mi sepultura. En efecto, el vigilante corazón de María se sintió herido de un presentimiento, que no hirió el de los otros; ella había ungido con antelación el cuerpo del Maestro tan amado. Era tan hermoso el rasgo, inspirado por divina luz, que Jesús anunció solemnemente: «Dondequiera que fuere predicado el Evangelio en el mundo entero se hablará de lo que ha hecho esta mujer en memoria de ella». Profecía realizada en todos los púlpitos en que se predica la Pasión.

En cuanto a los pobres, Jesús, que va a morir, no puede hacer más por ellos, pero deja el cuidado a sus discípulos. Quiso, sin embargo, que los corazones participasen del tierno y doloroso sentimiento de María: «A los pobres los tenéis siempre con vosotros; a mí no siempre me tendréis».

Nunca Jesús había afirmado tan rotundamente la inminencia de su muerte; se veía, pues, ya tendido y embalsamado por las piadosas manos de las mujeres... Judas se dijo que nada podía esperarse de Él; pues estaba perdido, convenía sacar todo el provecho posible. El pensamiento de la traición, estimulado por la afrenta recibida, hurga su corazón. ¡Jesús lo había reprendido con dulzura, pero había preferido a su juicio sereno, la sensibilidad de una mujer! Aquella alma vil lo medía todo a peso de oro. Cesó de creer en aquel Jefe, que tal vez jamás había amado, más que en vista a quimeras ya ahora disipadas. Su historia empieza aquí: será el traidor.

III. Domingo de Ramos

ENTRADA DEL MESÍAS EN JERUSALÉN

(Lc 19, 29-44; Mc 11, 1-11a; Mt 21, 1-11 y 14-16; Jn 12, 12-19)

Al día siguiente, por la mañana, se dispuso Jesús a entrar en Jerusalén. Sabiendo que estaba en Betania una gran muchedumbre,

había llegado allí muy de mañana; pudo haber esperado al célebre Rabí en la Ciudad Santa, pero quería ver también a Lázaro, a quien había resucitado. Le vio y aumentó el entusiasmo, exasperando a los Sumos Sacerdotes, resueltos ya a hacer perecer a Jesús y más adelante a Lázaro, el cual, muerto Jesús, no volvería a resucitar.

A despecho de ellos, el número de los que se aprestaban a aclamar al Maestro a su entrada en Jerusalén crecía sin cesar. Cuando dieron vista a los primeros[17] salieron a su encuentro los de la ciudad, volviendo delante de los peregrinos en procesión gozosa y animada. Tocaban instrumentos, cantaban cánticos. Esta vez, la jerarquía se abstenía y refunfuñaba. Entre los galileos que acompañaban a Jesús y los habitantes de Jerusalén no hubo sentimientos encontrados, espontáneamente se formó el cortejo. Acaso por no comprometer a sus amigos no pidió Jesús en Betania la modesta montura que había de utilizar. En el camino se hallaba el pueblo de Betfagé, un poco apartado en la cuesta del monte de los Olivos, entre Betania y Jerusalén. Jesús mandó allá a dos discípulos, dándoles el encargo, bastante extraño, de agarrar a la entrada del pueblo un pollino que estaba atado, sin pedirlo a nadie.

Probablemente llevado de un sentimiento de delicadeza, quería evitar al propietario toda responsabilidad ante las autoridades, sabiendo, por otra parte, que contaba con su consentimiento, porque añadió: «Si alguno os pregunta por qué desatáis el pollino», le responderéis: «El Señor lo necesita y os lo devolverá pronto».

Todo sucedió como había predicho; un asnillo estaba atado a la puerta de la calle, los discípulos lo soltaron, algunos se extrañan, los discípulos repiten las palabras del Maestro y se les deja ir en paz.

El designio de Jesús era dar cumplimiento a una profecía bien conocida del profeta Zacarías (Za 9, 9), que san Mateo ha introducido empezando por unas palabras de Isaías, para atenuar la impresión del triunfo que enardecía el espíritu del vidente. En lugar de decir: «¡Salta de gozo, hija de Sión; da gritos de alegría, hija de Jerusalén!», san Mateo, sabiendo muy bien que las imágenes grandiosas de los profetas se avaloran por su alcance espiritual[18], y pensando en la sorda hostilidad que animaba a los jefes de la hija de Sión, no los invita a saltar de alegría, sino que escribe solamente: «Decid a la hija de Sión», fór-

---

[17] *Pik Kurim*, III, 3.

[18] Ver *Revue Biblique*, 1916, p. 533, 560: *Pascal et les propheties messianiques.*

mula más modesta de Isaías (Is 62, 11). Zacarías decía, además: «He aquí que tu rey viene a ti, es justo y victorioso, humilde, a caballo sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna». San Mateo suprime aun lo que es demasiado glorioso; deja solamente que el rey es dulce y que viene cabalgando sobre un asno.

Era, pues, una entrada mesiánica a la cual Jesús se prestaba, Él que había rehusado siempre ser llamado Mesías, como no fuera en secreto por los más fieles discípulos. Había llegado la hora de confesar delante del Sanedrín que era ciertamente el Mesías; admite, pues, que las masas le saluden como tal. Quiso también que esto se hiciera con pompa tan modesta, que no excitase sospechas en los romanos, ni hubiese nada de ruidoso ni de revolucionario. Se ha hablado mucho de la nobleza de los asnos a los ojos de los orientales. Un romano pasando cerca, sobre un caballo bien enjaezado, el casco en la cabeza, la lanza en ristre, se habría sonreído con ganas de aquel cortejo grotesco; una mascarada, una caricatura de la subida al Capitolio.

Jesús, rey manso y humilde, aceptaba aquellos humildes homenajes; aquellas buenas gentes hacían lo que podían. Los más afortunados ponían su mantos sobre el asnillo[19] para que hiciesen de silla; otros los tendían en el camino por donde había de pasar. Cortaban el verde de los campos y alfombraban el suelo, guardando las ramas de las palmeras para llevarlas en la mano. Rodeaban a Jesús, unos corriendo delante, otros caminaban detrás de la cabalgadura y todos gritaban: «¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que viene de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!» (Mc 11, 9). «Hosanna, es decir, salva», pues era una exclamación consagrada por la costumbre en las procesiones. Saludan, pues, al Hijo de David, al rey de Israel y al Mesías tan deseado.

Impotentes los fariseos para prevenir y contener esta explosión popular, encontraban al menos en ello la ventaja de hacer responsable a Jesús de aquel desorden: «¡Maestro, reprende a tus discípulos!» El Maestro no consiente en contrariar a sus fieles, pues no hacen más que ejecutar los designios de Dios. «Si ellos se callan, gritarán las piedras» (Lc 19, 39 s.; Jn 12, 19. Ver también Mt 21, 15 s.). En medio de este

[19] San Mateo habla también de una pollina, llevada con su cría, que no hubiera ido sin ella.

entusiasmo general, los recalcitrantes deliberan entre sí descorazonados: «¡Ved que nada adelantamos! ¡He aquí que todo el mundo va tras Él!»

Muy lejos estaba Jesús de los sentimientos de los antiguos triunfadores. Bajando al Capitolio, el vencedor hacía degollar a los reyes vencidos. Aquí va a ser Él la víctima, y con Él aquella ciudad de Jerusalén que había venido a salvar. Viendo delante de sí, en el esplendor todavía reciente de sus grandes piedras blancas, los palacios, las fortalezas, el Templo del Señor, bruñido de oro, la santa Sión, donde le esperaban el odio y la perfidia, lloró.

¡Cuántos santos han llorado con Él leyendo estos trenos! (Lc 41 s.). «¡Si también tú conocieras, al menos en este día, lo que se refiere a tu paz! ¡Pero ahora está oculto a tus ojos! Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos harán trincheras en torno tuyo, y te cercarán alrededor, y te apretarán de todas partes, y te quebrantarán contra el suelo a ti y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por no haber conocido el tiempo de tu visitación». ¡Monótona cantinela de un amor despreciado! ¡A ti, a ti, y siempre a ti! No busca Jesús en Jerusalén el lugar donde ha de morir; sus ojos no se detienen en la cumbre del Gólgota. Lo que oprime su corazón es ver aquel pueblo enfurecido, las pasiones desencadenadas, la unión de un día en la rabia de la desesperación contra un enemigo calculador, que estrecha la red de sus puestos de guardia, que va al asalto; son los gemidos de sus hijos aplastados por las piedras que se desploman, es la tea arrojada al Templo y el fin del culto dado a Dios en los atrios sagrados. Cuando se detiene uno hoy en donde lloró Jesús, el corazón va derecho al Calvario, pero la mirada se siente invenciblemente atraída por la radiante mezquita de Omar, tranquila en su recinto, confiada en su belleza. Aun más que en tiempos pasados, al altar destruido es testimonio del fin de la antigua alianza. Y aun si, por un imposible, fuese entregada a la piqueta destructora de los judíos, que van a llorar contra sus muros, y su Templo fuera reedificado, no se atreverían a derramar la sangre de las víctimas tan cerca del Calvario, donde corrió la sangre de Aquel que ellos inmolaron. Los bueyes y los carneros no tienen por qué temer; la humanidad no quiere otros sacrificios sangrientos que el de la Cruz.

LA MUERTE DEL MESÍAS, CONDICIÓN DE SU GLORIA
(Jn 12, 20-36)

Jesús llegó a Jerusalén y entró en el recinto del Templo; le seguían. Los gentiles podían entrar a los atrios exteriores, pero les estaba prohibido, bajo pena de muerte[20], entrar en los interiores. El entusiasmo de la mañana poco a poco fue decayendo. Todos se fueron a comer. Por la tarde, Jesús, probablemente volvió al Templo: rodearon de nuevo, aunque más calmados, al héroe de la jornada. ¿No daría alguna orden, explicando sus designios e indicando cómo entendía su misión? Había allí gentiles que simpatizaban con el judaísmo, ya unidos al culto de Dios único, prosélitos que habían llegado para adorar al Señor durante la fiesta, en comunión de oraciones, ya que no de ritos, con los judíos. Gracias a Felipe y a Andrés, los dos de Betsaida de Galilea, en la frontera de los gentiles, y los dos llevaban nombres griegos, pudieron ver cumplidos sus deseos de ver a Jesús. Por esto les fue dado asistir a una verdadera revelación del modo como Jesús comprendía su destino.

La primera palabra que salió de los labios de Jesús bastaba para excitar los ánimos. «Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre debe ser glorificado». Le agradaba, pues, tomar el título poco conocido del Hijo del hombre, pero era claramente como Mesías que iba a la gloria. Seguidamente se compara a un grano de trigo; si no es sembrado, si no muere en la tierra, no da fruto. ¿Es, pues, necesario que muera, y con esta previsión hay que decidirse para seguirle? Sí, porque debemos aborrecer la vida; es decir, debemos aceptar la muerte, si queremos conseguir la vida eterna. Por eso renuncia Él a reinar desde ahora, pensando sólo en la vida del más allá. Convoca también allí a los que quieran seguirle, porque la verdadera manera de seguirle es imitarle, y no es Él quien recompensa a sus partidarios, sino su Padre, que igualmente lo hará en el misterioso mundo del porvenir. La proximidad inminente de la muerte hace temblar a la naturaleza. Jesús confiesa que su alma está turbada. ¿Pedirá, sin embargo, gracia diciendo: «Padre, líbrame de esta hora»? No, libremente ha escogido que llegue ese momento doloroso, teniendo conciencia de que por Él dará gloria a su Padre. Por tanto, «¡Oh Padre, que tu nombre sea glorificado!»

---

[20] Se ha hallado en nuestros días una estela en que la prohibición estaba promulgada en lengua griega.

Ya los milagros de Jesús habían divulgado esta gloria del nombre divino. También una voz venida del cielo dice: «Lo he glorificado y lo glorificaré de nuevo». No tenía necesidad Jesús de esta voz para conocer la voluntad y el decreto de su Padre; éste había hablado para autorizar a su Hijo. Pero la palabra de Dios es conocida de los hombres según las disposiciones con que se la oye. Los judíos conocían esta «hija de la voz», que retumba en las alturas. Los mejores decían: «Un ángel le ha hablado». Como estaban en primavera, en que algunas veces se oye el ruido de las tempestades[21], creían otros, sencillamente, que se había oído un trueno, al que los hebreos llaman la voz de Dios, sorprendidos, sin embargo, por la coincidencia de aquella voz con el llamamiento del Mesías a su Padre.

Jesús entonces les explicó lo que aquella voz significaba. Dios iba a juzgar al mundo; no entre el fragor deslumbrador del Sinaí, sino en las alturas del cielo, arrojando fuera a Satanás, llamado por los mismos judíos príncipe del mundo. La derrota de Satanás, ya comenzada (Lc 10, 18; 11, 20), se consumaría cuando Jesús, elevado de la tierra, atrayese a sí a todos los hombres[22]. ¿Adónde sería elevado? La imagen era menos oscura para los judíos que para nosotros, y tanto podía significar ser elevado en la cruz, como ser elevado en dignidad. Después de cuanto les había dicho de su muerte, debía tratarse de su elevación al suplicio. Las masas no se engañaban, pero esto sólo hizo aumentar sus sorpresas y sus dudas: «Nosotros sabemos por la Ley» –es decir, por las Sagradas Escrituras, comprendiendo en ellas los profetas y los salmos– «que Cristo permanece siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que conviene que el Hijo del hombre sea exaltado?» Veían bien que Jesús había tomado para sí el título del Hijo del hombre; pero ¿qué era lo que, en último término, se entendía por esta palabra? No estaban habituados a considerarlo como sinónimo de Mesías. No todos habían leído a Daniel, y en Daniel, el Hijo del hombre desciende de las nubes, y no estaban en aquel caso. No saben, pues, qué pensar.

Una vez más la multitud no sabe qué pensar de aquellos presagios de sufrimientos ignominiosos; se extraña hasta de su entusiasmo de

[21] También en otoño, jamás en verano ni en invierno.

[22] San Agustín ha sentido claramente la objeción sacada de nuestra naturaleza, en lucha perpetua con el mal. Antes de la redención, Satanás era el señor de dentro. Ahora ataca, pero desde el exterior; se pueden oponer a sus dardos las armas del Apóstol; y si uno cae herido, el que cura está cerca.

por la mañana; empieza a dudar del Mesías que acaba de aclamar. Israel estaba siempre como en los días de Oseas: «Como una nube al amanecer del día y como el rocío de la mañana» (Os 13, 3).

Era a la caída de la tarde[23]. Los últimos resplandores del sol poniente esclarecían la cima del monte de los Olivos y las lejanas montañas de Moab. Jesús tomó pie de esto para decir: «Aun por un poco estará la luz con vosotros». Esta luz era Él mismo, ya que según el profeta Isaías, el Mesías debía ser la luz de las naciones (Is 42, 6; 49, 6). Creer en esta luz era hacerse hijo de la luz, que conocen el misterioso designio de Dios en la muerte del Mesías. Los demás se verían envueltos en sombras cada vez más espesas, caminando entre tinieblas, sin saber dónde van.

Dichas estas tan graves palabras, nadie quiso ofrecer a Jesús su hospitalidad en Jerusalén; con amable insistencia se retiró y entró con sus discípulos en Betania (Mc 11, 11; Mt 21, 12), seguro de ser recibido allí por los hijos de la luz.

IV. Lunes Santo[24]

Todavía quedaban a Jesús cuatro días para esclarecer a las almas de buena voluntad, para hacer comprender a las otras que no ignoraba sus emboscadas, cuyas consecuencias serían fatales para la nación. Quisiéramos saber cómo fueron distribuidas estas preciosas jornadas. San Lucas fija el tema general de ellas. «Durante el día enseñaba en el Templo, y por la noche iba a acampar al monte de los Olivos» (Lc 21, 47). Este resguardo accidental puede entenderse ya del jardín de Getsemaní, ya de la hospitalidad que recibía en Betania, citada por san Mateo y san Marcos, y que, en efecto, dominaba la pendiente oriental del monte de los Olivos. San Mateo nos distingue las jornadas. En san Marcos, leyendo atentamente su texto, están indicadas una detrás de otra; pero hallamos que todas las discusiones y discursos están reservados al martes santo. Hay, sin duda, algo de ficticio en esta agrupación. ¿Nos habrán conservado todo lo que dijo ese día y casi nada de lo dicho en los otros? Tal vez por eso se abstuvo san Lucas de preci-

[23] Conjetura deducida de Mc 2, 11.

[24] Seguimos la cronología de san Marcos, indicada con más precisión.

sarlos. Teniendo estas cosas en cuenta nos decidimos a seguir el orden sugerido por san Marcos.

LA HIGUERA MALDITA
(Mc 11,12 y 19; Mt 21, 18-19a)

El día siguiente de su entrada en Jerusalén salió Jesús muy de mañana de Betania. Lo que después sucedió es muy extraño, sobre todo por los pormenores con que lo cuenta san Marcos. Parece bastante claro que tales inverosimilitudes fueran intencionadas, para poner con más alto relieve el carácter anormal del relato. Y no es que fuese inventado. El hecho se realizó a la letra; pero no es preciso ver en él una de esas acciones que en sí mismas tienen razón de ser, siguiendo el curso de la naturaleza; es más bien un hecho simbólico, como otros muchos que se encuentran en los profetas[25], inexplicables a primera vista, para así llamar más la atención.

Extraña cosa es, en primer lugar, que Jesús, saliendo de una casa amiga, sintiese hambre. Para saciarla se dirigió a una higuera. En las asoleadas laderas de Betania podrían haber brotado las hojas a principios de abril, pero de ninguna manera podía haber frutos. San Marcos lo indica claramente a los exegetas diciendo: «Porque no era la época de los higos». A continuación vemos a Jesús maldecir de algún modo la higuera: «Que nadie coma jamás fruto tuyo». Se alguna vez podía una higuera ser culpable, ésta no era ciertamente culpable. Los discípulos, que escuchaban abriendo grandemente los ojos, debían haber comprendido que Jesús hacía alusión a los tiempos de su visita a Jerusalén: había venido, se le había hecho un recibimiento frío, no viendo el fruto de una adhesión sincera, después de tantos cuidados como Dios había tenido con aquel árbol de predilección. Aquel árbol culpable era Israel: con sus ingratitudes había colmado la medida, y nada bueno podía Dios esperar de aquel pueblo que tanto había amado.

¿Qué sucedió con la higuera? Nuestra curiosidad quisiera mejor seguir el orden de san Mateo, que nos da la inmediata respuesta; pero el orden de los hechos de san Marcos nos obliga a suspender nuestra atención.

---

[25] D. Buzy, *Les symboles de l'Ancien Testament;* y A. Régnier, *Le réalisme dans les symboles des Prophètes* (*Revue Biblique*, 1923, p. 383-408), que no niega el realismo en ciertos casos.

Atravesando la colina del monte de los Olivos, Jesús llegó nuevamente a Jerusalén. En esta ocasión es cuando san Marcos pone la expulsión de los vendedores del Templo, que según san Lucas y san Mateo había sucedido la víspera, y que san Juan contó cuando Jesús hizo la primera peregrinación al Templo, al inaugurar su ministerio público. De admitir una segunda expulsión estaría mejor colocada en el lunes que en el domingo, pues entre las alegres aclamaciones hubiera sorprendido grandemente a todos. El pequeño triunfo de la víspera explica suficientemente el descontento de los jefes de la nación. Los Sumos Sacerdotes, los doctores, los principales del país, es decir, el Sanedrín, ya desde entonces tomaron la resolución de no cejar hasta deshacerse de Jesús. Podría avivarse de nuevo el favor del pueblo y hacerles fracasar; los conciliábulos se sucedían sin interrupción. Se hubiera dicho que el Sanedrín estaba de sesión permanente, hasta terminar aquel asunto. Jesús, con todo, enseñó sin ser inquietado hasta la tarde en que salió de la ciudad y se volvió al asilo de Betania.

V. Martes Santo

SE SECA LA HIGUERA. PODER DE LA FE
(Mc 11, 20-25; Mt 21, 19b-22)

Al día siguiente, por la mañana, temprano, volvió Jesús a andar el camino de la víspera, y los discípulos pudieron darse cuenta de que la higuera se había secado de raíz. San Pedro, queriendo que Jesús le diera una explicación, le dijo: «¡Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado!»

¿No habían llegado a comprender el simbolismo de lo hecho por el Maestro? ¿Pensarían con espanto en la suerte que amenazaba a Jerusalén? ¡Era éste el único caso en que Jesús había hecho un milagro que no brotase de su bondad! No quiso insistir sobre el presagio siniestro que verían realizarse más tarde. La lección que ellos no debían olvidar era que podrían ejercer un poder grande mediante la fe y la oración. Jesús, mostrándoles la cumbre del monte Olivete, macizo imponente que domina el mar Muerto, les dijo: «Tened fe en Dios. En verdad os digo que quien dijere a esta montaña levántate y arrójate al mar, y no dudase en su corazón, mas creyere que se realizará lo que dice, esto sucederá» (Mc 11, 22 s.).

¿Será necesario subrayar lo que esta expresión tiene de teórico y con cuánta diligencia los verdaderos discípulos del Crucificado han huido siempre hasta de la apariencias de ostentación? Eso de hacer prodigios llamativos sería un vano esfuerzo en que se entretendrían otros. Lo que los apóstoles necesitaban era valor, ya que su fe iba a ser sometida a una ruda prueba, y el Maestro a esto se aplicó, a fortificarla en ellos, prometiéndoles que podrían hacer milagros. En los discursos de después de la Cena que trae san Juan, se halla la misma seguridad de que podrán hacer milagros aun más grandes que los hechos por Él, contando con una invitación apremiante a la oración (Jn 14, 12 s.). La recomendación de estos últimos días fue, pues, de confianza en la oración.

¿DE QUIÉN HABÍA RECIBIDO JESÚS LA AUTORIDAD?

(Lc 20, 1-8; Mc 11, 27-33; Mt 21, 23-27[26]; cfr. Jn 2, 18-22)

En su conciliábulo de la víspera, los principales del Sanedrín no pudieron presentar una acusación bien fundada contra Jesús; les quedaba el recurso de indisponerle con el pueblo, y ensayaron hacerlo proponiéndole cuestiones comprometedoras. En los dos últimos días aparecía en el Templo como vencedor. En aquellos mismos instantes se paseaba rodeado de numeroso grupo, predicando su doctrina y como si tratase de promover una sacudida. Algunos Sumos Sacerdotes, doctores y ancianos, le preguntaron de improviso: «¿En virtud de qué autoridad haces esto? ¿Quién te ha dado autoridad para obrar de esta manera?» Verdaderamente parecía que lo tenían ya en su tribunal, como acusado, haciendo ellos de jueces, y que el presidente del Sanedrín empezaba el interrogatorio. Pero Jesús estaba aún libre, seguro de la fidelidad de los suyos, y quiso asociar al pueblo a su causa, dejando entrever que compartía con ellos su admiración por Juan Bautista. Contestó, pues, siguiendo una costumbre muy frecuente entre los doctores, proponiéndoles una cuestión, como para buscar un punto de conformidad. Si sobre esto se entendían, era fácil, por analogía, proyectar

---

[26] Los tres sinópticos son muy parecidos en el fondo: el relato de san Marcos es el más natural y muy delicado en su mismo descuido.

luz sobre lo que quedaba en la sombra: «Os preguntaré yo también una palabra; respondedme y os diré con qué facultad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?» Y como los adversarios se callasen, manifiestamente desconcertados, Jesús insistió: «Respondedme». ¿Qué podían responder? «¿Que aquel bautismo era del cielo?» La contestación hubiera venido prontamente a sus labios: «¿Por qué no habéis creído en él?» ¿A qué tanto empeño para averiguar la misión de los profetas si no los creían cuando les hablaban en nombre de Dios? Si según sus pensamientos contestaban: «De los hombres». Juan, sobre todo después de su martirio, tenía la aureola de los grandes profetas, que como Elías se habían levantado contra los reyes infieles; el pueblo guardaba piadoso su recuerdo y no hubiera sido prudente, y menos en aquellos momentos, irritar su ira. Afectando un aire despreocupado, como si la cuestión fuera baladí, contestaron: «No lo sabemos». Jesús les había prevenido ya y cumplió su palabra diciéndoles: «Ni yo tampoco os digo con qué autoridad hago estas cosas». Así no se dejó pescar en sus redes y al mismo tiempo orientaba el buen sentido del pueblo. Su causa estaba ligada a la de Juan, que el pueblo tenía por verdadero profeta, y, sin embargo, los jefes de la nación se obstinaban en desconocerlo. ¿Con qué derecho pretendían aún salirle al camino, máxime si era aquél cuya venida había anunciado el Bautista?[27].

---

[27] Con todo no perdieron aquel día los sanedristas. Después de arrojar a los vendedores del Templo, el cuarto evangelista (Jn 2, 18) coloca esta cuestión presentada por los judíos: «¿Qué señal nos muestras para hacer esto?» Jesús respondió: «Destruid este Templo y en tres días lo levantaré». Hablaba Él del Templo de su cuerpo, reanimado a los tres días por la resurrección, pero los judíos vieron una alusión a su Templo, y sin tener en cuenta que Jesús sólo hablaba de restaurar, dejándoles el trabajo de destruirlo, comprendieron algunos que hacía alarde de echar por tierra la casa de Dios. Bien sea que la expulsión de los vendedores se hizo durante la última semana, o que san Juan haya desplazado estas palabras para unirlas a la primera Pascua de dos años antes, parece claro que fueron pronunciadas pocos días antes de la muerte de Jesús, porque su respuesta fue el principal capítulo contra Él delante del Sanedrín. Es fácil suponer que los sanedritas, en la riquisitoria previa, habían presentado las dos cuestiones; primero, exigirle una señal, y después, para acabar, que la señal pruebe o no: ¿en nombre de quién pretendía obrar Jesús?

PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS
(Mt 21, 28-32; cfr. Lc 7, 29-30)[28]

Los enviados oficiales, bastante confundidos y pareciéndoles indigno de ellos figurar entre los oyentes para recibir lecciones, hubieran querido escabullirse, y algunos lo lograron; pero Jesús, tomando aparte a los fariseos y doctores[29] más empeñados en la discusión, les hizo reflexionar sobre su indocilidad para con Dios, lo cual ya los había extraviado con respecto a Juan y seguía cegándoles, siendo doctores, en tanto que otros, entre ellos unos pescadores, se mostraban más sumisos.

Jesús entonces les propuso una parábola para que juzgasen del caso, reservándose aplicarles la decisión que diesen.

Un hombre tenía dos hijos[30] y dijo a uno de ellos: «Hijo mío, vete hoy a trabajar a la viña». El respondió: «No quiero». Pero después se arrepintió y fue. No sabiendo el cambio del hijo, o bien porque necesitaba dos trabajadores en la viña, dijo el padre a su otro hijo que fuese también al trabajo. Lo que tuvo el primero de desobediente lo tuvo el segundo de afectuosa deferencia: «Voy, señor». Y no fue. «¿Cuál de los dos, pregunta Jesús, cumplió la voluntad de su padre»? Preciso fue contestar: «El primero». ¿No era esto mismo lo que estaba pasando? Los publicanos y las prostitutas, que al principio estaban en rebeldía contra la Ley de Dios, hacían penitencia y entraban en el reino de Dios, del cual Jesús echaba los fundamentos. Ellos, los fariseos, sólo hablaban muy alto de su propósito de cumplir la voluntad del Señor, de practicar la justicia de la ley, toda la justicia; pero cuando Dios manifestó su designio, ¿qué hacían? Jesús no habla de sí mismo, podían replicarle que la justicia por él predicada era una justicia más elevada que la justicia legal, poniendo así en peligro el equilibrio de la legislación. ¡Pero Juan Bautista! Aquel hombre, que ellos no quisieron confesar que tenía misión divina, aquel hombre que había andado por la estrecha senda de la justicia, viviendo con la austeridad de un Elías y que moría por defender un artículo de la Ley de Moisés, había sido desde-

---

[28] Parece que la parábola de san Mateo está en su lugar debido. El fragmento de Lc 7, 29 s. debe referirse a esta circunstancia.

[29] Según san Lucas.

[30] La orden dada a estos dos hijos suscita una cuestión de crítica muy difícil. En los dos casos la lección es la misma.

ñado por ellos, en tanto que los publicanos y prostitutas habían creído en él. Esto lo habían visto, y ni a última hora querían recurrir a la penitencia. Ahora mismo acaban de rehusarle su asentimiento, ¡tan inflexibles son en su terquedad y tan cerrado tienen el corazón a las manifestaciones y avisos del Señor! Y Juan sólo era un profeta enviado de Dios, aunque el último y más grande, pero no era el Hijo.

PARÁBOLA DE LOS VIÑADORES HOMICIDAS
(Lc 20, 9-19; Mc 12, 1-12; Mt 21, 33-46)[31]

Aclarado el punto en lo que se refería a Juan, para confusión de los sanedritas obstinados en su hostilidad, Jesús, osadamente les llama la atención sobre su persona, porque de su actitud para con Él depende la salvación o ruina de la nación.

Les propone una parábola que llevará los corazones hacia el punto deseado, tanto más fácil de conseguir cuanto que tiene sus matices de alegoría: el dueño de la viña es Dios; la viña, el país de Israel; los servidores, los profetas, y los malos viñadores, los jefes del pueblo recalcitrantes e infieles; el hijo es el mismo Jesús, Hijo de Dios. Los personajes se mueven en un marco de Palestina, animados de sentimientos regionalistas, cuyos pormenores no es necesario forzar para deducir un sentimiento simbólico.

Nos encontramos desde el principio transportados a aquellas pendientes pedregosas tan apropiadas para el viñedo. Cada propietario tiene su viña cercada de piedra, ha cavado en la viva roca un depósito para recibir el mosto exprimido por la prensa rústica, fija por dos viguetas, ha edificado también así, de cualquier manera, una torre redonda coronada por una terraza, en donde, bajo un techo de ramaje, pasará la noche en tiempo en que los racimos maduran, para alejar a los ladrones y los chacales.

Un capítulo célebre de Isaías viene a la memoria de los doctos y aun de los sencillos.

«Tenía mi amado una viña
en un recuesto fértil,

---

[31] San Marcos y san Lucas envían cada vez un criado, san Mateo muchos. San Lucas y san Mateo hacen la aplicación que se sobreentiende en san Marcos.

la cavó y escardó
y la plantó de cepas escogidas.
Edificó en medio de ella una torre,
y aun cavó un lagar en ella...
La viña de Yahvé de los ejércitos
es la casa de Israel» (Is 5, 2, 7).

En la parábola de Jesús, los viñadores representan a los israelitas, y, por tanto, no hay ninguna alusión a la calidad de los productos, que dependían del suelo. Cuando el propietario, que está ausente –figúrese a Dios en las alturas de los cielos–, envía a su criado para recoger su parte de los frutos, los viñadores lo azotan y lo mandan con las manos vacías. A otro criado lo descalabraron y ultrajaron. Al tercero lo mataron; después, otros fueron apaleados y muertos. ¿Se habían propuesto los viñadores exasperar al amo de la viña? Éste, sin embargo, no desconfía de atraer sus corazones. Aún le queda alguien a quien enviar, a su amado hijo, que era como decir a su hijo único. Se lo envía el último, diciendo para sí: «Respetarán a mi hijo». ¡Los conocía muy mal! Su bondad sólo sirvió para excitar la codicia. Si hasta allí se habían apropiado de las rentas, matando ahora al heredero se harían dueños de la tierra: lo prenden, lo matan y lo arrojan fuera de la viña. Según el pensar de ellos, el amo, sin apoyo, no podrá revindicar sus derechos. ¡A tal grado llegaba su ceguera! No se ve que los jefes de los judíos hayan tenido la pretensión de excluir a Dios de su dominio, y menos podríamos imaginar que Dios no viese el fondo de sus criaturas; pero estos rasgos, aunque nada tienen de alegóricos, eran necesarios para la aplicación de la parábola. A lo sumo, pensando que la viña de Isaías sea Israel, un redactor llegó a escribir que el hijo único había sido muerto fuera de la viña, como dicen san Lucas y san Mateo. En realidad, el amo no estaba reducido a la impotencia: «Vendrá, hará perecer a aquellos labradores y dará su viña a otros». Esto estaba claro y muy claro, pero algunos, en vez de aplaudir la justicia hecha, dejaron escapar un «Dios no lo quiera» (Lc 20, 16), que traicionaba sus aprensiones.

Ellos, los explotadores responsables de la viña, cuyos padres habían maltratado e inmolado a los enviados de Dios, resueltos ya en su corazón a dar muerte al último enviado, que se decía su Hijo, ¿estaban amenazados de perecer en la tormenta, que pondría a su país bajo el poder absoluto de los romanos? ¿O acaso Dios entregaría su viña a

otros labradores más fieles, que le guardarían sus frutos? Jesús no les dejó tiempo para proseguir en sus conjeturas.

El horizonte simbólico cambia. Es el mismo Isaías (Is 28, 16), y ahora comentado por un salmista (Sal 118, 22), quien suministrará la imagen; no es posible olvidarla a la vista de los admirables remates del Templo: No habéis leído aquella Escritura:

«La piedra que desecharon los constructores
ha venido a ser la piedra angular.»

Al rechazar con desprecio aquella piedra angular, los desgraciados constructores preparaban su ruina: «Cualquiera que cayere sobre aquella piedra será quebrantado, mas sobre el que la piedra cayere quedará reducido a polvo».

Tal es la memorable advertencia que Jesús da a los que se obstinan en no querer reconocer su misión ni sus derechos. Los pormenores son tan claramente palestinos, la enseñanza por medio de parábolas cosa tan ordinaria en el Maestro, y esto tan comprobado por el acuerdo de los tres primeros evangelistas, que en vano se ha intentado echar contra un texto que no agrada, pero cuyo contenido doctrinal es muy parecido al del cuarto Evangelio. Apenas si se ha atrevido a aducir otra cosa que el carácter alegórico de la comparación. ¡Cómo si tuviéramos derecho a cercar el espíritu libérrimo de Jesús, mejor diríamos, el modo de ser de los semitas, en el género de las parábolas demostrativas de Aristóteles! Ya en otras ocasiones hemos visto entremezclados los rasgos simbólicos con los que no tienen otra razón de ser que completar el cuadro, según el curso ordinario de las cosas. Poner objeciones como ésta es reconocer la claridad de los símbolos. Los criados de la parábola fueron, sin duda, todos los enviados por Dios a su pueblo, empezando por Moisés. Después de tan larga serie, envía la última esperanza de Dios, a su muy amado Hijo, a su Hijo único, que es Jesús, que sobrepuja tanto a Moisés, como el hijo al criado, según se dice en la Epístola a los Hebreos (Hb 3, 3). La muerte de este hijo será el mayor crimen, después del cual vendrá el castigo definitivo. Aunque Jesús no dice expresamente como en san Juan, que es uno con su Padre (Jn 10, 30), revindica, no obstante, con su rango único, su calidad de Hijo de Dios. Los enemigos comprendieron que eran ellos mismos los viñadores homicidas, y, lejos de desaprobar sus criminales intenciones, maquinan en su corazón el medio de aniquilarlo cuanto antes, apode-

rándose de Él: no ocultaron, según parece, algunos gestos amenazadores[32]. Pero la actitud de las masas les hizo volver a su meditada táctica y ver de hallar un pretexto. Declarándose Jesús Hijo de Dios, les había dado ocasión para que lo prendieran, y se creían con derecho para proceder a una ejecución sumaria, como cuando en la Dedicación se había llamado Hijo de Dios (Jn 10, 31-36). Errado el golpe, era preciso recurrir a medios legales y comprometer a Jesús delante de la autoridad romana.

CUESTIÓN DEL TRIBUTO
(Lc 20, 20-26; Mc 12, 13-17; Mt 22, 15-22)

Sin perder tiempo y sin dar la cara, los sanedritas envían a hombres de su confianza, los cuales se mostrarían a Jesús bien decididos a obrar en conciencia, sin atender a lo que les pudiera venir, deseosos, no obstante, de afinar lo más posible sobre un muy grave punto. En realidad, eran estos fariseos partidarios o amigos de Herodes Antipas, llegado a Jerusalén para la fiesta de la Pascua.

Sus relaciones personales con el procurador Poncio Pilato eran muy frías; sin embargo, algunos súbditos tenían relaciones de oportunismo con los fariseos, pues los unían las observancias religiosas y el sentimiento nacional. Además, ni fariseos ni herodianos estaban en declarada oposición contra la autoridad romana. Su ambigua lealtad, a la vez judía y romana, les acreditaría delante de Pilato, si iban espontáneamente a denunciarle a uno de su sangre de haberse rebelado contra su autoridad. Ésta será también su actitud en la Pasión, y será entonces cuando se repondrán del fracaso de su primera tentativa.

Ruegan a Jesús que les resuelva un angustiosos caso de conciencia. No quieren torpemente adularlo, alabando su competencia; el lazo que le tienden es muy a propósito para que caiga un hombre digno. Apelan a su sinceridad, a su reconocida franqueza, a la rectitud que le impide inclinarse contra derecho a los poderosos, en fin, a su celo por enseñar los caminos de Dios según la verdad. ¿Cómo evitar caer en los lazos puestos con tanta maestría y que tan suavemente aprietan? Tendido el lazo, le dicen bruscamente: «¿Es lícito pagar el tributo al

---

[32] Los tres sinópticos dice, «buscaron». No hubo allí conciliábulo, como sin razón se dice en la *Sinopsis*.

César o no? ¿Debemos pagarlo o no?» Veinte años antes se había presentado esta agitada cuestión, después de la muerte de Arquelao, en el momento de la anexión al imperio. Judas, el Galileo, le había zanjado en nombre de los derechos de Dios: obedecer a los extranjeros era renunciar a la obediencia debida a Dios, único soberano de Israel, y con los más patriotas había promovido una revolución impotente, que fue duramente castigada. ¿Qué diría Jesús? ¿Que no se pagase el tributo? Hubiera sido esto considerado, si no como grito de guerra, al menos como una insubordinación grave, presagio de próxima revuelta. ¿Mandaría que se pagase? Sería renunciar a las más bellas esperanzas de Israel, y de parte de Jesús, valdría tanto como despojarse públicamente del título del Mesías, que era lo que conmovía al pueblo. Bien fácil sería después arreglarle las cuentas.

Contestase lo que contestase, su respuesta sería aciaga para Él. Pero siéndole bien conocida su simulación –porque la conciencia de ellos estaba muy tranquila cuando pagaban los impuestos como pacíficos hombres de estudio o como amigos del gobierno– quiso, con todo, seguirles el juego: «Traedme un denario para verlo». ¿Nunca jamás había tenido en sus manos una de aquellas piezas de plata? Roma permitía a los príncipes judíos acuñar monedas de bronce, pero se había reservado desde los tiempos de Herodes la acuñación de metales preciosos. Judea reconocía así que había perdido su independencia.

Visto el denario, Jesús preguntó: «¿De quién es esta efigie y esta inscripción?» La efigie probablemente sería la de Tiberio, y la inscripción daría los títulos corrientes al «hijo del divino Augusto». Cualquiera que fuese, el emperador era siempre el César. Le respondieron, por tanto: «Del César». Replicó Jesús: «Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». Y se marcharon maravillados.

Los más bellos genios han coreado esta admiración. Hablar de un rasgo de ingenio sería rebajar una sentencia profunda, que regula definitivamente y con una sola palabra una situación por demás confusa y entreverada. Para los judíos se resumía así: ¿Se puede, sin ser infiel a Dios, reconocer un poder de hecho, pagando un impuesto que se le exige para conservar la paz pública? Jesús respondió afirmativamente. La respuesta es más aplicable aún si el poder es reconocido como legítimo por la mayoría de los buenos. Pero si está permitido rendir este homenaje a un poder humano, ¡cuánto más lo estaría doblegarse a los deberes para con Dios, Señor supremo! Diciendo: Dad al César lo que

es del César, Jesús dio más que un permiso, trazó la línea de conducta que se debe seguir. Su discípulo debe someterse al orden establecido, y san Pablo dará la razón profunda de ser así, y es que el poder viene de Dios.

No quiso con esto distinguir dos dominios como si toda nación hubiera de tener dos jefes, un César cualquiera y Dios sobre el mismo plano de igualdad, de suerte que jamás, en nombre de Dios, se pueda hacer resistencia a leyes impías y tiránicas. ¿Quién hablará en nombre de Dios? Seguramente el Hijo de Dios tenía el derecho de hacerlo. Así Él designó, para ser el fundamento de su Iglesia, a Pedro, su discípulo, y la Iglesia ha reconocido este derecho soberano a sus sucesores. Como Jesús, el Papa no cesa de decir a los fieles: Dad al César lo que es del César: aconseja la obediencia, sin mezclarse en el gobierno temporal de los Estados. Pero algunas veces, para que se dé a Dios lo que es de Dios, tiene que ser advertido el poder político por una autoridad superior, para que no traspase sus propios límites.

De esta manera Jesús afirmaba, para que hasta los más sordos le oyesen, que Él no era un Mesías político y belicoso. Pero si el amor de la patria es una pasión legítima, noble y generosa, que eleva el alma hasta el sacrificio de la vida, y Jesús tuvo también este sentimiento, como lo prueba su ternura por Galilea y por Jerusalén, ¿por qué no liberó al menos a su país de la dominación romana? Notemos ante todo que este yugo dejaba a los judíos cierta autonomía, que les permitía vivir bajo su propia ley civil y practicar su culto religioso. La parte de Dios quedaba intacta. El sacerdocio, con toda voluntad se presentaba a esta clase de protectorado, que ponía a cubierto a la gente pobre de las exacciones y peligros de las guerras civiles. Los mismos fariseos, a la muerte de Herodes, habían rogado a Augusto que les librase de la monarquía y de otros semejantes poderes, pues preferían estar unidos a Siria bajo el mando de sus gobernadores[33]. Pero todo esto era política, en la que Jesús no quería mezclarse. Si no quiso tomar parte fue porque la misión de que estaba investido era para toda la humanidad, para darle la salud espiritual. Como diría Pascal, esto es de otro orden, y dos órdenes no deben confundirse. Además, ¿sabemos nosotros los caminos de la Providencia, si los judíos no hubieran rechazado el don de Dios fiel a sus promesas? Aun después de su revuelta, supo Israel

---

[33] Josefo, *Ant.*, XVII, 11, 2.

buscarse una situación privilegiada en el imperio. Cuando triunfó el Cristianismo, Israel fue objeto de oprobio muchas veces, porque siempre rehusó retractarse de lo que a todas luces fue el homicidio de un inocente inofensivo. ¡Si hubiera creído en Jesús! La nueva Ley, saliendo de una Sión renovada, hubiera sido gloria para los hijos de Abrahán, convertidos en las primicias de hijos de Dios! ¡Qué hermoso y espléndido el cumplimiento literal de las profecías cuando el Cristianismo vencedor los hubiera puesto en las cumbres de las cosas! ¡Mejor que la independencia, el dominio espiritual! Había sólo que tener paciencia, y puesto que el Mesías había señalado el camino que se debía de seguir, padecer, si fuera necesario, los suplicios de los mártires, y no convertirse en proveedores de verdugos... Mas los designios de Dios son insondables: esta incredulidad de los judíos, tan cínicamente voluntaria, fue el medio de que Dios había de servirse para glorificar a su Cristo.

JESÚS DEFIENDE LA RESURRECCIÓN, CONTRA LOS SADUCEOS
(Lc 20, 27-40; Mc 12, 18-27; Mt 22, 23-33)

Aunque unidos contra Jesús los jefes religiosos de los judíos, estaban alejados entre sí por discusiones irreductibles: los fariseos y los saduceos siempre estaban en lucha. Por vez primera aparecen los saduceos haciendo ostentación de sus singulares doctrinas: negando la resurrección de los cuerpos tenida como dogma por los fariseos. Josefo presenta estos dos partidos como dos sectas filosóficas, a fin de que no los desestimasen los griegos. Comparaba a los fariseos con los estoicos[34]. No se atrevió a decir que los saduceos se parecían a los epicúreos, muy mal vistos por los judíos, porque negaban la Providencia. Los modernos consideraban aquellas divisiones más como partidos que como escuelas; el de los jefes populares defendía la tradición, y el otro, el sacerdocio. Los saduceos traían hasta su nombre de sadocitas, descendientes de la línea de los Sumos Sacerdotes que remontaba hasta Sadoc (Ez 40, 46, etc.). Conviene, no obstante, tener en cuenta que las disputas eran sobre todo religiosas, pues en lo político se dife-

---

[34] *Vita*, 11.

renciaban en matices. Los fariseos, a diferencia de los celotes, aceptaban el hecho consumado en la ocupación romana, sin dejar de alimentar las esperanzas mesiánicas de la raza de David; en tanto que los saduceos prestaban completa adhesión a la autoridad del imperio. Por lo mismo estaban más expuestos al contagio materialista, de que estaba infestada la alta sociedad romana.

Josefo nombra a un epicúreo llamado Pompidio[35]. Y en los días de la conquista por los sirios helenizados, el sacerdocio se había mostrado muy tibio en la defensa de las tradiciones religiosas nacionales, llegando hasta prestar ayuda a los que habían jurado destruirlas. En tiempo de Jesús no habían llegado a tales extremos, pero su lema pudiera condensarse en estas dos palabras: ¡Qué importa! Se aferraron a la enseñanza de Moisés, pero a condición de que no se añadiese nada. Josefo les echa en cara que negaban la inmortalidad del alma[36]. Esta frase, clarísima para los griegos posteriores a Platón, no se empleaba en las escuelas judías. Los Hechos de los Apóstoles dicen, más exactamente, que no admitían la resurrección, ni a los ángeles ni a los espíritus (Hch 23, 8). Aunque conciliaban muy bien su religión con aires y modalidades mundanas, no habían renunciado a la antigua creencia de los semitas, y especialmente de los israelitas sobre la supervivencia de los hombres después de la muerte, llevando en el Cheol una existencia pobre y miserable: la de las sombras. En tiempo de los macabeos, y aun antes, Israel no se creía obligado a este antiguo estado del dogma. A medida que aquel sentimiento religioso, de nacional se hacía más individual, más íntimo, más tierno, las almas santas no podían consentir en verse separadas para siempre de su Dios, al modo de las sombras en el Cheol. El ardiente deseo de vivir en su presencia, de estar unido a Él eternamente, no se apoyaba sobre la concepción de la naturaleza espiritual del alma, librada del cuerpo por la muerte; exigía más bien una vida nueva de aquel cuerpo con el cual el israelita había ido a adorar a Dios en su Templo y con el cual moraría en un mundo mejor y en más estrecha comunicación con Dios. Esta esperanza se había fortalecido durante las guerras religiosas, necesarias a causa de la brutal intolerancia de los sirios. ¿No devolvería Dios la vida a los cuerpos que, por obedecer a su ley, habían sufrido horrorosos suplicios?

---

[35] *Ant.*, XIX, 1, 5.
[36] *Ibíd.*, XVIII, 1, 4.

En este dogma relativamente nuevo no querían creer los saduceos, sostenidos como estaban en su resistencia por el sentimiento común de los pensadores griegos, hostiles a la idea de la resurrección individual, ya fuesen epicúreos, estoicos[37] o platónicos. Este asunto daba materia a las diarias controversias con los fariseos: ¡No hay resurrección de los cuerpos!

Tal vez los saduceos, viendo resolver a Jesús en el mismo sentido que ellos (pudieron al menos pensarlo) la grave cuestión de las relaciones con los romanos, se sintieron halagados por el pensamiento de que su argumento favorito haría mella en el joven Maestro. Éste sería un señalado triunfo sobre los fariseos. Era, pues, lo único que irían ganando, el punto en litigio no había de atraer la atención para conmover la autoridad romana. Los que se presentan, más que sacerdotes que ocupaban altos puestos y estaban decididos a desembarazarse de Jesús por oportunismo político, eran profesionales de controversia, dispuestos a discutir de todo a cualquier hora. Sin acudir a ningún exordio insinuante, le proponen el caso con toda claridad. La legislación mosaica, aunque enteramente desprendida del culto de los antepasados, había cuidado de conservar la antigua costumbre de dejar un heredero varón para perpetuar los ritos del hogar doméstico. Todavía hoy los orientales valoran mucho el tener un hijo. Moisés, pues, había prescrito, a pesar de la prohibición normal del incesto, que cuando dos hermanos vivían juntos, y moría uno de ellos sin sucesión masculina, debía el otro desposarse con la mujer del muerto, y el primer hijo habido de este matrimonio sería tenido por hijo del difunto.

Éste es el principio; ahora viene el caso. Son siete hermanos: el primero muere sin hijos y se casa con la viuda otro, que muere también sin tener varón, y así sucesivamente. Muere la mujer la última, habiendo estado desposada con siete, y en las mismas condiciones, pues ninguno le dio hijos. Cuando amanezca el día de la resurrección, ¿a qué hermano de los siete pertenecerá aquella mujer?

No era, de seguro, la primera vez que el argumento se ponía. Los fariseos difícilmente podían desenredarse de él. Si nos atenemos a los textos de la Michna y del Talmud, posteriores, pero que reproducen muy bien su posición, hablaban de la resurrección futura como de una

---

[37] Los estoicos admitían, después de períodos larguísimos, la vuelta de las mismas personas a la tierra, pero no era esto lo que los judíos entendían por resurrección.

resurrección lograda aquí por un profeta. Todos volverían a la tierra, pudiéramos decir, con su bastón y su sombrero[38]. Esto no impedía a las mujeres una fecundidad del todo anormal, porque Rabí Gamaliel II, por los día de Tito, decía: «Llegará un tiempo en que la mujer dará a luz todos los días»[39]. A esta cuenta, la viuda perpetua de los saduceos tendría una compensación en el otro mundo.

A esta burla un poco pesada de los materialistas, incapaces de concebir la resurrección espiritual de los cuerpos, pues ellos no tenían noción de los espíritus, Jesús contesta en primer lugar lo que Él sabía, completando así de un modo admirable la antigua revelación: «Cuando resuciten los muertos, ya no tomarán mujer ni marido, serán como los ángeles en el cielo». Era necesario, sin embargo, después de difundida esta luz sobre el modo de la resurrección, aducir un argumento de hecho. Muy bien ha notado san Jerónimo que entre los profetas hubiera podido citar Jesús a Isaías[40] y a Daniel[41]; pero los saduceos sólo aceptaban la autoridad de la Ley de Moisés o del Pentateuco. Esto era meter a los fariseos en apuros. Supuesto el dogma indiscutible, no dudaban en asegurar, atrevidos: «Cuantas veces un mandamiento del Torah menciona una recompensa, hace alusión a la resurrección de los muertos[42]. He aquí, por ejemplo, un precepto que promete larga vida a quien lo cumpla. ¿Dónde la gozará? Sobre la tierra seguramente, dirá el exegeta interpretando a la letra. Pero si en el mismo instante se desnuca y muere, replica el fariseo, ¿dónde gozará su larga vida, sino después de la resurrección? Pudiera replicar el saduceo que la Ley no se ocupa de casos excepcionales, pero lo que había de sólido en esta petición de principio es que la inmortalidad del alma según Platón no entraba en la perspectiva religiosa de los israelitas, y que cuando la Escritura hablaba de una supervivencia normal debía entenderse de la

---

[38] «Rabí Jeremías recomendó vestirle de telas de extrema blancura, de los más ricos vestidos, calzarle las sandalias y ponerle su bastón en la mano, acostarle de lado, no de espaldas, para que, a la llegada del Mesías estuviese presto a seguirle». *Talmud* de Jerusalén *Kilaim*, 11, 315 s.

[39] *Talmud* de Babilonia, *Chabbat*, 30b.

[40] Is 26, 19. «¡Los muertos vivirán, sus cadáveres resucitarán! ¡Despertad y cantad, moradores del polvo!, porque tu rocío es un rocío de luz y del seno de la tierra las sombras renacerán».

[41] Dn 12, 2. «Y muchos de los que duermen en el polvo serán despertados, los unos para la vida eterna y los otros para los oprobios y la reprobación eterna».

[42] Ver *Le Messianisme*, p. 179.

que seguía a la resurrección. Jesús razona de esta manera: «¿No habéis leído en el libro de Moisés cómo habló Dios en la zarza (la zarza ardiente del Sinaí) diciendo: Yo soy el Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos. Así que vosotros mucho estáis en gran error».

Estos grandes antepasados, a los ojos de Dios están siempre vivos; y la existencia débil de las sombras, ¿puede llamarse verdadera vida? ¿Pudiera ser esta recompensa con que Dios premia a sus amigos? Si suspiraron por su presencia, Él quiere tenerlos cerca de sí. Si no han resucitado aún, viven para serlo algún día, y no serán privados de la vida eterna.

Unos sesenta años más tarde, Rabí Gamaliel II alegó también una muy hermosa cita: «Vosotros, los que os allegasteis a Yahvé, vuestro Dios, todos estáis vivos hoy» (Dt 4, 4)[43]. No estaba, sin embargo, tan bien traída, puesto que Dios hablaba allí a vivos y no a muertos que siguen siendo todavía sus amigos. Gamaliel, con todo, no encontró texto más a propósito después de infructuosas pesquisas. No es de extrañar lo que san Marcos dice, que un doctor de la Ley, seguramente un fariseo, presente en la conversación, se mostrase muy satisfecho de cómo Jesús había respondido a la objeción saducea (Mc 12, 28). Es también muy natural que otros fariseos hiciesen corro al nuevo interlocutor, porque esperarían que propusiese alguna cuestión. En efecto, preguntó cuál era el mandamiento más importante. Jesús le respondió, según su doctrina ya conocida (Lc 10, 25 s.)[44], que el primer mandamiento era amar a Dios de todo corazón, y el segundo, amar al prójimo como a sí mismo. De estos dos mandamientos dependía la Ley y los profetas (Mt 22, 40) como cadena que estuviera suspendida de un clavo de oro. El doctor quedó admirado de aquella respuesta, dada sin duda con un entusiasmo que era indicio del amor de Jesús a su Padre. Había estudiado mucho la Ley y con muy recta intención.

Vemos aquí que los evangelistas tienen gusto en realzar la buena voluntad de los doctores, ordinariamente asociados a los fariseos. ¡Preciosas ayudas, si ellos hubieran sido bastante humildes para recibir las enseñanzas del Maestro! Éste dijo: «Bien, Maestro, tienes razón al decir que uno solo es Dios y no hay otro fuera de Él y que amarle

---

[43] Ver *Le Messianisme*, p. 179.

[44] Es natural que la cuestión le fuera propuesta muchas veces; la respuesta había de ser la misma.

con todo el corazón, y con todo el entendimiento, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo, vale mucho más que todos los holocaustos y sacrificios» (Mc 12, 32 s.). Éste poseía ya el espíritu de Jesús, y por eso le fue dicho: «No estás lejos del reino de Dios». Se querrá saber qué fue de él[45]. San Marcos no lo dice; deja, sin embargo, a su lector con favorabilísima impresión.

CÓMO CRISTO ES HIJO Y SEÑOR DE DAVID

(Lc 20, 41-44; Mc 12, 35-37; Mt 22, 41-46)

Dejando al doctor a sus reflexiones, Jesús quiso aprovechar la presencia de un grupo de fariseos[46] para proponerles una cuestión sobre la que estaban acordes; pero Él quería que le diesen la respuesta en presencia de todos. Les preguntó, pues, qué pensaban del Mesías, y especialmente de quién había de ser hijo. Le contestaron en el acto: «De David». Entonces, ¿por qué David, hablando como instrumento del Espíritu Santo, en un salmo inspirado por Él, le llama su Señor? Porque dice:

«El Señor dice a mi Señor: Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.»

¿Cómo David llama su Señor a quien debía ser hijo suyo? Si el Mesías que él entrevió en el porvenir como uno de sus descendientes se le hubiera aparecido solamente como un rey más grande que él, que hasta fuera señor del mundo, no era razón para que le saludase con el título de su Señor. Pertenecía, pues, a un orden que no era de la tierra, sino a un orden divino, tanto que el Señor Dios lo invita a sentarse a su derecha.

Que el salmo fuera de David, no lo negaban los fariseos; por eso el argumento les zahería. Aun si el salmo hubiera sido escrito por otro,

---

[45] Al decir san Mateo (22, 35) que el escriba quiso probar a Jesús, no quiere decir que necesariamente le tendiera un lazo. Si es algo fuerte la expresión, es que se juzga al escriba animado de los sentimientos ordinarios de los fariseos. San Marcos está penetrado mejor en su individualidad propia.

[46] Seguimos aquí a san Mateo, cuya marcha es muy verosímil. Según san Marcos, a quien siguió san Lucas, supone Jesús incontestable la respuesta dada a los fariseos y muestra a la muchedumbre las dificultades que encierra.

se refería seguramente al Mesías invitado a sentarse al lado de Dios, y pertenecía a la misma clase de salmos que hablaban en persona de David y estaban inspirados por el Espíritu Santo. Así Jesús, bajo otra forma, apoyándose en la Escritura, afirmaba que su linaje era más alto que el de todos los servidores de Dios. No dijo, como en la parábola de los viñadores, que era Hijo de Dios, pero ¿quién sería el que así merecía sentarse como vencedor a su diestra? Tampoco dijo que era hijo de David, lo supuso más bien, aceptando la idea tradicional sin la cual la referencia a David carecería de sentido. Jesús dice solamente que tiene conciencia de ser mucho más que un hijo de David, fuese quien fuese. ¿Cómo conciliar su dignidad de Hijo de Dios y su origen humano como hijo de David? Eso lo hará san Pablo (Rm 1, 1 s., etc.). Los evangelistas se atienen con todo cuidado a las palabras del Señor. Los fariseos quedan convencidos de su inconsistencia y, siendo doctores, sacrifican un texto claro de la Escritura por no reconocer a un Mesías que sobrepasa sus esperanzas. Toman, pues, el partido de no hacer nuevas preguntas al Maestro, para no exponerse a ser preguntados por Él.

EN GUARDIA CONTRA LOS FARISEOS Y ESCRIBAS
(Lc 20, 45-47; 13, 34-35; Mc 12, 37-40; Mt 23)[47]

Los enemigos de Jesús se retiraron decididos a vengarse, quitándole la vida. Jesús no buscaba defensores; nada alega para mantener sus derechos; lo único que hará es prevenir al pueblo contra los jefes que lo llevan a la ruina. Su severidad tiene origen en la clarísima visión de la catástrofe que se avecina, en la compasión que siente por sus compatriotas, en su deber de liberarlos del yugo que lejos de ser una disciplina saludable es una engañosa apariencia de exactitud en el servicio de Dios, que no puede reemplazar al amor.

Este servicio, sin embargo, es obligatorio en tanto que subsistiese la Ley antigua que Jesús no quería abrogar, y que sólo desaparecería en lo que tenía de nacional y ceremonial por el sacrificio de su vida.

---

[47] Los tres sinópticos estan de acuerdo sobre el hecho de la amonestación en aquella circunstancia. Es muy corta en san Marcos y también en san Lucas, que ya relató una gran parte de lo que se halla en san Mateo, 23. Sólo comentaremos aquí lo que san Mateo añade a los otros.

Aunque esta hora está cerca, no quería Él ser acusado de incitar a la desobediencia, ni haber hecho una mala jugada a los doctores como maestros irreprochables. Determina, pues, aquí el principio de su actitud, ya mirando a la Ley, ya a los intérpretes de ella, cuando la explican como deben.

Más de una vez puso distinción entre el texto sagrado y las glosas sobrecargadas, inventadas por ellos y las tradiciones que le añadieron (Mc 7, 1-23; Mt 15, 1-20; Mt 5, 20)[48]. El texto solo tiene plena autoridad; conviene, pues, precisar: «En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos: haced, pues, y observad cuanto ellos os digan». La cátedra de Moisés autorizaba a los fariseos y a los doctores, en sus funciones de lectores de la palabra divina, a subir al púlpito de las sinagogas, pero no a predicar sus doctrinas particulares, que mezclaban con las de Dios.

Hecha esta declaración, Jesús da la voz de alerta al pueblo y a sus discípulos contra lo que es propio de los fariseos, celosísimos cuando predican a otros y muy descuidados en practicar lo que anunciaban. Necesitaban, sin embargo, salvar las apariencias, y era su principal defecto la sed grande de honores concedidos a las personas piadosas. Se les veía caminar lentamente, con sus amplias vestiduras, mendigando del público respetuosas inclinaciones, colocándose en primera fila en los bancos de piedra de las sinagogas y escogiendo como lugar propio en las comidas los lechos más honorables. De pie y con los ojos entreabiertos hacían largas oraciones, pensando tal vez al mismo tiempo el modo de quitar a las viudas los bienes que les habían confiado. ¿No eran ellos los doctores, los padres según el espíritu, los maestros de la doctrina?

Volviéndose Jesús a sus discípulos les dijo: «Para vosotros no hay más que un Padre, el que está en los cielos, y un doctor, que es Cristo».

¿Hemos olvidado este aviso, precepto o consejo? Podría creerse así mirando sólo a las apariencias. ¿No es al corazón adonde quiere llegar Jesús? Lo que digan los hombres tiene muy poco valor. Lo que haría culpables sería buscar títulos atribuyéndose la realidad. Pero ¿qué padre de almas, humilde catequista o gran doctor hay que, al hablar, no tenga conciencia que habla en nombre de Cristo y que no tiene otra paternidad espiritual que la que dimana de Dios? Los fari-

---

[48] Las cuestiones sobre el sábado.

seos se complacían en estos homenajes y obraban mal, y los discípulos, que adolecían de semejantes sentimientos, serían aun más culpables después de este caritativo aviso.

El mismo celo de los fariseos no estaba exento de miras personales. Corrían mar y tierra, y si merced a sus esfuerzos hacían un prosélito, se sentían satisfechos. Parece esto admirable, pero haciéndose de su secta y asemejándose a ellos se hacía hijo del fuego, peor que ellos mismos, a causa de sus imprudencias de neófito, orgulloso al participar de los privilegios de una raza elegida, a la que pertenecía por un acto personal de su voluntad. A estos prosélitos se les enseñaba la unidad de Dios, y esto constituía la gloria intelectual de Israel. Por otra parte, los fariseos se enmarañaban más y más con su sutil casuística. Vaya un ejemplo. En lugar de persuadir a los hombres que no jurasen, de decirles que hacer voto es cosa seria, que a Dios no se le engaña con argucias, les enseñaban que una promesa jurada por el Santuario no obligaba, pero sí si se juraba por el oro del Santuario. Jurar por el altar nada importaba, pero si juraban por la ofrenda puesta sobre el altar, el juramento entonces valía.

No se encuentran estos casos expresos en los escritos rabínicos, pero así se resolvían parecidas dificultades. Quien jura por la Torah no está obligado, pero lo está si jura por lo contenido en la Torah. Parece, pues, que importaba más la parte que el todo, si no es que del oro o de la ofrenda podían disponer algo, pero no corrían el mismo peligro de los que juraban por el templo o por el altar. Otros lo explican de otra manera, diciendo que por la Torah podían significar el simple pergamino y no la letra sagrada[49]. Los rabinos más ingeniosos acababan por embrollarse con esta casuística. Se burlaban todos, sin pensar en ello, del Maestro supremo, tomando su nombre por testigo. Es lo que con tanta energía les echa Jesús en cara: «Quien jura por el Santuario jura por él y por quien en él mora; y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por quien está sentado en él... ¡Jueces ciegos, coláis el mosquito y tragáis el camello!... ¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo evitaréis el juicio del infierno?» (Mt 23, 19 s., 24, 33).

No olvidemos que hablando a los fariseos Jesús no se dirige solamente a hombres que comprometen su salvación eterna.

Los fariseos formaban una secta, casi una corporación, más unidos por la comunidad de sus sentimientos que lo estaban los sacerdotes por

[49] Strack y Billerberck, 1, p. 931.

el ejercicio de las mismas funciones. Son ellos y no los sacerdotes quienes guiaban las almas y cargan sobre su conciencia la responsabilidad moral de la nación. A éstos, pues, se dirige Jesús antes de expansionarse con sus discípulos, y les da una suprema advertencia en vista de lo inminente de las públicas calamidades. Hablando en nombre propio, como en nombre del Señor[50], les hace ver un futuro ya cercano: «He aquí que os envío a vosotros profetas y sabios y escribas –son los nombres antiguos para designar a sus discípulos, apóstoles, doctores y escritores–, y de ellos a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías[51], al cual matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo que todo esto vendrá sobre esta generación» (Mt 23, 35 s.).

La justicia tanto tiempo represada se va a desbordar. El pueblo escogido, cuya elección estaba figurada por Abel, tiene ahora los sentimientos de Caín contra el Mesías, hermano salido de su sangre, que le ha sido enviado, y perseguirá con su odio a los mensajeros del perdón que vendrán después de él. Nadie es castigado más que por las propias faltas, pero esta vez la nación va a cargar con un crimen que resume todos los crímenes amontonados desde el principio del mundo, y su castigo, diferido por largo tiempo, será definitivo: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus polluelos debajo de sus alas y no has querido! He aquí que vuestra casa es dejada desierta». ¡Y sin embargo! ¿Hablamos nosotros de un castigo definitivo? La ruina es cierta, pero aún hay una esperanza en la certeza del arrepentimiento: Porque yo os digo que desde ahora no me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor».

---

[50] En Lc 11, 49. Jesús se refiere a la sabiduría de Dios, cuyo designio conoce y cuyo oráculo promulga.

[51] Dificultad célebre, porque el gran sacerdote Zacarías, muerto en el Templo, era hijo de Joyada (*II Paral.*, XXIV, 20). El profeta Zacarías (*Za* 1, 7) era hijo de Baraquías. Tal vez la tradición lo tenía por mártir, o bien «Baraquías» era como un equivalente de «Jehoiada».

Fundado, sin duda, en estas palabras, san Pablo profetizó la vuelta de los judíos a sus Mesías (Rm 9 y sig.). La Iglesia jamás ha desesperado de ello: espera siempre.

MIRADA RETROSPECTIVA SOBRE EL MISTERIO DE JESÚS
(Jn 12, 37-50)

Con estos apóstrofes a los fariseos terminó el ministerio público de Jesús; lo que le queda de vida lo consagrará a sus discípulos más íntimos. San Juan se para un momento aquí para examinar las causas que han impedido a los judíos creer en Jesús. Y señala, como principal, aparte de la divina permisión, la oposición de los fariseos. No habrá quien lo pueda poner en duda; pero son muchos los historiadores, pudiéramos decir todos los que pertenecen a Israel o están bajo su influencia, por bien dispuestos que estén en algunas ocasiones hacia Jesús, que no les parece bien y le reprochan vivamente haber sido no sólo duro, sino injusto con los fariseos, a los cuales el pueblo judío seguramente debe su conservación hasta el presente.

Aunque de pasada, debemos estudiar estos dos puntos: ¿Por qué Jesús juzgó con tanta severidad a los fariseos?

¿Por qué lo condenaron los fariseos?

Será en parte volver sobre nuestros pasos, pero sólo con una mirada de conjunto puede formarse una convicción verdadera.

1. Severidad de Jesús con los fariseos

Jesús consideró el espíritu de los fariseos como un camino falso de la verdadera religión, como un obstáculo a toda reforma que tuviese por fin llevar el hombre al amor de Dios. La razón profunda es que los fariseos, hablamos de los mejores, se dedicaban por entero a las obras de la Ley, complaciéndose y poniendo en esto toda su confianza. Buscaban resueltamente la justicia, pero imaginándose que se bastaban a sí mismos para conseguirla. El amor de Dios iba también comprendido, cosa que está clara en la Ley, y lo mismo el recurso a su misericordia, sobre todo para los demás; pero muy pocas veces, pudiera afirmarse que casi nunca, recurrían a la gracia para evitar el pecado. Satisfechos de sus obras, que juzgaban como cosa enteramente suya,

los fariseos estaban satisfechos de sí mismos y se acercaban confiados al tribunal de Dios. Esta exposición coincide con la de san Pablo, cuyo argumento está todo en germen en la parábola del fariseo y del publicano (Lc 18, 9-14).

De esta mala raíz de suficiencia y confianza en sí mismo en el obrar, brota este otro carácter, que la religión del fariseo tiende a ser del todo exterior. La Ley, especialmente en el *Deuteronomio,* insiste del modo más persuasivo en el deber de reconocimiento y de amor de Israel para con su Dios. Pero como el pago de sus beneficios se le hacía siendo fieles a sus preceptos, la religión era una aplicación extrema a no dejar uno solo sin cumplir. Además, como Dios daba tanta importancia a los actos exteriores o a las abstenciones, los fariseos tendieron a aumentar su número: sus tradiciones habían sobre todo agravado el precepto del sábado, en cuanto era un precepto negativo de no hacer nada. Se ponía todo cuidado en no faltar a una sola de aquellas observancias y no se dejaba lugar al espíritu para volverse a Dios, ni al corazón tiempo para preocuparse de eso: imposible amar a un Dios que tan corto ataba.

Había, sin embargo, que evitar la multiplicación de los pecados. Como el precepto era sobre actos exteriores, fáciles de comprobar, y su transgresión frecuente a causa de tantas minuciosidades con que se le recargaba, en el caso en que la derogación se había convertido en algo inevitable, para quitar a los actos humanos el carácter de culpabilidad no había otro recurso que una exégesis sutil de la letra, engendradora de eternas controversias entre los doctores, en lugar de tomar el camino llano de declarar que la Ley no obligaba en concurrencia con un bien mayor, o que una decisión de puro formulismo debía posponerse al soberano precepto de la caridad. Los doctores estaban asustados de su obra, gastando tanto tiempo en buscar en la letra soluciones benignas como en añadirle obligaciones nuevas.

Tenían dos maneras de apoderarse de las llaves del saber. La conciencia sólo amoldándose a sus decisiones podía formarse, y Jesús había indicado enérgicamente hasta qué punto aquellas decisiones eran meros formulismos. Este secreto de procedimiento exegético era para ellos lo que era para la antigua aristocracia romana el secreto exclusivo de las fórmulas del derecho, cuando a un plebeyo se le negaba la razón en un proceso si no empleaba los términos o hacía los gestos consagrados. Los patricios estaban en posesión de sus privilegios y de sus propiedades. Los fariseos habían ganado poco a poco su autoridad

sobre el pueblo por su fidelidad a la Ley desde los tiempos de los macabeos y por su conocimiento de lo que ligaba y desligaba sus conciencias. No gozaban, como los sacerdotes, de un cargo oficial en la sociedad, y el origen de su influencia parecía de lo más honorable. El resultado, sin embargo, de todo era que su dominación dependía sólo de su prestigio, prestigio que ellos debían mantener con todo esplendor.

Necesitaban, pues, a toda costa conquistar, además de su reputación como doctores, la veneración reservada por el pueblo para las almas santas. Nada más natural que, siendo su religión exterior, la pusieran a la vista. De ahí que Jesús hablase contra esos fariseos que se paraban en público para orar y cuyos rostros extenuados llevaban las señales de sus continuados ayunos. Tan reconocida santidad inspiraba a las viudas una confianza sin límites, no siempre merecida.

Aun en esta ambición de autoridad, estima y respeto puede ser uno sincero. En ese sentido muy bien pudiéramos hablar de *«hipócritas sinceros»*[52]; pero una religión del todo exterior y ostentosa se convierte fácilmente en religión del todo superficial. Lo que llamamos hipocresía es el último grado de esta decadencia del sentimiento religioso, que consiste en aparentar una religión que no se tiene, para disimular una conducta que la religión condena.

No hay de seguro quien se atreva a sostener que todos aquellos fariseos fueran de esta catadura: lo concedemos sin dificultad. Pero nunca dijo Jesús que a tan bajo nivel hubieran descendido todos los fariseos. La palabra hipócrita aplicada por Jesús a la secta en su conjunto, o más bien a los más exaltados que no cesaban de hostigarle, no significaba que hubieran perdido la fe en Dios a quien pretendían servir, sino sólo que su religión no era religión del corazón, era una religión de los labios (Mc 7, 6) a fuera, legalista, enteramente exterior y falta de sinceridad, porque el fariseo, mejor que volver la mirada a sus miserias, procuraba hacerse valer, y la alabanza que brotaba de sus labios más buscaba su propia gloria que la gloria de Dios. «¡Dios mío, te doy gracias..., porque no soy como los demás hombres!» Por excepción, un fariseo entraría dentro de sí mismo para decir con Isaías: «Todas nuestras justicias son como un vestido manchado» (Is 64, 5).

Si el amor de Dios no era el principio dominante de toda práctica religiosa, no hay para qué decir que la caridad hacia el prójimo, aun-

[52] Lucien Gautier, *Études sur la religion d'Israel*, p. 151.

que éste fuera israelita, había de ser muy fría. El que no observaba la Ley con todos sus aditamentos rigurosos era pecador. Y un pecador que violaba sin miramientos las leyes exteriores de pureza legar era no sólo objeto de escándalo, sino un peligro incesante de contaminación que era preciso evitar. Además, por no conocer a fondo la jurisprudencia, el artesano o el labrador caían infaliblemente en esta clase de transgresiones, y así los fariseos se creían obligados a evitar el contacto de aquel pueblo de la tierra, que vivía sin cuidarse de las observaciones, que sólo merecía el desprecio. Considerándose inocentes, no tenían por qué recurrir a la misericordia ni mostrarse agradecidos, y, por consiguiente, se privaban de un motivo de compadecerse de las miserias ajenas y de ayudar a socorrerlas. Los estoicos prescribían la piedad como una pasión perturbadora; los fariseos la consideraban como un peligro para su propia justicia.

Éstos eran los principales puntos de la sentencia de Jesús contra el fariseísmo. ¿Eran exagerados? ¿Eran injustos? Séanos permitido exponer una cuestión ya de antemano resuelta por la sabiduría del Maestro y sobre todo por su bondad. Había venido como médico para curar, y se hubiera inclinado con dulzura sobre esta gran enfermedad moral si el mejor remedio no fuera denunciarla con fuerza en bien de estos ciegos voluntarios y en el bien de los demás.

Sería fácil hallar en las obras hostiles a los fariseos requisitorias más severas, por ejemplo, en la Asunción de Moisés[53], o en la obra recientemente descubierta de los refugios de Damasco[54]. En el mismo *Talmud* no faltan sátiras punzantes contra los fariseos. Pero se dirá: ¿Qué confesión religiosa no ha sido calumniada?[55]. Lo que más necesitamos aquí es una visión amplia de la historia cierta.

Todo el mundo sabe que después de la toma de Jerusalén por Tito, los judíos se entregaron por entero a los fariseos. El sacerdocio no tenía misión que ejercer, estando destruido el Templo; los saduceos fueron una secta, aun animosa, pero abiertamente rechazada siempre por herética.

---

[53] *Revue Biblique*, 1905, p. 483.

[54] *Ibíd.*, 1912, p. 213 s.-3 I s.

[55] Los dos Talmudes ponen una lista de siete clases de fariseos, de los cuales sólo una es alabada. Ver. *Coment, sur St Marc* sobre el versículo 40 del capítulo XII. El rasgo principal es precisamente que sean tenidas en mucho valor sus buenas obras.

El judaísmo que ha sobrevivido es obra de los fariseos. Lo tienen a honor, porque es un hecho extraordinario que una religión atraviese los siglos y permanezca invencible; pero también pesa sobre ellos una gran responsabilidad. Casi resonaba aún en sus oídos la predicación de Jesús, y los fariseos del día siguiente tenían con seguridad los mismos sentimientos que los fariseos de la víspera, cuando deberían recoger velas y callarse.

¿Qué hicieron después del castigo? ¿Qué consigna dieron al pueblo? Oímos claramente entonces los gemidos de los corazones contritos confesando sus faltas, implorando la misericordia, reconociendo la justicia de los juicios de Dios. Esto cuenta el libro IV de Esdras, pero este libro fue completamente ignorado del judaísmo. El Apocalipsis de Baruc reflejaba mejor su espíritu: Baruc sabía muy bien que había pecadores en Israel, pero con todas sus maldades, Israel sabía más que los que habían labrado su desgracia: su religión, su moral, su práctica, eran superiores. Si fue castigado, fue a lo sumo por no ser bastante fiel a la práctica de la Ley. La conclusión del pseudo-Baruc es clara: «Los justos murieron, los profetas duermen su último sueño, nosotros hemos sido arrojados de nuestra patria. Sión nos ha sido arrebatada, nada nos queda ya si no es el Fuerte y su Ley» (Apocalipsis de Baruc 85, 2).

Israel continuará con más empeño que nunca levantando una barrera que defienda la Ley[56]. Después del cruel intermedio de la guerra mesiánica de Bar-Cokebas, perdida toda esperanza, se redactaron hacia el año 200 las antiguas tradiciones, que forman la Michna; más tarde se le añadieron los comentarios de los doctores y se formó la doble Guemara que, unida a la Michna, constituye los dos Talmudes, de Babilonia y de Jerusalén (siglo V y VI). Desde entonces, Israel se encerró en el *Talmud*, y a él debe haber sobrevivido.

El *Talmud* es obra del fariseísmo. Juzgándole nosotros según el *Talmud*, su retrato es del todo semejante al hecho por Jesús. Aunque la religión y la moral del Antiguo Testamento se conservaron, peor todo el esfuerzo se puso en dar uniformidad y exactitud a las observancias.

Hay una objeción. ¿Dónde se manifiesta el ideal de una sociedad religiosa? –pregunta M. Israel Leví[57] en su *corpus juris* o en sus sermonarios–. ¿En su derecho canónico o en sus obras de edificación? Es en los Evangelios o en la Ley de los visigodos donde reside el espíritu

[56] Se puede ver *Le Messianisme*, p. 137 s.

[57] *Revue des études juives*, XLI, p. 28.

del cristianismo. Seguramente en los Evangelios y en las obras de edificación. Pero ¿dónde están en el judaísmo semejantes obras?

El partido más riguroso de los fariseos renunció a las producciones más libres, como los salmos de Salomón, el cuarto libro de Esdras y otros apocalipsis, consideradas desde entonces como peligrosas quimeras. Se nos recuerda la *Agada*, es decir, las historias edificantes que constituyen una suerte de predicación. Pero ¿dónde está? Porque no aparece en los Talmudes, ni en su complemento, la *Tosefta*. Se halla, pues, diseminada en los grandes *midrachim*, que son, antes que nada, comentarios de la Ley. Florece, en fin, en las obras especialmente *agádicas* y sólo en Palestina, a fines del siglo V. Estas obras no son más que comentarios, como el del *Génesis*. Un sabio muy favorable al judaísmo, M. George Foot Moore, en una obra reciente y muy bien informada, nos dice que en esas obras se encuentran pocas ideas originales, pero sí una grande ingenuidad para deducir de los textos bíblicos o introducir en ellos lecciones domésticas o de moral en que nadie hasta allí había soñado, ilustrándolas con ejemplos bíblicos o legendarios, o con parábolas por ellos inventadas[58].

Lo de «ingenuo» estaría mejor expresado por «pueril». Lo particular de este método es ser aun más original que la jurisprudencia *(Halaka)*.

El fondo religioso es sólido, es el del Antiguo Testamento, que ha producido en el judaísmo virtudes admirables, a las cuales rendimos homenaje; pero ¿ganó algo en su desarrollo al ser guiado por una secta de exegetas, cuya principal preocupación eran las observancias? Los antiguos escribas conocían muy bien a los profetas y los citaban con frecuencia, pero sólo para confirmar la Ley. No existen comentarios *(Midrach)* sobre los profetas, a no ser sobre las Lamentaciones.

Es indudable que el descrédito en que insensiblemente fueron cayendo los profetas provenía del poco aprecio que hacían de la religión de las observancias exteriores. Apenas si en nuestros días hay judíos que siguiendo a J. Darmsteter han comprendido la gloria que eran para Israel aquellos hombres del Espíritu y de la religión del corazón.

Hay otra laguna aún más característica, y es la ausencia completa del misticismo, el conocimiento de Dios por la oración. Los judíos no

---

[58] *Judaism in the first centuries of the christian era the age of the Tannaim*, by George Foot Moore, *professor of the history of religion in Harvard University*. Dos volúmenes en 8.º Cambridge, 1927.

conocieron este elemento en el Antiguo Testamento y lo reemplazaron por una cábala esotérica, que sólo es una excrecencia morbosa o una falsificación.

El *Talmud* no estaba escrito en tiempo de Jesús, pero su espíritu informaba el alma de los doctores. Si Israel no se aislaba aún, era que tenía esperanzas de convertir a los gentiles a su Ley, pero con el fin de imponerles al mismo tiempo el yugo de la Ley y el de su dominio. A los fariseos, como el mismo nombre lo indica, los había aislado ya su inquietud de pureza legal y del cumplimiento minucioso de múltiples preceptos. El libro de los *Jubileos*, algunas partes del de Henoch, los salmos de Salomón, obras escritas con seguridad antes que Jesucristo, rezuman ya un espíritu farisaico, semejante a aquel que Jesús describía[59].

2. Por qué condenaron a Jesús los fariseos

Jesús conoció bien y expresó con justicia los sentimientos de los fariseos. No era todo legalismo en su religión, pero la ahogaban con tanto abuso de legalidad, y de legalidad tan arbitraria como era la suya.

¿Comprendieron ellos a Jesús? Mejor diré, ¿por qué lo desconocieron? Precisamente porque hacía revivir la religión, limpia de legalismo, presentándola en su pura esencia, más digna del Padre común de todos los hombres. Maravillados de aquella predicación, tan diferente de la de ellos, que iba directa a Dios por intuición y llevada a Él por el corazón, sin apoyos de su autoridad, sin emplear su método, sin aceptar su imposición, desde el principio se pusieron en guardia sobre semejantes novedades y contra el innovador. Y así desde el principio hasta el fin.

¿Qué pretendía Jesús? Y primero, ¿por quién quería pasar? Al presentarse Él, conmovidos ya por la predicación de Juan Bautista, ¿debieron averiguar, como hizo la gente del pueblo, si se daba Él por el Mesías? Antes de reconocerle como a tal debían estudiar los derechos que podía tener a este título. Jesús hacía milagros, pero también los profetas los habían hecho. Menester era que hiciese prodigios manifestando claramente que era el Mesías esperado.

---

[59] Ryle y James, editores de *Los Salmos de Salomón* (Cambridge, 1891), notan en la p. 49 que la justicia de estos salmos es claramente «la justicia de los fariseos».

Esta esperanza era entonces bastante compleja.

El pueblo se imaginaba un Mesías guerrero. Los fariseos no eran revolucionarios, juzgaban que el orden establecido era obra de Dios. No podríamos hacerlos responsables de la guerra de Tito: Akiba, el más grande rabino, saludó al hijo de la estrella, Bar-Cokebas, mas para ello falseó la tradición farisaica. Los doctores hubieran de buena gana venerado en el Mesías a un doctor; pero el Mesías, por naturaleza, era rey, y Dios haría reconocer su carácter real. No había que precipitar los acontecimientos. La sabiduría divina sabría escoger el momento oportuno. Al hacer su aparición, el Señor del mundo no podía ser vencido. Cualquiera que fuese el propio espíritu del Mesías, su reino sería glorioso, su dominación sobre Israel aclamada con alegría, se extendería sobre las demás naciones. Haría reinar la ley y la justicia, y reprimiría el pecado por la fuerza; Israel reinaría con Él.

En Jesús no se veía ninguno de estos signos, al contrario, invitaba, no sólo a sus discípulos, sino a cuantos se declaraban sus adeptos, a participar de su destino doloroso y a morir con Él.

El concepto de un servidor de Dios sufriendo, expiando, mediante sus llagas, el pecado de Israel, estaba expresado con toda viveza en Isaías. A los doctores no les parecía bien eso y substituían cada ultraje, cada herida, con cualidades honorables dignas del Mesías. Jesús pobre, sin crédito, sin esplendor, rehusando conseguir del cielo una manifestación de gloria que cambie la escena, sería acaso un descendiente de David, pero no era ciertamente el Hijo de David esperado, no era el Mesías. Por eso no lo habían aclamado como a tal.

A la verdad, tampoco Jesús se lo pedía. Por extraña que semejante proposición pudiese parecer a ciertas personas, fue rigurosamente verdadera hasta el domingo de Ramos. Después de la muerte y de la resurrección, el primer paso de la fe fue creer en Jesucristo, es decir, en que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios encarnado en la raza de David. La crítica ha reconocido sinceramente el cuidado que Jesús había puesto en no divulgar su condición de Mesías. El Evangelio de san Marcos pudiera llamarse Evangelio del secreto mesiánico[60]. Muchas veces hemos dicho la causa: dadas las disposiciones de los judíos, hacerse aclamar como Mesías hubiera sido desencadenar la

---

[60] W. Wrede, *Das Messiasgeheimnis in den Evangelien*, 1901; Ver *Revue Biblique*, 1993, p. 625 ss.

revolución, y Jesús hubiera expuesto su verdadera misión y su doctrina a ser desconocida.

San Juan, que escribió para que en su tiempo se creyese que Jesús era Cristo, el Hijo de Dios (Jn 20, 31), aunque nada dice del secreto mesiánico, constantemente lo supone. Jesús no se presenta como el Mesías, sino como el enviado de Dios y hablando en su nombre.

No fue el primero: los profetas habían cumplido con este oficio. La profecía estaba como suspendida, pero se esperaba que el Espíritu divino inspiraría aún a los hombres de Dios. ¿Por qué, pues, los fariseos, dejando a un lado, como hizo Jesús, el problema del mesianismo, no lo reconocían como profeta? Que había oposición entre la doctrina de Jesús y la de ellos, ya lo hemos indicado; pero precisa ver de más cerca el motivo por qué ésta les inspiraba tantas aprensiones y repugnancias.

Desgraciadamente, y porque estaba muy en consonancia con su carácter, ninguna explicación han dado de ello en sus antiguos escritos. Acaso nos darán más luz aquellos que se muestran orgullosos de haber heredado su espíritu, o al menos los defienden y se asocian al partido que han tomado.

En tan particular posición se halla M. Klausner en su *Vida de Jesús*[61]. Si le citamos con preferencia es porque nos parece ser él quien más exactamente indica los agravios de aquellos fariseos, que san Juan llama judíos, porque, en efecto, era el judaísmo oficial el que había levantado la voz ¿Tenían algún fundamento tales agravios? Es el punto de discordancia.

Durante el ministerio de Jesús, el asunto de la abrogación de la Ley de Moisés no se planteó tan claramente como en tiempo de san Pablo. Los fariseos, no obstante, comprendieron muy bien que Jesús no se atenía a la manera como ellos interpretaban la Ley. No sólo no hacía caso alguno de su costumbre de lavarse frecuentemente las manos, sino que se tomaba la libertad de curar en sábado a los enfermos que podían esperar: no temía contaminarse con el trato de los pecadores, hablaba igualmente de su doctrina como de un vestido nuevo, no contentándose con poner un remiendo nuevo a vestido viejo, y llegó a prohibir a los maridos toda especie de repudio. En todo esto,

[61] *Jesus of Nazareth, his life, times and teaching by Joseph Klausner Ph. D. (Heidelberg) Jerusalem. Translated from the original hebrew by Herbert Danby D. D. (Oxford) residentiary Canon, St. George's cathedral Church. Jerusalem.*

dice M. Klausner, Jesús «desacredita el valor de las leyes ceremoniales, no concediéndoles más que una importancia secundaria, comparada con las morales, *y casi* las anula»[62]. El autor subraya lealmente la palabra *casi*, porque Jesús, ni por un momento dejó de observar la Ley. Él mismo inventa un nombre para expresar esta conducta de Jesús, llamándola *superjudaísmo*. Jesús iba más allá del judaísmo, y esto no agradaba a los judíos: es una madre que, temiendo el beso mortal de una hija, lo rechaza esquivándolo.

¿Por qué había de temer el judaísmo viéndose superado por una religión más alta y más pura?

Los fariseos pensaron que la falta de Jesús estaba en no preocuparse más que de Dios, del culto que le era debido, de la perfección que todos los hombres deben procurar, sin inquietarse para nada de las consecuencias que esto traería al judaísmo, sacrificando así la nación, cuya vida estaba íntimamente unida a la Ley. Era la Ley, su vida moral y religiosa, su vida social, su derecho criminal y civil, su vida familiar y, por decirlo de una vez, la vida entera de la nación. Y esta vida le era comunicada por los fariseos, porque, como afirma M. Klausner, un fariseo era jurisconsulto, juez, notario, legislador, naturalista, botánico y agrónomo. La literatura religiosa se extendía al álgebra, a la medicina, a la astronomía, a la historia y a la geografía. Todo esto se hundía de golpe si Jesús lograba desprender de la Ley antigua una religión y una moral para todos los hombres. En efecto, y M. Klausner lo reconoce muy bien, la ley moral es la misma para todos los hombres, y nada tiene de nacional. Sacrificando este elemento particular y poniendo en peligro la religión nacional, sacrificaba al pueblo mismo, socavando sus cimientos. Éste se defendió, esquivó el beso mortal, y de ahí le vino la muerte a Jesús.

Así tomadas las cosas, el antagonismo de los fariseos habría tenido el mismo móvil que el de los acusadores de Sócrates y el de cuantos en la antigüedad han intentado impíos procesos. El culto nacional se armaba contra las novedades, que conmovían los fundamentos de la ciudad y de la nación.

Este motivo es aún hoy el interrogante del porvenir de la nación judía. ¿Permanecerán los judíos estrictamente fieles al *Talmud* y a su partido, que les ha asegurado la supervivencia a través de los siglos, o renun-

---

62 *Obra citada*, p. 370.

ciarán a estas trabas para volver a ser una nación de vida social y política ordenada a más altos intereses humanos, a semejanza de las demás naciones, y bajo la égida de una fe religiosa inviolable? La cuestión está planteada como nunca por el Sionismo y será preciso darle solución[63].

Sean cualesquiera sus destinos, la humanidad sabia, desde hace mucho tiempo, está a favor de Jesús. No insistimos sobre la mediocre calidad de la astronomía del libro de Henoch tan atrasada, si se la compara con la ciencia griega de su tiempo. Todo este fárrago pseudocientífico lo rechazar los judíos ilustrados. Aunque Jesús no resolvió ningún teorema, prestó, sin embargo, grandes servicios a la ciencia, colocando la religión en una esfera más elevada, con lo cual se devuelve a la ciencia su libertad. Cuando se tiene fe en solo Dios Creador del mundo, ni que decir tiene que la religión debe ser la misma para todos los hombres y lo mismo la moral. Todas las naciones se acomodan a ellas sin perder su carácter, ni su independencia, ni nada de cuanto informa la vida de los pueblos. Los judíos continuarían viviendo su propia vida, y si continúan afirmando que el «superjudaísmo» de Jesús era quimérico, es que cierran los ojos para no ver la historia. Los fariseos debieron comprender, como hicieron los cristianos, la distinción entre los preceptos y los consejos, la letra y el espíritu; que los consejos, en cuanto tales, no han sido menos practicados ni menos fecundos que los preceptos.

Si el motivo de rechazar la doctrina de Jesús fue verdaderamente el temor de comprometer la vida nacional, el orgullo nacional los ha engañado.

Hacer cuestión nacional de una idea puramente religiosa fue sin duda, el error del partido dominante. Entre todas sus tradiciones fue

---

[63] Si se mira al fondo de ella, no se trata solamente de saber si sacudirán o no el yugo del *Talmud:* se trata de la misma ley de Moisés. Si los judíos estuvieran autorizados para reedificar el Templo, estarían igualmente obligados por su Ley a reanudar los sacrificios sangrientos, de los cuales no quieren, y con razón, oír hablar. No faltan en esto argucias rabínicas, porque, dicen algunos autores modernos, la Ley no admite sacrificios, si los sacerdotes no están en estado de pureza legal. Esto no puede darse, puesto que no se ha sacrificado la vaca roja para purificarlos; pero como para sacrificar la vaca roja es menester el estado de pureza legal, etc.

Merced a este subterfugio, tratan de ocultar la evidencia de que ellos dan por abrogada la ley de los sacrificios sangrientos, que tanta parte ocupa en el *Pentateuco.* ¿Puede darse nada más característico?

siempre la más sagrada la intervención de Dios por medio de sus enviados, de sus intérpretes pudiera decirse, porque no otra cosa era la misión de los profetas. A ellos no les incumbía otra obligación que la de estudiar si la doctrina sobre Dios era la de la Ley, y si Aquel que se decía enviado de Dios tenía testimonios de su misión. Ningún profeta había dado más pruebas que Jesús: era preciso creer en Él cuando afirmaba que hablaba en nombre de Dios.

Sin duda, gran número de judíos habrían abrazado con entusiasmo su «superjudaísmo» si, además del peligro nacional, no les hubiera parecido que atacaba el fundamento mismo de su religión revelada, la unidad del Señor Dios. Porque Jesús se daba por el enviado de Dios, único que conocía su secreto pensamiento y por Hijo de Dios, no dudando en parangonarse con su Padre.

Que el Mesías, en el esplendor de su gloria, hubiese tomado el título de Hijo de Dios, lo hubiesen tolerado dando una suave explicación. No le hubiera sido difícil justificar esta prerrogativa, ya que el rey era tenido por el hijo adoptivo por excelencia de Dios, que consideraba a Israel como hijo; pero que un pobre hombre como Jesús usurpase la jerarquía divina, y esto en el sentido propio, era inadmisible. Ésta ha sido la acusación de los judíos en todos los tiempos. Los homenajes rendidos por el mundo a Jesucristo pudieran estimarse como compensación de la gloria que le faltó en vida; pero el hombre no tiene derecho para igualarse con Dios. Fuerte en su convicción de la unidad de Dios y de su infinita grandeza, la conciencia judía se rebela contra el dogma de la Encarnación. La protesta de los fariseos, su escándalo sólo al oír tal blasfemia, la justicia por ellos tomada, son aún, en el sentir de los judíos modernos, su mejor título de honor: salvaron a su nación del crimen inexpiable de apostasía.

Si la resolución homicida de los fariseos alega esto como última prueba, ni con esto se justifica, ni siquiera se excusa. Por el solo hecho de su afirmación, Jesús transportaba el mesianismo a otra esfera, al seno de Dios. El triunfo del Mesías era la victoria de Dios sobre el pecado y sobre Satanás.

Desde esas alturas, todas la prerrogativas temporales, que se creían necesarias para el Mesías, perdían muchísimo de su valor. Y hasta nos atrevemos a decir que eran incompatibles con la dignidad de un Dios. ¿Lo juzgamos así porque desde niños nos hemos familiarizado con el misterio de la Cruz? Indigno de un Dios encarnado nos parecía que pretendiese una corona. En su frente, los diamantes y las perlas los

tendríamos por falsos adornos. Puesto que había venido a rescatar a los hombres del pecado, el Hijo de Dios no tenía derecho más que a una corona de espinas; pero una vez realizada esta obra, las profecías recobraban su verdadero significado en el orden espiritual. Tan gloriosa transfiguración de la Escritura no trascendía la capacidad de los doctores, puesto que con tanta facilidad la realizaron los apóstoles bajo la inspiración de su fe.

Es lo que ha hecho decir a Pascal en términos que no puedo menos de transcribir: «Jesucristo fue muerto, dicen ellos; sucumbió; no dominó a los paganos por la fuerza; no nos dio sus despojos; no da riquezas. ¿No tienen otra cosa que decir? Esto precisamente me lo hace amable. No quisiera de Él lo que ellos se figuran... Jesucristo, sin bienes y no dejando escritos libros de ciencia, resplandece en el orden de la santidad. Nada inventó y no reinó, pero fue humilde, sufrido, santo, santo para Dios, terrible para los demonios y sin ningún pecado. ¡Oh, con cuánta pompa y con qué prodigiosa magnificencia aparece a los ojos del corazón que ven la Sabiduría!»[64]

Los fariseos, pues, no tenían que averiguar si tenía Jesús las cualidades atribuidas por ellos al Mesías, sino si estaba Él autorizado para llamarse Hijo único de Dios.

Los estupendos milagros obtenidos de su bondad por la fe, las victorias tan numerosas como fáciles sobre el demonio, que tanto trabajo daba a los exorcistas, y una tan santa vida, debieron decidirles a oírle con docilidad, y después, a confiar en Él y, emprendiendo de nuevo el estudio de la Escritura, habrían reconocido en Él la unidad adonde conducían dos líneas convergentes de profecías: unas, que anuncian la venida personal de Dios para fundar su reino, y las otras, pronosticando la misma obra al hijo de David, al Emmanuel de Isaías, que se llamaría Dios fuerte, al Señor de David, sentado a la diestra de Dios.

Sin paradoja se puede decir que la grandeza inaudita de ser Hijo de Dios dispensaba a Jesús de manifestarse durante su vida mortal rey glorioso, como lo había concebido la imaginación popular. Su misión, que era ofrecerse en sacrificio, excluía un triunfo prematuro, y así no pretendía el título de Mesías. Sólo en el momento de la muerte lo aceptó, y los fariseos ninguna objeción hubieran puesto, una vez admitido

---

[64] *Pensées*, ed. Brunschvicg, p. 686, 696. *Pascal et les prophéties messianiques* en la *Revue Biblique*, 1906, p. 533, 560.

lo que Él era, si hubieran sido dóciles en aceptar su testimonio confirmado por el de su Padre.

Pero la docilidad no era distintivo de ellos; hubieran tenido que renunciar al sentimiento de su competencia y a su reputación de maestros de Israel (Jn 12, 43). San Juan, que veía las cosas de más alto, desde los designios de Dios, lo hace notar. Dios les había cegado y endurecido, lo cual quiere decir, cuando se cree en la libertad y en la responsabilidad como el evangelista creía, que ellos mismos se cegaron y endurecieron. Tanto, que dice de los que creían en Él: «A causa de los fariseos no lo confesaban porque amaban (libremente) más la gloria de los hombres que la de Dios». En sus designios eternos, Dios permitió aquella ceguedad y obstinación, que ejecutaron, sin quererlo, el plan por Él trazado.

Después pone san Juan en los labios de Jesús algunas palabras que, resumiendo las precedentes, responden a la principal acusación de los fariseos. Lo van a condenar como innovador, por su actitud de juez, por atentar contra la majestad de Dios, al proponérseles a sí mismo como objeto de su fe. Y, en efecto, se había colocado tan alto –exigiendo la fe en Él, y un amor que fuera más tarde que todos los otros amores–, que toda defensa hubiera sido ineficaz si no hubiera ido hasta el fin de sus pretensiones haciéndose igual a Dios. Pero si tenía derecho a ello, creer en Él no era nada nuevo, pues era creer en Dios; escuchar su palabra era escuchar la palabra de Dios, y rechazarla era condenarse a sí mismo. Él, sin embargo, siendo la luz, había dicho la verdad, y había venido para ser el Salvador, para ayudar a los hombres a guardar el mandamiento que es vida eterna.

Esto, en verdad, era por lo que los fariseos no quisieron entrar: rehusaron creer que Dios se hubiese unido al hombre en la carne, y rehusaban al mismo tiempo creer que los hombres pudieran unirse a Dios en el espíritu. La antigua religión revelada se dividió en dos modalidades religiosas muy distintas: en la religión del legalismo, que excluye la mística y satisface a todo con la observancia de los preceptos, de los cuales el primero es el amor de Dios; y en la religión que resume todos los preceptos en la caridad, cuyo fin es la unión del alma con Dios por amor de amistad en Jesús, Dios y hombre. La primera ha continuado siendo la religión nacional de un pueblo maniatado por la letra misma en su desarrollo humano, sin progreso posible, a no ser que torture la letra; la otra junta a todos los hombres, sirviéndole de cimiento inmutable el dogma que, sin cesar, se eleva por la acción del

Espíritu Santo en las almas, extendiendo cada día más sus ramas y echando más profundas raíces. Esta diferencia se realizó cuando los fariseos renunciaron al reino de Dios predicado por Jesús.

LIMOSNA DE LA VIUDA
(Lc 21, 1-14; 12, 41-44)

Un pedazo de cielo azul entre dos tormentas. Acababa Jesús de anunciar a los fariseos el castigo que amenazaba a Jerusalén; pero antes de reanudar la conversación con sus discípulos sobre asunto tan espantoso se sentó frente al tesoro. Los ricos echaban con profusión monedas en los cepillos destinados a los dones del Templo. Una pobre viuda se acercó y dejó deslizar entre sus dedos dos moneditas, de valor de un cuarto de as. Quiso aprovecharse de aquella última ocasión para enseñar a sus discípulos que el único don digno es el del corazón. La observancia exterior es nada; la virtud religiosa está en la intención. Por esto les dijo: «Os digo en verdad que esa pobre viuda ha echado más que todos los otros en el tesoro. Porque éstos, de lo que les sobraba, echaron para las ofrendas de Dios; mas ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento».

DOBLE ADVERTENCIA SOBRE LA RUINA DEL TEMPLO Y LA VENIDA DEL HIJO DEL HOMBRE
(Lc 21, 5-33; Mc 13, 1-32; Mt 24, 1-36; 10, 17, 18, 21, 23)

Muchos discípulos de Jesús, los más íntimos, estaban presentes cuando formuló aquella amenaza: «¡He aquí que os dejarán desierta vuestra casa!» Palabras más formidables en su sencillez que todas las calamidades amontonadas en los apocalipsis con sus espantos. Todas las ruinas pueden repararse, pero el abonado de Dios cierra el corazón a toda esperanza, a menos que un arrepentimiento íntimo obligue a exclamar: «Bendito sea el que viene en nombre del Señor» (Mt 23, 38 s.).

Acaso los discípulos pensaron que una casa abandonada queda aún en pie, y no entendieron en aquella profecía la ruina del Templo. Así, cuando Jesús salía con ellos del admirable recinto, que hacía al Santuario una corte de honor, sin preocuparse para nada del porvenir,

expresaron ellos su admiración de extranjeros aturdidos al contemplar aquellos inmensos bloques, entonces en toda su blancura y tan perfectamente ajustados, que apenas se notaban las junturas, y un tanto biseladas sus cuatro aristas para el juego de la luz y de las sombras. En su simplicidad, un discípulo manifiesta su sentir a Jesús y le dice: «¡Maestro, mira qué piedras y qué edificios!» El Maestro los vio cómo estarían de allí a poco: «No quedará piedra sobre piedra que no sea derribada». Esto era un pronóstico bien claro de la ruina del Templo, y más especialmente del Santuario. Los muros externos fueron demolidos también, y nada dicen en contra del cumplimiento de la profecía que quedaron en pie algunas partes del recinto, testigos del antiguo esplendor desaparecido, hoy admirados por los artistas como antes lo fueran por los sencillos galileos.

Semejante anuncio llenó de espanto a los discípulos. El pequeño grupo bajó las escaleras del Templo, pasó el Cedrón y subió poco a poco en silencio la pendiente opuesta. Cuando llegó a lo alto del monte de los Olivos, mirando al Templo que se podía contemplar en todo su esplendor, Pedro no se contuvo más y preguntó al Maestro. Estaban allí Andrés su hermano, Santiago y Juan. Que sobrevendría la catástrofe no era dudoso después de las palabras de Jesús, y Pedro ardía en deseos de saber cuándo se produciría aquel prodigioso acontecimiento y qué señales anunciarían su llegada.

No accedió Jesús a satisfacer aquella curiosidad, pues ni a los mismos discípulos les señaló jamás fechas precisas. Les bastaba saber cómo debían arreglar su conducta. El discurso que a continuación les echó fue, como todos los otros, para advertirles las disposiciones necesarias que debían tener para estar prestos a cumplir los juicios de Dios.

La respuesta, no hay duda, abarca dos puntos: la ruina del Templo y la venida del Hijo del hombre. Tan claro es esto, que nadie ha dudado de ello. Pero ¿es que estos dos acontecimientos estaban tan unidos en el pensamiento de Jesús que formaban como dos visiones del mismo panorama, viniendo a ser la ruina del Templo la señal del fin del mundo?

Así lo ha afirmado categóricamente Reimaro, sabio alemán de fines del siglo XVIII. Los términos usados por Jesús le parecieron tan precisos, que, no habiéndose cumplido la profecía, pues el mundo existe aún, este solo texto bastaría para convencer de error al fundador del Cristianismo y al Cristianismo de falsedad. En nuestros días, esta dificultad ha sido renovada con muchos aderezos por una escuela de exé-

gesis, que reducía el porvenir de Jesús al anuncio de una catástrofe que no se había realizado en el tiempo prescrito.

Ya se preocupaban de esto en tiempo de san Agustín. En la venida del Hijo del hombre, vista a través de la ruina del Templo, le parece que debiera entenderse de una venida espiritual de Jesucristo, hecha sensible en la protección dada a la Iglesia cuando la destrucción de Jerusalén, porque fue para ella su liberación y la señal de sus progresos; ya que el culto abrogado por la muerte de Jesús se hiciera imposible, aun para los judíos con la ruina del Templo. Semejante solución es seductora, y vendrían tentaciones de aplicarla al texto de san Lucas, si no hubiera señalado un tiempo de espera, el tiempo de las naciones entre la devastación de Jerusalén y la venida del Hijo del hombre (Lc 21, 24). Además, choca contra los textos de san Marcos y san Mateo, que aluden a la consumación de las cosas.

Tentados estamos de oponer hoy a la crítica un sistema puramente crítico[65]: los críticos más modernos no se atreverían a rechazarle por atrevido. Consistiría en afirmar que Jesús no habló de dos hechos en el mismo discurso. San Mateo compone muchas veces sus largas alocuciones con palabras pronunciadas en diversas circunstancias. Estaríamos en el mismo caso. Se encuentran en su texto palabras que san Lucas ha colocado en el discurso sobre la venida súbita del Hijo del hombre que hemos visto en la narración de san Lucas (Lc 17, 22-37; p. 384 s.); otras frases hay que pudieran pertenecer a temas diferentes de la ruina del Templo. Lo mismo pudiera decirse de san Marcos, pues, contra su costumbre, hizo aquí un discurso largo y pudo imitar a san Mateo. En cuanto a san Lucas, que ya había relatado un discurso sobre este suceso, volvería a tratarlo por seguir a san Marcos. Esta repetición literaria no sería prueba de que Jesús tocó los dos puntos el mismo día, y no quedaría más que un discurso sobre la ruina del Templo.

Si semejante análisis puede servir de respuesta a los críticos acostumbrados a disecciones literarias mucho más atrevidas, renunciamos a hacer hincapié en él, porque la conformidad de los tres primeros evangelistas es demasiado grave para que se pueda pasar por alto.

¿Qué debemos decir? sencillamente esto, que es muy sólido, a saber: que si Jesús trató juntamente los dos puntos de la destrucción

---

[65] *Commentaire sur St. Luc*, p. 536.

del Templo y de su venida, no dijo que los dos hechos se realizarían al mismo tiempo[66].

Al contrario, señaló dos diferencias, capitales para la solución de estos dos problemas. Primera diferencia: El primero es un acontecimiento que los discípulos podían y debían evitar huyendo, y por esto mismo les indicó los signos precursores. El segundo es una catástrofe mundial, que alcanza por igual a todos los hombres. Segunda diferencia: El primer acontecimiento está relativamente próximo, sobrevendría antes que la generación presente haya desaparecido. Del tiempo del segundo, Jesús no quiere decir nada, porque es secreto del Padre.

Entonces, ¿por qué trató de los dos asuntos al mismo tiempo? ¿No era esto sugerir a sus discípulos que ellos no formarían más que un mismo juicio de Dios?

Es necesario responder con franqueza. Los discípulos ningún peligro corrían de verse envueltos en esta confusión, porque ya la tenían en su espíritu. Esto se deduce con claridad mirando cómo proponen la cuestión en san Mateo. «Dinos, ¿cuándo será esto (es decir, la destrucción), y qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?» (Mt 24, 3). En efecto, Jesús acababa de decir públicamente que Jerusalén sería abandonada hasta que se oyese el anuncio de su segunda venida. Comprenderían que aquel abandono era la destrucción total del Templo. Además, como buenos israelitas, no podían concebir la ruina total del Templo, que traería consigo el fin del culto de Israel. El Templo, derruido por Nabucodonosor, había sido reedificado por los judíos vueltos de Babilonia: Herodes, si había demolido el segundo Templo fue para reemplazarlo por otro más bello. La vuelta del Mesías, puesto que se hacía necesario que Él desapareciese, cosa que a más no poder habían aceptado, sólo podía ser considerada como la salvación de Israel y la restauración del Templo. ¿Qué harían cuando

---

[66] Citamos una buena fórmula, José de Maistre *(Veladas de S. Petersburgo)*. «El profeta goza del privilegio de vivir fuera de su tiempo: sus ideas no pudieron ser atribuidas a un tiempo determinado, se tocan en virtud de una simple analogía y se confunden, lo cual necesariamente produce gran confusión en los discursos. El mismo Salvador se sometió a esta situación cuando, voluntariamente entregado al espíritu profético, las ideas análogas de los grandes desastres, independientes del tiempo, le llevaron a mezclar la destrucción de Jerusalén y la del mundo». Esta explicación por analogía es un hallazgo, y la teoría es aplicable a las profecías del Antiguo Testamento. Pero en nuestro caso particular, Jesús, más que mezclar, separó lo que estaba confundido.

apareciesen las señales amenazadoras de la catástrofe? Esperar la liberación, el milagro, la venida del Mesías, del mismo Jesús que volvería para reinar. La sucesión rápida de los dos acontecimientos debía estar profundamente arraigada en el espíritu de los discípulos; ella los exponía a quedar envueltos en la ruina y, lo que sería más grave aún, a participar de las esperanzas de los rebeldes, a hacer causa común con ellos, a perder de vista la misión que su Maestro les había señalado. Debían estar prevenidos. Por ellos fue por quienes Jesús se vio obligado a tratar al mismo tiempo de los dos hechos. Si tomó esta determinación fue, no para producir confusión en sus ánimos, sino para disipar la que ya los atormentaba. Lo que no quiso fue descorrer el velo que debía cubrir el segundo acontecimiento, y hasta les dice que aquello no entraba en su misión. Con toda claridad prescribe lo que es necesario hacer en el primer acontecimiento: huir. Esta orden fue tan fielmente comprendida, que los cristianos, al advertir los primeros síntomas del asedio a Jerusalén huyeron a Pella[67]. En cuanto al segundo suceso, no había más que mantenerse firmes en la fe, y para esto los pone Jesús en guardia, a ellos y a todos los que vendrían, contra las seducciones del error y contra la aparición de los falsos Cristos y de los falsos profetas.

A la claridad de esta luz es fácil repartir lo que a cada acontecimiento pertenece. Si la distinción no aparece más clara es porque los dos primeros evangelistas, con reproducir fielmente el pensamiento de Jesús, no hicieron por destacarlo; estando aún por algún tiempo bajo la impresión de la esperanza incoercible de la próxima venida de su Maestro, habrían más bien favorecido la penumbra. Si no lo han hecho, por conformarse a la voluntad de Jesús, que no había querido hablar más claro, la confusión en que han dejado a las generaciones cristianas es al menos una prueba decisiva de que ellos escribieron antes de la toma de Jerusalén.

San Lucas, que comprendió los presagios del tiempo, puso en términos más claros lo que en los predecesores[68] estaba oscuro. La tradi-

---

[67] Ver p. 427.

[68] Ésta es la expresión de san Agustín en un texto muy importante *(Epist... 199): tamen Lucas evangelista et hanc dierum breviationem, et abominationem desolationis, quae duo ipse non dicit, sed Matthaeus Marcusque dixerunt, ad eversionem Jerusalem docuit pertinere, alia cum eis dicens apertius de hac eadem re quae illi possuerunt obscurius.*

ción más antigua del discurso hay que buscarla en los dos primeros evangelistas, y con preferencia en san Marcos, que no lo mezcló con otros elementos. Podemos imaginar un cuadro con dos temas yuxtapuestos, que podrían colocarse en dos columnas paralelas[69]. En la primera, el tema de la ruina del Templo. Jesús habla sucesivamente de los día de angustia, de la conducta que deben seguir los discípulos y de la catástrofe. Los mismos puntos vuelve a tocar al hablar de su venida. Entonces es cuando se ve la oposición de los temas en cuanto al tiempo.

DISCURSO SOBRE LA RUINA DEL TEMPLO

Quiso Jesús prevenir a sus discípulos contra una espera prematura. Se les dirá que allí está Él, y esto deben tomarlo como signo evidente de que el gran acontecimiento no está lejos. Algunos, oyendo hablar del Mesías, se dejarán arrastrar por el error. Habrá guerras, aún más, lucha general entre las naciones, temblores de tierra, hambres..., pero estas calamidades sólo son preludios y no deben inquietarse por ellas.

El cuadro era sombrío, si bien todos sus elementos son del orden natural, conocidos ya de todos. Sería fácil señalarlos entre los años 30 y 70 después de Jesucristo. La guerra civil que siguió a la muerte de Nerón, por los años 68 después de Jesucristo, muy poco antes de la toma de Jerusalén y en que perecieron tres pretendientes al imperio, Galba, Otón y Vitelio, debió impresionar muy vivamente las imaginaciones. Jesús no parece que haya atendido a hechos particulares: habla como los antiguos profetas (Is 8, 21; 13, 13; 19, 2; Ez 5, 12, etc.). Estos males que afligen a la humanidad y le arrancan gritos de dolor son comparados a los dolores del parto, seguidos de una grande alegría, cuando ha pasado la crisis.

¿Qué harán los discípulos mientras tanto? ¿Esperarán, horrorizados, verse libres por milagro? No, ellos deberán predicar la buena nueva de salvación conseguida por Jesús, con tanto celo y actividad, que sea transportada a todas las naciones, a la parte escogida de la humanidad en el orden del pensamiento, y que está unida más bien que separada por las aguas del Mediterráneo. Y san Pablo juzgaba que este

---

[69] Ver *Revue Biblique,* 1906: *L'avenement du Fils de l'homme,* páginas 382-411.

milagro ya se había cumplido en su tiempo (Rm 10, 18). Este Evangelio sería el de Jesús no sólo porque repetirá sus palabras, sino también porque anunciará la salvación por Él. Los discípulos serán perseguidos por causa de su nombre, porque darán testimonio de Jesús.

No tendrán necesidad de buscar argumentos en su defensa, como hacían los escribas pensando en las decisiones sacadas de la Escritura: no hablarán según el propio sentir, sino que hablará por ellos el Espíritu Santo. Tampoco les faltarán contradicciones: los parientes, los hermanos, los padres entregarán a sus allegados, los discípulos serán llevados a los tribunales, azotados en las sinagogas y obligados a comparecer ante gobernadores y reyes. El que perseverare hasta el fin se salvará, es decir, el que se mantuviere firme hasta el fin, obtendrá la salvación de su alma, aquella salvación de que Jesús más de una vez había dicho que todos los tesoros del mundo no valían tanto como ella (Mc 8, 35; 10, 26).

Después de esta rápida mirada sobre la eternidad, Jesús toca el punto angustioso de los últimos días del culto en el Templo. Las expresiones pudieron parecer oscuras fuera de Tierra Santa, y éste habría sido el motivo de que las suprimiera san Lucas. Pero todo israelita, por poco que concurriera a los ejercicios de la Sinagoga, y aunque no estudiara a los profetas en su texto, no podía ignorar los célebres pasajes de Daniel (Dn 9, 27; 11, 31), sobre la abominación de la desolación, que debía profanar el Templo.

Cuando la profanación del Santuario, lugar en que Antíoco Epifanes hizo levantar la estatua de Júpiter Olímpico, los judíos vieron en ella el cumplimiento de la profecía de Daniel (1M 1, 57). Mas, aunque la expresión simbólica se conserva por tradición y con su forma impresionante, Jesús sabía que la historia jamás se repite de la misma manera. Jesús sugiere la idea de que la abominación de la desolación no es una cosa, sino un ser inteligente, y en lugar de nombrar el Templo, habla de una manera vaga. Esta persona acaso sea una multitud, «que estará donde no debe», y para subrayar lo misterioso de la expresión, san Marcos añade: «El que lee entienda». No hay un rasgo siquiera que indique lucha entre las potencias celestes. El tema es siempre la ruina del Templo. San Lucas, mejor que indicar a los gentiles el texto de Daniel, se creyó autorizado para traducirlo en forma más accesible a los lectores. «Y cuando viereis a Jerusalén cercada de ejércitos, sabed entonces que ha llegado su destrucción» (Lc 21, 20). El cuidado que tuvo en conservar la palabra desolación prueba claro que

no trataba de cambiar su sentido, sino de transcribirlo, y que su interpretación fuese con seguridad la misma que tuviesen los cristianos cuando estalló la lucha. Estar por entonces en Jerusalén sería verse envuelto de voluntad o por fuerza en la lucha y en la represión. Habiéndoles anunciado Jesús la destrucción del Templo, sus discípulos no debían esperar su salvación ni de los hombres ni de Dios. No había tiempo que perder, porque, una vez sitiada la ciudad, la evasión sería imposible, como lo prueba la narración de Josefo: el mismo peligro existía en Judea. «Los que estén en Judea huyan a los montes». ¿Dónde huir, pues Judea propiamente dicha es montañosa? «Huir a la montaña» no se entendía por huir por el monte de los Olivos hacia la región de Hebrón; debía entenderse del otro lado del Jordán y del mar Muerto, donde se levanta, al sur, la escarpada cadena de los montes de Edón y más lejos los de Moab y Ammón: allí estaba el refugio, lejos del país en que ardía la guerra. Sabemos, en efecto, por Eusebio[70] que los cristianos de Jerusalén, advertidos antes del asedio por revelación, se refugiaron en las montañas, en Pella[71]. Esta revelación es la misma del Salvador, entonces mejor entendida.

Había que huir sin llevar bagajes estorbosos, ya que se trataba de salvar la vida. Y era mucho en esta guerra mortífera en que tantos judíos perecieron. Los términos son precisos y de un verismo punzante. Es fácil imaginar al soldado romano irritado de aquella tenaz resistencia, enardecido más para matar que para robar. «El que está sobre el terrado, no baje, ni entre para recoger algo de la casa[72], y el que esté en el campo –donde se trabaja, llevando sobre sí apenas la túnica– no vuelva atrás a recoger su manto», que sería, sin embargo, en el viaje, su única defensa contra el frío de la noche. –«Mas, ¡ay de las que estén encinta y de las que criaren en aquellos días! Rogad para que no acontezca vuestra huida en invierno»–, pues es difícil caminar a causa del barro, y a causa de la crecida de los arroyos y de las frías lluvias que penetran hasta los huesos. ¡Cruel diluvio de calamidades, sobre todo para las pobres madres! Jesús las prevé con anticipación y sufre por sus fieles: su compasión está en conformidad con el curso normal, aun-

---

[70] *Historia de la Iglesia*, III, v. 3.

[71] *Revue Biblique*, 1911, p. 418 s. Descripción del R. P. Abel. El sitio está un poco más al nordeste de Jerusalén para ser visto desde el monte de los Olivos.

[72] La escalera de la terraza está muchas veces por de fuera y adosada al muro.

que funesto, de las circunstancias: son humanas y las siente como hombre.

DISCURSO SOBRE LA VENIDA DEL HIJO DEL HOMBRE

En este punto cambia la escena[73], sin que san Marcos y san Mateo nos lo adviertan, como tampoco Daniel indica a sus lectores que pasa del fin del enemigo de Israel «a un tiempo de angustia tal, que no tuvo semejante desde que existe una nación hasta entonces» (Dn 12, 1). Éstas son las expresiones de san Marcos y san Mateo, con la sola diferencia de que en los evangelistas los términos son más fuertes. Uno y otros señalan un nuevo período: en Daniel es la resurrección de los muertos, que confina con la eternidad; en el Evangelio hay que reconocer la misma consumación de todas las cosas, descrita sin transición alguna.

Una vez más san Lucas, compadecido de su helenizado lector, poco hecho a esos saltos bruscos de la tierra al cielo, hizo una pausa en estilo histórico: «Y caerán al filo de la espada. Y serán llevados cautivos a todas las naciones. Y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles» (Lc 21, 24)[74].

Después de esto, san Lucas se vuelve a unir con san Marcos y a san Mateo en las grandes imágenes de los últimos tiempos. Nadie debe pensar entonces en huir, pues no son soldados los que hacen la guerra y de cuya vista se puede uno ocultar.

Tan grande es el desencadenamiento de las potencias sobrehumanas del mal, y tal el imperio que sobre el mundo entero les es concedido, que ningún ser viviente habría resistido y ni alma humana se hubiera salvado si se les hubiera permitido por más tiempo el asalto. Pero Dios, en interés de sus elegidos, acortará los días. El mayor peligro

---

[73] En esto se han fijado nuestros comentarios. La disposición de la Sinopsis en columnas debe ser corregida uniendo en el segundo discurso los textos de Mc 13, 19-23, y en Mt 24, 21-25.

[74] Se siente uno fuertemente tentado a decir que san Lucas escribió a la luz de los sucesos. Si no obstante fuertes razones obligan, como pensamos, a señalar la composición de los dos libros, el Evangelio y los Hechos, antes del año 70, se dirá, con verosimilitud, que los sucesos estaban señalados desde entonces y que la tradición cristiana estaba fija en la interpretación del conjunto de los discursos.

estará en que el mal no se presentará a cara descubierta: surgirán falsos Cristos y falsos profetas, y les será permitido dar señales y hacer tales prodigios, que los mismos elegidos estarán sorprendidos y extraviados, si fuese posible que pereciesen. Aunque sea diferente ésta de la otra guerra, puede estar lejos o cerca, y los discípulos deben darse por avisados.

Pasada esta angustia, que será como un desbordamiento de las corrientes del mal en el orden moral y religioso, hasta la naturaleza misma se conmoverá. Se oscurecerá el sol, la luna se apagará, caerán las estrellas del cielo y las potestades que están en los cielos se estremecerán. Imágenes grandiosas, tradicionales de los profetas y renovadas en los apocalipsis y que nos ofrecen como predicciones técnicas, como tampoco la abominación de la desolación. No es un caso en que Jesús se sirvió de términos consagrados, en que se alejó de su práctica constante de no hablar de los elementos como teórico de sistemas del mundo. A estos signos añade solamente «la señal del Hijo del hombre en el cielo» (Mt 24, 30), en que se puede reconocer la Cruz, símbolo antes de un suplicio y después trofeo de su victoria.

«Se verá, en fin, al Hijo del hombre –también ésta es una imagen tradicional desde Daniel (Dn 7, 13)– viniendo sobre las nubes con gran poder y majestad. Y enviará entonces sus ángeles y juntará a sus elegidos de los cuatro vientos, desde la extremidad de la tierra a la extremidad del cielo.»

El Hijo del hombre –¿qué discípulo no lo conoce?– es Jesús mismo, que viene a inaugurar el reino de Dios al fin de los tiempos.

TIEMPO DE LA RUINA DEL TEMPLO Y DEL ADVENIMIENTO DEL HIJO DEL HOMBRE

Se ve claro, aun en san Marcos, que parece haber conservado mejor el carácter del discurso primitivo sin elementos coordinados, que Jesús trató los dos temas. El primero, el de la ruina del Templo, está envuelto en términos simbólicos, pero sólo en lo principal. Todo pasa en la tierra; los hechos son naturales, los que huyen hallan un abrigo donde esconderse. El segundo acontecimiento pasa también en la tierra; pero sus señales son prodigios, agentes de los falsos Cristos, y el término es el fin del mundo. ¿Se realizarían al mismo tiempo, de suerte que el segundo fuera continuación y complemento del primero?

En la época en que san Lucas escribía no se creía así. Después de haber indicado suficientemente un intervalo, los tiempos de las naciones, nada expresamente vuelve a decir sobre los dos hechos; indica sólo que las primeras manifestaciones de la catástrofe serán presagios de la liberación de los cristianos. La amenaza, que es para los judíos una pesadilla, es para los fieles una esperanza. «Enderezad y levantad vuestras frentes, porque se acerca vuestra liberación». Los dolores han dejado paso a la alegría: la Iglesia, verdaderamente ha brotado de entre las ruinas de la Sinagoga. Después, san Lucas reproduce la parábola de la higuera como representando la aurora del reino de Dios sobre la tierra. Los primeros brotes de este árbol salen en la primavera, pero tal estación apenas si se nota en Palestina, y el estío sigue casi de repente al invierno. Para san Lucas, el estío es el reino de Dios. Por tanto, apenas habría desaparecido aquella generación cuando ya el reino de la libertad habría llegado. «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán», dice Jesús. Estas palabras, que fueron la predicación del reino, son todavía vivas y eficaces, y lo serán siempre.

No tenemos razón alguna para interpretar, de otra manera que lo hace san Lucas, las parábola de la higuera en san Marcos y en San Mateo. Los términos son semejantes, si no es que los dos evangelistas dicen misteriosamente: «Sabed que esto está cerca, a las puertas», en tanto que san Lucas dice claramente: «Sabed que el reino de Dios está cerca».

Los dos primeros evangelistas insisten mucho más que san Lucas sobre la venida del Hijo del hombre, como que la quisieron unir con la catástrofe de Jerusalén. Para distinguirlas, aunque sin señalar claramente el tiempo de la catástrofe, añaden: «Pero en cuanto al día y a la hora, nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino solamente el Padre» (Mc 13, 32; cfr. Mt 24, 36)[75].

Algunos han pretendido que por estas palabras, Jesús declaraba estar en condiciones de anunciar las señales precursoras de un acontecimiento único en dos cuadros; pero confesaba que no conocía el momento preciso, es decir, el día y la hora. Hubiera sido esto atribuir importancia excesiva a una determinación exacta, cosa indiferente entonces en que lo principal era prepararse para el juicio y estar prevenido por los signos. Lo más importante en el sentido de una doble

[75] La expresión «ni el Hijo» no está en la *Vulgata*.

fecha es que el primer suceso, del cual uno podía librarse por rápido que llegara, no es definitivo; de otro modo, la huida no tendría sentido. Si continuaba, pues, a lo menos en sus consecuencias, no tenía nada de repentino. Tal era, en cambio, el carácter de la venida del Hijo del hombre, subrayado por san Mateo (Mt 24, 27) en este mismo discurso. La oposición tan claramente señalada con la adversativa *pero* no es entre un tiempo aproximado y un tiempo exacto, sino entre los dos cuadros señalados por muy diferentes circunstancias. Que los dos cuadros existen, es evidente. Ahora sabemos que se puede conocer la proximidad del primer acontecimiento «antes que esta generación haya desaparecido» e ignorar el momento en que el segundo aparecerá, cosa muy natural, ya que los dos cuadros se refieren a dos sucesos distintos.

Que aquellas palabras fueron pronunciadas por Jesús, que la distinción entre los dos sucesos existía claramente en su tiempo, lo prueba la interpretación de san Lucas, y más aún la declaración palmaria de que el secreto del fin del mundo no fue confiado al Hijo. ¿Se hubiera atrevido algún discípulo de Jesús a señalar este límite?

Extraño nos parece aún, pero puede explicarse. La ciencia del Hijo de Dios es igual a la del Padre o, mejor dicho, es la misma. Pero se ha encarnado, y cuando obra como Hijo del hombre y como Mesías, regula su ciencia según las exigencias de su misión. A juzgar por las atribuciones, el Creador del mundo es también el único que sabe el momento en que acabará, y la creación se atribuye al Padre. Entonces, el Hijo vendrá como juez. No dirá cuándo vendrá, este secreto no le pertenece, y obra como si no lo supiera. Como Mesías, es profeta y anuncia la proximidad de la destrucción del Templo. Advierte también a los discípulos que estén siempre alerta, porque el Padre se ha reservado el fin de los tiempos, y para cada uno el fin del tiempo es el fin de su vida.

DEBEMOS VELAR EN TODO TIEMPO
(Lc 21, 34-35; Mc 13, 33-37; Mt 24, 42)[76]

Que el Padre no diera a conocer la hora de la venida del Hijo del hombre era un motivo decisivo para que los discípulos estuviesen

[76] El aviso sobre la vigilancia está expreso en san Marcos y en san Mateo. En san Lucas está más general: ya recomendó la vigilancia en 12, 33-40. § 178 paralelo de Mt 24, 43-44.

siempre alerta a fin de no verse sorprendidos. Jesús insiste sobre el deber de la vigilancia, repitiendo de nuevo y en dos ocasiones que la hora permanece en secreto: «Velad y orad, porque no sabéis cuándo vendrá la hora». Es como el hombre que, yendo lejos, dejó su casa y dio facultad a sus siervos y a cada uno su obra y al portero mandó que velase. Sólo se nombra aquí el portero, porque su oficio propio es velar a fin de abrir pronto, sin hacer esperar al señor. Pero en la aplicación de la parábola, la orden de velar es dada a todos. «Velad, pues, porque no sabéis cuándo el señor de la casa vendrá, si a la tarde, o a la medianoche, o al canto del gallo», última dilación posible, cuando los criados pueden cerciorarse de que el Señor ha recibido hospitalidad en otra parte y que ya no vendrá en aquella noche. Estas expresivas palabras, que son ciertamente de Jesús, dicen de una manera imaginaria, pero clara, que el Hijo del hombre tal vez tardará mucho en venir.

Entonces, ¿por qué dar este aviso a los discípulos? Cuando el Señor llegue, ya habrá muchos años que los discípulos duerman el sueño de la muerte; por lo cual Jesús termina diciendo: «Lo que a vosotros digo, lo digo a todos», como es un aviso solemne que deberá ser transmitido; y el santo y seña que se transmitirán las generaciones es: «Velad» (Mc 13, 33-37).

El texto de san Lucas indica de algún modo que el aviso, no tanto se dio a los apóstoles, cuanto a las generaciones futuras; son éstas, no los apóstoles, las que correrán riesgo de sentirse atosigadas por las pasiones y preocupaciones de la vida. Recordando, en fin, «aquel día» que san Marcos y san Mateo habían distinguido de la época de la destrucción del Templo, hace expresamente notar que vendrá de repente, caerá sobre ellos de improviso y será universal, porque llegará a todos los que habitan sobre la faz de la tierra y nada importará entonces la estación para la huida. Nadie podrá vanagloriarse de haberse librado de aquella redada. Lo esencial es la vigilancia y la oración para no verse atrapado con los culpables, sino más bien aparecer de pie delante del Hijo del hombre.

PARÁBOLA DE LAS VÍRGENES PRUDENTES Y DE LAS VÍRGENES NECIAS
(Mt 25, 1-13)

Hablando Jesús de tan solemne momento sobre la vigilancia, quiso con ello grabar profundamente en el espíritu de los discípulos la nece-

sidad de estar siempre alerta. Su enseñanza sobre el precio del alma es lo que ahora más le interesa, por eso se fija sus miradas en la última hora y le consagra las últimas parábolas. La de las diez vírgenes viene como de perlas traída por el aviso, del cual depende la salvación. «Velad, pues, porque no sabéis en qué día el Señor ha de venir... Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora» (Mt 24, 42; 25, 13)[77]. Lo que enseña esta parábola sobre todo es que debemos tomar las debidas disposiciones, aun para el caso en que el Hijo del hombre se haga esperar.

Jesús evoca la figura de diez jóvenes convidadas a la boda de una amiga. Éstas se fueron a casa de ella para felicitarla, vestirla, distraerla mientras el esposo llegaba al festín nupcial[78]. Como era ya entrada la noche, las jóvenes salieron con sus lámparas de barro encendidas, pero que tenían poco aceite. Cinco de ellas, las prudentes, llevaron consigo frascos bien llenos: las otros cinco, menos previsoras, llamadas las necias, no pensaron que el esposo tardaría tanto en llegar. Se cansan de esperar: la conversación languidece, las jóvenes cabecean y, por fin, quedan dormidas. A la medianoche se oye un grito: «Ya está ahí el esposo, salid a su encuentro». Todas se levantan: las vírgenes prudentes abastecen sus lámparas próximas ya a apagarse; las otras les piden aceite a sus amigas, que se lo niegan: «Seguramente que no bastaría para nosotras y vosotras, mejor es que vayáis a los tenderos y le compréis para vosotras». Pero ¿cómo conseguirlo a aquellas horas? Fue necesario tiempo para hacer que abriesen las tiendas, y cuando las jóvenes poco previsoras volvieron, ya el esposo había entrado en el salón de bodas con las demás y se había cerrado la puerta. Llaman diciendo: «Señor, señor, ábrenos». Mas Él les respondió: «No os conozco».

Esta parábola ha sido justamente admirada como un cuadro de vida oriental: se ven las vírgenes dormidas, las lámparas encendidas, pero próximas a apagarse; se oye el grito que resuena en la noche; todas se apuran, pero unas confiadas en su provisión y otras inquietas por su funesta negligencia. Se forma el cortejo luminoso, al mismo tiempo que las imprudentes vagan entre las tinieblas. Ya de regreso, llaman a la puerta, que sigue inexorablemente cerrada. Nada indica que el esposo quiera castigar su imprevisión; fue que se cerró la puerta en el momento que entraron todos los del cortejo, y no quieren abrir

[77] Después del primer aviso, la parábola de los criados.

[78] Jaussen, *Naplouse*, p. 71 s.

a gente desconocida. Dejada la entrada libre, no podría impedir que entrasen cuantos quisieran. ¡Pobres jóvenes! Mueve a compasión su mala suerte, y ganas dan de maldecir el egoísmo de las demasiado prudentes y el rigor del esposo. Pero no hay que atenerse a las apariencias. ¿Que las vírgenes prudentes acaso faltaron a la caridad? No importa. ¿Que las otras no fueron grandemente culpables?... Sea. La parábola no es una alegoría. El esposo no juzga lo que hará el Hijo del hombre, a quien no representa directamente, ni averigua nada sobre las disposiciones de su corazón. La comparación sólo tiende a poner de manifiesto, ¡y con qué fuerza!, que es todo inútil si no estamos preparados para el momento en que el Hijo del hombre se presente para introducir a los invitados al festín.

Es una lección para todos y cada uno de los cristianos. Viendo que Cristo no vuelve, nos cansamos de esperarle, no creemos en su venida, se duda aún del juicio, puesto que era quien debía venir para juzgar; en fin, se duda hasta de su palabra. Muy bien podríamos decir que es el estado de muchos cristianos de nuestros días que han sido bautizados, pero que ya no creen, porque Dios deja correr el mundo y no deja sentir bastante su influencia sobre la tierra. Es también una lección para cada uno. A los principios está uno con cuidado y fervor, como si muy pronto hubiera de comparecer delante de Dios, pero pasa el tiempo, se habitúa a cierto género de vida, y cuando llega la muerte, aunque sea muy tarde, aún no está preparado: las provisiones de fervor están agotadas.

Es, pues, necesario dejar a Dios que intervenga a la hora que quiera: a nosotros sólo se nos pide que estemos preparados. Cuáles sean las disposiciones con que debemos estar preparados para presentarnos al juicio, Jesús nos las ha dado a conocer, ya en la parábola de los talentos[79], sobre la fidelidad en trabajar por Él, esperando su venida, ya, sobre todo, en el cuadro del juicio final.

JUICIO FINAL
(Mt 25, 31-46)

Si el Hijo del hombre ha parecido inflexible en la parábola de las vírgenes y si lo es como juez, los motivos de sus sentencias nos per-

[79] La hemos considerado como idéntica en el fondo a la parábola de las minas de san Lucas, p. 375 s.

miten sondear los misericordiosos sentimientos de su corazón. Jesús anuncia que vendrá a juzgar a todos los hombres. Desde los antiguos profetas, y señaladamente desde Amós, el día del juicio era el pensamiento angustioso que obsesionaba a Israel. Al principio sólo veían en él el castigo de los enemigos. Los profetas le habían enseñado que Dios juzgaría en justicia, aun a su pueblo, si era culpable. Después, convertida la nación, vuelta ya la cautividad santa de Babilonia, los justos, es decir, los fariseos, conformándose más y más a la observancia de la Ley, suspiraban en el libro de Henoc por el juicio, que sería el desquite de los justos de Israel, contra las naciones, y más aún contra los pecadores de la facción contraria, indiferente a la religión y hasta contaminada de extranjeras opiniones.

Jesús sólo en el orden moral y religioso considera el juicio, que sin distinción llega a todos los hombres, si bien sus discursos van dirigidos especialmente a sus discípulos. Ningún judío se hubiera atrevido a despojar al Señor Dios de su título de Juez supremo para atribuirlo al Mesías; pero Jesús se lo atribuye a sí mismo en su última venida, cuando se siente en un trono de gloria, que era el de Dios y que ahora es suyo. Declaración ésta hecha casi con tanta solemnidad como la que hizo llamándose Hijo de Dios en presencia del Sanedrín. Vedle, pues, rodeado de ángeles, separando a los elegidos de los condenados, como pastor que separa las blancas y dóciles ovejas de los negros y recalcitrantes cabritos. Los elegidos, cual amigos, están a su diestra; los réprobos, representados por los cabritos, están a la izquierda.

Entonces, el Rey dice a los que están a su lado derecho: «¡Venid, benditos de mi Padre! Tomad posesión del reino que os está preparado desde la creación del mundo». Dios lo había preparado para ellos, y los invita a entrar. ¿Qué hicieron para merecer semejante recompensa? Lo que hicieron por su Señor Jesús: Tuvo hambre, y le dieron de comer; tuvo sed, y le dieron de beber; le dieron hospedaje y lo vistieron; estuvo enfermo y prisionero, y lo visitaron. Los justos, por poco que hubieran reparado en sus propios méritos, no habían olvidado que habían sido compasivos con los pobres y con los que sufrían, y su compasión natural la habían ejercitado con toda voluntad, puesta la mira en Dios. Pero ¿dónde habían encontrado a Jesús con hambre y sed, sin asilo, desnudo, enfermo o prisionero? Están maravillados. Entonces, el Rey les responde, como a hermanos que hubieran vivido con otros hermanos: «Lo que habéis hecho con uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí me lo hicisteis».

Estas sencillas palabras transportan a un orden divino las acciones más hermosas de humana bondad. La compasión deshonrada por los estoicos como debilidad es señal de un corazón noble: cuidar de los enfermos y necesitados es más hermoso aún. Pero ¿cuántos son los que, movidos por un sentimiento meramente humano, practican estos oficios de caridad que exigen una labor personal? El altruismo, como hoy se dice, nunca será móvil muy activo. Jesús nos enseña que va vinculada a la caridad la salvación eterna de cada uno, y las almas que por su amor se sienten abrasadas saben que hacen por Él todo el bien que practican con los pobres y los afligidos. La caridad cristiana nació haciendo milagros. Y no es cierto que Jesús permita el mal a condición de ser caritativos. Es que cuando nos ejercitamos en obras de caridad, puesta la mirada en Dios, es a Dios a quien se ama, porque entonces el segundo mandamiento pasa a ser el primero.

Sin embargo, la parábola nos hace esperar la misericordia aun a favor de los pecadores, si éstos cuidan con caridad a sus prójimos. Mediante la gracia divina, las disposiciones de sus almas serán mejores y pasarán a la derecha. Los otros, duros de entrañas para los miserables, nada han hecho por Cristo y son condenados al fuego, preparado para el diablo, donde el Rey los manda en castigo a su dureza. Castigo eterno; vida eterna: el Juez ha dado la sentencia.

VI. Miércoles santo

TRAICIÓN DE JUDAS
(Lc 22, 1-6; Mc 14, 1-2 y 10-11; Mt 26, 1-5 y 14-16)

Jesús selló su Evangelio con esta visión del último fin. Después, dejando el monte de los Olivos, se fue a Betania.

Estaba ya próxima la Pascua, y la inquietud de los mangoneadores del Sanedrín era grande, porque sabían que durante estos ocho días de fiesta, Pilato los espiaba. Si el Galileo daba algún paso para excitar al pueblo, pronto le saldría el gobernador al encuentro para castigarlo. Importaba mucho darse prisa, porque prender a Jesús durante las fiestas sería provocar el temido tumulto[80]. El secreto debía correr parejas

---

[80] Rabbi Akiba aconsejaba que se diese muerte a los doctores perniciosos en

con la prontitud, y ya no faltaban más que dos días para la fiesta. La intervención de Judas Iscariote sacó de apuros a los príncipes de los sacerdotes y al grupo de doctores fariseos.

Judas, uno de los doce, es el Benjamín de la crítica anticristiana, especialmente de algunos raros sabios judíos que tratan de la historia de Jesús[81].

Era natural de Qarioth, al sur de Judea, de temperamento más frío que el de los entusiastas galileos, pero se asegura que era más inteligente e instruido, digno de la confianza que depositó en él Jesús, enviándole a predicar el reino de Dios. Poco a poco se fue dando cuenta de las extravagantes pretensiones de su Jefe, que decía ser Mesías e Hijo de Dios, y que, sin embargo, llegada la ocasión, hurtaba el cuerpo al peligro: era, pues, un seductor, y la Ley mandaba delatarle. Judas cumplió su deber. Hombre tan fino no hubiera consentido jamás dinero como premio de su obediencia a las leyes de su nación.

Los discípulos de Jesús, cierto que no habían asistido a la venta convenida entre Judas y los del Sanedrín, pero el hecho se hizo bastante público. Además, habían visto a Judas traicionar a su Maestro con un beso, y es bastante ese beso para medir a un hombre.

Lo que hay de cierto en las conjeturas de la crítica es que Judas, al principio, estaba en muy buenas disposiciones. De no ser así, no lo hubiera admitido Jesús entre los doce. La presciencia que del porvenir tenía no era razón para no admitir al traidor. Imitaba la del Padre, que concede gracias escogidas a futuros prevaricadores. Es posible que Judas, siendo de Judea, estuviera más imbuido que los demás discípulos en las doctrinas de los fariseos, y, por tanto, más dispuesto a separarse del Maestro a quien aquéllos encarnizadamente perseguían. Esperaba, sin duda –otros discípulos tenían casi su misma opinión–, pero lleno de codicia y de amor al dinero, que al fundarse el reino de Dios le vendría algún provecho, pero frustrado en sus cálculos, abandonó a Jesús. Pudo ser que san Mateo, dándole ocasión de exigir dinero, favoreciese, sin quererlo, la avaricia de aquel corazón. Según san Marcos y san Lucas, fueron los mismos sacerdotes, que vieron los cielos abiertos al presentárseles Judas, los que le prometieron dinero. Lo

---

las fiestas de la peregrinación (*Sanedrín*, 11, 4). El fin, que era llamar la atención y al mayor número posible, se conseguía adelantando la fiesta un día.

[81] Ver por ejemplo a José Klausner en su *Jesús de Nazaret*, antes citado, p. 414, nota 61.

esencial del caso fue que de Judas partió la iniciativa y que aceptó el precio de la traición. Convinieron en treinta denarios (Mt 26, 15).

Al miserable sólo le faltaba hallar ocasión propicia, es decir, idear un lazo, para que cuando las masas se dieran cuenta ya se hubiera consumado el hecho. Aquellos príncipes por la sangre y por la inteligencia, aunque despreciaban a las masas, las temían.

San Mateo y san Marcos, como si ya estuvieran bajo la impresión fúnebre de la traición, no nos cuentan de aquel día más que la unción de Betania[82], hecho que parece haber decidido a Judas a obrar, y que fue como una reparación anticipada del amor. Según esta combinación, la entrevista de Judas con los que le habían de pagar se efectuó por la noche.

VII. JUEVES SANTO

PREPARATIVOS PARA LA ÚLTIMA CENA
(Lc 22, 7-13; Mc 14, 12-16; Mt 26, 17-19)

A la mañana siguiente, Jesús ordenó a sus discípulos que preparasen la Pascua para el mismo día. Ese día, indudablemente, era jueves. Los cuatro evangelistas están acordes en decir que Jesús murió la víspera del sábado, es decir, el viernes. La prisión, por tanto, fue el día anterior, después de la cena, y es el día de que hablan aquí los tres primeros evangelistas.

Cierto es también que a la cena del jueves le dieron un carácter de banquete pascual. Alguien ha sostenido también que la cena no fue pascual sino en figura, por cuanto inauguraba una nueva alianza de Dios con sus fieles, no con la sangre del cordero como en los días del Éxodo, sino con la sangre de Jesús. Es claro el sentido de la cena, pero la figura supone la realidad. Los evangelistas poco han insistido sobre los ritos judíos, pero si su cena *puede* ser cena pascual, lo *fue* en su pensamiento, habiendo sido el resultado de los preparativos hechos con miras a la Pascua y tenidos expresamente como tales.

¿De dónde, pues, vino que aun sabios católicos hayan creído que debían excluir esa noche los ritos judíos de la Pascua? Es porque,

[82] Nosotros la hemos colocado en el sábado anterior, según el testimonio explícito de san Juan.

como veremos en san Juan (Jn 18, 28), los enemigos de Jesús rehusaron entrar en el pretorio el viernes por temor de contaminarse, ya que debían comer la Pascua aquella misma noche. ¿Habría celebrado Jesús la Pascua un día antes que los sacerdotes? O bien, ¿la habría retrasado san Juan un día? En otros términos: ¿En qué día de la semana cayó entonces la Pascua, que para nosotros fue el día siguiente de la cena pascual?

La fiesta era solemnísima y el descanso obligatorio. Tantas idas y venidas de los sacerdotes y de los fariseos, la comparecencia de Jesús delante del Sanedrín y después delante de Pilato, cuando, de común acuerdo, dicen los cuatro evangelistas como sucedido el viernes, no pudo efectuarse en el día más solemne del año. Los Sinópticos dicen expresamente que los judíos quisieron darlo todo por terminado antes de la fiesta. Preciso es, pues, afirmar que aquel año la fiesta de la Pascua no cayó en viernes, sino en sábado. Sólo falta explicar por qué Jesús celebró la cena pascual un día antes que los jefes de la nación.

Pudiera alegar su derecho soberano, pero los discípulos no se extrañan de que hubiera escogido aquel día, y los primeros evangelistas insinúan que se hizo en día legal. Se impone una aclaración, y nosotros diremos lo que nos parece más verosímil, según la costumbre de los judíos de aquel tiempo.

Según la Ley, el banquete pascual debía celebrarse en la tarde del 14 *nisan*. Los judíos no empezaban a contar los días, como nosotros, desde la medianoche, sino desde la puesta del sol del día anterior, lo que no impedía que contaran como nosotros lo hacemos. La tarde del 14 *nisan* formaba ya parte del día 15, pero se le designaba como tarde del 14 *nisan*. Expresándose de esta manera, el banquete se celebraba el 14 *nisan*. Desde por la mañana se barrían las casas, se hacía desaparecer todo el pan fermentado, porque era de rigor en el banquete pascual y en los ocho días que duraba la fiesta el pan ácimo. El 15 *nisan* era especialmente el día de los ácimos, y así indiferentemente se la llamaba fiesta de Pascua o fiesta de los ácimos. El cordero pascual era una víctima sagrada. Había tomado carta de naturaleza la costumbre de inmolarlo en el Templo, cuyo altar debía ser rociado con su sangre. Después, el que lo había ofrecido lo llevaba a su casa para asarlo. La cena empezaba ya entrada la noche y no podía prolongarse más allá de las dos de la mañana, hora en que todo debía estar terminado.

¿A qué hora debía verificarse la inmolación? Éste es el punto en que gira todo el debate. Los términos de la Ley: «Entre las dos tardes»

significaban ciertamente la hora del crepúsculo, y los saduceos, sosteniendo resueltamente esta opinión, señalaban dicha hora entre las seis y las siete y media de la tarde. Desde los tiempos de Josefo, los fariseos permitían que empezaran las inmolaciones a las tres y media de la tarde, y si la Pascua caía en sábado, una hora más temprano.

Sucedía de tiempo en tiempo que el 15 *nisan* caía en sábado, en el cual, desde que comenzaba el día, es decir, para nosotros, desde la víspera por la tarde, debía cesar todo trabajo, y entonces, ¿cómo inmolar el cordero hacia la puesta del sol? El precepto del sábado, ¿cedía al de la Pascua? Ésta fue la opinión de Hillel, hacia el año 25 antes de Jesucristo, opinión que prevaleció entre los fariseos y que está refrendada en la *Michna.* Se permitía la inmolación del cordero por ser acto de culto público, pero no prepararlo. Sin duda, para que todo fuera legal, se adelantó la hora de inmolación, y así había tiempo también para asar el cordero antes de la puesta del sol, y, en fin, podía dársele al principio de Hillel una extensión más grande que en la *Michna;* la Pascua era primero que el sábado.

Todo esto estaría en regla si fuera evidente que este principio hubiera sido reconocido por los saduceos y por todos los fariseos. Cuando fue destruido el Templo, los fariseos de la escuela de Hillel prevalecieron. Cuarenta años hacía que los saduceos gobernaban todo lo referente al Templo. No queriendo renunciar a uno de sus dos principios de hacer la inmolación a la puesta del sol o de no violar el sábado, no les quedaba otro recurso que inmolar los corderos un día antes. No se anticipaba con esto la fiesta un día, era solamente dejar todas las cosas dispuestas para no trabajar en sábado y comer en ese día el cordero a la hora acostumbrada. Algunos, no obstante, creían obligatorio comer el cordero inmolado el mismo día. Los galileos, como provincianos, más apegados a sus antiguas costumbres, acaso conservaran esta práctica, de suerte que no se les hizo de nuevo que Jesús les propusiera celebrar la Pascua el 13, por caer aquel año en sábado el 15 *nisan.*

Pero si comían el cordero pascual en la tarde del 13, nos parece evidente que debían comerlo con pan ácimo, pues de otra suerte habría desnaturalizado el rito pascual (Ex 12, 8)[83]. Era, pues, claro que se adelantaba un día, pero sólo para algunos. Esta diversidad no tenía la

---

[83] Contra Chwolson, *Das letzte Passahmahl Christi.*

importancia que nosotros nos imaginamos. La fiesta que sigue al ayuno del Ramadán, Beiram, no siempre cae el mismo día para los musulmanes de Jerusalén y Nablus. Hasta el Papa san Víctor, las Iglesias de Asia no celebraban la Pascua el mismo día que la Iglesia romana. En nuestro caso, es verdad que las fiestas que no coincidían se celebraban en la misma ciudad; pero los grupos que arribaban a Jerusalén eran artificiales, llegaban en grupos distintos y se acomodaban a sus costumbres regionales. Los sacerdotes, escasos en número para tantos sacrificios[84], no se habrían negado a inmolar los corderos de los galileos, y más si éstos habían visto la luna llena un día antes y si el motivo de adelantarse era por no trabajar el sábado, siguiendo el juicio de los de Jerusalén. Para éstos, que se acomodaban al modo de sentir de sus jefes religiosos, la fiesta no comenzó aquel año hasta el viernes por la tarde. Jesús, con sus discípulos, había hecho la cena pascual el jueves por la tarde. Los discípulos creían estar tan en su derecho, que tomaron la iniciativa por la mañana de ese día, llamado por san Marcos el primer día de los ácimos, en que se inmolaba la Pascua[85], es decir, el cordero pascual. «¿Dónde quieres, le dijeron ellos, que vayamos a preparar la Pascua?» No podría ser en Betania, porque el rito debía cumplirse en Jerusalén. Debían, pues, buscar una sala bastante espaciosa, porque Jesús había de llevar consigo a los doce aquella tarde. Tenía amigos en Jerusalén, y sabía que podía contar con la buena voluntad de alguno, que tal vez estuviera ya avisado. No obstante, quiso ver la fe de sus discípulos y probarles que el azar no existía para Él. Estaban aún en el monte de los Olivos y envió a la ciudad a dos discípulos –Lucas nombra a Pedro y a Juan, los dos muy amigos–, dándoles la consigna de seguir sin vacilar a un hombre que encontrarían a la entrada de la ciudad con un cántaro de agua. El caso era raro, pues de ordinario eran las mujeres las que iban a la fuente, guardando muy bien el equilibrio con el cántaro lleno de agua sobre su cabeza. Siguiendo a aquel hombre sin que lo notase, los discípulos debían entrar en pos de él en una casa y decir al dueño: «El Maestro dice, ¿dónde está la sala donde he de comer la Pascua con mis discípulos?» «Él os mostrará,

---

[84] Josefo (*Guerra*, VI, 9, 3) habla de 256.500 corderos, cifra exagerada, pero significativa.

[85] San Mateo dice sólo el día de los ácimos. San Lucas insiste en la obligación de inmolar la Pascua aquel día.

añade Jesús, una sala en el piso, provista de alfombras, ya arreglada. Allí haréis los preparativos para nosotros».

Todo sucedió como lo predijera Jesús. En las casas de los ricos había siempre sobre las habitaciones de la familia, y cerradas para los extraños, un salón bien iluminado, destinado a los huéspedes. La costumbre aún continúa. Se podía subir a él por una escalera exterior, sin molestar a nadie. El dueño de la casa había puesto ya las alfombras sobre las cuales los convidados se recostaban, alrededor de las fuentes colocadas en el centro, y sin duda también los cojines para recostarse apoyados sobre el codo. La Ley había ordenado comer la primera Pascua en Egipto: «Los lomos ceñidos, los pies con sandalias y el bordón en la mano» (Ex 12, 11), por tanto, de pie, costumbre que se conservó mucho tiempo. Pero los doctores veían a los griegos tomar sus almuerzos recostados, según prerrogativa de hombres libres, y en esta postura debían los judíos celebrar la Pascua. Habían, pues, adoptado aquella costumbre, y si no se recostaban sobre alfombras y se servían, en cambio, de lechos, éstos debían ser muy bajos y estar cubiertos con telas.

Encontrando los discípulos la sala tan bien dispuesta, hasta el criado había llevado el agua necesaria, no tuvieron otra cosa que hacer que procurarse lo que era de costumbre en al comida. Tal vez el amigo de Jesús se había encargado de procurarse algunas provisiones. Debían inmolar el cordero en el Templo y llevarlo a domicilio. Esto fue probablemente lo que hicieron Pedro y Juan.

Llegada la tarde el Maestro y los doce discípulos se reunieron.

CENA PASCUAL

El orden seguido en la Cena pascual está descrito en un tratado de la *Michna* especialmente consagrado a la Pascua[86]. Acaso se hubieran modificado algunos pormenores desde los tiempos de Jesucristo hasta los días en que aquel tratado fue escrito, que fueron como ciento cincuenta años después, pero el conjunto, ciertamente no ha cambiado. El antiguo ritual del *Éxodo,* sumamente sencillo, había sufrido adiciones. Era la fiesta más alegre del año; se guardaba riguroso ayuno después

---

[86] *Pesahim.* Véase la introducción y las glosas de Jorge Beer, edición Töpelman, Giessen, 1912.

del almuerzo. La Cena pascual era más abundante, acomodándose tal vez a las costumbres griegas, que no contrariaban a la religión ni a la moral más severa. El vino corría siempre abundante en los convites de los israelitas, sobre todo en Judea, que era tierra de vino. Para la Pascua se habían fijado como mínimo cuatro copas, que todos debían beber al mismo tiempo, pero, fuera de esto, se hacía a voluntad. Según la costumbre griega, debían mezclarlo con un poco de agua, a gusto del bebedor. Los griegos bebían en la misma copa, y los judíos no pocas veces los imitaban en esto. Parece, sin embargo, que en la Cena pascual cada uno tenía su copa. Nada estaba fijado, pero el dueño de la casa tenía seguramente el derecho de hacer correr su copa para que todos mojasen en ella sus labios.

La ceremonia empezaba por la bendición de la primera copa, bendición del vino y del Día, según Hillel; del Día y del vino, según Chammaï; después se servían legumbres con un plato de salsa[87]. Los judíos usaban ya tenedores, pero ese día, y especialmente para mojar las legumbres en la salsa, lo hacían con los dedos. Terminado esto, se servía el cordero pascual y se recordaban entonces los beneficios de Dios. El padre de familia explicaba la razón de ser de la ceremonia, recordando la liberación de Israel. Nada estaba estrictamente mandado: la *Michna* sugiere temas al modo de los sermonarios. Entonces se bebía la segunda copa. Juntamente con el cordero se comían hierbas amargas. Con la ruina de la ciudad, el cordero desapareció de la mesa, porque no podía ser inmolado en el Templo. En Jerusalén lo hemos visto reemplazado por un pavo o cualquiera otra carne asada. Los huevos y otras carnes ofrecidas en sacrificio no estaban excluidas de la mesa. Se escanciaba después la tercera copa y se daban gracias a Dios. A continuación se bebía la cuarta copa, que era seguida del *Hallel*, compuesto de los salmos 115-117[88]. El último salmo, con su «Bendito el que viene en nombre de Yahvé» (Sal 118, 26), abría el corazón a las esperanzas mesiánicas. El mismo Jesús hace alusión a ellas en su despedida a Jerusalén (Mt 23, 39).

La charla, sin embargo, continuaba ordinariamente hasta muy entrada la noche, y la *Michna* ya preveía el caso en que hubiera necesidad de despertar a los dormidos.

---

[87] *Haroseth.*

[88] En la *Vulgata,* 113, 8-18; 114, 115, 116, 117.

Tal fue el orden de la cena que tomó Jesús, con sus discípulos, la víspera de su muerte. Los evangelistas no hablan de cordero pascual; no hablan más que del pan y el vino en orden a la Eucaristía. No dan importancia alguna a la observancia puntual del antiguo rito, precisamente porque lo veían reemplazado por un rito nuevo. Así se lo dio Jesús a entender desde el principio, pues aunque se celebraba la Pascua tradicional, daba principio a una nueva alianza.

PRELUDIO DE LA CENA
(Lc 22, 14-18; Mc 14, 17-25; Mt 26, 20-29)

El texto de san Lucas especialmente presenta la Cena como un rito pascual. Dijo, en efecto, Jesús: «Con ardientes ansias he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer». La Pasión será el motivo de instituir una Pascua nueva, cumplimiento de la antigua, en este sentido, que la realidad substancial brota de otra realidad que allí estaba en figura. «Porque yo os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios». Claro se ve aquí en qué sentido Jesús había venido a «perfeccionar» la Ley antigua en el reino de Dios que va a extender sobre la tierra. Después, siguiendo la costumbre judía, empieza la Cena bendiciendo la primera copa de vino. Acabamos de decir que los mismos autores judíos no están acordes respecto al uso de la copa. Según la *Michna,* parece que cada uno tenía su copa, y es lo que indica que hizo Jesús la primera vez. Bendijo una especie de crátera o copa grande, de la que los discípulos echaron en las suyas. «Tomad esto y repartidlo entre vosotros» (Lc 22, 17). «Porque yo os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta el día que lo beba en el reino de Dios» (Mc 14, 25; cfr. Mt 26, 29)[89].

Alude Jesús a su próxima muerte, que le permitirá subir cerca del Padre, coincidiendo esa hora con el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra. Indicaba con ello que aquella Pascua sería la última de su vida mortal[90].

---

[89] San Lucas usa de un paralelismo más estricto con la frase relativa a la Pascua, escribiendo «hasta que venga el reino de Dios».

[90] San Lucas pone inmediatamente después la institución de la Eucaristía, siguiendo su modo de terminar un relato comenzado, sin cuidarse de los sucesos

REPRENDE JESÚS A LOS DISCÍPULOS SU AMBICIÓN Y LES LAVA LOS PIES

(Lc 22, 24-27, 28 y 29-30a; Jn 13, 1-20)

Muy poco después se entablaba una disputa entre los discípulos[91] sobre quién había de ser el primero. A pesar de la solemnidad de tan santas acciones, disputaban tal vez descontentos por el lugar que se les había asignado, pues todos querían estar lo más cerca posible del Maestro. No pudieron escoger hora más inoportuna para hacer valer su mezquino amor propio. Jesús lo reduce a la nada con el exceso de su humildad, Él, que debería ocupar lugar especial, para ser servido, se hace servidor de ellos. Ellos, ¡que eleven sus pensamientos a las eternas recompensas! A todos ama porque permanecieron fieles constantemente en sus pruebas. En lugar de disputarse los puestos en esta pobre Cena que precede a su muerte, que contemplen desde ahora ya, en el Reino que su Padre le ha dado, los sitios escogidos que ocuparán para comer y beber en su mesa.

Después, juntando el ejemplo a la lección, tomando en serio su papel de servidor que dijo ser suyo, traspasando sus humildes palabras con abatimientos de esclavo, Jesús se creyó en el deber de lavar los pies de sus discípulos.

Lo sabemos por el cuarto Evangelio. San Juan manifiestamente supone esta misma cena, la última, con la advertencia al traidor y la predicción de la negación de san Pedro. No habla de la Eucaristía, porque probablemente no quiso decir nada de la Cena pascual, que era la introducción y la figura de ella. No hubiera podido mencionar el rito pascual sin entrar en largas y difíciles explicaciones; sólo nos dirá más tarde (Jn 18, 28) que los judíos comerán la Pascua al día siguiente. Además, ya había tratado el tema de la carne y de la sangre de Cristo convertidos en comida y bebida (Jn 6, 51 s.). Se contenta con aprobar

---

intermedios (III, 19): Él mismo da a entender que esta institución fue más tarde, pues no se habla de la copa de la Eucaristía hasta después de la Cena.

[91] Lo que sigue, según san Lucas; el hecho de que san Lucas añadió aquí expresiones que tienen su lugar adecuado después de la tentativa de los hijos del Zebedeo, donde san Marcos y san Mateo la pusieron (en Jn 22, 25, 26, 30a), no impide que haya conservado algo de lo que entonces pasó con expresiones propias de las circunstancias; tanto que la lección dada en san Lucas por palabras corresponde admirablemente a la lección dada con las obras que se hallan en san Juan.

lo que dicen los Sinópticos en algunos puntos y completarlos en otros. Así pone el lavatorio de los pies pocos momentos después de comenzada la cena[92], hora todavía propicia para las abluciones.

El principal intento de Jesús era dar a sus discípulos un ejemplo de humildad, que sirviera de eterna lección a la Iglesia. Lo que ensalza esta humilde acción hasta el heroísmo, es que Jesús, salido de Dios y volviendo a Dios, sabía que Judas Iscariote, hijo de Simón, uno de los Doce, pensaba en aquellos mismos momentos entregarle; no obstante, le lavará los pies como a los demás. ¡Y Judas no protestó! Es Pedro el maravillado de ver a Jesús levantarse de la mesa, quitarse sus vestidos, ceñirse una toalla, echar agua en una jofaina, ponerse de rodillas –¿cómo no protestar?– para lavarle los pies[93]. Hizo entonces ademán de rehusar, pero con palabras dulces, dominando su carácter: «Señor, ¿tú me lavas a mí los pies?» Jesús le responde en el mismo tono: «Lo que yo hago, no lo sabes tú ahora, lo sabrás más tarde». Pedro quiere ahora una explicación de aquel acto incomprensible. No puede contentarse y exclama: «¡No, no me lavarás a mí los pies jamás!» Se había puesto, a causa de su impetuosidad, en trance de desobedecer. Jesús se le muestra más grave: «Si yo no te lavo, no tendrás parte conmigo». El corazón amante de Pedro no resiste aquella amenaza, cede y, sofocado, se abisma: «Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza». ¡Bien por Simón Pedro! Judas no se mueve, nada dice, o acaso tema descubrirse juzgando esto desde muy alto. Jesús piensa en él al responder a Pedro: «El que ha tomado un baño, no necesita lavarse[94], porque está limpio del todo. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos». Con esto indicaba muy claramente que Pedro y los demás sólo necesitaban una purificación suplementaria, todos estaban limpios, excepto Judas, cuyo corazón no había agua que lo pudiera lavar. Lo que Jesús había hecho fue sólo con el fin de reprimir los asaltos del orgullo y de la vanidad en los suyos para siempre. Así lo anunció claramente sin hacer alusión alguna a un estado inferior de pureza, que Él hubiera así perfeccionado. «¿Sabéis lo que he hecho? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, Maestro

---

[92] La palabra γινομένου «entrando en escena» (13, 2) está a la vez mejor testificada y es más difícil que γενομένου, «habiendo tenido lugar»: se armoniza mejor con los sinópticos y es absolutamente exigida por el versículo 12.

[93] Es más probable que Jesús comenzara por san Pedro.

[94] Preferimos omitir «a no ser los pies», siguiendo buenas autoridades.

y Señor, os he lavado los pies, razón es que vosotros los lavéis unos a otros». Saben muy bien los fieles que deben tomar a Jesús por modelo de todos sus actos, de todos sus pensamientos, de toda su vida, y que, sin embargo, este ejemplo particular no es especialmente obligatorio. No obstante, para honrar este recuerdo, los reyes y los prelados de la Iglesia lavan aún el jueves santo los pies de los pobres. Y no se alegue la inconveniencia de humillarse delante de un hermano, que acaso sea un apóstata en su corazón. Jesús lo hizo con Judas, a pesar de que sabía que estaba retratado en la Escritura: *«El que come mi pan, levantó contra mí su pie»* (Sal 41 [*Vul.*, 40], 10).

Cuando Jesús pronunció estas palabras, había ocupado ya su lugar en la mesa.

JESÚS DENUNCIA LA TRAICIÓN Y JUDAS SALE A CONSUMARLA

(Lc 22, 21-23; Mc 14, 18-21; Mt 26, 21-25; Jn 13, 21-30)[95]

Repuestos de la emoción, los discípulos empezaron a comer. Habían servido las legumbres, y la fuente con la salsa para mojarlas estaba en el medio. Hay aquí una perfecta coincidencia con el rito pascual, comiendo todos en el mismo plato y Jesús dando a Judas un bocado mojado. Estaban en el primer plato. Las primeras alusiones del Maestro a la traición no habían sido comprendidas, o al menos ningún discípulo se dio por entendido. Jesús estaba turbado en su alma, entristecido por la infidelidad de aquel a quien había admitido a su intimidad y que corría a su perdición. Acaso lo detuviese un último llamamiento. No era que Jesús quisiera oponerse a los designios de su Padre, pero había venido a salvar a los hombres y quería salvarlos realmente, si la voluntad del hombre consiente en ser dominada. La misión de Jesús y, sobre todo, su amor despreciado, le imponen prevenir al traidor, sin denunciarlo por su propio nombre, dejándole hasta lo último abierta la puerta al arrepentimiento. Sin embargo, no convenía a la propia dignidad de Jesús pasar por engañado. Denuncia, pues, en presencia de todos la traición sin mencionar al traidor. «En verdad os digo, uno de vosotros me traicionará; uno que come conmigo». Los discípu-

[95] Los sinópticos traen más pormenores al principio. San Juan los continúa.

los, entristecidos, esbozaron una protesta en forma de pregunta: «¿Por ventura soy yo, Maestro?», indicando por estas palabras que rechazaban tal pensamiento. Jesús no respondió, pues habría terminado por descubrir al traidor. Pero cuando Judas preguntó, acaso entre los primeros: «Maestro, ¿soy yo?», Jesús le respondió muy por lo bajo: «Tú lo has dicho» (Mt 26, 25)[96].

Nadie lo oyó, y los discípulos, inquietos, comentan entre sí tan enojoso incidente (Lc 22, 23). Jesús, entre tanto, quiere inducir al traidor a la reflexión: «El Hijo del hombre se va, según lo que está escrito de Él; mas ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado! Más le valiera no haber nacido» (Mc 14, 21).

Para darse cuenta de la escena que es preciso conocer el puesto que cada uno de los convidados ocupaba. Estaban recostados, con el codo apoyado sobre la alfombra, quedando la mano derecha libre para comer. El orden en que se habían de colocar los invitados no estaba entonces sujeto a regla alguna[97], y no sabemos que en aquella ocasión fuera observada. En las comida al aire libre, cada discípulo se sentaba al azar, arrimado a un árbol, sobre una piedra, como mejor podía. Probablemente se hizo lo mismo en aquella tarde, de que algunos se quejaron, juzgando que la solemnidad exigía que se colocaran según su rango, acaso por orden de edad, y la disputa sería tanto más acalorada cuanto que en aquel ambiente de sencillez no cabían las prescripciones de la etiqueta.

Lo que no parece dudoso es que Jesús haya ocupado un sitio central de la mesa, frente al espacio que quedaba libre para el servicio. Tenía a su derecha al discípulo amado, puesto que estaba reclinado sobre el pecho de Jesús, es decir, estaba a su lado, un poco adelante de Él con relación a la mesa, teniendo la cabeza a la altura del codo izquierdo de su Maestro, apoyado en un cojín. Judas Iscariote estaba muy cerca del Señor, ya que le ofreció un bocado de pan mojado; era el primero de la otra serie de convidados. Apoyado también él sobre el codo izquierdo, tenía los pies para atrás, y así él no estaba sobre Jesús, ni Jesús sobre él y podía salir sin estorbar a nadie.

San Pedro no estaba al lado de Jesús, pues de otro modo hubiera podido preguntarle directamente. Estaba cerca de san Juan, en cierto

---

[96] A menos que san Mateo no haya expresado llanamente que Jesús ha revelado el nombre del traidor a alguno, como expresamente lo dice san Juan.

[97] F. Prat, S. J., en *Recherches de science religieuse*, 1925, p. 512 s.

modo sobre su pecho. Del lugar de los demás discípulos nada sabemos, y sería ocioso hacer conjeturas.

Hecha la denuncia de la traición, vinieron protestas de los apóstoles, ardientes resoluciones, palabras amenazadoras contra el traidor, que continuaba callado: una pesada atmósfera cargada de sospechas oprimía los fieles corazones. Pedro no aguantó por más tiempo aquella incertidumbre. Hace una señal con la cabeza llamando la atención de san Juan, para decirle muy bajito y pensando que el Maestro le habría dicho algo o que había oído algo, pregunta lleno de ansiedad: «Dime, ¿de quién habla?» Juan no lo sabe, y teniendo reclinada la cabeza sobre el corazón de Jesús, se atreve a preguntarle aquel secreto: «Señor, ¿quién es?». Seguro del cariño de su discípulo, y conociendo que desea saberlo para serle más útil, le responde Jesús: «Aquel a quien yo diere el pan mojado», y se lo dio a Judas. Sucedía, pues, esto en los momentos en que el señor de la casa y los convidados mojaban la lechuga en la salsa[98]. Para los griegos, el bocado era de pan o de carne, pero evidentemente se puede entender de cualquier género de comida. Se honra a un huésped ofreciéndole con la punta de los dedos un pedacito mojado de aquella manera, y esta costumbre se conserva aún hoy entre los beduinos. Estando Jesús cerca de Judas pudo darle hasta en la boca aquel alimento mojado. Última señal de íntima familiaridad. Judas se obstinó, y este endurecimiento de su corazón lo aprovechó Satanás[99] para hacerse dueño de su alma, y Judas seguirá las sugestiones del enemigo hasta el fin.

El estar encargado de los cuidados de aquella comunidad explica tal vez el que estuviese tan cerca del Maestro para recibir y ejecutar sus órdenes. No pudiendo Jesús, después de lo sucedido, soportar la presencia de Judas en aquellos momentos en que iba a abrir su alma a los corazones que le aman, le dice: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto». Era preferible que acabara de una vez que no seguir más su fingimiento. Nadie se dio por enterado, a no ser el que había recibido la confidencia[100] y san Pedro, su amigo, sí se lo había comunicado. Los más obser-

---

[98] Michna, *Pesahim*, 10, 3.

[99] La intervención de Satanás sirve aun hoy de excusa a los árabes. Sorprendido un joven en un robo que estaba haciendo en nuestro convento dominicano de Jerusalén, se excusaba delante de la policía diciendo: «Es que Satanás entró en mí».

[100] La expresión «de nadie» ha de entenderse, según el espíritu del narrador, contando con la inteligencia del que lee.

vadores pensaron que Jesús habría dado sus órdenes en voz baja a quien guardaba el dinero, para que comprase alguna cosa necesaria para la fiesta oficial del día siguiente, o con ocasión de la fiesta hacer alguna modesta caridad a los pobres.

«Era ya de noche». El poder de las tinieblas se había desencadenado[101]. Después del primer plato, o mejor de aquellos preliminares, presentaban el cordero pascual y se bebía la segunda copa. Si los evangelistas sinópticos no hablan de esto, es que su atención la absorbía el acto solemne que haría inútil el antiguo rito.

INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

(Lc 22, 19-20; Mc 14, 22-24; Mt 26, 26-28)

La cena iba a terminar. Tomó entonces Jesús el pan, lo bendijo, lo partió, siguiendo la costumbre, y lo dio a sus discípulos diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo». Fue el último acto de la cena, porque, después de esto, según lo que aparece, tomó una copa, la que se bebía en acción de gracias después de la cena (Lc 22, 20; 1Co 11, 25) y la tercera según el rito judío. Se la dio y bebieron todos de ella, y les dijo: «Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, que es derramada por muchos». El rito pascual estaba terminado; acaso como los judíos practicaban entonces a voluntad la costumbre de ir bebiendo todos en la misma copa, así no se apartó de esta costumbre. De todos modos, Él quiso hacer de esta copa un signo de unión entre los tuyos. Todos bebieron de la misma copa la sangre derramada por ellos y por ese gran número que forma la colectividad humana.

Las palabras de la consagración que hemos citado son las más cortas y son de san Marcos. San Mateo dice: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo». Después el cáliz: «Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre, de la nueva alianza, la cual es derramada por muchos para la remisión de los pecados». San Lucas: «Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros: haced esto en memoria mía». Después: «Este cáliz es la nueva alianza de mi sangre, derramada por vosotros». San Pablo: «Esto es mi cuerpo (entregado) por vosotros, haced esto en memoria de mí».

---

[101] Según el orden seguido, es claro que Judas no comulgó: es también el sentir de la mayoría de hoy.

Después: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre: haced esto todas las veces que bebiereis de ella en memoria mía» (1Co 11, 24 s.).

Aunque las palabras difieren algo, concuerdan las de todos los narradores en lo esencial. Lo que era pan se convirtió en cuerpo del Señor, y el vino se convirtió en su sangre. Esta sangre se emplea según el rito de la alianza, que suponía una aspersión del pueblo con la sangre de una víctima (Ex 24, 8). La víctima aquí es Jesús, pues es su sangre la que está en el cáliz, y así da Él principio a una nueva alianza[102]. Los discípulos deben comer aquel cuerpo y beber aquella sangre. Ni san Marcos ni san Mateo prescriben que aquella santa acción sea reproducida; pero san Pablo testifica que la práctica de la Iglesia respondía a una orden del Señor, de la cual hace mención también san Lucas; y sin una orden expresa de Jesús, ¿quién se atrevería a renovar lo hecho por el Señor la víspera de su muerte, y un hecho para el cual su presencia parecía ante todo indispensable? San Pablo, no obstante, afirma también que eran el cuerpo y la sangre de Jesús lo que los fieles recibían (1Co 11, 27)[103]. Pensaban, pues, es más, estaban ciertos de que había transmitido a los suyos el poder de obrar aquel cambio inaudito con la virtud de las palabras por Él pronunciadas. Al mismo tiempo que había instituido la Eucaristía, Jesús había instituido sacerdotes investidos del derecho y del poder de perpetuarla.

Ya ha pasado el tiempo en que, fuera de la Iglesia católica y de numerosas Iglesias ortodoxas, la mayor parte de los exegetas entendían las palabras de Jesús en un sentido figurado: cuando os juntéis para orar, celebrad la cena en mi memoria, comiendo el pan y bebiendo el vino con los mismos sentimientos de mis discípulos, cual si estuviera yo en medio de vosotros, como si el pan bendecido en mi nombre fuese mi cuerpo y el vino mi sangre derramada por vosotros.

Si aún quedan algunos exegetas protestantes atrasados que intentan convertir el realismo de la Iglesia primitiva en un recuerdo tierno, muchos eruditos y no de los menos enfrentados contra nuestros dogmas reconocen la obligación, para un comentarista leal, de tomar las palabras de Jesús según la evidencia de su sentido propio. Sólo que quieren reconocer en todo esto la supervivencia de un rito bárbaro en que los creyentes inmolaban un animal adorado para devorar sus car-

[102] La palabra «nueva» la omite sólo san Marcos.

[103] «Porque el que come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor», etc.

nes, si es que no lo descuartizaban vivo, en la confianza de que así adquirían energías divinas. Este rito era la expresión brutal y salvaje de la tendencia más atrevida y más noble de la religión, que es la unión con Dios. Dios, habiéndose acercado a nosotros por mediación de su Hijo encarnado, es ciertamente en Él y por Él por quien conseguimos unirnos al Padre, y ¿por qué no por su carne y por su sangre derramada por nosotros para encontrar en Él la fuerza, después de haber obtenido el perdón?

La obra maestra, el rasgo divino en la Eucaristía, es haber sobrepasado la ambición insensata de los deseos con la plenitud del don, pero bajo una forma delicada y espiritual que descarta todas las imágenes groseras, y da a entender que la verdadera unión no está en el comer. Por este acto exterior se consigue siempre participar de la realidad del Cuerpo de Cristo; pero el verdadero fiel no se nutrirá verdaderamente de Jesús si el amor no acerca nuestro espíritu al espíritu de Cristo. Dejemos a los críticos malintencionados que saquen a relucir con sarcasmo la palabra «magia». La vida espiritual de la Iglesia, amor de Dios y amor del prójimo, está suspendida de este encanto de divina energía y de delicias para el corazón de los creyentes.

JESÚS, AL SER GLORIFICADO, DA UN MANDAMIENTO NUEVO

(Jn 13, 31-35)

Instituido el sacramento del amor, Jesús se expansiona como nunca con sus discípulos. La Pasión ya había comenzado, puesto que Judas ha ido en busca de gente armada, y Jesús tiene a propia gloria cumplir este acto de obediencia y de caridad, que es también la gloria de su Padre, a la cual refiere cuanto Él hace. Porque el Padre no la tendrá escondida en sus eternos secretos, la hará patente en su mismo Hijo y será muy pronto, mediante la resurrección y subida a los cielos. Esto no se realizará como no sea alejándose Jesús de los suyos, y enternecido con este pensamiento de su ausencia, los llama por vez primera «sus hijitos» y les advierte, como antes lo hiciera a los judíos, que no podrán seguirle. Como legado les da una palabra, un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros, como Él los ha amado. Será esto para el mundo la señal de que son sus discípulos. Este mandamiento nuevo recuerda la nueva alianza que Jesús acababa de promul-

gar. Al igual que la alianza, el mandamiento nuevo existía ya, pero es nuevo, porque Jesús se presenta como modelo, porque es su inspirador y su razón de ser, según lo mostró san Mateo en el cuadro del juicio final: los suyos deben amarse unos a otros porque son de Él, y los reconocerá por esto mismo. Esta caridad se desbordará sobre todos, a semejanza de la de Jesús, que derramó su sangre para salvar al mundo.

JESÚS PREDICE LA DISPERSIÓN DE LOS APÓSTOLES Y LAS NEGACIONES DE SAN PEDRO

(Lc 22, 31-34; Mc 14, 27-31; Mt 26, 31-35; Jn 16, 31-32; 13, 36-38)

La traición de Judas fue el primer dardo; después vinieron otros. El dolor que oprime el corazón de Jesús comienza a revelarse. Se lo producen, primero sus discípulos con su dispersión, pues lo abandonarán en la precisa hora en que lo van a herir. Ya estaba anunciado por un antiguo oráculo del profeta Zacarías: «Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas» (Za 13, 7)[104].

Como en los profetas, luce siempre la esperanza después de las amarguras, y así Jesús levanta los ánimos de las tímidas ovejas: «Cuando resucité, os precederé en Galilea»[105].

¿Cómo pudo el Señor Dios permitir aquella caída? Impenetrable en sus designios, nada se hace sin su voluntad, y si permitió a Satanás que cribase a los apóstoles como trigo sacudido y un tanto macerado, le impuso un límite. A quien principalmente deseaba Satanás ver caído era a Pedro, cabeza de los apóstoles. Jesús conoció el peligro que le amenazaba; pero no quiso preservarle del todo, si bien su oración fue el refugio de la fe del apóstol. Su fe no desfallecerá, y después de su arrepentimiento, será quien confirmará la fe de sus hermanos. No es que los otros apóstoles perdieran la fe, pues sólo se trata de que él los afirme en ella. El privilegio de una fe indefectible sólo es asegurado a Pedro. El protestante Bengel ha dicho con su concisión lapidaria: «Preservando a Pedro, cuya ruina hubiera arrastrado a todos los demás, Jesús los preservó a todos. El discurso del Señor presupone que Pedro

---

[104] «¡Espada... hiere al pastor y se dispersarán las ovejas!» Dios, que da a la espada la orden de herir, es ciertamente el que da el golpe.

[105] San Lucas, que no hablará de las apariciones de Galilea, no relata la dispersión ni señala el lugar de la cita.

era el primero entre los apóstoles, cuya resistencia o caída decidiría más o menos la suerte de los demás»[106]. El texto de san Lucas, mirado aisladamente, pudiera referirse sólo a la próxima circunstancia del escándalo de los apóstoles; pero su sentido es absoluto y nos autoriza a unirlo a la promesa hecha ya a Pedro, roca inconmovible, sobre la cual será edificada la Iglesia (Mt 16, 17 s.). La nueva declaración de Cristo fija también el sentido: esta solidez de roca es la de una fe que por nada puede ser conmovida, puesto que está sostenida por la oración de Jesús. Esta prerrogativa permitirá a Pedro afirmar en la fe incluso a los apóstoles, y con mucha más razón a los demás creyentes, y esto será por todo el tiempo que durare la Iglesia, contra la cual jamás prevalecerán las puertas del infierno.

Como podía esperarse del carácter de Pedro, y también de su profundo amor a Jesús, él no quiere admitir el pensamiento de que se separará de su Maestro aunque, para seguirle, sea necesario exponerse a la prisión y a la muerte. En su vehemencia alardea más que los otros, cosa a la quel no lo autoriza Jesús: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo no» (Mc 14, 29). No admitía que Jesús fuese a donde él no podía ir: «Daré mi vida por ti» (Jn 13, 37).

Era sincero, pero la solidez de su fe quedaría mejor cimentada sobre su arrepentimiento que no sobre su abnegación arriesgada y presuntuosa. Le sale al encuentro Jesús: «En verdad te digo: hoy mismo, esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, tú me negarás tres veces». Repite Pedro con más fuerza: «Aunque sea necesario morir contigo, yo no te negaré». Sólo el afecto, afirmando con creciente ardor, merece que se le perdone semejante bravata, si bien el Maestro tenía derecho a más rendido respeto a su palabra. Los demás abundaron en parecidas protestas que Pedro. Jesús había hablado y no replicó, pero puso en guardia a los suyos, que no comprendían bastante la inminencia del peligro.

LA PROSPERIDAD Y LA GRAN PRUEBA
(Lc 12, 35-38)

¡Cómo había cambiado todo! ¡Qué hermoso en otro tiempo cuando les acompañaba la simpatía general, o cuando menos se les guarda-

[106] El texto latino en *Comm. sur St. Luc.*

ba la tradicional hospitalidad! Entonces, Jesús había enviado a sus discípulos a predicar sin dinero, sin alforja y hasta sin sandalias. Ahora, si no abundaba en las cosas necesarias, no tenía otra cosa para vender que su manto, para comprar una espada y obtener por la fuerza sus alimentos.

Extremo doloroso al cual Jesús no aconseja, en verdad, que recurran sus discípulos, porque pinta muy al vivo las prevenciones a que estarían expuestos. Va a cumplirse en Él la sentencia de Isaías sobre el servidor de Dios que sufre: «Fue contado entre los malhechores» (Is 53, 12). Sus buenas obras entre los hombres iban a terminar.

La palabra espada excitó la atención de los galileos, siempre dispuestos a la lucha. Había dos espadas que probablemente llevaban, preparados a cualquier trance. Jesús no quería que lo defendieran con espadas, y así lo dirá, pero más tarde, cuando la vayan a desenvainar. Así es que cuando le dijeron: «Señor, hay aquí dos espadas», respondió sonriente[107]. «Basta». Necesitaba el tiempo para hablarles sobre un asunto más importante.

JESÚS PROMETE A SUS DISCÍPULOS SU PRESENCIA, LA DEL PADRE Y LA DEL ESPÍRITU SANTO

(Jn 14, 1-31)

Era costumbre, como hemos dicho, entre los judíos continuar charlando de sobremesa una vez terminada la cena pascual. Los griegos y los romanos, terminados sus banquetes, continuaban bebiendo, y entonces entraban los tañedores y tañedoras de flauta, y eran aquellos momentos muchas veces de extremada licencia, y aun para los que eran tenidos por buenos, de conversaciones escabrosas. Los doctores judíos, para evitar aquellos desórdenes, habían prohibido beber entre la tercera copa y la última, la que precedía al *Hallel,* pues no comiendo no había pretexto para seguir bebiendo[108]. Las conversaciones, sin embargo, no tenían carácter religioso, como no fuese la lección que daba el padre de familia sobre la Pascua en los momentos en que era presentado en la mesa el cordero pascual. Probablemente también se cantaba.

---

[107] Como lo vio san Cirilo de Alejandría.

[108] Conservaron sin embargo el término griego ἐπικώμιον, bajo la forma de *Apikomin* para designar ese momento; ver Beer., *Pesachim,* p. 74

En la última cena, fue Jesús quien tomó la palabra, como para comentar la institución de la nueva alianza, revelando altísimos misterios. San Juan nos ha conservado esa expansión, el secreto más elevado y más profundo de su corazón. Y si trajo a colación algunas instrucciones dadas[109] en otros tiempos, como que las impregnó de la melancolía y de la tristeza de los adioses, de suerte que aparecerán siempre en aquel tono de luz mitigada por las sombras de la última noche.

El primer discurso o plática forma un todo completo: les habla Jesús de su partida y de la esperanza de volver a verlo. La separación era necesaria para que los discípulos empezasen su obra; pero en cierto modo era sólo aparente, gracias a la presencia espiritual del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en el corazón de los que en Él creen y le aman. Por tanto, no hay por qué turbarse, sino por qué alegrarse.

El discípulo amado había penetrado más íntimamente que ningún otro en el pensamiento de su Maestro, y vio cómo se cumplían sus promesas. Sería asombroso que este cumplimiento no diese algún nuevo colorido a la expresión de la predicción misma. Sin embargo, no se sintió impresionado, porque los hechos, no sólo habían sido anunciados, sino que habían sido puestos en su luz sobrenatural por Aquel que era el único que estaba autorizado para prometer el don del Espíritu Santo.

El primer pensamiento es que se volverían a encontrar cerca del Padre, gracias a Jesús que es uno con Él (Jn 14, 1-11). Se aparecerá a sus discípulos después de su resurrección, pero por pocos días. A lo que atiende ahora es a la situación en que se encontrarán sus apóstoles al verse privados de su presencia sensible, que debe ser reemplazada por la fe. Creían ya en el Padre, creador de todo, y debían creer en su Maestro: esta fe sería la base de toda su vida.

Al modo que un amigo, encargado de buscar alojamiento después de una jornada para otros amigos, se adelanta, así Jesús vuelve a la casa de su Padre, donde tantas moradas hay; bien lo sabe Él, pues va a prepararles el lugar. Después volverá y los llevará para estar en su compañía. Es necesario, sin embargo, que aprendan el camino. Tomás duda: interpreta todo esto como si se tratara de un viaje ordinario. ¿A dónde, pues, va Jesús? Y si lo ignora, ¿cómo dar con el camino? El camino, acababa de decirlo, era la fe en Él, que es Camino, pues por

[109] Ver los pormenores sobre esto en nuestro *Comm. sur St. Jean.*

Él se conoce al Padre. Es, además, camino para la inteligencia y se anda por él, aprendiendo la verdad: Él es la Verdad. Y esta verdad es vida del alma, siempre en Él, pues Él es la Vida. Sus discípulos le han visto, y viendole a Él, ven al Padre.

Le han visto, pero en la oscuridad de la fe que les dice que el Hijo es el mismo que el Padre. Felipe desearía saber más: «Señor, muéstranos al Padre, y nos basta». La visión perfecta está reservada a la eternidad. Felipe debía contentarse con creer en lo que en la última enseñanza de la Dedicación había ya revelado Jesús a los judíos (Jn 10, 30) y que ahora les anuncia de un modo más claro. «¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?» Esta extraña sentencia, considerada como blasfemia por los judíos, es también la afirmación del Padre, viviendo en Jesús. Porque si la mejor razón de creer en su palabra, al menos no podrán recusar el testimonio de las obras, de los milagros, que son en Él la obra del Padre.

Esta fe no debía permanecer inactiva en los discípulos; los fieles no deben turbarse, muy al contrario, deben obrar, y su Maestro les dará los recursos necesarios. Ésta es la segunda exhortación.

El mejor recurso será la oración, siempre favorablemente despachada, porque los discípulos rogarán al Padre en nombre de Jesús, y es tal la unión entre el Padre y el Hijo, que el Hijo hará lo que le piden, y el orden será en adelante que el Padre sea glorificado en el Hijo. Y el hombre de fe, armado con esta oración, hará las mismas obras, y aun mayores que Jesús. En efecto, Él no salió de Israel, y a ellos los enviará a convertir a los gentiles.

Para esta obra es necesario el amor de Dios, el amor que guarda sus mandamientos. La fe sola no basta para obtener el don que la oración de Jesús conseguirá del Padre, el don del Paráclito, defensor, protector, grande amigo, que no es otro que el Espíritu de la verdad. Éste asistirá a los discípulos en sus caminos como luz, que disipa las tinieblas de muerte, y les anima a seguir su marcha y a obrar. Pero esta luz es interior. El mundo no puede gozar de este beneficio, porque la busca fuera y allí no se deja sentir: los discípulos gozarán de ella, porque la hallarán dentro de sí mismos.

El mismo Jesús vendrá a ellos. El mundo no lo verá, porque su vida es espiritual: lo verán los discípulos que viven la vida de Él y conocerán el secreto de esta unión que los une al Padre. Jesús está en ellos, ellos en Jesús y Jesús en el Padre. Y esta unión no sólo la realizará actualmente la fe. Si el fiel ama de verdad al Hijo y le ama y guar-

da sus mandamientos –precioso consuelo para las almas timoratas–, será amado del Padre y del Hijo, y el Hijo se le manifestará. Así indicaba Jesús aquella visión casi intuitiva, por el contacto íntimo de la inteligencia con la verdad infinita, conocimiento claro y más fecundo que el conseguido por la razón, aunque no logre disipar todas las oscuridades de esta vida.

Los discípulos todavía tenían la cabeza llena de grandiosos proyectos suscitados en su fantasía de judíos. La palabra manifestación evoca la presencia radiante del Mesías, que pondría fin a todas sus dudas y arrojaría el mundo a sus pies. Judas, no el Iscariote, esperaba ese golpe teatral, que era parte del programa: «Señor, ¿qué ha ocurrido para que te hayas de manifestar a nosotros y no al mundo?»

Jesús le da a entender que esta íntima manifestación exige amor y amor grande: consistirá en la venida del Padre y del Hijo al corazón del que ama, que convertirán en morada suya. Otra vez el Maestro les testifica que no hace más que transmitirles las enseñanzas del Padre. Así debía ser: Él instruiría a sus discípulos mientras estuviera con ellos –san Juan testifica la realidad de la afirmación del Salvador–. Pero Él sabía que sólo sería comprendido por la acción del Espíritu Santo, enviado por el Padre, para traerles a la mente cuanto les había dicho, con una luz más clara, y con las declaraciones y acentos necesarios para que la doctrina quedase grabada en el corazón de quienes serían depositarios heraldos de esa doctrina.

Jesús terminó como había comenzado: «No se turbe vuestro corazón». Les deja la paz, no al modo cómo lo hacían sus compatriotas, siguiendo la costumbre de saludar a la llegada y a la despedida: ¡Paz![110], sino como un legado valiosísimo de su amistad. Si en verdad eran sus amigos, su amor les llevaría hasta alegrarse con Él, porque va al Padre, que es mayor que Él. El que se va no es el Hijo Eterno, que jamás abandonó el reino de su Padre, sino este Hijo en el estado de hombre, unido a Dios, pero también inferior a Él por aquella naturaleza humana que tomó y que va a llevar a la gloria. Su partida no tardará, porque el príncipe de este mundo, Satanás, que reina en él por el pecado, ya está en el mundo; y aunque ningún poder tenga sobre él, Jesús acepta soportar sus maquinaciones porque ama a su Padre y le obedece en todo amorosamente.

[110] Aun hoy: *Chalom*.

Después, como si ya nada le quedase por decir: «Levantaos, vamos de aquí». Continuará, no obstante, conversando con sus discípulos. Hay aquí una grave dificultad. Pudiera haber tenido la conversación que sigue a lo largo de las sendas que van a Galilea, en la soledad o sentados bajo algún terebinto; pero era muy difícil por las calles de la ciudad, o yendo por sus arrabales. La oración solemne por la unidad sólo pudo ser hecha a puerta cerrada. A decir verdad, nada tiene esto de difícil. Muy bien se concibe que Jesús se hubiera levantado y hubiera bebido con los otros la cuarta copa; después del *Hallel,* o para reemplazarle, habría pronunciado esta oración de pie antes de salir. Pero las alocuciones que precedieron a la oración ocupan no menos de dos capítulos. ¿Habrían sido pronunciadas así antes de dar la señal de la partida?

Nos inclinamos, pues, a creer que esta interrupción anunciaba el último acto de los convidados, una acción de gracias –distinta entre los judíos de la que seguía a la cena– y llamada *Hallel,* es decir, las alabanzas dadas a Dios por la fiesta y por la liberación en el pasado y en el porvenir.

Juan, después de haber compuesto así su libro, quiso en seguida añadir aun el contenido de los capítulos 15 y 16 y los intercaló o los hizo intercalar donde nosotros los leemos, sin cambiar nada: tal vez fue una ingeniosa manera de indicar su carácter suplementario.

JESÚS ES LA VERDADERA VID
(Jn 15, 1-17)

La primera instrucción que aquí nos da Jesús cambia de rumbo, tiene por objeto la unión de Cristo con sus discípulos, comparada a la verdadera vid con sus sarmientos, y se consigue por la caridad de unos con otros. Como si Jesús acabase en aquellos momentos de escoger a los suyos, pondera el honor de la elección y el lazo de amor creado entre ellos. Tal vez el primer diseño del discurso debiera trasladarse a cuando eligió a los Doce. Pero se comprende mejor la insistencia sobre la unión del amor cuando acababa de revelárseles la presencia espiritual de Jesús entre los suyos, y el acento de melancólica ternura en vísperas de su separación. Brotan entonces dulces y frescas las primeras impresiones del momento, en que los amigos sienten que se aman, y el acento varonil de abnegación frente a la muerte. La com-

paración de la vid es una alegoría. Jesús es la vid su Padre, el viñador; los discípulos, los sarmientos que se nutren de la savia de la vid, que dan fruto gracias a aquella savia; los sarmientos que se secan son cortados, y desde ese momento ya sólo valen para el fuego. Un buen viñador no deja que la vid crezca a voluntad, la limpia, corta los brotes parásitos para que dé más fruto. Así son las pruebas enviadas por Dios. Es también el viñador que corta los sarmientos, pero este punto no tiene aplicación en el orden moral: Jesús siempre respeta el libre arbitrio: «No podéis dar fruto si no estáis en mí». Los que permanecen con Él, lo aman y dan mucho fruto, porque sin Él nada pueden hacer. Los que con Él no estuvieren, es por culpa de ellos, y se les arrojará como leña inútil, y para que no estorben se les echará al fuego. Sombría perspectiva ésta. Pero el Salvador no se para aquí. ¿Por qué han de temer sus discípulos? Les concederá cuanto pidan, porque ése es el deseo del Padre y es su propia gloria, que den mucho fruto: entonces, verdaderamente, serán sus discípulos.

La alegoría de la vid estaba terminada, y Jesús había dicho a qué personas se aplicaba. Faltaba por explicar lo que significaba para los hombres «vivir en otro», ser como las ramas unidas al tronco para aspirar la savia, y hacer así saber a los suyos lo que esperaba de ellos. Todo lo esclarece una sola palabra: la caridad, el afecto, que es aquí amistad. Dios Padre ama a su Hijo, y este amor eterno se manifestó particularmente cuando deseó que su Hijo se hiciese hombre. Desde entonces el Hijo debía cumplir los mandatos del Padre para testificarle su amor. De esta misma manera ha amado Jesús a sus discípulos y quiere que ellos le prueben su amor, guardando sus mandamientos. ¡Son amados! Que sus corazones salten de gozo al oír esta palabra que ninguna otra iguala. Es la suprema alegría del Cristianismo, que nada se la puede alterar. Predica la disciplina, la abnegación, la aceptación de todos los sacrificios; todo esto no importa al que se siente amado, y cuyas tristezas se cambian en alegría. El amor que desciende del Padre va más allá de cada discípulo, es menester que se difunda entre ellos. No es un amor de juego[111], es un don de sí mismo, que en Jesús llega hasta el sacrificio de la vida; se lo trae discretamente a la memoria, y que ningún amor puede ser mayor. ¡Qué singular prerrogativa de las cosas hechas por amor! Obedecer es oficio de criado y, sin embargo, dice

[111] Santa Ángela de Foligno.

Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois mis amigos, si hiciereis lo que yo os mando». Y seguro de su docilidad: «No os llamaré más siervos..., yo os llamo amigos, porque os he dado a conocer cuanto he oído a mi Padre», la palabra eterna del amor. A ellos toca continuar llamándose sus siervos, porque no debían olvidar que antes que ellos se unieran a Él les había elegido, y no ellos a Él, aunque han sido los primeros en adherírsele con confianza. Pero esa elección es el mejor estímulo para ir a donde los había de enviar, a cosechar el fruto que muy bien conocían: llevar al hombre al reino de Dios. Serán sus servidores, y lo serán siempre, pero servidores que están seguros de obtener de Él cuanto pidan, pues por esto son sus amigos. Sólo les exige que se amen los unos a los otros.

Lo que les dice es poco, pero encierra el secreto de la vida espiritual y el germen de todo apostolado. Los amigos de Jesús vivirían en adelante de su vida y realizarían su obra. Están en Dios por caridad, y esta caridad es amor de amistad y el mandamiento por excelencia.

Toda la teología de la gracia está aquí encerrada: su desarrollo es admirable, pero ¡es tan clara y sabrosa en su fuente!...

ODIO DEL MUNDO Y PROMESA DEL ESPÍRITU SANTO
(Jn 15, 18; 16, 4)

El Padre, el Hijo encarnado, sus amigos, amándose los unos a los otros..., es el mundo de la luz y de la alegría, porque es el reino de la caridad. Esto no es lo que llamamos mundo. Entonces, y aun hoy, mundo es la vasta humanidad, con frecuencia esclava de deseos sensuales, que no consiente en someter la razón a la fe, en dirigir su corazón por la ley de la caridad sobrenatural. Después de haber calentado el pecho de sus discípulos contra su Corazón, con las más tiernas palabras, que apenas dejaban entrever la honda pena de la obra que va a cumplir, Jesús súbitamente descorre el velo y deja al descubierto la dura realidad: serán presa del odio del mundo, porque se opondrían a sus bajos instintos. Jesús los eligió para sí, y después de haberlos sacado del mundo, los volverá al mundo para convertirlo. Muchas veces el mundo los aborrecerá como él, Jesús, fue aborrecido de los judíos; pero la alegría se sobrepondrá siempre, ya que será su consolación ser maltratados por amor de Él. Les había dicho: «El siervo no es mayor que su señor» (Jn 13, 16; Mt 10, 24); pero el siervo colabora en la buena causa

de su señor y, como él, es inocente. El odio es doloroso para quien es objeto de él; pero cuando no es merecido, es sólo una prueba. ¿Quién más inocente que Jesús? Su indulgencia no le impedía ver el pretexto que los judíos hubieran podido alegar, si presentándose como enviado de Dios no les hubiera mostrado el título por que lo hacía, ni hubiera suministrado pruebas de su misión. Pero les habló para esclarecerlos sobre aquella vida divina, que mejor que ellos conocía, hizo obras de su Padre, obras de justicia, de misericordia, de caridad, milagros que sólo un enviado de Dios podía hacer; obras que están muy por encima de cuanto la antigüedad había conocido de más prodigioso. Ellos nada quieren ver ni entender: aborrecieron al Hijo de Dios y por ello a su Padre, cuya obra de bondad habían rechazado con desprecio. Él, por tanto, puede decir, como el justo perseguido, figura del Mesías paciente, les había dicho ya: *Me aborrecieron sin motivo* (Sal 35, 19; 69, 5 [heb.]).

¿Serán los fieles apóstoles de Cristo abandonados en medio de la tormenta, por haber cargado con el odio acumulado por la malicia contra Aquel cuyo nombre invocan? Son testigos, testigos irrecusables, puesto que han acompañado a Jesús desde el principio de aquel ministerio, que le ganó el odio de los judíos, pero ¿librarán mejor que Él? Sí, porque su Maestro velará sobre ellos y les enviará una ayuda, un defensor, el misterioso Paráclito, que es el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, aunque no como el Hijo, y procede también del Hijo, puesto que es enviado por Él. También el Paráclito dará testimonio de Jesús y testimonio decisivo. No indica aquí la naturaleza de este testimonio[112]. Se puede pensar en las antiguas profecías dictadas por el Espíritu Santo sobre la persona y obra del Mesías, y también en la santidad que esclarecerá la Iglesia como la mejor prueba de su origen divino. Cierto que, según los primeros evangelistas, el testimonio del Espíritu Santo se confundirá con el de los Apóstoles porque será Él quien hablará en ellos (Mt 10, 20; Mc 13, 11; Lc 12, 12).

A pesar de todo, el mundo no cejará en su odio; al contrario, exacerbará su violencia. Persuadidos los judíos de que los discípulos blasfeman al tener a Jesús por Dios, los arrojarán de las sinagogas, y creerán haber prestado un servicio a Dios dándole muerte, desconociendo igualmente al Padre y al Hijo. Era preciso volver sobre este triste asun-

---

[112] Jesús tratará de nuevo sobre esto en Jn 16, 8-10.

to[113], porque los discípulos corrían peligro de caer desalentados, viendo levantarse contra ellos la autoridad religiosa de los sacerdotes y de los doctores. Anunciándosela su Maestro, esta persecución no debilitaría sus ánimos. En los comienzos, a orillas del Lago, nada turbaba su confianza; la sostenían las palabras y obras de Jesús. En adelante no tendrían otro apoyo que sus recuerdos; debían, pues, ser precisos y convincentes.

MISIÓN DEL ESPÍRITU SANTO. PRÓXIMA VUELTA. FE DE LOS DISCÍPULOS

(Jn 16, 5-33)

Recordando Jesús a sus discípulos que los había escogido y hecho sus amigos, anunciándoles ahora el odio del mundo y las persecuciones, volvía a su tema antiguo, que con muy pequeñas variantes figuraba ya en los otros Evangelios. Evocado el pasado, se presentía el porvenir. Ahora atiende a la situación presente. Tenemos aquí como un complemento de la conversación que llena el capítulo 14 de san Juan. Prometería la venida del Espíritu Santo sin señalar su misión, y lo va a hacer ahora, en los momentos de partir para su lejano viaje, cuyo término no alcanzan los discípulos, caracterizado por Él como el retorno a las eternas moradas, a su Padre, sin aludir apenas a la resurrección (14, 18-20); volverá a tratar aquel grave asunto de próxima alegría. Todas estas conversaciones terminarán vigorizando la fe en el corazón de sus discípulos, pero ¡ay!, con la perspectiva de su dispersión.

Los Apóstoles, impresionados por las enseñanzas de la hora presente, tercian en la conversación, aunque ignoramos quienes fueron, pues no son nombrados.

El primer tema, pues, es un suplemento de información sobre la venida del Espíritu Santo.

Los apóstoles habían preguntado a Jesús adónde iba. Ahora ya lo saben y nada preguntan. Pero si sus almas no sienten curiosidad, sus corazones están sumidos en tristeza. ¿Por qué Cristo marcha aun antes

---

[113] Las persecuciones fueron muchas veces anunciadas: Mt 5, 11; 10, 16-21; 23, 34; 24, 9; Lc 6, 22, 12, 4; 21, 12-19; Mc 13, 9-13.

de reinar? Jesús les dice, no sin misterio: «Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros; pero si yo me voy, os lo enviaré». El tiempo de la vida humilde y de las pruebas era pasado. Entrado en la gloria, ya no debía vivir mucho tiempo con los suyos, porque debían aprender a llevar vida de espíritu por la fe. La presencia sensible debía ser reemplazada por la presencia espiritual, gracias a la acción del Consolador, que es el Espíritu Santo.

Cuando haya desaparecido Jesús no tiene por qué defenderse del mundo, esta misión será del Consolador, que sabrá justificarle a los ojos de los grandes tribunales de la humanidad, siempre abiertos por su espíritu inquieto. Convencerá al mundo de su injusto proceder, «argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio». El pecado era el cometido por los judíos, que habían rehusado al enviado de Dios, y agravarían su malicia condenándole a muerte, como se disponían a hacer. Este pecado aparecerá en toda su negrura, frente a los dones del Espíritu Santo, que se difundirán sobre los gentiles bautizados con aquellas manifestaciones de gracias extraordinarias que conoció la Iglesia primitiva, con las aspiraciones heroicas realizadas en la Iglesia de todos los tiempos. El mundo judío, al cual se había asociado el representante de Roma al desembarazarse de Jesús, sentía graves recelos de que condenaba a un justo. El Espíritu Santo hará brillar esta justicia por el testimonio de los apóstoles, admitidos poco antes a participar de su vida, y esto bastará para que no cesen de proclamar su inocencia, más evidente que nunca para ellos al verle volver al Padre. En fin, el Espíritu Santo convencerá al mundo de haber pronunciado una falsa sentencia contra Jesús: o más bien, esta sentencia recaerá sobre el que la provocó haciendo obrar a sus satélites, sobre Satanás, condenado por la más horrible iniquidad, a quien sus adeptos reconocían por señor del mundo, y que ahora se verá reemplazado en el culto de los hombres por Jesús, consagrado Rey por aquella Pasión en que Satanás creía asegurada su más grande victoria.

El Paráclito, el defensor de Cristo, tenía una misión más íntima que desarrollar en los discípulos, siendo espíritu de verdad que alumbra las inteligencias. En aquellas horas, en vísperas de su desfallecimiento moral, antes de la luz de la resurrección, no estaban en condiciones de asimilar lo que Jesús les hubiera podido decir. El Espíritu Santo los guiará hacia la verdad completa. Y no es que en sí mismo sea un manantial independiente de verdad; ya que fuentes no hay más que una. Como Jesús sólo ha dicho lo que le había mandado su Padre, el

Espíritu Santo tampoco dirá nada por sí mismo, sino solamente lo que hubiere oído para comunicarlo. Sería un error imaginar que la verdad fluye del Padre paralelamente al Hijo y al Espíritu Santo. No, el Espíritu Santo la recibe del Hijo, pues cuanto tiene el Padre es también suyo. Imposible, por tanto, imaginar que las enseñanzas del Espíritu Santo sean contrarias a las del Hijo, y no podía ser menos. ¡Si es la misma enseñanza! Lo que diga el Espíritu Santo lo sabe el Hijo, y lo habría dicho si las circunstancias se hubieran prestado a ello. Dos caminos quedan abiertos: o el Espíritu Santo no hará más que esclarecer lo dicho por Jesús, o añadirá a sus enseñanzas nuevas nociones, en perfecta armonía con las de Jesús. El segundo caso sólo fue concedido a los apóstoles. Claramente lo ha dicho la Iglesia. Después de ellos no ha habido más revelación. Pero el caminar hacia la verdad comprendiéndola mejor debe, por su naturaleza, durar tanto como la humanidad. Cuando Jesús habla a sus apóstoles, encargados de defender con la ayuda del Espíritu Santo y de predicar la verdad, habla también a los que creerían por su ministerio y por el de sus sucesores. La asistencia del Espíritu Santo fue, por tanto, prometida por siempre a los que reemplazarían a los apóstoles y, bajo su dirección, a los que creerían en Jesús. De un modo especial el Espíritu Santo otorgará el don de conocer las cosas futuras, el don de profecía, que jamás ha faltado en la Iglesia.

El Espíritu de Dios se había revelado ya en la antigua alianza, como inspirador de la verdad y de acciones heroicas. Lo que Jesús da a conocer aquí a sus apóstoles son sus relaciones con el Hijo y con el Padre. No habló de Él a los judíos, porque para entenderle precisaban creer en el Hijo. Siendo el Hijo Dios como el Padre, el Espíritu de Dios era también el suyo. Los apóstoles lo entendieron así entonces, y más tarde lo comprendieron mejor aún.

Habiendo sido prometido el Espíritu Santo para asistir a los apóstoles, y también para consolarlos a la hora de la partida de Jesús, la Iglesia le ha dado el nombre de Paráclito, literalmente, Asistente o Defensor en el sentido próximo de Consolador. Es sobre todo Asistente para la autoridad eclesiástica docente, y particularmente Consolador de todos como dulcísimo huésped que es de cada alma[114].

---

[114] *Consolator optime, dulcis hospes animae,* en la incomparable secuencia de Pentecostés.

Cuanto Jesús les acaba de decir tenía reflejos tristes de despedida y albores alegres de eternidad; sin embargo, todavía estaba reservada a los apóstoles una dicha más cercana, sobre la cual quiso Jesús insistir para que les sirviese de sostén en la prueba que por instantes se acercaba: «Todavía un poquito y ya no me veréis, y otra vez otro poquito y me veréis».

El anuncio de la resurrección no era nuevo: no obstante, no fue comprendido por los apóstoles que no sabían cómo conciliar «todavía un poquito» con el término del viaje al Padre que aparecía lejano. Se decían, pues: «¿Qué entiende por un poco? No sabemos lo que quiere decir». Jesús quiere darles un apoyo de su fe. La traición, el proceso, la crucifixión, los sarcasmos de los judíos los sumergirían en honda tristeza; pero estos dolores serían, como los dolores del parto, seguidos de grande alegría. Volverá Jesús a ver a sus discípulos, lo verán y su corazón se ensanchará de alegría; les hablará claramente del Padre.

Después los tiempos correrán de nuevo sin limitación, el día de la alegría se prolonga y se convierte en día de oración en el nombre de Jesús que halla acceso cerca del Padre, sin que en adelante Él tenga ya que intervenir, porque su Padre ama a los que creyeron en su Hijo. Ahora sólo hay que pensar en la separación definitiva sobre la tierra. La vida humana de Jesús la condensan estas palabras: «Salí del Padre y vine al mundo; y ahora abandono el mundo y voy al Padre».

Las palabras eran tan claras –hasta los oscuros horizontes del porvenir aparecían iluminados por la claridad de los términos–, que los apóstoles creyeron haberlas comprendido. No teniendo en cuenta que el Maestro les había prometido para más adelante luz más intensa, fijándose sólo en que su declaración no tenía comparación o parábola alguna, creen poder afirmar que veían con claridad lo que creían con certeza: «Nosotros creemos que has salido de Dios». Aunque su voluntad se conservaba incólume, su valor iba a desfallecer. Así se lo advierte Jesús[115]: «Seréis dispersados cada uno por su parte, y me dejaréis solo». Él nunca estaba solo, pues estaba siempre con su Padre, y así está seguro de la victoria o, mejor dicho, ya es suya. Lo que importa es que, a pesar de todo, haya confianza en Él.

---

[115] Lo que hemos visto ya en los sinópticos, p. 453, san Juan parece haberlo trasladado aquí para terminación de la conversación.

ORACIÓN DE CRISTO POR LA UNIDAD DE LA IGLESIA
(Jn 17, 1-26)

Terminadas aquellas pláticas, empezó Jesús una oración. El peregrino de nuestros días que sigue la escarpada ruta del Cenáculo a Getsemaní en la tarde del Jueves Santo, en la soledad y en el silencio, fácilmente se imagina que esta oración fue pronunciada a orillas del Cedrón y que ve a los atentos discípulos agruparse alrededor de su Maestro, puesto en pie y con los ojos fijos en el cielo. Pero, como ya dijimos, es difícil colocar los discursos que preceden, en los barrios entonces habitados, a lo largo de las calles, más concurridas que de ordinario a causa de la Pascua. Era más adecuada para aquella oración la paz del Cenáculo. San Juan dice que Jesús salió después de haber rezado su oración (Jn 18, 1).

Esta oración, pues, fue el supremo acto de alabanza después de la Cena pascual. Los judíos recitaban entonces el *Hallel*, es decir, los salmos 115 a 118, costumbre probablemente seguida por Jesús y sus apóstoles. La incomparable dignidad de esta última reunión provenía de que la figura se convirtió allí en plena realidad. El salmo 118 bendice al que viene en nombre del Señor. Ya había venido, su misión estaba cumplida y su obra había glorificado a su Padre. Y como esta obra la llevarían por el mundo los apóstoles, quiso Jesús rogar por ellos y por los que creerían mediante su predicación, los cuales formarían lo que nosotros llamamos Iglesia, y para esta Iglesia pedía Él la unidad. La pidió a su Padre y la recomendó a sus discípulos, no sólo para que viviesen unidos por amor, a semejanza del Padre y del Hijo, sino uniéndose ellos mismos al Padre y al Hijo por la fe y la caridad.

Al principio pide Jesús la gloria. Vino para dar a los hombres la vida eterna[116], que es la gloria. Era muy justo que, como hombre, entrase en aquella gloria, de que ya gozaba al lado de su Padre como Hijo, desde la eternidad.

Después presenta Jesús a sus apóstoles. El Padre los conoce muy bien, puesto que Él mismo se los había dado, habiéndolos elegido de antemano en su consejo. Pero el Hijo había de testificar que han escuchado y recibido las palabras que les comunicó, teniéndole como

---

[116] En esta frase: «La vida eterna es que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y al que has enviado, Jesucristo». La palabra compuesta «Jesucristo» es más bien del escritor que de aquel que habla.

enviado del Padre. Son, pues, suyos, y por lo mismo pertenecen al Padre, ya que entre el Padre y el Hijo todo es común. Jesús ruega por ellos, porque tienen mucho de qué temer en el mundo. Ningún hombre es excluido de su oración; pero cuando se trata de preparar a los obreros, destinados precisamente a la conversión del mundo, es preciso ante todo que sean puestos en guardia contra las seducciones del mundo y preservados de los males que hay en el mundo. De esto cuidó Jesús mientras estuvo en Israel; pero ahora, que va a partir, se los encomienda al Padre. No le pide que los saque del mundo –¿cómo cumplirían entonces su misión?–, sino que los santifique en la verdad, es decir, que los confirme en la fe voluntariamente prestada a la palabra de Dios. Modelo de esta santificación es el mismo Jesús, que, siendo santo, quiere, sin embargo, ofrecerse a su Padre, consagrarse por ellos para servirles de ejemplo, para hacerles partícipes del infinito mérito de su oblación, «a fin de que, participando por su ministerio de la gracia de su sacerdocio, se asocien al mismo tiempo a su estado de víctima, y no teniendo en sí mismos la santidad requerida para ser los enviados y los ministros de Jesucristo, la encontrasen en Él»[117].

Sepan, pues, los apóstoles que deben santificarse antes de santificar a otros. Esto es formidable, pero no hay que temer, esta santidad es la de Jesús, que está deseoso de comunicarla, y este estímulo es muy dulce.

Por fin, Jesús echa una mirada certera más allá del Cenáculo, y ve a sus apóstoles esparcidos por todo el mundo, predicando la fe en Él. Ve también otros hombres que, llamándose amigos de la verdad, se vieron rodeados de discípulos, los cuales, a su vez, hicieron adeptos; pero al correr de los tiempos siguieron sus caminos y las sectas se multiplicaron. Sabía Jesús que este peligro amenazaba a su nueva sociedad, cosa inherente a toda sociedad humana; por eso pide al Padre la unidad, y quiere que sea tan perfecta, que sus votos alcancen al último creyente lo mismo que a sus apóstoles. Aún más, el grito supremo de su Corazón es que todos los fieles esparcidos por todo el mundo participen de aquella unidad esencial, infinitamente simple, en la unidad una y única de Dios, que abraza al Padre y al Hijo. Que todos los que deseen la unidad de los cristianos sientan sus corazones inflamarse leyendo aquellas palabras. Yo te pido «que todos sean uno, como tú

[117] Bossuet.

mismo, oh Padre, estás en mí y yo en ti, para que ellos estén también en nosotros». Esta unidad es la señal divina de la religión de Jesús: «De modo que el mundo crea que tú me enviaste».

Y Jesús lo repite con creciente energía: «Para que sean uno, como nosotros somos uno». No se formará esta unidad por simple imitación de un modelo, es la unión con el Padre por Jesús, la que creará una perfecta unidad. «Yo en ellos y tú en mí para que ellos sean consumados en la unidad»[118].

¿Qué pesan en la balanza contra este voto de Jesús el amor propio herido, el orgullo recalcitrante, causas ordinarias de los cismas, los prejuicios hereditarios, y aun ciertos escrúpulos de falso nacionalismo que los perpetúan? ¿Quién no ve que esta unión se eleva muy por encima de un vago sentimiento de humana o de cristiana solidaridad, y que es la unidad en la fe? ¡Señor Jesús, que tu oración sea oída!

A los que se han conservado en esta unidad promete Jesús que estarán con Él unidos en la gloria, que por decreto eterno le ha sido dada por el Padre.

Seguro de haber cumplido su misión, Jesús apela ahora a la justicia del Padre. La continuará de un modo más secreto, al fin, dice a su Padre, «que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos».

---

[118] Esta doctrina está admirablemente desarrollada en la Encíclica *Mortatium animos* del Papa Pío XI.

CAPÍTULO SEXTO

LA PASIÓN

I. GETSEMANÍ

(Lc 22, 39-46; Mc 14, 26 y 32-42; Mt 26, 30 y 36-46; Jn 18, 1)

Jesús, después de haber proclamado el *Hallel*[1] con los Once y de haber orado a su Padre, salió del Cenáculo[2] y volvió al monte de los Olivos, al otro lado del torrente Cedrón, a un lugar denominado Getsemaní, donde había un jardín.

Parece que san Juan, que no nombra Getsemaní ni el monte de los Olivos, quiso indicar que ese lugar estaba en la falda de la montaña y que había allí un jardín. El *Qidron*, o el torrente negro, lo atravesó David cuando la traición de Achitopel, en medio de las lágrimas del pueblo (2Sm, 15, 23). Está constantemente seco, excepto en el momento de una gran lluvia; se conoce, sin embargo, que entonces, como ahora, había puentes para pasar. Jesús, pues, descendió la cuesta demasiado rápida de la ciudad alta, probablemente por el camino escalonado y hace poco descubierto[3]. Por no pasar por las murallas del Templo de noche dieron un rodeo bajo el pináculo del ángulo sureste alumbrado por la luna llena, entrando después por el estrecho valle poblado por Oriente de sepulcros y envuelto en tristes sombras (Mc 14, 54).

---

[1] Es lo que llaman aquí san Marcos y san Mateo, ϑμνησαντες. El canto de un himno, es decir, de un salmo, pudiera estar en su lugar después de una cena ordinaria; pero los dos evangelistas hablan de la Pascua, y en esa ocasión, el himno no podía ser otro que el *Hallel*. La acción de gracias pascual está ya en los *Jubileos*, XLIX, 6.

[2] Los cuatro evangelistas emplean ἐξερχομαι, que san Lucas entendió expresamente de la salida del Cenáculo. Es el sentido obvio de los otros tres.

[3] Por los Padres Asuncionistas, en su terreno. Aún hoy pueden verse estos escalones, junto a unas edificaciones que han respetado escrupulosamente los vestigios arqueológicos. (N. del E.)

Llegaron a un cercado, adonde Jesús solía ir con sus discípulos. Allí acampaban cuando se les hacía tarde para llegar a Betania. El nombre de Getsemaní (lugar de aceite) indica una instalación rústica entre olivos, que bastaba para que tuviera aspecto de un jardín de Oriente. A principios de abril, si sopla el siroco, las noches son ya calientes y los apóstoles podían dormir al aire libre envueltos en sus mantos. Si hacía frío, como probablemente lo hacía en aquella noche[4], se las arreglaban con esteras como podían en algún granero. Acostumbrados a estos campamentos deparados por la fortuna, se disponían los Once a pasar la noche, cuando Jesús les dijo: «Sentaos aquí mientras yo oro». Tomó entonces consigo en estas horas tristes, como en las alegres de la transfiguración, a Pedro, Santiago y Juan, como buscando apoyo en su simpatía, pues les dice: «Mi alma está triste hasta la muerte, esperad aquí y velad». Y como quien se ve forzado a dejar su dulce presencia, fue más allá, como a un tiro de piedra aproximadamente. Allí, invadido por el terror y abatimiento, se desplomó en tierra y oró.

San Lucas dio a esta angustia el nombre griego de *agonía*, que no significa, como para nosotros, los horrores de la muerte, sino la ansiedad causada por la vaga aprensión de un mal que se ve venir. Fue tal, que el sudor del Salvador era como de gotas de sangre que corrían hasta la tierra.

Jesús, echado en tierra, oraba para que, si era posible, aquella hora próxima pasase lejos de Él, como cataclismo que respeta un rincón de tierra, y decía: «¡Padre, todo es posible, aleja de mí este cáliz! Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú».

Este abatimiento, aquel sudor de sangre, aquel terror ante las torturas del alma y del cuerpo, aquella oración para alejar el cáliz que tanto había deseado beber, aquella pobre humanidad tan semejante a la nuestra, no escandalizan a los adoradores de Jesús; sólo ven en ellos una cálida invitación a su amor. En ninguna parte se abatió tanto el Hijo de Dios, y fue por nosotros.

Los que no creen, ni tienen corazón, no podrán permanecer insensibles ante la vivísima expresión de semejante dolor humano. Hay, sin embargo, quienes se maravillan de que Jesús, que aseguró poco antes

---

[4] En el lugar donde Jesús hizo esta oración se edificó, en el siglo IV, una iglesia conmemorativa, descubierta por los PP. Franciscanos: Ver *Jerusalem*, II, p. 1007. La basílica fue reconstruida por los hijos de san Francisco y la oración litúrgica es ofrecida allí a Dios, día y noche, en unión con el corazón agonizante de Jesús.

su triunfo sobre la muerte, se hubiera mostrado pocos momentos después agobiado por los presentimientos de ella. Olvidan un rasgo de nuestra naturaleza: los más nobles representantes de esta naturaleza son acaso los más sensibles, diríase los más vibrantes, a las contrarias impresiones. Cuando un general lanza sus tropas a la victoria, las inflama de entusiasmo; cuando tienen el presentimiento de perecer en la batalla, su alma se turba, como sucedió a Wolfe, en vísperas de la batalla de Quebec contra Montcalm.

No nos avergonzamos de traer aquí a colación recuerdos que nos son profanos porque son humanos, porque es la humanidad de Jesús la que se manifiesta aquí, en todo semejante a la nuestra menos en el pecado, y con una voluntad tan humana, que siente horror a los sufrimientos, pero... ¡qué sufrimientos...! Tanto más que ni por un momento titubeó esta voluntad. Lo único que Jesús quiere es cumplir la voluntad de Dios, su Padre: «No se haga mi voluntad, sino la tuya».

Puesto por su naturaleza humana «un poco debajo de los ángeles» (Sal 8, 6), Jesús es confortado por un ángel venido del cielo. Más que nada necesitaba el estímulo de los suyos. Va en busca de sus tres discípulos y los halla dormidos, ¡aun el mismo Pedro, que tan valientemente había protestado de su amistad! Le dice: «Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad para no caer en la tentación; el espíritu está pronto» –bien lo sabía Pedro– «pero la carne es flaca» –muy pronto lo probaría.

Como siempre, acompañando con el ejemplo el consejo, sobre todo porque su alma abatida no se sentía tranquila más que estando al lado de su Padre, se alejó de nuevo para orar. Vuelve por segunda vez y los halla en la misma dolorosa apatía; seguían durmiendo, estaban en el primer sueño tan profundo e irresistible, de que se avergüenzan y no saben cómo excusarse. Jesús ora por tercera vez, y de nuevo vuelve; pero entonces no busca el consuelo en sus amigos. Sale a pecho descubierto al encuentro del peligro, que a grandes pasos y por orden de su Padre viene hacia Él. Dice, pues, a los empedernidos dormidores: «Dormid ya y descansad; el tiempo de orar ya ha pasado. Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores». Después, viéndolos, sin duda, más sensibles a esta amistosa ironía, que a sus reproches: «Vamos, levantaos, he aquí que viene deprisa el que me va a entregar». Era el momento de reunirse todos; acaso los otros ocho acudieron entonces al ruido, o más bien Jesús con

Pedro, Santiago y Juan iría hacia el refugio en que se hallaban para juntarse a ellos y de seguro estarían todos dormidos.

II. Jesús, juzgado por los judíos

PRENDIMIENTO DE JESÚS
(Lc 22, 47-53; Mc 14, 43-52; Mt 26, 47-56; Jn 18, 2-11)

Judas, conocedor de aquellos lugares por haber estado otras veces con los demás apóstoles, se acercaba. Sabía muy bien que Jesús no se iría aquella noche a Betania, pues debía pasarla en Jerusalén y el monte de los Olivos pertenecía aun a Jerusalén.

El descarriado discípulo era sólo un guía de la policía. El prendimiento lo habían preparado los jefes de los sacerdotes y habían armado a sus hombres, que lo habían de realizar, con espadas y palos. Para mayor seguridad pidieron al tribuno romano encargado de la guarda del Templo una sección de la cohorte que había en Jerusalén. El tribuno, bien que consultase a Pilato, o que tomase por sí mismo la determinación, fue él mismo en persona con sus soldados, llevando, según las ordenanzas, sus armas y sus antorchas. Iban para conservar el orden, dispuestos a intervenir, si los galileos hacían resistencia, pero no tomaron parte en el prendimiento, según el cuarto Evangelio. Éste, que es el único que lo menciona, le da naturalmente el puesto de honor. Los sacerdotes y los comandantes judíos del Templo se quedaron a retaguardia.

Les había dado Judas a los jefes del destacamento esta consigna: «Al que yo besare, ése es, prendedle y llevadle con cuidado». Se acercó a Jesús, que estaba aún entre sus discípulos en la penumbra, le llamó cariñosamente *Rabbí* (Maestro) y lo besó. Jesús le dice por última vez: «Amigo...», después, como descorazonado, añadió: «¿A qué has venido?» (Mt 26, 50).

El Hijo de Dios no quiso que aquella innoble traición velase la dignidad de su actitud y su resolución. Se adelantó, pues, y dijo: «¿A quién buscáis?». Ellos respondieron: «A Jesús Nazareno». Les contestó sencillamente: «Yo soy». Los que le preguntaron, retrocedieron y cayeron en tierra. San Juan, único que describe este episodio, vio en él la señal del poder sobrenatural de Jesús, manifestado en el acento de sus palabras, en su mirada, en la autoridad que trascendía de su persona.

Será, sin duda, exagerado pensar que todos los asistentes cayeron por tierra como soldados de plomo. Los que iban delante para dar el alto retrocedieron aterrados ante aquella majestad (Jn, 7, 44 s.) y cayeron sobre los otros. Muy pronto se levantaron. Jesús de nuevo les preguntó a quién buscaban, a fin de librar a sus discípulos, como Jefe que echa sobre sí toda la responsabilidad y no quiere comprometer a nadie. «Si es a mí a quien buscáis, dejad ir a éstos»[5].

Inmediatamente los agresores prendieron a Jesús. La prueba manifiesta de que éstos no fueron los soldados romanos, sino la policía judía del Templo, es que el primero que se adelantó, deseoso de mostrar su celo, sin peligro de grave daño, pues Jesús había dicho que a sus partidarios no tocaba aquel asunto, fue un servidor del Sumo Sacerdote llamado Malco[6]. Éste no tuvo en cuenta el ánimo decidido de Pedro que, desenvainando la espada cortó la oreja derecha al imprudente. Los cuatro evangelistas están de acuerdo en la calificación del criado del Sumo Sacerdote y sobre lo hecho por uno de los discípulos. Sólo el cuarto Evangelio da los nombres de Malco y de Pedro, nombres que los demás callaron por prudencia, al menos el de Pedro. La designación expresa hecha por san Juan le conviene maravillosamente al generoso amigo de Jesús, que con tanta sinceridad se había ofrecido a morir por Él. Interviene entonces Jesús que, según san Juan, dijo a Pedro: «Vuelve tu espada a su vaina, el cáliz que me dio mi Padre, ¿no lo he de beber?» (Jn 18, 11).

Estas palabras son como el eco de la agonía de Jesús, empezada y terminada por la aceptación del cáliz, escena que san Juan pasó en silencio, como otras muchas suficientemente conocidas por los primeros evangelistas: hace referencia a ella con una sola frase. En presencia de su Padre, Jesús estaba derribado en tierra; delante de la horda enviada contra Él por los del Sanedrín se mantiene en pie. ¿No es esto un rasgo humano y noblemente humano? Viene a la memoria el recuerdo del Santo Tomás Moro, que hizo cuanto pudo para escapar de la muerte, pero, llegada la hora, se fue a ella con heroica firmeza.

En san Mateo hay otras palabras de Jesús: «Todos los que toman la espada, a espada morirán». La causa, en verdad, era justa, pero tam-

---

[5] San Juan aplica a esta circunstancia del peligro corporal, lo que Jesús había dicho de la vida moral y religiosa de sus discípulos (17, 12).

[6] Nombre semítico con terminación griega.

bién era cierto el fracaso de la defensa. El asalto había sido perpetrado por la autoridad, que tenía derecho a la espada y que no hubiera dudado en servirse de ella. Lo que san Pedro hizo no era reprensible, pero su ejemplo pudiera ser contagioso. Jesús no quiere que haya una batalla por causa suya, si otra cosa hiciera no sería el Mesías que debía ser; pero añade, con la seguridad de su poder sobrenatural: «¿O piensas tú que no puedo recurrir a mi Padre, quien me enviaría al instante más de doce legiones de ángeles?» De alguna manera Él mismo puso entredicho a todo recurso cuando aceptó beber el cáliz. Si no estuviera dispuesto a sufrir, ¿cómo se cumplirían las Escrituras que hablan de los dolores del justo, y aquella sobre todo que presenta a los ojos de los pueblos al Servidor de Yahvé expiando con su muerte los pecados de todos los suyos? (Is 53).

Dirigiéndose después a sus discípulos les dice Jesús: «Dejad ir las cosas hasta el fin». Y curó la herida hecha con la espada. Es san Lucas el único en decirlo. Sin este acto de bondad ¿no hubiera sido imputado a Jesús en el juicio esta hazaña de Pedro? Malco sólo era un ejecutor de bajezas. Jesús veía a sus emboscados inductores: a los sacerdotes, a los capitanes de la guardia del Templo, a los ancianos del pueblo, llegados para apoderarse de su víctima y que, hecho el asalto sin grave dificultad, se muestran ahora: «¿Habéis venido con espadas y palos, como contra un ladrón? Y habiendo estado yo cada día con vosotros en el Templo, no habéis puesto la mano sobre mí; pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas»[7].

Estas palabras fueron como un *sálvese quien pueda*. La presencia de tan altos personajes acabó de echar por tierra el valor de los discípulos. Dejaron solo a su Maestro y huyeron todos. Alguien intentó, sin embargo, seguirle: fue un joven, que dormiría cerca de allí, envuelto en una sábana y que, atraído por el ruido, se había acercado de aquella manera. Amaba a Jesús, pues intentó seguirle, y tal como se hallaba a causa del frío. Los bandidos le echaron mano, pero él, soltándoles la sábana, huyó desnudo.

San Marcos es el único que cuenta este episodio. ¿Quién era aquel joven? No era un apóstol seguramente; mas es de creer que fuese alguno, que se había encariñado con Jesús cuando venía a aquel lugar con

---

[7] Estas últimas palabras están en san Lucas, y todo está muy en conformidad con san Juan.

los suyos; es verosímil que fuera el mismo san Marcos. El evangelista habrá dado como firma de su libro aquel incidente, que tan grabado llevaba en su corazón. Si aquella noche abandonó a Jesús, comprendió después mejor cuán digno era de ser amado.

JESÚS ES CONDUCIDO A CASA DE ANÁS
(Jn 18, 12-14 y 24)[8]

Prendido Jesús y con esposas en las manos, fue conducido por el tribuno que mandaba la fuerza armada a casa de Anás[9], suegro de Caifás, el cual era el Sumo Sacerdote aquel año. Después de haber terminado su cometido, es probable que los soldados se retirasen a su cuartel. ¿Por qué condujeron a Jesús a casa de Anás, si era Caifás el Sumo Sacerdote aquel año? Anás había sido también Sumo Sacerdote. Depuesto por Valerio Grato[10], vio durante su larga vida a cinco hijos elevados a la misma dignidad. Fue persona muy acreditada entre los judíos. Caifás, su yerno, quiso, sin duda, tener para con él esta deferencia. Sin calumniar a este político poco escrupuloso, se puede juzgar que no le desagradaría tener a su favor aquel voto en un negocio en mala hora comenzado, y que debía terminar por entregar a los romanos un compatriota inocente. Según el orden de los hechos y tal como nosotros los imaginamos, Anás, satisfecho ya su gusto, rehusó echar sobre sí la responsabilidad. Era prudente, y si pasó, según el historiador Josefo, por el tipo de hombre feliz[11], fue, sin duda, porque se mezcló lo menos posible en los negocios. Sin mandar siquiera quitar los lazos con que estaba Jesús maniatado, lo envió a Caifás.

---

[8] Se puede ver en nuestro *Com. sur St. Jean* las razones de poner en casa de Caifás lo que san Juan cuenta de Anás, si no se traspasa el versículo 24 después del v. 13, como está en el manuscrito siriaco sinaítico y en san Cirilo de Alejandría.

[9] Se ignora donde se hallaba la casa de Anás, de la cual la tradición corográfica no se ocupó hasta después del siglo XIII (*Jerusalem*, II, p. 492). Para conciliar las negaciones de Pedro, según los sinópticos y según san Juan, se ha supuesto que Anás y Caifás no tienen necesidad de acudir a ese medio.

[10] En el año 15 después de Jesucristo.

[11] *Ant.*, XX, IX, I. «Porque tuvo cinco hijos sumos sacerdotes, lo que supone gran habilidad».

JESÚS, EN CASA DE CAIFÁS. TRIPLE NEGACIÓN DE SAN PEDRO

(Lc 22, 54-62; Mc 14, 53-54 y 66-72; Mt 26, 57-58 y 69-75; Jn 18, 14-27)[12]

Fue Caifás, según afirma san Juan, quien había aconsejado a los judíos sacrificar a un hombre para salvar a todo un pueblo. Casi al mismo tiempo que Jesús llegaron a casa de Caifás los sacerdotes influyentes, los doctores, los ancianos, que habían sido citados para proceder a un primer interrogatorio. La costumbre oralmente codificada por los doctores prohibía tener por la noche sesiones de causas capitales. Por tanto, la junta no podía tener carácter oficial; era una especie de comisión de miembros del Sanedrín de buena voluntad para poner las cosas en orden.

El Sumo Sacerdote, en su fuero interno, sólo veía un incidente en sus relaciones con los romanos, tan difíciles de arreglar con un hombre como Pilato. Sin embargo, en un tribunal nacional, en presencia del acusado, no era lo bastante exponer las ventajas políticas de una ejecución, necesitaba hallar motivos, que tocasen en lo vivo la parte más influyente de la asamblea, que eran los fariseos, es decir, había que presentar acusaciones de orden doctrinal. Preguntó, por tanto, a Jesús sobre sus discípulos y doctrina. Los sueños de un particular no podían traer consecuencias, pero se sabía que Jesús había adoctrinado a unos galileos, que le seguían por todas partes, y el grupo era sospechoso, de introducir novedades. ¿Cuál era su doctrina? No faltan iluminados que con todo empeño se aprovechan de la ocasión para dar a conocer sus revelaciones o su modo de ser ante un augusto auditorio. Si Jesús era uno de éstos, una confesión prontamente recibida por los escribas sería un medio de ganar mucho terreno.

Jesús, tan empeñado en predicar el reino de Dios a los hombres de buena voluntad, nada tenía que decir a aquéllos. No estaba allí como predicador, sino como acusado. Al acusador le tocaba tomar informes. Él, y éste era un extremo de suma importancia, no era un conspirador y no tenía doctrinas secretas. «He hablado claramente al mundo: siem-

---

[12] Seguimos el orden de san Lucas, que pone en la mañana la sesión decisiva del Sanedrín, tal como la cuentan Marcos y Mateo por la noche. La primera sesión, según san Juan, fue en casa de Caifás. La negación de san Pedro, según los cuatro con sus propios matices, irá indicada en nota.

pre he enseñado en la Sinagoga o en el Templo, donde todos los judíos se juntan. Nada he dicho en secreto. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han oído lo que yo les he dicho».

El sumo pontífice vio prontamente que la partida no era tan fácil de ganar como se había imaginado. Jesús medía sus palabras. El desagrado del pontífice se exteriorizó sin duda por un gesto de indignación, porque uno de sus satélites interpretó aquel gesto de una manera brutal. Puesto detrás del acusado para guardarlo, le dio una bofetada diciendo: «¿Así respondes al pontífice?» Dueño de sí mismo, Jesús recuerda a los jueces, en la persona de aquel grosero, el respeto al derecho. «Si mal hablé, muéstrame en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?»

Hacía una defensa serena, esperando nuevos agravios. Decididamente, Jesús no quería confesar. Se hacía, pues, preciso convocar a los testigos, cuyas declaraciones serían oficiales y delante de un tribunal regular. El sumo pontífice no insistió más, volvió por la mañana para hacer un proceso en forma.

El palacio de Caifás[13] no encerraba aquella noche sino enemigos de Jesús o indiferentes. Lograron, sin embargo, deslizarse en él dos amigos.

Después de haber cortado la oreja a Malco, san Pedro, aunque obligado a la inacción por Jesús, no le abandonó del todo; le seguía a cierta distancia para no correr el peligro de verse detenido, como estuvo a punto de serlo el joven desconocido. Todos los evangelistas están acordes en este punto. El cuarto añade que estaba en compañía de otro discípulo, que por la manera discreta con que habla de sí y de los suyos ha hecho suponer que este discípulo era él mismo, conjetura fundada también en su amistad con san Pedro, y no menos en aquel afecto por Jesús que lo llevó al pie de la Cruz. Este discípulo era conocido del sumo pontífice, y algo extraña que fuera san Juan, pescador de las orillas del lago de Galilea. Pero ¿se sabe quién era su madre, probablemente Salomé, y si no tendría parientes en Jerusalén? No era ninguna inconveniencia en un amigo de Jesús tratar con Caifás en los momentos en que tan odioso papel representaba, si sus intentos era hacer algo en favor de su Maestro. Las relaciones eran, sin duda, muy poco íntimas, y no se necesitaba trato muy familiar para entrar en su palacio abierto de ordinario a todo el mundo. Aquella noche se tomaban algunas precauciones contra gentes sospechosas. Entró Juan primero sin

[13] Sobre el lugar en que se levantaba, véase *Jerusalem*, II, p. 482 s.

dificultad y rogó a la portera que permitiera la entrada a Pedro. Se lo concedió, pero no sin preguntar antes –ni podía ser de otro modo–: ¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?» Lo que, al dejarlo pasar, significaba claramente: «¿A lo menos tú no serás de esta partida?» San Pedro respondió: «No soy». Los críticos, que han creído descubrir en el Evangelio de san Juan empeño en rebajar a Pedro, reconocerán que, en este lugar al menos, excusa más bien su falta. Este «subterfugio» será fácilmente tachado de mentirilla oficiosa para poder entrar al atrio.

Los tres sinópticos estás concordes en afirmar, con san Juan, que la primera negación fue ocasionada por una sirvienta. Igualmente convienen en que san Pedro, ya en el atrio, se juntó a la gente de servicio que había hecho fuego para calentarse. La noche, sin duda, estaba fresca, y en las colinas de Judea en todo tiempo es agradable pasar la noche alrededor del fuego. Según los sinópticos, fue allí donde, como explica san Lucas, la criada, al resplandor de la lumbre, distinguió a Pedro. Entonces lo señaló con más seguridad: «Tú estabas con Jesús el Nazareno» (Mc 14, 67). Pedro, como era galileo, se hacía que no comprendía. «No sé, no comprendo lo que dices». Un extranjero se desentiende fácilmente de los importunos, aparentando que no comprende. Semejante escapatoria no podía durar mucho, y Pedro juzgó más prudente escurrir el bulto, acercándose a la puerta de la entrada. San Marcos nota que un gallo cantó entonces: la predicción del Salvador, según este evangelista, era: «Antes que el gallo haya cantado dos veces, tú me negarás tres». El canto del gallo era una advertencia, pero la turbación de Pedro hizo que no la notara.

Entonces, la misma criada, según san Marcos; otra diferente según san Mateo; uno, según san Lucas, y muchos según san Juan, le denunció o le denunciaron de nuevo. Habría que suponer la no existencia de una ley constante de la historia para escandalizarse de las diferentes manera de referir un mismo hecho.

Los cuatro evangelistas, sin embargo, están de acuerdo en afirmar que la respuesta de Pedro fue bien precisa: «Yo no soy discípulo suyo». ¡Y era el Jefe de ellos!

Había transcurrido una hora (Lc 22, 59) aproximadamente. Pedro había cometido la imprudencia de conversar, tal vez, por bien parecer, para que su silencio no le hiciera sospechoso. Habían notado por su acento que era galileo, por el modo de pronunciar ciertas consonantes

y acaso también por el empleo de ciertos vocablos. Al darse todos (Mc, Mt, Jn), cuenta, uno se hizo intérprete del común sentir: «¡Verdaderamente tú eres de ellos, porque eres galileo: tu modo de hablar te denuncia!» El peligro arreció cuando uno de los criados del sumo pontífice, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, habló con toda claridad del agravio recibido. «¿No te vi yo con Él en el jardín?» (Jn 18, 26). Pedro esta vez se creyó perdido. «Y comenzó a maldecir y a jurar: no conozco a este hombre de quien habláis» (Mc 14, 71).

En estos momentos se oyó por segunda vez el canto del gallo[14], y Pedro se acordó de la palabra del Señor. Una mirada de Jesús le conmovió en los más profundo del corazón. Agotado por la lucha interna de un peligro amenazador, que hería su alma al encontrar sus ojos, los ojos tristes de Aquel que le amaba, y en quien, a pesar de todo, no había cesado de creer, salió llorando y lloró amargamente[15].

Tan doloroso suceso tuvo lugar mientras el interrogatorio de Jesús, que, como había sido a puerta cerrada, Pedro no pudo asistir a él. Probablemente al salir Jesús de la sala fue cuando miró a Pedro[16].

---

[14] El autor de estas líneas muchas veces se fijó en la hora del primer canto del gallo en Jerusalén a principios de abril. La hora no es siempre la misma. Las dos y media es la que se puede fijar.

[15] La tradición de Jerusalén venera el lugar de su arrepentimiento en la parte oriental de la ciudad alta. Una iglesia de siglo V o VI, se llamaba de san Pedro en Gallicantu. Los PP. Asuncionistas la han remodelado.

[16] Se ve que de admitir el interrogatorio en casa de Caifás o de Anás, viviendo ambos en el mismo palacio, las pretendidas contradicciones de los evangelistas sobre las circunstancias de las negaciones de san Pedro se reducen a muy poca cosa. Sería muy imprudente y muy poco crítico aumentar el número de las negaciones para justificar todas las circunstancias. La cifra de tres está afirmada por los cuatro evangelistas, en la predicción y en la realidad. Las negaciones de san Pedro son: en san Juan una simple negación esquemática: en san Lucas, están más o menos claras: en san Mateo la segunda va acompañada de juramento y la tercera de imprecaciones. El desarrollo de todas en san Marcos parece el más natural y hemos conservado su precisión en dos cantos del gallo.

Según Fillion, *Vida de Jesús*, san Pedro negó a Cristo acaso siete u ocho veces: lo esencial es que haya sido en tres circunstancias. La predicción de Jesús, sin embargo, habla de tres negaciones, y su autoridad, fundada sobre los cuatro evangelios, no es inferior a la de cada relato. Si C. Fillion no exige un cumplimiento más estricto de la palabra de Jesús, es que «la profecía admite un sentido más amplio». Esto es no comprender que la historia es una aproximación del pasado, como la profecía lo es del porvenir.

ULTRAJES HECHOS A JESÚS
(Lc 22, 63-65; Mc 14, 65; Mt 26, 67-68)

Los miembros del Sanedrín se alejaron entonces, excepto algunos que llevaron su degradación hasta colmar de ultrajes a la inocente víctima, y aún fue mucho peor cuando lo dejaron en manos de lacayos. Furiosos por la mala noche que les hacía pasar, o simplemente por bajeza de corazón o por crueldad, respiraban los mismos sentimientos que sus amos. ¡Qué profeta era aquel que no supo prever su infortunio! ¡Qué Cristo, que no tenía a nadie que lo defendiese! Le escupían indignamente en su rostro; después, vendándole los ojos, le abofetearon diciendo: «¡Profetiza; dinos, Cristo, quién te ha herido!»

Cuando esta odiosa escena ya les cansó, invadidos por el sueño dejaron sin duda a Jesús en algún rincón bajo llave, esperando que amaneciese el día.

EL SANEDRÍN CONDENA A JESÚS
(Lc 22, 66-71; Mc 15, 1a y 14, 55-64; Mt 27, 1 y 26, 59-66)[17]

Muy de mañana se reunió el Sanedrín: el sumo pontífice, al frente del sacerdocio, presidía la asamblea[18]; los ancianos representaban la aristocracia y los grandes propietarios; allí estaba también el partido de los fariseos con sus doctores bajo su título tradicional de escribas, que no podían faltar en ninguna cuestión política, civil o criminal, puesto que todo debía hacerse conforme a la Ley, de la cual sólo ellos tenían el secreto. Las tres clases habían respondido a la convocatoria del sumo pontífice para tratar del asunto de que se les había avisado. No

[17] La sesión de la mañana, pasada en silencio por san Juan, como otras muchas escenas suficientemente conocidas por los sinópticos, está afirmada por éstos. San Marcos y san Mateo parecen haber transportado a la sesión de la noche lo que pasó ahora, y por tanto nada tenían que añadir. El orden de san Lucas, que pone el interrogatorio y la condenación (los mismos que en san Marcos y en san Mateo) en la mañana, es mucho más verosímil. En verdad, no son de admitir dos sesiones casi iguales.

[18] Los rabinos han imaginado más tarde que el presidente del Sanedrín era uno de los suyos y este falso intento ha sembrado sombras en esta cuestión. La crítica moderna no ha dudado en dar preferencia al Nuevo Testamento sobre los alegatos del *Talmud*.

ignoraban que no tenían autoridad para sentenciar a muerte: el derecho de vida y de muerte estaba reservado al gobernador romano. A decir verdad, estaban en una época de transición difícil de apreciar. Los romanos tenían por principio dejar a las provincias, especialmente a los judíos de mucho tiempo atrás aliados, cierta autonomía en sus asuntos interiores, sobre todo en los religiosos. Si un israelita hubiera sido condenado a muerte por su nación por un crimen de notoria impiedad, Pilato hubiera puesto su visto bueno sin miramiento; pero el Sanedrín no quería echar sobre sí la responsabilidad, sobre todo en un asunto mesiánico, que, precisamente por ser mesiánico, se convertía en político para los romanos. Caifás, haciendo ostentación de lealtad, remitió el asunto a Pilato, y éste era quien debía dar la sentencia. Por otra parte, ningún judío debía ser entregado al gobernador antes que un tribunal de la nación lo hubiera reconocido culpable. El asunto, pues, presentaba dos caras: para los judíos, el proceso era religioso, pero tuvieron cuidado de convertirlo en político para así obtener la aprobación consciente del procurador romano.

Era preciso, por tanto, descubrir en la causa un agravio religioso que entrañase la condenación a muerte. Habiendo Jesús contestado al pontífice que buscase el testimonio de los que le habían escuchado, se buscaron testigos. Como Jesús había cumplido siempre la Ley y había enseñado hasta el último día a seguir la interpretación literal, que de ella daban los doctores, era difícil hallar testigos en su contra. Vinieron, sin embargo, unos, a quienes los evangelistas llaman testigos falsos, porque transformaron una frase inocente en una proposición injuriosa para el Templo y temeraria hasta la locura.

Había dicho Jesús, es verdad, una frase misteriosa, sobre la cual pudieran pedir explicaciones, pero no echarla a mala parte. «Destruid el Templo, y yo lo levantaré en tres días» (Jn 2, 19). Era una alusión velada a su propia resurrección, milagro de que estaba cierto, y que por adelantado le daba derecho a obrar como Señor en el Templo.

Decían que había dicho: «Yo destruiré este templo hecho por mano de los hombres y en tres días yo edificaré otro que no será hecho por mano del hombre». Destruir el Templo del Señor, ¡qué audacia más impía! Prometer que levantaría otro con ayuda del poder divino, ¡qué ilusión más blasfema! ¡Como si Dios estuviera de criadillo de un alucinado! De todos modos, la acusación era peligrosa y algún tanto subversiva, en tiempo en que tantos charlatanes habían abusado de la pública credulidad prometiendo prodigios.

Los pretendidos testigos, como no repetían palabras auténticas, no estaban de acuerdo en lo que decían, y esto embarazaba el formulismo de los doctores, más habituados a indagar las palabras que el sentido de las cosas. Corría peligro de que el proceso se prolongase y era necesario que estuviese todo terminado en aquella misma tarde. El sumo pontífice hubiera querido que Jesús protestase, diera explicaciones, se comprometiese. Le instó a que contestase a los testigos o los desmintiese; pero Jesús callaba. Entonces Caifás cortó por lo sano. Si Jesús no había querido exponer su doctrina delante de una asamblea formada casualmente, tal vez respondiese a una cuestión precisa propuesta delante de los jueces y de la cual dependía su suerte. Le preguntó, pues, con toda solemnidad: «Si tú eres Cristo, dínoslo». –Jesús: «Si os lo digo, no me creeréis; y si os preguntare, no me contestaréis». Para que la cuestión fuera claramente resuelta debió preguntar sobre el sentido que daba a los términos. ¿Qué entendían ellos por la palabra Mesías o Cristo? ¿Era uno culpable por creerse Cristo, si no agitaba al pueblo? ¿Dónde comenzaba el delito? Sin embargo, como Jesús había sido preguntado por el sumo pontífice, no se acogió a este refugio; confiesa que es Cristo y que será reconocido como Cristo, e Hijo del hombre, que muy pronto estaría sentado a la diestra del poder de Dios, viniendo sobre las nubes del cielo. Ellos debían saber esto, puesto que habían leído los salmos (Sal 110, 1 [heb.]) y el libro de Daniel (Dn 7, 9). Ya antes había recordado a los fariseos[19] que el Mesías sería más que hijo de David, puesto que el Señor había de invitarle a sentarse a su diestra, y, no obstante, siendo hombre gustaba de llamarse Hijo del hombre. Aludía ahora a aquella visión de Daniel, donde una figura celestial, semejante a un hombre, venía sobre las nubes. Ser celestial, humano, escogido para ser glorificado a la diestra de Dios: ese Mesías era Él.

Atrevimiento inconcebible a los ojos atónitos de los jueces por parte de un hombre, engañado por la traición de uno de los suyos, incapaz de responder a la ultrajante ironía de la chusma a cuya merced estaba. ¡Aquello sólo se le podía ocurrir a un pobre iluso! Pero, en fin, la alucinación, ¿no era una excusa? Allí nada había que mereciese castigo de muerte. Cualquiera podría pretender el título de Mesías, si se acomodaba a que le tuvieran por loco.

Sin embargo, aquel pretendido loco ya había dado mucho que hacer a los doctores. Ya se veía a la diestra de Dios. ¿En calidad de

---

[19] Ver pág. 401 s.

qué? Más de una vez se había llamado Hijo de Dios en un sentido que trascendía el protocolo mesiánico, con insinuaciones y aun afirmaciones que habían parecido blasfemas. Entonces clamaron todos (Lc 22, 70)[20]: «¿Tú eres, pues, el Hijo de Dios?» Jesús les dice: «Lo soy». Probablemente de esta forma: «Vosotros decís que lo soy»[21], como para subrayar su involuntaria confesión.

En sentir del Sanedrín, era blasfemo. Para echar sobre Jesús toda la responsabilidad, y para exteriorizar su horror y reprobación, según las formas rituales, el sumo pontífice rasgó sus vestidos: «¿Qué necesidad tenemos de testigos?», dando un grito en que se manifestaba más la satisfacción que el horror y el enojo. «Habéis oído la blasfemia». ¿Qué os parece? Sólo faltaba recoger los votos: la sentencia estaba escrita de antemano en la Ley (Dt 13, 2-6). Jesús fue condenado a muerte.

DESESPERACIÓN DE JUDAS
(Mt 27, 3-10)

La condenación de su Maestro sacudió en sus profundidades el alma de Judas. Es propio de conciencias entenebrecidas no comprender la gravedad de su crimen antes de haberlo realizado. Judas no podía ignorar la intención maligna de los jefes de hacer perecer a Jesús. Retrocedió horrorizado cuando comprendió que la muerte de Aquel que le había amado era inevitable, y era casi un hecho. Las monedas de la traición tenían un peso que agobiaba. Devolvió las treinta piezas de plata a los sacerdotes y ancianos con quienes había hecho el trato. Muy cerca estaba del arrepentimiento al reconocer su crimen: «Pequé entregando una sangre inocente». A los del Sanedrín, satisfecho su odio, nada les importaba el traidor, y, por tanto, le respondieron secamente: «¿Y a nosotros qué? Eso es asunto tuyo». Aquel dinero había sido muy bien empleado para que lo volvieran a tomar y habiendo cumplido Judas lo contratado, no querían aquellas conciencias escrupulosas privarle de aquel beneficio. Acosado por la vergüenza, Judas arrojó las treinta moneda al Templo, como si un resto de

---

[20] Quien establece la distinción entre las dos cuestiones.

[21] El sumo pontífice, representando a todos, debió decir: «Hijo del Bendecido», según san Marcos.

honor se sublevase en él contra aquella hipocresía. ¡A qué gente había vendido él a su Maestro! Su remordimiento no pasó de aquí: para ser perdonado, debía pedir perdón. Aún estaba a tiempo. Jesús lo habría mirado como a Pedro, si volviera los ojos a Él con mirada suplicante. Judas dudó de la misericordia de Jesús; alejándose de Dios, se encerró en su bárbara desperación y se ahorcó[22].

Los Sumos Sacerdotes, que hicieron el papel de verdaderos fariseos en todo este negocio, en nada se habían mostrado timoratos. Apañaron las monedas, que, como vulgarmente se dice, se las habían tirado a la cara, y entonces empezaron con escrúpulos. La Ley prohibía profanar el tesoro con dones cuya procedencia fuese impura (Dt 23, 19). Negociador en sangre, Judas no era un donante honrado; sin embargo, no era cosa de que se perdieran aquellos treinta dineros. Podrían servir para comprar el campo de un alfarero, lugar conocido probablemente situado hacia la puerta de la Alfarería[23] quedaba al siniestro valle de Gê-Hinnon. Cuando a las grandes solemnidades de Jerusalén venía mucha concurrencia de Palestina y de todo el mundo conocido, morían algunos extranjeros, y era necesario proveerles de sepultura. Aquel campo les había parecido a propósito. Después de deliberarlo en consejo, se compró; y, como fue con el dinero de Judas, se le llamó *Hakeldama,* campo de la sangre[24]. San Mateo, juntando en uno los textos de Jeremías y Zacarías bajo el nombre del más ilustre de estos profetas, los aplica a este hecho singular. «Y tomaron las treinta piezas de plata, precio de aquel que fue tasado y valuaron los hijos de Israel, y las dieron por el campo del alfarero, como me lo ordenara el Señor» (Za 11, 13; Jr 18, 3; 22, 7-9).

Este lugar convenía muy bien al recuerdo de Judas estando cercano de la antigua Tofet, donde se inmolaban niños a Moloc, en este valle de la Gehenna, con cuyo nombre se designa ahora la región de los eternos castigos.

---

[22] Se mostraba hace poco aun la higuera en la cual ató una cuerda o el propio cinto. El árbol cambió muchas veces de lugar, pero era ya una higuera en el siglo IV. (Ver *Jerusalem,* t. II, p. 865, donde se cita a Juvencio).

[23] De la Alfarería o de Cerámica, probablemente la misma que la puerta *Esterquilina,* indicada en nuestro plano de Jerusalén. Ver *Jerusalem,* I, pág. 128 ss.

[24] Sobre este campo, véase *Jerusalem,* II, pág. 833. Según Jeremías (19, 2) existía ya un ηολυάνδριον o sepultura común en aquel lugar. Pudieron haberlo agrandado. La tradición cristiana estaba muy segura al unir a aquel lugar el recuerdo de Judas. Ver Hch 1, 10.

III. JESÚS, EN EL TRIBUNAL DE PILATO[25]

Poncio Pilato, así llamado también por Tácito[26], no pertenecía a ninguna de aquellas familias aristocráticas a las cuales Tiberio no se atrevía a humillar si no era valiéndose de su astuta habilidad; tampoco había forzado por la intriga o el genio la puerta de la carrera senatorial. Era de aquella clase de caballeros de entre los cuales escogía el emperador sus procuradores revocables a voluntad. Fue mucho peor que Verres, si hubiéramos de dar entero crédito a los escritores judíos de aquel tiempo, como Filón[27] y Josefo[28]. Al hacer relación de los agravios concretos, fácilmente se descubre que sus juicios reflejan exagerado nacionalismo. Pilato no amaba a los judíos; pero su conducta para con ellos fue la de un administrador rígido, no la de un cruel o de un bandido. En caso de insurrección, tenía mano dura. Los críticos judíos han deducido de aquí que los evangelistas han pintado un cuadro falsísimo de su actitud para con Jesús: la sangre de un galileo le hubiera importado un ardite.

Olvidan que Jesús no había sido detenido en flagrante delito de insurrección. Iniciado un proceso jurídico, todo romano debía continuarlo, de conformidad con las reglas del derecho. Si su desprecio hacia los jefes de la nación era grande, aún era mayor su desconfianza. El Sanedrín pedía la muerte de Jesús; pero otros judíos, en particular los miembros de la familia real, se hubieran aprovechado de esta ocasión para acusarle delante de Tiberio de haber derramado sangre inocente. Ya otra vez habían intervenido contra él por motivo de los escudos de oro con que había adornado el palacio real de Jerusalén y que tuvo que trasportar a Cesarea[29]. Precisamente Herodes Antipas estaba en Jerusalén. ¡Sería, además, ridículo tomar en serio la aventura de un pobre iluminado! Los judíos, sacerdotes y fariseos, en todo

---

[25] Los cuatro evangelios están de acuerdo; seguimos a san Lucas como más completo.

[26] *Ann.*, XV, 44.

[27] *Legalio ad Caium,* Maugey, II, p. 589 s., ed. Reiter, VI, p. 210 s.

[28] *Passim.*

[29] *Leg. ad C., l. c.,* C. Fillion (I, p. 132), habla de «inscripciones o símbolos idolátricos» en los escudos. Filón dice expresamente que no había en ellas ni figura ni nada prohibido, como no fuese el nombre del autor y el de aquel a quien estaban dedicados.

veían sacrilegios[30]. Pero cuando le amenazaron seriamente con denunciarle, ya Herodes se hubo desentendido del asunto; Pilato tomó el camino más seguro. Éste fue su crimen. Los primeros cristianos, sin embargo, fueron menos severos con él que los modernos católicos eruditos, demasiado influenciados por los textos judíos[31].

Si se tiene en cuenta el carácter de Pilato y las dificultades del momento, su actitud en la causa de Jesús es de una verosimilitud histórica perfecta. Los textos evangélicos nada han perdido de su valor.

JESÚS ES LLEVADO A PILATO
(Lc 23, 1; Mc 15, 1; Mt 27, 2; Jn 18, 28)

Al acusado se le habían quitado las cadenas durante el interrogatorio, peor lo ataron de nuevo para llevarlo a Pilato muy de mañana. Los procuradores de Judea ordinariamente vivían en Cesarea, y cuando subían a Jerusalén se alojaban por lo común en el antiguo palacio de Herodes, edificado en el punto más elevado de la ciudad alta[32]. La tradición cristiana, conocida desde el siglo IV, pone el pretorio cercano al Templo, y no ha variado desde entonces. Se hace creíble, suponiendo que Pilato, en las grandes festividades, y especialmente en la Pascua, fijaba su residencia en la torre Antonia, que dominaba al Templo, para velar sobre los despropósitos de los peregrinos. Hemos visto que hizo matar allí a varios galileos (Lc 13, 1-2). Donde estaba el procurador estaba también el pretorio, es decir, el campamento de jefe, a modo de pretor. En todo palacio había su atrio amplio, donde el comandante romano podía reunir a sus soldados, dar audiencia y hacer justicia. Así se convertía en pretorio, que ordinariamente estaba rodeado de capillas, donde se depositaban, a lo menos, las insignias militares adornadas de emblemas religiosos. Desde el momento en que los judíos ganaron la causa contra Pilato, su pretorio no contenía nada que

---

[30] Como sucedió cuando los escudos, o cuando los soldados vinieron armados con sus insignias, o cuando tomó plata del tesoro del Templo para surtir de agua a Jerusalén (Jos., *Bell.*, II, IX, 2 ss.).

[31] Se puede leer la excelente noticia en *Realencyklopädie für proteslantische Theologie und Kirche,* sub vº *Pilatus,* por von Dobschütz.

[32] Donde está hoy «la Torre de David», cuyas construcciones subterráneas de Herodes sirven hoy mismo de cimiento a edificios de *pisanos* y turcos; hoy es museo. (*Jerusalem,* II, 562 s.).

pudiese chocar a sus creencias, pero este lugar, habitado por paganos, donde ejercían su dominio, era tenido como impuro en sumo grado. San Juan nos dice lo que ya se podía conjeturar, que los sacerdotes y sus confidentes no entraron en el pretorio, por no contaminarse, porque debían comer la Pascua; con lo cual se indica que se trataba del festín pascual fijado para la tarde por la jerarquía de Jerusalén.

JESÚS, ACUSADO POR LOS JUDÍOS DELANTE DE PILATO
(Lc 23, 2; Jn 18, 29-32)

Advertido Pilato de aquella demostración, y de seguro avisado por la policía, salió a algún balcón de la calle o tal vez a una gradería o descanso de escalera.

Después de algunas palabras de saludo, el procurador fue al grano: «¿Qué alegáis contra este hombre?» Los del Sanedrín creyeron oportuno preparar el terreno para su sensacional denuncia. ¡Se trataba de un asunto muy grave! Conocedor de su marrullerías, Pilato, sin duda informado de que era asunto de carácter religioso, quiso desentenderse del problema: «Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley». Aquellas palabras de Pilato, ¿eran en verdad una autorización para sentenciarle a muerte? Tal sentencia no había sido pronunciada. Los judíos aclaran sus intentos. «A nosotros no nos está permitido matar a nadie». Después, para probar a Pilato que el asunto era verdaderamente serio y de sola su incumbencia: «Hemos hallado a este hombre que pervierte la nación y prohíbe dar tributo al César, diciendo que Él es el Mesías, el rey» (según Lc 23, 2). Supieron muy bien dar a este asunto carácter político con notas bien perfiladas para excitar la irascibilidad de Pilato.

INTERROGATORIO DE PILATO
(Lc 23, 2; Mc 15, 2-5; Mt 27, 11-14; Jn 18, 33-38)

Volvió al pretorio, llamó a Jesús y se puso a preguntarle: «¿Eres tú rey de los judíos?»[33] En los labios de un romano, semejante pregunta

[33] Según Jn 18, 33. Que nada ha dicho para hacer verosímil esta cuestión, sino que se apoya en las acusaciones proferidas en san Lucas.

era acusar a Jesús de ser revolucionario. Jesús no podía responder afirmativamente en el sentido que se le preguntaba. Dice un proverbio árabe «que la pregunta es madre de la respuesta». Para saber lo que se le reprochaba, pide Jesús a Pilato si habla en nombre propio o sólo es eco de lo que los judíos han dicho. Aunque en nada se extralimitaba de su derecho de defensa, se concibe que haya desagradado a Pilato al verse obligado a confesar que tomaba a su cargo acusar de lo que no comprendía. Pilato replica con desdén: «¿Acaso soy yo judío? Tu nación y los Sumos Sacerdotes te han puesto en mis manos; ¿qué hiciste?» El procedimiento es claramente el de un juez que instruye un proceso en que los cargos son abrumadores. Para arrancar una confesión franca supone imperturbable que alguna culpabilidad existe.

Jesús se atiene a la acusación formulada contra Él, Él jamás se las había dado de rey político; si por tal se tuviera, contaría con sus partidarios y habrían sacado sus espadas para defenderle. Pilato ve que nada tiene de rey. Su reino no es de este mundo. Atónito y embarazado con esta distinción, Pilato, poco hecho a nociones espirituales, se repliega a sus posiciones: «Luego tú eres rey». Jesús está en el sentido ya indicado: «Tú lo dices: soy rey»[34], y precisando su pensamiento dice que vino al mundo para dar testimonio de la verdad. Él reina en primer término sobre las almas y es seguido por aquellos que aman la verdad. Pilato, de inteligencia poco despierta, no creyéndose obligado, como otros muchos personajes más grandes que él, a dar su nombre a una secta filosófica, miraba con desprecio, como todos los hombres prácticos y por otra parte excelentes funcionarios, las altas especulaciones: «¿Y qué es la verdad?» Hace la pregunta y poco le importa la respuesta; pero su buen sentido le hizo ver claramente que de parte de Jesús no había ningún peligro para los intereses de Roma. Si perturbó el orden público, sería por algún debate religioso, que tanto excitaban las pasiones de los judíos. En efecto, los clamores de fuera se levantaban más y llegaban hasta el palacio. Jesús, hecha su declaración, se calló. Hubiera querido Pilato, aunque sólo fuera por curiosidad, saber su respuesta. Presentía que los judíos le andaban armando algún enredo que les sirviera de pretexto para acusarlo delante de Roma. ¿Tenían todos el mismo pensamiento? ¿Qué pensaba de esto Herodes Antipas y los

---

[34] La confesión que se halla en los tres sinópticos es ésta: «¿Eres tú el Rey de los judíos? Tú lo has dicho».

demás príncipes judíos, que lo habían acusado a Roma por motivo de los escudos[35].

JESÚS, DELANTE DE HERODES
(Lc 18, 4-12)

Pilato se encontraba perplejo. La resolución, de momento, era declarar, y más ahora que tenía plena evidencia, que, como representante de Roma, no juzgaba culpable a Jesús. Su pretensión a un reino sólo era serio para Él mismo, absorto por su quimera de la verdad: nadie había perseguido a los filósofos porque se tuvieran por reyes de las inteligencias. Se presentó, por tanto, de nuevo a los judíos: «Ninguna culpa hallo en este hombre»[36].

Obligados a presentar una acusación que tuviera visos de verdad, insistieron con fuerza los judíos. «Conmueve al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí». La acusación de enseñar era plausible. En efecto, Jesús se presentaba como doctor de la verdad. Pero ¿era de veras galileo? Pilato no lo había oído hasta entonces. Seguro ya de la verdad del hecho, y sabiendo que era súbdito de Herodes, el cual, a causa de la Pascua, estaba en Jerusalén, tomó la resolución de dejar aquel asunto en sus manos.

Este episodio, narrado sólo por san Lucas, ha sido blanco para continuos tiros de la crítica. Según el mismo san Lucas, Pilato no anduvo con tantos reparos para matar a unos galileos en el mismo Templo, pero aquello era un caso de flagrante delito que quiso ahogar en su misma cuna. ¿No fue precisamente este motivo por lo que sobrevino la enemistad entre Pilato y Herodes? San Lucas cuenta el hecho sin designar la causa: el lector podía fácilmente adivinarla por sí mismo[37]. Con motivo de aquella matanza, es de creer que Herodes no hubiera dejado de quejarse a Roma. Ahora Pilato quería probarle que

---

[35] Schürer opina que este asunto no se realizó hasta después de la muerte de Sejan (31 después de Jesucristo), hostil a los judíos; pero esta razón no es decisiva. Si esto no fue para entrar en juego Pilato, fue tal vez una réplica a su fracaso en lo de las insignias, que ocurrió al principio de su gobierno.

[36] San Lucas y san Juan están de acuerdo.

[37] Del mismo modo habla de la predicación de Jesús en Judea, de la cual cita muchos episodios sin decir expresamente dónde se realizaron.

no desconocía su derecho cuando las circunstancias lo permitían. Al mismo tiempo se desentendía de un negocio que no veía claro. En este nuestro razonamiento tienen su parte las conjeturas basadas en textos sólidos, tanto de san Lucas como de Filón[38], que buscó la influencia de los príncipes herodianos cerca de Tiberio. Pilato, más bien que temer una denuncia por demasiado indulgente, quiso prevenirse contra su severidad.

Herodes quedó muy satisfecho con aquel cumplido, que, además, le daba ocasión de ver a Jesús, de quien de mucho tiempo atrás le venían hablando. Después de lo hecho contra el Bautista, no atreviéndose a enfrentarse con la opinión descontenta, había procurado con astucia alejar a Jesús para no tener que encarcelarlo. Ahora era Pilato quien le daba la oportuna ocasión de verlo y de obligarle a hacer algún prodigio con que salir de aquel mal paso. Así le interrogaría, sirviéndole de tema las acusaciones apremiantes con que sus escarnecidos acusadores le perseguían. Jesús tenía a Herodes por un zorro (Lc 13, 32)[39], animal astuto, pero vil, y no le respondió nada. Informado de la opinión de Pilato, le pareció que estaba en lo justo: el acusado era un pobre iluso, tocado de locura. Los cortesanos de Herodes, que le acompañaban, asentían a lo dicho por su señor o iban aún más lejos. Para hacerle el juego al pobre iluso juzgaron divertido vestirle con un ropaje llamativo. Engalanado con tan vistoso ropaje, volvió a enviarlo a Pilato. Negocio de tan poca monta le dejaba indiferente, y era muy ducho para enfrentarse por tan poca cosa con los jefes de los judíos. Podría ocurrir que de Roma le hicieran saber cómo había ido a Jerusalén en calidad de peregrino, no de juez. Sin embargo, agradeció a Pilato la deferencia con él tenida, y las dificultades entre ellos quedaron zanjadas. Después de los sucedido, cuando el derramamiento de sangre de los galileos, esto era un modo de excusarse.

BARRABÁS
(Lc 23, 13-23; Mc 15, 6-14; Mt 27, 15-18; Jn 18, 39-40)

Pilato no había adelantado un solo paso. La obstinación era la nota dominante de su carácter, y así lo conocemos en sus relaciones con los

---

[38] Filón, *Leg. ad. Caium,* citado en p. 487, nota 27.

[39] Ya citado, ver p. 321 s.

judíos. Por eso la crítica protesta contra sus vacilaciones. En realidad, no se le puede achacar a Pilato de irresoluto en este caso: la vida de un judío le importaba muy poco, y sus prejuicios menos todavía. Se obstinó en su indulgencia a medida que los judíos se empeñaban en forzarle a obrar. Así se mantiene en su sentir: «Me habéis traído este hombre por sedicioso, y yo lo he examinado en vuestra presencia y no lo he encontrado culpable de ninguna cosa de que lo acusáis. Herodes piensa lo mismo: acaba de mandármelo. No se ve, en verdad, que sea merecedor de la muerte».

Sucedió entonces algo extraño.

El tiempo que duró la ida y la vuelta de Jesús a Herodes, la ciudad se agitaba haciendo los preparativos para la fiesta de la Pascua. Se extendió por toda la ciudad que el gobernador estaba en pláticas con los jefes de la nación. El motivo era muy propicio para recordarle la costumbre, que tenía fuerza de ley, de dar libertad a un prisionero con ocasión de la fiesta. La elección del preso era del pueblo, y comenzó a agitarse para solicitar al gobernador. Los agitadores eran, al parecer, inconscientes. ¿Para quién pedirían la gracia? No lo sabían; se vería a última hora. Lo esencial era ejercer un derecho y doblegar la dureza de Pilato. En este relato se ha querido ver una leyenda popular, pues es cierto que entre los griegos y los romanos daban libertad a algunos prisioneros en ciertas fiestas[40]. Un papiro de Egipto del año 86 al 88 después de Jesucristo muestra al prefecto de Egipto, personaje más importante que Pilato, en el momento de condenar a un tal Fibión a ser azotado: pero antes dice: «Concedo la gracia a la muchedumbre»[41]. El pueblo de Jerusalén iba a pedir una gracia y se encaminó al palacio. Al oír los primeros gritos de gracia y libertad, Pilato vio llegada la hora de imponer sus miras y terminar aquel ya enojoso asunto. «¿Queréis, les dice, que os entregue al rey de los judíos?»[42]

La cuestión fue mal formulada. Una vez más Pilato, en sus relaciones con los judíos, se mostró más torpe que cruel. Pensaba que el pueblo estaría satisfecho con que le pusieran en libertad al hombre que se había sacrificado por la causa de la independencia. Era discurrir bastante bien; pero no venía a cuento llamarle rey de los judíos, como si la nación lo hubiera reconocido, y menos viéndose al mismo tiempo

---

[40] Tito Livio, V, 13, *Ateneo,* XIV, 45.

[41] *Papiri greco-egizü,* n.º 61.

[42] Según Mc 15, 9, y Jn 18, 39.

vencida y ultrajada por su deshonroso fracaso. Además, allí estaban los príncipes de los sacerdotes y los doctores para parar el golpe. Barrabás, apresado en una sedición, he ahí el héroe de la independencia: un criminal lo llaman en la sentencia, pero un criminal por defender la buena causa. Mejor aquel valiente arrojado que este soñador. Y el pueblo pidió a su hombre: a Barrabás. Pilatos vio la mano de los Sumos Sacerdotes que no podían sufrir la influencia de Jesús, e insistió: «¿En verdad queréis a Barrabás[43] o a Jesús, que es llamado el Mesías?» Las turbas, tanto más enardecidas cuanto lo ven menos dispuesto a complacerlas, gritan con más fuerzas: «¡a Barrabás!» Pilato, sin quererlo, las exaspera. «¿Qué he de hacer de éste a quien llamáis rey de los judíos?» –No, no es su rey, jamás lo ha sido, y no lo quieren por tal. Si ha tenido tal pretensión, Pilato sabe bien el partido que debe tomar con él. Varo hizo crucificar a dos mil por sediciosos[44]. «¡Crucifícale!»

JESÚS ES AZOTADO
(Mc 15, 15; Mt 27, 26; Jn 19, 1)

Pilato, a pesar de todo, no cede. Jesús no merecía la muerte, pero eran ya tantos los enojos que le había causado, que merecía el castigo de los azotes. Así transigía en algo con los acusadores, y acaso se dieran por satisfechos. Su humanidad no iba más allá. Jesús, pues, fue entregado a los soldados para ser azotado.

La flagelación no es puesta en duda por nadie. Normalmente seguía a la sentencia de muerte en cruz y precedía a su cumplimiento. Tal es el orden que vemos en san Marcos y san Mateo; pero san Juan la pone antes de la sentencia y está apoyado por san Lucas: «Lo castigaré, pues, y lo dejaré libre» (Lc 23, 16). En efecto, los romanos para hacer entrar en cordura a los fanáticos, acudían al castigo de los azotes, pena menor que la muerte. Así sucedió con un hombre que anunciaba desgracias a los de Jerusalén, y a quien el procurador Albino mandó azotar hasta descubrirle los huesos, no logrando de él ninguna confesión ni sobre su persona, ni sobre sus intenciones, acabando por

---

[43] Según una antigua lección de san Mateo 27, 16-17, Barrabás, hijo de Abba, se llamaba Jesús Barrabás. Coincidencia que daba más fuerza a la alternativa propuesta por Pilato: Jesús Barrabás o Jesús llamado el Mesías.

[44] Jos., *Ant.*, XVII, X, 10.

dejarlo libre, por tenerlo por verdadero loco[45]. Pilato pensaría que si Jesús se mantenía firme después de suplicio tan cruel, todos se conformarían con que quedase libre por pobre de espíritu. Si Jesús pedía gracia, le aconsejaría.

La flagelación estaba encomendada a los soldados, y era un suplicio cruel e infamante (Hch 22, 24-25). El látigo, hecho ordinariamente con cadenitas de hierro terminadas en bolas de metal o en puntas, arrancaba pedazos de carne. Otras veces estaba formado por correas adornadas con huesecillos, y era no menos espantoso que el primero. Al condenado lo ataban a un poste, y los látigos cimbraban el cuerpo y hacían reventar la sangre, que corría hilo a hilo hasta llegar a tierra. Acabamos de citar aquel hombre que fue azotado hasta descubrírsele los huesos. Los soldados gozarían azotando a aquel judío, que se tenía por rey. Nuestro adorable Salvador expiaba sin quejarse nuestros pecados, especialmente, según el sentir de muchos santos, los pecados de la carne.

Cuando vieron que el paciente no podía resistir más, los soldados, por divertirse, idearon una mascarada.

JESÚS, CORONADO DE ESPINAS

(Mc 15, 16-19; Mt 27, 27-30; Jn 19, 2-3)

Jesús estaba despojado de sus vestiduras. Puesto que se creía rey, lo envolvieron en una clámide roja de soldado, que hiciera de manto de púrpura, tejieron en forma de corona un manojo de espinas, destinado a encender el fuego, y en su mano le pusieron una caña a guisa de cetro. Hincando la rodilla delante de Él, con muchas risotadas, los soldados saludaban al rey de los judíos hiriéndole con la caña en la cabeza. Las bofetadas y salivazos acompañaban a los demás homenajes.

Algunos años más tarde, cuando el rey Agripa gozaba del favor de Calígula, que le hizo rey en lugar de Antipas, el populacho de Alejandría se apoderó de un pobre loco llamado Carabas, que corría desnudo por las calles y le hizo representar el papel de un rey judío. Lo llevaron a un gimnasio, le colocaron en un lugar elevado, le pusieron sobre su cabeza, haciendo las veces de diadema, un cesto roto, una

---

[45] Jos., *Guerra,* VI, V, 10 (Niese, 304 s.).

estera que habían arrastrado por los suelos hizo de casaca y, por fin, se le puso en la mano por cetro un pedazo de papiro recogido del medio del arroyo. La comedia continúa. Se trata a Carabas como rey, y le llaman señor *(Marin)* en siriaco, para mofarse de Agripa[46]. No parece que lo hayan maltratado: sólo representaba un papel. Pero Jesús era verdadero rey de los judíos ¡Qué suerte para los soldados romanos, que con tanto desdén miraban a los reyes y con tanto desprecio a los judíos!

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE POR PILATO
(Lc 18, 24-25; Mc 15, 15-20; Mt 27, 19 y 24-26; Jn 19, 4-16)

Pilato había dado orden de que azotasen a Jesús, sin importarle nada los juegos de los soldados: sólo este asunto requería su atención. Cuando vio el deplorable estado en que habían dejado a aquel rey de burlas en el patio del pretorio, supuso que los judíos pensarían por esta vez como él que aquel pobre hombre había pagado bien caro el disturbio que había provocado. Se adelantó, pues, para hablar a los judíos: «Aquí os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún crimen hallo en él». Y como había dicho, apareció Jesús junto a él, llevando la corona de espinas y el manto de grana. Dijo Pilato: *Ecce Homo.* Muy cándido hubiera sido esperar una compasión sincera de aquellos corazones. Pero de un hombre en tales condiciones, ¿qué podían temer? Ensañarse con aquel pingajo de la humanidad..., ¿no pensarían que ya era mucho exigir a un magistrado romano? Los príncipes de los sacerdotes sólo una cosa veían, que los escarnios hechos con Jesús habían sido como a rey de los judíos, y aquel espectáculo irrisorio que hería su orgullo nacional acrecentó su irritación. Puesto que había sido azotado, suplicio preliminar, sólo había que pensar en crucificarle, y así gritaron todos: «¡Crucifícalo, crucifícalo!»

Cualquier partido que tomase, Pilato chocaba siempre contra la empedernida testarudez de los judíos. ¡Que echasen sobre sí el odioso oficio de crucificar a su rey! Los judíos no lo entendían así; sólo Pilato tenía derecho de condenar a muerte. En aquel conflicto provocado entre ellos y el gobernador creían estar en la legalidad. Ellos carecían de autoridad para ejecutar a su víctima; pero Pilato tenía el deber de hacer respetar su religión a aquel rebelde. Viendo que nada podía

---

[46] Filón, *in Flaccum.*

con Pilato el falaz reproche de la agitación revolucionaria, se quitan la careta y muestran su verdadera acusación. En materia religiosa eran ellos los únicos competentes: a Pilato sólo le toca conformarse con su decisión. «Nosotros tenemos una Ley –Ley que los romanos se comprometían a respetar–, y según esa Ley debe morir, porque se hace Hijo de Dios».

Nos vemos obligados a interrumpir el ceñido diálogo para hacer notar la armonía secreta, pero perfecta, entre san Juan y los Sinópticos. San Juan no había relatado la comparecencia de la mañana, que terminó por la sentencia de muerte; la supone en estos momentos, dando a la palabra del Hijo de Dios la plenitud de sentido que tiene en su Evangelio. Jesús se había hecho igual a su Padre. En varias ocasiones, los jefes intentaron echarle mano para apedrearlo en el acto, llevados de un pronto celo religioso, con lo cual hubieran evitado un asesinato. No lo lograron, porque Jesús debía morir en la Cruz. Ahora lo tenían en su poder por blasfemo, y no lo soltarían.

La situación, sin embargo, era tan compleja en aquel primer contacto de las religiones que se aborrecían sin comprenderse, que el nombre de Hijo de Dios, lejos de decidir a Pilato lo intimidó. ¡Hijo de Dios! El paganismo conocía muchos, recordaba a un tal Baco despreciado de Pentes, rey de Tebas, y que se había vengado solapada y cruelmente, tomando por verdugo a la madre de la misma víctima. ¿Qué se sabía de las divinidades orientales, más feroces que la de Hélada o de Roma? Fue Jesús vuelto al pretorio, y Pilato se acercó a Él. Este romano no tomaba interés alguno por las contiendas de los filósofos, pero no por eso se veía libre de supersticiones. Avergonzado de aquella su secreta inquietud, propone una cuestión al parecer sin trascendencia, que hubiera sido mejor presentada en los comienzos, y que ahora toma carácter de indagación sobre el mundo de los dioses. «¿De dónde eres tú?» Jesús no le respondió. El magistrado levanta la cabeza y habla en nombre del derecho. «¿No me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y para crucificarte?» Jesús lo sabe, incluso de quién le venía el poder. Miradas las cosas a fondo, no le venía tal poder del emperador, representante del pueblo romano, autoridad augusta, le venía de más arriba, le venía de lo alto. Investido de un poder delegado y provocado por otros a hacer uso de él, Pilato es menos culpable que el que le había entregado, olvidando su confianza y su amistad. Es la última palabra que le concede Jesús, probándole así que sólo siente compasión por su debilidad. Pero este poder de lo alto, que correspondía a

este reino de lo alto, que no era de este mundo, y que Jesús dijo ser el suyo, esta extraña decisión de un acusado de no hablar de cosas que no fueran sobrenaturales, este dominio sereno sobre las personas y sobre las cosas, sobre los insultos y sobre las torturas, como si estuviera seguro de su hora, todo esto conmueve a Pilato: decididamente quisiera dejar libre a aquel hombre de tan raro modo de ser. Lo notan los judíos y dan el último asalto, que es un arma terrible en tiempos de denuncias, de que tanto se valía Tiberio: «Si lo sueltas, no eres amigo del César: quien se hace rey, se declara contra el César».

En Jesús había algo de divino, pero el César es seguramente un dios, más amenazador, y a toda costa había que agradarle. Pilato se inclinó, y para dar final sentencia mandó traer su tribunal. Era éste una especie de estrado, donde se colocaba la silla curul, insignia de la majestad romana, desde la que se promulgaban los veredictos. El tribunal fue colocado sobre el enlosado de un atrio exterior. Este enlosado, compuesto por grandes y hermosas piedras, mereció el nombre de atrio pavimentado, llamado en griego *lithostrotos*[47], y por los naturales, *Gabbatha*, probablemente la plataforma.

Apenas se había sentado Pilato, cuando se le acercó un esclavo de los de la casa y le habló al oído. Su mujer, llamada por la tradición cristiana Prócula, le mandó decir: «No te metas con ese justo, porque muchas cosas he padecido hoy en visión por causa de Él». Semejante aviso no era para que no le hiciera caso un romano. Si César hubiera escuchado a Calpurnia en la mañana de los idus de marzo, no se hubiera expuesto a los puñales conjurados. Cuando ya estaba para condenar al justo, Pilato duda y busca una salida. Le llevan a Jesús y dice Pilato a los judíos sin pensar en la afrenta: «He aquí a vuestro rey». Todos, a una voz, claman: «Quita, quita, crucifícalo». Se hace fuerte, o se burla: «¿A vuestro rey he de sacrificar?» –«No tenemos más rey que al César». Éste, al menos, se hacía temer. Pilato comprende que todo está perdido, que sin conseguir nada, como dice san Mateo, aumentaba el tumulto tomando carácter horroroso de sedición popular. El gobernador mandó que le trajesen agua, se lavó las manos en presencia del pueblo, ceremonia que muy bien debían interpretar los ju-

---

[47] Josefo (*Guerra*, VI, I, 8) ha señalado con la misma palabra el pavimento de grandes piedras del patio del Templo, cerca de la Antonia. No pretendemos que le haya dado un nombre propio, pero hay coincidencia manifiesta para las entradas de la Antonia. Ver *Jerusalem*, II, p. 563.

díos (Dt 21, 6 s.) y cuyo sentido él declara: «Soy inocente de esta sangre, allá vosotros lo veáis». La cobardía no libra de responsabilidades, y a nadie desarma. Puesto que él no quiere cargar con la responsabilidad de aquella condenación. ¿a quién se le imputará? Todo el pueblo grita: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Israel había rechazado a su Mesías, lo había entregado, y quien siempre se había enorgullecido de no obedecer más que a Dios, elige el yugo del César. Así pronunciaba su propia condenación. Era la víspera de la Pascua, cerca de seis horas después de haber salido el sol, es decir, eran nuestras doce, o mediodía.

Pilato mandó dar libertad a Barrabás y entregó a Jesús al odio de los judíos, que es como decir que lo condenó jurídicamente a muerte, encargando a los soldados romanos la ejecución de la sentencia.

LA VÍA DOLOROSA
(Lc 23, 26-33; Mc 15, 20-21; Mt 27, 31-32; Jn 19, 16-17)

Jesús se había puesto de nuevo sus vestiduras para escuchar la sentencia de muerte. Para una persona vil asimilada a los esclavos, aquella muerte era una muerte lenta en la cruz. El mismo condenado debía llevar el instrumento de su suplicio. Tal era la costumbre y fue la que se siguió con Jesús, como lo dice san Juan. Vemos, sin embargo, por los tres Sinópticos, que los soldados obligaron a Simón de Cirene a llevar la cruz. Debieron notar bien pronto que la extrema debilidad de Jesús no le permitía soportar el peso de tan abrumadora carga. Volvía el hombre del campo, pues semejante día se podía trabajar toda la mañana. Fue muy conocido de los primeros cristianos, por ser padre de Alejandro y Rufo, mencionados por san Marcos como formando parte del grupo de los creyentes.

La mayoría del pueblo, calmada por la capitulación de Pilato, se había retirado a preparar la Pascua, que era el asunto más importante de aquel día: pero los enemigos de Jesús, que volveremos a hallar al pie de la cruz, formaban el cortejo y tomaban parte en los sarcasmos con que el populacho acompañaba a los que habían de morir. No faltaban mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban. Eran no sólo las fieles galileas, sino también mujeres de Jerusalén, conmovidas por esa compasión que es honor de su sexo, o por un velado sentimiento de la enormidad del crimen cometido. Parece que hasta había entre los

judíos una especie de cofradía de mujeres que tenían por misión endulzar los últimos momentos de los condenados[48], que con frecuencia en esta época eran víctimas de su celo por la nación. Sensible a sus buenos sentimientos, Jesús hace saber a aquellas hijas de Jerusalén las calamidades que amenazan a su ciudad, a ellas mismas y a sus hijos. Es una emocionante manifestación de su alma, que vuelve compasión por compasión. Advertidas estas madres de tan bondadoso corazón, sabrán guiar a sus hijos por sendas seguras para huir del castigo divino. Porque alcanzará ciertamente a los culpables: «Entonces comenzará a decir a los montes: Caed sobre nosotros: y a las colinas: ocultadnos». La justicia de Dios se ha desencadenado sobre una víctima inocente –como el leño verde, que ordinariamente no se echa al fuego–, ¿qué se hará con el madero seco, alimento natural de las llamas?

Juntamente con Jesús llevan los soldados al suplicio a dos facinerosos. Avanzaban lentamente; no permitían paso más ligero el peso de las cruces, los estorbos del camino y los apretones de los muchachos empeñados en meterse por entre la gente para llegar los primeros. El camino, con todo, no era largo. Poco después de haber franqueado la puerta de la ciudad se estaba ya en el lugar llamado Gólgota, o de la calavera. Una tradición cristiana, que san Jerónimo no toma en serio, veía en este nombre una alusión al cráneo de Adán, enterrado en aquel lugar, y hacía correr la sangre del Redentor sobre el primer padre, culpable del primer pecado. El nombre de cabeza, en árabe *ras*, se ha perpetuado hasta nuestros días[49] y designa una altura, después casi nivelada con el edificio del santo Sepulcro, separada entonces de la ciudad por los fosos y los muros.

LA CRUCIFIXIÓN. JESÚS, EN LA CRUZ
(Lc 23, 33-46a; Mc 15, 22-36; Mt 27, 33-49; Jn 19, 17-30a)

Era costumbre de los romanos levantar las cruces a la entrada de las ciudades, donde el espantoso espectáculo de los moribundos esta-

---

[48] Talmud, de Babilonia, *Sanedrín*, 43ª.

[49] Ha sido hallado por el P. Vincent: Ver *Jerusalem*, II, p. 93 s., donde la autenticidad del Calvario y del santo Sepulcro quedan plenamente probadas. Para la fantasía de *Tombeau de Gordon*, ver el artículo del mismo en la *Revue Biblique*, 1925, p. 401-431.

ba expuesto a las miradas de cuantos entraban, o salían, o tomaban el aire. Allí, pues, se pararon, para crucificar a los tres condenados.

La vista de un crucifijo es siempre conmovedora, pero los artistas cristianos le han dado cierta dignidad. Cristo está levantado sobre un zócalo firme, los brazos extendidos, pero en perfecto equilibrio; las espinas de la corona están bien trenzadas sobre la cabeza, recta y sostenida contra el bien ajustado madero.

Los primeros cristianos sentían verdadero horror de representar a Jesucristo en la cruz, porque habían visto con sus propios ojos aquellos pobres cuerpos completamente desnudos, fijos a un basto madero cruzado en forma de T por otro transversal; las manos, clavadas en aquel patíbulo; los pies, fijos también con clavos; el cuerpo, hundiéndose con el propio peso; la cabeza, colgando; los perros, atraídos por el olor de la sangre, devorándoles los pies; los buitres, volando en derredor de aquel campo de carnicería (2Sm 21, 10 s.), y el pobre paciente, agotado de torturas, muerto de sed, llamando a la muerte con gritos inarticulados. Era el suplicio de esclavos y bandidos, y fue ese que sufrió Jesús. Según una costumbre que quería aparecer compasiva, último vestigio de humanidad en la barbarie, ofrecieron a Jesús vino aromatizado con mirra o con incienso. Creían que aquella mezcla era embriagante y hacía perder el conocimiento[50]. Jesús humedeció los labios, pero no la quiso gustar: no era aquél el cáliz que a su Padre prometiera beber. Lo crucificaron, pues, clavando primero sus manos al patíbulo, que levantaban luego sobre el pie derecho, sacudiendo, sin cuidado alguno, su cuerpo dolorido. Los Santos Padres no se escandalizaron de la completa desnudez; sin embargo, como los judíos la evitaban en los sentenciados, es de creer que los romanos respetaran su costumbre. Cuando empezaron a crucificar a Jesús era hacia el mediodía[51].

Crucificaron también a los dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Ésta fue la última burla de los soldados para con el rey de los judíos: los salteadores de caminos reales tenían al lado de Jesús puestos de honor. Isaías había anunciado que sería contado entre los

---

[50] Talmud, de Babilonia, *Sanh.*, 43ª.

[51] Según san Juan (19, 14), que dice que fue hacia la hora sexta la condenación. San Marcos señala la hora tercia, es decir, las nueve de la mañana, para la crucifixión. Ésta es una indicación aproximada, pues san Marcos parece haber repartido los tiempos según un esquema de tres en tres horas (15, 1.25.33).

malvados (Is 53, 12)[52]. No pudieran deducir de esto su exacto cumplimiento, pero muestra claramente el desprecio que inspiraba.

Pilato ideó la manera de burlarse de los judíos, más bien que del justo, a quien había condenado. Con toda solemnidad les había dicho si querían que fuese crucificado su rey y, aunque ellos contestaron que no tenían más rey que al César, prosiguieron en su demanda hasta conseguir la muerte de su compatriota. Cuando vinieron a preguntar a Pilato el motivo por qué se condenaba a Jesús a semejante suplicio, Pilato mandó escribir: «Jesús de Nazaret, rey de los judíos». Redactaron el rótulo con esta inscripción, y fue fijado sobre la cabeza del condenado: estaba escrito en tres lenguas: en hebreo, la lengua del país; en latín, lengua del Gobierno, y en griego, lengua de la gente culta. Los judíos mostraban mayor interés que los demás en leer el rótulo, que atraía todas la miradas, y más estando tan cerca de la ciudad. Los Sumos Sacerdotes se dieron por ofendidos, y se quejaron a Pilato de aquella afrenta: no debía haber puesto rey de los judíos, sino que aquel desventurado se había dado a sí mismo el título de rey de los judíos. Era aún tiempo de enmendar la falta. No se había hecho aquello por casualidad. Pilato, satisfecho de ver que los había herido en lo más sensible, respondió fríamente: «Lo escrito, escrito está». Lo había hecho con toda intención.

La primera palabra que Jesús habló en la cruz fue de perdón «¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!» Los judíos creían saberlo, pero estaban cegados por el orgullo, y siendo aquella ceguera voluntaria en su origen, tenían gran necesidad de perdón. Jesús les concede el suyo y ahora, desde lo alto de la cruz, ruega a su Padre por ellos, ya que había venido a sufrir para obtener la gracia de los pecadores.

Otros eran más inconscientes: los soldados mercenarios que en aquellos momentos estaban ocupados en dividir los vestidos del condenado, y que la costumbre se los adjudicaba. Era la paga de su trabajo, lo único en que se fijaban, porque una crucifixión no se hacía por sí sola. Eran cuatro, y así hicieron cuatro partes de aquellos despojos. La túnica de Jesús era tejida de alto abajo, sin costura alguna; sería una lástima hacerla pedazos; y la echaron a suertes. Sin pensar en ello daban cumplimiento a la profecía del salmista que dice: «Dividieron mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suertes» (Sal 21, 19). Una

[52] Citado por san Lucas, 22, 37, pero no por san Marcos, 15, 28.

túnica sin costura tenía su valor: el Sumo Sacerdote llevaba una semejante. La habían tejido seguramente las manos de una mujer, que creía en Jesús, alguna de las ricas galileas que le seguían, tal vez había sido tejida por su Madre. Desde san Cipriano, los cristianos vieron en ella el símbolo de la Iglesia, que debe ser siempre una. ¡Ay de los culpables de cismas que la desgarran!

El cáliz de la Redención fue amarguísimo para Jesús. Atroces fueron sus sufrimientos en la cruz. Su corazón estaba herido por el abandono de sus discípulos, el desprecio de los jefes judíos, y sobre todo por la pesada indiferencia de la mayoría. Hasta allí, aun en este misterio doloroso, el Padre había derramado torrentes de alegría sobre el alma de Jesús por amor de su Madre. Allí estaba ella, sufriendo con Él, aumentando sus torturas y, sin embargo, consolándole en aquel doloroso abandono. Con ella estaba su hermana, o su prima, que sería la madre de Santiago y de José, María, mujer de Cleofás, María Magdalena, y, por fin, el discípulo amado[53]. No hay ley que prohibiera a los parientes acercarse a los ajusticiados: los soldados hacían guardia a la cruz para evitar cualquier asalto, o impedir el escesivo alboroto; pero no apartaban a los curiosos, ni a los enemigos, ni menos a las personas amigas. Jesús, pues, viendo a su Madre y muy cerca al discípulo amado, dijo a su Madre: «Mujer he ahí a tu hijo». El nombre de mujer, como ya hemos visto[54], suena más dulcemente a los oídos de un oriental que a los nuestros. Jesús, en el momento en que va a separarse de su Madre, no quiere darle este dulcísimo nombre; también esto era sacrificio para Él. Su pensamiento es concederla a quien más quiere, para que sea mejor comprendida cuando haya de hablar de su verdadero Hijo. Siendo muy joven, su afecto sería a la vez más respetuoso y más tierno. Deberá, pues, mirarla como su madre. Por eso le dice: «He ahí a tu Madre». Y desde aquel momento, el discípulo la tomó consigo. ¡Qué lazo de unión se creó entre aquellos dos corazones por aquellas palabras y aquel recuerdo! Todos los cristianos, hechos her-

[53] Muchos comentaristas entienden el texto de san Juan, 19, 25, de dos mujeres diferentes de la Madre de Jesús: nosotros persistimos en ver tres. Contrariamente a lo que dijimos en el *Coment. de san Juan,* y volviendo a nuestra opinión en el *Coment. de san Marcos,* no vemos en la hermana de Jesús a Salomé, sino más bien a otra María, madre de Santiago y de José (Mc 15, 40). Hegesipo no da el mismo padre a Santiago, obispo de Jerusalén, llamado hermano del Señor y a Simón su sucesor, hijo de Cleofás, hermano de José, padre putativo de Jesús.

[54] Véase p. 83.

manos de Jesús por el bautismo, son por lo mismo hijos de María. Acercándose a la cruz oyen estas palabras: ¡He ahí a vuestra Madre! Lo saben, y lo experimentan, que María los trata verdaderamente como hijos.

Mientras estas cosas inefables eran dichas con voz lánguida por Jesús y oídas solamente por unas pocas almas amigas, los soldados se divertían con los chistes lanzados por los transeúntes. Tal vez gentes buenas a quienes bastaba que la condenación fuera dada por el Sanedrín para tenerla por justa, pasaban meneando sus cabezas como para subrayar más su burla: «¡Ah! Tú que destruías el Templo y lo reedificabas en tres días, sálvate a ti mismo y desciende de la cruz». Se marchaban después a sus negocios, insensibles en presencia de un suplicio tan bien merecido, que procuraban hacer más odioso con sus sarcasmos.

Los Sumos Sacerdotes y los escribas estaban más interesados en contemplar aquel espectáculo. Estaban satisfechos de lo bien que había salido todo, y que Jesús no cambiaría nada. Es verdad que había hecho muchos milagros; pero ahora permanecía clavado en la cruz. Y se burlaban entre sí de aquel pretendido Mesías que había salvado a otros y que no podía salvarse a sí mismo. Éste sería el gran milagro. ¡Veamos ahora al Mesías, al rey de Israel, descender de la cruz, y creeremos en Él! No querían que Pilato denominara a Jesús en su cartel, rey de los judíos, pues era como autorizar la creencia de él y no causaría buena impresión, si bien ellos sabían a qué atenerse. ¡Aún faltaba la suprema injuria!

Se mofaban del amor de Jesús hacia su Padre. «Puso su confianza en Dios; líbrelo ahora, si es que confía en Él, pues Él ha dicho: Soy Hijo de Dios». Pero ellos estaban ciertos que Dios también lo había abandonado, o más bien castigaba su blasfemia por los cuidados y merced al celo de ellos. Estaban, pues, contentos y satisfechos de su obra. Podrían comer la Pascua con la conciencia bien tranquila y, sobre todo, seguros; su dominación espiritual sobre el pueblo nada tenía que temer ya de aquel innovador. De lejos creían oír la voz de los bandidos formando coro con la de ellos, aunque menos injuriosa, porque nada sabían y se contentaban con tomar parte en los ultrajes por hábito de maldecir y de blasfemar[55]. Uno de aquellos desgraciados se burla aún

---

[55] San Marcos y san Mateo dicen que los dos ladrones blasfemaban. San Lucas ha precisado según un relato fiel, acaso el de la Virgen o el de Juana, esposa de Chuza, a quien él solo nombra (24, 10).

estando en los últimos: «¿No eres tú el Mesías?» –lo acababa de oír–. «Sálvate a ti mismo». –También lo acababan de decir los jefes–, después añadió por su cuenta, con risa forzada: «Y a nosotros contigo». El otro ladrón, menos endurecido, entra dentro de sí un momento antes de aparecer delante de Dios. Se hace justicia; su castigo es bien merecido. Aquel toque de la gracia tan certero le hizo comprender también que Jesús era inocente. Acaso otras veces había oído hablar de su compañero de suplicio, cuando, seguido de las turbas, predicaba el reino de Dios, que debía inaugurar como Mesías. Los sacerdotes acababan de reconocer sus milagros. Y, a pesar de esto, aquel Jesús callaba. Sin duda esperaba su hora, seguro de que sonaría después de aquellos sufrimientos, de que también había hablado. Esforzándose por volver hacia Él la cabeza, el ladrón balbució dulcemente estas palabras: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino!» Admirable acto de fe, que Jesús quiere esclarecer aún más, reconcentrando todos los pensamientos del pecador arrepentido en su próxima llegada cerca de Dios. «En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso». El buen ladrón, que era judío, habría oído hablar seguramente del paraíso. Transportando a lo alto el paraíso terrestre, los doctores hacían de él un lugar agradable, donde las almas esperaban el último juicio. En efecto, Jesús debía hallarse, con el ladrón perdonado, entre los justos del antiguo Testamento, en el lugar que los cristianos llaman el limbo. Según los salmos de Salomón, los mismos santos son el paraíso de Dios y los árboles de la vida (Salmos de Salomón, 19, 3). Compañero de Jesús en la cruz, el dichoso ladrón, en adelante, bajo la salvaguardia de Jesús, estará cerca de Dios. El Salvador en su cruz era realmente el salvador de las almas.

Por tres horas una densa obscuridad se extendió sobre el país; el sol estaba velado: la atmósfera, pesada. Jesús guardó silencio hasta la hora nona: sufría. Rechazado por los jefes de la nación como blasfemo, entregado a los extraños, tratado por los romanos como un malhechor, escupido por el populacho, escarnecido por un bandido y abandonado por los suyos, sólo una pena le faltaba por sufrir a su alma, la más cruel de todas, el abandono de Dios. Ni podemos dudar de ello, lo dicen los evangelistas, y su testimonio es, sin duda, la prueba más indiscutible de veracidad. Los enemigos de Jesús acababan de insultarle por su confianza en Dios: No, que se desengañe. ¡Dios lo ha abandonado! Los cristianos debían tener este insulto como una blasfemia contra el objeto de su culto, contra Jesucristo, Hijo de Dios. Entonces, ¿por qué confesar que era verdad? Porque lo iba a confesar el mismo

Jesús a gritos en su desamparo: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» ¿No era esto invitar a sus lectores y a todos los siglos a sacudir la cabeza como los doctores de Israel, en señal de incredulidad? Lo dijeron, y lo dijeron sin atenuación, y sin explicación de alguna clase. En éste como en otros casos dijeron lo que sabían; pero es también el más claro testimonio de las fuertes razones que tenían para creer en Jesús. Conocían estas palabras, pero en nada atenuaban la profunda convicción de su alma. Eran misteriosas, pero no podían oscurecer la evidencia de los milagros y de la resurrección.

El misterio no se ha aclarado aún; pero en los momentos en que el alma de Jesús iba a abandonar el cuerpo, no debemos de suponer una especie de desdoblamiento de su personalidad. El que habla es siempre el Hijo de Dios. La voz humana, sin embargo, expresaba los sentimientos de su humanidad, los sentimientos de su alma desolada, como si Dios se hubiera apartado de ella. Declaración más completa que la de Getsemaní, pues aquí Jesús no dice: «¡Padre mío!», sino sólo: «¡Dios mío!» ¡*Eloi, Eloi!* Como los demás dolores suyos, también éste debía ser aceptado por nosotros; y éste es el refugio de las grandes almas en las últimas purificaciones. Si alguien pudiera comprender esta frase de Jesús, serían estas almas; pero si pueden sentirla, no podrán jamás explicarla. Sólo san Pablo tuvo autoridad bastante para decir de Jesús una palabra, que aún parece más fuerte, y que de alguna manera explica aquel grito arrojado desde la cruz. Cargado en su patíbulo con todos los pecados del mundo, Jesús se hizo maldición por nosotros (Ga 3, 13). Él nos libró así de la maldición echándosela sobre sí, y la desolación se convirtió en gozo en los últimos versículos del salmo, cuyas primeras palabras Él pronunciaba (Sal 21, 1)[56]. Las aflicciones del justo, del verdadero Mesías, tienen por término la gloria de Dios. El salmo reproducía por adelantado el reto irónico de los doctores: «¡Que espere en Yahvé! ¡Que Él lo salve!» En efecto, el abandonado se abandona, sabe que a ese precio, de todas la extremidades de la tierra se volverán a Dios y todas la familias de las naciones se postrarán ante Él (Sal 22, 28)[57].

Entre los que allí estaban, sólo los doctores comprendieron que Jesús citaba un salmo. Los demás, menos ilustrados, no oyendo apenas

---

[56] El salmo está en hebreo, como todos los otros, pero Jesús lo dijo en arameo.

[57] Acaso san Lucas y san Juan, que escribían especialmente para los gentiles convertidos, omitieron esta palabra porque es una cita que se sabe entender como tal.

las primeras palabras, imaginaron que Jesús llamaba a Elías. Pensaron que era la última alucinación de aquella cabeza extraviada por los sufrimientos. Porque Elías, según el sentir de los judíos, volvería para manifestar al Mesías, ¡pero no lo buscaría de seguro levantado en una cruz!

Jesús, sin embargo, dejó oír esta palabra: «Tengo sed». Los soldados, para apagar la sed, acostumbraban a llevar consigo un frasco de agua con vinagre, con que se contentaban a falta de cosa mejor. Uno de ellos, tomando una esponja, tal vez con la que tapaba la boca de su frasco, y fijándola empapada en la punta de una lanza, la acercó a los labios de Jesús. Lo hacía por compasión –daba lo que tenía–, pero los otros, divertidos por aquel llamamiento desesperado al profeta Elías, querían impedírselo. «Aguarda, le dicen, veamos si viene Elías a bajarlo»[58]. Así, aquel valeroso joven no se atrevía a mostrarse bueno, a no ser participando de las burlas de los demás.

Diciendo: «Tengo sed» cumplía Jesús una palabra de un salmo sobre el justo paciente (Sal 68, 22). Ya había apurado el cáliz hasta la última gota. Entonces exclamó: «Todo está consumado», como buen obrero que terminó su tarea. Después, exclamó con gran voz: «¡Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu!»

MUERE JESÚS

(Lc 23, 46b; Mc 15, 37; Mt 28, 50; Jn 10, 30b)

Habiendo, pues, mostrado por aquel fuerte grito que libremente entregaba su espíritu a su Padre, expiró Jesús.

Ten piedad de nosotros, dulcísimo Jesús, que, movido de tu clemencia, sufriste por nosotros.

DESPUÉS DE LA MUERTE DE CRISTO

(Lc 23, 45 y 47-79; Mc 15, 38-41; Mt 27, 51-56)

Al morir Jesús[59], el velo del Templo se rasgó en dos partes de alto abajo. Esta cortina, según san Jerónimo, impedía la entrada al santua-

---

[58] Según san Marcos. San Mateo lo redactó de un modo más claro, pero menos pintoresco.

[59] San Lucas cita el hecho antes de la muerte de Jesús, san Marcos y san Mateo después.

rio[60] cuando las puertas estaban abiertas. No era una cortina compuesta de dos piezas que se abrían por el medio para dejar el paso libre, sino que estaba formada de una sola pieza y descendía de alto abajo. El haberse rasgado por la mitad sería para significar que la entrada al Templo estaba abierta a todo el mundo, y, por tanto, que las cosas santas se hacía profanas. Pudiera creerse que provenía de un fuerte golpe de aire que de pronto levantan los negros sirocos de primavera, si san Mateo no añadiese el temblor de tierra que hendió las rocas y el abrirse también las tumbas clavadas en la peña. Fueron vistos en la ciudad, después de la resurrección de Jesús, santos resucitados que se aparecieron a algunas personas, pero a manera de fantasmas, para volver poco después a los sepulcros, pues no se vuelve a hablar de ellos y el suceso permanece algo nebuloso.

Cerca de la cruz estaba un centurión que había velado la crucifixión de los condenados. Tardaban éstos en morir, pues eran seres que ordinariamente estaban en la flor de la vida, y así paulatinamente los iban agotando los dolores, el hambre, la sed, pasando de las maldiciones a los gemidos hasta que entraban en agonía y sobrevenía el último espasmo. Jesús había muerto cuando todavía sus palabras atestiguaban pleno dominio de sí mismo, como si él mismo hubiera escogido el momento de entregar a Dios su espíritu. El centurión, maravillado de lo que había oído a su alrededor de las pretensiones de aquel crucificado, que se tenía por Hijo de Dios, reconoció en aquella muerte que estaban justificadas. Y no temió decir: «Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios»[61]. En el mismo pueblo se produjo un cambio súbito y total, como sucede siempre con las almas sencillas. Les parecía que sobre ellas pesaba un crimen y se apartaban del Calvario golpeándose el pecho. Sin temor alguno de verse englobados en un proceso, que a la jerarquía tanto había complacido, los amigos de Jesús se acercaban, manteniéndose, sin embargo, a cierta distancia.

Las santa mujeres, obligadas probablemente a apartarse a la llegada de los notables judíos burladores de Jesús, tenían las miradas fijas en Él. Tal vez María había conseguido permanecer al lado de su Hijo en compañía de Juan, porque ella no figura entre las mujeres que mira-

---

[60] No la segunda cortina, que estaba entre el santo y el *sancta sanctorum* (Hb 9, 3).

[61] La reflexión: «Verdaderamente este hombre era un justo», le pareció a san Lucas más natural en labios de un pagano.

ban de lejos, citadas por san Marcos y san Mateo después de la muerte del Salvador, y que eran probablemente las mismas que san Juan había colocado al pie de la cruz: María de Magdala, María, madre de Santiago el Menor y de José, María de Cleofás, por fin, Salomé (en san Marcos), que es sin duda la madre de los hijos de Zebedeo (según san Mateo)[62].

Juntamente con estas mujeres que acompañaban y seguían a Jesús todo el tiempo que estuvo en Galilea, se hallaban otras galileas, venidas al mismo tiempo que Él con motivo de la peregrinación de la Pascua (Mc 15, 41)[63].

INTERVENCIÓN DE JOSÉ DE ARIMATEA[64]
(Lc 23, 50-52; Mc 15, 42-45; Mt 27, 57-58; Jn 19, 38a)

Hacia las tres de la tarde había expirado Jesús. Sus amigos se dieron cuenta de ello y estaban angustiados, pero un sentimiento de amor les obligó a obrar rápidamente. Importaba mucho a su ternura no dejar que el cuerpo de Jesús fuese a la fosa común con los dos malhechores. Lo menos que podían hacer era darle honrosa sepultura y sin tardanza, ya que era preciso que todo estuviese terminado antes de la puesta del sol. No se rehusaba de ordinario entregar el cuerpo de los ajusticiados a su familia, pero había que obtener el permiso del gobernador. ¿Quién tendría valor de presentarse ante él? Los que tenían ánimos de hacerlo, no tenían probabilidades de ser introducidos ante él. Los personajes influyentes, que sentían simpatía por Jesús, no se atrevieron a exteriorizarla, ni aun en los momentos en que hubieran podido salvarlo. ¿Desafiarían ahora la mala voluntad de los judíos? Por parte de Pilato no había que temer, pues permanecía indiferente.

---

[62] Identificamos a María, madre de Santiago y de José, con la hermana de la Virgen. Además de María de Magdala, había otra María, mujer de Cleofás. Era, según Hegesipo (citado por Eusebio, *Hist. Ecl.*, II, 23, 4), la madre de Simeón (Simón) y de Judas.

[63] San Mateo junta en una frase dos hechos.

[64] Los cuatro evangelistas están de acuerdo en la narración de la sepultura, como era muy natural sucediese. Nosotros nos vemos obligados a separarla y colocarla antes de la intervención de los judíos. Porque Pilato no había comprobado la muerte de Jesús, como dice san Marcos, si había dado ya la orden de rematar a los condenados: esta orden no dejaba lugar a duda.

Los deberes hacia los muertes son tan sagrados, que bien merecen excusa los que los cumplen, aunque sea con criminales. A José de Arimatea[65] le habían conmovido las palabras de Jesús relativas al reino de Dios[66]. Invitado, sin duda, por las santas mujeres, se atrevió. Era senador, es decir, era miembro del Sanedrín, rico y respetado, como los demás «ancianos» de la aristocracia territorial admitido en el gran consejo. Tenía, pues, fácil acceso a Pilato y se aprovechó de él para pedirle el cuerpo de Jesús. El gobernador no se informó si iba como pariente o como amigo: para él era igual una cosa que otra, pero se extrañó de que tan pronto hubiera muerto. Aún no le habían dado aviso. Hizo llamar al centurión, que precisamente llegaba del Calvario, después de presenciar aquella muerte que tanto le impresionara. El permiso fue prontamente dado, y el cadáver quedó a disposición de José. Fue favor generosamente otorgado. Pilato no exigió dinero a un tan alto personaje[67].

Arreglado todo con la autoridad, José se dio prisa a tomar las medidas necesarias, empezando por comprar la mortaja.

EL COSTADO DE JESÚS ATRAVESADO POR UNA LANZA
(Jn 19, 31-37)

Aunque los judíos estaban envalentonados por haber impuesto a Pilato el respeto a la Ley haciendo morir a Jesús, se veían obligados a cumplir sus órdenes. El Deuteronomio mandaba expresamente que el ahorcado fuese enterrado el mismo día (Dt 21, 23) para que la tierra santa no quedase mancillada con tan repugnante escándalo. Los judíos extendían esta regla a los crucificados[68], por lo cual se habían dado prisa en ajusticiar a Jesús. Era sobre todo perentorio en aquel día, pues era la preparación del sábado, y de tan grande sábado. Porque la Pascua había de celebrarse aquella misma tarde, y la fiesta de los ácimos, al día siguiente, sábado.

La costumbre de quebrar las piernas para acelerar la muerte era conocida de los romanos, pero sólo la empleaban con los que morían en cruz, y probablemente se convirtió en uso corriente en Jerusalén.

---

[65] Rentis cerca de Lydda.

[66] San Lucas la explica con las palabras «bueno y justo».

[67] El hecho era reprobado por la opinión grave abuso del poder (Cic., *in Verrem,* V, 45 y 51) o como un castigo muy severo para con los vencidos (Justin, IX, 14, 6).

[68] Josefo, *Guerra,* IV, V, 2.

Al presentarse los judíos a Pilato solicitando tal ejecución, no tuvo nada que objetar. Sabía que Jesús ya había muerto, pero estaban aún con vida los dos bandidos. Dio, pues, las órdenes debidas, y los soldados se encaminaron hacia el Gólgota, llevando los instrumentos necesarios. Los soldados quebraron las piernas a un ladrón, acabando de matarle, si fuese necesario, de otro modo, pasando después al otro, sin preocuparse ya de Jesús, de cuya muerte estaban seguros. Uno de ellos, sin embargo, a fin de cerciorarse mejor y comprobar que no estaba engañado, le atravesó con una lanza el lado izquierdo, para que la experiencia fuese más segura. De repente salió sangre y agua. Si le traspasaron el corazón, no parece que fuera contra las leyes de la naturaleza, porque Jesús acababa de expirar. San Juan, que presenció el hecho, lo afirma tomando por testigo a Aquel que conoce toda verdad. Con aquello se cumplían dos profecías: Una estaba escrita en la Ley referente al cordero pascual, figura del Libertador: «No quebrantaréis ninguno de sus huesos» (Ex 12, 46; Nm 9, 12). La otra: «Verán al que traspasaron» (Za 12, 10), era de Zacarías, que asistía en espíritu al futuro y espantoso drama. La nación desolada se reconocía culpable de un gran crimen y lloraba sobre aquel que habían traspasado, como se lamenta llorando sobre un hijo único. Esta profecía, acotada por el evangelista, la vemos cumplida por una serie no interrumpida de generaciones cristianas. Las almas contemplativas recorrerán todos los misterios de la vida de Cristo, pero se detendrán en esta llaga, penetrarán en ella y no pararán hasta esconderse en su Corazón. Es una fuente inagotable de gracias y de santidad, recogida en la devoción del Sagrado Corazón. La sangre que de allí brota es símbolo de la redención; el agua es la del bautismo, que tiene su virtud de la sangre con la que está mezclada. Los Padres de la Iglesia han visto también en esta herida la abertura de donde brotó la Iglesia. Es la llaga más sagrada que Jesús ha querido conservar en su cuerpo glorioso.

JESÚS, PUESTO EN EL SEPULCRO

(Lc 23, 53-56; Mc 15, 46-47; Mt 27, 59-66; Jn 19, 38b-42)[69]

José de Arimatea no se durmió. Saliendo de casa de Pilato pudo encontrar a los judíos, que iban a pedir permiso para acabar de matar

[69] San Juan dice vagamente: «Después de esto», que se aplica sobre todo al hecho de la sepultura, más bien que a los pasos dados por José. Además los cuatro,

a los ajusticiados y enterrar sus cuerpo en cualquier lugar. Era preciso llegar a la cruz antes que los soldados ejecutaran las órdenes dadas por Pilato, sin pensar en modificarlas para Jesús. José no se contentaba con que los soldados le entregaran el cuerpo, sino que quería quitarlo con sus propias manos[70], es decir, bajarlo con respeto de la cruz. Ni cabe dudar de que las santas mujeres asistieran a este oficio, no cediendo a nadie María el privilegio de recibir en sus tan tiernos brazos el cuerpo de su Hijo quebrantado por la dureza inflexible de los brazos de la cruz. Es el espectáculo de la *Pietà*, que tantos corazones ha ablandado. El valor, como el miedo, es contagioso, y así vemos a Nicodemo, el intelectual indeciso, pero de recto corazón, juntarse a José. Mientras José compraba una sábana, Nicodemo había procurado una gran cantidad de mirra y áloe[71]. Después de haber lavado el santo cuerpo teñido por la preciosa sangre, lo envolvieron con vendas bien espolvoreadas con aquella mezcla, esparcida también profusamente por todo el sepulcro en que debía ser depositado.

José de Arimatea hizo las cosas en grande. Se había hecho abrir una tumba en la roca, en un jardín que poseía muy cerca de las murallas de la ciudad en la parte baja del teso, en que se había enarbolado la cruz. Debía tenerlo en mucho y no hubiera escogido y hecho suyo aquel lugar, sin estipular antes que jamás sería desalojado y que nadie sería allí depositado cerca de él. Sin embargo, lo cedió a su Maestro[72]. Este sepulcro abierto para él sería, sin duda, lo mismo que otros muchos, que aún hoy se encuentran en los alrededores de Jerusalén: una estancia cuadrada con un poyo donde se coloca el cadáver, precedida de otra habitación más pequeña. Entre las dos, una puerta baja de comunicación. Al exterior, una abertura no menos baja, cerrada por una grande piedra redonda, donde se puede entrar retirando la piedra redonda a una ranura practicada en la roca delante de la fachada[73]. La proximidad del sepulcro tal vez fue lo que decidió a José a cederlo. No había tiempo que perder: de llevarlo más lejos, había peligro de que los judíos los detuvieran y obligaran a hacer desaparecer el cuerpo en una

---

cuentan de la misma manera cómo Jesús fue enterrado. San Juan añade detalles particulares de Nicodemo.

[70] La nota también san Juan 19, 38-40.

[71] San Juan habla de cien libras, que harían más de 32 kilos.

[72] San Mateo y el evangelio de san Pedro.

[73] Ver *Jerusalem*, I, p. 96.

fosa cavada precipitadamente. Tan cerca del Calvario, perfectamente preparado el sepulcro, bastarían dos horas para desclavar a Jesús de la cruz, embalsamarlo con presteza, depositarlo sobre el poyo envuelto en su sábana y colocar la piedra redonda delante de la puerta del sepulcro.

Al ponerse el sol, hacia las seis de la tarde, todo había terminado. José, hallándose en su propio jardín, no fue molestado por nadie. Las santas mujeres lo habían visto todo. María Magdalena y otra María aún permanecieron largo tiempo sentadas cerca del sepulcro, en tanto que las otras, aprovechando los últimos resplandores del día, habían preparado aromas y aceite perfumado. A pesar de la prodigalidad de mirra y áloe, el enterramiento había sido rápido y, a su modo de ver, provisional. Pilladas de improviso, no habían podido contribuir con nada, pero se proponían volver.

Se abstuvieron, sin embargo, todo el día del sábado por no dejar de cumplir la Ley.

Ningún evangelista habla de María, Madre de Jesús, más tiernamente interesada que ninguna otra en la conservación del cuerpo de su Hijo. El unánime sentimiento de la Iglesia suple con la fe este silencio. Esperaba la resurrección, la tenía segura. Afligido su corazón, como el de Jesús, se unía a la certidumbre de su esperanza, sin que por eso dejara de sufrir por su soledad. San Juan la había llevado como madre a la posada que tenía en Jerusalén.

CUSTODIA DEL SEPULCRO
(Mt 27, 62-66)

En la tarde del viernes, los principales enemigos de Jesús, entre ellos los Sumos Sacerdotes y los fariseos, habían comido piadosamente el cordero pascual. Se veían ya libres de un peligroso *innovador*, cuya sangre verdaderamente había salvado al pueblo, como en otro tiempo el cordero pascual: la desconfianza de los romanos estaba conjurada y el honor de Dios satisfecho. Durmieron tranquilos. A la mañana siguiente, cuando se reunieron y cambiaron impresiones, ya no estaban tan seguros.

Había anunciado Jesús que resucitaría. En cuanto a esto estaban tranquilos, nadie se lo haría creer. Pero el pueblo es crédulo y Jesús tenía partidarios firmemente convencidos de sus milagros y confiados

en sus promesas. Estaba fresca todavía la resurrección de Lázaro, que había encendido el fuego en todos los espíritus. Habían notado que los discípulos se habían reunido nuevamente. De sus propias filas habían defeccionado José de Arimatea y Nicodemo, que depositaron el cuerpo en el sepulcro. Jesús hubiera podido continuar allí vivo de no haberle visto dar el último suspiro en la cruz. Por su parte estaban seguros de su muerte. Pero ¿el público? Siendo el sepulcro y el jardín de José, no podían vigilarlo. Muy bien podían los discípulos entrar en él de noche, robar el cuerpo, hacerlo desaparecer, afirmar que vivía oculto en cualquier parte y que reaparecería como Mesías vencedor de la muerte, según había anunciado.

Había que preverlo todo. Una reunión del Sanedrín era imposible en día de fiesta, y les hubiera puesto en ridículo. Fueron algunos a Pilato, el único que podía sacarles del apuro tomando el asunto como suyo: «Señor, nos acordamos de que aquel seductor dijo viviendo aún: después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el día tercero; no vengan los discípulos de noche, lo roben y digan al pueblo: resucitó de los muertos. Y será la postrera impostura peor que la primera». ¿Quién rehusaría creer a un Mesías resucitado?

Pilato ya estaba cansado. ¡Después de las acusaciones sin fundamento ahora le venían con tonterías! Que ellos se arreglasen. Pondría a su disposición algunos soldados, que ellos requerían, como cuando el prendimiento de Jesús. Respondió, pues, sin perturbarse: «Tenéis una guardia: id, aseguradlo como sabéis». Dado su proceder del día anterior, bien podía fiarse de ellos.

Se encargaron, pues, de todo: montaron la guardia y sellaron la piedra que cerraba la entrada.

La presencia de esta guardia y de estos sellos no añade nada a nuestra fe en la resurrección. La hipótesis de los judíos era pueril, como tantas otras que se encuentran en el Talmud; porque los discípulos hubieran sido bien pronto requeridos a presentar al pretendido resucitado. A san Mateo no le parece mal recordarles que habían tomado todas las precauciones, y por esto nos ha conservado estos pormenores. Y esto, como tantas otras cosas de su Evangelio, era muy propio para tener advertidos a los cristianos contra sus maestros espirituales de la víspera.

CAPÍTULO VII

RESURRECCIÓN, APARICIONES Y ASCENSIÓN DE CRISTO

Ningún evangelista ha dicho ni una palabra de la resurrección de Jesús. Un gran artista, Francisco Rude, ha esculpido en piedra a Napoleón levantándose de su lecho del sepulcro para despertar en la gloria. Los evangelistas no han intentado describir la conmoción de la carne lívida y acardenalada al ser animada por el soplo del alma, ni la hermosura de aquel cuerpo humano, que había sujetado al Hijo de Dios al sufrimiento, transfigurado por la gloria en la bienaventuranza; ni nada han dicho de la voz del Padre pronunciando en su día eterno el «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy», ni de Jesucristo dando gracias a su Padre por haberle dado las naciones en herencia. Tantas cosas inefables quedaron sepultadas en los secretos de Dios.

Y en verdad que esta discreción engrandece su testimonio. Ellos testificaron lo comprobado en la tierra; primero, que el sepulcro estaba vacío, y después, que Cristo vivía en un cuerpo asociado a la gloria de su alma, pero que era ciertamente el suyo.

Tampoco nos dicen dónde fue su alma, separada por algún tiempo de su santísimo cuerpo. La primera epístola de san Pedro nos enseña lo que la palabra al buen ladró apenas dejó presentir, que Jesús había ido «a predicar a los espíritus encarcelados», que es lo que a su vez la tradición enseña bajo la denominación de descenso a los infiernos, es decir, a la morada en donde los antiguos justos esperaban el beneficio de la redención. Después, su alma volvió a juntarse a su cuerpo, y este cuerpo, animado de una vida más perfecta, pudo salir del sepulcro sin quitar la piedra que, con piadoso designio, habían colocado para cerrar la entrada, y sin romper los sellos de los impotentes enemigos, como el divino Infante había salido del seno de su Madre[1]. Convenía, sin

[1] Comparación muchas veces usada por los Santos Padres.

embargo, no dejar cerrado el sepulcro vacío. San Mateo nos dice que un ángel del Señor conmovió la tierra, hizo rodar la piedra y, como vencedor, se sentó sobre ella: «Su aspecto era como de un relámpago y su vestido blanco como la nieve». Con este ruido, los guardias despertaron; ante aquella visión temblaron de espanto, y si al principio los inmovilizó el temor, no tardó el miedo en hacerlos huir.

EL SEPULCRO VACÍO

(Lc 24, 1-12; Mc 16, 1-8; Mt 18, 1-8; Jn 20, 1-10)

Cuentan los cuatro evangelistas, cada uno a su manera, cómo el sepulcro de Jesús fue hallado vacío, con extrañeza grande de los amigos de Cristo. San Mateo y san Marcos se parecen mucho, san Lucas se acerca ordinariamente más a san Marcos. En cuanto a san Juan, sigue su camino, de acuerdo, no obstante, con san Lucas respecto a la indagación de san Pedro. Se ha exagerado mucho la dificultad de conciliarlos, siendo cosa muy sencilla, si no se repara en minucias indiferentes y se atiende a la composición de cada Evangelio.

A la puesta del sol se daba por terminado el día del sábado, y con él la prescripción del reposo del día de Pascua. La fiesta duraba ocho días, pero sólo el primero y el último eran días no laborables (Dt 16, 8). Sin embargo, las mujeres adictas a Jesús no salieron de casa, donde estuvieron probablemente juntas hasta el día siguiente, pero muy de mañana. Estaban allí, según san Marcos, María de Magdala, María madre de Santiago y Salomé. En lugar de Salomé, nombra san Lucas a Juana, que sólo él ha dado a conocer (Lc 8, 3), en tanto que san Mateo no cita más que a María de Magdala y a otra María. Ninguno completó la enumeración: siguió cada cual sus propias enseñanzas sin ponerse de acuerdo con los demás. No obstante, hay que advertir que María de Magdala aparece en todos en primer lugar. San Juan sólo la citará a ella.

Para armonizar los hechos basta suponer que María de Magdala, más impetuosa, se dirigió directamente hacia el sepulcro. Las otras mujeres habían ya preparado, según san Lucas, los aromas y el aceite perfumado, desde el viernes por la tarde. ¿Tendrían cantidad suficiente en su provisional alojamiento? Es probable que san Lucas, según su método (Cf. 3, 20; 22, 19 s.), haya cerrado el relato de la sepultura y anticipado lo que san Marcos coloca después del sábado, es decir, la compra de los aromas. Se comprende muy bien que las mujeres, yendo

muy de mañana, cuando aún estaba oscuro, hubiesen sufrido muchas dilaciones, mientras les abrían las tiendas para comprar sus especias. Así, según san Mateo, no llegaron a vista del monumento hasta después de salido el sol.

La **Magdalena** se les había adelantado, pues era todavía casi de noche cuando notó que la piedra había sido removida, es decir, rodada, de modo que el sepulcro estaba abierto. Los guardias habían desaparecido, cosa que nada le extrañó, ignorante como estaba de que los hubieran puesto. Una mirada furtiva le bastó para comprobar que el cuerpo no estaba allí. No vio ningún ángel, pues el mismo Jesús se había reservado informarla. Con toda presteza, dada su extremada inquietud, temiendo una profanación del cuerpo adorado de Jesús, tomó el camino y fue directamente a ver a Simón Pedro y al discípulo amado de Jesús. Estaba como fuera de sí, no dudando en afirmar: «Han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto». Dice «no sabemos» porque supone su propia convicción en las que con ella habían salido, pero que en aquel momento llegaban al sepulcro.

Estas mujeres, atendiendo sólo a los impulsos de sus corazones, no habían medido las dificultades de la empresa. Ignoraban lo de los guardias, pero ¿cómo entrar en el sepulcro para practicar las unciones fúnebres? La gruesa piedra que cerraba la entrada era un obstáculo infranqueable; ellas no se sentían con fuerzas para removerla. Un hombre tendría aun necesidad de una palanca, y tan de mañana era muy mala hora para poder encontrar a un alma de buena voluntad que se prestase a ello. Se comunicaban sus inquietos pensamientos cuando advirtieron que la piedra estaba ya removida y fue para ellas de grandísima satisfacción, por cuanto la piedra era, en verdad, enorme.

Entraron, pues, en el sepulcro y no encontraron el cuerpo. Su extrañeza fue grande. No habían sido, por tanto, los discípulos los que removieron la piedra, porque ellos no habrían profanado el cuerpo, turbando el reposo sagrado de un muerto. Entonces pudieron ver a un joven sentado a su derecha sobre el poyo[2], vestido de blanco. Aterradas, bajaron sus ojos. El joven les dijo: «No temáis. Buscáis a Jesús de

---

[2] Según san Mateo, que lo cuenta muy rápidamente, pudiera creerse que el ángel que había removido la piedra estaba todavía sentado en ella. San Lucas ha distinguido mejor que san Marcos el hecho de que el sepulcro estaba vacío y la aparición. Hay dos hombres que llevaban un vestido resplandeciente, que hablan los dos, lo que debe entenderse de que uno hablaba en nombre de los dos.

Nazaret, crucificado. Ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde estuvo depositado. Id y decid a sus discípulos y a Pedro que Él os precede en Galilea; allí le veréis, como os ha dicho» (Mc 16, 6 s.)[3].

Según san Marcos, las santas mujeres huyeron y a nadie dijeron nada. ¡Tan asustadas iban! Era muy natural: temerían también no ser creídas. Sin duda, volvieron sobre su acuerdo, porque san Lucas y san Mateo dicen sumariamente que ellas cumplieron su mensaje con los apóstoles, lo cual no fue obra de un momento, ni sin que ocurrieran ciertas particularidades.

San Marcos, que aventajaba a los demás en contar las peripecias, nos habría dicho lo sucedido sobre este punto si el hilo de su discurso no hubiera sido cortado en este lugar. Cuando su Evangelio fue terminado por él o por otro[4], quedó sin llenar esta laguna.

Los apóstoles hubieran creído rebajarse dando fe a las habladurías de las mujeres. San Lucas, sin embargo, dice cómo san **Pedro,** que debió ser el primer avisado, siendo como era el jefe, corrió al sepulcro y lo halló vacío: no vio más que las fajas, lo cual le dio mucho en qué pensar[5].

Este punto lo ha descrito san Juan con todos los pormenores, pues tomó parte en esta ansiosa indagación, designándose a sí mismo por el «otro discípulo a quien Jesús amaba».

Juntos parece que estaban Pedro y él cuando la Magdalena fue a comunicarles la fatal nueva de la desaparición del cuerpo. Salieron inmediatamente y, afectados por la noticia, ambos corrían; pero **Juan,** como más joven, corrió más aprisa que Pedro y llegó primero. No entró, sin embargo, seguramente por deferencia a su compañero; se inclinó sólo para ver, y vio al otro lado de la antecámara las vendas en el suelo. Llegó san Pedro y entró resuelto en el sepulcro. También él vio, y con más claridad, las vendas, lo cual bien a las claras probaba que el cuerpo no había sido robado, porque de serlo, lo hubieran llevado como estaba. Aun se maravilló más al ver que el sudario colocado sobre la cabeza no estaba revuelto con las vendas; estaba envuelto

[3] San Lucas no habla de citas tomando la determinación de contar sólo las apariciones de Judea.

[4] Fillion (III, p. 515) dice del final de san Marcos: «Cualquiera que haya sido el autor de él».

[5] San Lucas no dice que las mujeres hayan hablado inmediatamente a todos los apóstoles: esto no era verosímil.

aparte. El otro discípulo entró y vio lo mismo. Ambos guardaron silencio y, sobrecogidos y meditabundos, ni siquiera cambiaron impresiones. San Juan dice solamente que él desde entonces creyó que Jesús había resucitado, y ésta, de seguro, era también la convicción de san Pedro. Hasta aquel momento no habían comprendido que, según la Escritura, Jesús había de resucitar, a pesar de que Él mismo se lo había anunciado a todos los apóstoles. El suceso les parecía tan fuera de lo probable, que sólo la evidencia del hecho pudo convencerlos, y les pareció entonces que esta consagración suprema del Mesías estaba ya predicha (Is 53, 11).

APARICIONES EN JUDEA

(Lc 24, 13-43; Mc 16, 9-12; Mt 28, 9-15; Jn 20, 11-29)

La piedad de los hijos de la Iglesia tienen por seguro que Cristo resucitado se apareció primero a su **Santísima Madre.** Ella lo había criado a sus pechos, lo había guardado en su infancia, lo había como presentado al mundo en las bodas de Caná para no volver a aparecer sino al pie de la cruz. Jesús, que había consagrado a ella y a san José treinta años de vida oculta, ¿cómo no le dedicaría el primer instante de su vida oculta en Dios? Esto no interesaba a la promulgación del Evangelio; María pertenece a un orden trascendental, en que está asociada como Madre a la paternidad del Padre de Jesús.

Resignémonos a la disposición querida por el Espíritu Santo, dejando esta primera aparición de Jesús a las almas contemplativas. No tuvo ciertamente circunstancias tan emocionantes como la manifestación de Cristo a María de Magdala.

Los dos discípulos más amados habían vuelto a la casa, según uno de ellos lo atestigua. La **Magdalena** no se retira: había sido la última en abandonar la cruz y el sepulcro, y la primera que había visitado el sepulcro encontrándolo vacío. No pudiendo separarse de aquel lugar, permanecía fuera llorando. Queriendo verlo de nuevo entró a la antecámara y se inclinó a mirar, como si una última mirada le pudiera enseñar algo nuevo. Vio entonces dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a los pies y otro a la cabecera[6] en el poyo en donde había estado

---

[6] Los sepulcros abiertos en la roca del santuario de san Esteban tienen en el hoyo un realce de piedra para recibir la cabeza (*Jerusalem*, II, pág. 781).

depositado el cuerpo de Jesús, que le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella no había reconocido a los ángeles; los ángeles debían saber bien el motivo de su llanto. Ella respondió: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto». No ve los lienzos, ni se inquieta con la presencia de los extranjeros; para ella no había más que el vacío, la nada.

Se inclinó todavía, pero esta vez para salir e ir a buscar a otro lugar. Ve entonces a Jesús, pero sin reconocerle, y aun sin mirarle, porque no piensa más que en aquel querido cuerpo, que ella deseaba ungir con precioso ungüento y que estaría en poder de los profanadores. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Piensa ella que es el que cuida del huerto, un jardinero extraño, tal vez un infiel, que debía saber muy bien lo sucedido y, por tanto, darse cuenta de su inquietud: «Si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, para que yo lo recoja». Ella había ido sin pensar para nada en la piedra: no ama más que a Él, ¡pero lo ama tanto!... Entonces oye una voz que le habla al corazón y le abre los ojos, pronuncia su nombre familiar en la lengua materna: «Mariam». De repente, un grito: ¡*Rabboni!*, ¡Maestro!, y la Magdalena se echa a los pies de Jesús, llorando todavía, pero esta vez de contento. Está en su lugar y quiere permanecer allí, prolongando las efusiones de su amor. Ya no es, sin embargo, el tiempo de las lágrimas de la pecadora, derramadas sobre los pies del Salvador: Jesús pertenece a un mundo superior, y si todavía no ha subido al Padre, no tardará; ahora le incumbe advertir de ello a sus discípulos. Éste parece ser el sentido de aquellas palabras: «No me toques, porque aún no he subido a mi Padre, mas ve a mis hermanos y diles: subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios».

Desde este momento fue consagrada María de Magdala como apóstol de los apóstoles. Obedece como hacen aquellos que se arrancan a la conversación de su Maestro para llevar a otros la buena nueva: «He visto al Señor». Pero no fue creída[7].

---

[7] El relato de san Juan está resumido en Marcos (16, 9-11) en una frase, diciendo expresamente que Jesús se apareció primero a María Magdalena, de la cual habían sido arrojados siete demonios. Creemos que Mateo (28, 9-10), alude a la misma aparición, cuando habla de las mujeres. Usa del mismo procedimiento empleado con ocasión de los endemoniados de Geresa y de los ciegos de Jericó. La Magdalena formaba parte del grupo de las mujeres; y sumariamente aplica a todas lo que una sola había hecho.

Es extraño que no se diga nada de si otros discípulos, fuera de san Pedro y san Juan, trataron de comprobar lo anunciado por las mujeres.

Otros testigos que podrían certificar que el sepulcro estaba vacío eran los guardias, que habían huido cuando la piedra fue puesta a un lado. Serían pocos, tres o cuatro a lo más, y huyeron avergonzados de su aventura. Cuando amaneció el día, y la ciudad tomó su acostumbrada animación, los desgraciados no pudieron substraerse al deber de dar cuenta de lo sucedido.

Habían recibido el encargo de los sacerdotes y fueron a verlos. El caso era embarazoso: si la vigilancia había sido defectuosa, no ofrecía duda su sinceridad. Pensar en hacer desaparecer a los soldados romanos, era imposible; castigarlos, sería provocar sus protestas; ellos nada podían contra la intervención sobrenatural. Ellos mismos hubieran acreditado con eso el rumor que los directores habían querido prevenir, el cual no sería una simple conjetura, puesto que se apoyaba en el testimonio de los guardias. Lo más seguro era que dijesen que ellos nada habían visto.

La única hipótesis plausible para los enemigos de Jesús era siempre que sus discípulos habían robado el cuerpo. La decisión de algunos miembros del Sanedrín, hoy diríamos de un grupo de la cámara, fue comprar con dinero a los guardias para decidirles que, como cosa de ellos, echaran a volar aquella especie. Si Pilato intentaba tomar informes o castigar, se le aplacaría, puesto que aquel asunto lo había encomendado a los sacerdotes. Evidentemente, los guardianes no podían afirmar que habían visto a los discípulos estando ya dormidos. Debían solamente confesar que se habían dormido, y que de seguro los discípulos se habían aprovechado de su negligencia, porque sólo ellos podrían dar aquel asalto. A esta solución, sin duda, se acogieron muchos judíos, cuando se les instaba sobre la desaparición del cuerpo de Jesús.

El segundo día de Pascua era de alegría general en Jerusalén; sólo los discípulos continuaban tristes, no atreviéndose a dar fe a los cuentos de las mujeres. Dos de ellos resolvieron volver a su pueblo, perdidas las esperanzas; porque si bien algunos discípulos quisieron comprobar la verdad de los hechos, encontraron ciertamente el sepulcro vacío, pero a Jesús no lo habían visto. ¡Y en qué estado estaría después de tres días!

Por san Lucas sabemos que uno de ellos se llamaba Cleofás, y que se dirigían hacia la villa de **Emaús**, distante de Jerusalén sesenta estadios[8].

En el camino conversaban tristemente, recordando las lamentables escenas de los últimos días. Jesús se halló junto a ellos, como si caminando en la misma dirección los hubiera alcanzado, pero sin dejarse reconocer. Les pareció su voz la de un extranjero, y más cuando les preguntó de qué hablaban. ¿Sería acaso el único peregrino de Jerusalén que no hubiera oído hablar del gran suceso?... Cómo Jesús de Nazaret había adquirido reputación de profeta, poderoso en obras y palabras, y cómo los principales sacerdotes y magistrados le habían entregado para ser condenado a muerte y así le habían hecho morir en una cruz. Hacía de esto ya tres días. Varias mujeres pertenecientes al grupo de adictos a Jesús habían hallado el sepulcro vacío; decían haber visto unos ángeles que afirmaban que estaba vivo; los discípulos, testigos más serios, nada habían visto.

Los peregrinos ignoraban la aparición a la Magdalena o no la quisieron tener en cuenta.

Jesús los dejaba hablar sin decirles: ¡Yo soy!, prefiriendo darles una vez más la lección que siempre les había dado cuando les hallaba rebeldes. Era necesario, y así lo testificaban las Escrituras, que Cristo sufriese antes de entrar en la gloria. Claramente se deducía esto, sobre todo de la profecía de Isaías sobre el Siervo de Yavé (Is 53), pero el Resucitado tomó con agrado a su cuenta el explicarles las Escrituras, que hablaban de Él en la Ley de Moisés y en las profecías.

---

[8] Ningún hecho nuevo hay que señalar después de la tercera edición de nuestro *Commentaire selon St. Luc*, que favorezca la lectura de «160 estadios». El P. Abel (*Rev. Bibl.*, 1925, p. 347 s.) ha conseguido hacer probable que el peregrino de Bordeaux suponía 160 estadios entre Jerusalén y el Emaús de los Macabeos.

En cuanto a Tolomeo (p. 989), los 160 estadios se apoyan en un pequeño cartón, cuyo editor declara que las paradas son «parum aptae dispositae», y, en efecto, hay 18 millas de Lydda a Emaús y 20 de Emaús a Jerusalén. Pero, fijando la distancia de 160 estadios por Betheron, el P. Abel sólo ha explicado como la corrección, añadiendo «ciento» era posible bajo el imperio, cuando la ruta por Betheron fue trazada probablemente en tiempo de Trajano. Él mismo ha reconocido el camino directo de 144 estadios, que es la ruta antigua, aun antes del camino carretero, jamás peatón alguno haría el viaje a Emaús por Betheron. En tiempo de san Lucas, Emaús no estaba a 160 estadios de Jerusalén, sino a 144. Además san Lucas, que da el nombre de πόλις a los más pequeños pueblos, no habría empleado el de κώμη para designar a Emaús, una de las ciudades fuertes de Judea.

Llegaban ya cerca de la aldea en donde se quedarían los dos discípulos, Jesús seguía su camino, sin darse por entendido de que ellos se disponían a tomar otra ruta que los separaba del camino real. Los caritativos peregrinos, entusiasmados con aquella exposición de la Escritura, que les había descubierto un mundo nuevo, no quisieron separarse tan pronto de tal compañero. Habían caminado más de tres horas y atardecía. ¿Por qué no había de pasar la noche con ellos? Insistieron sobre lo tarde de la hora: cuando menos eran las tres de la tarde dadas. Accedió a quedarse el huésped y cuando entró en la casa, prepararon la comida. Puesto con ellos a la mesa, Jesús, en quien ellos reconocieron una singular autoridad, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se abrieron sus ojos, le reconocieron, pero ya había desaparecido. Ellos se decían: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino, cuando nos descubría las Escrituras?»

Muchos han pensado que su corazón se abrasaba sobre todo porque comieron un pan convertido en cuerpo del Señor; pero no hay prueba de que Jesús haya pronunciado por segunda vez las palabras de la consagración. No tomará con sus apóstoles más que alimentos ordinarios; ¿por qué había de concederse este privilegio a aquellos dos, que no eran de los Doce, ni estaban al tanto de lo hecho por Jesús en la Cena? Si sus ojos se hubieran abierto durante la comida, no hubiera dicho san Lucas que lo reconocieron en la fracción del pan, por consiguiente, antes de comer. Tales palabras no debían significar desde entonces la Eucaristía.

Parece que los dos discípulos, primero embargados y después transportados de alegría, ya no quisieron acabar la comida. Tarde se les hacía para ir a comunicar la buena nueva.

Comenzaba un nuevo Evangelio. Vueltos a Jerusalén, encontraron reunidos a los once apóstoles con algunos compañeros, presos también ellos de viva emoción. Sin dar tiempo para que hablasen los dos que acababan de llegar, les explicaron la razón de aquella reunión extraordinaria a una hora tan tardía: «Verdaderamente ell Señor ha resucitado y se apareció a Simón». El Jefe de los apóstoles, Simón Pedro, debía ser el primer discípulo que viese al común Maestro. Lo nota también san Pablo (1Co 15, 5)[9], y era una prueba de que su negación había sido perdonada y su puesto sostenido y consagrado. Cleofás y su compañe-

[9] «Apareció a Pedro y después a los Doce», término consagrado para el consejo de los apóstoles. San Lucas, que es historiador, escribió «once» a

ro contaron lo que habían visto y cómo reconocieron al Señor en la fracción del pan.

Este gran día de la Resurrección tocaba a su fin, pero no terminó sin que Jesús se manifestase a un **grupo fiel,** impaciente por demás de satisfacer sus miradas con su presencia. Sin embargo, cuando súbitamente le vieron en medio de ellos, sin que nadie le abriera las puertas, cerradas por temor a los judíos, un terror sagrado los sobrecogió de momento. Reconocían a Jesús, pero creían ver un espíritu. Cristo les dice: «¿Por qué estáis turbados? La paz sea con vosotros». Y les mostró sus manos y sus pies, que habían sido clavados y su costado herido por una lanza[10].

San Lucas, que era médico, buen psicólogo y sabía el valor de los hechos materiales comprobados, añade que el exceso de alegría turbaba su convicción; porque, sin duda, temían tomar por realidad sus deseos. Bien lo comprendió Jesús, y, para devolver a los suyos el sosiego con la más familiar de las realidades, les pidió si tenían algo que darle de comer: comió a continuación delante de ellos parte de un pez asado. No porque hubiese vuelto a la vida vegetativa cotidiana, sino solamente para probar la realidad de la resurrección.

De este modo, plenamente convencidos, vueltos en sí esperaban una palabra nueva de su Maestro, y le oyeron decir otra vez: «La paz sea con vosotros». Esta vez la paz estaba conquistada. Entonces les habla de su misión, dándoles el mandato augusto que les abre el mundo. «Como me envió mi Padre, así también Yo os envío». Después sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A los que perdonareis los pecados, le serán perdonados, y a los que los retuviereis, les serán retenidos». No fue ésta todavía la gran manifestación del Espíritu prometido en la tarde de la última Cena[11]; vendrá su hora, pero desde este momento, luego de la resurrección, los constituyó en un gobierno espiritual. Desde entonces tendrá poder sobre las almas, y

---

causa de Judas, borrado del cuadro, y sin cuidarse de Tomás que por casualidad faltaba.

[10] San Lucas y san Juan se completan mutuamente aquí, sin tener que forzar la armonía.

[11] No es solamente porque san Lucas cuenta de otra manera la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, es porque el mismo san Juan consideraba esta misión solemne del Espíritu como un don del Hijo subido ya al Padre y para consolar y fortalecer a los suyos en su ausencia (14, 16-26; 16, 7-13).

este poder se dejará sentir especialmente, o por el perdón de los pecados, concedido sin duda en nombre de Dios, o por la denegación del perdón, a causa de las malas disposiciones del pecador, porque a los sinceramente arrepentidos, Dios perdona siempre. Los dispensadores de esta gracia serán jueces en estos casos; deberán, pues, conocerlos. Con razón la Iglesia ha visto aquí en esta actitud, y con estas memorables palabras, la institución del sacramento de la Penitencia.

Jesús resucitado no debía hacer vida común con los apóstoles como otras veces. Eran las apariciones un hecho excepcional: ni san Juan ni esta vez san Lucas tuvieron necesidad de decir que había desaparecido después de esta gran manifestación del domingo de resurrección. Este gran día se ha convertido en la verdadera fiesta de la Pascua de los cristianos.

Un apóstol no estaba presente aquella tarde: era **Tomás**, que probablemente fue convocado con los otros después de la aparición hecha a Pedro; pero que juzgaría prudente abstenerse, ya que no creía más a Pedro que los otros habían creído a las mujeres. Rehusó dar crédito al testimonio de sus hermanos.

Nuestro tiempo es poco dado a creer en milagros, pero no es menos crédulo, sobre todo cuando se le habla en nombre de la ciencia. En esto consistió la habilidad de Renán al afirmar, como si lo hubiera comprobado en Oriente, que los orientales están siempre al acecho de lo sobrenatural para, con alegría, adherirse a ello. Las disposiciones de ánimo de los judíos de entonces no eran ciertamente diferentes de los judíos de hoy. Desde las alturas en donde estaban, lo habían relegado a una trascendencia majestuosa. Dios no se mezclaba en el curso de las cosas humanas, si no era para darles un impulso regular. No se mostraron los apóstoles en toda la historia de Jesús muy dispuestos para las cosas sobrenaturales. Sin duda esperaban la gran manifestación mesiánica, pero no había llegado. La Pasión, cuya sola idea era rechazada con horror, los había hecho desconfiar y, no comprendiendo las afirmaciones de Jesús en este punto, el glorioso desquite que conseguiría mediante su resurrección, trascendía sus previsiones.

Cuando fueron convencidos todos por la misma realidad, Tomás permaneció recalcitrante. Seguramente los discípulos habían sido víctimas de una alucinación, y lo que vieran sólo era un fantasma. Y como le objetasen que habían visto las heridas del crucificado, respondió que en tales casos no bastaba ver, era preciso tocar. Por tanto, él no se fiaba

más que de sí mismo: «Si no veo en sus manos las señales de los clavos, y no meto mis dedos en el lugar de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no creeré».

Aprendamos aquí a tener la misma indulgencia que Cristo con los que dudan. Dejó a Tomás en sus dudas durante siete días. Habiendo visto los apóstoles a Jesús en Jerusalén, no se daban prisa a volver a Galilea. Se reunieron el octavo día, bien para orar juntos por última vez, bien para decidir el camino que debían seguir juntos. Las puertas estaban cerradas: súbitamente, Jesús se halló en medio de ellos y los saludó: «La paz sea con vosotros». Después dice a Tomás: «Pon tu dedo aquí y mira mis manos, trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel».

Tomás ¿dejó a Cristo que se apoderase de su mano y la llevase a la herida del costado o, renunciando a su lógica, se rindió a la evidencia de lo que veía? Fueron los labios de este incrédulo de quienes salió el primer acto explícito de fe en la divinidad del Resucitado. Gritó: «¡Señor mío y Dios mío!» Jesús, con una sonrisa de perdón: «¿Porque me has visto has creído?» Eso no es de maravillar, ni muy meritorio. «¡Dichosos los que creen sin haber visto!»

Se había excedido rehusando creer en la resurrección de su Maestro, no dando crédito al testimonio de sus hermanos, cuya sinceridad conocía. Es lo que con dulzura hace resaltar Jesús. Él había querido ver con sus ojos el cuerpo resucitado y, habiéndolo visto, no tenía que remitirse a otros para este hecho. Pero, como muy bien nota san Gregorio, viendo la humanidad gloriosa creyó en la divinidad, haciendo así un verdadero acto de fe. Este acto exigía ya, como al presente, la adhesión de la inteligencia a una verdad revelada por el mismo Jesucristo y, por tanto, revelada por Dios. Esta adhesión era más fácil a los apóstoles, porque la afirmación de Jesús estaba confirmada por su resurrección. Más dichosos eran ellos creyendo en su divinidad que gozando de la presencia sensible de su humanidad. Esta dicha, preludio de la bienaventuranza eterna, es también la parte escogida de los que creen sin haber gustado la misma consolación. No deben ellos olvidar que Jesús les ha prometido que su presencia interior, en compañía del Padre y del Espíritu Santo (Jn 14, 23, 17), no les faltaría, presencia que hace la fe más fácil y más dulce.

Salgamos con los apóstoles de Jerusalén, pero notemos antes que las narraciones evangélicas sobre la resurrección no ofrecen ninguna

dificultad, excepto la repugnancia sentida por Tomás a creer el hecho en sí mismo. Los testimonios no pueden presentarse mejor, pues están de acuerdo no solamente sobre el hecho, sino sobre todos los puntos importantes de su historia, con aquellas divergencias apreciables que prueban que cada autor seguía sus orientaciones, sin desdeñar a los demás, pero tampoco sin apoyarse en ellos. Hasta san Lucas, de ordinario tan fiel en seguir a san Marcos, muestra aquí completa independencia. Las idas y venidas al sepulcro vacío, lo mismo que las apariciones del resucitado, se encadenan fácilmente en una sola narración, con sólo suponer que san Mateo, hablando del grupo de las santas mujeres, les atribuye a todas lo que era propia de María de Magdala. Ni que decir tiene que semejante manera de interpretar las narraciones es ordinaria en todas las historias compuestas según las fuentes. Esto no origina dificultad alguna contra el dogma de la inspiración, que además no tienen los incrédulos derecho de oponer para autorizar su duda sobre un hecho perfectamente atestiguado.

La única dificultad, por cierto bastante manifiesta, es que los ángeles aparecidos a las santas mujeres las hubiesen citado a Galilea de parte de Jesús, cuando Él se proponía aparecérseles en Jerusalén. Si esta exposición se hallase en un mismo autor, no podría decirse absolutamente que se contradice, puesto que las apariciones en los dos lugares no están en contradicción unas con otras, sino que lo había descrito de muy desmañada manera, como quien no sabe en qué iba a terminar.

No es éste el caso. Resultaría esto en san Marcos si todo su capítulo último hubiera sido escrito de un solo tirón. Pero la crítica hizo aquí un señalado servicio para una sana inteligencia de los hechos literarios, mostrando que la obra primitiva de san Marcos terminaba en el versículo 8 del capítulo 16. El resto, escrito por otro o por él mismo, si se quiere, no es más que un resumen de los demás evangelistas. Este resumen, mejor o peor enlazado a lo que precede, rigurosamente verdadero por otra parte y escrito bajo el dictado del Espíritu Santo para terminar un libro sagrado, no podría ser juzgado según el rigor de las leyes sobre la composición de libros hecha por un solo autor y de un solo tirón: la incoherencia literaria, si existe, no puede ser alegada contra la coherencia de los hechos.

San Marcos daba la cita para Galilea y de hecho la última aparición de su libro debe ser asimilada a la de san Mateo, ciertamente en Galilea.

El mismo san Mateo está en perfecto acuerdo: la cita es para Galilea y cumple la palabra.

San Lucas no habla de ninguna aparición en Galilea conforme a su plan, que da mucha más importancia a Judea que los relatos de san Mateo y san Marcos, y haría de Jerusalén el punto de partida de la predicación apostólica en otro libro, en el de los Hechos de los Apóstoles. Hubiera escrito con muy poca habilidad relatando la entrevista de Galilea, y se abstuvo de hacerlo. ¿Quién puede pensar que este modo de componer equivale a negar las apariciones de Galilea?

San Juan habla de diferentes apariciones, primero en Jerusalén y después en Galilea: por consiguiente, no habla tampoco de la cita de Galilea.

Ved en qué se resuelve una objeción tantas veces cacareada: san Mateo y san Marcos, para preparar la aparición en Galilea, única de que ellos iban a hablar, ¿no habrían imaginado aquella cita hecha por los ángeles? Es decir: Veréis a Jesús, no lo dudéis, en Galilea, donde lo habéis seguido y donde convivisteis con él. Nosotros queremos ir hasta el fin para preguntar si semejante procedimiento literario de sus fuentes ha bastado jamás al historiador más escrupuloso para poner en duda un hecho histórico. Sería absolutamente inofensivo. Pero los evangelistas no tenían necesidad de eso, pues los apóstoles debían naturalmente volver a Galilea.

Sólo queda por dilucidar un punto. ¿Por qué san Mateo no habrá hablado de las apariciones de Jerusalén? ¿No estaba enterado de ellas? Esto vale tanto como preguntar: ¿Por qué no ha dicho nada de la larga misión de Jesús en Judea de que ha hablado san Lucas, de Marta y de María, de Zaqueo el publicano, etc.? Habiendo colocado a orillas del Lago casi toda la predicación de Jesús, debía también poner allí el término sobrenatural de su Evangelio. Entre san Mateo el galileo y san Lucas, que se preparaba a llevar el Evangelio de Jerusalén a Roma, está san Juan, más comprensivo, que ha hablado de las apariciones de Jerusalén, las más necesarias para convencer y asegurar a los apóstoles y ha contado una de las apariciones de Galilea, destinadas a reanudar la cadena de los recuerdos.

APARICIONES EN GALILEA

(Jn 21, 1-23; Mt 28, 16-20; Mc 16, 15-18)

San Juan, de quien se dice que durante la vida mortal de Jesús vivió absorto por los resplandores del Verbo Encarnado, es, sin embar-

go, el que ha sabido dar al mismo Resucitado encanto humano en una atmósfera de gloria. Jamás las orillas del Lago de Galilea se habían visto inundadas de luz tan pura. Aunque Jesús gozaba ya de la libertad suprema del ser celestial, era el padre que vuelve a hallar a sus hijos, el dueño indulgente que sólo se acuerda de perdonar, el amigo que renueva las antiguas salidas del Lago, las conversaciones familiares con la confianza de un afecto y unión inviolables. Este Juan, de quien se hace un rival de Pedro, le ha puesto sobre la frente la aureola formada de un rayo de la gloria de Cristo resucitado. El Evangelio termina como comenzó por una pesca de Simón, que se convierte, según Jesús había anunciado, en el gran pescador de hombres, en el Maestro de la predicación, y para colmo, en el pastor supremo aquí abajo del rebaño de que Jesús es el Pastor eterno.

Estamos, pues, a orillas del lago de Tiberíades: allí estaban Simón Pedro, Tomás, Natanael y los dos hijos del Zebedeo[12].

Pasados los días de angustias y los de alegría, era necesario volver a las ocupaciones ordinarias. Cristo había conferido a sus apóstoles poderes sobre las almas, pero no les había dado la esperada señal. Sabían que le volverían a ver en Galilea y no querían emprender negocio alguno antes.

Simón Pedro dijo a los otros: «Voy a pescar». Comprendiendo que aquélla era una velada invitación, los demás, que estaban agrupados a su alrededor, le respondieron: «Vamos también contigo». Salieron por la noche, según costumbre; pero en toda la noche no pescaron nada. Llegada la mañana, percibieron en la playa alguien que parecía esperar allí para comprar lo que hubieran pescado. El desconocido les dijo: «Muchachos, ¿tenéis algún pescado para comer?» El tono seco con que le contestaron dejaba entrever su poca fortuna. Con acento firme el recién llegado les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis». Para el estado de enervamiento en que estaban los desgraciados pescadores, estas palabras parecieron un buen agüero. Echaron, pues, lentamente las redes al agua bogando con la barca hacia dentro, y cuando dio la vuelta, recogiendo la larga red, el peso de los peces que bullían entre las mallas era tal, que no la podían sacar. Un montón de

---

[12] Pensamos que los otros dos discípulos que al principio no son nombrados, según el modo discreto de san Juan, han sido con razón considerados como los hijos del Zebedeo en una glosa que pasaría en seguida a formar parte del texto.

recuerdos asaltó el corazón del discípulo amado de Jesús. Era así como el Maestro había manifestado en los primeros día su poder, antes de llamarles a su seguimiento de veras; era el único que podía hacer aquel milagro. Dijo a Pedro: «¡Es el Señor!» Si Pedro no fue tan pronto en darse cuenta, fue súbita su resolución. Estaba desnudo, es decir, estaba vestido solamente con el traje de pesca. Para que no le impidiese nadar se lo ajustó a la cintura, y esta vez no tanto por impetuosidad natural como por probar a Jesús su afecto, se echó a nado. Los demás discípulos, que no estaban a más de cien metros de la orilla, ya no intentaron levantar las redes, tiraron de ellas hacia la playa. Ya cerca de ella saltaron a tierra sin preocuparse de alguna otra cosa, y vieron con extrañeza ascuas encendidas, y sobre ellas un pez que empezaba a cocer, y pan. ¡El Señor les había preparado una comida! ¿Qué haría? Con la sencillez de siempre, sin la actitud majestuosa con que hubiera podido presentarse, ni hacer mención alguna de la gloria del cielo, que ya era suya, Jesús les habla dulcemente: «Traed algunos de los peces que acabáis de pescar». No era cosa tan fácil. Pedro se subió a la barca para dirigir la maniobra, y sacaron la red llena con ciento cincuenta y tres peces que por curiosidad contaron. ¡Tan sencilla era la escena! A pesar de tan elevado número, la red no se rompió, símbolo de la gran redada de almas que la Iglesia puede contener sin perder su unidad, porque se dilata para darles entrada.

Jesús no tuvo la mira por de pronto en esta enseñanza espiritual. Con gran afabilidad les dice: «Venid, comed». Los discípulos, como sabían que era Él, no trataban de preguntárselo. Y como no parecía cuidarse de sus homenajes, el mismo respeto les obligaba a guardar el comedimiento de otros días. Jesús quería ante todo que comprendiesen que Él era el mismo. Como otras veces, tomó el pan y se lo dio, y lo mismo el pescado.

Sin embargo, después de haber prodigado a sus amigos las muestras de solicitud, cuando hubieron reparado sus fuerzas, «después que se hubieron comido», como dice con divina sencillez el texto, Jesús se dedicó a consagrar definitivamente su obra, la fundación de la Iglesia, en la persona de su Jefe.

Aunque Simón Pedro le había negado, es a quien primero se le apareció; no pensó, por tanto, en echarle en cara su conducta, sino que era agrado suyo hacer patente a todos que aquel momento de flaqueza estaba más que olvidado. Aquel recuerdo enojoso hacía aún más ar-

diente el amor incomparable de Pedro, y sería transfigurado en un testimonio supremo de la benevolencia de Cristo.

Jesús se expresó, pues, con toda solemnidad: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos?» Las últimas palabras indican claramente que el Señor, por su parte, le dará más que a los otros si tiene conciencia de amarle más que ellos.

Simón no se atreve a decir que su afecto es mayor que el de los otros: modestamente hace un llamamiento al corazón de Jesús. «Sí, Señor, tú sabes que te amo». Él le dice: «Apacienta mis corderos». Sus corderos son aquellos que Él conocía y que le conocían a Él, aquel rebaño de que era pastor, por el cual había dado su vida, habiendo venido para esto como ya había anunciado en Jerusalén (Jn 10, 15). Después, por segunda vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» La misma respuesta. «¡Señor, ya sabes que te amo!» La misma recompensa: «Apacienta a mis ovejas». En fin, por tercera vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Seguramente no eran muchas tres protestas de fidelidad de parte de quien le había negado tres veces. ¿Hacía, pues, Jesús alusión a la falta pasada? ¿Se acordaba de ella todavía? La tristeza invadió el corazón de Pedro, como en aquella hora fatal en que sus ojos se encontraron con los de Jesús con mirada dolorosa. Se apoya en su fe y apela a la ciencia divina de su Maestro. «Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo». Había terminado todo felizmente. Jesús vuelve a decirle: «Apacienta mis ovejas».

Ahora, por anticipado, ya que conocía su amor y que éste era aceptado, sabiendo que lo conduciría a dar su vida por su adorado Maestro, le revela la clase de muerte de que había de morir, que sería semejante a la suya: «Cuando eras joven, te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando ya seas viejo, extenderás tus manos y te ceñirá otro y te llevará a donde no quieras». Palabras veladas, que indicaban un suplicio espantoso para la naturaleza, pero aceptado por amor. Fueron mejor comprendidas en tiempo en que escribía el evangelista san Juan, después que san Pedro había sido crucificado, unido con su Maestro en muerte y en vida. Le dice después Jesús a él solo: «Sígueme». Sabía Pedro lo que con esto le quería decir: «Si alguno me quiere servir, sígame, y donde yo estuviere, allí estará también mi servidor» (Jn 12, 26).

Pedro estaba, pues, consagrado por Jesús como pastor universal. Para establecer su autoridad aun sobre aquellos que serán también pastores de almas (1P 5, 2) no es necesario hallar los fieles en los corderos, y los obispos y sacerdotes en las ovejas. Corderos y ovejas son

aquí casi sinónimos; las dos categorías forman parte del rebaño de Cristo. Todo el rebaño está sometido al cayado de Pedro. Esta investidura, dada por el Salvador, si bien es más explícita en cuanto a lo universal de su autoridad, es menos clara en cuanto a la perpetuidad indicada por aquellas otras palabras dichas a Pedro: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 17 s.). Pero la universalidad y la perpetuidad, dos atributos divinos, se concilian fácilmente. Están expresados por dos símbolos: Pedro es la roca inquebrantable y es el Pastor de todo el rebaño. Mientras sea roca, él será pastor. Si el pastor no podrá ser siempre la misma persona de Pedro, tampoco la Iglesia puede estar siempre constituida por los mismos individuos. Cambia sin cesar, pero sin cesar de ser la misma, gobernada siempre por el mismo pastor, representado también por nuevos individuos. La perpetuidad es la sucesión en una línea de Jefes. Y mientras ellos sean la roca, será cada uno a su vez el pastor universal de todas las ovejas.

Pedro siguió, pues, a su Maestro. El discípulo amado de Jesús, amigo muy íntimo del mismo Pedro, no creyó indiscreción el seguirlos. ¿Sería llamado al mismo destino? Pedro, por afecto, preguntó a Jesús, pensando acaso que a Juan no le parecería mal saberlo, como él había preguntado al Maestro en la Cena para satisfacer la curiosidad de Pedro. Jesús no quiere descubrir este secreto: «Si quiero que permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?»

En un ambiente tan agitado por la espera de la vuelta de Cristo como aquel en que vivían los primeros cristianos, se interpretó esta interrogación como afirmativa. Se habían acostumbrado a la idea de que Juan no moriría antes de la gran venida y lo manifestaban en presencia de Él como cosa segura. San Juan mismo, escribiendo o dictando el Evangelio, no queriendo alterar una sola palabra de Cristo, tal como la conservaba de viva voz, se contentó con advertir que era necesario tomarla en su sentido propio, no transformando en certeza la duda que Jesús no quiso esclarecer.

El relato termina con aquella partida de Jesús, no por una desaparición repentina y misteriosa, sino como si se alejase seguido de dos amigos, a lo largo de encantadas riberas. San Juan tiene el don de elevarse a los más altos pensamientos sin que el tono de la conversación deje de ser íntimo y cordial.

San Mateo es más solemne. También él supone las apariciones de Jerusalén, puesto que dice que los apóstoles en un principio habían

dudado (Mt 28, 17). Después que estuvieron convencidos de la resurrección de su Maestro, entonces fueron a Galilea, al lugar que se les había señalado, sin que sepamos en qué circunstancias. Como antes los había reunido en una montaña para predicarles su sermón inaugural, así ahora en una montaña, tal vez la misma, les da a conocer su misión. En su presencia, los Once se prosternan: venía como dominador. Acercándose Jesús, les dice: «Todo poder me es dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, a predicar a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos».

El programa estaba encerrado en muy pocas líneas. Predicar para que brote por todas partes la fe en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y señalar a los creyentes con el sello del bautismo. Después, formarlos en la vida moral como el Maestro se la había enseñado[13].

Esto no era difícil de decir, pero ¿quién se hubiese atrevido a llevarlo a la práctica, que no estuviese investido de un poder soberano, del que Jesús se dignaba servirse para asistir a sus discípulos? Esta promesa es seguramente la profecía más extraordinaria y cuyo cumplimiento es el más fácil de comprobar, porque cada fiel tiene conciencia de que toda la vitalidad de la Iglesia le viene de la asistencia sobrenatural de Cristo: su único fundamento es Él.

ÚLTIMA APARICIÓN EN JERUSALÉN. LA ASCENSIÓN

(Lc 24, 44-53; Mc 16, 19-20)

San Pablo habla de una aparición de Cristo resucitado a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales vivían algunos en su tiempo (1Co 15, 6). Nada han hablado los evangelistas de ello, lo cual prueba que omitieron sucesos de capital importancia. Aquello debió suceder en Galilea, pues solamente allí podía reunirse tan gran número de ente en un momento determinado. Y comprendemos, al mismo tiempo, la conveniencia de tales manifestaciones en Galilea. Allí fue

[13] Parece que el evangelio de san Marcos junta con otra aparición a los Once la misión de que aquí se trata. Añade otros pormenores sobre los milagros que los discípulos podían hacer.

donde, primero y por más largo tiempo, Jesús predicó el reino de Dios, afirmando que no tardaría en venir, quiso mostrarlo realizado en su persona.

Sin embargo, la palabra de Dios debía salir de Sión y de Jerusalén (Is 2, 3; Mi 4, 1-5). El antiguo centro del culto de Dios se había transformado por la institución de la Eucaristía en la primera iglesia del culto cristiano. Desde allí debía extenderse el Evangelio y era necesario que Jesús diese a sus apóstoles la orden de volver a aquel lugar. Seguramente fue en Jerusalén donde Cristo se manifestó a Santiago (1Co 15, 17), a quien san Pablo llama hermano del Señor, muy probablemente el apóstol hijo de Alfeo, y jefe incontestable de la Iglesia de Jerusalén. Tampoco los evangelistas hablan de esta aparición, recogida por el Evangelio según los hebreos[14]. La última aparición de que habla san Pablo no debió ser otra que la concedida a todos los apóstoles y con que cierra su Evangelio san Lucas. Si todavía no nos dimos cuenta de lo que sucede con los evangelistas, al juntar hechos sin cuidarse de señalar los intervalos de tiempo, lo veríamos comprobado aquí, porque san Lucas, autor de los Hechos de los Apóstoles, que fija un intervalo de tiempo de cuarenta días entre la Resurrección y la Ascensión, él mismo parece fijar aquí la Ascensión en la tarde del domingo de Pascua. Sin ninguna interrupción pasa de la primera aparición a los apóstoles a las últimas instrucciones. No es por empeño de poner arbitrariamente en armonía a dos evangelistas, es por conformarnos con las indicaciones de un mismo escritor, por lo que debemos separar con una pausa dos escenas en un relato que parece contener un solo asunto. Después de haber comido en presencia de sus discípulos en la tarde de la Resurrección, Jesús los dejó, y fue en otra y última entrevista cuando les recordó sus antiguas enseñanzas. Claramente les había anunciado que Cristo debía padecer antes de resucitar: lo cual había sido anunciado por Moisés, los profetas y los salmos. Al mismo tiempo les daba la inteligencia de las Escrituras, para que sus pescadores de Galilea las expusieran desde el principio de su predicación, con más claro conocimiento que los doctores. Estas mismas Escrituras, en efecto, habían predicho que se predicaría la penitencia y la remisión de los pecados en nombre del Cristo a todas la naciones, comenzando por Jerusalén. Esclarecidos con su luz, a ellos pertenecía entonces

[14] *Revue Biblique*, 1922, p. 323.

resolver las cuestiones nacidas con motivo de la predicación. Cuán graves fueron éstas lo sabemos, sobre todo la de los deberes de los cristianos en su relación con la Ley. Nada sirve mejor que esta circunstancia para mostrar que, privada la Iglesia de la presencia de Jesús, pero asistida del Espíritu Santo, tenía poder de señalar los puntos de doctrina más arduos.

Aún no había llegado la hora de empezar la predicación: «Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto».

Éstas son las últimas palabra de Jesús en el Evangelio.

Después dirigió a sus apóstoles por el camino de Betania. Según una antigua tradición, se detuvo en el lugar donde los había instruido sobre la ruina de Jerusalén y de su venida gloriosa, en el lugar donde se está levantando hoy, en el mismo emplazamiento de la antigua Eleona[15], una iglesia en honor del Sagrado Corazón, con el concurso de todas las naciones, como voto por la paz. Allí Cristo levantó sus manos y bendijo a los suyos.

Después se alejó y le vieron subir a los cielos. Postrados en tierra, comprendieron que esta aparición era la última. Lejos de sentirse dominados por la tristeza, experimentaron aquella gran alegría que les había prometido en la Cena (Jn 16, 22).

¿Dónde está Jesús? Está, dice el evangelio de san Marcos, sentado a la derecha de Dios, es decir, está asociado al poder del Padre. Hay en esto un misterio para nuestra inteligencia, y es uno de los aspectos insondables del misterio de la Encarnación. Estamos invitados a unirnos con nuestro Salvador. La certeza de nuestra esperanza no está aminorada por el velo de la fe, que un día será descorrido.

---

[15] *Jerusalem*, II, c. XIV.

ÍNDICE

Páginas

Presentación V
Prólogo 3
El Evangelio de Jesucristo 9

CAPÍTULO I.–**Evangelio del origen divino y humano de Jesús**

La buena nueva 15
Anuncio del nacimiento del Precursor 18
La Anunciación 22
Visita de María a Isabel 26
Natividad del Precursor. Se retira al desierto 29
José asume la paternidad legal de Jesús 31
Genealogía de Jesús 34
Nacimiento de Jesús en Belén 35
Observancias legales 40
Adoración de los Magos. Huida a Egipto 41
La vuelta a Nazaret 47
Jesús, en la casa de su Padre 49
Jesús en Nazaret 51

CAPÍTULO II.–**Juan el Bautista y Jesús**

Tiempos de salvación 53
Misión de Juan Bautista y su predicación 54
Jesús, proclamado Hijo de Dios en el momento del bautismo 67
Jesús es tentado 69

El testimonio del Bautista. Primeras vocaciones 74
Jesús vuelve a Galilea 78
Las bodas de Caná 80
Jesús en Cafarnaún 82
Jesús arroja a los vendedores del Templo 83
Entrevista de Nicodemo 86
Último testimonio de san Juan Bautista 91

CAPÍTULO III.–Ministerio de Jesús en Galilea

I. JESÚS ABANDONA JUDEA Y PREDICA EN GALILEA 95
Prisión de san Juan. Jesús comienza su ministerio 95
La Samaritana 95
Curación del hijo de un funcionario real 103
Comienzo del ministerio público de Cristo 104
Enseñanzas en las sinagogas 105
Predicación en Nazaret 107
Jesús en Cafarnaún 108
Curación de un poseso 111
Curación de la suegra de san Pedro y de otros enfermos 112
Se extiende su predicación 113
Vocación de Simón, Andrés, Santiago y Juan 113
Curación de un leproso 115

II. CINCO CONFLICTOS CON LOS FARISEOS 116
Primer conflicto: la curación de un paralítico 117
Vocación de Leví. Escándalo de los fariseos 119
La cuestión del ayuno 121
Espigas recogidas en sábado 123
Un hombre con una mano seca es curado en sábado ... 125
Primer intento de acabar con Jesús 127

III. COMIENZOS DE LA DOCTRINA EVANGÉLICA 127
Elección de los doce Apóstoles 127
El sermón de la montaña 129
Conclusión 137

IV. IMPRESIONES DIVERSAS SOBRE LA ACCIÓN DE JESÚS 138
El centurión de Cafarnaún 138
Resurrección del hijo de la viuda de Naím 140
La misión del Bautista y la del Hijo del hombre 140
Pecadora perdonada 144
Los verdaderos parientes de Jesús 148

V. PARÁBOLAS DEL REINO DE DIOS 150
Naturaleza y fin de la enseñanza en parábolas 150
Parábola del sembrador 156
Parábola del grano que por sí mismo se multiplica y madura con el tiempo 158
Parábola de la cizaña en los sembrados 159
Parábola del grano de mostaza 160
Parábola de la levadura 162
Parábolas del tesoro, de la perla y de la red. Conclusión 162
Luz que se intensifica 163

VI. MILAGROS. MALAS DISPOSICIONES 164
Tempestad calmada 164
Curación de un poseso al otro lado del Lago 165
La hija de Jairo y la hemorroisa 169
Jesús, expulsado violentamente de Nazaret. Los «hermanos» de Jesús 172

VII. MISIÓN DE LOS APÓSTOLES Y LA INQUIETUD DE HERODES ANTIPAS 175
Misión de los Apóstoles 175
Muerte de Juan Bautista 178
Herodes Antipas y la muerte del Bautista 181

VIII. PRELUDIOS DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA 187
Primera multiplicación de los panes 187
Camina Jesús sobre las aguas y desembarca en el país de Genesaret 190
El pan de vida. Ruptura 192

CAPÍTULO IV.–**Predicación fuera de Galilea y formación de los discípulos**

I. PENTECOSTÉS EN JERUSALÉN 204
Piscina de Bezatha en Jerusalén. Curación de un enfermo 204

II. FORMACIÓN DE LOS DISCÍPULOS 209
La tradición de los fariseos y el verdadero servicio de Dios 209
Jesús atiende la oración de una extranjera 213
Curación de un sordomudo 214
Segunda multiplicación de los panes 215
Negativa de un signo del cielo 216
Cómo instruía Jesús a sus discípulos 217
Ciego de Betsaida 219
Confesión de san Pedro y promesa de Cristo 220
Primer anuncio de la Pasión y de la Resurrección 226
La salvación exige el seguimiento de Jesús 226
Advenimiento próximo del Reino de Dios 229
La Transfiguración 229
Elías vino en la persona de Juan 232
Curación de un joven epiléptico poseso 234
Segundo anuncio de la Pasión y de la Resurrección 236
El más grande debe hacerse el más pequeño 237
Tolerancia con aquellos que obran en nombre de Jesús . 239
Caridad hacia los discípulos de Jesucristo. Peligros del escándalo 240
La sal 242
La corrección fraterna y la potestad de absolver 243
Deudor agraciado convertido en durísimo acreedor 245
Jesús paga el censo debido al Templo sin estar obligado a ello 247
Despedida a las ciudades de las orillas del Lago 248

III. LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS 250
Jesús rehúsa manifestarse en Jerusalén 251
Jesús se dirige a Jerusalén 252
Primeras conversaciones y primeras impresiones en la fiesta 253

Enseñanza del último día de la fiesta; disensiones de los fariseos entre sí ... 255
La mujer adúltera ... 257
La luz es un testimonio confirmado por el Padre ... 259
Es peligroso desconocer al enviado de Dios ... 261
La salvación anunciada a Abrahán está en Jesús ... 262
El ciego de nacimiento ... 266
Jesús, puerta del redil y buen pastor ... 270

IV. DESDE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS HASTA LA IDA A LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN ... 273
Algunas vocaciones ... 274
Misión de los setenta y dos discípulos ... 276
Revelación del Padre y del Hijo ... 278
Caridad con el prójimo. Parábola del buen samaritano ... 280
María y Marta ... 283
El Padrenuestro ... 284
Oración siempre oída ... 287
Expulsión de un demonio. Calumnia de los fariseos ... 289
¡Dichosa la Madre de Jesús! ... 293
Jesús mismo es un signo ... 293
Cómo se puede recibir la luz que es Jesús ... 295
Los fariseos y los doctores de la Ley ... 296
Instrucción a los discípulos sobre su futura predicación ... 300
No hay que apegarse a los bienes del mundo ... 302
Confiar a la Providencia divina las necesidades de la vida ... 303
Necesidad de estar preparados para cuando el Maestro llegue ... 304
Jesús, signo de contradicción ... 307
Llegó la hora de reconciliación con Dios ... 308
No se debe demorar la penitencia ... 309
Curación en sábado de una mujer encorvada ... 311

V. DESDE LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN HASTA LA PARTIDA PARA LA ÚLTIMA PASCUA ... 312
Vuelve Jesús a Jerusalén ... 312
Declaración solemne en la fiesta de la Dedicación ... 313
Jesús vuelve a Perea ... 316

La puerta estrecha, la puerta cerrada; los que entran y los que son excluidos 317
Astucias de Herodes y designios de Dios 319
Jesús, en la mesa de un príncipe de los fariseos 320
Disposiciones necesarias para seguir a Jesús 324
Alegría del perdón divino 325
Uso que se ha de hacer de los bienes del mundo 330
Servidores inútiles 337

VI. ÚLTIMO VIAJE ANTES DE LA SUBIDA A JERUSALÉN 338
Curación de diez leprosos 339
El Reino de Dios ha venido ya 339
La venida del Hijo el hombre 340
Oración perseverante en las persecuciones 342
El fariseo y el publicano 344
El matrimonio crea un lazo indisoluble entre los esposos 346
Jesús acoge a los niños 351
Un rico, amado de Jesús, que no tiene ánimo para seguirle 352
Es muy difícil al rico y muy fácil al pobre voluntario obtener la vida eterna 353
La gracia de Dios y los que murmuran de la gracia 355
La resurrección de Lázaro 357
Resolución definitiva de hacer morir a Jesús 362
En vísperas de un grande acontecimiento 364

CAPÍTULO V.–Última predicación de Jesús en Jerusalén

I. ÚLTIMO VIAJE A JERUSALÉN 365
Tercera predicción de la Pasión y de la Resurrección . . . 365
La ambición que han de tener los que quieran reinar con Cristo: los hijos del Zebedeo 366
Jesús vino para ofrecer su vida en rescate 368
Cerca de Jericó: curación de Bartimeo y de otro ciego . . 370
Jesús en la casa de Zaqueo 371
La parábola de las minas o de los talentos 373

II. SÁBADO, VÍSPERA DEL DOMINGO DE RAMOS 374
La unción de Betania 374

III. DOMINGO DE RAMOS 376
Entrada del Mesías en Jerusalén 376
La muerte del Mesías, condición de su gloria 380

IV. LUNES SANTO 382
La higuera maldita 383

V. MARTES SANTO 384
Se seca la higuera. Poder de la fe 384
¿De quién había recibido Jesús la autoridad? 385
Parábola de los dos hijos 387
Parábola de los viñadores homicidas 388
Cuestión del tributo 391
Jesús defiende la resurrección, contra los saduceos 394
Cómo Cristo es hijo y Señor de David 399
En guardia contra los escribas y los fariseos 400
Mirada retrospectiva sobre el ministerio de Jesús 404
Limosna de la viuda 418
Doble advertencia sobre la ruina del Templo y la venida del Hijo del hombre 418
Discurso sobre la ruina del Templo 423
Discurso sobre la venida del Hijo del hombre 426
Tiempo de la ruina del Templo y del advenimiento del Hijo del hombre 427
Debemos velar en todo tiempo 429
Parábola de las vírgenes prudentes y de las vírgenes necias 430
Juicio final 432

VI. MIÉRCOLES SANTO 434
Traición de Judas 434

VII. JUEVES SANTO 436
Preparativos para la última cena 436
Cena pascual 440
Preludio de la Cena 442

Reprende Jesús a los discípulos su ambición y les lava los pies 443
Jesús denuncia la traición y Judas sale a consumarla ... 445
Institución de la Eucaristía 448
Jesús, al ser glorificado, da un mandamiento nuevo 450
Jesús predice la dispersión de los apóstoles y las negaciones de san Pedro 451
La prosperidad y la gran prueba 452
Jesús promete a sus discípulos su presencia, la del Padre y la del Espíritu Santo 453
Jesús es la verdadera vid 457
Odio del mundo y promesa del Espíritu Santo 459
Misión del Espíritu Santo. Próxima vuelta. Fe de los discípulos 461
Oración de Cristo por la unidad de la Iglesia 465

Capítulo VI.–**La Pasión**

I. Getsemaní 469

II. Jesús, juzgado por los judíos 472
Prendimiento de Jesús 472
Jesús es conducido a casa de Anás 475
Jesús, en casa de Caifás. Triple negación de san Pedro .. 476
Ultrajes hechos a Jesús 480
El Sanedrín condena a Jesús 480
Desesperación de Judas 480

III. Jesús, en el tribunal de Pilato 485
Jesús es llevado a Pilato 486
Jesús, acusado por los judíos delante de Pilato 487
Interrogatorio de Pilato 487
Jesús, delante de Herodes 489
Barrabás 490
Jesús es azotado 492
Jesús, coronado de espinas 493
Jesús es condenado a muerte por Pilato 494
La vía dolorosa 497

La Crucifixión. Jesús en la cruz 498
Muere Jesús 505
Después de la muerte de Cristo 505
Intervención de José de Arimatea 507
El costado de Jesús, atravesado por una lanza 508
Jesús, puesto en el sepulcro 509
Custodia del sepulcro 511

CAPÍTULO VII.–**Resurrección, apariciones y Ascensión de Cristo**

El sepulcro vacío 514
Apariciones en Judea 517
Apariciones en Galilea 526
Última aparición en Jerusalén. La Ascensión 531